H. G. WELLS

Tono-Bungay

H. G. WELLS

Tono-Bungay

Promocionado como si fuera la panacea universal, el Tono-Bungay no es más que un tónico de sabor agradable sin ningún efecto beneficioso para la salud que se pueda demostrar. Aun así, cuando George Ponderevo empieza a trabajar con su tío en la venta de la pócima, no deja de sorprenderse de un éxito que cambiará sus vidas por completo. Pero toda ascensión social debe preservarse con uñas y dientes, pues, cuando más arriba se sube, más terrible es la caída.

Abre el volumen una deslumbrante introducción de Edward Mendelson, catedrático de humanidades en la Universidad de Columbia. Asimismo, la presente edición recoge la traducción realizada por Domingo Santos, uno de los más reconocidos autores de ciencia ficción en lengua castellana.

H. G. Wells

Tono-Bungay

Penguin Clásicos

ePub r1.0
Un_Tal_Lucas 18.11.16

Título original: *Tono-Bungay*
H. G. Wells, 1908
Traducción: Domingo Santos

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r1.2

Introducción

(Se advierte a los lectores que esta introducción explicita detalles del argumento).

De todas las grandes novelas del siglo XX, *Tono-Bungay* es la que ha tardado más en recibir el reconocimiento que se merece. H. G. Wells fue un escritor demasiado periodístico, disperso y prolífico como para que se le concediera en vida que estaba a la misma altura que los clásicos modernistas Joseph Conrad, D. H. Lawrence o James Joyce, pero las generaciones posteriores han comprendido de forma paulatina la profundidad y la fuerza de su profético poder literario. *Tono-Bungay* es la obra maestra de Wells. Es una novela perturbadora, de alcance épico y de contenido enciclopédico, aunque siempre consciente de su condición ficcional, de los autoengaños del narrador en primera persona y de las quimeras e ilusiones que conforman todos los ámbitos de la vida, desde el sexo hasta el comercio, pasando por la política o la ciencia.

Cuando en 1908 se publicó en formato libro *Tono-Bungay* (con fecha de 1909), el autor ya era famoso por las «novelas científicas» *La máquina del tiempo* (1895), *La isla del Dr. Moreau* (1896), *El hombre invisible* (1897) y *La guerra de los mundos* (1898); las novelas cómicas casi autobiográficas sobre temas sociales *El amor y el señor Lewisham* (1900) y *Kipps: la historia de un hombre sencillo* (1905), y por las obras de ficción y no-ficción de profecía política y tecnológica *Anticipations* (1902), *Una utopía moderna* (1905) y *The War in the Air* (1908). *Tono-Bungay* combina los

temas y las técnicas de todo su trabajo previo en una extensa y cohesionada narración sobre la ambición, el triunfo, la disolución y la pérdida.

Durante su publicación por entregas en Gran Bretaña, entre 1908 y 1909, *Tono-Bungay* llevaba el subtítulo «Una historia sobre el comercio», pues la trama central de la novela versa sobre el tónico estimulante que le da nombre. El Tono-Bungay es un invento de Edward Ponderevo, el tío químico (es decir, farmacéutico) del narrador, George Ponderevo. «Tono» sugiere «tónico», y «Bungay» es una ciudad de Suffolk, que Edward escoge seguramente porque le gusta como suena. Anunciado como «El secreto del vigor», el Tono-Bungay tiene tanto éxito que su creador se convierte en un magnate financiero y construye un vasto imperio comercial gracias a las técnicas modernas de publicidad y marketing, a pesar de que George sepa (y Edward Ponderevo intente no saber) que el Tono-Bungay es «una engañosa basura, ligeramente estimulante, aromática, y atractiva, […] [uno de los tónicos] insidiosamente peligrosos para aquellos con problemas renales».

La epopeya financiera de Edward Ponderevo (que se refuerza con su ascenso social, pues pasa de vivir en las habitaciones ubicadas sobre su tienda de suburbio a un piso en Londres, a un hotel de lujo, a la antigua y venerable Lady Grove y, por último, a la inmensa y moderna mansión que empieza a construir en Crest Hill) es el centro de una media docena de tramas secundarias: el ascenso por méritos de George Ponderevo, que abandona su estatus de sirviente para desarrollar su vocación aclasista de científico e ingeniero; el matrimonio de George con Marion, una reprimida sexual, su aventura fortuita con Effie y el romance apasionado que desafía los límites de la sociedad de clases con Beatrice Normandy; el matrimonio sin hijos de Edward y Susan Ponderevo y el amor semiconsciente, y nunca expresado, que ella siente por George; la expedición por mar de este para encontrar el preparado radiactivo, tan peligroso como valioso, al que Wells le otorga el sugestivo nombre de «quap»; y la carrera final de George como armador de buques destructores.

Todas estas historias terminan en futilidad y fracaso. El conjunto de la novela resulta una panorámica de relaciones personales, una sociedad y hasta un universo que se desintegran. La inutilidad de las relaciones eróticas

provoca que George desarrolle la teoría de que el amor sexual moderno está desconectado del pasado y del futuro: «El amor, como todo lo demás en el inmenso proceso de la desorganización social en que vivimos, es algo a la deriva, algo infructuoso aislado de sus conexiones». Un poco más adelante conecta la infertilidad del amor con la futilidad de todas las esperanzas e iniciativas de su era:

> Mientras reviso el grueso montón del manuscrito ante mí, algunas cosas se me hacen más claras, y particularmente la enorme inconsecuencia de mis experiencias. Se trata, me doy cuenta ahora que la tengo toda ante mí, de una historia de actividad y premura y esterilidad. La he titulado *Tono-Bungay*, pero hubiera sido mucho mejor titularla *Desperdicio*. He hablado de la yerma Marion, de mi yermo tío, de Beatrice, desperdiciada y pródiga y fútil. ¿Qué esperanza hay para un pueblo cuyas mujeres se vuelven estériles? Pienso en todas las energías que he dedicado a cosas vanas. Pienso en mis industriosos planes con mi tío, en la enorme inutilidad de Crest Hill, en su resonante y tenaz carrera. […] Es todo un espectáculo de fuerzas corriendo hacia el desperdicio, de gente que se gasta y no es reemplazada, la historia de un país turbulento con una desordenada fiebre de comercio sin ningún objetivo y de dinero y de búsqueda del placer.

La esterilidad y la futilidad conducen a las personas y a las sociedades a la decadencia y a la desaparición, pero George imagina finales aún más catastróficos. A medida que se aleja del hogar donde transcurrió su infancia, la gran Casa Bladesover, donde su madre trabajaba como ama de llaves y las relaciones sociales han permanecido inmutables durante siglos, se percata de que el hundimiento del sistema social es inminente. El mundo del siglo XVIII de Bladesover sigue en pie, pero ciertas tensiones ya traman su destrucción:

> Es como un hermoso día de primeros de octubre. La mano del cambio descansa sobre todo ello sin sentirse, sin ser vista; descansa por un tiempo, como medio reluctante, antes de aferrarlo todo y terminar

con ello para siempre. Uno se inmoviliza, y el rostro de las cosas aparecerá desnudo, saltarán las ataduras, la paciencia terminará, nuestro hermoso follaje de apariencias caerá resplandeciente en el lodo.

Los dos primeros episodios de la vida de George después de abandonar Bladesover no ofrecen ninguna pista sobre la inminencia de ninguna catástrofe (primero en el oprimido suburbio de Chatham, al este de Londres, donde escandaliza a sus primos dudando de la existencia de Dios; después en el soporífero Wimblehurst, al sur, donde su tío Edward pelea sin resultado contra una autocomplacencia de pueblo pequeño). Solo cuando George, a los diecinueve años, llega a Londres, la ciudad más grande y rica del mundo con su incipiente proliferación de suburbios, colisiona contra los procesos modernos del cambio imprevisible e incontrolable. Los distritos adinerados de la ribera norte del Támesis habían podido ocultar sus consecuencias visibles, pero incluso esta zona contempla cómo la riqueza deja de ser patrimonio de la aristocracia hereditaria para pasar a manos de la nueva clase de empresarios y magnates de la prensa. Mientras tanto, el resto de la metrópolis ha sido invadida por los cambios urbanísticos y sociales:

Las chimeneas de las fábricas arrojan directamente sus humos sobre Westminster con un descuidado aire de no tener permiso para ello, y el efecto conjunto del Londres industrial y de todo el Londres oriental de Temple Bar y de la excesiva y sucia inmensidad del puerto de Londres, me parece algo desproporcionadamente grande, algo morbosamente expandido, sin plan ni intención, oscuro y siniestro con relación a la clara y limpia seguridad social de West End. Y al sur de este Londres central, al sudeste, al sudoeste, muy lejos al oeste, al noroeste, alrededor de todas las colinas de la parte norte, hay crecimientos igualmente desproporcionados: interminables calles de casas todas iguales, industrias todas iguales, familias miserables, tiendas de segunda mano, gente inexplicable que, en una frase que en un tiempo estuvo de moda, no «existe». Todos esos aspectos han sugerido a veces en mi mente, y siguen sugiriendo aún, la desorganizada y abundante sustancia de algunos procesos de crecimiento tumoral, un proceso que por supuesto

> hace estallar todos los receptáculos donde se albergan y crean protuberancias y masas tan innobles como el confortable Croydon, tan trágicas como el misérrimo West Ham. Hoy en día me pregunto a mí mismo si esas masas llegarán a ser alguna vez estructurales, si llegarán a adquirir alguna vez una forma definida, o si su auténtico y definitivo diagnóstico es el de una imagen cancerosa…

El sentido que George otorga a los adjetivos «tumoral» y «cancerígeno» en relación con Londres apunta a una explicación más amplia sobre el asunto que aparece más adelante. Cuando la ruina amenaza a Edward Ponderevo, George dirige una expedición clandestina para robar una gran cantidad de quap radiactivo que un explorador de mala fama ha encontrado en una isla cerca de la costa de África. Ese material resulta ser destructivo en el ámbito físico, médico y moral, lo que provoca que George reflexione sobre el poder desintegrador de la radiactividad: «Pero hay algo —la única palabra que se me ocurre es cancerígeno, y no es muy aproximada— en el quap, algo que se arrastra y vive de la misma forma que vive una enfermedad: destruyendo; un desarreglo y una agitación elementales, incalculablemente maléficos y extraños». (Es este un pasaje asombrosamente profético: el primer indicio de que existe una relación causal entre la radiactividad y el cáncer apareció el año siguiente de que Wells terminara el libro, al descubrirse en 1909 que varios radiólogos británicos padecían leucemia).

George prosigue describiendo la radiactividad como «una auténtica enfermedad […] una enfermedad contagiosa», y establece una conexión metafórica con los temas sociales: «Es en cierto modo algo muy parecido a la descomposición de nuestra vieja cultura en la sociedad, una pérdida de tradiciones y distinciones y seguras reacciones». Y culmina con una conclusión apocalíptica:

> Me siento asaltado por una grotesca visión de todo nuestro mundo carcomiéndose y pudriéndose y dispersándose de una forma definitiva. De tal modo que mientras el hombre lucha y sueña, toda la sustancia de la que ha nacido cambiará y se desmoronará a sus pies. Menciono esto

> como una extraña y recurrente visión que me asalta a menudo. Supongo, por supuesto, que este será el fin de nuestro planeta; no un espléndido clímax, no un gran final, ninguna grandiosa acumulación de logros humanos, sino simplemente… ¡la descomposición atómica!

El viaje a África es el centro moral y creativo de *Tono-Bungay*, y Wells subraya su protagonismo fingiendo negar que guarde relación con el resto. George Ponderevo dedica el párrafo inicial del libro a una larga y variada lista de situaciones que ha vivido pero sin ninguna relación entre sí: «Uno es golpeado por alguna inesperada fuerza transversal, arrojado fuera de su estrato y vive de través durante el resto del tiempo, y, por decirlo así, en una sucesión fragmentaria de experiencias». El párrafo siguiente está compuesto por una sola frase: «Y en una ocasión (aunque sea la cosa más fortuita de mi vida), maté a un hombre…». El asesinato ocurre en la isla donde George roba el quap, cuando, al encontrarse con él, un africano echa a correr y él tiene el impulso de dispararle («¡No puede escapar y decírselo a los demás!»), y aprieta el gatillo. El hecho es «fortuito», pues no es causa ni consecuencia de ningún otro suceso en la vida de George, ni tampoco le acarrea ninguna consecuencia legal ni emocional; sin embargo, encierra el significado moral de los diversos tipos de desconexión e indiferencia que experimenta en todas partes.

Wells otorga al episodio de África mucho más significado del que George, al narrarlo, es capaz de comprender. La isla donde el quap surge de la tierra se llama Isla Mordet, un nombre que alude a la muerte y al asesinato, y durante todo el episodio resuena el relato bíblico de cómo la muerte apareció en el mundo[1]. La isla es un «terreno prohibido», en sentido literal, un emplazamiento donde las autoridades coloniales bloquean el comercio con otros países; y en sentido figurado, el lugar de los frutos prohibidos, como la manzana del árbol del conocimiento del Génesis. El relato casi parentético de George sobre «cómo Milton, uno de los muchachos, cayó de una plancha a la playa, diez metros quizá, con su carretilla, y se rompió el brazo y creo que una costilla» alude a la caída de Adán y Eva (creada a partir de la costilla de aquel), un relato que retoma John Milton en *El Paraíso perdido* (1667). Bajo la influencia del quap,

George descubre su propio potencial no solo para matar, sino para toda forma de crueldad e injusticia: «Comprendo ahora el corazón del explotador, del duro empresario, del negrero […] odiaba a toda la Humanidad durante el tiempo en que el quap estuvo cerca de mí…».

George tiene la sensación de que el viaje a la Isla Mordet es «fortuito» en parte porque, mientras escribe el resto del libro, se esfuerza en olvidar su gran importancia. En los capítulos anteriores George describe su investigación sobre aeroplanos y globos dirigibles a la que puede dedicarse gracias a la fortuna que ganó con el Tono-Bungay. Sus recuerdos le sirven de inspiración para escribir un pasaje sobre las ciencias físicas, a caballo entre un poema de amor y un himno:

> La verdad científica es la más remota de las amantes, se oculta en extraños lugares, a lo largo de tortuosas y laboriosas sendas, pero ¡siempre está ahí! Véncela, y no te fallará; será tuya y de la Humanidad para siempre. Es la realidad, la única realidad que he descubierto en este extraño desorden de la existencia. No se enfurruñará contigo ni te comprenderá mal ni te robará tu recompensa sobre alguna mezquina duda. No puedes cambiarla mediante la publicidad o las vociferaciones, ni asfixiarla en vulgaridades. Las cosas crecen bajo tus manos cuando la sirves, cosas que son permanentes como ninguna otra cosa es permanente en toda la vida del hombre. Esa, creo, es la peculiar satisfacción de la Ciencia y su permanente recompensa…

Y solo unos capítulos después, cuando aparentemente lo ha olvidado, George escribirá sobre su «recurrente visión» de que la sustancia del universo se descompondrá y desmoronará, de que la verdad científica permanente que ha celebrado es la verdad sobre la inestabilidad y el cambio.

En el mismo momento en que el George Ponderevo científico se encuentra en un dilema sobre el sentido de su investigación científica, el George Ponderevo escritor duda sobre qué tipo de novela está componiendo. En la mayoría de casos en los que se refiere a su propia crónica, se ciñe al estilo común de los narradores en primera persona, y

cuenta la historia ficcional como si relatara hechos históricos. Incluso refiere a los lectores a sus artículos científicos publicados en la *Philosophical Transactions* de la Royal Society de Londres (una revista real), el *Mathematical Journal* y el *Geological Magazine* (ambos ficticios). Pero también insiste en que el libro que está escribiendo es una obra de ficción.

En el párrafo inicial afirma que pretende explicar la historia de su vida a través de «algo de una naturaleza similar a una novela», y, un poco más adelante, dice que esta se trata de su «primera novela y seguramente la última». No mucho después escribe que no puede ceñirse a «las restricciones y reglas del arte» que conlleva escribir un relato de ficción, pues «lo que tengo que contar no es una historia inventada sino un conjunto de innegables realidades». En otras palabras, esto no es una fantasía, sino la verdad, aunque después afirme que «esto es una novela, no un tratado», y ya hacia el final declara que «esta novela tuvo que ser puesta de lado» para terminar de trabajar en un nuevo destructor.

George introduce notables innovaciones a la técnica narrativa: dedica a aspectos públicos y privados de su vida capítulos separados entre sí, aunque refieran hechos más o menos simultáneos. Así, escribe un capítulo extenso titulado «Marion» sobre su cortejo y matrimonio, al que preceden y siguen otros acerca de la época trabajando con su tío en el Tono-Bungay. En vez de guardar el orden cronológico entrelazando las dos tramas, las presenta separadas por completo, hecho que justifica alegando su intención de explicitar las divisiones de su vida:

> Veo mi vida dispuesta en dos columnas paralelas de desigual grosor, una más ancha, más grande, más extendida, más rica en acontecimientos, que constantemente se amplía aún más, el lado comercial de mi vida, y otra más estrecha, más oscura, que se ensombrece cada vez más a medida que va apagándose la llama de la felicidad, mi vida hogareña con Marion.

Es posible que Wells adaptara esta técnica de Joseph Conrad y su obra *El agente secreto* (1907), un libro que dedicó a Wells, y en el cual la

narración retrocede sin dar explicaciones a una serie de hechos anteriores. La técnica de Wells no resulta tan llamativa, y quizá representa con más sutileza las divisiones y disociaciones de las que se ocupa la novela. (En lo que parece una broma entre amigos, Wells tomó el inglés incomprensible de Conrad como modelo del habla del capitán rumano que se dirige a África).

George Ponderevo es un narrador más hábil de lo que piensa, pero malinterpreta gran parte de su propia historia. En ningún momento sospecha hasta qué punto su tía Susan está enamorada de él, ni del dolor que le infringe su inminente matrimonio con Marion. Parece ignorar la intensidad de los sentimientos eróticos de Beatrice Normandy hacia él, y cuando se refiere a ellos los describe con vocabulario técnico. En el extraordinario capítulo en que George vuela con uno de los aeroplanos sobre Beatrice mientras esta domina a su caballo con «su cuerpo» sobre la montura, es especialmente lento en señalar la tensión sexual entre ambos después de aterrizar. Ella se desliza hacia sus brazos (diciendo solo: «Esas grandes alas») mientras él se sorprende por la «extravagante idea […] de que tenía que hacer el amor con Beatrice»[2], e informa con un estilo científico de que «surgió el factor de la pasión». En las últimas secciones del libro, mientras se dirige con el destructor desde Londres hacia mar abierto, entiende «todo el sentido» de la verdad científica como «lo que perdura», una belleza sobria en el «corazón de la vida», como si ignorara que su barco, con los motores ligeros de los que está tan orgulloso, se sirve de la verdad científica con el único propósito de la destrucción militar. A medida que el buque avanza Támesis abajo hacia el este, desde los palacios reales del oeste de Londres, pasando por la ciudad moderna donde «el Londres tradicional y ostensible cae por completo», hasta «los grandes horizontes del futuro», George comprueba la degeneración del antiguo orden en un caos informe, pero no menciona nada sobre cómo él y su destructor (construido para la marina americana dado que los británicos no lo quieren) contribuyen precisamente a los cambios que tanto lamenta.

Wells aunó una colección variada de fuentes para dar una forma cohesionada a los temas de *Tono-Bungay*. La narración del ascenso de

George desde la oscuridad de la provincia hacia la distinción metropolitana es, en esencia, un relato autobiográfico de la juventud de Herbert George Wells. Su madre, como la de George, era convencional y reservada, y formaba parte del servicio doméstico de una mansión de campo de Sussex llamada Uppark. La historia real difiere de la novela en que fue la madre de Wells quien dejó a su marido, y no al revés (como es el caso de los padres de George), y en que vivió en Uppark solo hasta antes de que naciera su hijo y volvió después de que él se marchara de casa, en los primeros años de su adolescencia. El aprendizaje de George en la farmacia está basado en el de Wells como mercero (es decir, comerciante de telas). Más tarde, George, igual que Wells, se convierte en un estudiante sobresaliente becado en Londres, donde despega su carrera meteórica.

También como Wells, George es pesimista con respecto a los problemas sociales y sus posibles soluciones. Después de decidir que él y su amigo escultor Ewart son socialistas, ambos asisten a una reunión de la Fabian Society, una organización real fundada en 1884 que pretendía instaurar el socialismo a través de medios evolucionistas, y no revolucionarios (el nombre de la sociedad se debe a Fabius Cunctator, el general romano que derrotó a sus oponentes con paciencia, evitando grandes batallas). Después de una única reunión, George y Ewart se alejan de los fabianos, decepcionados por su futilidad y vanidad. Wells formó parte de esa sociedad durante cinco años, y ocupó una posición de poder durante la mayor parte de ese tiempo antes de tomar la misma decisión. Más adelante, el técnico ayudante de George, Cothope, un socialista autodidacta, recupera la predicción de las profecías políticas y tecnológicas del libro de Wells *Anticipations* al relatar cómo unos científicos e ingenieros desinteresados rescatan una sociedad condenada por el egoísmo de sus ciudadanos y políticos: «Nosotros, la gente científica, tendremos que hacernos cargo del control y detener todo este embrollo financiero y publicitario y todo eso». Wells no menciona el miedo que le causa que esa perspectiva se revelara tan poco práctica como la fantasía utópica de Ewart sobre la reforma de las relaciones sexuales a través de aislar a las mujeres en una cerrada «Ciudad de las Mujeres», donde cada una viviría en una casa particular construida en la muralla exterior, con un balcón y «una pequeña escalerilla enrollable que

podrá arrojar si lo desea» para que acceda durante un breve interludio uno de los hombres que esperan fuera.

En el ámbito moral e intelectual, George representa lo contrario que su tío Edward, pero este último es también un autorretrato de Wells, aunque de un modo más secreto y ambiguo. A través del fraudulento personaje público de Edward, de su estatus logrado con malas artes, de su imagen de gigante financiero entre buitres plutócratas, Wells se está refiriendo de un modo sarcástico al aumento de su propia fama como profeta social. Edward, como él, cree que contribuye a cambiar la sociedad y que formará parte de la clase dirigente que salvará el mundo: «Tenemos las manos metidas en las cosas, George, somos gente importante […] Tenemos el control del país, George. Es nuestro. Conviértelo en una empresa científica… Organizada… Comercial. Pon ideas en él». Por supuesto, también pretende que las reformas sean rentables, como en su primera idea de «El Apartamento Patentado Ponderevo, una máquina dentro de la cual puede usted vivir» (el mismo proyecto vanguardista realizado por el arquitecto suizo Le Corbusier en su *machine à habiter*, «la máquina para vivir»). Mientras que Wells aconsejaba a su extenso público lector que la sociedad debía reconstruirse sobre unos cimientos racionales y científicos, y mientras se volvía tan famoso que poderosos dirigentes le recibían en sus despachos privados (visitó a Lenin en 1920, y a Roosevelt y Stalin en 1934), también tenía la sensación de estar vendiendo a sus lectores la versión intelectual del Tono-Bungay, algo fraudulento, sin valor, quizá peligroso, pero que le reportaba beneficios.

La habilidad de Wells de someterse a sí mismo a juicio se suma a la autoridad moral con que juzga el mundo económico y social que le rodea. El éxito del Tono-Bungay y el auge y la caída económicos de Edward Ponderevo están basados en dos hechos reales. Casi cada detalle de los ingredientes y de la historia del Tono-Bungay los toma de la Coca-Cola, que con seguridad Wells conoció cuando visitó Estados Unidos en 1906. Esta bebida fue inventada por un farmacéutico de Atlanta en 1886, y contenía extractos estimulantes de nuez de cola y hojas de coca (incluyendo trazas de cocaína). Se publicitó como un tónico para el cerebro y los nervios y obtuvo un éxito comercial sin precedentes.

El repentino y humillante final del imperio de Edward está basado en Whitaker Wright, un financiero a la altura de Ponderevo que se había construido una mansión en Lea Park y una granja adyacente llamada Witley Park. Como Edward en Crest Hill, Wright dio trabajo a un pequeño ejército de trabajadores, movió colinas, excavó lagos, gastó millones en el proyecto y ganó el resentimiento de sus vecinos a causa de los cambios drásticos e inmediatos que impuso. Una de las numerosas compañías que dirigía se arruinó estrepitosamente en 1900 como resultado de sus prácticas fraudulentas, hecho que se recrea casi del mismo modo en la historia de Edward. Wright se fue a América, igual que Edward intenta marcharse a Francia. La crónica real y la de ficción divergen en este punto. Después de ser extraditado, Wright fue sentenciado en 1904 a siete años de prisión, pero se suicidó tomando cianuro de potasio justo después de la sentencia (y tenía a mano un revolver cargado por si el veneno fallaba); Edward alude de modo deliberado a cómo Wright preparó con meticulosidad su suicidio.

La investigación de George sobre globos y aeroplanos está fundamentada en el trabajo de pioneros como Otto Lilienthal, Percy Pilcher y los hermanos Wright. Hay un momento en el que asegura haber sido el primero en volar con un planeador (los Wright, más tarde, lo lograron con una nave a motor), pero con la suficiente indecisión para no provocar que otros reclamen su lugar privilegiado en la lista. La nave en la cual George lleva a Edward en su último viaje parece un aeroplano a motor, similar a un dirigible pequeño, pero Wells, adrede, es impreciso con los detalles técnicos. En cambio, explica con minuciosidad la invención de George de una línea de montaje para embotellar el Tono-Bungay con más eficiencia: «Una especie de cinta sin fin de botellas deslizándose a lo largo de un cristal inclinado que convertíamos en resbaladizo mediante una fina capa de agua corriente», con sus distintas fases de operación.

La cronología de *Tono-Bungay* es confusa y quizá irresoluble. La introducción de John Hammond a su edición[3] incluye una elaborada datación de los hechos a partir de la única fecha que aparece en el texto: la publicación del artículo sobre el quap de George en el *Geological Magazine* de octubre de 1905. Hammond asume que la expedición de George ocurre antes, en aquel mismo año, e infiere de los indicios dispersos a lo largo de

la novela que George nace en 1861, comercializa el Tono-Bungay con su tío en 1883 y sufre el accidente de vuelo (instantes después de volar con un planeador) en octubre de 1904, que Edward cae en bancarrota en 1905 y que George escribe la novela en 1906. Esta propuesta resulta bastante creíble, y la forma en que Edward se refiere en III.II.8 a una charla que ofreció Wells en 1903 y publicada en aquel año, lo corrobora.

Sin embargo, la cronología de Hammond queda ligeramente en duda con la tímida afirmación de George en III.III.4 de que es el primero en volar con una nave. Esta afirmación sugiere una fecha considerablemente anterior a 1903, cuando los hermanos Wright lograron con éxito llevar a cabo un vuelo a motor (un acontecimiento que obtuvo gran popularidad alrededor de 1906). Puede que Wells hubiera pensado que el colapso financiero de Edward ocurría al mismo tiempo que el de Whitaker Wright en 1900. De acuerdo con esta cronología alternativa, el vuelo y accidente de George tendrían lugar en la más que probable fecha de 1899, y a George le quedarían aún media docena de años para convertirse en diseñador de buques de guerra, en vez de solo unos meses. Quizá Wells se sirvió de líneas temporales ligeramente contradictorias para los diferentes episodios de la novela, y le preocuparon poco las incongruencias.

Tono-Bungay encontró lectores entusiastas desde el momento de su publicación, aunque las primeras críticas, como sucede con la mayoría de las grandes obras, incluían las que la rechazaban con condescendencia y las que la alababan con gratitud[4]. La obra nunca ha ocupado un lugar importante en la historia de la literatura moderna, pero sí posee una vida posterior significativa, aunque de algún modo oculta. El político liberal C. F. G. Masterman, que leyó las galeradas de *Tono-Bungay*, usó la novela para ilustrar los temas de *The Condition of England* (1909), un libro que marcó el camino de gran parte de los debates públicos sobre la sociedad moderna en las décadas siguientes. La descripción de Masterman de una comunidad engañada por el falso sentido de la seguridad que aportan el poder económico y militar, y amenazada por fuerzas desintegradoras que ni siquiera percibe, es un paralelismo de la visión de *Tono-Bungay*, y la cita

inicial de la obra del político es de George Ponderevo: «"He alcanzado una época de la vida", dice el protagonista de una novela moderna, "en la que las únicas teorías que me interesan son generalizaciones acerca de realidades"»[5]. El momento culminante del libro de Masterman es un rápido resumen sobre la existencia desconectada y fragmentaria de George, que tan pronto es un plutócrata cortejado por los grandes como un marido discutiendo con su mujer en un suburbio, que tanto se relaciona con la clase media como se embarca en una expedición pirática a África, que tanto hace equilibrios con una tostada y una taza de té en una sala de estar londinense como se deja llevar por las fuerzas incontrolables del sexo hacia la perplejidad y la confusión.

Entre quienes leyeron la obra publicada en su forma seriada, quizá el primero en percibir su grandeza fue un joven D. H. Lawrence, que escribió a su amiga Blanche Jennings pocos días después de que apareciera la última entrega en la *English Review*: «Debes, tienes que leer *Tono-Bungay* […] Es la mejor novela de Wells, es la mejor novela que he leído en… oh, ¿cuánto tiempo? Pero me pone triste. Si supieras qué cantidad de tristeza Wells te vierte en el corazón mientras lo vas leyendo… Oh, *Mon Dieu*! Es un pesimista terrible. Pero, *Weh mir*[6], tiene toda la razón»[7]. Dos meses más tarde Lawrence volvió a insistir a su amiga, «lee, lee *Tono-Bungay*; es un muy buen libro»[8]. En el futuro mencionó muy poco el libro, pero recuperó su vocabulario y sus temas cuando empezó a trabajar, en 1914, en su gran novela, *Mujeres enamoradas*, donde enfrentaba el pesimismo apocalíptico de Wells con su propia esperanza apocalíptica. Lawrence consideró titular su libro *The Latter Days* o *Dies Irae* antes de decidirse por el definitivo, y explicó a un amigo: «El libro me asusta: es como el fin del mundo. Pero también es, debe ser, el principio de un nuevo mundo»[9].

Todos los personajes de *Mujeres enamoradas* (al final publicado en 1920) son vagamente conscientes de la catástrofe inminente que solo el portavoz de Lawrence en la novela, Rupert Birkin, comprende del todo: «La disolución sigue adelante, de la misma manera que la producción sigue adelante. Se trata de un proceso progresivo que termina en la nada universal, en el fin del mundo si así lo prefieres»[10]. Pero el misticismo visionario de Birkin le permite prever el instante después del momento del

caos: «En el supuesto de que el viejo estado social presente quedara desmembrado y destruido, ¿qué saldría del caos?»[11]. Lawrence espera el fénix que Wells nunca imaginó, y el lugar donde resurgirá de las cenizas será la nueva clase de relación sexual que Rupert Birkin busca establecer con Úrsula Brangwen.

George Ponderevo considera que su relación sexual con Beatrice es por completo anecdótica: «Hablo aquí de esta aventura amorosa debido a su irrelevancia, debido a que es tan notable que no debería significar nada, y no ser nada excepto lo que es. Resplandece en mi memoria como una brillante flor casual brotando entre los restos de una catástrofe». Para Lawrence, la relación imperfecta pero esperanzadora entre Birkin y Úrsula, el equilibrio con que «las estrellas se equilibran entre sí[12]» después de que el amor correspondido y posesivo fracase, es el medio y el símbolo de la renovación, y cuando ambos se alejan de una sociedad condenada, su cama es, de un modo simbólico, el arca que los salva del diluvio.

Lawrence escribió *Mujeres enamoradas* en parte para homenajear a *Tono-Bungay* y en parte para rebatirla, y el eco de esta puede oírse en aquella. En *Tono-Bungay*, mientras George y Beatrice navegan en canoa por el lago, ella se inclina de repente hacia él: «¿A quién le importa si eso trastorna? […] Si dices otra palabra te besaré. Y me tiraré al fondo abrazándote. No tengo miedo a eso». Por su parte, cuando Lawrence necesita una metáfora para describir la represión del amor posesivo, transforma las palabras de Beatrice en una anécdota del capítulo «La fiesta acuática», en el momento en que Diana Crich se cae de un barco y se ahogan ella y el joven que intenta salvarla:

> Hasta el alba no encontraron los cadáveres. Diana estaba prietamente abrazada al cuello del joven médico, de modo que lo había ahogado.
>
> Gerald dijo:
>
> —Diana lo mató[13].

Lawrence también rememora los pensamientos de George sobre los efectos de la radiactividad cuando retrata a Gudrun Brangwen, la hermana de Úrsula, notando, al inicio de la aventura con el malogrado Gerald Crich, «el campo del cuerpo vivo y radiactivo»[14], en la que parece ser la primera y única vez que Lawrence usa la palabra «radiactivo» en una novela. La invención prácticamente casual de la línea de montaje de George Ponderevo se recupera en el capítulo, cargado de simbología, «El magnate industrial», en el cual los mineros quedan «reducidos a simples instrumentos mecánicos»[15].

Mujeres enamoradas se erige como uno de los monumentos más importantes de la literatura modernista, mientras que *Tono-Bungay* ha quedado relegada a un lado. Pareciera que el mismo Wells, compartiendo la ceguera de su narrador, hubiera considerado que su obra era más convencional de lo que en realidad es. En el prefacio que escribió para la reedición de 1923, la describió como «una novela que se ajusta a los límites establecidos», y en *Experiment in Autobiography* afirmó que había planeado que constituyera «una novela, tal como me la había imaginado, en la línea de Dickens y Thackeray»[16]. Pero un siglo después de su publicación parece menos anticuada, menos limitada a su época que muchos de los clásicos modernistas. El retrato que presenta de un mundo oscurecido por el cambio y la inquietud en medio de una aparente normalidad permanece vívido y urgente, así como la visión de una sociedad cuya riqueza se produce en parte a través de las imágenes de la publicidad, de la explotación de la tecnología y del comercio pirático a escala internacional. Las ambigüedades e incertidumbres de su técnica narrativa mantienen su fuerza perturbadora porque Wells nunca insistió en que su forma de escribir resultara radicalmente nueva, por lo que no ha envejecido aun cuando dejó de ser novedad. *Tono-Bungay* es un libro que define su siglo, un siglo que apenas lo advirtió.

EDWARD MENDELSON

2005

LIBRO PRIMERO

LOS DÍAS ANTERIORES AL INVENTO DEL TONO-BUNGAY

I

De la Casa Bladesover, y de mi madre; y de la constitución de la sociedad

1

La mayoría de la gente de este mundo parece vivir según un papel establecido; tienen un principio, un intermedio y un final, que son congruentes entre sí y fieles a las reglas de su colectivo. Se puede decir que esas personas son de un tipo o de otro. Son, como diría la gente de teatro, ni más ni menos que «actores de un papel». Tienen una clase, tienen un lugar, saben lo que son y lo que les corresponde, y el tamaño de la lápida dice al final lo adecuadamente que han interpretado este papel. Pero hay también otro tipo de vida que no es tanto vivir como saborear una miscelánea de vidas. Uno es golpeado por alguna inesperada fuerza transversal, arrojado fuera de su estrato y vive de través durante el resto del tiempo, y, por decirlo así, en una sucesión fragmentaria de experiencias. Este ha sido mi caso, y eso es lo que me ha impulsado a escribir algo de una naturaleza similar a una novela. He sido objeto de una inusual serie de impresiones que deseo contar sin más dilación. He visto la vida desde niveles muy distintos, y en todos ellos la he observado con una especie de familiaridad y con buena fe. He sido nativo en muchos países sociales. He sido el huésped indeseado de un panadero, mi primo, que luego murió en el dispensario de Chatham; he comido tentempiés ilegales —los injustificables regalos de lacayos— en un rincón de la cocina, y he sido desdeñado a causa de mi falta de estilo por la hija de un empleado de una fábrica de gas (con la que posteriormente me casé y de quien luego me divorcié); y —por no olvidar

mi otro extremo— fui en una ocasión —¡oh, días rutilantes!— en calidad de pareja a la fiesta de una condesa. Se trataba, lo admito, de una condesa con un atractivo financiero, pero, pese a todo, una condesa. He visto a toda esa gente desde varios ángulos. A la mesa, he conocido no solamente a los que tenían títulos sino también a los grandes. Una vez —es mi recuerdo más alegre— derramé mi champán sobre los pantalones del hombre de Estado más importante del Imperio —¡los cielos me castiguen si soy tan odioso como para mencionar su nombre!— en el calor de nuestra mutua admiración.

Y en una ocasión (aunque sea la cosa más fortuita de mi vida), maté a un hombre…

Sí, he visto una curiosa variedad de gente y formas de vivir. Todos extraños, los importantes y los insignificantes, muy parecidos en el fondo y peculiarmente distintos en su superficie. Me hubiera gustado llegar un poco más lejos, hacia arriba y hacia abajo, teniendo en cuenta lo mucho que he logrado abarcar hasta ahora. Debe de valer y debe de ser muy divertido conocer a la realeza. Pero mi contacto con príncipes se ha visto limitado a ocasiones públicas; tampoco en el otro extremo del escalafón social he tenido lo que podríamos llamar una relación profunda con esa indeterminada aunque atractiva clase de gente que va por las carreteras borracha pero *en famille* (redimiendo así el pequeño desliz) en verano, con un cochecito de niño, espliego para vender, niños bronceados por el sol, mal olor y ambiguos fardos que encienden la imaginación. Peones, jornaleros, marinos y fogoneros, todos los clientes de las tabernas que proliferaron desde la ley de 1834, también están lejos de mí, y supongo que seguirán así ahora y siempre. Mis relaciones con la nobleza también han sido insignificantes; en una ocasión fui de caza con un duque, y en un arranque de lo que sin duda fue esnobismo, intenté darle en las piernas. Pero fallé.

Lamento no haber tenido contacto con todas las variedades sociales, sin embargo…

Sin duda se preguntarán ustedes cuáles han sido mis méritos para conseguir esta notable extensión social, esta considerable muestra representativa del organismo social británico. Fue la Casualidad del Nacimiento. Siempre es así en Inglaterra. Por supuesto, desde un punto de

vista cósmico, todo lo es. Pero así fue, de todos modos. Yo fui el sobrino de mi tío, y mi tío era ni más ni menos que Edward Ponderevo, ¡que cruzó el cielo financiero como un cometa hace diez años! ¿Recuerdan ustedes los días de Ponderevo, los grandes días, quiero decir, de Ponderevo? Quizá tuvieron ustedes algo que ver con alguna de esas empresas que sacudieron al mundo. ¡Entonces seguro que lo conocen! A horcajadas sobre el Tono-Bungay, iluminó los vacíos cielos, como un cometa; mejor aún, ¡como un magnífico cohete!, y los maravillados inversores hablaron de su buena estrella. En su cenit, estalló en una nube de las más rutilantes promociones. ¡Qué tiempos fueron aquellos! ¡El Napoleón de las comodidades domésticas…!

Yo fui su sobrino, su peculiar e íntimo sobrino. Colgué durante todo el tiempo de los faldones de su levita. Preparé píldoras con él en la farmacia de Wimblehurst antes de que empezara todo. Podrían decir que fui la cerilla que prendió su cohete. Y después de nuestro tremendo despegue, después de que él jugara con los millones que nos llovían del cielo después de observar con vista de pájaro el mundo moderno, caí de nuevo, un poco rasguñado y con ampollas quizá, veintidós años más viejo, perdida mi juventud, mi virilidad marchita, pero grandemente edificado, en este patio a orillas del Támesis, entre los destelleos y el martilleo, en medio de las espléndidas realidades del acero…, para pensar tranquilamente en todo lo ocurrido y redactar las notas y observaciones no consecutivas que forman este libro. Fue mucho más que una simple ascensión figurativa, ¿saben? El cenit de aquella carrera fue sin ninguna duda nuestro vuelo cruzando el canal en el *Lord Roberts β*.

Les advierto que este libro va a ser algo muy parecido a un conglomerado. Deseo trazar mi trayectoria social (y la de mi tío) como línea principal de mi historia, pero ya que esta es mi primera novela y seguramente la última, deseo incluir también todo tipo de cosas que llamaron mi atención, que me divirtieron y que me impresionaron, aunque no tengan nada que ver directamente con mi narración. Deseo hablar también de mis curiosas experiencias amorosas, y para hacerlo con fidelidad deberé tener la mente clara puesto que me turbaron y me afligieron y me hicieron vacilar enormemente, y aún me parecen contener

todo tipo de elementos irracionales y debatibles. Y es posible que me sumerja también en la descripción de una serie de gente que en realidad no es más que gente vista de paso, simplemente porque me divierte recordar lo que nos dijo e hizo, y más particularmente cómo se comportó en el breve pero espléndido fulgor del Tono-Bungay y sus aún más fulgurantes resultados. ¡Iluminaré parte de esa gente, se lo aseguro! De hecho, deseo iluminar todo tipo de cosas. Mis ideas acerca de una novela son más bien amplias que austeras…

El Tono-Bungay figura aún en las vallas publicitarias, se alinea en los almacenes de todas las farmacias, sigue calmando las toses de la edad e ilumina los ojos ancianos y suelta las lenguas ancianas; pero su gloria social, su destello financiero, se han desvanecido del mundo para siempre. Y yo, único y despellejado superviviente del gran fogonazo, permanezco sentado aquí escribiendo en un ambiente que jamás está tranquilo debido a las chispas y el golpeteo de las máquinas, ante una mesa repleta de planos y diseños, y entre fragmentos de modelos y notas acerca de velocidades y presiones del agua y del aire y trayectorias… En un ambiente muy distinto al del Tono-Bungay.

2

Acabo de revisar lo que he escrito y me pregunto si, después de todo, el resultado coincide exactamente con lo que pretendía hacer en este libro. Me doy cuenta de haber dado la impresión de que lo que quiero hacer es simplemente un batiburrillo de anécdotas y experiencias, con mi tío nadando en medio de todo ello como cebo principal. Con la pluma ya preparada para seguir escribiendo, me doy cuenta de la enorme masa en fermentación de cosas que he aprendido y emociones que he experimentado y teorías que me he formado y con las que voy a tener que enfrentarme, y cómo, en un cierto sentido, mi libro va a verse condenado desde su mismo inicio. Supongo que lo que realmente estoy intentando transmitir no es ni más ni menos que la Vida… tal como un hombre se la ha ido encontrando. Deseo explicarme a mí mismo y explicar mi impresión de las cosas como un todo, contar lo que más intensamente he sentido del conjunto de las leyes, tradiciones, costumbres e ideas que llamamos sociedad, y cómo nosotros, pobres individuos, somos arrastrados y atraídos y varados por entre esos ventosos y sorprendentes bajíos y canales. Supongo que he alcanzado una época de la vida en la cual las cosas empiezan a tomar formas que tienen un aire de realidad, y ya no son material para sueños, sino interesantes en sí mismas. He alcanzado el criticismo, la edad de escribir una novela, y aquí estoy escribiendo la mía —mi única novela—, sin la disciplina necesaria para refrenarme y omitir, que supongo adquieren los novelistas de oficio.

He leído un número considerable de novelas y efectuado algunos intentos antes de empezar esta, y he descubierto que las restricciones y reglas del arte (tal como las he deducido) son imposibles para mí. Me gusta escribir, me siento profundamente interesado en la escritura, pero no es mi mundo. Soy un ingeniero con una patente o dos en mi haber y un montón de

ideas; todo lo que tengo de artista lo he invertido en los motores de turbina y la construcción de barcos y el problema de volar, y dicho esto veo difícil que pueda llegar a ser algo más que un flojo e indisciplinado narrador. Deberé divagar y dar rodeos, comentar y teorizar, si quiero conseguir el objetivo que tengo en mente. Y lo que tengo que contar no es una historia inventada sino un conjunto de innegables realidades. Mi historia de amor —si consigo mantener el espíritu de realidad a lo largo de ella tan intenso como está ahora en mi mente, tendrán ustedes todos los detalles— no entra en ninguno de los esquemas narrativos habituales. Implica a tres personas femeninas distintas. Y se halla profundamente entremezclada con todo lo demás…

Pero creo que ya he dicho lo suficiente para disculparme por el método o el intento de método en lo que sigue a continuación, y creo que será mejor que empiece sin más dilaciones la historia de mi juventud y mis primeras impresiones a la sombra de la Casa Bladesover.

3

Hubo un tiempo en el que me di cuenta de que la Casa Bladesover no era lo que parecía, pero cuando era un muchacho acepté el lugar con una fe absoluta, convencido de que era un auténtico y completo microcosmos: creía que el sistema de Bladesover era un pequeño modelo en funcionamiento —y no demasiado pequeño tampoco— del resto del mundo.

Déjenme intentar describirles el efecto que me produjo.

Bladesover se halla situada en los Downs del condado de Kent, a unos trece kilómetros de Ashborough; y su viejo pabellón, una pequeña parodia en madera del templo de Vesta en Tibur, en la cima de la colina detrás de la casa, ofrece, en teoría al menos, una vista del mar, del canal al sur y del Támesis al nordeste. El parque es el segundo más grande en Kent, cuidadosamente arbolado con hayas bien situadas, muchos olmos y algunos castaños dulces, abundantes en los pequeños valles y hondonadas de helechos, con fuentes y un arroyo y tres hermosos estanques, y multitud de corzos. La casa fue construida en el siglo XVIII, es de ladrillo rojo pálido al estilo de los castillos franceses y, excepto un paso entre las crestas que se abre a la azul distancia salpicada de diminutas y remotas granjas y montes bajos y campos de trigo y el ocasional destello del agua, sus ciento diecisiete ventanas no se abren a otra cosa que no sea su propio y hermoso territorio. Una pantalla semicircular de grandes hayas oculta la iglesia y el pueblo, que se amontonan pintorescamente en torno a los altos caminos que envuelven las laderas del gran parque. Al norte, en la esquina más remota del recinto, hay un segundo pueblo tributario, Ropedean, menos afortunado debido a su mayor distancia y también a cargo de un párroco. Este sacerdote era por supuesto rico, pero rencorosamente frugal debido a una cierta reducción de sus diezmos; y a causa de haber utilizado la palabra Eucaristía

en la Comunión, había sido completamente apartado de las grandes damas de Bladesover. De modo que Ropedean permaneció en las sombras durante toda mi juventud.

La inevitable impresión que producían aquel enorme parque y aquella inmensa casa que dominaban iglesia, pueblo y campos, era que representaban lo que importaba realmente en el mundo, y que todo lo demás tenía significado tan solo a través de ellos. Representaban la nobleza, la clase gracias a lo cual el resto del mundo, los campesinos y los jornaleros, los comerciantes de Ashborough, y los mayordomos y los demás sirvientes y los trabajadores de la propiedad, podían respirar y vivir. Y esa clase conseguía eso de una forma suave y completa, la gran casa se unía tan sólida y eficazmente con la tierra y el cielo…, y el contraste de su espacioso vestíbulo y salones y galerías, su graciosa habitación para el ama de llaves y el resto de dependencias, a su vez con la escuálida dignidad del párroco y los angostos y atestados locales incluso el de la oficina de Correos y la tienda de comestibles, que reforzaban de tal modo esa impresión, que hasta que no fui un muchacho de trece o catorce años y alguna noción inherente en mí de escepticismo no despertó dudas acerca de si mr. Bartlett, el párroco, lo sabía realmente todo acerca de Dios, no empecé a sumergirme en las dudas y a cuestionarme el derecho de la gente bien nacida a ocupar el puesto que ocupaba, su vital necesidad en el esquema de las cosas. Pero una vez este escepticismo se despertó en mí, creció rápido y arreló profundamente. A los catorce años era autor de terribles blasfemias y sacrilegios; decidí casarme con la hija de un vizconde, y conseguí que su medio hermano me pusiera a la funerala mi ojo izquierdo —creo que era el izquierdo—, en abierta y declarada rebelión.

Pero esto ya vendrá en su momento.

Tengo que decir que la gran casa, la iglesia, el pueblo y los jornaleros y los sirvientes en sus empleos y grados, me parecían un sistema social cerrado y completo. A nuestro alrededor había otros pueblos y grandes propiedades, y los nobles, los Divinos, iban y venían de casa en casa, relacionándose, interconectándose. Las aglomeraciones urbanas en medio del campo parecían meras acumulaciones de tiendas, lugares de comercio para los arrendatarios, centros para ofrecerles toda la educación que

necesitaban, tan completamente dependientes de la nobleza como del pueblo y apenas menos directamente atadas. Yo creía que ese era el orden existente en todo el mundo. Pensaba que Londres no era más que la mayor de todas esas aglomeraciones urbanas en la campiña, donde la nobleza mantenía sus casas en medio de la ciudad y efectuaba sus compras a la magnífica sombra de la más grande y la más exquisita de todas las mujeres nobles, la reina. Todo aquello parecía estar dentro del orden divino. El hecho de que aquellas espléndidas apariencias estuvieran ya minadas, que hubiera en acción fuerzas que iban a terminar pronto con todo aquel elaborado sistema social para el cual mi madre me había instruido con tanto cuidado que podía comprender fácilmente cuál era mi «lugar», mi prisión, era algo que ni siquiera se comprendía aún en el momento en que el Tono-Bungay hizo su extraordinario despegue por todo el mundo.

Hay mucha gente en la Inglaterra de hoy que aún no lo ha comprendido. A veces dudo si alguien, excepto una pequeña minoría de ingleses que apenas cuenta, se da cuenta de hasta qué punto ese ostensible orden ya ha desaparecido. Las grandes casas siguen alzándose en medio de sus parques, las casitas se apiñan respetuosamente en sus límites, tocando sus aleros con sus enredaderas, el lado campestre de Inglaterra —pueden ustedes explorar Kent a partir de Bladesover hacia el norte y verlo— insiste obstinadamente en seguir aparentando lo que era. Es como un hermoso día de primeros de octubre. La mano del cambio descansa sobre todo ello sin sentirse, sin ser vista; descansa por un tiempo, como medio reluctante, antes de aferrarlo todo y terminar con ello para siempre. Uno se inmoviliza, y el rostro de las cosas aparecerá desnudo, saltarán las ataduras, la paciencia terminará, nuestro hermoso follaje de apariencias caerá resplandeciente en el lodo.

Pero para ello tendremos que esperar aún un poco. El nuevo orden puede que haya llegado muy lejos moldeándose a sí mismo, pero al igual que en ese espectáculo de linterna mágica que acostumbraba a exhibirse en el pueblo como «Imágenes disolviéndose», la escena que nos ofrece sigue todavía en las mentes, rastreable y evidente, y la nueva imagen es aún más enigmática después de que las líneas que han de reemplazar a las anteriores se han hecho recias y brillantes, de tal modo que la nueva Inglaterra de los hijos de nuestros hijos resulta todavía un acertijo para mí. Las ideas de

democracia, de igualdad y, por encima de todo, de promiscua fraternidad, nunca han entrado realmente en las mentes inglesas. Pero ¿qué vamos a heredar con ello? Todo este libro, creo, lo trata un poco. Nuestra gente nunca se lo pregunta; conserva sus palabras para burlas e ironías. Mientras tanto las viejas formas, las antiguas actitudes, permanecen, sutilmente cambiadas y cambiando aún, albergando extraños inquilinos. La Casa Bladesover está ocupada ahora por sir Reuben Lichtenstein, y lo ha estado desde que muriera la vieja lady Drew; una de mis más extrañas experiencias fue visitarlo allí, donde mi madre había sido ama de llaves, cuando mi tío se hallaba en el clímax del Tono-Bungay. Resultó curioso observar entonces las pequeñas diferencias que se habían producido con aquella sustitución. Tomando prestado un concepto de mis días mineralógicos, esos judíos no eran tanto una nueva nobleza británica como un «pseudomorfo» tras la nobleza. Son una gente muy astuta los judíos, pero no lo suficientemente astuta como para eliminar su astucia. Deseé poder ir escaleras abajo para saborear el estilo de la cocina. Hubiera sido muy distinto del que conocía. Observé que Hawknest, un poco más allá, tenía su pseudomorfo también; el propietario de un periódico, uno de esos tipos que saltan sobre ideas robadas de una empresa en dificultades a otra, había comprado el lugar. Redgrave estaba en manos de unos cerveceros.

Pero la gente de los pueblos, por todo lo que pude detectar, no veía la menor diferencia en su mundo. Dos niñitas inclinaron sus cabezas y un viejo campesino se tocó compulsivamente el ala del sombrero cuando me crucé con ellos paseando por el pueblo. Pensaban que aún sabían cuál era su lugar… y el mío. No los conocía, pero me hubiera gustado mucho preguntarles si recordaban a mi madre, o si mi tío o el viejo Lichtenstein habían sido lo suficientemente hombre como para seguir mereciendo aquel trato.

En aquella Inglaterra campestre de mi pubertad cada ser humano tenía su «lugar». Era algo que te correspondía desde tu nacimiento como el color de tus ojos, era inextricablemente tu destino. Por encima tuyo estaban los que eran mejores que tú, por debajo estaban tus inferiores, y había también algunos pocos casos, inestables y cuestionables, tan poco concretos que podías, al menos por el momento, considerarlos como tus iguales. La

cabeza y el centro de nuestro sistema era lady Drew, su «señoría», arrugada, parlanchina, con una memoria asombrosa para las genealogías y muy muy vieja, y a su lado y casi tan vieja, miss Somerville, su prima y compañera. Esas dos viejas almas vivían como semillas secas en la gran vaina de la Casa Bladesover, un cascarón que en su tiempo había estado alegremente lleno de petimetres, de espléndidas damas empolvadas y llenas de lunares artificiales y de caballeros cortesanos con espadas; y cuando ya no tuvieron compañía pasaban días enteros en un rincón de la sala de recibir, justo encima de la habitación del ama de llaves, leyendo, dormitando y acariciando a sus dos perros de compañía. Cuando yo era un muchacho pensaba siempre en aquellas dos pobres viejas criaturas como en seres superiores que vivían, como Dios, en algún lugar por encima del techo. Ocasionalmente hacían un poco de ruido e incluso las oías por encima de tu cabeza, lo cual les daba un mayor efecto de realidad sin mitigar su predominancia vertical. A veces también las veía. Por supuesto, si me encontraba con ellas en el parque o entre los arbustos (donde yo era un intruso), me escondía o huía lleno de piadoso horror, pero en una determinada ocasión fui llevado a su Presencia a petición de ellas. Recuerdo a su «señoría» como algo envuelto en sedas negras y con una cadena de oro, una temblorosa amonestación de que debía ser un buen muchacho, un rostro y un cuello muy arrugados y flácidos, y una viscosa mano que depositó temblando media corona en la mía. Miss Somerville estaba detrás, una forma pálida que olía débilmente a lavanda, blanca y negra, con unos ojos torcidos de canosas cejas. Su cabello era amarillo y sus mejillas, encendidas, y cuando nos sentábamos en la habitación del ama de llaves, en las noches invernales, para calentarnos los pies y beber un poco de vino añejo, su doncella nos contaba los sencillos secretos de aquel tardío enrojecimiento… Tras mi pelea con el joven Garvell fui por supuesto echado, y no volví a ver nunca más a aquellas dos pobres viejas diosas de cartón piedra.

Luego aparecieron los que iban y venían por las habitaciones de encima de nuestras respetuosas cabezas, los Invitados; gente a la que yo raras veces vi, pero cuyos gestos y modales fueron imitados y discutidos por sus doncellas y criados en la habitación del ama de llaves y en la habitación del

mayordomo, de modo que yo siempre supe de ellos de segunda mano. De aquellas conversaciones deduje que ninguno de los Invitados era realmente un igual de lady Drew, eran superiores o inferiores, según correspondía a todas las cosas en nuestro mundo. Recuerdo que en una ocasión hubo un príncipe, acompañado de un auténtico caballero, y eso estaba un poco por encima de nuestros niveles habituales y nos excitó a todos, y quizá despertó unas excesivas expectativas. Más tarde, Rabbits, el despensero, apareció en la habitación de mi madre, en la planta baja, rojo de indignación y con lágrimas en los ojos.

—¡Mire eso! —dijo Rabbits jadeando.

Mi madre se quedó muda de horror. «Eso» era un soberano, un simple soberano, ¡como lo que esperarías recibir de cualquier plebeyo!

Tras los Invitados, recuerdo, vinieron días de ansiedad, porque las pobres viejas de arriba fueron dejadas de lado, malhumoradas y vengativas, y en un estado de indigestión física y emocional tras sus esfuerzos sociales…

En el peldaño inferior de aquellos auténticos Divinos se hallaba la gente de la parroquia, y muy cerca de ellos venían aquellos ambiguos seres que no tienen clase, pero que tampoco son súbditos. La gente de la parroquia tenía su lugar propio en el típico esquema inglés; no hay nada más notable que el progreso conseguido —socialmente— por la Iglesia en los últimos doscientos años. A principios del siglo XVIII el párroco se hallaba más bien por debajo que por encima del mayordomo de la casa, y era juzgado como un competidor por el ama de llaves y todo aquel que no había sido demasiado desacreditado moralmente. La literatura del siglo XVIII está llena de sus quejas por no poder permanecer en la mesa para recibir su parte del pastel. Se alzó por encima de esas indignidades gracias a la abundancia de hijos jóvenes. Cuando me enfrento a las amplias presunciones del clero contemporáneo, puedo pensar en todas esas cosas. Resulta curioso notar que hoy en día ese oprimido personaje que es el maestro de escuela de los pueblos ingleses, y entre cuyas misiones está a veces el tocar el órgano en la iglesia, ocupa en gran parte la misma posición que el cura del siglo XVII. El doctor se situaba en Bladesover por debajo del párroco y por encima del veterinario; los artistas y visitantes estivales se apiñaban por encima o por

debajo de este punto según su apariencia y lo que gastaban; y luego, en una escala cuidadosamente ordenada, venían los arrendatarios, el despensero y el ama de llaves, el tendero del pueblo, el primer guardabosques, el cocinero, el tabernero, el segundo guardabosques, el herrero (cuyo estatus resultaba complicado por el hecho de que su hija era la encargada de la oficina postal…, ¡y la habilidad con la que pulsaba los telegramas!), el hijo mayor del tendero del pueblo, el primer criado, los hijos más jóvenes del tendero del pueblo, su primer ayudante, y así sucesivamente…

Absorbí todos esos conceptos y aplicaciones de una prioridad universal en mis tiempos en Bladesover, mientras escuchaba las charlas de los sirvientes, doncellas, Rabbits el despensero y mi madre en la habitación del ama de llaves, pintada de blanco, llena de alacenas y brillantemente iluminada, donde se reunían los principales sirvientes, o de los criados y Rabbits y los jornaleros de todo tipo entre los tapetes verdes y las sillas estilo Windsor de la cocina —donde Rabbits, hallándose por encima de la ley, vendía cerveza sin licencia ni remordimientos—, o de las doncellas en la poco iluminada despensa, o de la cocinera y sus ayudantes y amigos casuales entre el brillo del cobre y los brillantes fuegos de la cocina.

Por supuesto, esos órdenes y lugares les venían a todos ellos por imposición, y de lo que se ocupaban principalmente en sus charlas era de los órdenes y lugares de los Divinos. Había una dignidad de clase entre los libros de recetas, el *Whitaker's Almanack*, el *Old Moore's Almanack*, y un diccionario del siglo XVIII, en el pequeño aparador que rompía la unidad de las alacenas a un lado de la habitación de mi madre; había otra dignidad de clase entre las ollas de la cocina; había una nueva dignidad de clase en la sala de billares, y creo recordar otra en el curioso lugar de reunión que mantenían los sirvientes principales en la sala de música y en la cual, una vez servida la cena, se reunían para compartir el lujo de unas pastas. Y si les preguntabas a esos sirvientes principales si por ejemplo el príncipe de Battenberg estaba emparentado con digamos mr. Cunninghame Graham o el duque de Argyle, te lo decían sin ni siquiera pestañear. De muchacho, oí una gran cantidad de cosas así, y si hoy en día me muestro un poco vago con respecto a los títulos de nobleza y a la exacta aplicación de los tratamientos honoríficos, ello es debido, puedo asegurárselo, a que mi corazón se ha

endurecido, y no por falta de una adecuada oportunidad de haber aprendido esas valiosas particularidades.

Por encima de todos esos recuerdos se halla la figura de mi madre —mi madre que no me quería porque a cada día que pasaba me parecía más a mi padre—, y que sabía con una inflexible decisión cuál era su lugar y el lugar de todos en el mundo, excepto el lugar que ocultaba a mi padre… y en algunos pormenores, el mío. A menudo expresaba sutiles detalles al respecto. Puedo verla y oírla aún diciendo:

—No, miss Fison, los pares de Inglaterra van por delante de los pares del Reino Unido, y él es simplemente un par del Reino Unido.

Tenía una gran práctica en situar a los sirvientes de la gente en torno a su mesa para tomar el té, donde la etiqueta era muy estricta. A veces me pregunto si la etiqueta en las habitaciones de las amas de llaves sigue siendo aún tan severa hoy en día, y dónde habría situado mi madre a un *chauffeur*…

En su conjunto, me siento feliz de haber visto tantas cosas como vi en Bladesover…, aunque sea solamente a causa de que, viendo lo que vi de una forma completamente ingenua, creyéndolo totalmente, y luego empezando a analizarlo, fui capaz de comprender muchas cosas de la estructura de la sociedad inglesa que hasta entonces me habían resultado del todo incomprensibles. Bladesover es, estoy convencido, la clave de casi todo lo que es típicamente británico, y sume en la perplejidad al extranjero que inquiere acerca de Inglaterra y la gente de habla inglesa. Me doy cuenta claramente que Inglaterra era toda ella Bladesover hace doscientos años; que ha habido, por supuesto, una Ley de Reforma, y algunos cambios formales parecidos, pero ninguna revolución esencial desde entonces; todo lo que es moderno y diferente ha venido como algo intruso o como una acotación sobre esta fórmula predominante, ya sea insolentemente o a modo de disculpa; y percibirán ustedes de inmediato la razonabilidad, la necesidad, de ese esnobismo que es la cualidad distintiva del pensamiento inglés. Todo el mundo que no se halla realmente a la sombra de una Bladesover es como si estuviera buscando a cada instante orientaciones perdidas. Nunca hemos roto nuestras tradiciones, nunca las hemos cortado a piezas ni siquiera simbólicamente, como hicieron los franceses durante el

Terror. Pero todas las ideas organizativas se han relajado, los viejos lazos habituales se han aflojado o no han sido apretados. Y América es también, por así decirlo, una parte desprendida y remota de ese estado que se ha expandido en singulares formas. George Washington pertenecía a los bien nacidos, y estuvo a punto de ser rey. Fue Plutarco, ¿saben?, y no nada intrínsecamente americano, lo que impidió que George Washington se convirtiera en rey…

4

En Bladesover odiaba la hora del té en la habitación del ama de llaves más que cualquier otra cosa. Y la odiaba particularmente cuando mrs. Mackridge y mrs. Booch y mrs. Latude-Fernay estaban en la casa. Las tres eran antiguas sirvientas jubiladas. Viejos amigos de lady Drew las habían recompensado póstumamente por una prolongada devoción a sus pequeñas comodidades, y mrs. Booch era también depositaria de un hermoso terrier escocés. Cada año lady Drew les enviaba una invitación, una recompensa y un incentivo a la virtud con una referencia especial hacia mi madre y miss Fison, la doncella. Se sentaban con sus negros y lustrosos y recargados vestidos adornados con trencillas y cuentas, comiendo enormes cantidades de tarta, bebiendo mucho té con modales majestuosos, y chismorreando con gran retumbo.

Recuerdo aquellas mujeres como inmensas. No dudo de que fueran de un tamaño considerable, pero yo era tan solo un pequeño mozalbete y deben haber asumido proporciones pesadillescas en mi mente. Gravitaban sobre mí, enormes y amenazadoras. Mrs. Mackridge era amplia y muy morena; su cabeza atraía inmediatamente la atención, puesto que era calva. Llevaba un decoroso gorro, en cuya parte frontal su cabello castaño estaba pintado. Nunca he visto nada parecido desde entonces. Había sido doncella de la viuda de sir Roderick Blenderhasset Impey, una especie de gobernador o potentado o algo así en las Indias Orientales, y por lo que quedaba de ella —en mrs. Mackridge— juzgo que lady Impey era una persona asombrosa y aplastante. Lady Impey había sido del tipo Juno, altiva, inabordable, dada a la ironía y al humor cáustico. Mrs. Mackridge no tenía humor, pero había adquirido la voz cáustica y los gestos junto con los viejos satenes y adornos de la gran dama. Cuando te decía que hacía una mañana espléndida, parecía estar diciéndote también que eras un estúpido, y un estúpido de baja

categoría además; cuando le hablabas, tenía una forma de responder a tus pobres palabras con un enorme y desdeñoso «¡ejem!» que te hacía desear quemarla viva. Tenía también una forma muy particular de decir «¡por *sss*upuesto!», acompañada de una vertiginosa caída de párpados.

Mrs. Booch era una mujer pequeñita, de pelo castaño, con unos curiosos rizos minúsculos a cada lado de su rostro, grandes ojos azules, y un pequeño conjunto de observaciones estereotipadas que constituían todo su alcance mental. Mrs. Latude-Fernay no ha dejado, sorprendentemente, ningún recuerdo en absoluto en mí, excepto su nombre y el efecto causado por un traje de seda gris y verde, adornado con botones azules y dorados. Tengo la impresión de que era una rubia más bien gruesa. Luego estaba miss Fison, la doncella que atendía tanto a lady Drew como a miss Somerville, y frente a mi madre, al extremo opuesto de la mesa, se sentaba Rabbits el despensero. Rabbits, pese a ser despensero, era un hombre retraído, y en un té no es precisamente donde puedes conocer a los despenseros, sino con chaqué y corbata negra con motas azules. Era un hombre corpulento, con grandes patillas, pese a lo cual su boca completamente afeitada era pequeña y débil. Permanecía sentado entre aquella gente en una alta y dura silla georgiana, intentando existir, como una débil semilla entre grandes rocas, y mi madre se sentaba con la mirada fija en mí, dispuesta a reprimir la más ligera manifestación de vitalidad. Aquello era duro para mí, pero quizá también lo fuera para aquella gente más bien sobrealimentada, envejeciendo a ojos vistas, que quería aparentar a toda costa el hecho de que mis jóvenes, inquietos, rebeldes e incrédulos ojos se interpusieran allí entre sus dignidades.

El té duraba casi tres cuartos de hora, y yo permanecía allá a la fuerza; y día tras día la conversación era exactamente la misma.

—¿Azúcar, mrs. Mackridge? —acostumbraba a decir mi madre—. ¿Azúcar, mrs. Latude-Fernay?

La palabra «azúcar» debía agitar la mente de mrs. Mackridge.

—Dicen —empezaba su perorata (al menos la mitad de sus frases se iniciaban siempre con un «dicen»)— que el azúcar engorda horriblemente. Muchas personas de entre las mejores ya no lo toman en absoluto.

—No con su té, señora —decía Rabbits inteligentemente.

—No con nada —respondía mrs. Mackridge, con un aire de respuesta aplastante, y bebía.

—¿Qué es lo que van a decir a continuación? —exclamaba miss Fison.

—¡Dicen tantas cosas! —aventuraba mrs. Booch.

—Dicen —insistía mrs. Mackridge, inflexible— que los doctores no lo re-co-mien-dan.

MI MADRE: ¿No, señora?

MRS. MACKRIDGE: No, señora.

Luego, a la mesa en general:

—Pobre sir Roderick: antes de morir, consumía grandes can-ti-da-des de azúcar. A veces me pregunto si eso no aceleraría su fin.

Aquello terminaba la primera escaramuza. Una cierta melancolía en las actitudes, y una pausa, podían ser atribuidas a la sagrada memoria de sir Roderick.

—George —decía entonces mi madre—, ¡no des patadas a la silla!

Luego, quizá, mrs. Booch planteaba una de las piezas favoritas de su repertorio.

—Las tardes se están alargando maravillosamente —decía; o, si la estación iba declinando—: ¡Cómo se acortan las tardes!

Eran unas observaciones valiosísimas de su parte; no sé cómo hubiéramos podido pasarnos sin ellas.

Mi madre, que se sentaba de espaldas a la ventana, consideraba siempre que era una atención hacia mrs. Booch el volverse y contemplar el atardecer en su acto de prolongación o contracción, según la fase que correspondiera.

A continuación se producía una enérgica discusión acerca de lo largo que era el día más largo o lo corto que era el día más corto, hasta que finalmente la discusión decaía por sí misma, agotada.

Mrs. Mackridge, a veces, la reabría. Tenía muchas inteligentes costumbres; entre otras, leía el periódico, *The Morning Post*. Las otras damas a veces le echaban también una ojeada, pero solamente para leer los nacimientos, matrimonios y muertes de la primera página. Se trataba por supuesto del viejo *Morning Post* que costaba tres peniques, no del enérgico y brillante periódico que es hoy en día.

—Dicen —empezaba— que lord Tweedums va a ir al Canadá.

—¡Ah! —decía mr. Rabbits—, ¿de veras?

—¿No se trata —observaba mi madre— del primo del conde de Slumgold? —Sabía que lo era; era una observación completamente irrelevante e innecesaria, pero en cualquier caso, algo que decir.

—El mismo, señora —respondía mrs. Mackridge—. Dicen que era extremadamente popular en Nueva Gales del Sur. Lo tenían en muy buena consideración. Yo lo conocí cuando era joven, señora. Un joven muy agradable y encantador.

Un interludio de respeto.

—Su predecesor —decía Rabbits, que había adquirido de algún modelo clerical una vocalización precisa y enérgica sin adquirir al mismo tiempo las consonantes aspiradas que le hubieran dado distinción— tuvo problemas en Sydney.

—¡Ejem! —exclamaba mrs. Mackridge, desdeñosa—, así tengo entendido.

—Acudió a Templemorton a su regreso, y recuerdo que hubo una cierta discusión, tras la cual él se marchó de nuevo.

—¿Ejem? —decía mrs. Mackridge, interrogativa.

—Les citó algo de poesía, señora. Les dijo… ¿qué fue lo que les dijo?…, «Abandonaron su país en bien de su país», lo cual en cierto modo les recordaba que habían sido originalmente convictos, aunque ahora se hubieran reformado. Todo el mundo al que oí hablar de ello estaba de acuerdo en que fue una buena medida de tacto de su parte.

—Sir Roderick acostumbraba a decir —observaba mrs. Mackridge— que la Primera Cosa —aquí mrs. Mackridge hacía una pausa y me miraba terriblemente—, y la Segunda Cosa —aquí me miraba de nuevo—, y la Tercera Cosa —dejaba de mirarme—, que necesita un gobernador colonial es Tacto. —En aquel punto se daba cuenta de mis dudas y añadía predominantemente—: Siempre he creído que esa era una Observación Singularmente Certera.

De lo que yo llegaba a la conclusión de que si alguna vez encontraba al pólipo del Tacto creciendo en mi alma, lo arrancaría de raíz, lo tiraría al suelo y lo pisotearía.

—Son una gente extraña los coloniales —decía Rabbits—, muy extraña. Cuando estaba en Templemorton vi algo acerca de ellos. Unos tipos más bien raros, algunos. Muy respetuosos, por supuesto, generosos con su dinero a su manera, pero… Algunos de ellos, tengo que confesarlo, me ponían nervioso. No dejan de mirarte. Parece como si te observaran…, mientras tú esperas. Dejan que parezca que están mirándote…

Mi madre no decía nada en ese tipo de discusión. La palabra «colonias» siempre la trastornaba. Creo que tenía miedo de que si volvía su mente en aquella dirección, mi errante padre pudiera ser descubierto de pronto y por sorpresa, indudablemente bígamo además de ofensivo y revolucionario. No deseaba redescubrir a mi padre en absoluto.

Es curioso que cuando era un muchacho oyente tuviera una idea tal de las colonias que me hiciera burlarme en mi interior de la ascendencia colonial de mrs. Mackridge. Pensaba que esos bravos, emancipados y bronceados ingleses al aire libre sufren a esos invasores aristocráticos como un pintoresco anacronismo, pero, en cuanto a sentirse orgullosos de ellos…

Ahora no me burlo. Ya no estoy tan seguro.

5

Es un poco difícil de explicar el porqué no hacía lo que era natural hacer en mis circunstancias, y aceptaba mi mundo tal como era. La razón de ello es cierto escepticismo innato, creo, y una cierta incapacidad para una asimilación complaciente. Mi padre, imagino, era un escéptico; mi madre, a todas luces, una mujer firme.

Yo era hijo único, y hoy en día ignoro aún si mi padre está vivo o muerto. Huyó de las virtudes de mi madre antes de que se iniciaran mis recuerdos conscientes. No dejó huellas de su huida, y ella, en su indignación, destruyó todo vestigio que le fue posible de él. Nunca he visto ninguna fotografía suya ni nada escrito por su mano; y estoy seguro de que tan solo el código aceptado de la virtud y la discreción le impidieron destruir su certificado de matrimonio y a mí, borrando así, completamente, su humillación matrimonial. Supongo que debo de haber heredado algo de la estupidez moral que le permitió hacer un holocausto con todas las cosas, incluso las más pequeñas, que tenía de él. Debía de haber regalos que le había hecho cuando eran novios, por ejemplo, libros con amorosas dedicatorias, cartas quizá, una flor secada entre las páginas de un volumen, un anillo, o cosas así. Conservó su anillo de boda, por supuesto, pero destruyó todo lo demás. Nunca me dijo su nombre de pila ni me habló una palabra acerca de él, aunque a veces estuve a punto de preguntarle; y todo lo que tengo de mi padre —que no es mucho— lo obtuve de su hermano, mi héroe, mi tío Ponderevo. Conservaba su anillo; su certificado de matrimonio lo guardaba en un sobre sellado en el fondo de su baúl más grande, y a mí me mandó a una escuela privada entre las colinas de Kent. No deben creer ustedes que siempre estuve en Bladesover, ni siquiera en mis vacaciones. Si cuando se acercaban estas lady Drew se sentía agraviada por sus recientes Invitados, o por alguna otra razón deseaba mantenerme

alejado de mi madre, entonces acostumbraba a ignorar las habituales insinuaciones que le hacía mi madre, y yo «seguía» en la escuela.

Pero tales ocasiones eran raras, y calculo que entre los diez y los catorce años permanecí en Bladesover una media de cincuenta días al año.

No piensen que niego que aquellos días fueran excelentes para mí. Bladesover, aun siendo completamente rural, no carecía de grandeza. El sistema de Bladesover ha hecho al menos algo bueno por Inglaterra, ha abolido la forma campesina de pensar. Si bien muchos de nosotros aún vivimos y respiramos cocina y habitación de ama de llaves, hemos abandonado el sueño de vivir economizando parasitariamente en gallineros y cochineras… En aquel parque había algunos elementos de educación liberal; había un gran espacio de césped no cedido para ser abonado y arado para la producción de alimentos; había misterio, había tema para la imaginación. Era aún un parque lleno de corzos. Vi algo de la vida de esos moteados animales, oí el bramido de los machos, me encontré con jóvenes ejemplares entre los helechos, hallé huesos, cráneos y cornamentas en lugares solitarios. Había rincones que daban un nuevo significado a la palabra bosque, atisbos de un no estudiado esplendor natural. Había toda una ladera de campánulas a la tamizada luz del sol bajo las nuevas hojas verdes de las hayas en el bosque del oeste, que ahora es un precioso zafiro en mi memoria; fue la primera vez que conocí conscientemente la belleza.

Y en la casa había libros. Nunca llegué a ver lo que leía la vieja lady Drew; cosas del tipo de Maria Monk, he sabido luego, eran lo que más la fascinaba; pero allá en el pasado había habido un Drew de gustos intelectuales, sir Cuthbert, el hijo del sir Matthew que edificó la casa; y echados de lado, olvidados y despreciados, en una vieja habitación de arriba, había libros y tesoros entre los cuales mi madre me dejaba rebuscar en los días húmedos y fríos. Sentado bajo una ventana de la buhardilla, en una repisa encima de las reservas de té y especias, me familiaricé con buena parte de Hogart en un enorme portafolio, con Rafael —había un gran libro de grabados de las estancias de Rafael en el Vaticano—, y con la mayor parte de las capitales de Europa tal como se veían en 1780, a través de varios enormes libros de postales con cierres de hierro. Había también un grueso atlas del siglo XVIII con enormes mapas desplegables que me

instruyeron grandemente. Tenía espléndidos adornos en el título de cada mapa; Holanda mostraba a un pescador y su bote; Rusia, un cosaco; Japón, gente notable ataviada al uso en pagodas: lo digo deliberadamente, «pagodas». Había por aquel entonces Terræ Incognitæ en cada continente, Polonia, Sarmacia, tierras perdidas desde entonces; y realicé muchos viajes mediante una aguja sin punta por aquel enorme, incorrecto y dignificado mundo. Los libros de aquella pequeña y olvidada habitación habían sido retirados de más dignos lugares en el salón, supongo, durante el restablecimiento victoriano del buen gusto y la emasculada ortodoxia, pero mi madre no tenía la menor sospecha de su carácter. Así que leí y comprendí la buena retórica de los *Derechos del Hombre* de Tom Paine, y su *Sentido común*, libros excelentes, en su tiempo alabados por los obispos y luego cuidadosamente apartados. Gulliver también estaba expurgado allí, una comida algo fuerte quizá para un muchacho, pero no demasiado fuerte, calculo; nunca he lamentado lo bien que me salí de ella. La sátira de Traldragdubh hizo hervir mi sangre tal como pretendía, pero odié a Swift por los houyhnhnms, y desde entonces nunca me han gustado los caballos. Recuerdo también una traducción del *Cándido* de Voltaire y de *Rasselas*; y, por enorme que fuera la obra, creo que realmente leí, de una forma más o menos confusa, por supuesto, de principio a fin, e incluso con alguna referencia de tanto en tanto al Atlas, a Gibbon, en doce volúmenes.

Esas lecturas estimularon mi deseo de más, y entré subrepticiamente a saco en la biblioteca del gran salón. Entré en contacto con un gran número de libros antes de que mi sacrílega temeridad fuera descubierta por Ann, la vieja jefa de doncellas. Recuerdo que entre otros volúmenes probé con una traducción de la *República* de Platón, y descubrí un interés por ella extraordinariamente pobre; era demasiado joven todavía; pero Vathek… Vathek fue algo glorioso. El pensamiento de Vathek siempre va unido a mis recuerdos juveniles del gran salón de Bladesover.

Era una enorme y larga estancia con muchas ventanas que se abrían al parque, y cada ventana —había una docena o más alzándose desde el suelo — poseía sus elaboradas cortinas de seda o de satén, con unos enormes flecos, un dosel (¿realmente?) arriba, y sus complejos postigos doblándose en el profundo espesor de la pared. En cada uno de los extremos de aquel

enorme y siempre silencioso lugar había una inmensa chimenea de mármol; el labrado de la repisa de una mostraba a la loba y a Rómulo y Remo, con Homero y Virgilio sosteniéndola a ambos lados; he olvidado lo que había en la otra. Federico, príncipe de Gales, se exhibía gallardamente, dos veces más grande que su tamaño real, sobre una de ellas, aunque ablandado en sus rasgos por el brillo del óleo; y sobre la otra había un grupo igualmente colosal de difuntos Drew representados como deidades de los bosques, apenas vestidos, pintados contra un cielo tormentoso. Del centro del ornamentado techo pendían tres lámparas, cada una de ellas con varios centenares de colgantes cristales tallados, y sobre la interminable alfombra —que me impresionaba con su tamaño tan grande como Sarmacia en el Atlas de arriba— había islas y archipiélagos de sillas tapizadas y divanes, mesas, grandes jarrones de Sèvres sobre pedestales, una estatua de bronce de un hombre y un caballo. En algún momento en medio de toda aquella selva recuerdo haber tropezado con una enorme arpa al lado de un atril en forma de lira, y un gran piano…

Las incursiones en busca de libros eran algo extraordinariamente atrevido y peligroso. Uno bajaba por la escalera de servicio, lo cual era legal, y la ilegalidad empezaba en un pequeño rellano cuando, muy cautelosamente, se cruzaba una puerta tapizada de fieltro rojo. Un pequeño pasillo conducía al vestíbulo, y allí uno exploraba en busca de la presencia de Ann, la vieja jefa de doncellas; las doncellas más jóvenes eran amigas y no contaban. Una vez localizada Ann, se iniciaba una carrera cruzando el espacio abierto a los pies de la gran escalera, por la que nunca había visto que nadie descendiera dignamente desde que los polvos para el pelo habían pasado de moda, y de allí a la puerta del salón. Una estatua de cerámica de un chino, de tamaño natural, oscilaba y sonreía y se estremecía ante tus pasos más suaves. Aquella puerta era el lugar más peligroso; era doble, con el grueso de la pared entre sus dos partes, de tal modo que uno no podía escuchar por anticipado el susurro del plumero al otro lado. Ante todo aquello tenía la sensación extraña de ser un ratón, realizando mis atrevidas incursiones hasta aquel lugar en persecución de los abandonados mendrugos del conocimiento.

Y recuerdo que, en aquellas estanterías, encontré también el *Plutarco* de Langhorne. Ahora me resulta curioso pensar que adquirí orgullo y respeto hacia mí mismo, la idea de un Estado y el germen del espíritu público, de aquella manera tan furtiva; y extraño también que fuera un viejo griego, muerto desde hacía unos mil ochocientos años, quien me enseñara todo aquello.

6

La escuela a la que fui era del tipo permitido por el sistema de Bladesover. Las escuelas públicas que vieron la luz durante el breve esplendor del Renacimiento habían sido tomadas en posesión por las clases dirigentes; las clases inferiores no se suponía que necesitaran escuelas, y nuestro estrato medio obtenía las escuelas que merecía, escuelas privadas, que cualquier aficionado sin la menor cualificación era libre de crear. La mía era regentada por un hombre que había tenido la energía suficiente como para conseguir un diploma en la Escuela de Preceptores, y teniendo en cuenta lo poco que cobraba, admitiré de buen grado que el lugar hubiera podido ser peor. El edificio era una deslustrada residencia de ladrillo amarillento, en las afueras del pueblo, con la clase como un anexo de entablado de madera y yeso.

No recuerdo que mis días de escolar fueran infelices —de hecho, recuerdo haberme divertido mucho y en muchas ocasiones—, pero no puedo declarar sin correr el grave riesgo de ser interpretado mal que todo lo que nos rodeaba fuera hermoso y refinado. Tuvimos que luchar mucho, y no entiendan el luchar como algo formal, sino más bien como una «rebatiña» de un tipo tan sincero como asesino, en la cual uno apostaba hasta sus botas —lo cual sirvió al menos para endurecernos—, y algunos de nosotros éramos hijos de cantineros londinenses, que distinguían claramente las «peleas» del pugilismo, practicaban ambas artes, y poseían, además, unos precoces dones lingüísticos. Nuestro campo de cricket estaba pelado en las metas, y jugábamos sin estilo y nos discutíamos con el árbitro; y la enseñanza estaba en su mayor parte en manos de un patán de diecinueve años, que llevaba ropas de confección y enseñaba horriblemente. El jefe de profesores y propietario nos enseñaba personalmente aritmética, álgebra, y geometría euclidiana, y a los demás chicos incluso trigonometría; sentía una

fuerte inclinación hacia las matemáticas, y creo ahora que según los estándares de las escuelas públicas británicas no lo hizo demasiado mal con nosotros.

En aquella escuela poseíamos el privilegio inestimable del abandono espiritual. Nos tratábamos los unos a los otros con la enérgica simplicidad de los chicos naturales, nos «encarábamos», «pegábamos», «pateábamos»; nos creíamos indios pieles rojas y cowboys y otras cosas igual de honorables, y no jóvenes caballeretes ingleses; nunca sentíamos la compulsión del «Adelante, soldados cristianos», ni éramos agitados por ninguna devoción prematura en los fríos bancos de roble de nuestras devociones dominicales. Todo aquello era bueno. Gastábamos nuestros escasos peniques en las lecturas no censuradas que podíamos encontrar en la librería del pueblo, en la *Boys of England* y en las honestas revistas de horror y aventuras de un penique, revistas emocionantes que anticipaban a Haggard y Stevenson, muy mal impresas y terriblemente ilustradas, y muy muy buenas para nosotros. En nuestras tardes de asueto se nos permitía la desacostumbrada libertad de vagabundear en grupos de dos y tres por donde quisiéramos, hasta muy lejos, por el campo, hablando experimentalmente, soñando hasta la locura. ¡Había tanto en aquellas charlas! Hoy en día el paisaje de los campos de Kent, con sus llanas y amplias distancias, sus jardines de lúpulo y doradas extensiones de trigo, sus hornos de secado y las cuadradas torres de sus iglesias, su fondo de tierras bajas y campos de cultivo, tiene para mí una débil sensación de aventura unida al placer de su belleza. Ocasionalmente fumábamos, pero ninguno hacíamos las cosas propias de los «jóvenes» como nosotros; nunca «robábamos en un huerto», por ejemplo, aunque disponíamos de huertos a todo nuestro alrededor, puesto que pensábamos que robar era algo pecaminoso; es cierto que a veces cogíamos algunas manzanas y nabos y fresas de los campos, pero cuando lo hacíamos era de una forma ignominiosamente criminal, y luego nos sentíamos avergonzados por ello. Teníamos nuestros días de aventura, pero eran accidentes naturales, nuestras propias aventuras. Hubo un día caluroso en el cual varios de nosotros, caminando hacia Maidstone, fuimos incitados por el diablo a despreciar la gaseosa de jengibre, y nos embriagamos horriblemente con cerveza. En una ocasión nuestras jóvenes

mentes se vieron infectadas con el deseo de comprar pistolas, atraídos por la leyenda del Salvaje Oeste. El joven Roots de Highbury volvió con un revólver y cartuchos, y una tarde que teníamos fiesta seis de nosotros salimos a vivir una vida libre y salvaje. Hicimos nuestro primer disparo en la vieja mina de pedernal de Chiselstead, y casi reventó nuestros tímpanos; luego disparamos en un bosque lleno de prímulas cerca de Pickthorn Green, donde di una falsa alarma de «guardabosque», y huimos en desorden durante casi un par de kilómetros. Tras lo cual Roots disparó de pronto contra un faisán en la carretera, junto a Chiselstead, y luego el joven Barker contó una serie de mentiras acerca de la severidad de las leyes de la caza e hizo que Roots se asustara terriblemente, y escondimos la pistola en una acequia seca fuera del patio de la escuela. Uno o dos días más tarde volvimos a las andadas, e ignorando un cierto atascamiento del tambor, probamos con un conejo a trescientos metros. El joven Roots convirtió una topera a veinte pasos de distancia en una nube de polvo, se quemó los dedos y se chamuscó toda la cara. Una vez el arma hubo mostrado su extraña y malévola disposición a devolver parte del tiro por la culata, no fue disparada de nuevo.

Una fuente principal de excitación para nosotros era la de «controlar» a la gente y camiones y carros que pasaban por la carretera de Goudhurst; y el convertirme en una monstruosa masa toda blanca en los pozos de creta, a las afueras del pueblo, y agarrar una amarillenta ictericia como consecuencia de bañarme completamente desnudo con otros tres adamitas, con el viejo Ewart capitaneando la ceremonia, en el riachuelo que cruzaba los prados de Hickson, se hallan entre mis *memorabilia*. ¡Esas tardes de libertad e imaginación! ¡Cuánto representaron para nosotros! ¡Cuánto hicieron por nosotros! Todos los ríos procedían por aquel entonces de las aún no descubiertas «fuentes del Nilo», todas las espesuras eran junglas de la India, y nuestro mejor juego, tengo que decirlo con orgullo, lo inventé yo. Lo extraje del salón de Bladesover. Descubrimos un bosque por el que estaba «prohibido el paso», y efectuábamos en él la «Retirada de los Diez Mil», atravesándolo de parte a parte, abriéndonos valientemente camino por entre un hostil lecho de ortigas que cortaba nuestro paso, sin olvidarnos de sollozar y arrodillarnos agradecidos cuando al fin emergíamos al otro lado a

la vista de la carretera de la Costa. Y a veces aparecíamos, sollozando y regocijándonos, ante algún que otro sorprendido viajero. Normalmente yo representaba el papel de ese distinguido general Jenofonte…, y noten el énfasis en su terminación. Todos mis nombres clásicos son así: para mí Sócrates rima con Bates, y excepto cuando los fríos y cortantes ojos de algún erudito me advierten de sus propios estándares de juicio, sigo utilizando esas queridas y antiguas cacofonías. Mi pequeña inmersión en los mares del latín durante mis días de farmacéutico no me quitaron en absoluto ese hábito. Bien, si me enfrenté a esos grandes caballeros del pasado con sus acentos descuidadamente ajustados a mis necesidades, debo decir que lo hice al menos considerándolos como personas vivas, como a iguales, y en una lengua viva y no muerta. Por todo lo demás, mis días escolares no fueron tan malos como eso, y entre otras buenas cosas me proporcionó un amigo que me ha durado toda la vida.

Se trata de Ewart, que hoy, tras muchas vicisitudes, es un monumental artista en Woking. Mi querido amigo, ¡cómo tuvo que cambiar para conseguirlo! Era una piernilargo patán, ridículamente alto al lado de mi más joven solidez, y excepto que no llevaba ningún bigote negro bajo su abultada nariz, tenía el mismo rostro grumoso que tiene ahora, los mismos ojos avellana brillantes y activos, la mirada, el momento meditativo, la respuesta insinuante. Seguro que ningún muchacho hacía tantas estupideces como acostumbraba a hacer Bob Ewart, ningún muchacho tenía aquella chispa que dejaba a todo el mundo maravillado. Todo lo vulgar se desvanecía delante de Ewart, a su contacto todas las cosas se convertían en algo memorable y raro. Él fue el primero a quien oí hablar del amor, pero tan solo después de que sus anzuelos se hubieran clavado ya en mi corazón. Era, ahora lo sé, el hijo bastardo de ese imprevisible artista que fue Rickmann Ewart; trajo la luz a un mundo negligente que al menos no había vuelto aún la espalda a la belleza en la cada vez más intensa fermentación de mi mente.

Me gané su corazón con una versión de *Vathek*, y después de eso nos convertimos en inseparables amigos que no dejábamos de contarnos historias. Mezclamos tan completamente nuestro stock intelectual que a

veces me pregunto hasta qué punto yo no me he convertido en Ewart, hasta qué punto Ewart no soy yo, de una forma indirecta y derivativa…

7

Y entonces, apenas acabados de cumplir los catorce años, llegó mi trágica desgracia.

Estaba en mitad de mis vacaciones de verano cuando ocurrió, y me hallaba en pleno romance con la Honorable Beatrice Normandy. Ella había «entrado en mi vida» antes de que yo cumpliera los doce.

Descendió inesperadamente en medio de un pacífico interludio que siguió a la marcha anual de aquellas Tres Grandes Mujeres. Ocupó el antiguo cuarto de los niños de arriba, y cada día bajaba a tomar el té con nosotros en el cuarto del ama de llaves. Tenía ocho años y vino con una niñera llamada Nannie; al principio no me gustó en absoluto.

A nadie agradó su irrupción en las habitaciones de abajo; las dos «trajeron problemas». Un horrible agravio; el sentido del deber de Nannie hacia la niña a su cargo traía consigo demandas y exigencias que dejaban a mi madre sin aliento: cocinar huevos a horas desacostumbradas, hervir dos veces la leche, rechazar su excelente pudín… y todo ello sin negociarlo respetuosamente, sino que lo dictaba como si tuviera derecho a ello. Nannie era una mujer muy morena, taciturna, de alargados rasgos, que siempre vestía de gris; poseía una furtiva inflexibilidad de modales que finalmente decepcionaba y aplastaba y abrumaba. Decía que «cumplía órdenes»…, como en una tragedia griega. Era uno de esos extraños productos de los viejos tiempos, un sirviente devoto en quien se podía confiar; había depositado, por decirlo así, todo su orgullo y su voluntad en el banco de la gente más alta y poderosa que la había empleado, a cambio de una seguridad de servilismo de por vida. Un trato que no era menos firme por el hecho de que fuera implícito. Finalmente terminarían jubilándola, y acabaría sus días atesorando una odiosa casa de huéspedes. Había erigido a su alrededor una insistente costumbre de estar siempre pendiente de aquella

gente de arriba, había acallado todos los discordantes murmullos de su alma, pervirtiendo o dominando sus más profundos instintos. Era asexuada, su orgullo personal había sido transferido, era la madre de la hija de otra mujer y desempeñaba su papel con una dura y austera devoción que al menos era enteramente compatible con un estoico desprendimiento. Nos trataba a todos como cosas que existíamos solamente para ayudarla y aliviarla de su carga. Pero la Honorable Beatrice era algo más condescendiente.

Los singulares acontecimientos de años posteriores aparecen ahora entre mí y los recuerdos distintamente separados de aquel rostro infantil. Cuando pienso en Beatrice, pienso en ella del modo como llegué a conocerla más tarde, cuando al fin llegué a conocerla tan bien que ahora podría trazar un retrato completo de su persona, mostrando un centenar de pequeñas y delicadas cosas que uno no observaría simplemente mirándola. Pero incluso entonces recuerdo cómo noté la infinita delicadeza de su piel infantil y sus finas cejas, más finas que las más suaves plumas que jamás haya existido en el pecho de un pájaro. Era una de esas niñas con apariencia de elfos, más bien precoz, de sanos colores, con un pelo negro naturalmente rizado que a veces caía ante sus ojos, y unos ojos que a veces eran traviesamente oscuros, y a veces de un claro amarillo castaño. Y desde el primer momento mismo, tras una ojeada superficial a Rabbits, decidió que lo único realmente interesante que había junto a la mesa del té era yo.

Los mayores hablaban a su manera habitual, tan formales como aburridos, contándole a Nannie las viejas y triviales cosas de siempre acerca del parque y del pueblo que le decían a todo el mundo, y Beatrice me observaba desde el otro lado de la mesa con una pequeña y despiadada curiosidad que me hacía sentir incómodo.

—Nannie —dijo, señalándome, y Nannie dejó sin atender una pregunta de mi madre para volver su atención hacia ella—; ¿ese chico es un criado?

—¡Chis! —dijo Nannie—. Es el señorito Ponderevo.

—¿Pero es un criado? —repitió Beatrice.

—Es un escolar —dijo mi madre.

—¿Entonces puedo hablar con él, Nannie?

Nannie me observó con una brutal inhumanidad.

—No deberías hablar tanto —dijo a su pupila, y cortó un trozo de tarta para ella—. No —añadió tajantemente, cuando Beatrice fue a decir algo.

Beatrice se volvió entonces malévola. Sus ojos me exploraron con una injustificable hostilidad.

—Tiene las manos sucias —dijo, clavando su mirada como puñales en la nuez de la garganta—. Y el cuello de la camisa deshilachado.

Tras lo cual dio un mordisco a su tarta, con la impresión de haberme arrojado tan completamente fuera de sus pensamientos que me llenó de odio y de un apasionado deseo de obligarla a admirarme… Y al día siguiente antes del té, por primera vez en mi vida, me lavé cuidadosamente las manos antes de que nadie me lo dijera o me obligara a ello.

Así trabamos conocimiento, que se profundizó en lo sucesivo por iniciativa suya. Se resfrió y tuvo que permanecer dentro de la casa, y de pronto enfrentó a Nannie con la alternativa de ser absolutamente desobediente, lo cual en su caso implicaba una generosa cantidad de gritos insoportables para los oídos de sus ancianas, temblorosas y ricas tías, o permitirme a mí subir hasta su cuarto para jugar con ella toda la tarde. Nannie bajó las escaleras y me agarró a la manera de los cavernícolas, y fui arrastrado hasta la pequeña criatura como si fuera alguna variedad de gatito algo más grande de lo habitual. Hasta entonces, yo nunca había tenido nada que ver con las niñas, y pensé que era lo más hermoso y maravilloso y radiante que cualquier otra cosa con la que pudiera encontrarme en mi vida, y ella halló en mí al más gentil de los esclavos, aunque al mismo tiempo, como pronto se hizo evidente, un esclavo más bien fuerte. Y Nannie se asombró al descubrir que la tarde transcurría alegre y rápidamente. Alabó mis modales ante lady Drew y mi madre, la cual dijo que se alegraba de oír que alguien contara algo bueno de mí, y después de aquello jugué con Beatrice varias veces. Sus juguetes permanecen aún en mi recuerdo como algo grande y espléndido, gigantescos en comparación con todas mis anteriores experiencias con juguetes, y fuimos incluso a jugar discretamente con la gran casa de muñecas que había en el desván, la misma que el príncipe regente había regalado a sir Harry Drew para su primogénita (que murió a los cinco años), y que era un modelo bastante aproximado de la propia Bladesover, y contenía ochenta y cinco muñecas, y había costado

centenares de libras. Jugué bajo su imperiosa dirección con aquel glorioso juguete.

Cuando terminaron las vacaciones volví a la escuela, soñando con cosas hermosas, e hice que Ewart me hablara del amor; y construí una gran historia en torno a la casa de muñecas, una historia que, una vez en manos de Ewart, se convirtió rápidamente en una ciudad de muñecas en medio de una isla que era completamente nuestra.

Una de las muñecas, decidí para mis adentros, era como Beatrice.

A las siguientes vacaciones la vi de nuevo —pero curiosamente mis recuerdos del papel que ella jugó en esas vacaciones son más bien vagos—, y luego hubo un lapso de un año, y después mi desgracia.

8

Ahora que estoy sentado aquí escribiendo mi historia y relatando las cosas en su orden, me doy cuenta por primera vez de lo inconsecutiva e irracional que puede ser la memoria. Uno recuerda actos y no puede recordar motivos; uno recuerda muy vívidamente momentos que surgen inexplicablemente…, cosas a la deriva, que no se relacionan con nada y no conducen a ningún sitio. Supongo que debí ver a Beatrice y a su medio hermano un buen número de veces durante mis últimas vacaciones en Bladesover, pero realmente no puedo recordar más que muy poco de esas circunstancias. Esa gran crisis de mi adolescencia está muy vívidamente grabada en mí, como algo de vital importancia en mi vida, pero cuando busco los detalles —particularmente los detalles que condujeron a la crisis— no puedo encontrarlos en ningún orden consecutivo. Su medio hermano, Archie Garvell, fue un factor nuevo en el asunto. Lo recuerdo claramente como un muchacho pelirrubio, de aspecto altanero, larguirucho, mucho más alto que yo, pero debería imaginarlo muy poco corpulento, y que nos odiamos mutuamente desde un principio por una especie de instinto; y sin embargo no puedo recordar en absoluto mi primer encuentro con él.

Mirando hacia atrás a esas cosas pasadas —es como rebuscar en un desván durante mucho tiempo olvidado que ha recibido las atenciones de un extravagante ladrón—, ni siquiera puedo justificar la presencia de aquellos niños en Bladesover. Sé que formaban parte de los innumerables primos de lady Drew, y según las teorías de abajo, eran candidatos a largo plazo a la posesión de Bladesover. De ser así, su candidatura no se vio coronada por el éxito. Pero aquel enorme lugar, con todo su ajado esplendor, sus finos muebles, sus amplias tradiciones, estaba enteramente a disposición de la vieja dama; y me siento inclinado a pensar que es cierto que ella utilizaba aquel hecho para atormentar y dominar a un cierto número de gente

elegible. Lord Osprey se encontraba entre ese número, y ella mostraba aquella hospitalidad hacia su hijo e hijastra, huérfanos de madre, parcialmente, sin duda porque él era pobre, pero también mucho, imagino hoy, con la débil esperanza de hallar alguna especie de contacto afectuoso con ellos. Nannie se había retirado del mundo aquella segunda vez, y Beatrice estaba a cargo de una pobre joven extremadamente amable e ineficiente cuyo nombre nunca llegué a saber. Eran, pienso, dos niños notablemente activos y malcriados. Creo recordar también que se suponía que yo no era un buen compañero para ellos, y que nuestros encuentros tenían que ser tan poco ostentosos como fuera posible. Era Beatrice quien insistía en que nos encontrásemos.

Estoy seguro de que yo sabía mucho ya del amor a los catorce años, y de que por aquel entonces estaba tan profundamente enamorado de Beatrice como pueda estarlo cualquier adulto apasionado, y de que Beatrice estaba, a su manera, enamorada de mí. Forma parte de los decentes y útiles fingimientos de nuestro mundo el que los niños de la edad que teníamos nosotros no piensen nada, no sientan nada, no sepan nada del amor. Los ingleses somos maravillosos manteniendo nuestros fingimientos. Pero por supuesto no puedo evitar decir que Beatrice y yo hablamos de amor, y nos besamos y abrazamos el uno al otro.

Recuerdo algo de una conversación bajo los colgantes arbustos de una espesura, yo en el lado del parque del muro de piedra, y la dama de mi adoración con muy poca elegancia a horcajadas sobre él. ¿Con poca elegancia digo? Deberían haber visto ustedes a aquel dulce diablillo tal como yo lo recuerdo. Su postura en el muro me viene claramente a la memoria, y tras ella las ligeras ramas de los arbustos que mis pies no se atrevían a profanar, y mucho más lejos y muy arriba a sus espaldas, majestuosa e imprecisa, la cornisa de la gran fachada de Bladesover alzándose contra el moteado cielo. Nuestra charla debió de ser seria y prosaica porque estábamos discutiendo mi posición social.

—No quiero a Archie —había dicho ella, a propósito de nada; y luego en un susurro, inclinándose hacia delante, con el pelo cayendo sobre su rostro—: ¡Te quiero a ti!

Pero se había apresurado a dejar bien claro que yo no era y nunca sería un criado.

—Nunca serás un criado… ¡Nunca!

Juré aquello de buen grado, y fue un juramento que he respetado siempre sin siquiera pensarlo.

—¿Qué es lo que quieres ser? —preguntó.

Recorrí rápidamente con el pensamiento todas las profesiones.

—¿Serás un soldado? —preguntó.

—¿Y dejar que todos los estúpidos me griten? —respondí—. ¡No temas! Deja eso para los campesinos.

—¿Pero y un oficial?

—No sé —dije, evadiendo una vergonzosa dificultad—. Preferiría alistarme en la marina.

—¿No te gustaría luchar?

—Me gustaría luchar —contesté—. Pero un simple soldado… No es ningún honor que te digan que luches y que te estén mirando despectivamente mientras lo haces, y ¿cómo puedo ser oficial?

—¿No puedes serlo? —preguntó, y me miró dudosa; y los abismos del sistema social se abrieron entre nosotros.

Entonces me fui envalentonando, y empecé a jactarme y a mentir sobre aquel problema. Dije que era pobre, y que los pobres iban a la marina; que «conocía» las matemáticas, cosa que ningún oficial del ejército conocía; y cité a Nelson como ejemplo, y hablé encendidamente de mis perspectivas sobre las azules aguas.

—Él amó a lady Hamilton —dijo Beatrice—, y ella era una dama…, y yo te quiero a ti.

Estábamos más o menos a aquella altura de nuestra conversación cuando la insigne institutriz se hizo audible, llamando:

—¡Beaaaatrice! ¡Beaaaatrice!

—¡Estúpida altanera! —dijo mi dama.

E intentó proseguir con la conversación; pero la institutriz lo hizo imposible.

—¡Ven aquí! —dijo de pronto mi dama, tendiendo una sucia mano; y yo me acerqué mucho a ella, y ella bajó su cabeza sobre el muro hasta que los

negros rizos de su pelo cosquillearon mi mejilla—. ¿Eres mi humilde y fiel amante? —preguntó en un susurro, con su cálido y encendido rostro casi tocando el mío, y sus ojos muy oscuros y brillantes.

—Soy tu humilde y fiel amante —respondí, también en un susurro.

Y ella rodeó mi cabeza con su brazo y adelantó sus labios, y nos besamos, y aunque yo no era más que un muchacho, me eché a temblar de la cabeza a los pies. Así nos besamos por primera vez.

—¡Beaaaatrice! —Se oyó temiblemente cerca.

Mi dama se esfumó, dando una patada con su pierna enfundada en unas medias negras. Un momento más tarde la oí aguantar los reproches de su institutriz, y explicarle con una admirable lucidez y disimulo el porqué no había respondido a sus llamadas.

Tuve la impresión de que no era conveniente que yo fuera visto justo en aquel momento, de modo que me esfumé culpablemente a lo largo de un recodo del muro hacia el bosque del oeste, y eché a andar solo entre sueños de amor por entre los valles de helechos que salpicaban el parque de Bladesover. Y durante todo aquel día y por muchos días aquel beso en mis labios fue como un sello, y por las noches alimentó mis sueños.

Recuerdo también una expedición que efectuamos —ella, yo y su medio hermano— por aquellos bosques del oeste —se suponía que ellos dos estaban jugando en la maleza—, y cómo allí nos convertimos en indios, y construimos una tienda con un montón de troncos de haya, y cómo perseguimos a los corzos, y nos acercamos arrastrándonos y observamos a los conejos comiendo en un claro, y casi atrapamos una ardilla. Fue un juego sazonado con mucha discusión entre el joven Garvell y yo, porque cada uno de nosotros insistía firmemente en ser el caudillo, y solo mis más amplias lecturas —yo había leído diez historias por cada una suya— me permitieron conseguir la ascendencia sobre él. Y también me apunté otro tanto sabiendo cómo descubrir al águila sobre el tronco de un helecho. Y de alguna forma —no recuerdo lo que condujo a aquella situación—, Beatrice y yo, ambos furtivos y acalorados, reptamos entre los altos helechos y nos ocultamos de él. Las grandes frondas se alzaban sobre nosotros, dos metros o más, y como fuera que había aprendido como arrastrarme por entre aquella maleza agitando al mínimo las hojas sobre nuestras cabezas, yo abrí

camino. El terreno bajo los helechos es maravillosamente claro y con un débil aroma y una apacible quietud; los troncos se alzan negros y luego verdes; si te arrastras con la barriga pegada al suelo, son como un bosque tropical en miniatura. Abrí camino y Beatrice me siguió, y luego, cuando el verde de un claro se descubrió ante nosotros, nos detuvimos. Ella se arrastró hasta situarse a mi lado, su encendido rostro se acercó mucho al mío, y una vez más sentí su aliento muy cerca, y de pronto alargó su brazo y rodeó mi cuello y me echó al suelo a su lado, y me besó, y yo la besé de nuevo. Nos besamos, nos abrazamos y volvimos a besarnos, todo ello sin una palabra; nos detuvimos, nos miramos y vacilamos… Luego, sintiéndonos de pronto inexplicablemente deprimidos y un poco perplejos de nosotros mismos, volvimos a salir arrastrándonos, y echamos a correr y pronto se nos unió Archie, sorprendentemente sumiso.

Recuerdo todo esto con claridad, y tengo otros vagos recuerdos… Sé que el viejo Hall y su escopeta, y nosotros disparándole a las cornejas, forma parte de nuestras experiencias comunes, pero no recuerdo cómo; y luego, al fin, aparece bruscamente la pelea en la Conejera. La Conejera, como la mayor parte de los lugares en Inglaterra que tienen ese nombre, no era ni con mucho una conejera, sino una larga ladera de espinos y helechos por la que discurría un sendero, y ofrecía una ruta alternativa colina abajo al camino de carros entre Bladesover y Ropedean. No sé cómo fuimos los tres a parar allí, pero tengo una vaga idea de que se trataba de algo relacionado con una visita de la institutriz a la gente de la parroquia de Ropedean. De pronto Archie y yo, discutiendo sobre un juego, empezamos a pelearnos acerca de Beatrice. Le había hecho la oferta más justa: yo iba a ser un noble español, ella sería mi esposa y él tenía que ser una tribu de indios intentando arrebatármela. Me parece una oferta de lo más atractiva para un chico el ser toda una tribu de indios con la posibilidad de un botín como aquel. Pero Archie pareció ofenderse.

—¡No! —dijo—. ¡No podemos hacer eso!

—¿No podemos hacer qué?

—Tú no puedes ser un caballero, puesto que no lo eres. Y no puedes jugar a que Beatrice es tu esposa. Es… es impertinente.

—Pero… —dije, y la miré a ella.

Alguna disputa anterior de aquel mismo día debía rondar por la cabeza de Archie.

—Te dejamos que juegues con nosotros —dijo—; pero no puedes hacer cosas así.

—¡Oh, tonterías! —exclamó Beatrice—. Claro que puede, si quiere.

Pero él siguió con su argumentación. Le dejé que lo hiciera durante un rato, pero tres o cuatro minutos más tarde empecé a ponerme furioso. Luego seguimos la discusión acerca de otro juego. Nada parecía gustarnos a los dos.

—No queremos que sigas jugando con nosotros —dijo Archie.

—Sí, sí queremos —dijo Beatrice.

—Pronuncia mal las erres como todo el mundo.

—No es cie*r*to —dije, y en el calor del momento pronuncié mal la erre de «cierto».

—¿Lo ves? —exclamó—. Lo ha dicho mal. ¡Se dice cierto, cierto, cierto!

Me apuntó con el dedo. Había golpeado en lo más profundo de mi vergüenza. Hice lo único que podía hacer: me lancé contra él.

—¡Alto! —exclamó, ante mi repentino ataque.

Se colocó en una actitud defensiva no exenta de estilo, paró mi golpe, lanzó otro contra mi mejilla, me alcanzó, y se echó a reír con sorpresa y alivio ante su éxito. Con lo cual lo único que consiguió fue enfurecerme aún más. Sabía boxear tan bien o mejor que yo —aún tenía que darse cuenta de que yo no sabía en absoluto—, pero yo había peleado una o dos veces con los puños desnudos, estaba acostumbrado a infligir y soportar golpes salvajes, y dudaba de que él se hallara al respecto en idénticas condiciones. No llevaba ni diez segundos peleando cuando ya había notado lo blando que era, me había dado cuenta de esa cualidad de los ingleses de la moderna clase alta, que nunca son demasiado rápidos, que tienen demasiado en cuenta las reglas y ese estúpido sentido del honor que les obliga a hacer muchas cosas a medias. Parecía creer que unos cuantos golpes eran suficientes, que yo iba a abandonar cuando mi labio empezó a sangrar y la sangre a gotear y a manchar mis ropas. De modo que a los pocos momentos había dejado ya de ser agresivo excepto en momentáneos arranques, y yo

estaba golpeándole casi como deseaba hacerlo y preguntándole jadeante y fiero, a la manera que lo hacíamos en nuestro colegio, si ya había tenido bastante, sin saber que según su código del honor y su refinado entrenamiento le resultaba tan imposible rendirse como seguir golpeándome.

Tengo una impresión muy clara de Beatrice danzando a nuestro alrededor durante todo el rato en un estado de excitación muy impropio de una dama, pero estaba demasiado preocupado como para oír algo de lo que decía. Pero seguro que nos animaba a los dos, y ahora me siento inclinado a preguntarme —puede que sea la desilusión que aparece inevitablemente con la madurez y los años— quién pensaría que estaba ganando.

Luego el joven Garvell, cediendo terreno ante mis golpes, tropezó y cayó sobre una gran piedra, y yo, siguiendo aún la tradición de mi clase y escuela, me lancé rápidamente sobre él para rematar mi obra. Estábamos revolcándonos por el suelo, ajetreados el uno con el otro, cuando nos dimos cuenta de una terrible interrupción.

—¡Estáte quieto, pedazo de imbécil! —dijo Archie.

—¡Oh, lady Drew! —oí exclamar a Beatrice—. ¡Están peleándose! ¡Están peleándose de una forma terrible!

Miré por encima de mi hombro. El deseo de Archie de levantarse se hizo irresistible, y mi resolución de acabar con él se desvaneció como por encanto.

Fui consciente de la presencia de las dos viejas damas, de la seda negra y púrpura y las pieles y de algo oscuro y brillante; habían subido caminando por la Conejera mientras los caballos tomaban el otro camino, y así habían tropezado con nosotros. Beatrice había ido corriendo hasta su lado como buscando refugio, y permanecía junto a ellas y un poco más atrás. Los dos nos levantamos abatidos. Las dos viejas damas estaban evidentemente muy impresionadas mientras nos miraban con sus gastados y viejos ojos; y nunca había visto un temblor tan grande en los impertinentes de lady Drew.

—¿Habéis estado peleándoos? —dijo lady Drew—. Sí, habéis estado peleándoos.

—No fue una pelea limpia —restalló Archie, clavando unos acusadores ojos en mí.

—¡Es el George de mrs. Ponderevo! —exclamó miss Somerville, añadiendo así una convicción de ingratitud a mi evidente sacrilegio.

—¿Cómo se ha atrevido? —se sorprendió lady Drew, con un aspecto terrible.

—Quebrantó las reglas —dijo Archie, jadeando en busca de aire—. Yo resbalé y… me golpeó mientras estaba caído. Se me echó encima.

—¿Cómo te has atrevido? —dijo lady Drew.

Extraje un usado pañuelo arrugado formando una pelota para restañar la sangre de mi barbilla, pero no ofrecí ninguna explicación de mi atrevimiento. Entre otras cosas, porque apenas me quedaba aliento.

—No peleó lealmente —sollozó Archie.

Beatrice me miraba desde detrás de las viejas damas, intensamente y sin hostilidad. Me siento inclinado a pensar que los cambios en mi rostro debido al daño en mi labio le interesaban. Mi confundida inteligencia tuvo la vaga impresión de que no debía decir que los dos habían estado jugando conmigo. Aquello no encajaría tampoco con las reglas de su juego. De modo que decidí en aquella difícil situación guardar un hosco silencio y aceptar las consecuencias que pudieran sobrevenir.

9

Los poderes de la justicia en Bladesover se cebaron conmigo.

Debo admitir con hondo pesar que la Honorable Beatrice Normandy, a la edad de diez años, me traicionó, me abandonó y mintió de la forma más abominable acerca de mí. De hecho, me tenía miedo, y tenía también remordimientos de conciencia; se estremecía ante el pensamiento de que yo era su amante comprometido y todo lo demás; ante el simple recuerdo de nuestros besos; fue pues, en consecuencia, deshonrosamente humana en su traición. Ella y su medio hermano mintieron en perfecta concordia, y yo fui presentado como un inexcusable asaltante de mis superiores sociales. Ellos estaban paseando allá en la Conejera cuando yo aparecí y les hablé, y…

En su conjunto, me doy cuenta ahora de que las decisiones de lady Drew fueron, a la luz de la evidencia, razonables y benévolas.

Me fueron comunicadas a través de mi madre, la cual, creo, se sentía aún más impresionada por la enormidad de mi insubordinación social que lady Drew. Se entretuvo hablándome de la gentileza de su ama con respecto a mí, de lo horrible e ingrato de mi proceder, y así llegó finalmente a los términos de mi penitencia.

—Debes ir al joven mr. Garvell y pedirle perdón.

—No le pediré perdón —dije, hablando por primera vez.

Mi madre hizo una pausa, incrédula.

Yo crucé los brazos sobre el mantel, y lancé mi pequeño y perverso ultimátum.

—No le pediré perdón de ninguna de las maneras, ¿entiende? —dije.

—Entonces tendrás que ir con tu tío Frapp en Chatham.

—No me importa dónde tenga que ir o lo que tenga que hacer, no voy a pedirle perdón —insistí.

Y no lo hice.

Tras lo cual me encontré solo contra el mundo. Quizá en lo más profundo del corazón de mi madre hubiera un poco de piedad hacia mí, pero no la mostró. Se puso del lado del joven caballero; intentó, lo intentó muy duramente, conseguir que yo le pidiera perdón por haberle golpeado. ¡Perdón!

No podía explicarlo.

Así que marché al exilio en el cabriolé hasta la estación de Redwood, con Jukes el cochero, fríamente silencioso, a mi lado, y con todas mis pertenencias personales en una pequeña maleta de tela a cuadros detrás.

Sabía que había mucho de lo que sentirme afligido; las cosas no habían sido justas según mis estándares, pero lo que más me amargaba era el que la Honorable Beatrice Normandy me hubiera repudiado y hubiese huido de mí como si yo fuera alguna especie de leproso, y ni siquiera hubiese buscado una oportunidad para decirme adiós. ¡Habría podido hacerlo de alguna manera! ¡Supongamos que lo hubiera contado todo sobre ella! Pero el hijo de un sirviente no es más que otro sirviente. Ella lo había olvidado y ahora había vuelto a recordarlo…

Me solacé con el sueño extraordinario de regresar a Bladesover convertido en un caballero, poderoso, al estilo de Coriolano. No recuerdo los detalles, pero no tengo la menor duda de que desplegué una gran magnanimidad…

Bueno, como sea, nunca dije que sintiera el haberle dado de puñetazos al joven Garvell, y sigo sin sentirlo hoy.

II

De mi lanzamiento al mundo, y de lo último que vi de Bladesover

1

Cuando fui borrado de aquella forma de la Casa Bladesover, en una decisión que al parecer era definitiva, mi madre me envió, de una manera vengativa, primero a su primo Nicodemus Frapp, y luego, como aprendiz a tiempo completo, a mi tío Ponderevo.

Escapé al poco tiempo de los cuidados de mi primo Nicodemus y volví a la Casa Bladesover.

Mi primo Nicodemus Frapp era panadero en una callejuela poco transitada y más bien sucia, justo al lado de esa otra miserable, estrecha, intermedia calle que enlaza esas perlas exquisitas que son Rocherster y Chatham. Fue, tengo que admitirlo, un shock para mí: un hombre dominado por una joven, regordeta, fecunda, casi siempre fingidamente enferma esposa; un hombre encorvado, de lentos movimientos, renuente, de piel oscura, y manos y pestañas y arrugas de su rostro y costuras de su chaqueta siempre llenas de harina. Nunca tuve oportunidad de rectificar mi primera impresión de él, y aún sigue siendo para mí un recuerdo casi desagradable, una especie de caricatura de incompetente simplicidad. Tal como lo recuerdo, representaba la perfecta tradición servil. No había orgullo en su persona: los buenos trajes y el endomingarse no eran para los tipos «como él», y hacía que su esposa, que no era ninguna artista en ello, le cortara su negro pelo a intervalos irregulares, y dejaba que sus uñas se volvieran

desagradables al ojo exigente; no tenía orgullo en sus negocios y tampoco iniciativa, sus únicas virtudes eran no hacer ciertas cosas y trabajar duro.

—Tu tío —había dicho mi madre (por cortesía, entre la clase media victoriana, todos los primos mayores que uno tenía eran tíos)— no tiene mucho que ver ni de lo que hablar, pero es un buen trabajador.

Había como una especie de honorabilidad de base en el trabajar duro, aunque fuera innecesario, en ese sistema de inversión. Otro punto de honor era levantarse al amanecer o antes incluso, y ponerse torpemente a trabajar. Tengo muy grabado en mi mente que el buen trabajador consideraría «impropio» llevar un pañuelo en el bolsillo. ¡Pobre viejo Frapp, sucio y estrujado subproducto de la magnificencia de Bladesover! No luchaba en absoluto contra el mundo, forcejeaba torpemente con pequeñas deudas que no eran tan pequeñas sino que finalmente lo abrumaron. Siempre que se presentaba algún esfuerzo su esposa caía presa del dolor y de su «condición», y Dios les enviaba constantemente hijos, la mayoría de los cuales morían, y así, llegando y partiendo, constituían un doble ejercicio en las virtudes de la sumisión.

La resignación a la voluntad de Dios era el modelo común de aquella gente frente a cualquier deber y cualquier emergencia. No había libros en la casa, dudo que ninguno de los dos conservara la capacidad de leer consecutivamente durante más de un minuto, y no era sin sorpresa que día tras día, además de pan viejo, uno contemplaba comida y aún más comida por entre la basura que se instalaba permanentemente sobre la mesa del salón.

Uno podía haber dudado de si alguno de los dos se sentía incómodo en aquella polvorienta y lúgubre existencia, de no ser por el hecho de que los dos buscaban visiblemente consuelo. Lo buscaban y lo obtenían los domingos, en imaginarias dosis de sangre en vez de beber mucho y desbarrar. Se reunían con otras veinte o treinta personas sucias y melancólicas, todas vestidas con deslustrados colores que no revelaban la suciedad, en una pequeña capilla de ladrillo equipada con el cojo rugir de un armonio, y allí solazaban sus mentes con el pensamiento de que todo lo justo y permitido en la vida, todo por lo que se luchaba, todo lo que se planeaba y hacía, todo orgullo y belleza y honor, todas las cosas hermosas y

agradables estaban irrevocablemente condenadas a los tormentos eternos. Eran los autoelegidos confidentes de la burla de Dios sobre Su propia creación. Así se adherían al menos a mi mente. Mas vaga, y sin embargo difícilmente menos compatible con esta burla cósmica, este venidero «¡Ja, listos!» dedicado a todos los afortunados, los atrevidos y los que vivían una buena vida, era su propia predestinación a la gloria.

Hay una fuente llena de sangre
extraída de las venas de Emmanuel

Así cantaban. Aún ahora oigo el zumbido de ese himno. Los odiaba con la amarga y poco caritativa condena de la adolescencia, y la desazón de ese odio aún perdura. Mientras escribo estas palabras, vuelven a mí los sonidos y luego la escena, aquella oscura e indigna gente, una mujer gorda con asma, un viejo lechero galés con un tumor en su calva cabeza y que era el líder intelectual de la secta, un mercero de gruesa voz con una gran barba negra, su esposa, una mujer de pálido rostro monstruosamente embarazada, un comisionista con gafas y curvada espalda… Oigo cómo hablan acerca de las almas, las extrañas y trilladas viejas frases que fueron acuñadas hace eras en los puertos de mar del levante agostado por el sol, del bálsamo de Galaad y el maná en el desierto, de calabaceras que dan sombra y agua en un sediento desierto; recuerdo de nuevo la forma en que a la conclusión del servicio la charla seguía siendo piadosa en sus formas pero se volvía medicinal en su substancia, y cómo las mujeres se reunían para sus susurros obstétricos. Yo, como era un niño, no importaba, y podía escuchar…

Si Bladesover es mi clave para la explicación de Inglaterra, estoy firmemente convencido de que mi comprensión de Rusia se engendró en el círculo de tío Frapp.

Dormía en una cama de sucias sábanas con los dos supervivientes mayores de la fecundidad de los Frapp, y pasaba mis días de la semana ayudando en el laborioso desorden de la tienda y el horno, en ocasionales entregas de pan y en cosas así, y en eludir los sondeos de mi tío referentes a mis relaciones con la Sangre, y sus explicaciones confidenciales de que diez chelines a la semana —que era lo que mi madre le pagaba— no eran

suficientes para cubrir mi estancia. Se mostraba muy ansioso de recibirlos, pero también quería más. No había libros ni ningún asiento o rincón en aquella casa donde fuera posible leer, ningún periódico traía nunca el resonar de las cosas mundanas a aquella reclusión orientada al cielo, y el horror de todo aquello crecía en mí diariamente, y siempre que podía escapaba a la calle y me paseaba por Chatham. Las tiendas de periódicos y revistas me atraían particularmente. Uno podía ver en ellas tiznados periodicuchos ilustrados, en especial el *Police News*, en el cual dibujos escabrosamente realizados mostraban a las más torpes inteligencias una interminable sucesión de crímenes escuálidos, mujeres asesinadas y metidas en cajas, enterradas bajo suelos, viejos apaleados a media noche por ladrones, gente arrojada brutalmente desde trenes, amantes muertos a tiros, regados con vitriolo o derivados por sus rivales. Tuve mi primer atisbo de los placeres de la vida en los dibujos obscenamente realizados de las «incursiones de la policía» sobre este y aquel lugar. Intercalados con esos periodicuchos había otros en los cuales Sloper, el inglés típico urbano, se lo pasaba muy bien bajo un enorme parasol con su botella de ginebra al lado, o los bonachones y vacíos rostros de la familia real aparecían y reaparecían, visitando esto, inaugurando aquello, casándose, teniendo niños, exhibiéndose en la capilla mortuoria, haciendo de todo pero sin hacer nada, una maravillosa, benevolente e impenetrable raza aparte…

Nunca he vuelto a visitar Chatham; la impresión que dejó en mi mente fue de una escuálida huella, no iluminada por el menor rayo de madura caridad. Todos sus efectos se alineaban antitéticamente a los efectos de Bladesover. Confirmaban e intensificaban todo lo que Bladesover sugería. Bladesover afirmaba ser el país, ser esencialmente Inglaterra; ya he contado cómo sus grandes espacios libres, su amplia dignidad, parecían empujar pueblo, iglesia y parroquia a rincones, a un significado secundario y condicional. Aquí uno recolectaba el corolario de aquello. Puesto que toda la extensa región de Kent estaba formada de Bladesovers contiguos y destinados a la nobleza, el excedente de población, todos aquellos que no eran buenos arrendatarios o buenos trabajadores, de la Iglesia de Inglaterra, sumisos y respetuosos, fueron necesariamente echados juntos, arrojados fuera de la vista, para evitar que contaminaran como podían haberlo hecho

un lugar que poseía los colores e incluso los aromas de un cubo de basura cuidadosamente envuelto. Y deberían sentirse agradecidos por ello; o al menos, uno tenía la sensación de que esa era la teoría.

Y yo vagaba por aquel erial de atestada escualidez con jóvenes, receptivos, enormemente abiertos ojos, y a través de las bendiciones (por supuesto) de alguna de mis hadas madrinas, preguntando y preguntando de nuevo:

—Pero, después de todo, ¿por qué…?

En una ocasión paseé por Rochester, y tuve una visión del valle de Stour más arriba de la ciudad, todo él horrible con construcciones de cemento y sucias chimeneas echando humo e hileras de viviendas de los trabajadores, diminutas, feas, incómodas, y sucias también. Así tuve mi primera insinuación de cómo debía vivir el industrialismo en un país de señores. También pasé algunas horas en las calles que llevan hasta el río, atraído por el embrujo del mar. Pero vi barcazas y buques despojados de toda magia y dedicados en su mayor parte al cemento, hielo, madera y carbón. Los marineros me parecieron hombres corpulentos y desaliñados, y las embarcaciones me sorprendieron por lo desmañadas, feas, viejas y sucias. Descubrí que la mayor parte de las velas no se correspondían con los barcos que las izaban, y que estos podían dar una impresión tan lamentable y escuálida como un hombre. Cuando vi a unos carboneros descargando, y observé a los trabajadores en la bodega llenando estúpidos pequeños sacos y a la hilera de ennegrecidos y medio desnudos hombres que corrían con ellos arriba y abajo por una pasarela sobre un abismo (diez metros hasta la sucia y lodosa agua), al principio me sentí prendido por la admiración ante su valor y su dureza, y luego me pregunté: «Pero, después de todo, ¿por qué…?», y la estúpida fealdad de todo aquel desperdicio de músculos y resistencia física llenó mi mente. Entre otras cosas, aquello malgastaba y deterioraba el carbón… ¡Y yo que había imaginado grandes cosas en el mar…!

Bien, de todos modos, aquella vocación se mantuvo acallada por un tiempo.

Pero tales impresiones llegaban a mí durante mis momentos de ocio, y de esos no tenía demasiados. Pasaba la mayor parte de mis horas haciendo

cosas para el tío Frapp, y mis tardes y noches forzosamente en compañía de mis dos primos mayores. Uno era el chico de los recados en una tienda de ultramarinos y un muchacho fervientemente piadoso, y no lo veía en absoluto hasta la noche excepto para las comidas; el otro estaba disfrutando de sus vacaciones de verano sin disfrutarlas realmente mucho, puesto que era una criatura más bien enana, singularmente delgada y abyecta, cuya mayor afición era fingir que era un mono, y que hoy estoy convencido de que sufría alguna enfermedad que le sorbía toda su vitalidad. Si me lo encontrara ahora lo consideraría una lastimosa criatura y sentiría una extrema piedad por él. Por aquel entonces tan solo sentía una curiosa aversión. Resoplaba horriblemente, estaba derrengado tras un tranquilo paseo de un par de kilómetros, nunca empezaba ninguna conversación, y parecía preferir su propia compañía a la mía. Su madre, pobre mujer, decía que era un «chico pensativo».

Los problemas serios surgieron de pronto a resultas de una conversación que sostuvimos una noche en la cama. Alguna frase particularmente piadosa de mi primo mayor me irritó en extremo, y confesé de plano toda mi incredulidad hacia el esquema completo de la religión revelada. Nunca antes había dicho una palabra a nadie acerca de mis dudas, excepto a Ewart, que había sido quien primero las había desarrollado. Nunca había expresado mis dudas en voz alta hasta aquel momento. Pero en aquel preciso instante se me ocurrió que todo el esquema de salvación de los Frapp no era algo simplemente dudoso, sino a todas luces imposible. Lancé aquel descubrimiento a la oscuridad con la mayor presteza.

Mi brusco repudio debió de aterrar horriblemente, sin la menor duda, a mis primos.

Al principio no pudieron comprender lo que les estaba diciendo, y cuando finalmente lo comprendieron debieron esperar una respuesta instantánea en forma de truenos y llamas. Me dejaron inmediatamente más espacio en la cama, y luego el mayor se sentó muy erguido y expresó su opinión acerca de mi malignidad. Yo empezaba a sentirme ya un poco asustado de mi atrevimiento, pero cuando él me pidió categóricamente que me retractara de lo que había dicho, ¿qué otra cosa podía hacer más que confirmar mi repudio?

—No existe el infierno —dije—, y no hay ningún castigo eterno. Ningún Dios sería tan estúpido.

Mi primo mayor lanzó un grito de puro horror, y el más joven permaneció tendido en la cama, aterrado también pero sin decir palabra.

—Entonces —dijo mi primo mayor, cuando al fin consiguió reponerse —, ¿quieres decir que uno puede hacer todo lo que quiera?

—Si es lo suficientemente sinvergüenza, sí —respondí.

Nuestras pequeñas voces siguieron argumentando interminablemente, y en un momento determinado mi primo saltó de la cama e hizo que su hermano hiciera lo mismo, y se arrodillaron en la oscuridad de la noche y rezaron por mí. Cosa que consideré exasperante, pero que no me impidió seguir manteniéndome firme.

—Perdónale, Señor —dijo mi primo—, porque no sabe lo que dice.

—Puedes rezar si quieres —respondí yo—, pero si además de rezar intentas llevarme a tu huerto, voy a pararte los pies.

Lo último que recuerdo de aquella gran discusión es a mi primo deplorando el hecho de «¡tener que dormir en la cama con un infiel!».

Al día siguiente me sorprendió contándoselo todo a su padre. Aquello era algo que se salía por completo de mis códigos. El tío Nicodemus me lo soltó en mitad de la comida del mediodía.

—Has estado diciendo cosas extrañas, George —dijo bruscamente—. Sería mejor que pensaras antes de hablar.

—¿Qué es lo que dijo, padre? —preguntó mrs. Frapp.

—Cosas que no puedo repetir —murmuró él.

—¿Qué cosas? —desafié yo acaloradamente.

—Pregúntale a él —dijo mi tío, señalando con su cuchillo a su informante, y dejando bien clara la naturaleza de mi ofensa.

Mi tía miró al ofendido.

—¿No…? —insinuó una pregunta.

—Chitón —dijo mi tío—. Blasfemia.

Mi tía no pudo llevarse otra cucharada a la boca. Yo me sentía ya un poco turbado por mi osadía, y entonces empecé a darme cuenta de la enormidad del rumbo que había tomado.

—No hice más que hablar razonablemente —murmuré.

El momento más terrible fue cuando me encontré por fin con mi primo en el callejón empedrado, detrás del patio que conducía a su tienda de ultramarinos.

—¡Maldito cobarde! —dije, y le abofeteé con toda la fuerza de mi mano —. Toma lo que te mereces —añadí.

Retrocedió, sorprendido y alarmado. Sus ojos se clavaron en los míos, y vi en ellos el repentino resplandor de una resolución. Volvió hacia mí su otra mejilla.

—Adelante —dijo—; adelante. Yo te perdonaré.

Tuve la impresión de no haberme encontrado nunca con una forma más detestable de eludir una paliza. Lo aplasté de nuevo contra la pared y lo dejé allí, perdonándome, y volví a la casa.

—Será mejor que no hables con tus primos, George —dijo mi tía— hasta que tengas las ideas un poco más claras.

A partir de entonces me convertí en un paria. Durante la cena de aquella noche, el sombrío silencio fue roto por la voz de mi primo:

—Me pegó por decírtelo, y yo ofrecí la otra mejilla, por supuesto.

—Tiene el diablo detrás, montado sobre sus espaldas —dijo mi tío, haciendo que la chica mayor, que estaba sentada a mi lado, se mostrara visiblemente incómoda.

Tras la cena, mi tío, con unas cuantas palabras muy mal elegidas, me suplicó que me arrepintiera antes de irme a dormir.

—Supón que eres arrebatado en tu sueño, George —dijo—; ¿dónde vas a ir entonces? Piensa un poco en eso, muchacho. —Por aquel entonces yo me sentía completamente miserable y asustado, y aquella sugerencia me puso de lo más nervioso, pero me mantuve impenitentemente firme—. Despertarte en el infierno —dijo tío Nicodemus, con un tono suave—. Supongo que no querrás despertarte en el infierno, George, ardiendo y gritando por toda la eternidad, ¿eh? ¿Te gustaría eso?

Intentó por todos los medios conseguir que «le echara una mirada a esos ardientes fuegos del infierno» antes de retirarme a dormir.

—Espero haber conmovido tu corazón —dijo.

Permanecí largo rato despierto aquella noche. Mis primos dormían el sueño de la fe a cada lado. Decidí que murmuraría mis plegarias, y me

detuve a la mitad porque me sentía avergonzado, y quizá también debido a que tenía una vaga idea de que uno no arreglaba las cosas con Dios de aquella manera.

—No —dije, con una repentina confianza—; que te maldigan si eres un cobarde… Pero no lo eres… ¡No! ¡No puedes serlo!

Desperté a mis primos con unos enérgicos codazos, y se lo dije con tono triunfal, y luego me dormí muy pacíficamente, cumplido mi acto de fe.

No solo dormí a pierna suelta aquella noche, sino durante todas las noches a partir de entonces. En lo que a mis temores de la Divina injusticia se refiere, sigo durmiendo a pierna suelta, y sé que seguiré haciéndolo hasta el fin de las cosas. Aquella declaración creó época en mi vida espiritual.

2

Pero lo que nunca imaginé fue que toda la reunión del próximo domingo estuviera dedicada a mí.

Lo estuvo. La escena entera vuelve ahora a mi memoria, toda aquella convergencia de atención; incluso siento el débil olor correoso de la atmósfera, y la áspera sensación del traje negro de mi tío en contacto con mi mano. Veo de nuevo al viejo lechero galés «pugnando» conmigo…, todos ellos pugnando conmigo, con sus plegarias y exhortaciones. Y yo soportándolo con valentía todo, convencido por el contagio de su universal convicción de que haciendo aquello me condenaba segura e irremediablemente. Tenía la sensación de que eran ellos quienes estaban en posesión de la verdad, de que Dios era probablemente como ellos, y de que en realidad nada de aquello importaba. Y para simplificar aún más el asunto, yo había declarado que no creía en nada en absoluto. Me refutaron con textos de las Escrituras, que ahora me doy cuenta de que constituían una refutación ilegítima. Cuando volví a casa, aún impenitente y eternamente perdido y secretamente muy solo y miserable y alarmado, tío Nicodemus redujo mi ración de pudín dominical.

Tan solo una persona habló conmigo como si yo fuera un ser humano en aquel día de cólera, y fue el más joven de los Frapp. Acudió a mí por la noche, mientras permanecía confinado arriba en el cuarto con una Biblia y mis propios pensamientos.

—Hola —dijo, agitándose inquieto—. ¿Quieres decir realmente que no hay… nadie…? —se encogió ante la palabra.

—¿Nadie dónde?

—¿Nadie observándonos… nunca?

—¿Por qué debería haberlo?

—No puedes evitar pensar… —dijo mi primo—, de todos modos… ¿Quieres decir…? —Se interrumpió, vacilante—. Supongo que no debería estar hablando contigo.

Vaciló una vez más, y se escabulló con una mirada culpable por encima de su hombro…

Durante la siguiente semana la vida se hizo intolerable para mí; aquella gente me estaba forzando a un ateísmo que me aterraba. Cuando supe que al domingo siguiente iban a seguir pugnando conmigo, mi valor se derrumbó por completo.

El sábado descubrí un mapa de Kent en el escaparate de un librero, y aquello me hizo pensar en una forma de librarme de mi destino. Lo estudié intensamente durante quizá media hora el sábado por la noche; establecí una lista de pueblos que estaban en mi camino y la fijé bien en mi memoria, y a las cinco de la madrugada del domingo me levanté y emprendí el camino a Bladesover, mientras mis dos compañeros de cama seguían aún profundamente dormidos.

3

Recuerdo algo, aunque no tanto como debería gustarme recordar, de mi larga caminata hasta la Casa Bladesover. La distancia desde Chatham es casi exactamente de veintisiete kilómetros, y el recorrido me tomó hasta cerca de la una. Fue muy interesante y no creo que me sintiera demasiado cansado al final, aunque una de las botas me apretaba más de la cuenta.

La mañana debió haber sido muy clara, puesto que recuerdo que cerca de Itchinstow Hall miré hacia atrás y vi el estuario del Támesis, ese río que desde entonces ha jugado un papel tan importante en mi vida. Pero por aquel entonces no sabía que fuera el Támesis. Pensé que aquella gran extensión de enlodadas llanuras y agua era el mar, que nunca había visto de cerca. Y por él circulaban barcos, barcos de vela y alguno que otro de vapor, subiendo hacia Londres o bajando hacia los grandes mares del mundo. Permanecí largo rato contemplando aquella escena y pensando en si después de todo no hubiera hecho mejor escapando hacia el mar.

Cuanto más me acercaba a Bladesover, más dudas tenía acerca de la forma en que iba a ser recibido, y más lamentaba aquella alternativa. Supongo que fue la sucia mediocridad de los barcos que había visto recientemente lo que sacó aquello de mi cabeza. Tomé un atajo a través de la Conejera, cruzando la esquina del parque principal para interceptar a la gente que salía de la iglesia. Deseaba evitar tropezar con nadie antes de encontrarme con mi madre, de modo que fui a un lugar donde el sendero pasaba entre unos bancales, y sin ocultarme exactamente, aguardé allí entre los arbustos. Aquel lugar, entre otras ventajas, eliminaba cualquier posibilidad de ver a lady Drew, que iría por el camino de los carruajes.

Esperando en mi guarida para abordarla, tuve una extraña sensación de bandolerismo, como si yo fuera alguna especie de bandido dispuesto a penetrar por la fuerza en aquel orden de cosas. Es la primera vez que

recuerdo haberme sentido claramente fuera de la ley, una sensación que ha jugado un papel muy importante en mi subsiguiente vida. Tuve la sensación de que no existía ningún lugar para mí…, que tendría que forzar mi entrada a cualquiera de ellos.

Finalmente aparecieron los sirvientes, bajando la colina en grupos de dos o tres. Primero algunos de los jardineros y la mujer del despensero con ellos, luego las dos doncellas de la lavandería, unas criaturas viejas, extrañas e inseparables, luego el primer mayordomo hablando con la hija pequeña del despensero, y al final, caminando grave y erguida entre la vieja Anna y miss Fison, la negra figura de mi madre.

Mi mente adolescente sugirió que apareciera de una forma alegre y desenfadada.

—¡Hey, madre! —dije, saliendo de entre los arbustos, recortado contra el cielo—. ¡Hola!

Mi madre levantó la vista, se puso muy pálida, y se llevó una mano al pecho…

Supongo que hubo mucha agitación nerviosa a mi alrededor. Y por supuesto fui completamente incapaz de explicar mi reaparición. Pero me mantuve firme:

—No volveré a Chatham; antes prefiero ahogarme.

Al día siguiente mi madre me llevó a Wimblehurst, dispuesta a ponerme enérgica y agresivamente en manos de un tío del que nunca antes había oído hablar, pese a la proximidad de los dos lugares. No me dijo ni una palabra de lo que iba a ocurrir, y yo me sentía demasiado dominado por su evidente ira y humillación ante mi última fechoría como para pedir información. Ni por un momento pensé en que lady Drew fuera a mostrarse «gentil» conmigo. Mi destierro había sido firmado y rubricado y sellado para siempre. Deseé intensamente haberme decidido a escapar al mar, pese a la suciedad y al polvo del carbón que Rochester me había mostrado. Quizá al otro lado del mar uno llegara a territorios distintos.

4

No recuerdo mucho de mi viaje a Wimblehurst con mi madre, excepto su imagen sentada muy erguida en su asiento, como sintiéndose ofendida por el vagón de tercera clase en el que viajábamos, y la forma en que apartaba cuidadosamente la vista de mí y miraba por la ventanilla mientras me hablaba de mi tío.

—No he visto a tu tío —me dijo— desde que era un muchacho… —Y añadió de mala gana—: Entonces estaba considerado como una persona muy lista.

Para ella, cualidades tales como lo lista que podía ser una persona eran algo que tenía muy poco interés.

—Se casó hará unos tres años, y se estableció por su cuenta en Wimblehurst… Así que supongo que tendría algo de dinero.

Se ensimismó en escenas que desde hacía mucho tiempo había apartado de su mente.

—Teddy —dijo al cabo de un rato, en el tono de alguien que ha estado tanteando en la oscuridad y finalmente encuentra—. Le llamábamos Teddy…, cuando tenía más o menos tu edad… Ahora debe tener veintiséis o veintisiete años.

Pensé en mi tío como en Teddy apenas lo vi; había algo en su apariencia personal que a la luz de esos recuerdos se expresaba inmediatamente a sí mismo como una cualidad-Teddy, como una cierta Teddydad. Describirlo en otros términos es más difícil. Es una agudeza sin gracia, una ingeniosidad sin inteligencia. Salió de su tienda a paso vivo, y pudimos distinguir una figurilla bajita vestida de gris y con unas zapatillas de fieltro también grises. De lejos, nos pareció de un rostro joven y regordete tras unas gafas doradas, un pelo recio que se alzaba y caía sobre la frente, una nariz irregular que tenía sus momentos aquilinos, y un cuerpo que traicionaba una lasitud

ecuatorial, una incipiente «rotundidad» que se transmitía a toda su figura. Salió bruscamente de la tienda, se detuvo en medio de la calle, miró algo en el escaparate con una infinita apreciación, se estrujó la barbilla y, tan bruscamente como había salido, cruzó de medio lado la puerta y volvió a meterse en la tienda, como empujado por una invisible mano extendida.

—Tiene que ser él —dijo mi madre, conteniendo el aliento.

Pasamos junto al escaparate cuyo contenido iba a conocer muy pronto de memoria, un escaparate farmacéutico de lo más corriente, con una bomba de vacío y dos o tres trípodes y retortas que reemplazaban las habituales botellas azules, rojas y amarillas en la parte de arriba. Entre aquellos frágiles artículos había una reproducción en yeso del caballo de Paris, indicando medicinas veterinarias, y debajo, hileras de bolsitas de olor y atomizadores y esponjas y sifones y cosas así. En medio de todo ello había un cartel en rojo, cuidadosamente pintado a mano, que decía:

Compre ahora el jarabe contra la tos de Ponderevo

¡AHORA!

¿POR QUÉ?

Es dos peniques más barato que en invierno.

¡Usted almacena sus manzanas! ¿Por qué no las medicinas?

¿Cree que no va a necesitarlas?

En estas palabras iba a reconocer muy pronto la característica nota distintiva de mi tío.

Su rostro apareció encima de un anuncio de chupetes para niños en el panel de cristal de la puerta. Observé que sus ojos eran castaños, y que las gafas dejaban una profunda marca en su nariz. Era evidente que no nos reconocía en absoluto. En breves instantes, su mirada de escrutinio dejó paso a una expresión de deferencia comercial, y mi tío abrió la puerta de par en par.

—¿No me conoces? —jadeó mi madre.

Mi tío no lo admitió, pero su curiosidad era manifiesta. Mi madre se sentó en una de las pequeñas sillas que había delante del mostrador, lleno de

pastillas de jabón y específicos apilados, y sus labios se abrieron y cerraron.

—Un vaso de agua, señora —dijo mi tío; agitó la mano en una especie de curva y desapareció tras el mostrador, y volvió a aparecer enseguida.

Mi madre bebió el agua y dijo:

—Este chico… sale como su padre. A medida que crece se parece cada vez más a él… Por eso te lo he traído.

—¿Su padre, señora?

—George.

Por un momento el farmacéutico siguió perdido. Permaneció de pie tras el mostrador, con el vaso que mi madre le había devuelto en la mano. Entonces comprendió.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¡Señor! —Se le cayeron las gafas. Desapareció, volvió a colocarlas en su sitio, detrás de un montón de apilados frascos que contenían un jarabe color sangre—. ¡Por las once mil vírgenes! —Le oí jadear. Las gafas colgaron sobre el puente de su nariz—. ¡Por todos los dioses de Oriente!

Desapareció de nuevo dentro de la tienda, a través de alguna puerta disimulada. Pudimos oír su voz:

—¡Susan! ¡Susan!

Luego reapareció otra vez, con una mano extendida.

—Bien, ¿cómo estás? —dijo—. Nunca me habían dado una sorpresa tan grande en mi vida. ¡Fantástico…! ¡Tú!

Estrechó la impasible mano de mi madre, y luego la mía, muy calurosamente, sujetando sus gafas sobre su nariz con el dedo índice de su mano izquierda.

—¡Pasad dentro! —exclamó—. ¡Pasad! —Y nos condujo al saloncito, en la parte de atrás de la tienda.

Después de Bladesover, aquel apartamento me impresionó como algo sofocante y mal acondicionado, pero era muy confortable en comparación con la sala de estar de los Frapp. Flotaba en él un débil y evanescente aroma a comida, y mi impresión más inmediata fue el notable hecho de que había algo que colgaba o rodeaba o lo envolvía todo. Había una muselina de brillantes colores en torno al brazo de la luz de gas en mitad de la habitación, alrededor del espejo sobre la repisa de la chimenea, poniendo

flecos a lo largo de esa repisa y enmarcando la chimenea —eso fue lo primero que vi—, e incluso la lámpara sobre el pequeño secreter tenía una pantalla con la forma de un amplio sombrero de muselina. El mantel sobre la mesa estaba orlado con flecos, y también las cortinas de la ventana, y la alfombra era un lecho de rosas. Había unas pequeñas alacenas a ambos lados de la chimenea y, en una especie de nichos, una serie de estantes toscamente construidos abarrotados de libros y adornados con cenefas de hule calado. Sobre la mesa había un diccionario boca abajo, y el secreter, que tenía la tapa abierta, estaba atestado de papeles tamaño folio y las huellas de un trabajo recientemente abandonado. Mis ojos captaron: «El Apartamento Patentado Ponderevo, una máquina dentro de la cual puede usted vivir», escrito con grandes y firmes letras. Mi tío abrió una puertecilla de una especie de armario situado en una esquina de aquella habitación, y reveló la más estrecha y retorcida escalera sobre la que jamás haya puesto mis ojos.

—¡Susan! —llamó de nuevo—. Baja. Quiero que veas a alguien. Es una sorpresa.

Llegó una inaudible respuesta, y un repentino golpe sordo sobre nuestras cabezas cuando algún artículo de utilidad doméstica fue dejado irritadamente a un lado, luego los cautelosos pasos de alguien bajando la retorcida escalera, y finalmente mi tía apareció por la puerta con la mano apoyada en la jamba.

—Es la tía Ponderevo —exclamó mi tío—. La esposa de George… ¡y ha traído a su hijo! —Sus ojos recorrieron la habitación. Se lanzó hacia el secreter y, con un repentino impulso, puso boca abajo la hoja de la patente. Luego agitó sus gafas hacia nosotros—. Ya sabes, Susan, mi hermano mayor, George. Te he hablado un montón de veces de él.

Cruzó nervioso la habitación hasta la chimenea y se detuvo allí, volvió a colocarse las gafas, y tosió.

Mi tía Susan parecía estar evaluando la situación. Por aquel entonces era una mujer más bien esbelta, de unos veintitrés o veinticuatro años, supongo, y recuerdo haberme sentido impresionado por el azul de sus ojos y la limpia frescura de su tez. Tenía unos rasgos delicados, una nariz respingona, una hermosa barbilla, y un cuello largo y gracioso que brotaba

de su traje de mañana de algodón azul pálido. Había una expresión de vaga perplejidad en su rostro, un pequeño fruncimiento de curiosidad en sus cejas que sugería levemente un divertido intento de seguir las operaciones mentales de mi tío, algo que la costumbre había convertido en un gesto tan habitual como irremediable. Parecía estar diciendo: «¡Oh, Señor! ¿Qué es lo que me trae esta vez?». Y cuando llegué a conocerla mejor detecté, como una complicación a sus esfuerzos por comprender, un acertijo subsidiario al «¿Qué es lo que quiere venderme?» y que podía expresarse —utilizando una frase de mi lenguaje escolar— con «¿Va a seguir con ello?». Nos miró a mi madre y a mí, y luego de nuevo a su esposo.

—¿Sabes? —dijo él—. ¡George!

—Bien —dijo ella a mi madre, descendiendo los tres últimos peldaños de la escalera y tendiendo su mano—, bienvenidos. Aunque es una sorpresa… Me temo no poder preguntarles si quieren algo, porque no hay nada en la casa. —Sonrió, y miró burlonamente a su esposo—. A menos que él prepare algo con sus viejos productos químicos, lo cual es capaz de hacer.

Mi madre estrechó rígidamente su mano, y me dijo que besara a mi tía.

—Bien, sentémonos todos —dijo mi tío, silbando de pronto por entre sus apretados dientes y frotándose enérgicamente las manos. Ofreció una silla a mi madre, alzó la persiana de la pequeña ventana, volvió a bajarla, y regresó a su chimenea—. Os aseguro —dijo, como quien decide algo— que me siento muy feliz de veros.

5

Mientras hablaban, dediqué mi atención casi exclusivamente a mi tío.

Lo observé con gran detalle. Recuerdo ahora su chaleco parcialmente abierto, como si le hubiera ocurrido algo que lo hubiese distraído mientras se lo abrochaba, y un pequeño corte encima de su barbilla. Me gustó el humor que reflejaban sus ojos. Noté también, con la fascinación que despiertan esas cosas en un muchacho observador, el juego de sus labios… Eran un poco oblicuos, y había algo «desordenado», si uno puede emplear esa palabra, en su boca, de tal modo que ceceaba y silbaba constantemente…, y había también una curiosa expresión triunfante que iba y venía de su rostro mientras hablaba. Sujetaba sin cesar sus gafas, que no parecían encajar en su nariz, jugueteaba con cosas que llevaba en los bolsillos de su chaleco o ponía las manos a su espalda, miraba por encima de nuestras cabezas y, de tanto en tanto, se alzaba sobre las puntas de los pies y se volvía a dejar caer sobre sus talones. Tenía una forma de expeler el aire por entre sus dientes que daba a veces un tono sibilante a su voz. Era un sonido que solamente puedo representarme como un suave «zzzz».

Él llevó el peso de la conversación. Mi madre repitió lo que ya había dicho en la tienda:

—Te he traído a George —y entonces, por un rato, desistió del auténtico asunto que llevaba entre manos—. ¿Encuentras confortable esta casa? —preguntó, y una vez confirmado esto—: Parece… muy conveniente…, no demasiado grande como para ser un problema… no. Te gusta Wimblehurst, supongo.

Mi tío replicó con algunas preguntas acerca de la gente grande de Bladesover, y mi madre respondió de la forma que lo haría una amiga personal de lady Drew. La charla siguió así por un tiempo, y luego mi tío se embarcó en una disertación sobre Wimblehurst.

—Este lugar no es, por supuesto, el sitio donde yo debería estar —empezó.

Mi madre asintió como si hubiera esperado aquello.

—No me ofrece ninguna perspectiva —prosiguió mi tío—. Está muerto en vida. Nunca ocurre nada.

—Siempre está esperando que ocurra algo —dijo mi tía Susan—. Algunos dicen que cualquier día recibirá una lluvia de cosas y va a ser demasiado para él.

—No será eso —exclamó mi tío, animado.

—¿No encuentras el negocio… flojo? —preguntó mi madre.

—Oh, uno va tirando. Pero no hay desarrollo…, no hay crecimiento. Simplemente vienen aquí y compran unas cuantas píldoras cuando quieren, y alguna poción o cualquier otra cosa. Tienen que ponerse enfermos antes de que haya una receta. Son de ese tipo. No puedes conseguir que se aparten de esto, no puedes hacer que tomen algo nuevo. Por ejemplo, últimamente he estado intentando convencerles de que compren sus medicinas por anticipado, y en grandes cantidades. ¡Pero ni siquiera hacen caso! Luego he intentado poner en práctica una pequeña idea mía, una especie de seguro contra los resfriados; tú pagas tanto a la semana, y cuando te resfrías recibes una botella de Jarabe contra la Tos durante tanto tiempo como sigas tosiendo apreciablemente. ¿Entendéis? ¡Pero Señor!, no entienden las nuevas ideas, no lo captan; ¡no Saltan sobre la oportunidad, no tienen Vida! ¡Vida! Gotean, y todo lo que uno puede hacer aquí es gotear con ellos… Zzzz.

—¡Ah! —contestó mi madre.

—Eso no va conmigo —dijo mi tío—. Yo soy del tipo cascada.

—George también lo era —murmuró mi madre, tras un instante de meditación.

Mi tía Susan inició su parábola con una afectuosa mirada hacia su esposo.

—Siempre está intentando conseguir que su viejo negocio salte —dijo —. Siempre está poniendo nuevos carteles en el escaparate, o preparando cosas. Cuesta creerlo. A veces me hace saltar a mí.

—Pero nada funciona —dijo mi tío.

—Nada funciona —corroboró su esposa—. Por mucho que lo ha intentado, no se ha hecho rico…

Hubo una larga pausa.

Desde el principio de la conversación había habido la promesa de aquella pausa, y agucé mis oídos. Conocía perfectamente lo que iba a seguir a continuación; iban a hablar de mi padre. Sentí que mi convicción se reforzaba enormemente cuando descubrí que los ojos de mi madre estaban pensativamente clavados en mí, en medio del silencio, y que mi tío me miraba a mí y luego a mi tía. Me esforcé muy a pesar mío por mostrar una expresión de apacible estupidez.

—Creo —dijo mi tío— que George encontrará más divertido darse una vuelta por la plaza del mercado que estar sentado aquí hablando con nosotros. Hay un par de tiendas allí, George… muy interesantes. Unas tiendas de anticuario.

—A mí no me importa estar sentado aquí —dije.

Mi tío se levantó y, de la manera más amistosa, me condujo a través de la tienda. Se detuvo delante de la puerta y me dio las orientaciones necesarias.

—Tómatelo con calma, ¿eh, George? Mira, ahí está el perro del carnicero durmiendo en medio de la calle…, ¡media hora antes del mediodía! Si sonaran las trompetas del Juicio Final, no creo que se despertara. ¡Nadie conseguiría despertarlo! Los chicos se asoman por ahí, por el patio de la iglesia, y le gritan: «¡Jaaa, no puedes atraparnos, no puedes, ¿ves?!»… Bueno, pues encontrarás las tiendas que te digo justo al otro lado de esa esquina.

Me observó hasta que desaparecí de su vista.

De modo que, al final, nunca supe lo que dijeron acerca de mi padre.

6

Cuando regresé, mi tío se había convertido, de alguna forma sorprendente, en un personaje más importante y voluminoso.

—¿Eres tú, George? —exclamó cuando sonó la campanilla de la puerta de la tienda—. Entra aquí. —Y me lo encontré, como era de esperar, en su lugar de honor ante la chimenea.

Los tres se me quedaron mirando.

—Hemos estado hablando de convertirte en un farmacéutico, George —dijo mi tío.

Mi madre me miró.

—Yo había esperado que lady Drew hiciera algo por él… —dijo, y se detuvo.

—¿En qué sentido? —preguntó mi tío.

—Podría haber hablado con alguien, meterle en algo quizá…

Tenía la invencible persuasión de los sirvientes de que todas las cosas buenas del mundo provenían de sus patronos.

—No es el tipo de chico por el que puedan hacerse cosas —añadió pensativa mi madre, olvidando aquellos sueños—. No sabe acomodarse. Cuando cree que lady Drew desea una cosa, él parece no desearla. También con mr. Redgrave se ha mostrado… irrespetuoso. Es exactamente igual que su padre.

—¿Quién es mr. Redgrave?

—El párroco.

—¿Un tanto independiente? —preguntó con viveza mi tío.

—Desobediente —dijo mi madre—. No tiene idea de cuál es su lugar. Parece creer que puede seguir adelante desairando a la gente y burlándose de ella. Espero que aprenda, antes de que sea demasiado tarde.

Mi tío se acarició su cortada barbilla y me miró.

—¿Has aprendido algo de latín? —preguntó de pronto.

Dije que no.

—Entonces tendrá que aprender un poco de latín —explicó a mi madre — para cualificarse. Hummm. Puede acudir a la escuela secundaria de aquí, acaba de ser puesta en marcha de nuevo por la comisión social del Ayuntamiento, y tomar algunas lecciones.

—¡Oh, yo aprendiendo latín! —exclamé, emocionado.

—Un poco —dijo.

—Siempre he deseado… —dije—: ¡Latín!

Desde hacía tiempo estaba obsesionado por la idea de que no saber latín era una desventaja en el mundo, y Archie Garvell aún había exacerbado más este sentimiento. La literatura que había leído en Bladesover tendía toda ella en esa dirección. El latín poseía para mí una cualidad de emancipación que encontraba difícil olvidar. ¡Y de pronto, cuando ya había supuesto que todo aprendizaje me estaba vedado, oía esto!

—No es bueno para ti, por supuesto —dijo mi tío—, excepto para pasar los exámenes, ¡pero no queda más remedio!

—Tienes que aprender latín porque tienes que aprender latín —dijo mi madre—, no porque lo desees. Y después de eso vas a tener que aprender todo tipo de otras cosas…

La idea de que yo iba a ir a aprender, que leer y dominar el contenido de unos libros iba a ser justificado como un deber, abrumó todos los demás hechos. Hacía apenas unas semanas tenía muy claro en mi mente que todo aquel tipo de oportunidades podía quedar cerrado para mí para siempre. Empecé a tomar un vivo interés en aquel nuevo proyecto.

—¿Entonces tendré que vivir aquí? —pregunté—. ¿Con ustedes, y estudiar… y trabajar en la tienda al mismo tiempo?

—Así es como ha de ser —dijo mi tío.

Aquel día me despedí de mi madre como en un sueño, tan repentino e importante resultaba para mí aquel nuevo aspecto de las cosas. ¡Iba a aprender latín! Ahora que la humillación de mi fracaso en Bladesover había pasado para ella, ahora que había superado un poco su primera e intensa aversión a confiarme a mi tío y había conseguido algo que parecía una posible solución para mi futuro, la ternura natural de una despedida que era

mucho más significativa que cualquier otra despedida anterior se insinuó en su actitud.

Recuerdo que ella se sentó en el tren de regreso, y yo permanecí de pie ante la puerta abierta de su compartimento, y ninguno de los dos sabía lo pronto que íbamos a dejar de ser para siempre un problema mutuo.

—Tienes que ser un buen chico, George —me dijo—. Tienes que aprender… Y no debes ponerte en contra de aquellos que están por encima de ti y son mejores que tú… Ni envidiarlos.

—No, madre —dije.

Hice la promesa descuidadamente. Sus ojos estaban clavados en mí. Yo me preguntaba si de alguna manera podría empezar aquella noche con el latín.

Algo tocó entonces su corazón, algún pensamiento, algún recuerdo; quizá una premonición… El solitario mozo empezó a cerrar las puertas de los vagones.

—George —dijo apresuradamente, casi avergonzada—, ¡dame un beso!

Penetré en su compartimento al tiempo que ella se inclinaba hacia delante. Me abrazó fuertemente, apretándome contra ella…, una cosa que no había hecho nunca. Observé que sus ojos brillaban extraordinariamente, y entonces aquel brillo brotó a lo largo de sus párpados y rodó por sus mejillas.

Por primera y última vez en mi vida vi a mi madre llorar. Luego se fue, dejándome inquieto y perplejo, olvidando por unos momentos incluso que tenía que aprender latín, pensando en mi madre como en algo nuevo y extraño.

Aquello no dejó de atormentarme pese a que intenté olvidarlo; acudió una y otra vez a mi memoria hasta el día en que comprendí plenamente. ¡Pobre, orgullosa, acostumbrada, severamente angosta alma! ¡Pobre, problemático y poco comprensivo hijo! Aquella fue la primera vez en que se me ocurrió pensar que tal vez mi madre tuviera también sentimientos.

7

En la siguiente primavera, mi madre murió de repente y, según la opinión de lady Drew, desconsideradamente. Su señoría partió al instante a Folkestone con miss Somerville y Fison, hasta que se hubo celebrado el funeral y la sucesora de mi madre estuvo instalada.

Mi tío me llevó al funeral. Recuerdo que hubo una especie de crisis prolongada los días que lo precedieron, debido a que, apenas supo de mi pérdida, había enviado un par de pantalones de cuadros a la gente de Judkins en Londres para ser teñidos de negro, y no habían llegado de vuelta a tiempo. Al tercer día se puso muy excitado, y mandó un cierto número de cada vez más irritados telegramas sin el menor resultado, y sucumbió a la mañana siguiente, de muy mala gana, a la insistencia de mi tía Susan de que recurriera al traje de etiqueta que tenía en su armario. Aquellas negras piernas suyas, enfundadas en una tela particularmente delgada y brillante —puesto que a todas luces aquel traje de etiqueta databa de unos días más adolescentes y esbeltos—, han quedado grabadas en mi memoria avanzando a grandes zancadas como las del Coloso de Rodas mientras nos acercábamos al funeral de mi madre. Además, me sentía molesto y distraído por una chistera que mi tío me había comprado, mi primera chistera, muy ennoblecida además por una ancha banda de luto.

Recuerdo, aunque de una forma indistinta, las paredes blancas de la habitación de ama de llaves de mi madre, y el toque de singularidad que tenía todo ahora que ella ya no estaba, y los diferentes rostros familiares que el luto hacía extraños, y creo recordar la exagerada timidez que brotó en mí a causa de su concentrada atención. Sin duda la sensación de la nueva chistera iba y venía e iba de nuevo en mi caos emocional. Luego algo aparece muy claro y doloroso en mi mente, surge de una forma precisa por entre todas las demás cosas vagas e inconsecuentes, y camino de nuevo

delante de toda la asistencia muy cerca y detrás de su ataúd que es llevado bordeando el patio de la iglesia hasta su tumba, con la lenta voz del viejo vicario hablando con pesar y poca convicción por encima de mí, diciendo solemnes y triunfantes cosas.

—Yo soy la resurrección y la vida, dijo el Señor; aquel que crea en Mí, aunque muera, seguirá viviendo; y aquel que viva y crea en Mí nunca morirá.

¡Nunca morirá! El día era una espléndida y gloriosa mañana de primavera, y todos los árboles estaban brotando y estallando en verdor. Por todas partes había hojas y flores; los perales y los cerezos en el jardín de la sacristía eran como nieve iluminada por el sol, había bamboleantes narcisos y tempranos tulipanes en las jardineras de las tumbas, y grandes multitudes de margaritas, y por todas partes los pájaros parecían estar cantando. Y en medio de todo ello estaba el amarronado ataúd, oscilando en los hombros de quienes lo llevaban, y medio cubierto por la capucha morada del párroco.

Y así llegamos a la tumba de mi madre que nos aguardaba…

Durante un rato observé atentamente, viendo cómo bajaban el ataúd, oyendo las palabras del ritual. Me pareció un ritual de lo más curioso.

De pronto, cuando el servicio llegaba a su fin, tuve la sensación de que tenía que decir algo que nadie había dicho, me di cuenta de que ella se había marchado en silencio, sin perdonarme nunca ni haberme escuchado… y de pronto todo esto careció de sentido. De pronto me di cuenta de que no había comprendido. De pronto la vi tiernamente; recordé tantas cosas tiernas y amables que habían brotado de ella cuando nuestras voluntades se habían cruzado, y la forma en que yo había frustrado sus deseos. Sorprendentemente, me di cuenta de que, detrás de toda su dureza y severidad, ella me había amado, que yo era lo único que jamás hubiera amado en su vida, y que hasta aquel momento yo nunca la había amado a ella. Y ahora ella estaba allí sorda y muda para mí, lamentablemente frustrada en sus planes para mí, alejada de mí de tal modo que nunca iba a saber…

Clavé las uñas en las palmas de mis manos, encajé los dientes, y las lágrimas me cegaron, los sollozos ahogaron las palabras que tendría que haber dicho. El viejo párroco siguió leyendo, hubo un murmullo de

respuesta… y así llegamos al final. Lloré fuertemente por dentro, y tan solo cuando hubimos salido del patio de la iglesia pude pensar y hablar de nuevo con calma.

Grabadas en mi memoria están las pequeñas figuras negras de mi tío y de Rabbits, diciéndole a Avebury, el sacristán y encargado de las pompas fúnebres, que «todo había ido muy bien… muy bien, por supuesto».

8

Esto es lo último que diré de Bladesover. El telón cae sobre esa escena, y ya deja de ser una presencia real en esta novela. Por supuesto, volví allá de nuevo en una ocasión, pero por circunstancias que no tienen nada que ver con mi historia. Aunque, en un cierto sentido, Bladesover nunca me ha abandonado; es, como dije al principio, una de esas impresiones explicativas dominantes que constituyen el marco de mi mente. Bladesover ilumina Inglaterra; se ha convertido en todo lo que es espacioso, digno, pretencioso y auténticamente conservador en la vida inglesa. Es mi punto de referencia social. Por eso es por lo que me he extendido aquí hablando de él.

Cuando finalmente volví al auténtico Bladesover en una visita inconsecuente, todo era mucho más pequeño de lo que yo hubiera podido imaginar. Era como si todo se hubiera encogido y arrugado un poco al contacto de los Lichtenstein. El arpa estaba aún en el salón, pero había otro gran piano distinto con una tapa pintada, y una pianola, y una extraordinaria cantidad de cachivaches artísticos esparcidos por aquí y por allá. Sobre todo ello flotaba la huella de una sala de exhibiciones de Bond Street. Los muebles estaban revestidos aún de calicó lustroso, pero no era del mismo tipo del que se usaba antes aunque pretendía serlo, y los candelabros colgantes habían desaparecido. Los libros de lady Lichtenstein habían reemplazado a los marrones volúmenes que yo había hojeado… En su mayor parte eran ejemplares gratuitos de novelas contemporáneas, y la *National Review* y la *Empire Review* y la *Nineteenth Century and After* se mezclaban sobre las mesas con los libros…, recientes libros ingleses con chillonas y baratas cubiertas «artísticas», novelas francesas e italianas de color amarillo, libros de arte alemanes de una fealdad casi increíble. Había abundantes evidencias de que su señoría estaba jugueteando con el

renacimiento celta, y un gran número de horribles gatos de porcelana —«coleccionaba» gatos de porcelana y barro— podían verse por todas partes…, en todos los colores, en todo tipo de deliberadamente cómicas y muy vitrificadas distorsiones…

Es una tontería pretender que las finanzas hacen mejores aristócratas que las rentas. Nada puede hacer a un aristócrata excepto el orgullo, el conocimiento, el entrenamiento y la espada. Aquella gente no representaban ninguna mejora con respecto a los Drew, en absoluto. No se observaban por ninguna parte los efectos de un beneficioso reemplazo de una gente no inteligente por otra inteligente y activa. Uno tenía la sensación de que una más pequeña pero más emprendedora e intensamente no dignificada variedad de estupidez había reemplazado el gran torpor de la antigua nobleza, y que eso era todo. Bladesover, pienso, había visto exactamente el mismo cambio entre los setenta y el nuevo siglo que había alcanzado al querido y viejo *Times* y el cielo sabe cuánto más del decoroso entretejido británico. Aquellos Lichtenstein y sus semejantes no parecen poseer en ellos ninguna promesa de una fresca vitalidad para el reino. No creo en su inteligencia ni en su poder…, no hay en ellos nada nuevo en absoluto, nada creativo ni rejuvenecedor, nada excepto un desordenado instinto de adquisición; y su proliferación y la de los de su clase no es más que una fase en el amplio y lento desmoronarse del gran organismo social de Inglaterra. No hubieran podido construir Bladesover, no pueden reemplazarlo; lo único que pueden hacer es caer sobre él… saprofíticamente.

Bien, esa fue mi última impresión de Bladesover.

III

El aprendizaje en Wimblehurst

1

Por lo que ahora puedo recordar, excepto por aquella fase emocional junto a la tumba, pasé por todas esas experiencias de una forma más bien insensible. Con la facilidad de la juventud, cambié mi mundo, dejé de pensar en la vieja rutina escolar, y puse Bladesover a un lado para digerirlo en otro momento. Penetré en mi nuevo mundo de Wimblehurst con la farmacia como centro, me dediqué al latín y a la materia médica, y me concentré en el presente con todo mi corazón. Wimblehurst es una ciudad de Sussex excepcionalmente tranquila y gris, rara entre las ciudades del sur de Londres por estar construida en su mayor parte de piedra. Hallé algo muy agradable y pintoresco en sus limpias calles de adoquines, sus extraños giros y bruscas esquinas, y en el agradable parque que llena uno de los lados de la ciudad. Todo el lugar se encuentra bajo el dominio de los Eastry, y era la influencia y la dignidad de los Eastry lo que mantuvo su estación del ferrocarril a tres kilómetros de distancia del pueblo. La Casa Eastry se halla tan cerca que domina todo el conjunto; uno cruza la plaza del mercado (con su viejo recinto y puestos), pasa junto a la gran iglesia pre-Reforma, un espléndido cascarón gris, como un cráneo vacío del que haya huido la vida, e inmediatamente ahí están las enormes puertas de hierro forjado, y uno atisba a través de ellas y ve la fachada de aquel lugar, muy blanca y amplia y espléndida, al fondo de una larga avenida de tejos. Eastry era mucho más grande que Bladesover, y un ejemplo completamente distinto del sistema del siglo XVIII. Regía no dos pueblos sino un municipio con representación

parlamentaria, que había enviado a sus hijos y primos al Parlamento casi como un asunto de derecho durante tanto tiempo como se lo permitió su privilegio. Todos estaban dentro del sistema, todos… excepto mi tío. Él permanecía fuera y se quejaba.

Mi tío fue la primera auténtica brecha que encontré en el gran frente de Bladesover que el mundo me había presentado, puesto que Chatham no era una brecha, sino una confirmación. Pero mi tío no sentía ningún respeto ni hacia Bladesover ni hacia Eastry…, ninguno en absoluto. No creía en ellos. Estaba ciego incluso a lo que eran. Pronunciaba extrañas frases al respecto, desplegaba y agitaba nuevas e increíbles ideas.

—Este lugar —decía mi tío, examinándolo desde la puerta abierta de su tienda a la dignificada inmovilidad de una tarde de verano— ¡desea ser Despertado!

Yo estaba revisando y clasificando específicos en un rincón.

—Me gustaría ver a una docena de americanos jóvenes perdiéndose en él —dijo mi tío—. Entonces veríamos.

Hice una señal en la lista al lado del Jarabe para Dormir de la madre Shipton. Se nos habían agotado las existencias.

—Tienen que estar ocurriendo cosas en algún lugar, George —estalló con una nota alta y quejumbrosa mientras volvía a entrar en la pequeña tienda. Trasteó con la pila de cajas vacías de pastillas de jabón de olor y perfumes y cosas así que adornaban un extremo del mostrador, luego se dio la vuelta malhumorado, hundió profundamente las manos en sus bolsillos, y volvió a sacar una para rascarse la cabeza—. Tengo que hacer algo —dijo —. No puedo seguir soportando esto.

»Tengo que intentar algo. Y ponerlo en marcha… Sé que puedo.

»O escribir una comedia. Hay mucho dinero en una comedia, George. ¿Qué te parecería si escribiera una comedia, eh…? Hay muchos tipos de cosas que pueden hacerse.

»O dedicarme al mercado de valores.

Cayó en aquel meditativo silbar tan propio de él.

—¡Por el vino sa-cra-men-tal! —juró—. ¡Esto no está en el mundo… No es más que Sebo de Carnero Frío! ¡Eso es lo que es Wimblehurst! ¡Sebo de Carnero Frío! ¡Muerto y rígido! Y yo estoy enterrado en él hasta los

sobacos. ¡Nunca ocurre nada, nadie quiere que ocurra nada excepto yo! Ahí arriba, en Londres, George, ocurren cosas. ¡América! Por los cielos, George, desearía haber nacido en América… donde las cosas zumban.

»¿Qué puede hacer uno aquí? ¿Cómo puede crecer? Mientras estamos aquí durmiendo, con nuestro Capital rezumando de nuestros bolsillos a los bolsillos de Lord Eastry en forma de alquileres, los hombres están ahí arriba… —Señaló hacia Londres como algo remotamente por encima del mostrador, y luego como una escena de gran actividad con un agitar de su mano y un guiño y una sonrisa significativa dirigida a mí.

—¿Qué tipo de cosas hacen? —pregunté.

—Corren por todas partes —dijo—. ¡Hacen cosas! Algo glorioso. Juegan a la bolsa. ¿Has oído hablar alguna vez de eso, George? —Dejó escapar el aire por entre sus dientes—. Depositas un centenar, digamos, y compras por valor de diez mil libras. ¿Entiendes? Eso es cubrir un uno por ciento. Las cosas suben, vendes, y obtienes un beneficio del ciento por ciento; pagas el resto, puf, ya está hecho. ¡Inténtalo de nuevo! Un ciento por ciento, George, cada día. Los hombres se hacen y se deshacen en una hora. ¡Y las voces! Zzzz… Bien, esa es una forma, George. Luego otra forma… ¡es el acaparamiento!

—Pero eso son cosas más bien grandes, ¿no? —aventuré.

—Oh, si te lanzas al trigo o al acero… sí. Pero suponte que te dedicas a algo más pequeño, George. Algo lo suficientemente pequeño que exija tan solo unos cuantos miles. Medicamentos, por ejemplo. Inviertes en uno de ellos todo lo que tienes…, hasta los hígados, por decirlo así. Tomemos un fármaco…, tomemos la ipecacuana, por ejemplo. Compra un lote de ipecacuana. ¡Compra toda la que haya! ¿Entiendes? ¡Ya lo tienes! No hay reservas ilimitadas de ipecacuana, ¡no puede haberlas!, y es algo que la gente necesita. ¡Luego la quinina! Aguardas tu oportunidad, esperas a que se desate una guerra tropical, digamos, y acaparas toda la quinina. ¿Qué hacen ellos? Necesitan la quinina, ya lo sabes, ¿no? Zzzz.

»¡Señor!, hay un sinnúmero de cosas, un sinnúmero de pequeñas cosas. Agua de eneldo…, todos los dolientes bebés pidiéndola a gritos. Luego el eucalipto, cáscara sagrada, agua de hamamelis, mentol, todas las cosas para el dolor de muelas. Luego están los antisépticos, y el curare, la cocaína…

—Eso representará un problema para los doctores —reflexioné.

—Ellos siempre han mirado por sí mismos. Por Dios, sí. Ellos te lo harían a ti si pudieran, y tú a ellos. Como bandidos. Eso es lo que lo hace romántico. Eso es el Romanticismo del Comercio, George. ¡Ahí estás en la montaña! Piensa en acumular toda la quinina en el mundo, y en la panzuda esposa de algún millonario poniéndose enferma de malaria, ¿eh? Eso sería un buen golpe, George, ¿eh? El millonario con su coche fuera, ofreciéndote cualquier precio que le pidas. Eso despertaría a Wimblehurst… ¡Señor! No tienes ni idea de lo que sería. Ni idea. Zzzz.

Se hundió en un arrobado sueño, del que escapaban algunos fragmentos de tanto en tanto:

—Cincuenta por ciento. Adelante, señor; seguridad… mañana. Zzzz.

La idea de acaparar un fármaco se me presentó entonces en la mente como una especie de diablura irresponsable que a nadie se le permitiría nunca llevar a cabo en la realidad. Era el tipo de tontería que uno le contaría a Ewart para hacerle reír y lanzarle a buscar aún más estrafalarias posibilidades. Pensé que formaba parte del modo de hablar de mi tío. Pero luego he aprendido a cambiar de opinión. Toda la tendencia actual de hacer dinero es prever algo que dentro de poco va a ser necesario y situarlo fuera del alcance, y luego regatear su venta y hacerte rico con ello. Compras un terreno en el cual la gente desea edificar casas, te aseguras unos derechos que te reportarán unos importantes beneficios, y así sucesivamente. Por supuesto, la ingenua inteligencia de un muchacho no capta las más sutiles tendencias de la ineficacia humana. Inicia su vida con una disposición a creer en la sabiduría de la gente mayor, no se da cuenta de lo casual y poco ingenioso que ha sido el desarrollo de las leyes y las costumbres, y piensa que algo en el Estado representa un poder tan irresistible como la cabeza del maestro para detectar las empresas dañinas y estúpidas de toda clase. Confesaré que cuando mi tío habló de acaparar quinina, tuve una clara impresión de que cualquiera que pretendiera hacer eso no tardaría mucho en ir a parar a la cárcel. ¡Ahora sé que cualquiera que pueda realmente llevar a cabo una empresa así lo más probable es que termine sus días en la Cámara de los Lores!

Mi tío se entretuvo un rato trasteando con las etiquetas doradas de sus botellas y cajas, soñando en acaparamientos acerca de esto y aquello. Pero finalmente volvió otra vez a Wimblehurst.

—Uno tendría que estar en Londres cuando hay tantas cosas como estas a mano. ¡Aquí abajo…!

Se detuvo de pronto.

—¡Jerusalén! —exclamó—. ¿Por qué me he enterrado aquí? Todo está hecho. El juego ha terminado. Aquí está lord Eastry, y él es quien lo recibe todo, excepto lo que le chupan sus abogados, y antes de conseguir ningún cambio aquí tendrás que dinamitarlo a él… y a ellos. Él no desea que ocurra nada más. ¿Por qué debería desearlo? Cualquier cambio será una pérdida para él. Desea que todo siga hirviendo e hirviendo y funcione como ha funcionado hasta ahora durante los próximos diez mil años. Eastry tras Eastry, un párroco yéndose y otro viniendo, un tendero muriendo y otro reemplazándolo. Cualquiera que tenga alguna idea lo mejor que puede hacer es marcharse. ¡Se han marchado! ¡Mira a toda esa bendita gente en este lugar! ¡Míralos! Todos profundamente dormidos, haciendo sus cosas por puro hábito…, en una especie de sueño. Unos hombres disecados podrían hacerlo tan bien como ellos…, casi. Todos han sido cuidadosamente embutidos en su lugar. Ellos tampoco desean que ocurra nada. Están bien como están. ¡Y así van las cosas! Me pregunto: ¿para qué siguen vivos…?

»¿Por qué no tienen también un farmacéutico de relojería?

Terminó como a menudo terminaba esas reflexiones:

—Tengo que inventar algo, eso es lo que tengo que hacer. Zzzz. Algo útil. Algo que la gente desee, que dé el golpe… ¿No puedes pensar, George, en algo que todo el mundo desee y aún no haya conseguido? Quiero decir algo que puedas vender al detalle a un precio tan modesto como un chelín, por ejemplo. Bien, piensa en ello cuando no tengas nada mejor que hacer, ¿quieres?

2

Así es como recuerdo a mi tío en esa primera fase, joven, pero ya un poco gordo, incansable, nervioso, parlanchín, poniendo en mi cabeza en plena fermentación todo tipo de ideas discrepantes. Evidentemente, todo aquello era educativo…

Para mí, los años en Wimblehurst fueron años de un crecimiento muy activo. La mayor parte de mi tiempo libre, y mucha parte de mi tiempo en la tienda, lo pasaba estudiando. Dominé rápidamente la dosis de latín que necesitaba para mis exámenes de calificación y —ayudado un poco por las clases del Departamento de Artes y Ciencias del Gobierno que eran impartidas en la Escuela de Segunda Enseñanza— me las apañé con las matemáticas. Había clases de física, de química, de matemáticas y de diseño industrial, y me lancé a todos esos temas con una considerable avidez. Mi ejercicio consistía casi todo en largas caminatas. Había un poco de cricket durante el verano y fútbol durante el invierno, organizados por los clubes de jóvenes que imponían una especie de chantaje parasitario a la gente mayor y a los miembros oficiales, pero nunca fui muy bueno en esos juegos. No encontré ningún amigo íntimo entre los jóvenes de Wimblehurst. Me parecían, tras mis compañeros *cockney* de escuela, tan toscos y lentos, serviles y furtivos, rencorosos y vulgares. Nosotros acostumbrábamos a fanfarronear, pero esos conciudadanos arrastraban los pies y odiaban a sus iguales que no lo hacían; nosotros hablábamos en voz demasiado alta, pero solamente podías enterarte de los auténticos pensamientos de Wimblehurst en tonos muy bajos y ocultándote detrás de la mano. E incluso así no había gran cosa que pudiera calificarse de pensamientos.

No, no me gustaban esos jóvenes conciudadanos, y no creo en la teoría de que el lado campesino de Inglaterra bajo el sistema de Bladesover sea un lugar donde los hombres honorables puedan desarrollarse. Uno oye una

terrible cantidad de tonterías acerca del éxodo rural y la degeneración forjada por la vida urbana sobre nuestra población. A mi modo de ver, el habitante de las ciudades inglesas, incluso el de los barrios bajos, es infinitamente mejor espiritualmente, más valeroso, más imaginativo y limpio, que su primo agrícola. Los he visto a ambos cuando creían que no estaban siendo observados, y lo sé. Había algo acerca de mis compañeros en Wimblehurst que me disgustaba. Es difícil de definir. Los cielos saben que en ese internado *cockney* en Goudhurst éramos más bien groseros, frente a los jóvenes de Wimblehurst que no tenían ni las palabras ni el valor necesarios para el tipo de cosas que acostumbrábamos a hacer allí… con nuestro mal lenguaje, por ejemplo. Por otra parte, cabe decir que desplegaban una especie de perezosa pero auténtica lujuria —sí, lujuria es la palabra—, una auténtica bajeza de actitud. Hicieran lo que hiciesen los urbanos exiliados en Goudhurst, tenía un cierto toque de una imaginación romántica, por grosera que fuese. Habíamos leído *Muchachos de Inglaterra*, y nos habíamos contado otras historias. En el campo inglés no hay libros, no hay canciones, ni hay dramas, ni siquiera hay pecados atrevidos; todas estas cosas no han llegado nunca o fueron retiradas y escondidas hace generaciones, y la imaginación resulta abortada y bestializada. Aquí, creo, es donde reside la auténtica diferencia con el hombre rural inglés. Debido a que sé esto no comparto las quejas comunes acerca de que nuestro campo se está viendo despoblado, de que nuestra población está lanzándose al horno de las ciudades. Allí se mueren de hambre, sufren, es cierto, pero salen endurecidos, salen con sus almas…

Por las tardes, la flor y la nata de Wimblehurst, con el rostro resplandeciente tras un enérgico lavado y vestida con sus mejores galas, un chaleco de vivos colores o una llamativa corbata, se dirigía a la sala de billar de las dependencias de Eastry o al bar de algunos de los pequeños pubes donde podía echarse alguna que otra cabezada. Uno pronto se cansaba de aquello, de observar la torpe inteligencia y los muertos ojos de aquella gente, su idea de lo que era una «buena historia», siempre, siempre contada en voz baja, pobres tipos, sus astutas y elaboradas maniobras para conseguir alguna ventaja insignificante, una invitación a una copa o algo parecido. Mientras escribo aparece ante mis ojos el joven Hopley Dodd, el

hijo del subastador de Wimblehurst, el orgullo de Wimblehurst, su más fina flor, con su chaquetilla de pelo y su gruesa pipa, sus pantalones de montar —no tenía caballo— y sus polainas, sentado como acostumbraba a hacerlo, inclinado hacia delante y observando la mesa de billar por debajo del ala de su sombrero artificiosamente inclinado. Media docena de frases constituían su conversación: «¡Dale fuerte!», acostumbraba a decir, y: «Buen tiro», en un tono más bajo. Además, tenía un largo y suave silbido que era considerado como la crema de sus comentarios apreciativos. Noche tras noche estaba allí…

También, ¿saben?, no comprendía que yo pudiera jugar al billar, y consideraba cada una de mis carambolas como una chiripa. Para ser principiante, yo creía que tampoco jugaba tan mal. Ahora no estoy tan seguro; esa era mi opinión por aquel entonces. Pero el escepticismo del joven Dodd y el «buen tiro» que decía de tanto en tanto me curaron finalmente de mi disposición a acudir a las dependencias de Eastry, de modo que esas expresiones tenían un cierto valor en mi mundo.

No hice amigos entre los jóvenes del lugar, y aunque estaba entrando en la adolescencia no tengo tampoco ningún asunto amoroso que contar aquí. Eso no quiere decir que no despertara a ese aspecto de la vida a medida que me acercaba a los veinte años. Por supuesto, trabé conocimiento de varias formas ligeramente informales con algunas chicas de Wimblehurst; hablé bastante, aunque a un nivel más bien tímido, con una pequeña aprendiza de modista, y con una de las estudiantes para maestras de la Escuela Nacional fui un poco más allá y «se habló mucho» de ella en relación conmigo; pero no me sentí de ningún modo prendido por ninguna pasión hacia aquellas jóvenes; el amor… el amor seguía llegando hasta mí tan solo a través de los sueños. Solamente besé a esas chicas una o dos veces. No alimentaban sino que más bien desconcertaban aquellos sueños. Evidentemente, no poseían ese «no sé qué». Voy a tener que hablar mucho acerca del amor en esta historia, pero quiero anticipar ya al lector que mi papel en ella es el de un amante más bien ineficaz. Conozco muy bien el deseo; de hecho, demasiado bien; pero en el amor siempre he sido tirando a tímido. En todas mis primeras experiencias en la guerra de los sexos, me vi desgarrado entre las urgencias del cuerpo y la costumbre de la fantasía romántica que

deseaba que cada fase de la aventura fuera generosa y bella. Y tenía un recuerdo curiosamente vívido de Beatrice, de sus besos entre los helechos y de su beso sobre el muro, que de alguna forma ponían el estándar del amor demasiado alto para las oportunidades que me ofrecía Wimblehurst. No negaré que de una forma adolescente intenté una tímida y ruda aventura amorosa o dos en Wimblehurst; pero debido a esas varias influencias, no logré que las cosas fueran demasiado lejos en ninguna ocasión. No dejé tras de mí recuerdos devastadores, ninguna espléndida reputación. Finalmente me marché, aún inexperto y un poco frustrado, con tan solo el interés y el deseo naturales de mi edad hacia las cosas sexuales.

Si me enamoré de alguien en Wimblehurst fue de mi tía. Me trató con una amabilidad que era tan solo a medias maternal… Cuidaba de mis libros, se ocupaba de mis certificados, me hacía reír de una forma que agitaba hacia ella mi corazón. Casi inconscientemente fui sintiéndome atraído por ella…

Mis años adolescentes en Wimblehurst fueron en su conjunto unos años laboriosos, sin acontecimientos dignos de mención, que empezaron con pantalón corto y me dejaron en varios aspectos convertido casi en un hombre, años tan poco ricos en acontecimientos que el cálculo de variaciones está asociado con un invierno, y un examen de física para una matrícula de honor en el Departamento de Artes y Ciencias marca una época. Muchos impulsos divergentes se agitaban dentro de mí, pero el impulso principal era una grave disposición juvenil a trabajar y aprender, que marcaba un camino aún no muy claramente definido que me permitiría salir del mundo de Wimblehurst en el cual había caído. Escribía con una cierta frecuencia a Ewart, de una forma un tanto cohibida, pero, tal como las recuerdo, no eran unas cartas completamente vulgares, sino fechadas en latín y con citas latinas que despertaban las parodias de Ewart. Por aquel entonces yo era más bien un poco pedante. Pero se trataba, debo hacerme justicia a mí mismo, de algo más que del insignificante orgullo de aprender. Tenía un profundo sentido de la disciplina y de la preparación que no me avergüenza en absoluto recordar. Era serio. Más serio de lo que soy ahora. Más serio, de hecho, de lo que ningún adulto parece ser. Por aquel entonces era capaz de esfuerzos, de actos de nobleza, que ahora están más allá de mis

capacidades. No veo por qué, a los cuarenta años, no debería confesar que respeto mi propia juventud. Dejé de ser un muchacho casi bruscamente. Pensé que iba a penetrar en un mundo mucho más grande e importante y hacer cosas significativas allí. Pensé que estaba destinado a hacer algo definido en un mundo que tenía un propósito definido. Por aquel entonces no comprendía, como lo comprendo ahora, que la vida iba a consistir principalmente en que el mundo me hiciera cosas a mí. La gente joven nunca parece comprender ese aspecto de las cosas. Y, como he dicho, entre mis influencias educativas, mi tío, siempre sin sospecharlo, ejerció un papel importante, y quizá entre otras cosas influenció en mi descontento hacia Wimblehurst, mi deseo de marcharme de aquella limpia y pintoresca vaciedad, una forma y una expresión que me ayudó a enfatizarla. En un cierto sentido, esa definición me hizo paciente.

—Tengo que ir a Londres —me dije, haciéndole eco.

Lo recuerdo ahora hablando, siempre hablando, por aquellos días. Me hablaba de teología, me hablaba de política, de las maravillas de la ciencia y de las maravillas del arte, de las pasiones y de los afectos, de la inmortalidad del alma y de las peculiares acciones de los fármacos; pero por encima de todo y sin descanso me hablaba de seguir adelante, de empresas, de inventos y grandes fortunas, de los Rothschild, de los reyes de la plata, de los Vanderbilt, de los Gould, de flotaciones, de realizaciones y de los maravillosos caminos a través de los cuales el Azar recompensa al hombre, es decir, en todos los sitios que no se hallan absolutamente hundidos al nivel del Sebo de Carnero Frío.

Cuando pienso en esas primeras charlas, siempre lo imagino en una de sus tres posturas. O bien estamos en el pequeño reservado de las preparaciones tras una alta mampara, él pulverizando algo en un mortero quizá, y yo envolviendo pastillas en largos cilindros de papel que corto con una especie de cuchillo aflautado de ancha hoja; o él de pie mirando hacia afuera por la puerta de la tienda, reclinado contra la caja del escaparate llena de esponjas y pulverizadores, mientras yo lo contemplo desde detrás del mostrador; o él inclinado hacia los pequeños cajones de detrás del mostrador, y yo sacando el polvo en la parte de delante. El pensamiento de esos primeros días trae a mi olfato el débil olor perfumado que había

siempre en el aire, veteado ora con rastros de ese medicamento y ora de ese otro, y a mis ojos las hileras de estériles botellas de cristal con etiquetas doradas, reflejadas en el espejo, que se alineaban detrás de él. Mi tía, recuerdo, acostumbraba a venir a veces a la tienda en un estado de agresiva animosidad, una especie de irritada expedición conyugal, y lanzaba grandes carcajadas ante las abreviaturas latinas de las doradas inscripciones.

—*Ol Amjig*, George —leía en tono burlón—. ¡Y pretende que es aceite de almendras! ¡Tonterías! Y eso es mostaza… ¿Lo has visto alguna vez, George?

»Mírale, George, con aspecto digno. Es como para ponerle una vieja etiqueta rodeándole la barriga como a esos frascos, con la indicación *Ol Pondo* en ella. Es la palabra latina para Impostor, George…, tiene que serlo. Luciría precioso con un tapón.

—Tú necesitas un tapón —decía mi tío, adelantando el rostro.

Mi tía, esa querida alma, era por aquel entonces muy delgada y esbelta, con una delicada tez rosada y una propensión a las bromas matrimoniales, a una especie de burla suave. Había el plateado fantasma de un ceceo en su habla. Era una gran humorista, y cuando las inhibiciones de mi presencia en las comidas desaparecieron, fui siendo cada vez más consciente de una tenue pero extensa red de tonterías que había ido tejiendo poco a poco en torno a sus relaciones domésticas hasta que se habían convertido en la realidad de su vida. Afectaba una actitud irónica hacia el mundo en general, y aplicaba el epíteto «viejo» a más cosas de las que nunca haya oído relacionadas con él, antes o después.

—Aquí está el viejo periódico —solía decirle a mi tío—. ¡Ahora no vayas a meterlo en la mantequilla, tonta y vieja sardina!

—¿A qué día estamos de la semana, Susan? —preguntaba mi tío.

—Es un viejo lunes, mi Bocadito de Gachas —decía ella, y añadía—: Aún tengo que hacer toda mi vieja colada. ¡No sé cómo voy a sacármela de encima!

Había sido evidentemente el espíritu y la alegría de un amplio círculo de compañeros de estudios, y su estilo se había convertido en una segunda naturaleza para ella. Me hacía sentir muy alegre en aquel reposado lugar. Incluso su modo de caminar tenía una especie de ¡hola!, en él. Su principal

preocupación en la vida era, creo, hacer reír a mi tío, y cuando con algún nuevo apodo, alguna nueva extravagancia o absurdo, conseguía este fin, se sentía, detrás de su máscara de sobria sorpresa, la mujer más feliz de la tierra. La risa de mi tío, cuando se producía, debo admitir que era, como dice Baedeker, «recompensante». Empezaba con impetuosos estallidos y jadeos, y se abría a un claro «¡Ja ja!», dejándose caer en la cúspide de su desarrollo, en aquellos días jóvenes, sobre cualquier cosa y se doblaba sobre sí mismo, y agitaba fuertemente el estómago, y lágrimas, y gemidos de angustia. Nunca en la vida he oído a mi tío reír al máximo, excepto delante de ella, normalmente era demasiado serio como para eso, y tampoco reía en exceso en general, por lo que supe, tras aquellos primeros años. También muy a menudo le tiraba cosas, en su resolución de mantener las cosas vivas allí pese a Wimblehurst; esponjas fuera de circulación, almohadones, pelotas de papel, trapos de la limpieza, trozos de pan; y en una ocasión, arriba en el patio, cuando creían que yo y el chico de los recados y la menuda doncella para todo estábamos fuera, destrozó una caja llena de botellas de cuarto de litro que yo había dejado para que se vaciaran mientras asaltaba a mi tío con una nueva escoba de cerdas suaves. Algunas veces me lanzaba también cosas a mí…, pero no muy a menudo. Siempre parecía haber risas en torno y con relación a ella —los tres nos poníamos como histéricos a veces—, y en una ocasión ellos dos volvieron a casa de la iglesia avergonzados de sí mismos, debido a una tormenta de hilaridad que les asaltó durante el sermón. El vicario, al parecer, había intentado sonarse la nariz con un guante negro en vez de con su acostumbrado pañuelo. Y después ella había tomado su propio guante entre sus dedos, y con expresión inocente pero mirando de reojo, había hecho estallar otra vez a mi tío en incontrolables risas. Las risas ocuparon de nuevo toda la cena.

—Pero esto te demuestra —exclamó mi tío, poniéndose de pronto grave — lo que es Wimblehurst, tenernos a todos nosotros riéndonos de algo tan insignificante como eso. Nosotros no éramos los únicos que nos echamos a reír, ¡en absoluto! ¡Y, Señor, fue divertido!

Socialmente, mi tío y mi tía estaban casi completamente aislados. En lugares como Wimblehurst las esposas de los comerciantes siempre se hallan socialmente aisladas, todas ellas, a menos que tengan una hermana o

una amiga íntima entre las otras esposas, aunque los maridos se reunían en distintos bares o en la sala de billar de las dependencias de Eastry. Pero mi tío, casi siempre, pasaba las veladas en casa. Cuando llegó a Wimblehurst creo que difundió su paquete de abundantes ideas y empresas de una forma más bien agresiva; y Wimblehurst, tras un sometimiento temporal, se había rebelado y hecho todo lo posible por pararle los pies. Su aparición en cualquier lugar público provocaba que todas las conversaciones se interrumpieran en aquel momento.

—¿Viene a contarnos cosas acerca de todo, mr. Ponderevo? —decía siempre alguien, educadamente.

—Veremos —acostumbraba a responder mi tío, desconcertado, y permanecía mustio durante todo el resto de su visita.

O alguien, con un desmesurado aire de inocencia, observaba para todo el mundo en general:

—Están hablando de reconstruir Wimblehurst de nuevo, de arriba a abajo, me han dicho. ¿Alguien ha oído algo al respecto? Quieren hacer de él un lugar elegante y emprendedor…, una especie de Crystal Palace.

—Tendréis terremotos y pestilencias antes de que consigáis eso —murmuraba mi tío, con infinito deleite de todos, y añadía algo inaudible acerca del «Sebo de Carnero Frío»…

3

El desastre cayó sobre nosotros a causa de un accidente financiero de mi tío del que al principio no capté todo su alcance. Había iniciado lo que yo consideraba como un juego intelectual inocente al que él llamaba meteorología del mercado bursátil. Creo que sacó la idea de la utilización de las curvas en la representación gráfica de variaciones asociadas que me vio trazar. Tomó algunas hojas de mi papel cuadriculado y, tras estudiar durante un tiempo el asunto, decidió trazar las subidas y bajadas de algunas minas y ferrocarriles.

—Hay algo en esto, George —dijo, y yo ni siquiera soñé que entre otras cosas que había allí estuviera todo el dinero de sus ahorros y la mayor parte de lo que mi madre le había dejado en custodia para mí—. No puede estar más claro. ¡Mira, aquí hay un sistema de curvas, y ahí otro! Esos son los precios de la Union Pacific, extendidos a lo largo de un mes. Ahora, la próxima semana, observa bien mis palabras, bajarán todo un punto. Estamos acercándonos de nuevo a la parte más empinada de la curva. ¿Ves? Esto es absolutamente científico. Es verificable. ¡Bien, y aplicable! Compras en el hueco inferior y vendes en la cresta, y… ¡Ya lo tienes!

Yo estaba tan convencido de la trivialidad de su diversión que descubrir al fin que se lo había tomado absolutamente en serio, y de la forma más desastrosa, me abrumó.

Me llevó a dar un largo paseo para decírmelo, por las colinas en dirección a Yare y a través de los terrenos comunales junto a Hazelbrow.

—Hay altos y bajos en la vida, George —dijo, a medio camino del gran espacio abierto plantado de aulaga, e hizo una pausa mirando al cielo—. Olvidé un factor en el análisis de la Union Pacific.

—¿Quiere decir que lo hizo? —dije, impresionado por el repentino cambio en su voz—. ¿Pero acaso eso…?

Me detuve y me volví hacia él en el estrecho sendero pedregoso, y él se detuvo también.

—Lo hice, George. Sí, lo hice. ¡Me ha hundido! Aquí y ahora, estoy en bancarrota.

—¿Entonces…?

—La tienda está hundida también. Voy a tener que salirme de alguna forma de esto.

—¿Y yo?

—¡Oh, tú! Tú estás bien. Puedes transferir tu aprendizaje y…, esto…, bien, no soy el tipo de hombre que se despreocupe de los fondos que le son confiados, puedes estar seguro. Tuve esto muy en cuenta. Ha quedado todavía algo, George, ¡créeme!, una pequeña suma bastante decente.

—Pero ¿y usted y la tía?

—Esta no es en absoluto la forma en que pensábamos irnos de Wimblehurst, George; pero tendremos que irnos. Todo será vendido; todas las cosas exhibidas y etiquetadas… en lotes, por una pequeña parte de su valor. ¡Uf…! Era una hermosa casita, en muchos aspectos. La primera que tuvimos. Amueblarla fue divertido… Fuimos muy felices en ella… —Su rostro se frunció ante algún recuerdo—. ¡Vámonos, George! —dijo secamente, y noté que reprimía un sollozo.

Se volvió de espaldas a mí, y no se dio la vuelta de nuevo durante un largo rato.

—Así es como están las cosas, ¿entiendes, George? —le oí decir al cabo.

Cuando estuvimos de vuelta en la carretera nos colocamos uno al lado del otro, y durante un rato caminamos en silencio.

—No digas nada en casa todavía —dijo al fin—. Cosas de la Guerra. Me encargaré a su debido tiempo de decírselo a Susan, de otro modo ella va a sentirse muy deprimida. Aunque no creas, puedes estar seguro de que lo resistirá: es una mujer de hierro.

—De acuerdo —dije—. Iré con cuidado. —Y me pareció que en aquel momento resultaría demasiado egoísta molestarle preguntándole más detalles acerca de sus responsabilidades como depositario de mi dinero. Lanzó un pequeño suspiro de alivio ante mi asentimiento, y al cabo de poco

estaba hablando casi alegremente de sus planes… Pero había, recuerdo, una nota de melancolía que iba y venía bruscamente.

—¡Esos otros! —dijo, como si pensara que, por primera vez en la vida, lo habían timado.

—¿Qué otros? —pregunté.

—¡Malditos sean! —dijo.

—¿Pero qué otros?

—Todos esos malditos comerciantes que se arrastran por el fango y mueren lentamente aquí: Ruck el carnicero, Marbel el de la tienda de comestibles. ¡Snape! ¡Gord! ¡George, cómo van a reírse…!

Pensé en todo aquello durante las siguientes semanas, y recuerdo ahora con gran detalle el último paseo que dimos juntos antes de que entregara la tienda, y yo dentro, a su sucesor. Porque tuvo la buena suerte de vender su negocio «al completo», es decir, conmigo incluido dentro del lote. Los horrores de la venta de sus muebles en pública subasta también pudieron evitarse.

Recuerdo que poco antes de esa ocasión, Ruck, el carnicero, se detuvo ante su puerta y nos contempló con una sonrisa que dejó al descubierto sus largos dientes.

—¡Perro estúpido! —dijo mi tío—. ¡Hiena sonriente! —Y luego—: Hace un día muy agradable, mr. Ruck.

—¿Qué, listo para ir a buscar su fortuna en Londres? —dijo mr. Ruck con una lenta alegría.

Aquella última excursión nos llevó a lo largo de un camino empedrado hasta Beeching, y desde allí a través de subidas y bajadas y algún que otro rodeo hasta tan lejos como Steadhurst, mi hogar. Mi estado de ánimo, mientras nos dirigíamos hacia allá, era un entremezclado de sentimientos. Por aquel entonces había captado por completo el hecho de que mi tío, en palabras llanas, me había robado; los pequeños ahorros de mi madre, seiscientas libras y un poco más, que me hubieran permitido educarme y adentrarme en los negocios, habían sido tragados y desaparecido casi por completo en el inesperado hueco que hubiera tenido que ser una cresta en la curva de la Union Pacific, y de lo que quedaba aún no me había pasado ninguna cuenta. Yo era demasiado joven e inexperto como para insistir o

saber cómo plantearlo, pero el pensar en ello trazaba líneas de una rabia decididamente negra en aquel entrecruzado de sentimientos. Y, ¿saben?, al mismo tiempo sentía una profunda pena por él, casi tanta pena como la que sentía por mi tía Susan. Incluso en aquellas circunstancias sentía un profundo afecto hacia él. Sabía que era más débil que yo; su irresponsable, incurable infantilismo me resultaba tan claro como me lo resultó en su lecho de muerte, hasta el punto de perdonar y disculpar su torpeza imaginativa. A través de algún extraño retorcimiento de mi mente, estaba dispuesto a exonerarlo por completo, incluso a costa de culpar a mi pobre vieja madre que había dejado las cosas en sus inseguras manos.

Lo hubiese perdonado también, creo, si se hubiera disculpado de alguna forma conmigo; pero no lo hizo. Seguía tranquilizándome de una forma que consideré irritante. Sin embargo, la mayor parte de sus preocupaciones se dirigían hacia tía Susan y hacia él mismo.

—Son esas crisis, George —dijo— las que templan el carácter. Tu tía se lo ha tomado muy bien, muchacho.

Durante un rato se limitó a emitir ruidos meditativos.

—Ha llorado, por supuesto. —Aquello había resultado dolorosamente evidente para mí, en sus ojos y en su hinchado rostro—. ¿Quién no? Pero ahora… ¡Adelante de nuevo! Es una Corker.

»Lamentaremos tener que abandonar la casita, claro. Es un poco como Adán y Eva, ya sabes. ¡Señor! ¡Qué tipo era el viejo Milton!

Todo el mundo estaba ante ellos, donde elegir su lugar
para descansar, y la Providencia como su guía.

Eso suena, George… ¡la Providencia como su guía! Bien, ¡gracias a Dios no hay perspectivas de ningún Caín y Abel!

»Después de todo, no va a ser tan malo ahí arriba. No el escenario quizá, o el aire que respiremos ahí, sino… ¡la Vida! Hemos conseguido unas pequeñas habitaciones muy confortables, confortables teniendo en cuenta las circunstancias, y volveremos a subir. Aún no nos han vencido, no estamos hundidos; no pienses en eso, George. Pagaré veinte chelines por libra antes de que todo esto termine, fíjate bien en mis palabras, George,

veinticinco para ti. Tendré dominada la situación en veinticuatro horas… Tengo ofertas. Una de ellas es de una firma importante, una de las mejores de Londres. Lo he comprobado. Pero puedo obtener cuatro o cinco chelines, más a la semana…, en cualquier otro lugar. Puedo darte los nombres de las firmas. Pero les dije claramente a todos ellos: el trabajar a jornal está bien, pero lo mío son las oportunidades, el desarrollo. Todos nos comprendimos mutuamente.

Hinchó el pecho, y los redondos ojillos detrás de sus gafas se clavaron valientemente en imaginarios patronos.

Seguimos andando en silencio durante un rato mientras revisaba y adornaba aquellos encuentros. Luego cambió bruscamente sus reflexiones por cualquier frase banal.

—La batalla de la vida, George —dijo; y—: ¡Arriba y abajo!

Ignoró o despreció con un movimiento de la mano mis pobres intentos de averiguar mi propia situación.

—Todo está bien —me dijo; y—: Déjame eso a mí, yo me encargaré de todo.

Y derivó hacia la filosofía y la moral de la situación. ¿Qué podía yo hacer?

—Nunca expongas todos tus recursos a una sola posibilidad, George; esa es la lección que he sacado de todo esto. Mantén fuerzas en reserva. Se trataba de cien a uno, George, eso era cierto, cien a uno. Lo comprobé más tarde. Y aquí estamos, atrapados por la mala suerte. Si tan solo hubiera reservado algo, lo hubiese jugado a la U. P. al día siguiente, y hubiéramos subido como una flecha, y habríamos salido de esta. Pero así son las cosas.

Sus pensamientos tomaron un giro más grave.

—Cuando te das un golpe contra un Azar como este, George, es cuando sientes la necesidad de la religión. Tus duros y rápidos científicos, tus Spencer y Huxley, no comprenden eso. Yo sí. He pensado mucho en ello últimamente…, en la cama y de pie. Estaba pensando en ello esta mañana mientras me afeitaba. No es irreverente el que lo diga, espero, mas Dios aparece en la mala suerte, George. ¿Entiendes? No confíes demasiado en nada, bueno o malo. Eso es lo que he sacado de todo esto. Hubiera podido jurarlo. Bien, ¿tú crees que yo, por raro que sea, crees que yo hubiera

tocado esas Union Pacific con dinero que me había sido confiado, si no hubiera estado completamente seguro de que era una buena cosa… buena sin ninguna mancha o fallo? ¡Y era mala!

»Fue una lección para mí. Te lanzas a conseguir un cien a uno, y sales sin nada. Quiero decir que, según como lo mires, es un reproche al Orgullo. He pensado en eso, George… en las Noches en Vela. Lo pensaba esta mañana mientras me afeitaba: así es como llegan a veces las cosas buenas. En el fondo soy un místico en esos asuntos. Calculas que vas a hacer esto o aquello, pero en el fondo, ¿quién sabe qué está haciendo él? Cuando más piensas que estás haciendo cosas, ellas te lo están haciendo a ti, directamente sobre tu cabeza. Tú estás siendo hecho, en cierto sentido. Toma una jugada de cien a uno, o de uno a cien… ¿qué importa? Siempre eres Conducido.

Es extraño que en aquella ocasión oyera todo aquello con un absoluto desdén, y ahora que lo recuerdo… Bien, me pregunto a mí mismo: ¿qué he hecho yo que sea mejor?

—Me gustaría —dije, sintiéndome por un momento insultante— que usted fuera conducido a presentarme algunas cuentas de mi dinero, tío.

—No sin un trozo de papel donde reflejarlas, George. No puedo. Pero confía en mí al respecto, no tengas nunca miedo. Confía en mí.

Y al final tuve que hacerlo.

Creo que la bancarrota fue un duro golpe para mi tía. Hubo, por todo lo que puedo recordar ahora, un cese absoluto de todas aquellas alegres demostraciones de elasticidad…, no más travesuras en la tienda ni corretear por la casa. Pero no presencié ninguna pelea entre ellos, y tan solo pequeños indicios en su rostro de los accesos de llanto que sin duda debieron agitarla. No lloró al final, aunque para mí la forzada tensión de su rostro fue más patética que cualquier llanto.

—Bien —me dijo mientras cruzaba la tienda en dirección al coche que les esperaba—. Ya estamos en marcha. ¡En marcha hacia la Casa Número Dos! ¡Adiós! —Y me abrazó y me besó y me apretó muy fuerte contra ella. Luego se dirigió directamente al coche antes de que yo pudiera contestarle nada.

Mi tío la siguió, y tuve la impresión de que aparentaba demasiada valentía y confianza respecto a la realidad. Su rostro estaba desacostumbradamente pálido. Habló con su sucesor en el mostrador.

—¡Bien, nos vamos! —dijo—. Unos para abajo, los otros para arriba. Descubrirá usted que es un negocio tranquilo siempre que lleve usted con él una política tranquila…, un negocio agradable y tranquilo. ¿Hay alguna otra cosa? ¿No? Bien, si quiere usted saber algo escríbame. Le explicaré todo lo que necesite. Cualquier cosa…, negocio, lugar, gente. Encontrará usted que hay un exceso de Pil Antibil, por cierto. Ayer mientras las hacía estaba pensando en otras cosas, y estuve haciéndolas durante todo el día. ¡A miles! ¿Y dónde está George? ¡Ah, aquí estás! Te escribiré, George, detalladamente, acerca de todo el asunto. ¡Detalladamente!

Entonces, por primera vez, comprendí con claridad que estaba despidiéndome quizá para siempre de mi tía Susan. Salí a la calle y la vi en el coche con la cabeza inclinada hacia delante, sus ojos azules muy abiertos y su pequeño rostro intensamente clavado en la tienda que para ella había combinado todos los encantos de una gran casa de muñecas con los de un pequeño hogar completamente suyo.

—¡Adiós! —dijo, a la casa y a mí. Nuestros ojos se encontraron por un momento… indecisos. Mi tío salió apresuradamente y dio unas cuantas direcciones totalmente innecesarias al cochero, y se sentó al lado de ella.

—¿Todo listo? —preguntó el cochero.

—Todo listo —dije yo; y el hombre despertó al caballo con un chasquear de su látigo. Los ojos de mi tía se clavaron de nuevo en mí.

—Sigue con tu vieja ciencia y con tus viejas cosas, George, y escribe y cuéntamelo cuando te hagan profesor —dijo alegremente.

Me miró durante otro segundo con ojos cada vez más abiertos y brillantes y una sonrisa que se había quedado fija, contempló otra vez la alegre tiendecita que aún decía «Ponderevo», con todos los músculos de su rostro tensos, y luego se recostó precipitadamente en su asiento, ocultándose de mi vista en el interior del coche. Al cabo de poco el carruaje había desaparecido, y entonces descubrí a mr. Snape, el peluquero, contemplando su partida desde el interior de su tienda con una tranquila

satisfacción e intercambiando sonrisas y significativos movimientos de cabeza con mr. Marbel.

4

Como ya he dicho, yo formaba parte del «al completo» de la tienda, de modo que me quedé en Wimblehurst con mi nuevo amo, un tal mr. Mantell, que no juega ningún papel en el progreso de esta historia excepto por el hecho de que borró todas las huellas de mi tío. Tan pronto como la novedad de su nueva personalidad se desvaneció, empecé a encontrar Wimblehurst no solo un lugar triste sino también solitario, y a echar en falta inmensamente a tía Susan. Los anuncios de la oferta de verano del Jarabe para la Tos fueron retirados; las botellas de agua coloreada —rojas, verdes y amarillas— devueltas a sus lugares; el caballo que anunciaba medicinas veterinarias, que mi tío, silbando durante todo el rato, había coloreado siguiendo cuidadosamente un paisaje de Goodwood que le encantaba en particular, fue repintado de blanco; y yo me dediqué más resueltamente que nunca al latín (hasta que el pase de mi examen preliminar me permitió abandonarlo), y luego a las matemáticas y a la ciencia.

Se celebraron clases de electricidad y magnetismo en la Escuela de Segunda Enseñanza. Conseguí un pequeño premio «elemental» en aquel primer año, y una medalla en el tercero; y en química, y en fisiología humana, y en sonido, luz y calor, me las apañé bastante bien. Había también un tema más ligero y menos discursivo llamado fisiografía, en el cual uno recorría las ciencias y encontraba la geología como un proceso de evolución desde el Eozoon fósil hasta la Casa Eastry, y la astronomía como un registro de movimientos celestes de la más austera e invariable integridad. Aprendí a través de pequeños y mal escritos libros de texto condensados, y con el mínimo de experimentos, pero pese a todo aprendí. Hace tan solo treinta años de ello, y recuerdo que aprendí que la luz eléctrica era un juguete caro e impracticable, el teléfono una curiosidad, la tracción eléctrica un absurdo en la práctica. No existía el argón, ni el radio, ni los fagocitos… al menos

para mi conocimiento, y el aluminio era un metal apreciado y escaso. Los barcos más rápidos en el mundo iban por aquel entonces a una velocidad de diecinueve nudos, y nadie excepto algún lunático aquí y allá creía que el hombre pudiera llegar a volar algún día.

Muchas cosas han ocurrido desde entonces, pero la última mirada que le eché a Wimblehurst hace dos años no reflejó ningún cambio en su apacible tranquilidad. Ni siquiera habían construido ninguna casa nueva, al menos no dentro de la ciudad, aunque por los alrededores de la estación se habían levantado algunos edificios. Pero era un buen lugar para trabajar en él, por toda su inmovilidad. Pronto me hallé más allá de las pequeñas exigencias de los exámenes de la Sociedad Farmacéutica, y puesto que no permitían que se presentaran candidatos menores de veintiún años, me dediqué a llenar mi tiempo e impedir que mis estudios se hicieran demasiado inconexos con un intento de conseguir el título de Licenciado en Ciencias por la Universidad de Londres, lo cual me impresionaba como un logro espléndido pero casi imposible. La titulación en matemáticas y química me atraía como algo particularmente compatible, aunque también vertiginosamente inaccesible. Me puse a trabajar. Tuve que conseguir unas vacaciones e ir a Londres para matricularme, y así fue como me encontré de nuevo con mi tío y mi tía. Esta visita marcó de muchas formas una época. Fue mi primera impresión de Londres. Por aquel entonces yo tenía diecinueve años, y a través de una conspiración de casualidades mi más cercana aproximación a aquella jungla humana había sido mi breve visita a Chathan. Chathan, también, había sido mi ciudad más grande. De modo que llegué finalmente a Londres con una excepcional frescura y vigor, a la espera de la súbita revelación de otro lado de la vida del todo insospechado.

Llegué un triste y brumoso día en el ferrocarril del Sudeste, y nuestro tren llegó con media hora de retraso, parándose y poniéndose en marcha y parándose de nuevo. Observé más allá de Chislehurst la creciente multitud de villas, y así avancé estadio a estadio a través de la multiplicación de las casas y la disminución de los espacios entre ellas, de las plazas y jardines y prados de recia hierba, a las entrelazadas vías del ferrocarril, grandes fábricas, gasómetros y amplias y miasmáticas ciénagas de miserables casitas, muchas de ellas, y muchas más, y muchas más. El número de estas,

y su suciedad y pobreza, aumentaban, y aquí brotaba una gran taberna, y allí una escuela primaria, y allá una desmañada fábrica; y lejos al este pude ver durante un tiempo un extraño e incongruente bosque de mástiles y varas. La congestión de casas se intensificó y fue apilándose en edificios de apartamentos; me maravillé más y más de aquel interminable mundo de gente deslustrada; bocanadas de hedor industrial, de cuero, de cerveza fermentada, penetraban en el vagón, el cielo se oscurecía, el tren retumbó atronadoramente sobre puentes metálicos, cruzó calles atestadas de vehículos, miré hacia abajo mientras atravesábamos el Támesis con un brusco estallar de sonido. Tuve la impresión de altos almacenes, de agua gris, de atestadas barcazas, de amplias orillas de indescriptible lodo, y luego penetramos en la estación de Cannon Street: una monstruosa y sucia caverna con trenes alineados por todo lo ancho de su enorme suelo y más mozos alineados de pie en el andén de los que nunca antes hubiera visto en toda mi vida. Bajé con mi maleta y me dirigí a la salida, dándome cuenta por primera vez de lo pequeño y débil que me sentía ante todo aquello. En este mundo, pensé, una medalla honorífica en electricidad y magnetismo no contaba absolutamente para nada.

Más tarde, mientras descendía en un coche por el cañón de una abarrotada calle entre altos almacenes, alcé la vista asombrado hacia los ennegrecidos grises de Saint Paul's. El tráfico de Cheapside —por aquellos días en su mayor parte ómnibus tirados por caballos— parecía asombroso, su rugir era asombroso; me pregunté de dónde salía el dinero para dar empleo a tantos coches, qué industria podía soportar el interminable fluir de apresurados hombres con chisteras y levitas. Al doblar por una esquina descubrí el hotel Temperance que me había recomendado mr. Mantell. Tuve la impresión de que el portero de uniforme verde que tomó mi maleta me miraba con aire despectivo.

5

Matricularme me tomó cuatro días completos, y luego tuve toda una tarde libre, y busqué la Tottenham Court Road a través de una desconcertante red de diversas y atestadas calles. ¡Pero Londres era enorme! ¡Era interminable! Parecía como si todo el mundo hubiera cambiado a una sucesión continua de fachadas y vallas y calles. Cuando finalmente llegué, hice averiguaciones, y encontré a mi tío tras el mostrador de la farmacia que regentaba, un establecimiento que no daba la impresión de ser de alta categoría.

—¡Señor! —exclamó al verme—. ¡Estaba esperando a que ocurriera algo!

Me recibió calurosamente. Yo había crecido en estatura y él, pensé, había disminuido y se había redondeado un poco más, pero aparte esto no había cambiado nada. Me sorprendió observar que iba más bien mal arreglado, y la chistera que sacó de no sé donde y se puso cuando, tras misteriosas negociaciones en la parte de atrás, consiguió su libertad para acompañarme, había pasado ya su primera juventud; pero se mostraba tan alegre y confiado como siempre.

—¿Has venido a preguntarme acerca de todo aquello? —exclamó—. Aún no tengo puesto nada por escrito.

—¡Oh!, entre otras cosas —dije con una educación algo forzada, y aparté el tema del dinero de mi madre con un gesto de la mano, para preguntar por mi tía Susan.

—Vamos a buscarla —dijo rápidamente—. Iremos a algún sitio. No te tenemos en Londres todos los días.

—Es mi primera visita —dije—. Nunca antes había visto Londres.

Y esto le hizo preguntarme qué opinaba de la ciudad, y el resto de la charla fue Londres, Londres, con exclusión de cualquier otro tema menor.

Me llevó Hampstead Road arriba hasta la estatua de Cobden, se metió en algunas callejuelas laterales a la izquierda, y llegó al fin a una puerta de descascarillada pintura que abrió con su llave, tras la cual se sucedió una larga serie de puertas de descascarillada pintura con mirillas y tarjetones con el nombre de sus ocupantes. Penetramos en un deslustrado pasillo que no solo era estrecho y sucio, sino también un desierto desolador, y luego abrió otra puerta que reveló a mi tía sentada junto a la ventana con una pequeña máquina de coser apoyada sobre una mesita de bambú ante ella, y el «trabajo» —un coloreado traje de paseo, calculé, en un estadio aún primitivo de confección— esparcido por todo el resto del apartamento.

A la primera ojeada creí que mi tía estaba un poco más gruesa de lo que la recordaba, pero su tez era igual de fresca y sus ojos azul claro eran tan brillantes como en los viejos días.

Aún seguía «descarándose» con mi tío, y me alegró descubrirlo.

—¿Qué estás haciendo aquí, viejo Fisgón, a esta hora? —dijo cuando lo vio aparecer, tomándose como siempre las cosas por su lado humorístico. Luego, cuando me vio a mí detrás de él, dejó escapar un gritito y se puso en pie, radiante. Después volvió a adoptar una actitud grave.

Me sorprendieron mis propias emociones al verla. Me mantuvo apartado a la longitud de su brazo por un momento, una mano sobre cada hombro, y me examinó con una especie de alegre escrutinio. Pareció vacilar, y luego depositó un beso con la punta de sus labios en mi mejilla.

—Eres un hombre, George —dijo, mientras me soltaba, y siguió mirándome durante un rato.

Su casa era algo muy común en Londres. Ocupaban lo que puede denominarse el piso comedor de una pequeña casa, y disponían de una pequeña y poco práctica cocina en el sótano, que antiguamente había sido un fregadero. Las dos habitaciones, el dormitorio detrás y el salón delante, estaban separadas por unas puertas plegables que nunca se corrían del todo y, por supuesto, en presencia de un visitante, ni se tocaban. Naturalmente, no disponían de cuarto de baño ni nada que se le pareciera, y no había suministro de agua excepto en la cocina de abajo. Mi tía se encargaba de todo el trabajo doméstico, aunque hubiera podido permitirse pagar a alguien que le ayudara si la construcción del lugar no hiciera esto inconveniente

hasta el punto de la imposibilidad. No había disponible otro tipo de ayuda más que los sirvientes a todo estar, para quienes no había acomodo. Los muebles eran suyos; parte eran de segunda mano, pero en su conjunto me parecieron alegres, y la predilección de mi tía hacia la muselina de estampados vivos había encontrado allí un amplio campo de acción. Por muchos motivos hubiera debido pensar que se trataba de una casa extremadamente incómoda y angosta, pero en aquel momento la acepté, como estaba aceptándolo todo, como algo que estaba allí y entraba en la naturaleza de las cosas. No veía lo absurdo de que unas personas decentes y con solvencia tuvieran que vivir en una habitación que claramente no había sido ni diseñada ni adaptada para sus necesidades, tan desprovista de belleza y tan carente de lo más básico, y solo es ahora, mientras la describo de nuevo, cuando me descubro pensando en el absurdo fundamental de una comunidad inteligente viviendo en tales casas provisionales. Ahora me doy cuenta también de que la siguiente cosa que más me sorprendió fue el que llevaran ropas de segunda mano.

Entiéndanlo, se trataba de un crecimiento natural, parte de ese sistema del cual Bladesover, como ya he dicho, es la clave. Hay amplias regiones de Londres, miles de calles llenas de casas, que parece que fueron diseñadas originalmente como hogares de una próspera clase media del tipo victoriano primitivo. Debió de producirse una furia de construcción de tales edificios en los años treinta, cuarenta y cincuenta. Calle tras calle debieron de ir naciendo a la vida. Camden Town, Pentonville, Brompton, West Kensington, en la región de Victoria y por todos los demás suburbios menores del lado sur. Tengo la duda de si muchas de estas casas fueron utilizadas durante mucho tiempo como residencias de familias individuales, o si desde el principio casi todos sus inquilinos no efectuaron particiones y tomaron a su vez otros inquilinos en subarriendo. Fueron construidas con sótanos, destinados a que trabajaran y vivieran los sirvientes —sirvientes de una generación más sometida y troglodita a los que no les importaban las escaleras—, el comedor (con puertas plegables) se hallaba un poco por encima del nivel del suelo, y allí eran consumidos el caldo y el asado con patatas hervidas y luego el pastel como remate, y la numerosa familia leía y trabajaba por la noche, y encima se hallaba el salón (también con puertas

plegables) donde eran recibidas las poco frecuentes visitas. Esa era la visión que tenían esos emprendedores constructores de casas. Incluso mientras estaban siendo edificadas, los hilos del entramado del destino estaban entretejiéndose ya para abolir el tipo de inquilinos que hubieran encajado en ellas. Se estaban desarrollando medios de transporte para llevar a las familias moderadamente prósperas de clase media fuera de Londres, la educación y el empleo en las fábricas estaban eliminando la provisión de chicas sumisas y trabajadoras que estarían dispuestas a vivir en las dependencias subterráneas de aquellos lugares, nuevos tipos de gente de clase media recién y laboriosamente ascendida como mi tío, empleados de varias clases, estaban empezando a manifestar su existencia, para quienes no se habían pensado casas. Ninguna de esas clases tenía la menor idea de lo que debían ser, ni encajaban de ninguna forma legítima en la teoría de Bladesover que dominaba nuestras mentes. Nadie se preocupaba de verlos alojados bajo techos en condiciones, y las hermosas leyes de la oferta y la demanda tenían juego libre. Habían tenido que meterse apretadamente allí. Las finanzas de los propietarios salieron intactas de su equivocada empresa. Gran número de aquellas casas cayó en las manos de artesanos casados o viudas que luchaban por sobrevivir o antiguos sirvientes con ahorros, que se hicieron responsables de la renta trimestral e intentaron sacar lo suficiente para salir adelante subarrendando apartamentos amueblados o sin amueblar.

Recuerdo ahora que una pobre y canosa vieja, que tenía el aspecto de haber sido despertada de una siesta en un cubo de la basura, apareció por el lugar y nos lanzó una mirada mientras salíamos por la puerta delantera para «ver Londres» bajo la dirección de mi tío. Era la que se ocupaba del subarriendo, sacaba lo suficiente para vivir, tras haber alquilado la casa en su totalidad, subarrendándola al detall, y se hacía su comida en el sótano y se refugiaba en una buhardilla, arriba. Y si no tenía suerte, alguien se retrasaba en sus pagos y ella a su vez no podía pagar, se vería arrojada a la calle y otro viejo, pobre y sórdido aventurero lo intentaría en su lugar…

Es una estúpida comunidad la que puede alojar a clases enteras, clases útiles, honestas y leales, en tales sórdidas y poco convenientes moradas. No es en absoluto la economía social que parece, la que utiliza los ahorros y la inexperiencia de unas pobres mujeres para satisfacer las demandas de los

propietarios. Pero cualquiera que dude de que estas cosas siguen produciéndose aún hoy tan solo necesita pasar una tarde buscando alojamiento en cualquiera de las regiones de Londres que he nombrado.

¿Pero dónde había dejado mi historia? Mi tío, decía, decidió que tenía que mostrarme Londres, y salimos los tres tan pronto como mi tía se hubo puesto el sombrero, para aprovechar todo lo que quedaba del día.

6

Complació enormemente a mi tío el descubrir que yo nunca había visto Londres antes. Tomó inmediatamente posesión de la metrópoli.

—Londres, George —me dijo—, hay que comprenderlo muy bien. Es un gran lugar. Inmenso. La ciudad más rica del mundo, el mayor puerto, el más grande centro industrial, la ciudad Imperial… ¡El centro de la civilización, el corazón del mundo! ¡Contempla esos hombres-sándwich de ahí abajo! ¡El sombrero de ese otro! ¡Es un trato justo! ¡Nunca verás pobreza como esta en Wimblehurst, George! Y muchos de ellos son hombres ilustrados…, ¡caídos en desgracia a causa de la bebida! Este es un lugar maravilloso, George, ¡un torbellino, un maelstrom! Te toma en sus remolinos y te lleva hasta arriba o hasta abajo.

Tengo un recuerdo muy confuso de aquella inspección vespertina de Londres. Mi tío nos llevó de un lado para otro por todo su Londres, hablando erráticamente, siguiendo una ruta propia. A veces íbamos andando, otras veces en la parte de arriba de enormes y bamboleantes ómnibus en medio de un gran fluir de tráfico, y en un momento determinado tomamos el té en una tienda donde vendían refrescos, bebidas gaseosas y pan. Pero lo que más distintamente recuerdo es cuando pasamos por Park Lane bajo un cielo cubierto, y la forma en que mi tío señaló la casa donde había pasado su holgada infancia con un gesto de profunda apreciación.

Recuerdo también que mientras él hablaba me daba cuenta de que mi tía observaba mi rostro como si quisiera comprobar el efecto que me causaba su charla a través de mi expresión.

—¿Aún no te has enamorado, George? —me preguntó de pronto, por encima de su panecillo, cuando tomábamos el té.

—He estado demasiado ocupado, tía —respondí.

Ella dio un profundo mordisco a su panecillo, y gesticuló con el resto para indicar que tenía algo más que decir.

—¿Cómo piensas hacer fortuna? —preguntó tan pronto como pudo hablar de nuevo—. Aún no nos lo has dicho.

—La electricidad —dijo mi tío, recuperando el aliento tras beber un buen sorbo de té.

—Si alguna vez consigo hacerla —dije yo—. Por mi parte, creo que me sentiré satisfecho con algo menos que una fortuna.

—Nosotros vamos a hacer la nuestra… en un abrir y cerrar de ojos —dijo ella—. Al menos eso es lo que dice el viejo. —Volvió bruscamente su rostro hacia mi tío—. Él me dirá cuándo, de modo que no puedo tener nada preparado todavía. Pero está al llegar. Tendremos nuestro propio coche y un jardín. Un jardín… como el de un obispo.

Terminó su panecillo, y se sacudió las migas de sus dedos.

—Me encantará el jardín —prosiguió—. Será un jardín realmente grande, con rosales y muchas otras cosas. Y fuentes. Y cortadera argentina. E invernaderos.

—Tendrás todo eso —dijo mi tío, que había enrojecido un poco.

—Y caballos grises en el coche, George —añadió mi tía—. Es bueno pensar en ello cuando te sientes deprimida. Y cenas en restaurantes muy a menudo. E ir al teatro… a palcos. Y dinero y dinero y dinero.

—Di que sí —murmuró mi tío, y por un momento pareció animarse.

—Solo hay que esperar a que una vieja Marsopa como él haga un poco de dinero —dijo ella, volviendo sus ojos hacia el perfil de mi tío con un repentino acceso de afecto—. Solo eso.

—Haré algo —dijo mi tío—. ¡Apuesta a que sí! ¡Zzzz! —Y rascó con un chelín el sobre de la mesa de mármol.

—Cuando lo hagas, tendrás que comprarme un nuevo par de guantes —dijo ella—. Ese dedo ya no puede volver a zurcirse. ¡Mira, vieja Calabaza… Mira! —Y le metió el dedo debajo de la nariz, e hizo una mueca de cómica ferocidad.

Mi tío sonreía ante aquellas gracias, pero más tarde, cuando lo acompañé a la farmacia —los negocios en los barrios de clase baja tenían

mucha clientela por las tardes y estaban abiertos hasta casi la noche— volvió a su pausado tono expositivo.

—Tu tía es un poco impaciente, George. Siempre está achuchándome. Es natural… Una mujer no comprende el tiempo que uno necesita para labrarse una posición. No… en algunos sentidos, ahora… estoy… muy pausadamente… labrándome una posición. Ahora…, tengo esa habitación. Tengo a mis tres ayudantes. Zzzz. Es una posición que, juzgada bajo el criterio de los futuros beneficios, quizá no sea tan buena como me merezco, pero estratégicamente… sí. Es lo que deseo. Tengo mis planes. Preparo mi ataque.

—¿Qué planes está haciendo? —pregunté.

—Bueno, George, hay una cosa de la que sí puedes estar seguro. No estoy haciendo nada precipitadamente. Estoy dando vueltas a esa idea y a esa otra, y no hablo…, sería indiscreto. Se trata de… ¡No! No creo que pueda decírtelo. Y sin embargo, ¿por qué no?

Se levantó y cerró la puerta de la tienda.

—No se lo he dicho a nadie —prosiguió, y volvió a sentarse—. Pero a ti te debo algo.

Su rostro enrojeció ligeramente, se inclinó hacia delante sobre la mesilla, hacia mí.

—¡Escucha! —dijo.

Escuché.

—Tono-Bungay —dijo mi tío, muy despacio y muy claro.

Pensé que estaba pidiéndome que escuchara algún remoto y extraño ruido.

—No oigo nada —respondí, reluctante ante lo expectativo de su rostro.

Sonrió, sin darse por vencido.

—Inténtalo de nuevo —dijo, y repitió—: Tono-Bungay.

—¡Oh, eso! —dije.

—¿Eh? —se sorprendió.

—¿Pero qué es?

—¡Ah! —dijo mi tío, regocijándose e hinchándose—. ¿Qué es? ¿Es eso lo que preguntas? ¿Qué será? —Me clavó con vilencia un dedo en lo que se

suponía eran mis costillas—. George —exclamó—, George, ¡observa este lugar! Es solo el principio.

Y eso es todo lo que pude obtener de él.

Esa, creo, fue realmente la primera vez en que la palabra Tono-Bungay fue oída en el mundo…, a menos que mi tío recitara monólogos nocturnos en su habitación, lo cual es muy probable. En aquel momento no me pareció señalar ninguna especie de época, y si me hubieran dicho que aquella palabra era el Ábrete Sésamo de todo el orgullo y el placer que la mugrienta fachada de Londres nos ocultaba aquella noche, creo que me hubiera echado a reír.

—Volviendo a los negocios —dije tras una pausa, sin poder evitar un ligero estremecimiento antes de obligarme a seguir; y abrí la cuestión del depósito de mi madre.

Mi tío suspiró y se reclinó en la silla.

—Desearía poder conseguir que todo el asunto quedara tan claro para ti como lo está para mí —dijo—. Sin embargo… ¡adelante! Di todo lo que tengas que decir.

7

Tras dejar a mi tío aquella noche me sentí profundamente deprimido. Mi tío y mi tía parecían estar llevando —he usado esta palabra muy a menudo, pero creo que debo usarla de nuevo— una vida miserable. Parecían ir a la deriva en medio de una ilimitada multitud de gente miserable, llevando ropas ajadas, viviendo sin comodidades en sucias casas de segunda mano, yendo de un lado para otro sobre suelos que tenían siempre un ligero barniz de grasiento y resbaladizo lodo, bajo cielos grises que no mostraban el menor rayo de esperanza para ellos excepto la miseria hasta que murieran. Me parecía más claro que el agua que los pequeños ahorros de mi madre habían sido engullidos, y que mis propias perspectivas iban a todas luces, más pronto o más tarde, a caer en aquel miserable océano londinense. El Londres que tenía que ser una aventura y una escapatoria del sueño de Wimblehurst se había desvanecido de mis sueños. Vi a mi tío señalando las casas de Park Lane y mostrando unos puños de su camisa deshilachados mientras lo hacía. Oí a mi tía:

—Entonces tendré mi propio coche. Eso es lo que dice el viejo.

Mis sentimientos hacia mi tío eran extraordinariamente confusos. Me sentía intensamente apenado no solo por mi tía Susan, sino también por él, porque parecía innegable que durante toda su vida iban a tener que seguir viviendo así, y al mismo tiempo me sentía furioso por la parlanchina vanidad y estupidez que se había llevado consigo todas mis posibilidades de estudiar independientemente, y los había aprisionado a ellos en esos grises apartamentos. Cuando volví a Wimblehurst me permití escribirle una carta infantil, sarcástica, sincera y amarga. Nunca respondió. Luego, creyendo que aquella era la única forma de escape para mí, me dediqué más hosca y resueltamente que nunca a mis estudios. Al cabo de un tiempo volví a

escribirle en unos términos más moderados, y me respondió evasivamente. Y luego intenté apartarlo de mi mente y me concentré en mi trabajo.

Sí, aquella primera incursión a Londres bajo la humedad y el frío deprimente de enero tuvo un inmenso efecto en mí. Fue una decepción que dejó huella. Había pensado en Londres como en un lugar enorme, libre, acogedor, y lo veía ahora como algo desaliñado, duro e insensible.

No me di cuenta en absoluto de que pueden hallarse realidades humanas tras esas grises fachadas, que tras ellas se oculta una debilidad que intenta no ser detectada. Es un error constante de la juventud el sobreestimar la Voluntad en las cosas. No vi que la suciedad, el desánimo, la incomodidad de Londres pudieran deberse simplemente al hecho de que Londres era una estúpida y vieja ciudad gigantesca, demasiado negligente y necia como para mantenerse limpia y ofrecer un rostro valeroso al mundo. ¡No! Sufrí el tipo de ilusión que hizo arder a las brujas en el siglo XVII. Soporté su mugriento desorden con una siniestra y magnífica calidad de intención.

Y los gestos y promesas de mi tío me llenaron de dudas y de una especie de miedo por él. Tuve la impresión de que era una pequeña criatura perdida, demasiado estúpida como para permanecer silenciosa, enfrentada a una enorme e implacable condena. Me sentí lleno de piedad y de una especie de ternura hacia mi tía Susan, que se había condenado a seguir su errática fortuna engañada por sus grandilocuentes promesas…

Hubiera debido comprenderlo mejor. Pero trabajé con el terror del mugriento interior de Londres en mi alma durante todo mi último año en Wimblehurst.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

LA ASCENSIÓN DEL TONO-BUNGAY

I

De cómo me convertí en un estudiante en Londres, y erré mi camino

1

Fui a vivir a Londres, como ya he dicho, cuando tenía casi veintidós años. Wimblehurst se empequeñece en la perspectiva, es ahora en este libro un pequeño lugar muy lejano. Bladesover no es más que un pequeño punto rosáceo perdido en la distancia entre las lejanas colinas de Kent; el escenario se amplía, se vuelve multitudinario e ilimitado, lleno con la sensación de enormes e irrelevantes movimientos. No recuerdo mi segunda llegada a Londres del mismo modo que recuerdo la primera, ni mis primeras impresiones, excepto un recuerdo otoñal en octubre de suave luz ambarina, un sol ámbar derramándose sobre las grises fachadas de las casas, no sé dónde. Eso, y una sensación de gran tranquilidad…

Podría llenar un libro, creo, con un relato más o menos imaginario de cómo llegué a captar Londres; cómo, primero en un aspecto y luego en otro, la ciudad fue creciendo en mi mente. Cada día mis impresiones acumuladas fueron añadiéndose a las nuevas y cualificándolas y estableciendo relaciones, se fundían inseparablemente con otras que eran puramente personales y accidentales. Me descubrí a mí mismo con una cierta percepción global de Londres, compleja por supuesto, incurablemente indistinta en algunos lugares y sin embargo en cierto modo un conjunto que empezó con mi primera visita y aún sigue madurando y enriqueciéndose.

¡Londres!

Al principio, sin la menor duda, fue un caos de calles y gente y edificios y sinrazones yendo de un lado para otro. No recuerdo haberme esforzado mucho en comprenderlo, o en explorarlo de ninguna forma excepto con una intención personal y aventurera. Sin embargo, a su debido tiempo, fue creciendo en mí una especie de teoría sobre Londres: creo ver líneas de una estructura ordenada a partir de la cual ha crecido, detectar un proceso que es algo más que una confusión de accidentes casuales, aunque por supuesto puede que no sea más Que el proceso de una enfermedad.

Dije al principio de mi primer libro que descubrí en Bladesover la clave de toda Inglaterra. Bien, imagino por supuesto que es también la clave de la estructura de Londres. No ha habido revoluciones, ninguna nueva declaración deliberada o abandono de opinión en Inglaterra desde los días de la gran nobleza, desde 1688 aproximadamente, los días en que fue construido Bladesover; ha habido cambios, fuerzas disolventes, fuerzas de reemplazo si quieren; pero las líneas maestras del sistema inglés estaban firmemente asentadas. Y a medida que iba de un lado para otro por Londres, en algunas zonas el pensamiento volvía de una forma recurrente, esto es la Casa Bladesover, esto corresponde a la Casa Bladesover. La gran nobleza puede que haya desaparecido; en realidad ha desaparecido hace mucho, creo; puede que se haya visto reemplazada por los comerciantes ricos y los aventureros de las finanzas, o quizá no. Eso no importa; la configuración general sigue siendo la de Bladesover.

Lo que más me recuerda Bladesover y Eastry son todas esas áreas en torno a los parques de West End, por ejemplo, grandes parques privados, cada uno de ellos más o menos en relación con un palacio o un grupo de grandes casas. Las calles principales y secundarias de Mayfair y alrededor de St. James, aunque quizá posteriores en el tiempo en su desarrollo, poseían también todo el espíritu y la textura arquitectónica de los caminos y patios de Bladesover; tenían los mismos olores, el espacio, la amplia limpieza, y siempre encontraba uno a algunos inconfundibles Divinos yendo de un lado para otro, y también aún más inconfundibles criados, mayordomos, sirvientes en trajes de paisano. Había momentos en que tenía la impresión de captar de nuevo en algunos lugares las paredes blancas, el mismo calicó que en la habitación de mi madre.

Podría trazar ahora mismo un mapa de lo que podría llamarse la zona de las Grandes Casas; penetrando por el sudoeste hasta Belgravia, difundiéndose allí esporádicamente hacia el oeste, con sus últimas estribaciones en torno y hasta Regent's Park. La mansión del Duque de Devonshire en Piccadilly, con toda su insolente fealdad, me complace particularmente, es la quintaesencia de todo ello. La Casa Apsley encaja a la perfección con mi teoría. Park Lane posee sus mansiones absolutamente típicas, y prosiguen a lo largo de los límites de Green Park y de St. James. Y me encontré ante la verdad un día, de pronto, en Cromwell Road, mientras contemplaba el Museo de Historia Natural.

—¡Por Dios! —exclamé—, pero si este es el pequeño conjunto de vitrinas con pájaros y animales disecados que hay en la parte de arriba de la escalera de Bladesover a un plano mucho más enorme, y más allá coinciden las mismas porcelanas y objetos exóticos de Bladesover con las del Museo de Arte, y aquí en el pequeño observatorio en Exhibition Road está el telescopio gregoriano del viejo sir Cuthbert que encontré en la buhardilla y monté de nuevo.

¡Y penetrando en el Museo de Arte bajo aquella inspiración llegué a una pequeña sala de lectura y encontré, como había esperado, los mismos viejos libros de tapas marrones!

Aquel día obtuve realmente un buen ejemplo de anatomía social comparativa; todos esos museos y bibliotecas que se hallan esparcidos por todo Londres entre Piccadilly y West Kensington, y por supuesto el movimiento de museos y bibliotecas a lo largo de todo el mundo, surgen de las elegantes aficiones de los caballeros de buen gusto. Suyas fueron las primeras bibliotecas, las primeras casas de cultura; a través de mis incursiones ratoniles en el salón de Bladesover me convertí, de hecho, en el último y pequeño representante de los hombres de letras tales como Swift. Pero ahora esas cosas han escapado por completo fuera de la Gran Casa, y emprendido una extraña vida independiente por sí mismas.

Es esta idea de partes escapadas del sistema del siglo XVII de Bladesover, de la proliferación y crecimiento de elementos desgajados de las propiedades, lo que por ahora me parece la mejor explicación, no simplemente de Londres, sino de toda Inglaterra. Inglaterra es un país de un

gran Renacimiento de la nobleza provinciana que inconscientemente ha crecido demasiado. Las tiendas que proveían a Bladesover podían hallarse todavía en Regent Street y en Bond Street en mis primeros días en Londres —en esos días en que apenas habían sido tocadas por la profanadora mano americana—, y en Piccadilly. Encontré la casa del médico del pueblo o de la ciudad provinciana arriba y abajo de Harley Street, multiplicada pero no distinta, y el procurador de la familia (a centenares) más hacia el este en las casas abandonadas por una generación anterior de gente noble, y más abajo en Westminster, detrás de las fachadas palatinas, las oficinas públicas albergadas en enormes estancias al estilo Bladesover mirando hacia St. James's Park. Las Casas del Parlamento de señores y caballeros, la casa parlamentaria que se sintió horrorizada cuando comerciantes y cerveceros entraron a saco en ellas hace un centenar de años, se yerguen sobre sus terraplenes manteniendo todo el sistema unido en un núcleo.

Y cuantos más paralelismos trazo entre esas cosas con mi modelo Bladesover-Eastry, más evidente se me hace que el equilibrio no es el mismo, y más evidente resulta la presencia de grandes fuerzas nuevas, fuerzas ciegas de invasión, de crecimiento. La terminal de ferrocarril en la parte norte de Londres ha sido mantenida tan remota como Eastry había mantenido la estación de ferrocarril de Wimblehurst, los trenes se detienen muy lejos de las propiedades, pero desde el sur, el ferrocarril del sudeste metió su enorme, estúpida, oxidada cabeza de hierro de la estación de Charing Cross —esa gran cabeza que llegó aplastándolo todo en 1905—, cruzando limpiamente el río, entre Somerset House y Whitehall. El lado sur no tenía propiedades protectoras. Las chimeneas de las fábricas arrojan directamente sus humos sobre Westminster con un descuidado aire de no tener permiso para ello, y el efecto conjunto del Londres industrial y de todo el Londres oriental de Temple Bar y de la excesiva y sucia inmensidad del puerto de Londres, me parece algo desproporcionadamente grande, algo morbosamente expandido, sin plan ni intención, oscuro y siniestro con relación a la clara y limpia seguridad social de West End. Y al sur de este Londres central, al sudeste, al sudoeste, muy lejos al oeste, al noroeste, alrededor de todas las colinas de la parte norte, hay crecimientos igualmente desproporcionados: interminables calles de casas todas iguales, industrias

todas iguales, familias miserables, tiendas de segunda mano, gente inexplicable que, en una frase que en un tiempo estuvo de moda, no «existe». Todos esos aspectos han sugerido a veces en mi mente, y siguen sugiriendo aún, la desorganizada y abundante sustancia de algunos procesos de crecimiento tumoral, un proceso que por supuesto hace estallar todos los receptáculos donde se albergan y crean protuberancias y masas tan innobles como el confortable Croydon, tan trágicas como el misérrimo West Ham. Hoy en día me pregunto a mí mismo si esas masas llegarán a ser alguna vez estructurales, si llegarán a adquirir alguna vez una forma definida, o si su auténtico y definitivo diagnóstico es el de una imagen cancerosa…

Además, junto con esta hipertrofia existe una inmigración de elementos que nunca han comprendido y nunca comprenderán las grandes tradiciones, cuñas de asentamientos extranjeros incrustados en el corazón de esta exuberante expansión inglesa. Recuerdo que un día, paseando hacia el este por pura curiosidad —debió ser en mis primeros días de estudiante—, descubrí un barrio extranjero andrajosamente abigarrado, con tiendas que mostraban letreros hebreos y extraños y artículos poco familiares, y una concurrencia de personas de ojos brillantes y narices aguileñas hablando entre las tiendas y los carruajes. Y pronto me familiaricé con el exotismo tortuoso, depravado, suciamente agradable del Soho. Encontré en aquellas calles un gran alivio en relación con el deslustrado exterior gris de Brompton, donde me alojaba y vivía mi vida cotidiana. En el Soho, por supuesto, tuve mi primer indicio del factor de reemplazo que es tan importante en el proceso tanto inglés como americano.

Incluso en West End, en Mayfair y en las manzanas en torno a Pall Mall, Ewart estaba presente para recordarme que el rostro de la vieja dignidad aristocrática era más hermoso que su sustancia, allí había actores y actrices, prestamistas y judíos, atrevidos aventureros de las finanzas, y pensaba en los puños deshilachados de la camisa de mi tío mientras señalaba su casa en Park Lane. Así es como ese consiguió el monopolio del bórax, y este palacio perteneció a ese héroe entre los aventureros modernos, Barmentrude, que era un C. I. D., es decir, un Comprador Ilegal de Diamantes. Una ciudad de Bladesovers, la capital de un reino de Bladesovers, todos ellos sacudidos en sus cimientos y muchos ya en pleno

desmoronamiento, ocupados parasitariamente, reemplazados de forma insidiosa por elementos extraños, indiferentes e irresponsables; y sin embargo rigiendo un imperio accidental y heterogéneo de una cuarta parte de aquella variada tierra. Leyes complejas, intrincadas necesidades sociales, inquietantes e insaciables sugerencias, surgían de todo aquello. Este era el mundo al cual había venido, en el cual debía confiar de alguna manera y en el que debía basar mis problemas, mis tentaciones, mis esfuerzos, mis instintos patrióticos, todos mis instintos morales, mis apetitos físicos, mis sueños y mi vanidad.

¡Londres! Había llegado a él, joven y sin consejeros, más bien pedante, más bien peligrosamente abierto de mente y muy abierto de ojos, y con algo —que creo es el don común de la juventud imaginativa, y lo proclamo sin rubor— hermoso en mí, más hermoso que el mundo y buscando respuestas hermosas. No deseaba simplemente vivir o vivir simplemente de forma alegre o bien. Deseaba servir y hacer cosas y construir… con una cierta nobleza. Se hallaba en mí. Se halla en la mitad de la juventud de todo el mundo.

2

Había venido a Londres como estudiante. Había conseguido una beca Vincent Bradley de la Sociedad Farmacéutica, pero la rechacé cuando supe que mi trabajo en el Departamento de Artes y Ciencias en matemáticas, física y química me habían hecho merecedor de una de las becas de la Junta Técnica en las Escuelas Técnicas Consolidadas en South Kensington. Esta última beca era en mecánica y metalurgia; y dudé entre las dos. La Vincent Bradley me daba 70 £ al año y el mejor inicio que cualquier químico farmacéutico pudiera desear; la de South Kensington otorgaba unos veintidós chelines a la semana, y las perspectivas que ofrecía eran vagas. Pero significaba un trabajo mucho más específico que la primera, y yo me hallaba aún bajo el impulso de ese gran apetito intelectual que forma parte de la adolescencia de los hombres de mi clase. Es más, parecía conducir hacia la ingeniería, en la cual imaginaba —y sigo imaginando hoy— que podía hallar una utilidad. Acepté esa mayor inseguridad como un riesgo justo. Me sentí muy ansioso, sin dudar en ningún momento que la dura y firme laboriosidad que me había impelido en Wimblehurst me seguiría impeliendo también en el nuevo ambiente.

Solo que, desde un principio, no lo hizo…

Cuando miro ahora hacia atrás, a mis días en Wimblehurst, me siento aún sorprendido por la cantidad de constante y esforzado estudio, de extenuante autodisciplina que mantuve a través de todo mi aprendizaje. Creo por muchas razones que aquel tiempo fue el más honorable período de mi vida. Desearía poder decir con un cierto convencimiento que mis motivos para trabajar tan bien fueron de peso y también honorables. En cierta medida lo eran; había una sincera curiosidad, un deseo de la fuerza y el poder del conocimiento científico, y una pasión por el ejercicio intelectual; pero no creo que esas fuerzas solas me hubiesen mantenido tan

en mi camino si Wimblehurst no hubiera sido tan opaco, tan limitado y tan observante. Y de ahí pasé directamente a la atmósfera de Londres, y probé la libertad, probé la irresponsabilidad y el impulso de nuevas fuerzas completamente distintas, y mi disciplina cayó de mi cuerpo como un traje demasiado ancho. Wimblehurst no le ofrecía a un joven de mi posición ninguna tentación que valiera la pena, ningún interés que entrara en conflicto con los estudios, ningún vicio —los pocos vicios que ofrecía estaban desprovistos de todo interés imaginativo—, nada excepto tristes borracheras y torpe y furtiva y vergonzosa lujuria, ninguna relación social en la que emplear el tiempo, y por otra parte ofrecía grandes cantidades de amor propio a un estudiante visiblemente industrioso. Uno era etiquetado como «listo», representaba su papel, y lo poco que lograba con ello encajaba perfectamente con el cómputo particular que uno se hacía frente a la pequeña ignorancia soleada de aquel previsible lugar. Uno cruzaba rápidamente la plaza del mercado, se enfrascaba en sus quehaceres con un sentido dramático del aprovechamiento del tiempo propio de un intelectual, quemaba el aceite de medianoche completamente consciente de la admiración de los raros y respetables transeúntes que veían tu luz. Y uno aparecía dignamente en el periódico local con su inalcanzable ramillete anual de certificados. Y sin embargo no por ello era, en aquellos días, un estudiante genuinamente agudo, sino más bien un poco engreído y presuntuoso…, y lo último mantenía la llama de lo primero, como Londres dejó claro. Además, Wimblehurst no me había dejado ninguna otra salida en cualquier otra dirección.

Pero no me había dado cuenta de nada de eso cuando llegué a Londres, no percibí cómo el cambio de atmósfera empezaba inmediatamente a desviar y distribuir mis energías. En primer lugar, me volví invisible. Si haraganeaba durante todo el día, nadie excepto mis compañeros de estudios (que evidentemente no se sentían en absoluto maravillados por mi persona) lo notaba. Nadie veía mi luz nocturna; nadie me señalaba cuando cruzaba la calle como un sorprendente fenómeno intelectual. De modo que empecé a sentirme más bien insignificante. En Wimblehurst tenía la sensación de estar dotado para la ciencia; nadie allí parecía poseer tanto como yo ni de una forma tan completa. En Londres caminaba ignorante en una

inmensidad, y pronto resultó claro que entre mis compañeros de estudio del interior y del norte yo estaba mal equipado y mal entrenado. Esforzándome mucho, lo único que conseguiría sería ocupar un puesto secundario entre ellos. Y finalmente, en tercer lugar, me sentía distraído por un gran número de nuevos intereses; Londres se afianzaba en mí, y la ciencia, que había sido el universo, se encogía a las dimensiones de agotadoras pequeñas fórmulas apretadas dentro de un libro. Llegué a Londres a finales de setiembre, y era un Londres muy diferente a aquella gran ciudad de encapotado cielo gris, aquella jungla de casas manchadas de humo de mis primeras impresiones. Llegué por Victoria y no por Cannon Street, y su centro se hallaba ahora en Exhibition Road. Brillaba con un color ámbar pálido, gris azulado, y tiernamente espacioso y espléndido bajo los claros cielos otoñales, un Londres de enormes y bellos edificios y vistas y distancias, un Londres de jardines y laberínticos y altos museos, de viejos árboles y remotos palacios y aguas artificiales. Me alojé cerca, en West Brompton, en una casa de una pequeña plaza.

Así me hizo frente Londres la segunda vez, borrando de mi cabeza por completo durante un tiempo el gris y lloviznante rostro de la ciudad que me había mirado la primera vez. Me instalé, y fui arriba y abajo a mis clases y a mi laboratorio; al principio trabajé duro, y tan solo lentamente surgió la curiosidad, que por último me poseyó, de conocer más de aquella enorme provincia urbana, el deseo de descubrir algo más allá del mecanismo al que podía servir, algún uso distinto al aprendizaje. Junto con aquello nació una creciente sensación de soledad, un deseo de aventura y relaciones. Me descubrí por las tardes escrutando un mapa de Londres que me había comprado, en vez de copiar mis notas de clase, y los domingos me dediqué a efectuar exploraciones, haciendo constantes viajes en ómnibus hacia el este y hacia el oeste y hacia el norte y hacia el sur, y alargando y ampliando así la sensación de una gran y hormigueante muchedumbre con la cual no tenía ningún trato, o de la que no conocía nada…

Todo aquel inimitable lugar rebosaba de sugerencias de indefinidas y a veces extravagantes posibilidades, de ocultos pero magníficos significados.

No se trataba simplemente de que yo recibiera una enorme impresión de espacios y multitudes y oportunidades; cosas íntimas eran también traídas

repentinamente de los olvidados, velados y oscurecidos rincones a agudas intensidades de percepción. Al alcance de la mano en el gran Museo de Arte, me hallé por primera vez frente a la belleza de la desnudez, que hasta entonces había mantenido, en vergonzoso secreto, ostentosamente glorificada; eso me hizo consciente de que la belleza no solo es permisible sino también deseable y frecuente, abriéndome un millar de aspectos de la vida insospechadamente intensos. Una noche, en un auténtico éxtasis, caminé por la galería superior de Albert Hall y escuché por primera vez en mi vida la gran música, creo recordar que se trataba de la *Novena Sinfonía de Beethoven*…

Mi comprensión de los espacios y lugares se vio reforzada por una rápida comprensión de las personas. Un constante fluir de gente pasaba junto a mí, sus ojos se cruzaban con los míos y los desafiaban y luego se alejaban, y yo deseaba cada vez más que se quedaran. Si iba hacia el este, hacia Piccadilly, mujeres que entonces me parecían, en mi inexperiencia de adolescente, suavemente espléndidas y atractivas me murmuraban cosas al pasar. Una vida extraordinaria, desvelada. Los carteles lanzaban extraños clamores a los sentidos y curiosidades de uno. Comprabas panfletos y periódicos llenos de extrañas y atrevidas ideas que trascendían de las osadías más inimaginables; en los parques podías oír a hombres discutiendo la propia existencia de Dios, negando los derechos de la propiedad, debatiendo un centenar de cosas en las que uno no se atrevería a pensar en Wimblehurst. Y tras el día normalmente cubierto, tras las deslucidas mañanas, llegaba el atardecer, y Londres se iluminaba y se convertía en un receptáculo de joyas de luz blanca y amarilla y roja y en un maravilloso fluir de dorada iluminación y prodigiosas e insondables sombras…, y ya no había gente vulgar y desastrada, sino un gran y misterioso movimiento de incontables seres…

No cesaba de encontrarme con nuevos y más singulares aspectos. Un sábado por la noche, ya tarde, me tropecé con una gran multitud que avanzaba lentamente entre las resplandecientes tiendas y los brillantes carruajes en Harrow Road, entablé conversación con dos chicas de ojos francos, les compré tabletas de chocolate, conocí a su padre y a su madre y a varios hermanos y hermanas menores, me senté alegremente en un bar

con todos ellos, charlando y bebiendo, y los dejé a primeras horas de la madrugada en la puerta de «casa», para no volver a verlos nunca más. Y en una ocasión fui abordado en las inmediaciones de un mitin del Ejército de Salvación en uno de los parques por un joven con chistera de ansiosas y serias palabras, que discutió contra el escepticismo conmigo, me invitó a tomar el té en su casa junto con una agradable y alegre familia de hermanos y hermanas y amigos, y allí pasé la tarde cantando himnos junto al armonio (lo cual me recordó al medio olvidado Chatham) y deseando que no todas las hermanas estuvieran tan obviamente comprometidas…

Entonces, en una de las remotas colinas de aquella ilimitada ciudad-mundo, encontré a Ewart.

3

¡Recuerdo muy bien aquella primera mañana, una resplandeciente mañana de domingo a primeros de octubre, en que me encontré de nuevo con Ewart! Hallé a mi antiguo compañero de escuela en la cama, en una habitación sobre una tienda de ultramarinos sita en una calle secundaria a los pies de Highgate Hill. Su casera, una agradable y sucia mujer joven de suaves ojos castaños, bajó su mensaje de que subiera a su habitación; y subí. La estancia se ofrecía amplia e interesante en sus detalles, y miserable con una miseria del tipo completamente recomendable. Pude advertir unas paredes marrones —estaban empapeladas con papel marrón—, una larga estantería a lo largo de uno de los lados de la habitación con polvorientos moldes de yeso y una pequeña y barata figura de un caballo hecha por un aficionado, una mesa y algo de cera gris parcialmente cubierto con una tela, y una serie de dibujos esparcidos un poco por todas partes. Había un hornillo de gas en un rincón y algunos cacharros esmaltados que habían sido utilizados para cocinar la noche anterior. La tela encerada que cubría el suelo mostraba una fina capa de un peculiar polvillo blanco. El propio Ewart no era visible al primer momento, solo podía distinguirse una cortina de lona con cuatro dobleces al final de la habitación y de la que salían los gritos de «¡Adelante!», y luego su recio pelo negro, mucho más alborotado de lo que recordaba, y unos agudos ojos castaño-rojizos y su nariz respingona emergieron por el borde de la lona a una altura de casi un metro del suelo.

—¡Pero si es el viejo Ponderevo! —dijo—. ¡El madrugador! ¡Y ha venido hasta aquí! ¡Por Dios, con el frío que hace esta mañana! ¡Ven, da la vuelta y siéntate en la cama!

Di la vuelta, estreché su mano y nos observamos el uno al otro.

Estaba tendido en una pequeña cama plegable de madera, cuyas escasas mantas estaban suplementadas con un abrigo y unos viejos pero aún alegres pantalones a cuadros, y llevaba un pijama de unos intensos tonos rosa y verde. Su cuello parecía más largo y más correoso de lo que había sido nunca en nuestros días escolares, y su labio superior exhibía un recio bigote negro. Su expresión rubicunda y áspera, su revuelto pelo y su pilosa delgadez no habían crecido en lo más mínimo, según mis sentidos.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¡Tienes un aspecto de lo más respetable, Ponderevo! ¿Qué piensas de mí?

—Estás muy bien. ¿Qué es lo que haces aquí?

—¡Arte, hijo mío… escultura! Y a propósito de esto… —Dudó—. Hazme un favor. ¿Quieres alargarme esa pipa y esas cosas de fumar? ¡Gracias! ¿Sabes hacer café? Bien, prueba tus habilidades. Quita esta cortina… No, dóblala hacia arriba y así estaremos en la otra habitación. Yo seguiré en la cama de todos modos. Tienes todo lo necesario para encender junto al hornillo. Sí. No hagas estallar demasiado la llama cuando la enciendas, no podría soportarlo esta mañana. ¿Tú no fumas…? Bueno, me alegra verte de nuevo, Ponderevo. Cuéntame lo que estás haciendo, y cómo te van las cosas.

Me dirigió en el servicio de su sencilla hospitalidad, y al cabo de poco regresé junto a su cama y me senté y le sonreí, mientras él fumaba cómodamente con las manos bajo su cabeza, observándome.

—¿Cómo te va la primavera de la vida, Ponderevo? ¡Por Dios, debe hacer casi seis años desde que nos vimos la última vez! Los dos nos hemos dejado bigote. Hemos engordado un poco, ¿no? ¿Y tú…?

Pensé que una pipa sería bien venida después de todo, y la encendí, y luego le hice un esbozo algo favorecido de mi carrera.

—¡Ciencia! ¡Y has trabajado tan duro! Mientras que yo he estado vagabundeando un poco por todas partes, haciendo los más extraños trabajos para albañiles y todo tipo de gente, e intentando dedicarme a la escultura. Tengo un poco la sensación de que el escoplo… Empecé con la pintura, Ponderevo, y descubrí que era ciego a los colores, lo suficientemente ciego como para dejarlo correr. He estado dibujando y pensando, sobre todo pensando. Me he dedicado tres días de la semana al

estudio del arte, y el resto del tiempo… he hecho una especie de trato comercial que me permite mantenerme. Y aún nos hallamos en el comienzo de las cosas, unos jóvenes que empiezan. ¿Recuerdas los viejos tiempos en Goudhurst, nuestra isla de la casa de las muñecas, la Retirada de los Diez Mil, el joven Holmes y los conejos, eh? Es sorprendente, cuando piensas en ello, descubrir que aún somos jóvenes. Y acostumbrábamos a hablar de lo que íbamos a ser, ¡y a hablar de amor! Supongo que ahora ya lo sabrás todo al respecto, Ponderevo.

Enrojecí y dudé ante alguna vaga y estúpida mentira.

—No —dije, un poco avergonzado por la verdad—. ¿Tú sí? He estado demasiado ocupado.

—Apenas estoy empezando… Exactamente igual que entonces. Ocurren cosas…

Chupó su pipa por un largo espacio de tiempo, y contempló el molde de yeso de una despellejada mano que colgaba de la pared.

—El hecho, Ponderevo, es que estoy empezando a descubrir que la vida es uno de los viajes más extraordinariamente extraños que existen; las cosas que tiran de uno, las cosas que no lo hacen. Los deseos… El asunto del sexo. Es como una red. No tiene fin, no hay ninguna salida, no tiene sentido. Hay veces en que las mujeres toman posesión de mí, cuando mi mente es como un techo pintado en Hampton Court con el orgullo de la carne derramándose sobre todo. ¿Por qué…? Y luego de nuevo, algunas veces, cuando tengo que encontrarme con una mujer, me siento abrumado por el terror de un exasperante tedio… Huyo, me escondo, no hago nada. Tú quizá hayas conseguido tu explicación científica; ¿qué tienen que ver la naturaleza y el universo en ese asunto?

—Es su forma, supongo, de asegurar la continuidad de las especies.

—No, no es eso —dijo Ewart—. ¡En absoluto! No. He sucumbido a la… disipación… ahí, más abajo de esta colina. En Euston Road. Y fui condenadamente repugnante y ruin, y odio haberlo hecho. Y la continuidad de las especies… ¡Señor! ¿Y por qué tiene que hacer la naturaleza al hombre tan infernalmente predispuesto a la bebida? No tiene sentido, de ninguna manera. —Se sentó en la cama, para plantear la pregunta con toda su fuerza—: ¿Y por qué me transmitió el más violento deseo hacia la

escultura, y un deseo igualmente violento de abandonar el trabajo inmediatamente después de empezarlo, eh? Haz un poco más de café. Te lo diré claramente, esas cosas me desconciertan, Ponderevo. Me desalientan. Me tienen en la cama.

Parecía como si hubiera estado guardando todas esas dificultades para mí durante aquel tiempo. Permaneció sentado con la barbilla tocando casi sus rodillas, chupando su pipa.

—Eso es lo que quiero expresar —prosiguió— cuando digo que la vida me resulta extraordinariamente extraña. No sé cuál es mi juego, ni por qué fui invitado a él. Y no me interesa nada del mundo de ahí afuera tampoco. ¿Qué es lo que te interesa a ti de él?

—Londres —empecé—. ¡Es tan… Tan enorme!

—¡No lo es! No es nada en absoluto. Encuentras a tipos que regentan tiendas de comestibles… ¿Por qué demonios, Ponderevo, regentan tiendas de comestibles? Todos ellos lo hacen muy cuidadosamente, muy firmemente, muy significativamente. Encuentras gente por todos lados haciendo las cosas más notables…, siendo policías, por ejemplo, y ladrones. Todos ellos se dedican a sus cosas muy seria y gravemente. Yo, a veces, no puedo ni soportarme a mí mismo. ¿Hay algún sentido en todo esto…, en algún lugar?

—Tiene que haber un sentido en todo ello —dije—. Somos jóvenes.

—Somos jóvenes…, sí. Pero uno tiene que preguntar. El tendero es un tendero debido a que, supongo, ve que encaja en ello. Siente que en su conjunto es como una llamada… Pero el problema es que yo no veo dónde puedo encajar en absoluto. ¿Lo ves tú?

—¿Dónde encajas tú?

—No, dónde encajas tú.

—Exactamente en ningún sitio, todavía —dije—. Quiero hacer algún bien en el mundo… Algo… Algo efectivo antes de morir. Tengo una especie de idea de un trabajo científico… No lo sé.

—Sí —rumió—. Y yo tengo una especie de idea acerca de mi escultura…, pero cómo encajar y por qué… no tengo ni la menor idea. —Rodeó por un momento las rodillas con sus brazos—. Eso es lo que me desconcierta, Ponderevo, constantemente.

Pareció animarse.

—Si miras en esa alacena —dijo— encontrarás un viejo trozo de pan de aspecto respetable en un plato y un cuchillo en algún lugar y un envoltorio encerado que contiene mantequilla. Dámelos y me prepararé el desayuno, y luego, si no te importa observar mientras me dedico a mi sencillo aseo, me levantaré. Después podemos ir a dar un paseo y hablar un poco más acerca de este asunto de la vida. Y de arte y literatura y cualquier otra cosa que vaya saliendo por el camino… Sí, este es el envoltorio encerado. ¿Que se ha metido una cucaracha dentro? Sácala de ahí; maldita entrometida…

Así, en los primeros cinco minutos de nuestra charla, tal como creo recordarlo ahora, el viejo Ewart marcó la dirección que iba a tomar toda nuestra conversación matutina…

Para mí fue una charla de lo más memorable, ya que abrió horizontes de pensamiento completamente nuevos. Yo había estado moviéndome cerca aunque sin lograr alcanzar el libre y estimulante modo de ser de Ewart. Aquel día se sentía pesimista y escéptico hacia la misma raíz de las cosas. Me hizo sentir claramente, lo cual nunca había sentido en absoluto, la aventura general de la vida, en especial la vida en el estadio que nosotros habíamos alcanzado, y también la ausencia de objetos definidos, de ningún propósito concertado en las vidas que estaban desarrollándose a nuestro alrededor. Me hizo sentir también lo dispuesto que yo estaba a aceptar las presunciones comunes. Del mismo modo que yo había casi imaginado que en algún lugar en la disposición social había con toda seguridad un Gran Maestro que intervendría si uno iba demasiado lejos, también había albergado siempre una especie de creencia implícita de que en nuestra Inglaterra había en algún lugar una gente que comprendía lo que estábamos tramando como nación. Todo eso se desmoronó dentro de aquel pozo de dudas y desapareció. Sacó a la luz, bien delimitado y firme, el inmenso efecto de falta de finalidad de Londres que yo empezaba ya a captar indistintamente. Al fin volvimos a través de Highgate Cemetery y de Waterlow Park… y Ewart seguía hablando.

—Mira aquí —dijo, deteniéndose y señalando al gran valle de Londres abriéndose amplio y a lo lejos—. Es como un mar…, y nosotros nadamos en él. Y al final nos sumergimos, y luego volvemos a emerger…

purificados. —Tendió su brazo hacia la larga ladera a nuestro alrededor, tumbas y lápidas en largas perspectivas, en ilimitadas hileras—. Somos jóvenes, Ponderevo, pero más pronto o más tarde nuestras memorias blanqueadas vararán en una de esas playas, o en alguna otra playa parecida a esta. George Ponderevo, D. E. P.; Sydney Ewart, R. I. P. ¡Contempla sus hileras!

Hizo una pausa.

—¿Ves esa mano? Me refiero a esa mano que señala hacia arriba, en el extremo de ese romo obelisco. Sí. Bien, eso es lo que yo hago para vivir…, cuando no estoy pensando, o bebiendo, o merodeando, o haciendo el amor, o fingiendo que estoy intentando ser un escultor sin el dinero ni la moralidad para utilizar un modelo. ¿Ves? Y yo hago esos corazones inflamados y esos pensativos ángeles guardianes con la palma de la paz. ¡Los hago condenadamente bien y condenadamente baratos! Soy una víctima explotada, Ponderevo…

Así transcurrió todo nuestro encuentro. Aquel día apuré hasta el fondo la última gota de su conversación: hablamos de teología, de filosofía; tuve mi primer atisbo de socialismo. Tuve la sensación como de haber permanecido silencioso en medio de un silencio desde que él y yo nos habíamos separado. Ante la mención del socialismo, el talante de Ewart cambió por un tiempo a una especie de energía.

—Después de todo, toda esa confusa vaguedad puede ser alterada. Si puedes conseguir que los hombres trabajen juntos…

Fue una buena conversación que recorrió todo el universo. Pensé que estaba ofreciéndole a mi mente un refresco, pero en realidad se trataba de dispersión. Incluso ahora, todo tipo de ideas me arrastran hacia atrás, hasta un manantial, hasta Waterlow Park y mi resucitado Ewart. Allá, ante nosotros, se extienden hacia el sur las largas laderas ajardinadas y las blancas lápidas y la gran extensión de Londres, y en algún lugar de la imagen hay un viejo muro de color rojo, calentado por el sol, y un brillante racimo de ásteres silvestres mezclado con unos tardíos girasoles dorados y un agitar de hojas caídas moteadas de rojo sangre. Aquel día me sentía como si hubiera alzado de repente la cabeza fuera de las torpes e inmediatas cosas y hubiese mirado a una vida completamente distinta… Pero al mismo

tiempo mi mente me jugaba la travesura de recordarme que durante el resto del día iba a tener que dedicarme a copiar mis apuntes atrasados.

Después de aquella reunión, Ewart y yo nos encontramos muchas veces y hablamos mucho, y en nuestros siguientes encuentros me permití interrumpir su monólogo para participar también. Me había alterado lo suficiente como para permanecer despierto por las noches pensando y pensando en todo aquello, y discutía con él y le respondía mentalmente mientras me dirigía por las mañanas a la universidad. Soy por naturaleza un hombre de acción y no un crítico; su afirmación filosófica de la incalculable vaguedad de la vida, que encajaba con su indolencia natural, despertaba mi naturaleza más irritable y enérgica a una activa protesta.

—Si todo esto no tiene ningún sentido —dije— es porque la gente es apática y nos hallamos en el declive de una era. Pero tú eres socialista. ¡Bien, haz que cambie todo eso! Y tendremos una finalidad. ¡Ahí lo tienes!

Ewart me proporcionó todos mis primeros conceptos del socialismo; al poco tiempo yo era un socialista entusiasta y él un pasivo resistente a la exposición práctica de las teorías que me había enseñado.

—Tenemos que unirnos a alguna organización —le dije—. Tendríamos que hacer cosas… Tendríamos que ir y ponernos a hablar en las esquinas. La gente no sabe.

Imagínenme, un joven más bien pobremente vestido, en un estado de gran ansiedad, de pie allá en aquel miserable estudio suyo y diciendo esas cosas, quizá con una cierta gesticulación, y Ewart con el rostro manchado de arcilla, vestido tal vez con una camisa de franela y unos pantalones, con una pipa en la boca, inclinado filosóficamente sobre una mesa, trabajando en cualquier montón de arcilla que jamás pasaba de ser un simple esbozo.

—Me pregunto por qué será que no quieren —dijo.

Muy lentamente fui calibrando la auténtica posición de Ewart en el esquema de las cosas, comprendiendo lo deliberado y completo que era este desprendimiento de su forma de condenación moral y responsabilidades que jugaban un papel tan importante en su conversación. La suya era esencialmente la naturaleza de un conocedor del arte; podía hallar interés y belleza en interminables aspectos de las cosas que yo consideraba como dañinos, o al menos como no negociables; y el impulso que yo sentía hacia

el autoengaño, hacia una sostenida y consistente autodevoción, desequilibrado e indiferente y sin sentido por aquel entonces, era algo a lo que él mostraba una especie de admiración pero no simpatía. Como muchos oradores fantásticos y ampulosos, era en el fondo reservado, y me proporcionó una serie de pequeños shocks de descubrimiento a lo largo de nuestra relación. El primero de ellos llegó cuando me di cuenta de que hablaba completamente en serio al decir que no pensaba hacer nada en absoluto en el mundo para reformar los males que exponía de una forma tan sencilla y diestra. El siguiente vino con la repentina aparición de una persona llamada «Milly» —he olvidado su apellido—, a la que encontré en su habitación una tarde, simplemente envuelta en un cobertor azul —el resto de sus ropas estaban tras la manta—, fumando cigarrillos y compartiendo una botella grande de un vino a granel sorprendentemente barato y peleón que a Ewart le encantaba, llamado Canary Sack.

—¡Hola! —dijo Ewart, cuando entré—. Esta es Milly, ya sabes. Ha sido modelo… En realidad es modelo… (Tranquilo, Ponderevo). ¿Quieres un trago?

Milly era una mujer de unos treinta años quizá, con un rostro ancho y no carente de hermosura, un temperamento plácido, un mal acento y un delicioso pelo rubio que le caía en cascada en una indomable variedad de encantos; y cada vez que Ewart hablaba, se lo quedaba mirando, embobada y radiante. Ewart no dejaba de trazar bocetos de aquel pelo suyo y de embarcarse en modelar estatuillas de ella, que nunca terminaba. Se trataba, sé ahora, de una mujer de la calle, a la que Ewart conoció de la manera más casual, y que había caído rendidamente enamorada de él, pero mi experiencia en aquellos días era demasiado pobre como para situarla, y Ewart nunca ofreció explicaciones. Ella iba a él, él iba a ella, se tomaban unas vacaciones juntos en el campo cuando ella podía pagarse su parte correspondiente de los gastos. Sospecho ahora que incluso él aceptaba dinero de ella. ¡El extraordinario viejo Ewart! Era una relación tan alejada de mis ordenados conceptos del honor, de todo lo que podía imaginar que un amigo mío era capaz de hacer, que en realidad no veía lo que tenía delante de mis narices. Pero ahora lo veo y creo que lo comprendo…

Antes de entender por completo la discursiva forma en que Ewart presentaba su particular visión de la vida, intenté, como ya he dicho, a medida que las amplias y constructivas ideas del socialismo se apoderaban de mí, arrastrarlo a trabajar conmigo de alguna forma definida como socialista.

—Tendríamos que unirnos a otros socialistas —dije—. Así tal vez consiguiéramos algo.

—Primero vayamos a echar un vistazo a algunos.

Tras algunos esfuerzos descubrimos la oficina de la Sociedad Fabiana, escondida en una bodega en la Clement's Inn; y fuimos allá y nos entrevistamos con un secretario más bien decepcionante que permanecía a horcajadas frente al fuego y que nos interrogó de un modo severo, y pareció dudar profundamente de la integridad de nuestras intenciones. Nos aconsejó que asistiéramos al siguiente mitin de apertura en la Clifford's Inn, y nos dio los datos necesarios. Ambos nos las arreglamos para acudir, y oímos una animosa y discursiva arenga acerca de los trusts, y el discurso menos convincente que uno pueda imaginar. Tres cuartas partes de los que hablaron parecían hallarse bajo alguna jocosa obsesión que tomaba la forma de pretender ser presuntuoso. Era una especie de chiste familiar, y como extraños a la familia no nos gustó… Mientras salíamos al estrecho callejón que conducía de Clifford's Inn a Strand, Ewart sujetó de pronto a un hombrecillo enjuto y con gafas que llevaba un gran sombrero de fieltro y una enorme corbata naranja.

—¿Cuántos miembros hay en esta Sociedad Fabiana suya? —le preguntó de sopetón.

El hombrecillo se puso inmediatamente a la defensiva.

—Unos setecientos —dijo—, quizá ochocientos.

—¿Como… como los que había aquí?

El hombrecillo lanzó una nerviosa risita satisfecha.

—Sí, supongo que son una buena muestra —dijo.

El hombrecillo desapareció de nuestra existencia, y emergimos a la calle Strand. Ewart retorció su brazo en un extraño pero elocuente gesto que abarcaba todas las fachadas de los Bancos, los edificios de negocios, el distinguible reloj y las torres de los Tribunales de Justicia, los anuncios, los

letreros luminosos, englobándolo todo en una inmensidad social, en un sistema capitalista gigantesco e invencible.

—Esos socialistas no tienen sentido de las proporciones —dijo—. ¿Qué puedes esperar de ellos?

4

Ewart, como la personificación del habla, fue ciertamente un factor importante en mi patente fracaso en los estudios. La teoría social en su primera y cruda forma de socialismo democrático prendió en mi inteligencia más y más poderosamente. Argumenté en el laboratorio con el hombre que compartía banco conmigo hasta que finalmente discutimos y no volvió a hablarme. Y también me enamoré.

El fermento del sexo había estado insinuándose en mi ser como una marea avanzando lentamente durante todos mis días en Wimblehurst, y el estímulo de Londres fue como el alzarse de un viento sobre el mar, que arrastra las olas más alto y más aprisa. Ewart tenía también su parte en eso. Mi percepción de la belleza en forma y sonido, mi deseo de aventura, mi afán de relaciones, fueron convergiendo de forma cada vez más aguda y evidente en este tema central y exigente de la vida individual. Tenía que conseguir una compañera.

Empecé a enamorarme vagamente de las muchachas que pasaban junto a mí por la calle, de las mujeres que se sentaban delante de mí en los trenes, de las compañeras de estudios, de las damas que pasaban en sus carruajes, de las busconas en las esquinas, de las pulcras dependientas de las tiendas y camareras de los salones de té, incluso de las pinturas de mujeres y muchachas. En mis raras visitas al teatro, siempre me exaltaba, y encontraba que las actrices e incluso las espectadoras eran criaturas misteriosas, atractivas, que despertaban mis más profundos intereses y deseos. Tenía una sensación cada vez más y más fuerte de que entre aquellas multitudes que miraban y pasaban había en algún lugar alguien que era para mí. Y pese a todas las fuerzas antagónicas en el mundo, tenía algo en lo más íntimo que insistía: «¡Detente! ¡Mira a esta! ¡Piensa en ella! ¿Qué está haciendo? Esto significa… ¡Esto significa sobre todas las cosas…!

¡Detente! ¿Por qué aprietas el paso? Esta puede ser la persona predestinada…, por encima de todas las demás».

Es extraño que no pueda recordar cuándo vi por primera vez a Marion, que luego se convertiría en mi esposa…, a la que iba a hacer desgraciada, que iba a hacerme desgraciado, que iba a arrancarme esta espléndida posibilidad generalizada de amor de mis primeros tiempos de adulto y convertirla en un conflicto personal. Tuve conciencia de ella como de una más entre un número de interesantes figuras atractivas que se movían en torno a mi mundo, que me devolvían mis miradas, que se marchaban revoloteando con una especie de desviada atención. Debí encontrármela cruzando el Museo de Arte, que era mi atajo a Brompton Road, o verla sentada leyendo, como creo, en la Biblioteca de Cultura. Pero en realidad, como descubrí más tarde, ella nunca leía. Acostumbraba a ir allí a comerse un bocadillo con tranquilidad. Por aquel entonces era una muchacha de atractiva figura y movimientos, muy sencillamente vestida, con un pelo castaño oscuro, recuerdo, peinado en un moño en la parte de atrás que ponía en evidencia la hermosa redondez de su cabeza y armonizaba con las admirables líneas de sus orejas y mejillas, con la grave serenidad de su boca y barbilla.

Destacaba muy claramente de entre todas las demás chicas porque estas vestían ropas mucho más llamativas que ella, impresionaban con enérgicas notas de color, lo sobresaltaban a uno con sus novedosos sombreros y con sus actitudes y con todo lo demás. Siempre he odiado los susurros, los colores chillones, los estudiados y artificiales ángulos de las ropas femeninas. Su sencillo vestido negro le confería una austeridad…

Recuerdo, sin embargo, cómo una tarde descubrí el peculiar atractivo que representaba para mí. Me había puesto nervioso con mi trabajo y finalmente salí del laboratorio y me dirigí al Museo de Arte para vagar un poco entre los cuadros. Me tropecé con ella en un impensado rincón de la galería Sheepshanks, copiando con esmero algo de un cuadro que colgaba muy alto. Yo acababa de estar en la galería de moldes de figuras antiguas, mi mente estaba aún viva con mi recién despertado sentido de las líneas, y allí se hallaba ella, con el rostro vuelto hacia arriba, su cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, memorablemente graciosa…, femenina.

Tras lo cual sé que quise volver a verla, sentí una clara emoción ante su presencia, empecé a imaginar cosas sobre ella. Ya no seguí pensando en la mujer como en algo general o en esta mujer o en esa otra. Pensé en ella.

Un accidente nos reunió. Estaba un lunes por la mañana en un ómnibus que se bamboleaba hacia el oeste desde Victoria… Volvía de pasar el domingo en Wimblehurst, en respuesta a la única muestra de hospitalidad por parte de mr. Mantell. Ella era el único otro pasajero del vehículo. Y cuando llegó el momento de pagar su billete, mudó el rostro en expresión aterrada, desconcertada y nerviosa: se había dejado el bolso en casa.

Afortunadamente, yo llevaba algo de dinero.

Me miró con unos sorprendidos y turbados ojos castaños; aceptó mi proposición de pagarle el billete al conductor con una cierta reserva que parecía formar parte de su timidez, y cuando se levantó para apearse, me dio las gracias con una naturalidad visiblemente afectada.

—Muchas gracias —me dijo, con una agradable y suave voz; y luego, más envarada—: Ha sido muy amable por su parte.

Creo que murmuré algo educado. Pero precisamente en aquel momento no estaba en posición de ser crítico. Estaba henchido con la sensación de su presencia, su brazo me rozó mientras pasaba por mi lado, la graciosa esbeltez de su cuerpo estaba cerca del mío. Las palabras que nos dijimos no parecen importar mucho. Tuve la vaga intención de bajar con ella… y no lo hice.

Ese encuentro, no tengo la menor duda, me produjo gran inquietud. Permanecí despierto toda la noche reviviéndolo, y preguntándome cuál sería la siguiente fase de nuestra relación. Esta se concretó con la devolución de mis dos peniques. Yo estaba en la Biblioteca Científica, buscando algo en la *Encyclopœdia Britannica*, cuando ella apareció a mi lado y depositó sobre la página abierta un sobrecito preparado con evidente antelación, cuya forma ligeramente abultada evidenciaba las monedas que contenía.

—Fue usted muy amable el otro día —me dijo—. No sé qué hubiera hecho sin usted, mr…

Le di mi nombre.

—Sabía que era usted estudiante —le dije.

—No exactamente estudiante. Yo…

—Bien, de todos modos, sabía que acudía usted aquí con frecuencia. Y yo sí soy un estudiante, en las Escuelas Técnicas Consolidadas.

Me lancé a mi autobiografía y le hice algunas preguntas, y así la arrastré a una conversación que adquirió un tono de intimidad por el hecho de que, como deferencia a los demás lectores, nos veíamos obligados a hablar en voz muy baja. Y no tengo la menor duda de que la conversación fue singularmente trivial. Por supuesto, tengo la impresión de que todas nuestras primeras conversaciones fueron increíblemente triviales. Nos encontramos varias veces de una forma medio accidental, medio furtiva, y absolutamente torpe. Mentalmente, no llegué a situarla. Nunca llegué a situarla mentalmente. Su charla, ahora lo veo con claridad, era vacía, presuntuosa, evasiva. Aunque no recuerdo, ni siquiera ahora, que fuera de ningún modo vulgar. Se mostraba, puedo verlo perfectamente, ansiosa por enfatizar u ocultar su auténtico estatus social, un poco deseosa de ser tomada por una estudiante de la escuela de arte y ligeramente avergonzada por no serlo. Acudía al museo para «copiar cosas», y esto, llegué a la conclusión, tenía algo que ver de alguna forma con la manera en que se ganaba la vida, pero no se lo pregunté. Le conté cosas de mí mismo, cosas vanas que tenía la sensación de que despertarían su interés, pero que mucho después supe que le habían hecho calificarme de «presuntuoso». Hablamos de libros, sobre lo cual se mostraba muy en guardia y reservada, mientras que era mucho más franca con la pintura. Le «gustaba» la pintura. Creo que desde un principio aprecié y ni por un momento lamenté el hecho de que la suya fuera una mente de lo más común, que fuera el custodio inconsciente de algo que se había aferrado a mi más íntimo instinto, que encarnara la esperanza de una posibilidad, que fuera la despreocupada propietaria de una cualidad física que había embriagado mi cabeza como un fuerte vino. Sentía que tenía que afirmar nuestra relación, por simple que fuera. Finalmente penetraríamos a través de esas irrelevantes cosas externas, y llegaríamos a la realidad del amor que yacía debajo.

La vi en sueños liberada de sí misma, hermosa, adorable, resplandeciente. Y a veces, cuando estábamos juntos, nos sumíamos en el silencio por falta de temas de los que hablar, y entonces mis ojos se

recreaban en ella y el silencio parecía como si se alzara un telón… Su yo superficial. Extraño, lo confieso. Extraño, particularmente, el enorme efecto que algunas cosas suyas causaba en mí, un ligero color oscuro en su piel, una cierta perfección en el contorno de sus labios, su barbilla, un ligero y atractivo ondular de sus hombros. Por supuesto, para mucha gente no era hermosa…, esas cosas se hallan más allá de toda explicación. Tenía evidentes defectos en forma y rasgos, y no importaban en absoluto. Su tez tenía imperfecciones, pero no creo que hubiera importado aunque fuera poco saludable. Mis deseos eran extraordinariamente limitados, extraordinariamente dolorosos. Ansiaba de un modo intolerable besar sus labios.

5

El asunto era inmensamente serio e imperativo para mí. No recuerdo que en aquellas primeras fases me asaltara ningún pensamiento de echarme atrás. Me resultaba claro que ella me contemplaba con unos ojos mucho más críticos que los que yo tenía para ella, que a ella no le gustaba mi desaliño estudiantil, mi deseo de vestir con un estilo de lo más común.

—¿Por qué llevas estos cuellos? —me decía, y me enviaba a buscar cuellos más aristocráticos. Recuerdo cuando un día me invitó un poco por sorpresa a tomar el té a su casa el domingo siguiente y conocer a su padre y a su madre y a su tía, e inmediatamente dudé si mis mejores galas, hasta entonces fuera de toda sospecha, iban a crear la impresión que ella deseaba que causara a sus familiares. Aplacé el encuentro hasta el otro domingo, para prepararme convenientemente. Me hice hacer un traje de mañana y me compré una chistera, y tuve mi recompensa en la primera mirada de admiración que me lanzara nunca. Me pregunto cuántos de mi sexo son tan ridículos. Entiendan, estaba abandonando todas mis creencias, todas mis costumbres jamás formuladas. Me estaba olvidando de mí mismo, totalmente. Y sentía una vergüenza consciente por todo ello. Nunca le susurré una palabra a Ewart— ni a ningún alma viviente— de todo lo que estaba atravesando.

Su padre y su madre y su tía me sorprendieron como las más deprimentes de las personas, y su casa en Walham Green era notable principalmente por sus alfombras negras y ámbar y sus cortinas y sus tapetes, y por la edad e irrelevancia de sus libros, en su mayor parte con el dorado de sus cubiertas completamente ajado. Las ventanas estaban fortificadas contra los ojos intrusos con cortinas baratas de encaje, y había un «jarrón artístico» sobre una inestable mesilla octogonal. Varios dibujos enmarcados de Marion de la Escuela de Arte, que exhibían las notas de

aprobación oficiales de South Kensington, adornaban la habitación, y había también un piano negro y dorado, con un libro de himnos encima. Encima de todas las repisas de las chimeneas tenían espejos colgados, y sobre el aparador, en el comedor donde nos sentamos para tomar el té, había un retrato de su padre horriblemente realista, a la manera de tales pinturas. No pude ver ningún rastro de la belleza que encontraba en ella en ninguno de sus padres, si bien de alguna forma se parecía ligeramente a los dos.

Esa gente se comportaba de una forma que me recordaba a las Tres Grandes Mujeres en la habitación de mi madre, pero ninguno poseía los suficientes conocimientos sociales como para actuar como ellas. También, observé, se comportaban así pensando sobre todo en Marion. Querían darme las gracias, dijeron, por mi amabilidad hacia su hija en el asunto del billete del ómnibus, por lo que su invitación no tenía nada de extraño. Se comportaban como sencilla gente bien nacida, un poco hostiles a la precipitación y el movimiento constante de Londres, prefiriendo una recogida y modesta tranquilidad.

Cuando Marion sacó el blanco mantel de un cajón del aparador para servir el té, un cartel con la palabra «Apartamentos» cayó al suelo. Lo recogí y se lo tendí antes de darme cuenta por su brusco enrojecimiento que no hubiera debido verlo; probablemente había sido retirado de la ventana en honor a mi visita.

Su padre habló, en un determinado momento, de una forma vaga y remota, de las exigencias de los compromisos comerciales, y hasta mucho después no me di cuenta de que era un empleado supernumerario de la Walham Green Gas Works, y también una excelente ayuda en el hogar. Era un hombre robusto, flojo, gordo, con unos ojos castaños poco inteligentes agrandados por unas gafas; llevaba una levita que le caía mal y un cuello de papel, y me mostró, como su mayor tesoro e interés, una enorme Biblia que había ilustrado con fotografías de cuadros. También cultivaba el pequeño jardín del patio de atrás de la casa, y tenía un pequeño invernadero con tomates.

—Me gustaría poder disponer de un poco más de calor —me dijo—. Uno puede hacer tantas cosas con un poco de calor. Pero supongo que no puedes tener todo lo que deseas en este mundo.

Tanto él como la madre de Marion la trataban con una deferencia que consideré la cosa más natural del mundo. Sus propios modales cambiaron, se hizo más autoritaria y atenta, su timidez desapareció. Supuse que se había impuesto, había colgado los espejos, comprado el piano de segunda mano, relegado a sus padres a un segundo plano. Su madre debió de haber sido en su tiempo una mujer hermosa; tenía unos rasgos regulares y el pelo de Marion sin su lustre, pero era delgada e inquieta. La tía, miss Ramboat, era una persona gruesa y de una timidez anormal, muy parecida a su hermano, y no recuerdo nada de lo que dijo en aquella ocasión.

Al principio hubo un cierto atisbo de tensión… Marion estaba terriblemente nerviosa, y todo el mundo se sentía bajo la necesidad de comportarse de una manera misteriosa e irreal hasta que yo me lancé, me mostré comunicativo y creé una cierta relajación e interés. Les hablé de la escuela, de mi alojamiento, de Wimblehurst y mis días de aprendiz.

—Hoy en día hay mucho de esta ciencia por todas partes —reflexionó mr. Ramboat—, pero a veces me pregunto ¿para qué sirve?

Yo era lo suficientemente joven como para dejarme arrastrar hasta lo que él llamaba «un poco de discusión», que Marion truncó antes de que nuestras voces se alzaran inconvenientemente.

—Me atrevería a decir —intervino— que hay mucho que decir a ambos lados.

Recuerdo que la madre de Marion me preguntó a qué iglesia asistía, y que yo respondí con una evasiva. Después del té hubo un poco de música, y cantamos himnos. Yo dudaba de tener suficiente voz cuando lo propusieron, pero me dijeron que aquella era una objeción trivial, y hallarme sentado al lado de la cascada de pelo de Marion, junto a su barbilla, tenía sus compensaciones. Descubrí a su madre sentada en un sillón de tela de crin contemplándonos con ternura. Salí para dar un paseo con Marion hacia Putney Bridge, y luego hubo más cantos y una cena de tocino frío y pastel, tras la cual mr. Ramboat y yo fumamos. Durante ese paseo, recuerdo, ella me habló del significado de sus dibujos y copias en el museo. Una prima de una amiga suya, a la que se refirió como Smithie, había puesto en marcha un original negocio con una especie de atuendos que ella llamó Mantos Persas, una especie de mantos con diseños alegremente bordados, y Marion

iba allí y trabajaba en ellos cuando apretaba el trabajo. Cuando no apretaba, ideaba novedades para los diseños utilizando asiduamente los ojos y el bloc de notas en el museo, y volvía a casa y trazaba las formas que había captado en el material de base.

—No gano mucho —dijo Marion—, pero es interesante, y cuando hay mucho trabajo nos dedicamos todo el día a ello. Por supuesto, las chicas que hacen los bordados son horriblemente vulgares, pero no hablamos mucho con ellas. Además Smithie habla por diez.

Comprendí perfectamente que las chicas que hacían los bordados fueran horriblemente vulgares.

No recuerdo demasiado aquel *ménage* de Walham Green ni la calidad de aquella gente, ni la luz que arrojaba sobre Marion, reducidas como estaban por aquel entonces todas mis demás consideraciones a un remoto rincón de mi mente ante mi firme resolución de conseguirla a ella. No me gustaron. Pero lo acepté como parte del asunto. Por supuesto, en su conjunto, creo que la realzaban a ella por efecto de contraste; las controlaba de una forma tan obvia, era tan conscientemente superior a ellas.

Fui dedicando cada vez más tiempo a aquella pasión que me poseía. Empecé a pensar en todo lo que podría hacer para complacer a Marion, en actos de devoción, en tratos, en suntuosos presentes para ella, en insinuaciones que ella pudiera comprender. Si bien a veces se mostraba manifiestamente poco inteligente, si bien a veces su ignorancia era innegable, me decía a mí mismo que sus simples instintos valían lo que toda la educación e inteligencia del mundo. Y aún hoy en día considero que no me equivoqué. Reconozco aún que había en ella algo exquisito, algo sencillo y alto, que parpadeaba saliendo y entrando de su ignorancia y trivialidad y limitaciones como sale y entra de su boca la lengua de una serpiente…

Una noche tuve el privilegio de salir con ella y acompañarla a su casa tras asistir a un espectáculo en el Birkbeck Institute. Volvimos en el metro y viajamos en primera clase, puesto que esa era la clase más alta disponible. Estábamos solos en el vagón, y por primera vez me aventuré a rodearla con mi brazo.

—No deberías hacerlo —dijo débilmente.

—Te quiero —susurré de pronto, con mi corazón latiendo de forma alocada, y la atraje hacia mí, atraje toda su belleza hacia mí y besé sus fríos labios que no se resistieron.

—¿Me quieres? —dijo, apartándose con un forcejeo de mí—. ¡No sigas! —Y luego, mientras el metro entraba en una estación—: No debes decírselo a nadie… No sé… No deberías haber hecho esto…

Entonces entraron otras dos personas en el vagón, y aquello acabó con mi cortejo por un rato.

Cuando nos encontramos solos de nuevo, caminando hacia Battersea, ella había decidido sentirse ofendida. Me despedí sin haber sido perdonado y terriblemente desmoralizado.

Cuando nos encontramos de nuevo, me dijo que no debía hacer «aquello» otra vez.

Yo había soñado que besar sus labios era la satisfacción definitiva. Pero por supuesto era tan solo el principio de los deseos. Le dije que mi única ambición era casarme con ella.

—Pero —dijo— no te hallas en posición… ¿De qué sirve hablar así?

Me quedé mirándola.

—Lo digo en serio —murmuré.

—No puedes —respondió—. Pasarán años antes de que…

—Pero yo te quiero —insistí.

Estaba a menos de un metro de los dulces labios que había besado; estaba a la longitud de un brazo de la inanimada belleza que deseaba animar, y vi abrirse entre nosotros un abismo de años, trabajo, espera, decepciones, y una inmensa inseguridad.

—Te quiero —dije—. ¿Tú no me quieres?

Me miró directamente al rostro, con unos ojos graves e insensibles.

—No lo sé —dijo—. Me gustas, por supuesto… Pero hay que ser sensato…

Puedo recordar ahora mis sentimientos de frustración ante su inflexible respuesta. Hubiera debido percibir entonces que para ella mi ardor no poseía un fuego estimulante. ¿Pero cómo podía saberlo? Había dejado que mi deseo por ella fuera creciendo, mi imaginación la adornaba con infinitas posibilidades. La deseaba y la deseaba, estúpida e instintivamente…

—Pero —dije—, el amor…

—Hay que ser sensato —respondió—. Me gusta estar contigo. ¿No podemos seguir como hasta ahora?

6

Bien, supongo que ahora empezarán a comprender mi fracaso. He sido lo suficientemente generoso con estas justificaciones. Mi trabajo se hizo más y más timorato, mi comportamiento degeneró, mi puntualidad declinó; cada vez iba siendo más aventajado por el machacante paso de mis compañeros de estudios. Todas las reservas de energía moral que aún me quedaban se dirigían ahora a servir a Marion antes que a la ciencia.

Fui debilitándome terriblemente, desentendiéndome y escondiéndome; los gibosos hombres del norte, los pálidos hombres con pequeñas y cerradas mentes, los interesados y jadeantes compañeros de estudios contra los que al principio había considerado que estaba enfrentado, pasaron al fin de la vehemente rivalidad a un desdén moral. Incluso una chica pasó por delante de mí en las listas. Entonces, por supuesto, convertí en una cuestión de honor el mostrar mi público desprecio a todas las reglas que realmente nunca había pretendido jugar…

Y así un día me encontré sentado, sumergido en un considerable asombro, en los jardines de Kensington, reflexionando sobre una reciente y acalorada entrevista con el registrador de la escuela, en la cual había desplegado más espíritu que sentido. Estaba asombrado principalmente por mi prodigiosa deserción de todos los ideales militantes de decidido estudio que había traído de Wimblehurst. Me había convertido, como dijo el registrador, en «un absoluto sinvergüenza». Mi fracaso en conseguir una nota en mis exámenes escritos había sido igualado solamente por la insuficiencia de mi trabajo práctico.

—Le pregunto —me había dicho el registrador—: ¿qué va a ser de usted cuando termine su período de estudios?

Era realmente una interesante pregunta. ¿Qué iba a ser de mí?

Resultaba claro que no habría nada para mí en la enseñanza, como en alguna ocasión me había atrevido a esperar; parecía por supuesto que no podría aspirar a nada en el mundo excepto a un mal pagado puesto de ayudante en alguna escuela de ciencias provinciana o en una escuela primaria. Sabía que para ese tipo de trabajo, sin un título o una calificación similar, uno apenas conseguía ganarse la vida, y tenía pocas posibilidades de ascender a algo mejor. ¡Si tan solo tuviera una cantidad tan pequeña como cincuenta libras podría salir de Londres y obtener mi licenciatura en Ciencias, y cuadruplicar mis posibilidades! Mi amargura hacia mi tío volvió ante esos pensamientos. Después de todo, él tenía aún parte de mi dinero, o debía tenerlo. ¿Por qué no actuaba amparándome en mis derechos, amenazándole con «tomar otras medidas»? Medité durante un rato la idea, y luego volví a la Biblioteca de Ciencias y le escribí una larga y no poco cáustica carta.

Esa carta a mi tío fue el nadir de mi fracaso. Sus notables consecuencias, que acabaron completamente con mis días de estudiante, las explicaré en el siguiente capítulo.

He dicho «mi fracaso». Sin embargo, hay veces en las que incluso puedo dudar de si ese período fue realmente un fracaso, cuando me vuelvo defensivamente crítico acerca de esos exigentes cursos que no seguí, el enciclopédico proceso de agotamiento científico del que fui desgajado. Mi mente no permaneció inactiva, aunque se alimentara de frutos prohibidos. No aprendí lo que mis profesores y demostradores habían decidido que debía aprender, pero aprendí muchas otras cosas. Mi mente aprendió a impulsarse hacia horizontes más amplios, y a impulsarse por sí misma.

Después de todo, esos compañeros que ocuparon lugares más altos en los exámenes universitarios y fueron los chicos modelos del profesor, no tuvieron un futuro tan sorprendente. Algunos son ahora profesores, algunos expertos técnicos; ninguno de ellos puede demostrar haber hecho las cosas que yo, siguiendo mis propios intereses, conseguí hacer. Porque yo he construido embarcaciones que cruzan el agua como látigos, y nadie soñó nunca en tales embarcaciones hasta que yo las construí; y he sorprendido tres secretos que son mucho más que descubrimientos técnicos, en los más inesperados escondrijos de la naturaleza. He estado más cerca de volar de lo

que haya estado ningún hombre. ¿Hubiera podido conseguir tanto si me hubiera resignado a obedecer a esos más bien mediocres profesores en la universidad que se proponían entrenar mi mente? Si hubiera sido entrenado para la investigación —esa ridícula contradicción de términos—, ¿hubiese hecho algo más que producir unos cuantos añadidos al almacén existente de pequeños informes con deslustradas conclusiones, de los cuales ya hay demasiados en el mundo? No veo ningún sentido en mostrarme fingidamente modesto en este asunto. Mirándolo desde los estándares del éxito mundial que represento, comparado con el destino de mis compañeros de estudio, no hay ningún fracaso. Obtuve mi titulación a los treinta y siete años, y aunque no sea muy rico, la pobreza está tan lejos de mí como la Inquisición española. Supongamos que hubiera apartado de mi cabeza mi errante curiosidad, que hubiese cerrado mi imaginación en una caja justo cuando empezaba a crecer ante las cosas, que hubiera trabajado basándome en este y ese otro excelente método y según esta y esa otra excelente indicación: ¿dónde estaría ahora?

Puede que esté equivocado al respecto. Puede que hubiese sido un hombre más eficiente de lo que soy ahora si hubiera cortado de raíz todos esos consumos divergentes de energía, taponado mi curiosidad hacia la sociedad con cualquiera de esas tonterías comúnmente aceptables, que hubiese abandonado a Ewart, que hubiera eludido a Marion en vez de perseguirla, que me hubiese concentrado. ¡Pero no lo creo!

Sin embargo, sí lo creí entonces, y me sentí lleno de remordimientos, aquella tarde, cuando me senté abatido en los jardines de Kensington y revisé, a la luz de las pertinentes preguntas del registrador, mis primeros dos años en Londres.

II

Amanece, y aparece mi tío con una nueva chistera

1

A lo largo de mis días de estudiante no había visto a mi tío. Me había contenido de ir a verle pese a que ello me disgustaba porque me mantenía alejado de mi tía Susan, y persistía en mi actitud mental enfurruñada hacia él. Y no creo que ni una sola vez en todo aquel tiempo pensara en aquella mística palabra suya que iba a revolucionar todo el mundo. Sin embargo, no por ello la había olvidado. Y me volvió a la memoria, con una confusa y fugaz perplejidad, si no más —¿por qué esto me parece en un cierto aspecto algo personal?— cuando leí una nueva inscripción en las carteleras:

EL SECRETO DEL VIGOR: TONO-BUNGAY

Eso era todo. Era simple y, sin embargo, en cierto modo, llamativo. Me descubrí a mí mismo repitiendo la palabra una vez hube pasado. Despertaba la atención de uno como el sonido de distantes cañones. «Tono»… ¿qué es eso?; y profunda, intensa, pausadamente: «¡Bun… gay!».

Entonces llegó el sorprendente telegrama de mi tío, su respuesta a mi hostil nota: «Ven inmediatamente se te necesita trescientas al año seguras tono-bungay».

—¡Por Dios! —exclamé—. ¡Claro que sí!

Reflexioné sobre el asunto.

—Se trata de algo… ¡Un específico! Me pregunto qué querrá de mí.

A su manera napoleónica, mi tío había omitido incluir su dirección. Su telegrama había sido expedido en Farringdon Road, de modo que tras complejas meditaciones respondí a Ponderevo, Farringdon Road, confiando en que lo poco común de nuestro apellido permitiera que le llegase sin problemas.

«¿Dónde debo ir?», pregunté.

Su respuesta llegó inmediatamente:

«192A Raggett Street, E.C.»

Al día siguiente me tomé unas vacaciones no autorizadas tras la clase de la mañana. Encontré a mi tío con una maravillosa chistera nueva… ¡Oh, qué espléndida chistera!, con un ala curvada que iba mucho más allá de lo que estaba de moda. Decididamente era demasiado grande para él, ese era su único fallo. La llevaba echada hacia la nuca, e iba con un chaleco blanco y en mangas de camisa. Me dio la bienvenida sin hacer ninguna referencia a mi amarga sátira y a mi hostil abstinencia, lo cual fue maravilloso. Sus gafas cayeron sobre el puente de su nariz al verme. Sus redondos e inexpresivos ojos brillaron intensamente. Me tendió su corta y regordeta mano.

—¡Lo hemos conseguido, George! ¿No te lo dije? Ahora ya no necesitamos susurrarlo, muchacho. Grítalo… ¡fuerte! ¡Difúndelo por todas partes! ¡Cuéntaselo a todo el mundo! ¡Tono… TONO… TONO-BUNGAY!

Raggett Street, entiendan, era una transitada calle sobre la que alguien había distribuido grandes cantidades de tronchos y hojas de coles. Empezaba en la parte superior de Farringdon Street, y el 192A era una tienda con el cristal del escaparate de color chocolate, sobre el que habían sido pegados algunos de los mismos carteles que me habían llamado la atención en las carteleras. El suelo estaba cubierto por el barro de la calle que había sido arrastrado dentro por las botas sucias, y tres enérgicos jóvenes de tipo truhanesco, con delantales atados al cuello y gorro, estaban llenando cajas de madera con botellas envueltas en papel, entre mucha paja y confusión. El mostrador estaba lleno de esas mismas botellas alineadas, de un diseño entonces nuevo pero hoy sorprendentemente familiar en el mundo, y el papel azul que las envolvía mostraba la resplandeciente figura de un gigantesco genio desnudo y las instrucciones impresas que afirmaban

que bajo prácticamente cualquier circunstancia podía tomarse el Tono-Bungay. Más allá del mostrador y a un lado se abría una escalera bajando la cual creo recordar a una muchacha que traía un nuevo cargamento de botellas, y el resto del fondo era otra gran divisón, igualmente color chocolate, con las palabras «Laboratorio provisional» escritas con letras blancas, y una puerta en el centro que decía «Oficina». Allí fue donde llamé, sin ser oído en medio de todo el bullicio, y entré sin esperar respuesta para encontrar a mi tío, vestido como ya he descrito, sujetando con una mano un puñado de cartas, y rascándose la cabeza con la otra mientras dictaba a una de tres atareadas mecanógrafas. Tras él había una nueva separación y una puerta rotulada: «Absolutamente privado. Prohibida la entrada». Esa era de madera pintada del universal color chocolate, hasta unos dos metros y medio, y luego de cristal. A través del cristal tuve como un vislumbre de un amontonamiento de crisoles y retortas y… ¡por el amor de Dios, sí!… ¡la querida y vieja y silenciosa bomba neumática de Wimblehurst! Me produjo un pequeño estremecimiento… ¡esa bomba neumática! Y además estaba la máquina eléctrica, pero algo, algún problema serio, le había ocurrido a esta. Todo ello estaba situado en un estante, justo al nivel a propósito para que pudiera ser visto.

—Ven al sanctasanctórum —dijo mi tío, tras terminar algo acerca de «suyo afectísimo», y me condujo a través de la puerta a una habitación que sorprendentemente fracasaba en confirmar las promesas de tales aparatos. Estaba empapelada con un deslustrado papel que se había despegado en algunos lugares; contenía una chimenea, una poltrona con un almohadón, una mesa sobre la que había dos o tres grandes botellones, un cierto número de cajetillas de cigarros sobre la repisa de la chimenea, una frasquera para whisky y una hilera de sifones. Mi tío cerró cuidadosamente la puerta detrás de mí.

—¡Bien, ahí está! —dijo—. ¡Haciéndose más fuerte cada vez! ¿Quieres un whisky, George? ¿No? ¡Hombre prudente…! ¡Yo tampoco! ¡Aquí me tienes! ¡Atacando… duro!

—¿Duro a qué?

—Léelo. —Y depositó en mi mano una etiqueta, esa etiqueta que se ha convertido ahora en uno de los objetos más familiares en cualquier

farmacia, con su orla verdeazulada de estilo más bien antiguo, la inscripción, el nombre en gruesas letras negras, muy claro, y el forzudo en medio de un haz de relámpagos, encima de la doble columna de expertas líneas en rojo…, la etiqueta del Tono-Bungay.

—Está a flote —dijo, mientras yo la contemplaba desconcertado—. Está a flote. ¡Yo estoy a flote!

Y de pronto empezó a cantar con aquella ronca voz de tenor suya:

¡Estoy a flote, estoy a flote en medio de la feroz marea,
el océano es mi hogar y mi barca es mi novia!

—Una excelente canción esa, George. No es que una barca sea una solución, pero… ¡funciona! ¡Y estamos en ello! ¡Por cierto! ¡Un momento! He pensado en una cosa. —Salió precipitadamente, dejándome solo para que examinara el lugar a mis anchas, mientras su voz se volvía dictatorial ahí afuera. El sanctasanctórum me pareció, a su amplia, gris y sucia manera, algo extraordinario y sin precedentes. Los botellones estaban etiquetados simplemente A, B, C… y así sucesivamente, y aquel querido y viejo aparato ahí arriba, visto desde el lado, era aún más claramente un objeto de exhibición que cuando había sido utilizado para impresionar en Wimblehurst. No vi nada que hacer excepto sentarme en la silla y aguardar las explicaciones de mi tío. Observé una levita con solapas de satén detrás de la puerta; había un dignificado paraguas en un rincón, y un cepillo para la ropa y otro para el sombrero en una mesilla auxiliar. Mi tío regresó al cabo de cinco minutos mirando su reloj…, un reloj de oro.

—Se acerca la hora de comer, George —dijo—. Será mejor que vengas y comas conmigo.

—¿Cómo está tía Susan? —pregunté.

—Exuberante. Nunca la había visto tan retozona. Esto la ha animado de una forma maravillosa… Todo esto.

—¿Todo esto qué?

—El Tono-Bungay.

—¿Qué es el Tono-Bungay? —pregunté.

Mi tío vaciló.

—Te lo contaré después de comer, George —dijo—. ¡Vamos!

Y tras cerrar con llave el sanctasanctórum a sus espaldas, abrió camino por una estrecha y sucia acera alineada con carretillas y barrida ocasionalmente por una avalancha de mozos cargando bultos hacia carruajes que aguardaban, hasta Farringdon Street. Llamó de una forma soberbia a un coche que pasaba, y el cochero se mostró infinitamente respetuoso.

—A Schäfers —dijo; y entramos lado a lado, yo cada vez más asombrado ante todo aquello, en el hotel Schäfers, el segundo en importancia, con sus enormes ventanales cubiertos con cortinas de encaje, junto a la esquina del Blackfriars Bridge.

Confesaré que noté un cambio mágico en nuestras proporciones relativas mientras los dos colosales porteros con librea azul pálido y roja del Schäfers mantuvieron abiertas las puertas interiores para nosotros con un respetuoso saludo que en cierto modo parecía estar dedicado únicamente a mi tío. En vez de ser unos diez centímetros más alto, me sentí como máximo de la misma estatura que él, y mucho más inadecuado. Unos camareros más respetuosos aún tomaron su nueva chistera y el digno paraguas, y recogieron la comanda de nuestra comida. Se lo dio con una elegante seguridad.

Hizo una seña con la cabeza hacia varios de los camareros.

—Ya me conocen, George —dijo—. Me toman en consideración. ¡Un hermoso lugar! ¡Ideal para la gente como yo!

Los asuntos de la comida ocuparon su atención durante un rato, y luego yo me incliné por encima de mi plato.

—¿Y ahora? —dije.

—Es el secreto del vigor. ¿No has leído esa etiqueta?

—Sí, pero…

—Se está vendiendo como tortitas calientes.

—¿Y qué es? —presioné.

—Bien —dijo mi tío, y se inclinó hacia delante y habló quedamente, cubriendo su boca con la mano—. No es ni más ni menos que…

(Pero aquí interviene un desafortunado escrúpulo. Después de todo, el Tono-Bungay es todavía un artículo que está en el mercado y en las manos

de compradores que lo han obtenido de, entre otros vendedores, yo mismo. ¡No! Me temo que no puedo revelar eso).

—¿Entiendes? —dijo mi tío en un susurro bajo y confidencial, con los ojos muy abiertos y la frente fruncida—. Tiene buen sabor debido a —(y aquí mencionó un condimento y un producto aromático)—. Es estimulante debido a —(y aquí mencionó dos tónicos muy enérgicos, uno de ellos con una notable acción sobre el riñón)—. Y el —(y aquí mencionó otros dos ingredientes)— lo hace euforizante. Levanta la… moral. Luego está —(y aquí entramos en el secreto principal)—. Y eso es todo. Lo obtuve de un viejo libro de recetas… Todos, excepto el —(y aquí mencionó la sustancia más virulenta, la que actúa sobre el riñón)—, que es idea mía. ¡Un toque moderno! ¡Y eso es todo!

Volvió a ocuparse de nuestra comida.

Luego me condujo hasta el salón, un lugar suntuoso decorado en rojo oscuro y con el servicio de porcelana amarilla, con unas vistas increíbles de divanes y sofás y cosas así, y allí me encontré sentado junto a él en dos sillones excesivamente mullidos con una mesilla morisca entre los dos que contenía el servicio de café y Bénédictine, saboreando las delicias de un cigarro de diez peniques. Mi tío fumaba un cigarro parecido como si hubiera estado haciéndolo toda la vida, y parecía lleno de energías y en su ambiente entre todo aquel lujo, y, de una forma inesperada, en cierto modo vulgar bajo aquella capa de distinción. Quizá fuera debido a algo tan trivial como el hecho de que ambos fanfarroneáramos indicando que nuestros cigarros tenían que ser «suaves». Se inclinó oblicuamente hacia el espacio que separaba nuestros dos enormes sillones para acercarse confidencialmente a mi oído, doblando sus cortas piernas, y yo, a mi manera más desgarbada, adopté la correspondiente oblicuidad receptiva. Tuve la sensación de que cualquier observador imparcial nos consideraría como un par de personas más bien taimadas y repulsivas.

—Quiero que tú entres también en esto, George —dijo mi tío entre bocanadas de su cigarro—. Por muchas razones.

Su voz se hizo más baja y astuta. Me dio unas explicaciones que en mi experiencia no lo explicaban completamente todo. Retengo la impresión de un crédito a largo plazo y una participación con una firma de farmacéuticos

mayoristas, de un crédito y la perspectiva de una participación con algunos impresores piratas, y de una tercera participación con el propietario de una revista y de un periódico importantes.

—Los opuse entre sí —dijo mi tío.

Capté aquello al instante. Había ido a cada uno de ellos diciéndoles que los demás ya habían aceptado.

—Yo puse cuatrocientas libras —dijo mi tío—. Mías y solo mías. Y tú sabes bien…

Adoptó un aire profundamente confidencial.

—No tenía ni quinientos peniques. A menos que…

Por un momento se mostró un poco azarado.

—Lo hice —dijo—. Producir capital. ¿Sabes?, había ese asunto de tu fideicomiso… Supongo que hubiera debido, desde una estricta legalidad, solucionarlo antes. Zzzz…

Una profunda chupada a su cigarro.

—Fue algo atrevido —admitió, pasando de las regiones del honor a las regiones del valor. Y luego, con su característico estallido de fervor—: ¡Gracias a Dios todo salió bien!

Otra chupada.

—Y ahora, supongo, preguntarás dónde entras tú. Bien, el hecho es que siempre he confiado en ti, George. Sé que tienes posibilidades… Y también valor. ¡Desembarázate de todas tus rémoras, despierta, e irás adelante! Puedes alcanzar cualquier posición que creas que eres capaz de alcanzar. Sé un poco acerca de caracteres, George… Créeme. Puedes conseguir… — Cerró sus manos y volvió a abrirlas de pronto, y dijo al mismo tiempo, con explosiva violencia—: ¡Zooom! Sí. ¡Puedes! La forma en que dominaste el latín en Wimblehurst; nunca lo he olvidado. ¡Zoo-oo-oo-oom! ¡Tu ciencia y todo lo demás! ¡Zoo-oo-oo-oom! Conozco mis limitaciones. Hay cosas que puedo hacer, y —(habló en un susurro, como si estuviera revelando un profundo secreto de su vida)— cosas que no. Bien, puedo crear este negocio, pero no puedo lanzarlo adelante. Soy demasiado prolijo… Hiervo demasiado aprisa, no sé hervir a fuego lento. Tú puedes mantenerte hirviendo e hirviendo lentamente. Digiriendo poco a poco. Ese eres tú, firme y contenido y reservándote, y luego… ¡zoo-oo-oo-oom! Ven y haz

andar derechos a esos negros. Enséñales ese zoo-oo-oo-oom. ¡Eso es todo! Eso es lo que necesito. ¡A ti! Nadie más cree que tú seas algo más que un muchacho. Ven conmigo y sé un hombre. ¿Eh, George? Piensa en lo divertido que puede ser… Algo para pasárselo bien… ¡Una Auténtica Vida! ¡Zoooom y para arriba! ¡Haciendo que todo zumbe y gire! ¡Zoo-oo-oo-oom! —Trazó círculos cada vez más amplios con su mano—. ¿Eh?

Su proposición, descendiendo de nuevo a tonos confidenciales, tomó una forma más definida. Tendría que dedicar todo mi tiempo y energías a desarrollar y organizar.

—No tendrás que escribir ni un solo anuncio ni dar ninguna seguridad —afirmó—. Yo puedo ocuparme de todo eso. —Y el telegrama no era ningún alarde; iba a recibir trescientas al año. Trescientas al año.

(—Eso no es nada —dijo mi tío—, las cosas no se pararán ahí, cuando llegue el momento, eso no es ni el diez por ciento de lo que puedes ganar).

¡Trescientas al año seguras, de todos modos! Era un sueldo enorme para mí. Por un momento no supe qué decir. ¿Era posible que hubiera tanto dinero en todo aquello? Miré a mi alrededor, al suntuoso mobiliario del hotel Schäfers. Sin duda los beneficios tenían que ser grandes.

Mi cabeza daba vueltas, no estaba acostumbrada al Bénédictine ni al Borgoña.

—Déjeme volver ahí y echar de nuevo un vistazo —dije—. Déjeme subir y bajar y mirar por todos lados.

Lo hice.

—¿Qué piensas de todo ello? —preguntó finalmente mi tío.

—Bien —dije—, por un lado, ¿por qué no hace que esas chicas trabajen en una habitación decentemente ventilada? Aparte de ser una mínima consideración, trabajarían dos veces más rápido. Y deberían sellar los corchos antes de pegar las etiquetas…

—¿Por qué? —quiso saber mi tío.

—Porque a veces al sellar los corchos hacen porquería, y entonces las etiquetas se estropean.

—Entonces ven y cambia todo esto, George —dijo mi tío, con un repentino fervor—. Ven y haz que todo funcione como si fuera una

máquina. Tú puedes. Haz que todo funcione bien, y luego haz que despegue. Zoooomm. Sé que puedes. ¡Oh! Sé muy bien que puedes.

2

Creo recordar unos cambios de opinión muy rápidos después de aquella comida. La confusa exultación de los inhabituales estimulantes dieron paso muy rápidamente a un talante de diáfana e imparcial clarividencia, que es uno de mis acostumbrados estados mentales. Es intermitente; me abandona durante semanas consecutivas, lo sé, pero finalmente vuelve y evoca todas mis impresiones, todas mis ilusiones, todos mis apasionados actos voluntarios. Bajamos de nuevo las escaleras hasta aquella habitación interior que pretendía ser un laboratorio científico al otro lado de sus altas mamparas de cristal, y que en realidad era un escondite. Mi tío me ofreció un cigarrillo, y lo tomé y me detuve de pie ante la vacía chimenea mientras él arrojaba su paraguas al rincón, depositaba la nueva chistera que era un poco demasiado grande para él sobre la mesa, resoplaba copiosamente, y extraía un segundo cigarro.

Se me ocurrió que parecía haberse encogido mucho desde los días que habíamos compartido Wimblehurst, que su nuez de Adán era más evidente y desvergonzada de lo que había sido antes, su piel menos fresca y la nariz entre sus gafas, que seguían sin ajustarse sobre su puente, mucho más rojiza. Y en aquel momento parecía como si sus músculos estuvieran mucho más laxos y sus movimientos carecieran de su habitual y alerta rapidez. Pero con toda evidencia no era consciente de la naturaleza degenerativa de sus cambios mientras se sentaba allí, con la apariencia de ser de pronto muy pequeño ante mis ojos.

—¡Bien, George! —dijo, felizmente inconsciente de mi silenciosa crítica—. ¿Qué piensas de todo esto?

—Bueno —dije—, en primer lugar… ¡Es un maldito timo!

—¡Oh, oh! —dijo mi tío—. Es tan honesto como… ¡Es un negocio limpio!

—¡Entonces lo siento por el negocio! —dije.

—Es el tipo de cosa que hace todo el mundo. Después de todo, el producto no causa ningún daño… y puede que cause algún bien. Puede causar mucho bien… Dar a la gente confianza, por ejemplo, contra una epidemia. ¿Lo ves? ¿Por qué no? No comprendo de dónde te viene esa idea del timo.

—Hummm —dije—. Es algo que o ves, o no ves.

—Me gustaría saber qué tipo de negocio no es un timo en algún sentido. Todo el mundo que hace mucha publicidad de una cosa está vendiendo algo de lo más común apoyándose en el reclamo de decir que no es común. Mira a Chickson… Lo hicieron baronet. ¡Mira a lord Radmore, que hizo su fortuna basándose en los álcalis del jabón! ¡Todo lo consiguieron con ayuda de la publicidad!

—¿Pretende decir que el meter ese producto en botellas y jurar que es la quintaesencia de la fuerza y hacer que los pobres diablos lo compren es honesto?

—¿Por qué no, George? ¿Cómo sabemos que no es posible que sea la quintaesencia de todo eso en lo que a ellos se refiere?

—¡Oh! —dije, y me alcé de hombros.

—Está la Fe. Pon la Fe en ellos… Te admito que nuestras etiquetas son un poco enfáticas. De hecho, se parecen a la ciencia cristiana. No sirve de nada poner a la gente en contra de la medicina. Dime de algún comerciante solitario de hoy en día que no tenga que ser un poco… enfático. ¡Es la forma moderna de vender! Todo el mundo lo comprende… Todo el mundo lo acepta.

—Pero el mundo no sería peor, sino al contrario más bien mejor, si todo esto que fabrica usted fuera arrojado por los desagües y vertido al Támesis.

—No lo mires así, George, en absoluto. Entre otras cosas, toda nuestra gente se encontraría sin trabajo. ¡Desempleada! Te garantizo que el Tono-Bungay puede ser… no digo un descubrimiento tan bueno para el mundo como la quina, pero el asunto, George, es que… ¡hace negocio! Y el mundo vive del negocio. ¡Comercio! Un intercambio romántico de bienes y propiedades. Aventura. Imaginación. ¿Entiendes? Debes contemplar todas estas cosas bajo una luz más amplia. Mira el bosque… ¡y olvida los

árboles! ¡Y apúntate a ello, George! ¡Hagamos todas esas cosas que hemos dicho! Es preciso que las hagas. De todos modos, ¿qué otra cosa piensas que puedes hacer?

—Hay muchas formas de ganarse la vida —dije— sin engañar ni mentir.

—Eres un poco inflexible, George. No hay engaño en este asunto. ¡Te apuesto mi chistera! ¿Pero qué es lo que te propones hacer? ¿Presentarte como farmacéutico a alguien que está llevando adelante un negocio y recibir un sueldo sin ninguna participación en los beneficios como yo te ofrezco? ¡A eso le llamas tener buen sentido! Es entrar también en el círculo del engaño, como tú lo llamas.

—Algunos negocios son claros y honestos, de todos modos; proporcionan artículos que son realmente necesarios, no vociferan publicidad.

—No, George. Aquí estás atrasado con respecto a tu tiempo. El último negocio de este tipo fue vendido hará ahora unos cinco años.

—Bien, existe la investigación científica.

—¿Y quién la paga? ¿Quién ha erigido esa gran City y ese lugar de transacciones en South Kensington? ¡Hombres de negocios emprendedores! Quieren que haya un poco de ciencia en funcionamiento, desean a un Experto con talento al que poder exhibir siempre que sea necesario, ¡y eso es todo! ¿Y qué obtendrás de la investigación una vez la hayas efectuado? Solo lo justo para vivir y ninguna perspectiva. Te mantendrán tan solo para que les hagas descubrimientos, y si creen que pueden utilizarlos los utilizarán.

—Puedo dedicarme a la enseñanza.

—¿Por cuánto al año, George? ¿Por cuánto al año? Supongo que debes respetar mucho a Carlyle. Bien, toma a Carlyle como ejemplo… Desde el punto de vista de la solvencia. (¡Señor, qué maravilloso libro el suyo sobre la Revolución francesa!). ¡Observa lo que paga el mundo a los maestros y descubridores y lo que paga a los hombres de negocios! Eso muestra a quienes prefiere en realidad. Hay una justicia en esas grandes cosas, George, por encima de la justicia aparente. Te digo que desea el negocio.

¡Son los Negocios los que hacen rodar al mundo! ¡Las grandes flotas! ¡Venecia! ¡El Imperio!

De pronto mi tío se puso en pie.

—Piensa en ello, George. ¡Piensa en ello! Y vente el domingo a tu nuevo alojamiento, ahora vivimos en Gower Street, y verás a tu tía. Pregunta muy a menudo por ti, George, muy y muy a menudo, y no deja de recordarme ese dinero tuyo, aunque yo siempre he dicho y seguiré diciendo que veinticinco chelines por libra es lo que te pagaré y lo que te corresponde en buena ley. Y piensa en ello. No soy yo quien pide tu ayuda. Eres tú mismo. Es tu tía Susan. Es todo lo que nos rodea. Es el comercio de tu país. Te queremos aquí. Te lo digo francamente. Conozco mis limitaciones. Tú puedes ocupar este lugar, ¡puedes hacer que todo funcione! Puedo verte en ello… Pese a tu aspecto avinagrado de ahora. Zooom, esa es la palabra, George.

Y sonrió cariñosamente.

—Voy a dictar una carta —dijo, borrando su sonrisa y desapareciendo en la habitación de afuera.

3

No sucumbí sin luchar contra los cantos de sirena de mi tío. De hecho, me mantuve firme durante toda una semana, mientras valoraba la vida y mis perspectivas. Fue una valoración intensa y embrollada. Invadió incluso mis sueños.

Mi entrevista con el registrador, mi charla con mi tío, el brusco descubrimiento de la impotente futilidad de mi pasión por Marion, se habían combinado para proporcionarme una sensación de crisis. ¿Qué iba a hacer con mi vida?

Recuerdo muy bien algunas fases de mi indecisión.

Recuerdo haber regresado a casa tras aquella charla. Bajé por Farrington Street hasta el Embankment porque pensaba ir a casa por Holborn, y Oxford Street iba a estar demasiado lleno de gente para pensar… Esa parte del Embankment desde Blackfriars hasta Westminster todavía me recuerda aquellos momentos de vacilación.

¿Saben?, veía aquel asunto, de principio a fin, con unos ojos muy abiertos. Veía con una absoluta claridad todos sus valores morales y éticos. Ni por un momento me recuerdo dudando de mi persuasión de que la venta del Tono-Bungay era una acción absolutamente deshonesta. El producto, me daba cuenta, era una engañosa basura, ligeramente estimulante, aromática, y atractiva, propensa a convertirse en un mal hábito y educar a la gente a acostumbrarse a la utilización de tónicos fuertes e insidiosamente peligrosos para aquellos con problemas renales. El coste de cada botella grande debía de ser de unos siete peniques, incluida la botella, y se estaban vendiendo a media corona más el sello del impuesto. Debo confesar que una de las cosas que más me frenaba de todo el asunto era, más que la sensación de deshonestidad que emanaba de él, la suprema estupidez de todo el conjunto. Aún me aferraba a la idea de que el mundo de los hombres

era o tenía que ser una organización sana y justa, y la idea de verme metido, justo en la primavera de mi vida, en el desarrollo de una monstruosa fábrica de embotellado y empaquetado de una basura para el consumo de una gente estúpida, crédula y deprimida, tenía un toque de locura. Mis primitivas creencias aún seguían aferradas a mí. Tenía la seguridad de que en algún lugar debía existir un fallo en toda aquella magnífica perspectiva de comodidad y riqueza bajo tales condiciones; que en algún lugar, un poco cubierto por la maleza quizá, pero aún localizable, tenía que existir para mí un camino que no había sabido ver, honorable y útil.

Mi inclinación a rechazar todo aquel asunto se incrementó antes que disminuir mientras caminaba por el Embankment. En presencia de mi tío había habido una especie de encanto que me había impedido pronunciar una negativa tajante. Creo que en parte se trató de que ante su presencia sentí un reavivarse del afecto que me inspiraba, y en parte una instintiva sensación de que debía considerarlo como mi anfitrión. Pero en mucha más medida era también una curiosa persuasión de que poseía el don de convencer, una persuasión no de su integridad y capacidad sino más bien de la reciprocidad de la complaciente estupidez del mundo. Uno se daba cuenta de que él era estúpido e inculto, pero en alguna forma estúpido e inculto a la misma manera que el universo. Después de todo, uno tenía que vivir de alguna forma. Lo sorprendí y me sorprendí a mí mismo intentando ganar tiempo.

—No —dije—, ¡tengo que pensarlo!

Y mientras caminaba por el Embankment, la primera reacción fue totalmente en contra de mi tío. Se encogió —y durante algún tiempo siguió encogiéndose— en perspectiva hasta que fue tan solo un hombrecillo miserable y muy pequeño en medio de una sucia calle secundaria, vendiendo unos cuantos centenares de botellas de porquería a una serie de estúpidos compradores. Los grandes edificios a nuestra derecha, las tabernas y la Junta de Educación —tal como estaban entonces—, la Casa Somerset, los grandes hoteles, los grandes puentes, la silueta de Westminster al frente, poseían un efecto de gris enormidad que lo reducían a las proporciones de una atareada cucaracha en una rendija del suelo.

Y entonces mis ojos captaron los anuncios, en el lado sur, de «Sorber's Food», de «Cracknell's Ferric Wine», unos carteles muy brillantes y

prósperos, iluminados por la noche, y me di cuenta de lo sorprendentemente que encajaban allí, de cómo formaban evidentemente parte de todo aquel conjunto.

Vi a un hombre salir a paso vivo del patio de Palacio —el policía le dedicó un saludo tocándose el casco—, con una chistera y un aspecto sorprendentemente parecidos a mi tío. Después de todo, ¿no se había sentado el propio Cracknell en la Cámara…?

Tono-Bungay me gritó desde una cartelera cerca de Adelphi Terrace, volví a verlo desde lejos cerca de Carfax Street, me llamó la atención de nuevo en Kensington High Street, y estalló en un perfecto clamor, todavía lo vi seis o siete veces más de camino a mi domicilio. Realmente tenía un aire de ser algo más que un sueño…

Sí, pensé entonces, eso es cierto… Los negocios gobiernan el mundo. ¡La riqueza, antes que los negocios! No había ninguna duda al respecto, como tampoco había ninguna duda acerca de la proposición de mi tío de que la forma más rápida de hacerse rico era vender la cosa más barata posible en el frasco más atractivo. Tenía terriblemente razón en eso. *Pecunia non olet*…, era un emperador romano quien había dicho eso. Quizá mis grandes héroes en Plutarco no fueron más que hombres así, llevados ahora a la grandeza porque se hallan distantes; quizá después de todo este socialismo al que había sido arrastrado era tan solo un sueño estúpido, estúpido principalmente porque todas sus promesas eran condicionalmente ciertas. Morris y esos otros jugaban con ello a sabiendas; proporcionaba un sabor, un toque de sustancia a sus placeres estéticos. Nunca habría la suficiente buena fe como para llevar tales cosas adelante. Ellos lo sabían; todos excepto unos pocos estúpidos lo sabían. Mientras cruzaba la esquina de St. James's Park envuelto en mis pensamientos, me eché atrás justo a tiempo para escapar de un par de corveteantes caballos tordos. Una mujer corpulenta y de aspecto vulgar, muy recargadamente vestida, me miró desde el carruaje con ojos desdeñosos.

—Sin duda la esposa de algún vendedor de píldoras… —me dije a mí mismo.

Surgiendo por entre todos mis pensamientos, presentándose como un estribillo, estaba el golpe maestro de mi tío, su admirable toque de

alabanza:

—Haz que todo funcione…, y luego hazlo despegar. ¡Sé que puedes! ¡Oh! ¡Sé que tú puedes!

4

Ewart no cumplió las expectativas como influencia moral. Había pensado planteárselo todo, en parte para ver cómo se lo tomaba, y en parte para oír cómo sonaba cuando se decía en voz alta. Le pedí que viniera a comer conmigo a un restaurante italiano cerca de Panton Street donde uno podía conseguir una especie de curiosa, interesante y abundante cena por dieciocho peniques. Acudió con un desconcertante ojo morado que no se molestó en explicar.

—No es tanto el ojo en sí —dijo—, sino el morado que te queda durante mucho tiempo a su alrededor… Está bien, ¿cuál es tu problema?

—Te lo contaré con la ensalada —dije.

Pero, de hecho, no se lo conté. Le dije que dudaba acerca de meterme en los negocios, o aferrarme a la enseñanza en vista de mis cada vez más profundas proclividades socialistas; y él, acalorándose con la desacostumbrada generosidad de un chianti de dieciséis peniques, se lanzó sobre aquello sin hacer más preguntas acerca de mi problema.

Sus afirmaciones fueron amplias y generalizadas.

—La realidad de la vida, mi querido Ponderevo —recuerdo que me dijo de una forma muy ampulosa, punteando sus palabras con el cascanueces— es el Conflicto Cromático… y la Forma. Limítate a esto y deja a un lado todas las demás cuestiones. El socialista te dirá que lo correcto es una clase de color y forma, el individualista otra. ¿Qué significa todo eso? ¿Qué significa todo eso? ¡Nada! No tengo ningún consejo que ofrecerle a nadie, ninguno, excepto que evite el lamentarse luego. Sé tú mismo… Ve detrás de todas esas cosas hermosas que tus propios sentidos determinan que son hermosas. Y no te preocupe el dolor de cabeza por la mañana… Porque, después de todo, hay un mañana, Ponderevo. ¡Y no se trata tan solo de la parte inicial del día!

Hizo una pausa grandilocuente.

—¡Qué chasco! —exclamé, tras un confuso intento de captar lo que había dicho.

—¡No lo es! ¡Y es el fundamento sobre el que descansa toda mi sabiduría en la materia! Tómalo o déjalo, mi querido George; tómalo o déjalo… —Dejó sobre la mesa el cascanueces, fuera de mi alcance, y sacó un gastado bloc de notas de su bolsillo—. Voy a robar este tarro de mostaza —dijo.

Emití ruidos de protesta.

—Tan solo se trata de un asunto de diseño. Tengo que hacer la tumba de un viejo bruto. Un especiero al por mayor. Lo pondré en las cuatro esquinas… Cuatro tarros de mostaza. Me atrevería a decir que se sentirá feliz con cuatro moldes de yeso que representan lo que ha sido durante toda su vida encima de su tumba, pobre diablo. Bien, ¡así son las cosas!

5

Se me ocurrió, en las horas que preceden a la madrugada, que la auténtica piedra de toque moral para aquellas grandes dudas era Marion. Permanecí tendido en la cama considerando varios puntos de vista sobre mi problema e imaginándome a mí mismo mientras se los explicaba…, y a ella, hermosa y con el aspecto de una diosa, ofreciéndome su espléndido y claro juicio.

—Mira, es simplemente ofrecerse en cuerpo y alma al Sistema Capitalista —imaginé que le decía, en mi buena jerga socialista—; es renunciar a todas las creencias de uno. Puede que tengamos éxito, puede que nos hagamos ricos, pero ¿qué satisfacción hallaremos en ello?

Y entonces ella diría:

—¡No! Eso no sería correcto.

—¡Pero la alternativa es esperar!

Y entonces, bruscamente, ella se convertiría en una diosa. Se volvería hacia mí franca y noblemente, con los ojos brillando, los brazos tendidos.

—No —diría—, nosotros nos amamos. Nada innoble puede tocarnos, nunca. Nos amamos. ¿Por qué esperar a decirnos esto, mi amor? ¿Qué importa que seamos pobres y sigamos siendo pobres…?

Pero por supuesto la conversación fue en una dirección completamente distinta. Cuando me encontré frente a ella toda mi elocuencia nocturna se volvió ridícula y todos los valores morales se alteraron por completo. La esperé frente a la puerta del establecimiento de los Mantos Persas en Kensington High Street, y la acompañé caminando a su casa. Recuerdo cómo surgió a la cálida luz de la tarde, y que llevaba un sombrero de paja marrón que la hacía parecer, por una vez, no solo hermosa sino adorable.

—Me gusta este sombrero —le dije para iniciar la conversación, y ella me dedicó una de sus raras y deliciosas sonrisas.

Luego bajé la voz, mientras nos acercábamos el uno al otro en la calle.

—Te quiero —susurré.

Agitó la cabeza ominosamente, pero sin dejar de sonreír. Luego:

—¡Sé formal!

La acera de High Street es demasiado estrecha y está siempre demasiado llena de gente como para mantener allí una conversación, de modo que llevábamos caminando ya un cierto rato en dirección oeste antes de que habláramos de nuevo.

—Mira —dije—, te deseo, Marion. ¿Comprendes? Te deseo.

—¡Oh, vamos! —exclamó, a guisa de advertencia.

No sé si el lector comprenderá cómo un amor apasionado, una inmensa admiración y deseo, puede ser sustituido en un momento determinado por un asomo de odio. Ese asomo penetró en mí ante la serena autocomplacencia de aquel «¡Oh, vamos!». Se desvaneció casi antes de que llegara a captarlo en mi interior. No descubrí ningún asomo de él en el antagonismo latente entre nosotros.

—Marion —dije—, esto no es un asunto frívolo para mí. Te quiero. Moriría por conseguirte… ¿No te importa?

—¿Pero de qué estás hablando?

—¡No te importa! —exclamé—. ¡No te importa en absoluto!

—Sabes que me importa —respondió—. Si no me importara, si no me gustaras como me gustas, no te dejaría que vinieras a buscarme… No iría contigo.

—Está bien —dije—; entonces, ¡prométeme que te casarás conmigo!

—Si lo hago, ¿qué diferencia representará eso?

Nos vimos separados por dos hombres que llevaban una escalera, que pasaron entre los dos sin siquiera darse cuenta.

—Marion —seguí cuando volvimos a reunirnos—, te estoy diciendo que quiero que te cases conmigo.

—No podemos.

—¿Por qué no?

—No podemos casarnos… en la calle.

—¡Podemos confiar en nuestra suerte!

—Me gustaría que no siguieras hablando así. ¿De qué sirve?

De pronto adoptó una actitud hosca.

—No es bueno casarse —dijo—. Lo único que haces es hundirte en la miseria. He visto a otras chicas. Cuando una está sola siempre tiene un poco de dinero en el bolsillo pase lo que pase, una puede ir a donde quiera. Pero piensa en nosotros casados y sin dinero, y quizá con niños…, sin ninguna seguridad…

Siguió exponiendo su concentrada filosofía de su clase y tipo a través de una serie de bruscas e incompletas frases, con el ceño fruncido, con sus descontentos ojos fijos en la claridad occidental, olvidándose por un momento, al parecer, incluso de mí.

—Mira, Marion —dije bruscamente—, ¿qué te decidiría a casarte conmigo?

—¿De qué sirve…? —empezó.

—¿Te casarías conmigo con trescientas al año?

Me miró por un momento.

—Eso son seis libras a la semana —dijo—. Una podría arreglárselas con eso… fácilmente. El hermano de Smithie… No, él solamente gana doscientas cincuenta. Se casó con una mecanógrafa.

—¿Te casarías conmigo si ganara trescientas al año?

Me miró de nuevo, ahora con un curioso brillo de esperanza chispeando en sus ojos.

—¡Sí! —dijo.

Tendí mi mano y la miré fijamente a los ojos.

—Es un trato —dije.

Dudó, y tocó mi mano por un instante.

—Es una tontería —observó mientras lo hacía—. Eso significa realmente que estamos… —Hizo una pausa.

—¿Sí? —la animé.

—Comprometidos. Vas a tener que esperar años. ¿Qué posibilidades hay?

—No tantos años —respondí.

Meditó aquello por unos instantes.

Luego me miró con una sonrisa, medio dulce, medio pensativa, que ha quedado grabada para siempre en mi memoria.

—Me gustas —dijo—. Eso es casi como estar comprometida contigo.

Y, muy débil, casi rozando lo inaudible, capté su aventurado «¡… querido!». Es extraño que al escribir esto mi recuerdo pase rápidamente sobre todo lo demás y se detenga de nuevo en ello, lo capte en toda su plenitud, y haga que me convierta de nuevo en el amante adolescente de Marion, extrayendo toda su felicidad de esas raras y pequeñas cosas.

6

Finalmente acudí a la dirección que me había dado mi tío en Gower Street, y encontré a mi tía Susan aguardándole para tomar el té.

Apenas entrar en la habitación aprecié el cambio en su aspecto que el logro del Tono-Bungay había hecho, casi tan vívidamente como cuando vi la nueva chistera de mi tío. Los muebles de la habitación me parecieron casi majestuosos. Las sillas y el sofá estaban tapizados con calicó, lo cual les daba un suave y remoto aroma a Bladesover; la repisa de la chimenea, las cornisas, el candelabro colgante de gas, eran más grandes y finos que todo a lo que yo estaba acostumbrado en Londres. Y fui introducido por una auténtica doncella con una auténtica cofia con lazos y grandes cantidades de pelo rojizo. Mi tía también tenía un aspecto más vivo y saludable, vestida con un traje de té estampado en azul con lazos que me pareció la quintaesencia de la moda. Estaba sentada en una silla junto a la ventana abierta, con un montón bastante grande de libros de amarillentas cubiertas sobre una mesilla auxiliar a su lado. Ante la enorme chimenea empapelada había una mesilla para pasteles con tres niveles que mostraba todo un surtido de pastas, y en la gran mesa central, una bandeja con todo el servicio de té excepto la tetera. La alfombra era gruesa, y el tono aventurero se lo daban unas cuantas esterillas de piel curtida de oveja.

—¡Hola! —exclamó mi tía cuando aparecí—. ¡Pero si es George!

—¿Sirvo ahora el té, señora? —preguntó la auténtica doncella, observando fríamente nuestros saludos.

—No hasta que venga mr. Ponderevo, Meggie —respondió mi tía, e hizo una mueca con una extraordinaria rapidez y virulencia apenas la doncella se hubo dado la vuelta—. Meggie, se hace llamar —comentó mientras se cerraba la puerta, y en sus palabras se percibía una cierta falta de simpatía.

—Se ve usted espléndida, tía —dije.

—¿Qué piensas de todos esos viejos negocios en que se ha metido? —preguntó mi tía.

—Parecen prometedores —dije.

—Supongo que habrá negocio en algún lado.

—¿No lo ha visto?

—Me temo que tendría algo que decir, George, si lo hiciera. De modo que él no me deja. Ocurrió todo tan rápido. Estaba ahí siempre rumiando y escribiendo cartas y siseando de una forma horrible… Como una castaña a punto de estallar. Luego, un buen día llegó a casa diciendo Tono-Bungay hasta que pensé que había perdido la cabeza, y cantando… ¿Qué era lo que cantaba?

—*Estoy a flote, estoy a flote* —aventuré.

—Exacto. Tú lo has oído. Y diciendo que habíamos hecho nuestra fortuna. Me llevó al restaurante Ho'born, George, a cenar, y bebimos champán, eso que se te sube a la parte de atrás de la nariz y te hace arrugarla así, y dijo que al fin había conseguido lo que yo me merecía… Y al día siguiente nos mudamos. Esta es una casa de lujo, George. Tres libras a la semana, y no sé cuántas habitaciones. Y él dice que los negocios van viento en popa.

Me miró dubitativamente.

—Es eso o estrellarse —dije yo con voz grave.

Discutimos la cuestión en silencio por unos instantes, a través de nuestros ojos. Mi tía dio una palmada sobre el montón de libros.

—He estado leyendo mucho últimamente, George. ¡Tú nunca lo hiciste!

—¿Qué piensa usted del asunto? —pregunté.

—Bien, le hace ganar dinero —dijo, y se quedó pensativa, y arqueó las cejas.

Yo no dije nada.

—Ha sido una época difícil —continuó—. Siempre de un lado para otro. Yo arrinconada sin hacer nada, y él yendo y viniendo como un cohete. Ha hecho maravillas. Pero te quiere a ti, George, te quiere a ti. A veces está lleno de esperanzas… Habla de cuando tendremos coche propio y entraremos en sociedad… Hace que todo parezca tan natural y sin embargo

tan revuelto que apenas sé, mientras lo escucho, si no estaré con los pies en el aire y mi vieja cabeza apoyada en el suelo… Y luego, de pronto, se deprime. Dice que desea frenar un poco. Dice que se ve capaz de lanzarse, pero que luego no puede seguir manteniendo las cosas. Dice que si tú no vienes todo se derrumbará… ¿Vas a venir, George?

Hizo una pausa y me miró.

—Bueno…

—No digas que no vas a venir.

—Pero mire, tía —argumenté—, ¿no se da usted cuenta? Es una medicina de curanderos. Es basura.

—No conozco ninguna ley que prohíba vender medicina de curanderos —dijo mi tía. Quedó pensativa durante un minuto, y luego adoptó un tono grave—. Es nuestra única posibilidad, George —dijo—. Si la cosa no sigue adelante…

Llegó a nuestros oídos el ruido de una puerta que se abría y luego se cerraba, y el fuerte resonar de una voz cantando al otro lado de las puertas plegables:

—¡Aquí lleeega… el vieeejo… marineeero… de vueeelta… a caaasa…!

—¡El mismo viejo gramófono oxidado de siempre! ¡Escúchalo, George! —Luego alzó la voz—: ¡No cantes eso, vieja morsa! ¡Canta «estoy a flote»!

Una hoja de las puertas plegables se dobló hacia un lado, y apareció mi tío.

—¡Hola, George! ¿Al fin has venido? ¿Tomamos ya el té, Susan?

No esperó su respuesta. De nuevo dirigiéndose a mí:

—¿Ya has pensado todo lo que tenías que pensar, George?

—Sí —dije.

—¿Te unes a mí?

Hice una pausa por un último momento, y asentí con la cabeza.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Y por qué no me lo dijiste hace una semana?

—Tenía falsas ideas acerca del mundo —murmuré—. Oh, ahora ya no importan. Sí, me uno a usted: correré el riesgo. No volveré a dudar.

Y no lo hice. Me mantuve firme en aquella resolución durante siete largos años.

III

Cómo conseguimos hacer zumbar al Tono-Bungay

1

Así pues hice las paces con mi tío, y nos lanzamos a la brillante empresa de vender basura ligeramente perjudicial a la insignificante cantidad de uno con tres y dos con nueve la botella, incluido el sello del impuesto del Gobierno. ¡Hicimos zumbar al Tono-Bungay! Nos trajo riqueza, influencias, respeto, la confianza de gran número de personas. Todo lo que mi tío me prometió resultó ser cierto y más aún; el Tono-Bungay me llevó a unas alturas de poder y libertad que ninguna vida de investigación científica, ningún apasionado servicio a la humanidad, me hubiera proporcionado nunca…

Fue el genio de mi tío el que consiguió todo esto. Evidentemente me necesitaba… Yo era, tengo que admitirlo, su indispensable mano derecha; pero fue su cerebro quien lo concibió todo. Él escribió todos los anuncios; incluso dibujó algunos de ellos. Recordarán ustedes que aquellos fueron los días antes de que el *Times* emprendiera la confección y el vociferante pregoneo de esa anticuada *Encyclopœdia*. Ese estilo atractivo, casi coloquial, del déjeme-decirle-francamente-algo-que-creo-debería-usted-saber de los anuncios de los periódicos, con el convulsivo salto de tanto en tanto de alguna frase atractiva en mayúsculas, era por aquel entonces casi una novedad. «Mucha gente que se siente MODERADAMENTE bien cree que se siente COMPLETAMENTE bien», fue uno de nuestros primeros esfuerzos. Los saltos a mayúsculas lo eran. «USTED NO NECESITA MEDICINAS», y «SIMPLEMENTE UN RÉGIMEN ADECUADO PARA

MANTENERLO A TONO». Se advertía a la gente contra los farmacéuticos que llamaban mucho la atención, sobre «panaceas muy anunciadas». Esa basura hacía más mal que bien. Lo que se necesitaba era un régimen… ¡y Tono-Bungay!

Muy pronto apareció también ese pequeño anuncio a un cuarto de columna, al menos aparecía normalmente ocupando un cuarto de columna en los periódicos de la tarde: «HILARIDAD — TONO-BUNGAY». Como una montaña de aire en las venas. El penetrante trío de preguntas: «¿Está usted hastiado con sus negocios? ¿Está usted hastiado con su cena? ¿Está usted hastiado con su esposa?»… Eso también pertenece a nuestros días en Gower Street. Ambos estuvieron en nuestra campaña cuando trabajamos el sur de Londres, el centro, y el oeste; y luego, también, tuvimos nuestro primer cartel, el de «SALUD, BELLEZA Y FUERZA». Fue diseñado por él; aún conservo el primer boceto que hizo.

Tres cosas correspondían únicamente a mi departamento. Yo tenía que pulir sus ideas para el artista y arreglar las cosas para su impresión y distribución, y después de que mi tío tuviera una violenta e inútil pelea con el jefe de publicidad del *Daily Regulator* acerca de la importancia del espacio concedido a una de sus felices ideas, yo me encargué también de la negociación de la publicidad con la prensa.

Discutíamos y elaborábamos nuestra distribución juntos… Primero en el salón de Gower Street, con mi tía ayudando a veces muy sagazmente, y luego, con un cigarro cada vez mayor y mejor y un whisky más y más viejo ante nosotros, en el cuarto reservado de su primera casa, la de Beckenham. A menudo trabajábamos hasta bien entrada la noche, a veces incluso hasta la madrugada.

Trabajábamos realmente muy duro y, recuerdo, con un entusiasmo doblemente decidido, no solo por parte de mi tío, sino mío también. Era un juego, un absurdo pero absurdamente interesante juego, y los puntos eran contados en cajas de botellas. La gente cree que una buena idea es suficiente para hacer rico a un hombre, que pueden hacerse fortunas sin trabajarlas. Esto es un sueño, como puede atestiguar cualquier millonario (excepto uno o dos jugadores afortunados); yo dudo de si J. D. Rockefeller trabajó tan duro como nosotros en los primeros días de la Standard Oil.

Trabajábamos hasta bien entrada la noche… y también trabajábamos durante todo el día. Convertimos en una regla el aparecer de tanto en tanto por la fábrica sin anunciarnos para ver que todo fuera bien —porque al principio no podíamos permitirnos tener a gente responsable que se ocupara por nosotros de ello—, y nos recorríamos todo Londres, pretendiendo ser nuestros propios representantes y haciendo todo tipo de tratos especiales.

Pero nada de esto era mi trabajo especial, y en cuanto pudimos permitirnos contratar a otras personas para ello, dejé de visitar clientes, aunque mi tío lo consideraba de lo más interesante y siguió haciéndolo durante años.

—Me hace bien, George, ver a esos tipos detrás de sus mostradores como yo estaba antiguamente —explicaba.

Mi tarea especial y propia era darle al Tono-Bungay sustancia y una botella visible y llamativa, trasladar la gran imaginación de mi tío a la creación de una caja tras otra de etiquetadas botellas de necedad, y su puntual envío por ferrocarril, carretera y barco hacia su último destino en el Gran Estómago de la Gente. Según todos los estándares modernos el negocio era, como decía mi tío, «absolutamente *bona fide*». Vendíamos nuestro producto y obteníamos dinero, que gastábamos honestamente en mentiras y voceríos para vender más producto. Nos íbamos extendiendo zona tras zona por todas las islas Británicas; primero trabajándonos los suburbios londinenses de clase media, luego los suburbios exteriores, luego las casas campestres, luego yendo (con nuevos carteles y una publicidad más «piadosa») a Gales, un gran campo desde siempre para un nuevo específico, y luego a Lancashire. Mi tío tenía en la pared de su oficina interior un gran mapa de Inglaterra, y a medida que ocupábamos nuevas secciones de la prensa local y nuestros envíos invadían nuevas áreas, las banderitas y las señales correspondientes a los pedidos indicaban nuestros progresos.

—¡La aventura del comercio moderno, George! —decía mi tío, frotándose las manos y expeliendo el aire entre sus dientes—. La aventura del comercio moderno. La conquista. Provincia a provincia. Como invasores.

Sojuzgamos Inglaterra y Gales; nos lanzamos sobre los escoceses con una adaptación especial conteniendo un once por ciento de alcohol puro: «Tono-Bungay. La marca de Escocia».

A la sombra de nuestra gran línea general, empezamos a poner luego en marcha algunas especialidades subsidiarias; el «Tono-Bungay Estimulante Capilar» fue nuestro primer suplemento. Luego llegó el «Tono-Bungay Concentrado» para los ojos. Este no funcionó, pero tuvimos un considerable éxito con el Estimulante Capilar. Recuerdo que hicimos un folleto sobre el tema que empezaba: «¿Por qué cae el pelo? Porque nuestros folículos están cansados. ¿Qué son los folículos?»… Y así llegábamos al clímax de que el Estimulante Capilar contenía todos «los principios esenciales de ese tónico revivificador, el Tono-Bungay, junto con un aceite emoliente y nutritivo derivado del aceite de pie de buey crudo obtenido por un proceso de refino, separación y deodorización…» Cualquiera que posea algunas nociones científicas comprenderá inmediatamente que el aceite de pie de buey, derivado de los cascos y los cuernos de esos animales, constituye necesariamente un lubricante natural para la piel y el cuero cabelludo.

También hicimos cosas admirables con nuestros siguientes productos subsidiarios, el «Tono-Bungay Pastillas» y el «Tono-Bungay Chocolate». Estos fueron presentados al público por su extraordinario valor nutritivo y recuperador en casos de cansancio y agotamiento. Les dedicamos carteles y anuncios ilustrados que mostraban alpinistas colgando de paredes maravillosamente verticales, ciclistas campeones sobre la pista, mensajeros montados en largas cabalgatas, soldados tendidos bajo un ardiente sol. «Pueden SEGUIR ustedes durante otras veinticuatro horas —afirmábamos— con nuestro Tono-Bungay Chocolate». No decíamos cuándo se podía volver a hacer uso del producto. También mostramos a un abogado de aspecto terriblemente tribunalesco, con toga, peluca, patillas, dientes, un horrible retrato viviente de todos los abogados que hayan existido o existirán, hablándole a un tribunal, y debajo esta leyenda: «Un discurso de cuatro horas con Tono-Bungay Pastillas, y tan fresco como cuando empezó». Eso atrajo a regimientos de maestros de escuela, predicadores, políticos y gente así. Creo realmente que había un elemento «coz» en la estricnina en esas pastillas, especialmente en las hechas de acuerdo con nuestra primera

fórmula. Porque alterábamos todas nuestras fórmulas, debilitándolas progresiva, enorme e inevitablemente a medida que las ventas iban creciendo.

Al cabo de poco tiempo —al menos así me lo parece ahora— estábamos empleando viajantes y abriendo Gran Bretaña a razón de casi tres kilómetros cuadrados al día. Toda la organización había sido diseñada de una forma burda, enmarañada, semiinspirada, por mi tío, y yo tenía que llevarla a un esquema practicable de cantidades y desembolsos. Tuvimos una infinidad de problemas para encontrar a nuestros viajantes; al final más de la mitad de ellos eran irlandeses americanos, una raza maravillosa para vender medicinas. Tuvimos más problemas aún con el director de nuestra fábrica, debido a los secretos de la habitación interior, y al final encontramos a una mujer muy capaz, mrs. Hampton Diggs, que anteriormente había dirigido un gran taller de sombrerería para damas, en quien podíamos confiar que lo mantendría todo en buen orden de trabajo sin que descubriera nada que no le fuera puesto exactamente debajo de su leal y enérgica nariz. Adquirió un alto concepto del Tono-Bungay, y lo estuvo tomando bajo todas sus formas y en grandes cantidades durante todo el tiempo que la conocí. No pareció hacerle ningún daño. Y mantuvo a las chicas trabajando de una forma maravillosa.

Lo último que añadió mi tío al grupo del Tono-Bungay fue el Tono-Bungay Enjuagaboca. El lector habrá leído probablemente un centenar de veces al menos esa inspiradora pregunta: «Es usted joven todavía, pero ¿está seguro de que Nada ha envejecido sus encías?».

Tras lo cual adquirimos la representación de tres o cuatro buenas especialidades americanas que eran compatibles con las nuestras: las principales eran las Friegas Tejanas y «23 — para limpiar el sistema»…

Todo esto son hechos dispersos. Para mí, todos se hallan relacionados con la figura de mi tío. En algunos de los viejos libros de plegarias de los siglos XVII y principios del XVIII que había en Bladesover, acostumbraba a haber ilustraciones con largos rollos de pergamino que brotaban de las bocas de las figuras talladas en madera. Me gustaría poder escribir todo este último capítulo sobre un rollo de pergamino que brotara de la cabeza de mi tío, mostrarlo todo el tiempo desdoblándose y surgiendo de ese bajo,

rechoncho, piernicorto hombre de recio pelo muy corto, desobedientes gafas sobre una pequeña nariz respingona y una redonda mirada tras ellas. Desearía poder mostrárselo respirando jadeante y un poco por la nariz mientras su pluma garabateaba alguna absurda inspiración para un cartel o el dibujo de un anuncio, y dejarles oír su voz, cargada de solemnidad como la voz de un profeta chillón, diciendo:

—¡George, anota! Tengo una idea. ¡Tengo una idea, George!

Y yo debería incluirme en la misma imagen. El mejor fondo para la misma, creo, sería el cuarto reservado de Beckenham, porque allí era donde trabajábamos más duramente. Imaginen la habitación iluminada al estilo de principios de los años noventa, con el reloj sobre la repisa de la chimenea señalando la medianoche o más tarde. Nosotros estaríamos sentados a ambos lados del fuego, yo con una pipa, mi tío con un puro o un cigarrillo. Habría vasos en la parte interior del guardafuego de cobre. Nuestras expresiones serían muy graves. Mi tío acostumbraba a sentarse muy echado hacia atrás en su sillón; los dedos de sus pies se inclinaban hacia dentro cuando se reclinaba así, y sus piernas daban la sensación de estar curvadas, como si no tuvieran huesos o coyunturas, sino que estuvieran llenas de serrín.

—George, ¿qué opinas tú del T-B contra el mareo? —preguntaría de pronto.

—Nada bueno que pueda imaginar.

—Buf. No cuesta nada probarlo, George. Podemos probar.

Yo daría una chupada a mi pipa.

—Es difícil de conseguir. A menos que lo vendamos directamente en los muelles. Quizá pudiéramos hacerlo en las oficinas de la Cook o de la Continental Bradshaw.

—Eso no les daría confianza, George.

Tras lo cual haría Zzzz, con sus gafas reflejando los puntos rojos de los carbones encendidos.

—No es bueno ocultar nuestra luz debajo de un toldo —observaría.

Nunca determiné exactamente si alguna vez mi tío consideró al Tono-Bungay como un fraude o si llegó a creer realmente en él a partir de algo más que de la simple reiteración de sus propias afirmaciones. Creo que su

actitud media fue de una amable, casi paterna tolerancia. Lo recuerdo en una ocasión diciendo:

—¿Pero tú no crees que este producto haya proporcionado alguna vez el más ligero alivio a algún ser humano?

Y la forma en que su rostro adoptó una expresión de protesta, como alguien recriminando la dureza de juicio y el dogmatismo.

—Eres duro por naturaleza, George —dijo—. Estás demasiado dispuesto a echar todas las cosas abajo. ¿Cómo puede uno decirlo? ¿Cómo puede uno aventurarse a decir…?

Supongo que cualquier juego creativo y en desarrollo me hubiera interesado en aquellos años. En cualquier caso, sé que puse tanto celo en este Tono-Bungay como el que pondría cualquier joven teniente que de pronto se hallara al mando de un barco. Me resultaba extraordinariamente interesante imaginar todas las ventajas que podían derivarse del hecho de acortar el proceso, y sopesarlas contra el coste monetario de las alteraciones. Ideé una especie de máquina para pegar las etiquetas, y la patenté; hoy en día sigue llegándome un delgado goteo de royalties por ella. También conseguí hacer nuestra mezcla tremendamente concentrada, y que las botellas, que llegaban deslizándose por una cinta inclinada, lo hicieran casi completamente llenas con agua destilada de una espita situada un poco más atrás, a la espera únicamente de recibir las dosis de nuestros ingredientes mágicos en el paso siguiente. Esto representó una enorme economía de espacio para el sanctasanctórum. Para el embotellado necesitábamos también un nuevo tipo de espitas, que no tardé en inventar y patentar.

Teníamos una especie de cinta sin fin de botellas deslizándose a lo largo de un cristal inclinado que convertíamos en resbaladizo mediante una fina capa de agua corriente. En un extremo una chica tomaba las botellas y las revisaba contra la luz, retiraba las que eran imperfectas, y depositaba las otras en el conducto, donde se llenaban automáticamente; al otro lado una nueva chica colocaba el tapón y lo introducía con ayuda de un pequeño mazo. Cada uno de los depósitos, el pequeño para los ingredientes vivificadores y el grande para el agua destilada, poseían un indicador de nivel, y en su interior yo había dispuesto un mecanismo flotante que paraba

todo el proceso cuando alguno de los dos bajaba demasiado. Otra chica estaba preparada con mi máquina para etiquetar las botellas tapadas y tendérselas a tres empaquetadores, que las envolvían con su papel exterior, y las colocaban, con un poco de cartón ondulado entre cada par, en una pequeña acanaladura desde la que podían deslizarse fácilmente hasta situarse en posición en nuestras cajas de embalaje estándar. Suena como una locura, ya lo sé, pero creo que fui el primer hombre en la ciudad de Londres que empaquetó específicos por el lado de la caja de embalaje, para descubrir que era una forma mucho mejor de hacerlo que por la tapa. Nuestras cajas se empaquetaban por sí mismas, prácticamente; solo tenían que ser situadas en posición en una pequeña gaveta sobre ruedas y cuando estaban llenas se empujaban hasta el ascensor que las llevaba a los hombres de abajo, que acababan de rellenar los espacios libres y clavaban el sobre y el lado. Nuestras chicas, además, empaquetaban con cartón ondulado y separadores hechos con tablillas delgadas de madera, cuando todos los demás estaban utilizando cara mano de obra masculina joven para empaquetar desde la parte de arriba de la caja con paja, muchas roturas y gran cantidad de pérdidas y confusión.

2

Mirándolos ahora desde esta perspectiva, aquellos enérgicos años me parecen compactados a un solo año o dos; desde los días de nuestro primer inseguro comienzo en Farringdon Street con apenas un millar de libras en total, en material o en crédito —y este último obtenido casi arrancándolo—, a los días en que mi tío se dirigió al público en beneficio de sí mismo y de mí (una participación de un diez por ciento) y de nuestros silenciosos socios, los vendedores farmacéuticos al por mayor y los propietarios de aquel grupo de periódicos y revistas, para pedir con honesta confianza 150 000 £. Sé que esos silenciosos socios lamentaron profundamente no haber tomado mayores participaciones y habernos concedido más crédito cuando las suscripciones empezaron a llegar. Mi tío disponía de la mitad para especular con ellas (incluido el diez por ciento que se suponía era mío).

¡150 000 £! —¡piensen en ello!— por el buen nombre basado en una retahíla de mentiras y un negocio de botellas de agua rebajada. ¿Se dan cuenta ustedes de la locura del mundo que sanciona una cosa así? Quizá ustedes no. A veces incluso yo mismo me sentí cegado. De no ser por Ewart, no creo que hubiera tenido ningún vislumbre de lo maravilloso de este desarrollo de mi fortuna; me hubiera acostumbrado a él, hubiese caído en todas sus ilusiones tan completamente como mi tío. Él se sentía inmensamente orgulloso de su flotabilidad.

—Nunca me habían concedido tanta importancia —decía— desde hace una docena de años.

Pero Ewart, con sus gesticulantes manos peludas y sus huesudas muñecas, es el coro individual que resuena como un fondo a todo lo que pasa de nuevo por mi memoria, y mantiene mi absurdo fundamental iluminado para mí durante todo este tiempo sorprendente.

—Es algo que encaja completamente con todo el resto de las cosas —observaba—; solo que más aún. No tienes por qué pensar que eres algo fuera de lo normal.

Recuerdo muy claramente una disquisición. Fue justo después de que Ewart viajara a París en una misteriosa expedición para «bosquejar» algún trabajo para un escultor americano de éxito. Este joven había recibido un encargo para una figura alegórica de la verdad (vestida, por supuesto) para el Capitolio de su Estado, y necesitaba ayuda. Ewart había vuelto con el pelo cortado *en brosse* y con unas ropas al más puro estilo francés. Llevaba, recuerdo, un traje de ciclista color púrpura amarronado, holgado más allá de toda imaginación —lo único notable acerca de él es que evidentemente no había sido hecho para su persona—, una voluminosa corbata negra de lazo, un decadente sombrero blando de fieltro, y varias imprecaciones francesas de siniestra descripción.

—Unas ropas estúpidas, ¿verdad? —dijo al darse cuenta de mi sorprendida mirada—. No sé por qué las compré. Parecían muy adecuadas allí.

Había venido a nuestro piso de Raggett Street para discutir mi benévola propuesta de que nos hiciera un cartel, y derramó un notable discurso sobre las cabezas (espero que fuera sobre las cabezas) de nuestros embotelladores.

—Lo que me gusta de todo eso, Ponderevo, es su poesía… Por eso debemos recurrir al atractivo de los animales. Ningún animal podría manejar nunca una fábrica como esta. ¡Piensa…! Uno piensa en el castor, por supuesto. Es muy posible que pueda embotellar cosas, pero ¿podría taparlas y pegar las etiquetas? El castor es un animal estúpido, lo admito, él y los de su clase, pero después de todo hay como una protección en torno suyo, una especie de estúpida utilidad. Impide que las cosas lleguen hasta él. Y no es tan solo tu poesía. Es también la poesía del cliente. El poeta respondiendo al poeta… Alma a alma. Salud, Fuerza y Belleza…, en una botella… ¡El filtro mágico! Como un cuento de hadas…

»¡Piensa en la gente a la que van tus disparatadas botellas! (Las llamo disparatadas, Ponderevo, sin ánimo de ensalzarlas —dijo en un paréntesis).

»Piensa en los pequeños empleados y rendidas mujeres y gente abrumada por el trabajo. Gente agotada que quiere seguir haciendo, gente

agotada que quiere seguir siendo… Gente, de hecho, agotada… El auténtico problema de la vida, Ponderevo, no es que nosotros existamos… Eso es un vulgar error; el auténtico problema de la vida es que nosotros no existimos realmente, y deseamos existir. ¡Eso es lo que significa, en su sentido más elevado, toda esa porquería! El ansia de sentirse, por una vez, realmente vivo… ¡Hasta la yema de los dedos!

»Nadie desea hacer y ser las cosas que es la gente… Nadie. Tú no deseas presidir todo esto…, este embotellado, yo no deseo llevar estas ropas estúpidas y presentarme ante ti, nadie desea pasarse la vida pegando etiquetas en unas estúpidas botellas a tantos cuartos de penique la gruesa. ¡Eso no es existir! Eso es… sus… sustrato. Ninguno de nosotros desea ser lo que somos, o hacer lo que hacemos. Excepto como una especie de base. ¿Qué es lo que queremos? Tú lo sabes. Yo lo sé. Nadie confiesa. Lo que todos nosotros deseamos ser es algo perpetuamente joven y hermoso… Jóvenes dioses, jóvenes dioses, Ponderevo… —Su voz se hizo más fuerte, dura y declamatoria— persiguiendo tímidas y renuentes ninfas a través de eternos bosques…

Tuve la leve sensación de que alguien podía estar escuchándonos.

—Vamos abajo —interrumpí—; podremos hablar mejor allí.

—Yo puedo hablar mejor aquí —respondió.

Iba a proseguir, pero afortunadamente el implacable rostro de mrs. Hampton Diggs apareció al fondo del pasillo de las máquinas embotelladoras.

—De acuerdo —dijo—, vamos…

En el pequeño sanctasanctórum de abajo, mi tío estaba tomándose una pausa digestiva tras la comida. Su presencia envió a Ewart de vuelta al tema del comercio moderno, por encima del excelente puro que mi tío le tendió. Se comportaba con la elaborada deferencia debida a un magnate de los negocios por parte de un desconocido.

—Lo que estaba indicándole a su sobrino, señor —dijo Ewart, apoyando los codos sobre la mesa— es la poesía del comercio. ¿Sabe?, parece que no la ve en absoluto.

Mi tío asintió enérgicamente.

—Eso le digo yo también —murmuró, envuelto en su puro.

—Usted es un artista. Usted y yo, señor, podemos hablar, si me lo permite, como le hablaría un artista a otro. Esta publicidad lo ha… lo ha conseguido. La publicidad ha revolucionado el comercio y la industria; está revolucionando el mundo. El antiguo mercader acostumbraba a cargar consigo artículos; el nuevo crea valores. No necesita cargar nada arriba y abajo. Toma algo que no tiene ningún valor, o algo que no tiene ningún valor particular, y hace que valga algo. Toma una mostaza que es exactamente igual que cualquier otra mostaza, y empieza a decir por todas partes, a gritar, a cantar, a escribir con tiza en las paredes, dentro de los libros de la gente, poniéndolo por todas partes: «La mostaza de Smith es la mejor». ¡Y muy pronto todo el mundo sin duda dice que es la mejor!

—Cierto —dijo mi tío, rechoncho y con un sentido soñador del misticismo—. ¡Cierto!

—Es como un artista: toma un trozo de mármol blanco al borde de una calera, empieza a golpearlo por todas partes… Hace un monumento a sí mismo… y a los demás… Un monumento que el mundo no dejará morir de buen grado. Hablando de mostaza, señor, el otro día estuve en Clapham Junction, y todas las riberas están llenas de rábanos picantes cuyas semillas deben haber volado de algún jardín de por allí. Usted ya sabe cómo es el rábano picante… Crece como el fuego en el monte, se desparrama, se extiende. Me detuve al borde de la plataforma mirando aquello y pensando. «Como la fama —pensé—. Lozano y salvaje allá donde no es deseado. ¿Por qué las cosas realmente buenas de la vida no crecen como el rábano picante?», pensé. Mi mente derivó de esa forma peculiar en que lo hace a veces a la idea de que la mostaza cuesta un penique la lata… Compré una el otro día para un poco de jamón que tenía. Se me pasó por la cabeza que podría ser un buen negocio utilizar el rábano picante para adulterar la mostaza. Tuve una especie de idea de que podía meterme en el mundo de los negocios con esto, hacerme rico, y volver a mi propio arte monumental de nuevo. Y luego me dije: «¿Pero por qué adulterar? No me gusta la idea de la adulteración».

—La adulteración es algo despreciable —dijo mi tío, asintiendo con la cabeza—. ¡Siempre expuesta a ser descubierta!

—¡Y totalmente innecesaria también! ¿Por qué no preparar una mezcla, digamos tres cuartas partes de rábano picante triturado y una cuarta parte de mostaza, darle un nombre atractivo y venderlo a dos veces el precio de la mostaza? ¿Entiende? Estuve a punto de empezar inmediatamente el negocio, pero ocurrió algo. Mi tren siguió su camino.

—Una idea divertida —dijo mi tío. Me miró—. Y realmente es una idea, George —añadió.

—¡Tome las virutas, por ejemplo! ¿Conoce aquel poema de Longfellow, señor, aquel que suena exactamente igual que la primera declinación? ¿Cómo es…? Oh, sí… *¡Man's a maker men say!*

—El hombre es un constructor dicen los hombres —murmuró mi tío—. Aunque en aquel tiempo *maker* quería decir también poeta.

Asintió con la cabeza, y murmuró algo más que se perdió en el aire.

—Un buen poema, sí —me dijo luego en un aparte.

—Bien, pues habla de un carpintero y un poético niño victoriano, ¿sabe?, y de algunas virutas. El chico no sabe qué hacer con las virutas. Pero usted quizá sí. Redúzcalas a polvo. Pueden servir para algo. Empápelas en miel… ¡Xilo-tabaco! Pulverícelas y añádales un poco de brea y de trementina para darles olor… Empaquételas para baños calientes… ¡Una Cura Segura para el azote de la gripe! Luego están todas esas comidas patentadas a base de granos, eso que los americanos llaman cereales. Creo que estoy en lo cierto, señor, al decir que son viruta de madera.

—¡No! —dijo mi tío, sacándose el puro de la boca—. Por todo lo que he podido descubrir, se trata de auténtico grano, el grano que se ha echado a perder… Lo he estado estudiando.

—¡Bien, ahí tiene! —dijo Ewart—. Digamos que es grano echado a perder. Sirve igual de bien para mi caso. Su comercio moderno no hace más que comprar y vender… escultura. Es compasión, es salvación. ¡Es un trabajo de rescate! Toma todo tipo de artículos dejados de la mano y los eleva de nuevo. Caná no está en ello. Usted convierte el agua… en Tono-Bungay.

—El Tono-Bungay es un buen producto —dijo mi tío, repentinamente serio—. No estamos hablando del Tono-Bungay.

—Su sobrino, señor, es duro; desea que todo llegue a una especie de fin predestinado; es un calvinista del comercio. Ofrézcale un cubo de basura lleno; lo mirará con desprecio… y pasará de largo. En cambio usted, señor, usted puede convertir las cenizas en algo respetable.

Mi tío lo miró dubitativo por un momento. Pero había un toque de apreciación en sus ojos.

—Las cenizas pueden convertirse en una especie de ladrillo sanitario —reflexionó mirando la punta de su puro.

—O en una galleta digestiva. ¿Por qué no? Puede usted anunciar: «¿Por qué los pájaros son tan despiertos? ¡Porque digieren perfectamente su comida! ¿Por qué digieren tan perfectamente su comida? ¡Porque disponen de una molleja! ¿Por qué el hombre no dispone de ninguna molleja? Porque dispone de la Galleta Digestiva Trituradora a base de Cenizas Ponderevo…» lo cual es mejor.

Pronunció las últimas palabras en un grito, con su peluda mano alzada en un floreo en el aire…

—Maldito tipo listo —dijo mi tío, después de que se hubiera marchado —. Conozco a un hombre apenas lo veo. Lo hará. Borracho perdido, seguro, pero eso lo único que hace es conseguir que algunos hombres sean más brillantes. Si desea hacer ese cartel, puede hacerlo. Zzzz. Esa idea suya acerca de los rábanos picantes. Hay algo ahí, George. Voy a pensar sobre ello…

Debo decir inmediatamente que mi proyecto de cartel quedó en nada al final, aunque Ewart dedicó una interesante semana al asunto. Dejó que su desafortunada disposición a la ironía lo dominara. Produjo un cuadro de dos castores con un sutil parecido, dijo, a mí y a mi tío —el parecido de mi tío no era del todo malo—, embotellando hileras e hileras de Tono-Bungay, con la leyenda «Comercio moderno». Por supuesto no hubiera vendido ni una caja, aunque estuvo de acuerdo conmigo en el transcurso de una alegre velada que indudablemente «despertaría curiosidad». Además, produjo un sorprendente estudio de mi tío, excesiva e innecesariamente desnudo pero, por todo lo que fui capaz de juzgar, de un admirable parecido, dedicado a hazañas de fuerza de un tipo gargantuesco ante una audiencia de nerviosas y escandalizadas damas. La leyenda de abajo, «Salud, Belleza, Fuerza», daba

un necesario punto de referencia a su parodia. Este lo colgó en su estudio encima de la tienda de ultramarinos, con un trozo de papel marrón cubriéndolo a guisa de cortina para acentuar su difamatorio insulto.

IV

Marion

1

Cuando miro atrás, hacia aquellos días en los cuales construimos la gran propiedad de Tono-Bungay a partir de las esperanzas humanas y un crédito para comprar botellas y pagar alquileres e imprentas, veo mi vida dispuesta en dos columnas paralelas de desigual grosor, una más ancha, más grande, más extendida, más rica en acontecimientos, que constantemente se amplía aún más, el lado comercial de mi vida, y otra más estrecha, más oscura, que se ensombrece cada vez más a medida que va apagándose la llama de la felicidad, mi vida hogareña con Marion. Porque, por supuesto, me casé con Marion.

De hecho, no me casé con ella hasta un año después de que el Tono-Bungay estuviera completamente a flote, y aun entonces solo tras una serie de conflictos y discusiones de un tono de lo más penoso. Por aquel entonces yo tenía veinticuatro años. Ahora me parece una edad inmediatamente después de la infancia. Ambos éramos en ciertos aspectos desusadamente ignorantes y simples; éramos de temperamentos antagónicos y no teníamos —ni creo que fuéramos capaces de ello— ninguna idea en común. Ella era joven y extraordinariamente convencional —nunca parecía tener una idea propia, sino siempre la idea de su clase—, y yo era joven y escéptico, emprendedor y apasionado; los dos lazos que nos mantenían juntos eran la intensa atracción que su belleza física tenía para mí y su apreciación de la importancia que ella tenía en mis pensamientos. No puede haber ninguna duda de mi pasión por Marion. En ella había descubierto a la mujer

deseada. ¡Noches enteras despierto por causa suya, retorciéndome, mordiéndome los puños en la fiebre de mi deseo…!

Ya he contado cómo me compré una chistera y un traje nuevo para complacerla aquel domingo —ante la burla de mis compañeros de estudios que se cruzaron conmigo por casualidad—, y cómo nos comprometimos. Pero este fue solo el principio de nuestras diferencias. Para ella, eso significaba el principio de un pequeño secreto no desagradable, un uso ocasional de caricias verbales, quizá incluso algún beso. Era algo que podía proseguir indefinidamente, sin interferir en ninguna forma con sus turnos de trabajo con Smithie. Para mí era un empeño a unirnos de la forma más íntima en cuerpo y alma tan pronto como pudiéramos…

No sé si sorprenderá al lector el hecho de que estoy exponiendo mi singularmente torpe relación amorosa y el error de mi matrimonio con una excesiva solemnidad. Pero me parece a mí que con ello alcanzo un objetivo mucho más vasto que la exposición de nuestra pequeña aventura personal. He pensado en ello durante toda mi vida. En estos últimos años he intentado extraer de la experiencia al menos un poco de sabiduría. Y en particular he pensado en esta parte de mi vida. Me siento enormemente impresionado por la forma ignorante y sin guía en que los dos nos comprometimos. Lo más extraño en todo este entretejido de incomprensiones y afirmaciones erróneas, responsabilidades y desvencijadas convenciones que constituyen nuestro orden social cuando dos individuos se encuentran, es que nos uniéramos tan accidental y tan ciegamente. Porque no éramos más que unas muestras de un destino común. El amor no solo es el hecho cardinal de la vida del individuo, sino la preocupación más importante de la comunidad; después de todo, la forma en que se empareja la gente joven de esta generación determina el destino de la nación; todos los demás asuntos del Estado son subsidiarios de este. Y dejamos a unos ruborizados y desmañados jóvenes que averigüen torpemente su propio significado, sin nada que los guíe excepto unas miradas impresionadas, unas cuantas tonterías sentimentales y unos pocos susurros y palabras afectadas como muestra.

He intentado señalar algo de mi propio desarrollo sexual en el capítulo anterior. Nadie fue nunca franco y decente conmigo al respecto; nadie,

ningún libro acudió nunca a decirme así y así está hecho el mundo y eso y eso es lo que necesitas hacer. Todo surgió de una forma oscura, indefinida, desconcertante; y todo lo que yo sabía de las leyes o convenciones sobre el asunto tenía la forma de amenazas y prohibiciones. Excepto las furtivas y vergonzosas charlas de mis compañeros en Goudhurst y Wimblehurst, ni siquiera había sido advertido contra peligros completamente horribles. Mis ideas nacían en parte del instinto, en parte de una imaginación romántica, en parte entretejidas a base de una mezcla de retazos de sugerencias que me habían llegado por azar de la más diversa forma. Había leído mucho y desorganizadamente: *Vathek*, Shelley, Tom Paine, Plutarco, Carlyle, Haeckel, William Morris, la Biblia, el *Freethinker*, el *Clarion, The Woman Who Did…*, menciono los ingredientes que primero acuden a mi mente. Todo tipo de ideas se apiñaban en mí, y nunca una explicación lúcida. Pero me resultaba evidente que el mundo contemplaba a Shelley, por ejemplo, como una persona muy heroica además de muy hermosa; y que desafiar las convenciones y sucumbir magníficamente a la pasión era lo que había que hacer para ganar el respeto y el afecto de todas las personas decentes.

Y la estructura de la mente de Marion en relación con el tema era un asunto igualmente irracional. Su educación al respecto había sido no solo de silencios, sino de supresiones. Una enorme fuerza de sugerencias la había modelado de tal modo que los intensos melindres naturales de la adolescencia femenina se habían desarrollado en una absoluta perversión del instinto. Para todo lo que es capital en este importante asunto de la vida tenía un epíteto inseparable: «horrible». Sin esta educación hubiera sido una amante tímida, pero ahora era una amante imposible. Respecto al resto había derivado, supongo, en parte del tipo de novelas que había encontrado en la Biblioteca Pública, y en parte de las charlas oídas en la habitación de trabajo de Smithie. Viniera de donde viniese su origen, tenía una idea del amor como de un estado de adoración y servicio por parte del hombre y de condescendencia por parte de la mujer. No había nada «horrible» respecto a ello en las novelas que había leído. El hombre hacía regalos, realizaba servicios, era en todos los aspectos delicioso. La mujer «salía» con él, le sonreía, era besada por él con una decorosa reserva, y si por casualidad la ofendía, ella le negaba su aprobación y su presencia. Normalmente ella le

obligaba siempre a hacer algo «por su bien», le hacía acudir a la iglesia, le prohibía fumar o jugar, le animaba a que prosperase. Al final de la historia llegaba el matrimonio, y tras este cesaba el interés.

Este era el tenor de las novelas de Marion; pero creo que las conversaciones ante la mesa de trabajo en Smithie hicieron algo por modificarlo. En Smithie se reconocía, pienso, que un «tipo» era una posesión a desear; que era mejor estar comprometida con un tipo a no estarlo; que había que conservar a los tipos… Podían ser engañados, podían incluso ser arrebatados. Se había producido uno de esos casos de robo con Smithie, y había habido muchas lágrimas.

Conocí a Smithie antes de casarnos, y luego se convirtió en un visitante asiduo a nuestra casa en Ealing. Era una muchacha de unos treinta y tantos años, delgada, de ojos brillantes y nariz aguileña, con prominentes dientes, una voz afanosa y aguda, y una predisposición a ser atrevida en su vestuario. Sus sombreros eran sorprendentes y variados, pero siempre desconcertantes, y hablaba en un flujo rápido y nervioso que era hilarante más que ingenioso, interrumpido por pequeños gritos de «¡Oh, querida!» y «¡No me digas!». Fue la primera mujer que conocí que usara perfume. ¡Pobre vieja Smithie! ¡Qué inofensiva y gentil alma era realmente y cuánto la detesté de corazón! De los beneficios de sus mantos persas mantenía a la familia de su hermana, compuesta por tres niños, «ayudaba» al inútil de su hermano y acudía incluso en ayuda de dos de sus trabajadoras, pero eso no hizo mella en mí en aquellos tiempos jóvenes de estrechez de mente. Una de las más intensas irritaciones menores de mi vida de casado fue que la inconstante cháchara de Smithie parecía tener mucha más influencia sobre Marion que cualquier cosa que yo pudiera decir. Por encima de todas las cosas ambicionaba su influencia sobre la inaccesible mente de Marion.

En la habitación de trabajo de Smithie, supe más tarde, siempre hablaban reservadamente de mí como de «una cierta persona». Se rumoreaba que yo era terriblemente «listo», y había ciertas dudas —no del todo injustificadas, tengo que reconocerlo— sobre la bondad de mi temperamento.

2

Bien, esas explicaciones generales permitirán al lector comprender los penosos tiempos que pasamos juntos cuando finalmente empecé a buscar en Marion la inteligencia y la maravillosa pasión que, obstinada y estúpidamente, sentía que tenía que haber en ella. Creo que me consideró como el más loco de los cuerdos; «listo», supongo, era de hecho, según los estándares en Smithie, lo más cercano a la locura, una palabra que insinuaba incomprensibles e incalculables motivos…

Marion se impresionaba ante cualquier cosa, lo comprendía mal todo, y su arma era un obstinado y hosco silencio que fruncía su ceño, curvaba su boca y borraba toda la belleza de su rostro.

—Bien, si no podemos ponernos de acuerdo, no veo por qué tenemos que seguir hablando —acostumbraba a decir. Lo cual me irritaba más allá de todo lo concebible. O—: Me temo que no soy lo bastante lista como para comprender eso.

¡Pequeña gente estúpida! Ahora lo veo todo claramente, pero entonces no era mayor que ella, y no podía ver nada excepto que Marion, por alguna razón inexplicable, no emergía a la vida.

Los domingos nos las arreglábamos para dar semiclandestinos paseos, parte de los cuales transcurrían en silencio, en medio de la irritación de indefinibles ofensas. ¡Pobre Marion! Las cosas que intenté poner ante ella, fermentando ideas acerca de teología, socialismo, estética… Las mismas palabras la asustaban, le producían ese débil estremecimiento de acercarse a lo impropio, el terror de una muy presente imposibilidad intelectual. Entonces, con un enorme esfuerzo, yo me reprimía por un tiempo y proseguía con una conversación que la hacía feliz, acerca del hermano de Smithie, acerca de la nueva chica que había entrado a trabajar con ellas, acerca de la casa donde iríamos a vivir. Pero ahí diferíamos un poco. Yo

deseaba un lugar accesible a St. Paul's o a la estación de Cannon Street, mientras que ella tenía puestas sus miras decididamente en Ealing. No es tampoco que estuviéramos peleándonos a cada momento, entiendan. A ella le gustaba que yo representara «gentilmente» mi papel de enamorado; le gustaba que saliéramos juntos… a comer, a Earl's Court, a Kew, a teatros y conciertos, pero no muy a menudo a conciertos porque, aunque a Marion le «gustaba» la música, no le gustaba «demasiado», a exposiciones de pintura…, y allí empecé a utilizar un modo de hablar casi infantil, no recuerdo ahora en qué circunstancias, que se convirtió en un poderoso instrumento de paz en casos difíciles.

Su mayor ofensa para mí la constituyó una incursión ocasional al estilo de vestir de Smithie, un West Kensington degradado. Porque ella no tenía la menor idea de su propia belleza. No comprendía nada en absoluto de la belleza del cuerpo, y podía estropear sus hermosos rasgos enfundándolos en los trapos más extravagantes acompañados de todo tipo de sombreros y adornos. ¡Gracias al cielo, una sutileza natural, una timidez natural y su extremadamente esbelta figura la impedían apuntarse a la abundante eflorescencia de Smithie! ¡Pobre, simple, hermosa, amable, limitada Marion! Ahora que tengo cuarenta y cinco años, puedo mirar hacia atrás y verla con toda mi antigua admiración y nada de mi antigua amargura, con un nuevo afecto desprovisto de toda pasión, y comprender su postura ante el igualmente ignorante, demasiado enérgico, sensual, intelectual estúpido que era yo. Era un joven animal el que se ofrecía a ella en matrimonio, un joven animal. Con ella, era asunto mío comprender y controlar…, y yo exigía compañerismo, pasión…

Como ya he dicho, nos comprometimos; rompimos nuestro compromiso, y volvimos a unirnos. Pasamos por una sucesión de tales fases. No teníamos la menor idea de qué era lo que iba mal entre nosotros. Finalmente nos comprometimos de una manera formal. Tuve una maravillosa entrevista con su padre, en la cual el hombre se mostró magníficamente serio e incluso habló sin aspirar las haches, y quiso saber de mis orígenes, y fue tolerante (tolerante hasta la exasperación) ante el hecho de que mi madre hubiera sido una sirvienta, y luego su madre me besó, y yo le di a Marion el anillo que le había comprado. Pero observé que

la silenciosa abuela no aprobaba aquello… Tenía dudas acerca de mi religiosidad. Cada vez que nos peleábamos nos manteníamos separados algunos días; y cada una de estas separaciones era al principio un alivio para mí. Pero luego empezaba a desearla; una insoportable ansiedad me invadía. Pensaba en el suave fluir de sus brazos, en las suaves y graciosas curvas de su cuerpo. Permanecía tendido en la cama despierto o soñaba en una Marion transfigurada de luz y fuego. Por supuesto, era la Dama Naturaleza la que me conducía hacia el sexo femenino a su inexorable y estúpida manera; pero yo creía que era la necesidad de Marion lo que me turbaba. De modo que siempre volvía finalmente a Marion y aceptaba o ignoraba lo que fuera que nos había separado, y la animaba más y más a casarnos lo antes posible…

A la larga eso se convirtió en una idea fija. Embotaba mi orgullo y mi voluntad, me decía a mí mismo que todo iba a salir bien. Me afanaba en mi trabajo. De hecho, creo que mi auténtica pasión por Marion había disminuido enormemente mucho antes de que nos casáramos, en parte a causa de su creciente y clara insensibilidad. Cuando estuve seguro de mis trescientas al año, ella estipuló un retraso, un retraso de doce meses, «para ver cómo marchan las cosas». Había veces en que ella parecía simplemente una antagonista enfrentándose de forma irritante a mis deseos. Es más, yo empecé a sentirme cada vez más absorbido por los intereses y la excitación del éxito del Tono-Bungay, por el cambio y movimiento de las cosas, por el ir y venir. La olvidaba durante días enteros, y luego la deseaba con una irritante intensidad. Finalmente, un sábado por la tarde, tras una mañana de hosca meditación, decidí casi salvajemente que aquellos retrasos tenían que terminar.

Me dirigí a la pequeña casa de Walham Green, con la intención de que Marion viniera conmigo a Putney Common. Marion no estaba en casa cuando llegué allí, y tuve que refrenarme por un tiempo y charlar con su padre, que acababa de regresar de la oficina, explicó, y estaba distrayéndose un rato en el invernadero.

—He venido a pedirle a su hija que se case conmigo enseguida —dije —. Creo que ya hemos esperado suficiente tiempo.

—Yo tampoco apruebo los compromisos largos —dijo su padre—. Pero Marion tendrá sus propias razones, de todos modos. ¿Ha visto este nuevo fertilizante en polvo?

Entré en la casa para hablar con mrs. Ramboat.

—Necesitará tiempo para preparar sus cosas —dijo mrs. Ramboat.

Marion y yo nos sentamos juntos en un pequeño asiento bajo algunos árboles en la cima de Putney Hill, y yo ataqué el asunto con brusquedad.

—Mira, Marion —dije—, ¿vas a casarte conmigo o no?

Ella me sonrió.

—Bueno —dijo—, estamos comprometidos, ¿no?

—Eso no puede seguir así eternamente. ¿Te casarás conmigo la semana que viene?

Me miró directamente a la cara.

—No podemos —dijo.

—Prometiste casarte conmigo cuando ganara trescientas al año.

Guardó silencio durante un breve espacio.

—¿No podemos seguir por un tiempo como hasta ahora? Podemos casarnos con trescientas al año. Pero eso significa una casa muy pequeña. Mira al hermano de Smithie. Se las arreglan con doscientas cincuenta, pero eso es muy poco. Ella dice que viven en una casa compartida casi en mitad de la carretera, con apenas un poco de jardín. Y la pared que los separa de la casa de al lado es tan delgada que pueden oír todo lo que ocurre en ella. Cuando su bebé llora, los otros dan golpes en la pared. Y la gente se apoya en la valla y habla… ¿No podemos esperar? ¡Lo estás haciendo tan bien!

Me inundó una extraordinaria amargura ante aquella invasión de los hermosos, grandes asuntos del amor por parte de la sórdida necesidad. Le respondí conteniéndome enormemente.

—Si pudiéramos conseguir una casa aislada, con fachada a dos calles…, en Ealing, digamos… Con un cuadrado de césped enfrente y un jardín detrás… y… y un baño embaldosado… —dije.

—Eso significaría sesenta libras al año, como mínimo.

—Lo cual quiere decir que debería ganar quinientas al año… Sí. Bien, ¿sabes?, le dije a mi tío que quería quinientas, y me las da.

—¿Te da qué?

—Quinientas libras al año.

—¡Quinientas libras!

Estallé en una carcajada que tenía algo más que un atisbo de amargura.

—Sí —dije—. ¡De veras! Y ahora, ¿qué es lo que piensas?

—Sí —dijo, enrojeciendo un poco—. Pero sé razonable. ¿Quieres decir que realmente has conseguido un aumento, así de golpe, de doscientas al año?

—Para casarnos… sí.

Me miró, escrutadora, por unos instantes.

—¡Me has dado una buena sorpresa! —dijo, y se rió de mi risa.

Se había puesto radiante, y eso me hizo sentirme radiante a mí también.

—Sí —dije—, sí. —Y mi risa ya no tenía ningún atisbo de amargura.

Ella unió sus manos y me miró a los ojos.

Estaba tan complacida que olvidé por completo mi disgusto de un momento antes. Olvidé que ella había elevado su precio en doscientas libras al año, y que yo la había comprado a ese nuevo precio.

—¡Vamos! —dije, poniéndome en pie—, caminemos hacia el atardecer, querida, y hablemos de todo esto. ¿Sabes?, este es el más hermoso de los mundos, un mundo sorprendentemente hermoso, y cuando el atardecer se derrama sobre ti te inunda de un resplandeciente oro. No, no oro, cristal dorado… Algo mejor aún que cristal u oro…

Y durante toda aquella tarde la cortejé y la mantuve alegre. Ella me hizo repetir lo de las quinientas libras una vez más, y sin embargo aún se quedó dudando un poco.

Amueblamos aquella casa que daba a dos calles desde la buhardilla —tenía una buhardilla— hasta el sótano, y creamos un jardín.

—¿Conoces la cortadera argentina? —preguntó Marion—. Me encanta la cortadera argentina, si hay sitio suficiente.

—Tendrás tu cortadera argentina —declaré.

Y había momentos en que en mi imaginación entrábamos en aquella casa juntos, cuando todo mi ser gritaba que la tomara en mis brazos…, ahora. Pero me contenía. Sobre estos aspectos de la vida hablaba poco, muy poco de hecho, porque había recibido mis lecciones.

Ella había prometido casarse conmigo en el plazo de dos meses. Tímida, reluctante, fijó un día, y a la tarde siguiente, acalorados y furiosos, «rompimos» por última vez. La causa fue la ceremonia. Yo me negué lisa y llanamente a tener una boda normal con pastel de bodas, traje blanco, coches y todo lo demás. Se me ocurrió de pronto, en medio de una conversación con ella y su madre, que al parecer todo aquello había sido dado por sentado. Planteé inmediatamente mis objeciones, y esta vez no se trataba solamente de una diferencia de opinión normal; fue una auténtica «trifulca». No recuerdo ni una cuarta parte de las cosas que nos dijimos en esa disputa. Recuerdo a su madre reiterando en tonos de suave reconvención:

—Pero George, querido, es necesario un pastel… para repartir.

Creo que todos reiteramos muchas veces las cosas. Recuerdo haber repetido yo mismo, machaconamente:

—El matrimonio es algo demasiado sagrado, demasiado íntimo, como para hacer ese despliegue.

Su padre entró y se detuvo detrás de mí apoyado contra la pared, y su tía apareció al lado del aparador y se quedó de pie con los brazos cruzados mirando de orador en orador, una digna y severa profetisa. No se me ocurrió pensar en lo doloroso que debía ser para Marion el que aquella gente fuera testigo de mi rebelión.

—Pero George —dijo su padre—, ¿qué clase de matrimonio quieres? ¿Quieres ir a una de esas oficinas de registro?

—Eso es exactamente lo que quiero hacer. El matrimonio es algo demasiado íntimo…

—Yo no me sentiría casada —dijo mrs. Ramboat.

—Mira, Marion —dije—; vamos a casarnos en la oficina de registro. No creo en todas esas… mundanidades y supersticiones, y no voy a someterme a ellas. He transigido en todo tipo de cosas para complacerte.

—¿En qué ha transigido? —preguntó su padre… Nadie lo oyó.

—No puedo casarme en una oficina de registro —dijo Marion, completamente pálida.

—Muy bien —dije—. No me casaré en ningún otro sitio.

—No puedo casarme en una oficina de registro.

—Muy bien —dije, poniéndome en pie, pálido y tenso, y también, cosa que me sorprendió, exultante—; entonces no nos casaremos.

Ella se inclinó sobre la mesa, mirando fijamente a ningún sitio.

—Creo que es lo mejor —dijo, muy bajo— si las cosas han de ser así.

—Es elección tuya —contesté. Aguardé un momento, observando la nube de enfurruñada ofensa que velaba su belleza—. Es elección tuya —repetí; y sin preocuparme de los demás, caminé hacia la puerta, la cerré de un portazo a mis espaldas, y así salí de la casa.

—Todo ha terminado —me dije a mí mismo en la calle, y me sentí lleno de una desoladora sensación de alivio…

Pero al poco rato su semiinclinado rostro, allá sentada delante de la mesa, y su brazo, y la forma en que su hombro caía abatido, empezó a atormentarme.

3

Al día siguiente hice algo sin precedentes. Envié un telegrama a mi tío: «Mal humor no acudo al trabajo», y me dirigí a Highgate en busca de Ewart. Lo encontré trabajando… en un busto de Milly, y pareció alegrarle la interrupción.

—Ewart, viejo Estúpido, deja todo y vente conmigo a pasar el día charlando —dije—. Estoy hecho polvo. Hay una especie de locura en ti que me anima. Vamos a Staines y rememos hasta Windsor.

—¿Una chica? —preguntó Ewart, dejando el cincel.

—Sí.

Eso fue todo lo que le dije de mi asunto.

—No tengo dinero —observó, para aclarar cualquier ambigüedad en mi invitación.

Compramos una jarra de cerveza con jengibre, algo de comida y, bajo sugerencia de Ewart, dos sombrillas japonesas en Staines; pedimos almohadones extra en la caseta de los botes, y pasamos un reconfortante día en discurso y meditación, con el bote amarrado en un sombreado lugar a este lado de Windsor. Creo recordar a Ewart con un almohadón por encima, visibles tan solo sus talones y su sombrilla y algunos mechones de pelo negro, una voz y nada más, contra el espejeante brillo de los árboles y arbustos.

—No vale la pena —decía con voz pesada—. Sería mejor que te dedicaras un poco a Milly, Ponderevo, y así no te sentirías tan trastornado.

—No —dije decididamente—, esa no es mi forma de…

Una columna de humo ascendió por unos instantes de Ewart, como el humo ascendiendo de un altar.

—Todo es una confusión, y tú crees que no lo es. Nadie sabe dónde estamos… debido a que, de hecho, no estamos en ningún lado. ¿Son las

mujeres una propiedad… o son criaturas semejantes a nosotros? Son tan obviamente criaturas semejantes a nosotros. ¿Tú crees en las diosas?

—No —dije—. Esa no es mi idea.

—¿Cuál es tu idea?

—Bien…

—Hummm —dijo Ewart, aprovechando mi pausa.

—Mi idea —dije— es encontrar a una persona que me pertenezca, a la cual yo pertenezca… en cuerpo y alma. ¡No semidioses! Aguardar hasta que venga. Si viene… Debemos aproximarnos el uno al otro jóvenes y puros.

—No existe nada parecido a una persona pura o una persona impura… Desde un principio está todo mezclado.

Aquello era tan evidente que me silenció por completo.

—Y si tú le perteneces a ella y ella te pertenece a ti, Ponderevo… ¿Dónde está la cabeza y dónde la cola?

No pronuncié ninguna respuesta excepto un impaciente:

—¡Oh!

Durante un rato fumamos en silencio.

—¿Te he contado, Ponderevo, un maravilloso descubrimiento que he hecho? —preguntó de pronto Ewart.

—No —contesté—. ¿De qué se trata?

—No existe mrs. Grundy.

—¿No?

—¡No! Prácticamente no. He descubierto todo el asunto. Ella es simplemente un instrumento, Ponderevo. Nació para ser culpada de todo. Grundy es un hombre. Grundy desenmascarado[17]. Más bien flaco y de mal humor. De mediana edad, no muy viejo. Con densas patillas negras y ojos inquietos. Todo había ido bien hasta ahora, y de pronto llega la inquietud. ¡Cuidado! Ahí tenemos a Grundy en un estado de pánico sexual, por ejemplo… «¡Por Dios santo, ocultad eso! ¡Se han unido… se han unido! ¡Es demasiado excitante! ¡Están ocurriendo las cosas más horribles!». Yendo precipitadamente de un lado para otro, agitando sus largos brazos como un molino de viento. «¡Deben ser separados!». El inicio de una absoluta extirpación de todo, una absoluta separación. Un lado de la calle

para los hombres, el otro para las mujeres, y una cartelera, sin carteles, entre ellos. Cada chico y cada chica serán metidos en un saco y el saco sellado, asomando tan solo la cabeza y las manos y los pies, hasta los veintiún años. ¡La música será abolida, los perifollos para los animales inferiores! Los gorriones serán suprimidos… ab-so-lu-ta-men-te.

Me eché bruscamente a reír.

—Bien, ese es el talante de mr. Grundy, y lo deposita sobre mrs. Grundy… Es una persona muy difamada, Ponderevo, muy sumisa en el fondo…, y él la coloca en un estado de dolorosa confusión… ¡Muy dolorosa! Es una criatura muy dócil. Cuando Grundy le dice que las cosas son espantosas ella se siente espantada, enrojecida y sin respiración. Intenta ocultar su profunda sensación de culpabilidad tras una expresión altanera…

»Grundy, mientras tanto, se halla en un estado de absoluta confusión mental. ¡Sus largas, flacas y nudosas manos señalan y gesticulan! ¡Siguen pensando en cosas, pensando en cosas! ¡Es horrible! ¡Hay que quitarles los libros! ¡No puedo imaginar dónde los consiguen! ¡Tengo que vigilar! ¡Hay gente por ahí susurrándose cosas! ¡Nadie tiene que susurrar! ¡Hay algo sugerente en el mero acto de hacerlo! ¡Y luego los cuadros! En los museos… Cosas demasiado horribles como para poder expresarlas con palabras. ¿Por qué no podemos tener arte puro, con la anatomía totalmente equivocada y pura y hermosa, y ficción pura, y poesía pura, en vez de toda esa basura llena de alusiones? ¿Alusiones…? ¡Disculpen! ¡Hay algo ahí detrás de esa puerta cerrada! ¡El agujero de la cerradura! En interés de la moralidad pública… Sí, señor, como un hombre puro, bueno, insisto, voy a mirar… No va a hacerme ningún daño… Insisto en mirar… Es mi deber… Hummm… ¡el agujero de la cerradura!».

Agitó extravagantemente sus piernas, y yo me eché a reír de nuevo.

—Ese es siempre Grundy, Ponderevo. No existe mrs. Grundy. Es una de las mentiras que contamos acerca de las mujeres. Son demasiado simples. ¡Simples! ¡Las mujeres son simples! Aceptan todo lo que les dicen los hombres… —Meditó durante un rato—. Así es exactamente como se lo dije —murmuró.

Y reanudó su discurso acerca de los humores de mr. Grundy:

—Luego descubres al viejo Grundy de otro humor. ¿Nunca lo has descubierto husmeando, Ponderevo? Loco con la idea de cosas misteriosas, desconocidas, perversas, deliciosas. Cosas que no son respetables. ¡Huau! ¡Cosas que él no debe hacer! Cualquiera que sepa acerca de esas cosas sabe que hay tanto misterio y delicia en las cosas prohibidas de Grundy como lo hay en comer jamón. Muy agradable si es una hermosa mañana y te sientes bien y con hambre y tienes la perspectiva de una comida en pleno campo. Muy poco agradable si te sientes indispuesto. Pero Grundy lo cubrirá todo y lo ocultará y pondrá sombras desagradables hasta que quede olvidado. Todo empieza a supurar en su mente. Tiene horribles discusiones consigo mismo acerca de pensamientos impuros… Entonces descubres a Grundy con las orejas enrojecidas, hablando curiosamente bajo. Grundy de juerga, Grundy hablando con voz ronca y mirando con ojos furtivos y moviéndose con convulsivos movimientos, haciendo cosas indecentes. Evolucionando… en medio de densos vapores… ¡hacia la indecencia!

»Grundy peca. Oh, sí, es un hipócrita. Se desliza tras una esquina y peca horriblemente. ¡Son Grundy y sus oscuras esquinas las que crean el vicio, el vicio! Nosotros los artistas…, nosotros no tenemos vicios. Y luego se pone frenético con el arrepentimiento. Y desea ser cruel con las mujeres caídas y decentes, con los indefensos escultores de un simple desnudo como yo…, y así vuelve a su pánico de nuevo.

—Mrs. Grundy, supongo, no sabe que él peca —observé.

—¿No? No estoy tan seguro… ¡Pero, bendito sea su corazón, ella es una mujer! Es una mujer…

»Luego encuentras de nuevo a Grundy con una amplia y zalamera sonrisa, como un accidente en una barra de mantequilla, cubriendo todo su rostro, mostrándose con una Mente Liberal… Grundy en sus momentos Antipuritanos, “intentando no ver Mal en ello”… Grundy el amigo del placer inocente. Te hace sentir enfermo con el Daño que intenta no ver en ello…

»Y es por eso por lo que siempre está equivocado, Ponderevo. Grundy, ¡maldito sea!, permanece ante la luz, y nosotros los jóvenes no podemos verlo. Su modo de ser nos afecta. Captamos sus accesos de pánico, su manía de husmear, su zalamería. No sabemos qué es lo que puede pensar,

qué es lo que puede decir. Hace todo lo que puede por impedir que leamos o veamos, o que discutamos de la manera más normal y lógica, algo que es enormemente interesante. Así que no entramos en la adolescencia; penetramos a tientas, tropezando, en el sexo. Atrévete, atrévete a mirar… ¡Y puede denostarte para siempre! Las chicas se sienten aterrorizadas y mudas ante sus significativas patillas, ante la turbiedad de sus ojos.

De pronto Ewart, como un muñeco saltando fuera de su caja de sorpresas, se sentó erguido.

—Está por todas partes, Ponderevo —dijo muy solemnemente—. A veces… a veces pienso que está… en nuestra sangre. En la mía.

Me contempló, esperando muy ansiosamente mi opinión, con su pipa en una comisura de la boca.

—Tú eres el único primo lejano que he tenido nunca —dije.

Hice una reflexiva pausa.

—Pero mira a tu alrededor, Ewart, ¿cómo puedes hacer que las cosas sean distintas?

Frunció su peculiar rostro, contempló el agua e hizo que su pipa gorgoteara por un breve tiempo, acunada entre sus dos manos, mientras pensaba profundamente.

—Es complicado, lo admito. Hemos crecido bajo el terror de Grundy y de esa inocente, pero dócil y, sí, formidable dama, su esposa. No sé hasta qué punto las complicaciones no son una enfermedad, una especie de blanqueado bajo la sombra de Grundy… Es posible que haya cosas que aún tengo que aprender acerca de las mujeres… El hombre ha comido del árbol del conocimiento. Su inocencia ha desaparecido. No puedes conseguir tu pastel y comértelo. Estamos aquí en busca de conocimiento; obtengámoslo lisa y llanamente. Habría que empezar, creo, aboliendo la idea de la decencia y la indecencia…

—¡Grundy sufriría convulsiones! —exclamé.

—Grundy, Ponderevo, debería tomar duchas frías, públicamente, si su espectáculo no fuera demasiado doloroso… Tres veces al día. Pero no creo, entiéndelo, que debiera dejar que los sexos se unieran. No. El hecho que se esconde detrás de los sexos… es el sexo. No es bueno engañar. Trae malas consecuencias…, incluso en la mejor compañía mixta. Los hombres

seguirán discutiendo y peleándose, y las mujeres también. O se aburrirán. Supongo que los machos ancestrales compitieron por las hembras ancestrales desde el momento mismo en que eran poco más que unos mugrientos reptiles pequeñitos. No vas a alterar eso en un millar de años… Nunca convendrá tener una compañía mixta, nunca, excepto con un solo hombre o una sola mujer. ¿Cómo podríamos arreglarlo…?

—¿O tan solo dúos…?

—¿Cómo disponerlo? ¿Alguna regla de etiqueta, quizá…? —Adoptó una actitud extremadamente grave.

Luego su larga mano empezó a hacer alocados gestos.

—Creo verlo, creo verlo… Una especie de Ciudad de las Mujeres, Ponderevo. Sí… Un recinto cercado con buena obra de albañilería, los muros de una ciudad, altos como las murallas de Roma, cercando un jardín. Docenas de kilómetros cuadrados de jardín: árboles, fuentes, lagos. Praderas sobre las que juegan las mujeres, avenidas donde chismorrean, botes… Mujeres de este tipo. Cualquier mujer que ha sido una buena chica en la escuela vive en este recuerdo durante el resto de su vida. Es una de las cosas más patéticas respecto a las mujeres… La superioridad de la escuela y la universidad sobre cualquier otra cosa que consigan luego. Y esta ciudad-jardín de mujeres tendrá hermosos lugares para la música, lugares para hermosos vestidos, lugares para hermoso trabajo. Todo lo que una mujer pueda desear. Guarderías. Jardines de infancia. Escuelas. Y ningún hombre, excepto para hacer el trabajo duro quizá, entrará nunca allí. Los hombres viven en un mundo donde pueden cazar y practicar la ingeniería, inventar y cavar minas y fabricar cosas, botar barcos, beber mucho y practicar las artes y luchar…

—Sí —dije—, pero…

Me hizo callar con un gesto.

—Estoy llegando a eso. Las casas de las mujeres, Ponderevo, se hallarán en el muro de su ciudad; cada mujer tendrá su propia y particular casa y hogar, amueblada según sus propios gustos a su propia manera, con un balconcito en la parte exterior del muro. Construida en el muro, y con su balconcito. Y allí acudirán y mirarán afuera, cuando les apetezca, y alrededor de toda ciudad habrá una amplia carretera y bancos y árboles que

darán sombra. Y los hombres pasearán por allí arriba y abajo cuando sientan la necesidad de compañía femenina; cuando, por ejemplo, deseen hablar acerca de sus almas o sus caracteres o cualquiera de las cosas que solamente una mujer puede comprender… Las mujeres se inclinarán en sus balcones y mirarán a los hombres y sonreirán y hablarán con ellos a su gusto. Y cada mujer tendrá esto: tendrá una pequeña escalerilla enrollable que podrá arrojar si lo desea, si desea hablar más íntimamente…

—Los hombres seguirán compitiendo.

—Quizá… sí. Pero tendrán que someterse a las decisiones de las mujeres.

Planteé una o dos dificultades, y durante un rato jugueteamos con aquella idea.

—Ewart —dije—, eso es como la Isla de las Muñecas… Supón —reflexioné— que un hombre sin éxito pone sitio a un balcón y no deja que su rival se acerque.

—Entonces deja entrar a este último —dijo Ewart— mediante una disposición especial. Como se hace con los organilleros. No hay ninguna dificultad al respecto. Y por otro lado puedes prohibir incluso que esto llegue a ocurrir: conviértelo en algo contra la etiqueta. Ninguna vida es decente sin etiqueta… Y la gente obedece más pronto a la etiqueta que a las leyes…

—Hummm —dije, y se me ocurrió una idea remota en el mundo de un joven—. ¿Y qué hay de los niños? —pregunté—. Dentro de la Ciudad, quiero decir. Las niñas no tienen ningún problema, pero los chicos, por ejemplo, acostumbran a crecer.

—¡Ah! —dijo Ewart—. Sí, lo olvidé. No van a poder crecer dentro… Habrá que echar fuera a los chicos cuando cumplan los siete años. El padre deberá acudir con un poni pequeño y una pistola de juguete y alguna otra chuchería, y llevarse al muchacho. Luego podrán volver siempre que quieran al balcón de su madre… Tiene que ser hermoso tener una madre. El padre y el hijo…

—Todo esto suena muy bien dicho así —murmuré finalmente—, pero es un sueño. Volvamos a la realidad. Lo que quiero saber es, ¿qué puede hacerse en Brompton, digamos, o en Walham Green, ahora?

—¡Oh, maldita sea! —observó—. ¡Walham Green! ¡Vaya amigo eres, Ponderevo!

Y dio un brusco fin a su discurso. Ni siquiera respondió a mis tentativas durante un rato.

—Mientras estaba hablando hace un momento —observó por fin—, tuve una idea completamente distinta.

—¿Qué?

—Una obra maestra. Una serie. Como los bustos de los Césares. Pero no cabezas, ya sabes. Hoy en día no vemos a la gente que hace las cosas…

—¿Cómo la harías, entonces?

—Manos… ¡Una serie de manos! Las manos del siglo veinte. Lo haré. Algún día alguien lo descubrirá, vendrá aquí, verá lo que he hecho y lo que significa.

—¿Lo verá dónde?

—En las tumbas. ¿Por qué no? ¡El maestro desconocido de la ladera de Highgate! Todas las pequeñas y suaves manos femeninas, las nervudas y feas manos masculinas, ¡las manos de los fracasados y las manos de los secuestradores! Y la floja, delgada, nudosa mano de Grundy… ¡Grundy el terror! ¡Con todas sus pequeñas arrugas, y el pulgar! Solo que intentará atrapar a todas las demás y juntarlas…, en un apretón ligeramente inquietante… Como la gran mano de Rodin, ¡ya sabes lo que quiero decir!

4

He olvidado cuántos días transcurrieron entre esta última ruptura de nuestro compromiso y la rendición de Marion. Pero recuerdo ahora la intensidad de mi emoción, el concentrado espíritu de lágrimas y risas en mi garganta mientras leía las palabras de su inesperada carta… «He pensado en todo lo ocurrido, y fui egoísta…».

Acudí corriendo a Walham Green aquella tarde para corresponder a su gentileza, para demostrarle que yo podía ser tan generoso o más que ella. Marion se mostró extremadamente gentil y amable, recuerdo, y cuando finalmente me marché, me besó con gran dulzura.

Así pues, nos casamos.

Nos casamos con todas las habituales incongruencias. Yo cedí —quizá al cabo de un tiempo no sin refunfuñar—, y todo lo que cedí Marion lo tomó con manifiesta satisfacción. A fin de cuentas, yo estaba mostrándome razonable. De modo que tuvimos tres coches de caballos hasta la iglesia (una de las parejas de caballos incluso iguales), y cocheros —con una apariencia improvisada y unas chisteras más bien miserables— con cintas blancas en sus látigos, y mi tío intervino con esplendor e insistió en celebrar un convite de boda enviado por un proveedor de Hammersmith. La mesa mostró un gran despliegue de crisantemos, y había un gran ramo naranja en el lugar más significado, y un maravilloso pastel. Repartimos como una veintena de tajadas acompañadas por tarjetas impresas en plata en las cuales el apellido Ramboat de Marion estaba atravesado por una flecha en favor de Ponderevo. Tuvimos a un pequeño grupo de familiares de Marion, y varios amigos y amigos de amigos de Smithie aparecieron por la iglesia y se despidieron en la sacristía. Yo traje a mi tía y a mi tío…, un selecto grupo de dos. El efecto en la pequeña casa de los Ramboat fue de una hilarante congestión. El aparador donde se guardaba el mantel de la mesa y el letrero

de «Apartamentos» fue utilizado para exhibir los regalos, junto con el sobrante de tarjetas impresas en plata.

Marion llevó un blanco atavío de novia, de seda blanca y satén, que no le iba, que la hacía parecer más gruesa y extraña para mí; eliminaba curvas y resaltaba contornos poco familiares. Pasó por todo aquel extraño ritual de una boda inglesa con una gravedad sacramental que yo era aún demasiado joven y egoísta como para comprender. Todo era extraordinariamente esencial e importante para ella; para mí, no era más que una ofensiva, complicada y desconcertante intrusión de un mundo que yo estaba empezando ya a criticar muy amargamente. ¿Para qué servía toda aquella agitación? ¡Un simple e indecente anuncio de que yo había estado apasionadamente enamorado de Marion! Pienso, de todos modos, que Marion era tan solo muy remotamente consciente de mi sofocante exasperación al haber tenido que comportarme finalmente «como correspondía». A fin de cuentas había bordado mi papel; llevaba una levita admirablemente cortada, una nueva chistera, unos pantalones tan claros como era capaz de resistir —más claros, de hecho—, un chaleco blanco, una corbata clara, unos guantes claros. Marion, viéndome desalentado, emprendió su truco habitual de susurrarme que lucía maravilloso; yo sabía sin embargo demasiado bien que no lucía como yo mismo. Tenía el aspecto del suplemento especial a color del *Men's Wear* o de *The Tailor and Cutter*, Traje Completo Para Ocasiones Ceremoniales. Incluso tenía la desconcertante sensación de un cuello poco familiar. Me sentía perdido… en un cuerpo extraño, y cuando me miré a mí mismo para tranquilizarme, el recto y blanco abdomen, las extrañas piernas, confirmaron esa impresión.

Mi tío era mi padrino de boda, y lucía como un banquero —un pequeño banquero— en flor. Llevaba una rosa blanca en el ojal. No estuvo, creo, particularmente hablador. Al menos recuerdo muy poco de lo que dijo.

—George —murmuró en una o dos ocasiones—, esta es una gran ocasión para ti, una muy gran ocasión.

Hablaba como si lo dudara un poco.

Comprendan que no le dije nada de Marion hasta aproximadamente una semana antes de la boda; tanto a él como a mi tía les pilló completamente por sorpresa. No podían, como dice la gente, «ni imaginárselo». Mi tía se

mostró muy interesada, mucho más que mi tío; fue entonces, creo, cuando vi realmente por primera vez que se preocupaba por mí. Recuerdo que me llevó a solas, después de haber hecho mi anuncio.

—Ahora, George —dijo—, cuéntamelo todo de ella. ¿Por qué no lo dijiste, a mí al menos, antes?

Me sorprendió descubrir lo difícil que me resultaba hablarle de Marion. Se quedó perpleja.

—Entonces, ¿es hermosa? —preguntó al fin.

—No sé lo que opinaría usted de ella —eludí—. Creo…

—¿Sí?

—Creo que podría ser la persona más hermosa del mundo.

—¿Y no lo es? ¿Para ti?

—Por supuesto —dije, asintiendo enérgicamente con la cabeza—. Sí. Ella es…

Y así como no recuerdo nada de lo que mi tío dijo o hizo en la boda, sí recuerdo muy claramente algunas pequeñas cosas, escrutinios, solicitudes, un curioso y raro destello de intimidad en los ojos de mi tía. Me di cuenta de que a ella no le estaba ocultando absolutamente nada. Iba vestida muy elegantemente, con un gran sombrero emplumado que hacía que su cuello pareciera más largo y esbelto que nunca, y cuando caminó pasillo arriba con aquel enérgico paso suyo y sus ojos fijos en Marion, perpleja ante todo aquello, me sentí en cierto modo extraño. Creo que le estaba dedicando a mi matrimonio más atención de la que yo le había dedicado, estaba preocupada sobremanera por mi ciega furia y por la ceguera de Marion, estaba mirándolo todo con unos ojos que sabían lo que es el amor… el auténtico amor.

En la sacristía se volvió de espaldas mientras firmábamos, y creo realmente que lloraba, aunque hasta hoy no puedo decir por qué debería llorar, y estaba a punto de llorar también cuando estrechó mi mano al marcharse…, y en ningún momento dijo una palabra ni me miró, sino que simplemente estrechó mi mano.

Si no me hubiera sentido de un humor tan sombrío, creo que hubiese encontrado muchas cosas de mi boda divertidas. Recuerdo un montón de detalles ridículos que aún siguen siendo chistosos en mi memoria. El cura

oficiante estaba resfriado, y convertía las «n» en «d», e hizo el cumplido más mecánico concebible referente a la edad de la novia cuando firmamos el registro. Uno podía asegurar que todas las novias a las que había casado lo habían recibido. Y dos solteronas de mediana edad, primas de Marion y modistas en Barking, destacan aún en mi memoria. Llevaban unas blusas maravillosamente coloreadas y alegres y unas faldas viejas y más discretas, y mostraban un inmenso respeto hacia mr. Ramboat. Arrojaron arroz; trajeron todo un paquete con ellas y empezaron a dar puñados a todos los chicos desconocidos que había en la puerta de la iglesia, y así crearon una lluvia liliputiense, y una de ellas incluso tenía intención de arrojar una zapatilla. Era una zapatilla muy ajada, lo sé, porque cayó de un bolso en medio del pasillo —había como una especie de revoltijo en el pasillo— y yo la recogí y se la di. No creo que llegara a arrojarla realmente, pues mientras nos alejábamos de la iglesia la vi empeñada en una desesperada, y al parecer fútil, lucha con su bolso; y más tarde mis ojos captaron el proyectil de buena suerte, o su compañero, yaciendo, muy evidentemente olvidado, detrás del paragüero del vestíbulo…

Todo el asunto fue mucho más absurdo, más incoherente, más humano, de lo que yo había anticipado, y yo era desde todos los puntos de vista demasiado joven y serio como para permitir que la última cualidad compensara todas las demás. Me hallo tan remoto de esta fase de mi juventud que puedo mirar hacia atrás, hasta ella, tan desapasionadamente como quien contempla un cuadro, un tipo de cuadro perfecto y maravilloso que es inagotable en sus detalles; pero por aquel entonces esas cosas me llenaban de un inexpresable resentimiento. Ahora vuelvo a ello, contemplo los detalles, generalizo sobre los aspectos. Estoy interesado, por ejemplo, en encajar todo aquello con mi teoría Bladesover del esquema social británico. Bajo la carga de la tradición, todos nosotros estábamos intentando en el caos fermentador de Londres llevar adelante las ceremonias matrimoniales de un arrendatario de Bladesover o de uno de los regordetes habitantes medios de una de las ciudades provincianas dependientes cualquiera. Allí un matrimonio es una función pública con un significado público. Allí la iglesia es principalmente el lugar de reunión de la comunidad, y la ceremonia de una boda, algo importante para cualquiera que pase por la

calle. Es un cambio de estatus que interesa legítimamente a toda la vecindad. Pero en Londres no hay vecinos, nadie conoce a nadie, a nadie le importa nadie. Un absoluto desconocido en una oficina toma nota de mí, y las amonestaciones son proclamadas a unos oídos que nunca antes habían oído nuestros nombres. Ni siquiera el sacerdote que nos casó nos había visto nunca, y no dio a entender en ningún momento que deseara vernos de nuevo alguna otra vez.

¡Vecinos en Londres! Los Ramboat no saben los nombres de la gente que vive a sus respectivos lados. Mientras aguardaba a Marion antes de iniciar nuestra luna de miel, recuerdo que mr. Ramboat entró y se detuvo a mi lado y miró hacia afuera a través de la ventana.

—Ayer hubo un funeral ahí al lado —dijo, para entablar conversación —. Fue muy bonito: el coche fúnebre era todo de cristal…

Y nuestra pequeña procesión de tres carruajes, con sus caballos adornados con cintas blancas y sus cocheros, cruzó el denso y ruidoso tráfico de la ciudad como una figurilla china perdida en la tolva de carga del carbón de un acorazado. Nadie nos cedió el paso, nadie se preocupó por nosotros; el conductor de un ómnibus se echó a reír burlonamente; durante un rato nos arrastramos a paso de tortuga tras un indiferente carro de la basura. El irrelevante golpeteo de los cascos de los caballos y el tumulto dieron un extraño aroma de indecencia a aquella unión pública de dos enamorados. Parecía como si nos hubiéramos entrometido desvergonzadamente en medio de todo aquello. La multitud que se había congregado afuera en la iglesia se hubiera congregado con el mismo espíritu y con mayor presteza ante un accidente en medio de la calle…

En Charing Cross —nos dirigíamos a Hastings—, el ojo experimentado del jefe de tren detectó el significado de nuestras poco habituales ropas y nos aseguró un compartimento.

—Bien —dijo, mientras el tren salía a marcha lenta de la estación—, ¡ya está todo listo! —Y se volvió hacia Marion, poco familiar todavía para mí con sus poco familiares ropas, y sonrió.

Ella me miró gravemente, con timidez.

—¿No haces la señal de la cruz? —preguntó.

—¿La señal de la cruz? ¿Para qué?

—Para que todo vaya bien en el viaje.

—¡Mi querida Marion! —dije; y, a guisa de respuesta, tomé su mano y besé su blanco guante, notando el olor de la fina piel curtida…

No recuerdo mucho más del viaje, una hora o así de tiempo vacío, puesto que ambos nos sentíamos confusos y un poco cansados y Marion tenía un ligero dolor de cabeza y no deseaba caricias. Caí en una ensoñación acerca de mi tío, y me di cuenta, como si fuera un nuevo descubrimiento, de que me preocupaba mucho por él. Lamenté profundamente no haberle hablado antes de mi matrimonio…

Pero no desearán oír ustedes la historia de mi luna de miel. Ya he dicho todo lo que era necesario para servir a mis propósitos. Así fue como ocurrieron las cosas. Guiado por fuerzas que no comprendía, apartado completamente de la ciencia, las curiosidades y el trabajo al cual en un momento determinado había querido dedicarme, me abrí penosamente camino a través de una maraña de tradiciones, costumbres, obstáculos y absurdos, me irrité conmigo mismo, me limité a mí mismo, me dediqué a ocupaciones que sabía con mi visión más imparcial que eran deshonrosas y vanas, y finalmente conseguí el ciego objetivo de la naturaleza, la satisfacción del deseo, y me encontré, tras un breve instante de placer, con una sollozante y reluctante Marion entre mis brazos.

5

¿Quién puede contar la historia del lento distanciamiento de dos personas casadas, el debilitamiento primero de este lazo y luego de un más complejo contacto? Quien menos puede hacerlo es uno de los dos implicados. Incluso ahora, con un intervalo de quince años para aclarar mis ideas, sigo encontrando una masa de impresiones de Marion tan confusa, tan discordante, tan poco sistemática y tan contradictoria como la propia vida. Pienso en esto y la amo, pienso en aquello y la odio…, pienso en un centenar de aspectos a través de los cuales puedo verla ahora con una desapasionada simpatía. Mientras permanezco sentado aquí intentando conseguir alguna visión coherente de este proceso infinitamente confuso, recuerdo momentos de duro y feroz distanciamiento, momentos de clara intimidad, con los pasos de transición de unos a otros completamente olvidados. Hablábamos un pequeño lenguaje propio cuando éramos «amigos», y yo era «Mutney» y ella era «Ming», y manteníamos una apariencia exterior que hasta el mismo final hizo a Smithie pensar que nuestra casa era una de las más acogedoras del mundo.

No puedo decir con detalle cómo Marion me decepcionó y fracasó en esa vida de emociones íntimas que es el meollo del amor. Esa vida de emociones íntimas está hecha de pequeñas cosas. Un rostro hermoso se diferencia de uno feo por el cambio de una serie de superficies y proporciones que a veces son casi infinitamente pequeñas. Me descubro a mí mismo estableciendo pequeñas cosas y pequeñas cosas; ninguna de ellas hace más que demostrar esas esenciales discordancias de temperamento que he empezado a poner en claro. Algunos lectores comprenderán, para otros no pareceré más que un bruto insensible que no es capaz de hacer concesiones… Es fácil hacer concesiones ahora; ¡pero ser joven y ardiente y hacer concesiones, ver abrirse ante uno la vida matrimonial, la vida que

en su amanecer parecía una gloria, un jardín de rosas, un lugar de profundos y dulces misterios y latidos de corazón y maravillosos silencios, y verla como una visión de tolerancia y palabras infantiles! Un compromiso. La cosa menos efectiva en toda la vida de uno.

Cada novela de amor que leía parecía burlarse de nuestra insípida relación, cada poema, cada hermoso cuadro, se reflejaban sobre la monótona sucesión de grises horas que pasábamos juntos. Creo que nuestra auténtica diferencia residía en nuestra sensibilidad estética.

Recuerdo aún el peor y más desastroso aspecto de todo aquel tiempo, su absoluta negligencia hacia su propia belleza. Es el aspecto más mezquino que puedo recordar, lo sé, pero era capaz de llevar rulos de papel en el pelo en mi presencia. Era idea suya también «llevar» sus vestidos viejos y los que ya no le gustaban en casa cuando «no es probable que me vea nadie»…, «nadie» excepto yo. Me permitió acumular todo un almacén de desagradables y desaliñados recuerdos…

Todos nuestros conceptos de la vida diferían. Recuerdo cómo estábamos en desacuerdo respecto a los muebles. Pasamos tres o cuatro días en Tottenham Court Road, y ella eligió las cosas que le gustaban con una inexorable resolución, barriendo a un lado todas mis sugerencias: «Oh, tú deseas unas cosas tan extrañas». Perseguía algún limitado, claramente visto y experimentado ideal… que excluía todas las demás posibilidades. Sobre cada repisa había colgado un espejo, nuestro aparador era maravillosamente bueno y espléndido con cristales biselados, teníamos lámparas con largos brazos de metal y rincones agradables y plantas en barrilitos de madera. Smithie aprobaba todo aquello. No había ningún lugar en toda la casa donde uno pudiera sentarse y leer. Mis libros ocupaban unas estanterías en un rincón apartado del comedor. Y teníamos un piano, aunque la habilidad de Marion no pasaba de un nivel elemental…

¿Saben?, para Marion fue una de las suertes más crueles el que yo, con mi inquietud, mi escepticismo, mis ideas en constante desarrollo, insistiera tanto en casarme con ella. Ella no tenía la facultad de crecer o cambiar; había ocupado su molde, se había instalado en las limitadas ideas de su peculiar clase. Mantenía sus ideas fijas acerca de lo que era correcto en los sillones de un salón y en el ceremonial de una boda y en todas las relaciones

de la vida, y las mantenía con una simple y luminosa honestidad y convicción, con una inmensa y poco imaginativa inflexibilidad… del mismo modo que un pájaro sastre construye su nido o un castor su presa.

Permítanme pasar rápidamente sobre esta historia de decepciones y separación. Puedo hablar de altibajos en el amor entre nosotros, pero en general había más bajos que altos. A veces hacía cosas para mí, una corbata o un par de zapatillas, y me sentía incapaz de agradecérselo porque eran cosas tan absurdas… Gobernaba nuestra casa y nuestra única sirvienta con una dura y brillante eficiencia. Se sentía inmoderadamente orgullosa de la casa y del jardín. Siempre, según ella, cumplía con todos sus quehaceres por mí…

Muy pronto el rápido desarrollo del Tono-Bungay empezó a llevarme a provincias, y en algunas ocasiones estuve fuera durante una semana entera. Esto no le gustó; la dejaba «deprimida», dijo, pero al cabo de un tiempo empezó a reunirse con Smithie de nuevo y a desarrollar una independencia con respecto a mí. Ante Smithie era ahora una mujer con una posición; tenía dinero que gastar. Llevaba a Smithie a teatros y a comer fuera, y hablaban interminablemente de negocios, y Smithie se convirtió en una especie de invitado habitual de fin de semana. Marion se compró también un perro de aguas, y empezó a tontear con las artes menores, el grabado al fuego y la fotografía y el cultivo de las plantas de salón. En una ocasión visitó a un vecino. Sus padres abandonaron Walham Green —su padre cortó su conexión con la compañía del gas— y se vinieron a vivir a una casita que alquilé para ellos cerca de la nuestra, y estaban muy a menudo con nosotros.

¡Qué extraña la pequeñez de las cosas que exasperan cuando las fuentes de la vida amargan! Mi suegro me sorprendía constantemente en momentos de depresión, y me animaba a que me dedicara a la jardinería. Me irritaba más allá de todo lo expresable.

—Piensas demasiado —me decía—. Si te dedicaras un poco a manejar la pala, pronto tendrías un jardín propio que sería una Visión de Flores. Eso es mejor que pensar, George.

O, en un tono de exasperación:

—No puedo comprender, George, por qué no instalas aquí un pequeño invernadero. Este rincón soleado haría maravillas con un pequeño

invernadero.

Y en el verano nunca venía sin efectuar algún truco de magia en el vestíbulo, sacándose pepinos y tomates de los puntos más inesperados de su persona.

—Todo procedente de mi trocito de huerto —decía con tono ejemplar.

Dejaba un rastro de verduras en los lugares más inusuales, en las repisas de las chimeneas, en los aparadores, encima de los cuadros. ¡Cielos, cómo me irritaba cualquier tomate insospechado…!

Hizo mucho para ampliar nuestro distanciamiento el que Marion y mi tía no se hicieran amigas, se convirtieran, por una especie de instinto, en antagonistas.

Al principio, mi tía nos visitaba con frecuencia, porque estaba realmente ansiosa por conocer a Marion. En los primeros tiempos llegaba como un tornado e invadía la casa con una atmósfera de bienvenida. Vestía ya con ese alegre y extravagante abandono que señalaba su ascensión a la fortuna, y se ponía sus mejores galas para aquellas visitas. Deseaba representar el papel de madre conmigo, supongo, para contarle a Marion ocultos secretos sobre la forma en que me ponía las botas y cómo nunca pensaba en ponerme ropa gruesa cuando hacía frío. Pero Marion la recibía con esa suspicaz actitud defensiva de las personas tímidas, pensando tan solo en las posibles críticas sobre ella; y mi tía, notando aquello, se ponía nerviosa y empezaba a hablar en jerigonzas…

—Dice muchas cosas extrañas —observó Marion en una ocasión, hablando de ella—. Pero supongo que es ingeniosa.

—Sí —dije—; *es* ingeniosa.

—Si yo dijera las cosas que dice ella…

Las cosas extrañas que decía mi tía no eran nada en comparación con las cosas extrañas que no decía. La recuerdo en nuestro salón un día, y en cómo le guiñó un ojo —es la única expresión que lo describe— a la planta de caucho en un tiesto de cerámica que Marion había colocado en una esquina del piano.

Estuvo a punto de decir algo. Entonces, de pronto, captó mi expresión, y se contrajo como un gato que ha sido descubierto mirando al plato de leche.

Luego un impulso travieso se apoderó de ella.

—No digas lo que estás pensando, George —insistió, mirándome directamente a los ojos.

Sonreí.

—Es usted un encanto —respondí—. No lo diré… —Mientras Marion entraba en la habitación para darle la bienvenida. Pero me sentí extraordinariamente como un traidor, a la planta de caucho, supongo, por todo lo que no había sido dicho.

—Tu tía se burla de la gente —Fue el veredicto de Marion, e, imparcialmente—: Supongo que está en su derecho… desde su punto de vista.

Fuimos varias veces a la casa de Beckenham a comer, y una o dos veces a cenar. Mi tío hacía todo lo posible por mostrarse amistoso, pero Marion era implacable. También se sentía, lo sé, intensamente incómoda, y adoptaba como método social un silencio agotador, respondiendo con el menor número posible de palabras y no dejando ninguna apertura para poder proseguir la conversación con ella.

Los lapsos entre las visitas de mi tía se fueron haciendo más y más grandes.

Mi existencia de casado se convirtió finalmente en algo parecido a una estrecha y profunda hendidura en la gran extensión de intereses en la que estaba viviendo. Iba por todas partes; conocía a un gran número de personalidades de lo más variado; leía infinidad de libros en los trenes mientras iba arriba y abajo. Desarrollé una serie de relaciones sociales en casa de mi tío que Marion no compartía. Las semillas de nuevas ideas brotaban en mí y crecían en mí. Esos años primeros y medios de la tercera década de una persona son, supongo, los años de mayor crecimiento mental para un hombre. Son años inquietos y llenos de nuevas y aventuradas empresas.

Cada vez que regresaba a Ealing, la vida allí parecía más extraña, más angosta, menos atractiva…, y Marion menos hermosa y más limitada y difícil, hasta que finalmente se vio privada de toda partícula de su magia. Siempre me recibía con una fría bienvenida, hasta el punto de que tenía la impresión de que se mostraba completamente apática. Nunca me pregunté entonces qué dolores ocultaba su corazón o cuáles podían ser sus

descontentos. Yo volvía a casa sin esperar nada, sin desear nada. Esa era mi marchita vida, y yo la había elegido. Empecé a hacerme más sensible a los defectos que hasta entonces había dejado a un lado; empecé a asociar su tez pálida con su insuficiencia temperamental, y las duras líneas de su boca y nariz con sus accesos de descontento. Nos desviamos hacia lados divergentes; el abismo se fue abriendo más y más entre nosotros. Me cansé de nuestro lenguaje secreto y de las frases estereotipadas; me cansé de las últimas ingeniosidades de aquella maravillosa habitación de trabajo, y se lo dije claramente; apenas hablábamos cuando estábamos juntos a solas. Tan solo quedaba un residuo de mi pasión física no correspondida…, una exasperación entre nosotros.

No vino ningún hijo para salvarnos. Marion había adquirido de Smithie una aversión y un temor a la maternidad. Todo eso era la realización y la quintaesencia de los «horribles» elementos de la vida, algo repugnante, una última indignidad que sorprendía a las mujeres desprevenidas. Yo dudaba, por supuesto, de que un hijo nos sirviera para algo; su nacimiento tan solo hubiera diferido lo inevitable.

En su conjunto, recuerdo mi vida con Marion como una gran aflicción, ahora dura, ahora tierna. Fue en esos días cuando empecé a mostrarme crítico con respecto a mi vida y me vi abrumado por una sensación de error y desajuste. Permanecía despierto por las noches, preguntándome la finalidad de las cosas, reviviendo mi insatisfactoria y torpe vida hogareña, mis días transcurridos en fraudulentas empresas de venta de basura, contrastándolo todo con mis actos y deseos y ambiciones adolescentes, mis sueños de Wimblehurst. Mis circunstancias tenían un aire de finalidad, y me preguntaba a mí mismo en vano por qué me había obligado a meterme en todo aquello.

6

El final de nuestra intolerable situación llegó brusca e inesperadamente, pero de una forma que supongo era casi inevitable. Mis alienados afectos vagaban, y fui infiel a Marion.

No pretendo excusar mi conducta. Era un hombre joven y vigoroso; todos mis apetitos amorosos habían sido despertados y estimulados, y ninguno de ellos había sido satisfecho por mi compromiso y mi matrimonio. Había perseguido un fugaz destello de belleza con desprecio de todo lo demás, y había sido un fracaso. Se había desvanecido cuando había creído que iba a hacerse más brillante. Desesperaba de la vida y me sentía amargado. Y las cosas ocurrieron tal como estoy contando. No voy a extraer ninguna moraleja del asunto, y en cuanto a las soluciones sociales, las dejo a los reformadores sociales. He alcanzado una época de la vida en la que las únicas teorías que me interesan son generalizaciones acerca de realidades.

Para llegar a nuestra oficina interior en Raggett Street tenía que cruzar una habitación donde trabajaban las mecanógrafas. Eran las mecanógrafas encargadas de la correspondencia; nuestra contabilidad y facturación había superado hacía mucho las posibilidades de nuestras primitivas cuatro mecanógrafas, y ahora teníamos un auténtico ejército de ellas. Debo confesar que siempre era emocionalmente consciente de aquella presencia de feminidad en su mayor parte de redondeados hombros, pero últimamente una de las muchachas se destacaba mucho de las demás y llamaba realmente mi atención. Lo primero que apreció de ella fue su recta espalda, una espalda mucho más sugestiva que todas las demás; luego un cuello suavemente redondeado, con un pequeño collar de perlas falsas; luego un pelo color castaño muy cuidadosamente peinado… y una mirada de soslayo. Finalmente, un rostro vuelto mirándome.

Mis ojos la buscaban cuando entraba en la habitación por motivos de trabajo… Le dicté algunas cartas, y así supe que tenía unas manos hermosas y suaves con unas uñas rosadas. Una o dos veces, encontrándonos por casualidad, nos miramos directamente a los ojos por espacio de un segundo.

Eso fue todo. Pero fue suficiente en la misteriosa complicidad del sexo para decir todo lo esencial. Había un secreto entre nosotros.

Un día entré en Raggett Street a la hora de la comida, y ella estaba sola, sentada en su escritorio. Alzó la vista cuando yo entré, se puso muy rígida y bajó la mirada aferrando sus manos a la mesa. Caminé directamente hasta la puerta de la oficina interior, me detuve, regresé, y me paré junto a ella.

Ninguno de los dos habló durante un perceptible espacio de tiempo. Yo temblaba violentamente.

—¿Esta es una de las nuevas máquinas de escribir? —pregunté al fin, por decir algo.

Ella alzó la vista hasta mí sin una palabra, con el rostro enrojecido y los ojos brillantes, y yo me incliné y besé sus labios. Ella se incorporó para rodearme con uno de sus brazos, atrajo mi rostro y me besó una y otra vez. La alcé de su silla y la abracé. Ella lanzó un suave grito ahogado al sentirse apretada de aquel modo.

Nunca antes había conocido la extraordinaria cualidad de un beso apasionado…

Se oyó el ruido de alguien en la tienda, afuera.

Nos separamos bruscamente, con los rostros enrojecidos y los ojos ardientes.

—No podemos hablar aquí —susurré con una confiada intimidad—. ¿Hacia dónde va usted a las cinco?

—Siguiendo el Embankment hasta Charing Cross —respondió con la misma susurrada intimidad—. Ninguna de las otras va en esa dirección…

—¿A las cinco y media?

—Sí, a las cinco y media…

La puerta de la tienda se abrió, y ella se sentó muy rápidamente.

—Me alegra que estas nuevas máquinas de escribir funcionen bien —dije, con la voz más natural del mundo.

Penetré en la oficina interior y rebusqué en las hojas de nóminas para saber su nombre: Effie Rink. Y aquella tarde no trabajé en absoluto. Me agité arriba y abajo por aquel pequeño cubículo como una fiera encerrada en una jaula.

Cuando finalmente salí, Effie estaba trabajando con una extraordinaria apariencia de calma, y ni siquiera me dirigió una mirada.

Nos encontramos y dimos nuestro paseo aquella tarde, hablando en susurros cuando no había nadie que pudiera oírnos; llegamos a un entendimiento. Era algo extrañamente distinto a cualquier sueño de aventura romántica que hubiera podido imaginar nunca.

7

Regresé de nuevo a mi casa tras una semana de ausencia, convertido en un hombre nuevo. Había vivido mi primer torbellino de pasión por Effie, y estudiado serenamente mi posición. Había encajado a Effie en su lugar en el esquema de las cosas, y me había despedido de ella por un tiempo. Ella regresó a su puesto en Raggett Street tras una indisposición temporal. No me sentí de ninguna forma culpable ni avergonzado cuando abrí la pequeña puerta de hierro que protegía el jardín y la cortadera argentina de los perros vagabundos. En todo caso, si sentía algo, era la vindicación de algún derecho que había sido cuestionado. Volví a Marion sin la menor sensación de haber obrado mal… De hecho con una nueva sensación de amistad hacia ella. No sé lo que uno tiene que sentir en tales ocasiones; eso es lo que yo sentí.

La encontré en nuestro salón, de pie junto al alto velador que medio llenaba la cristalera de la cual acababa de volverse tras contemplar mi llegada cruzando el jardín. Había algo en la palidez de su rostro que me detuvo. Parecía como si aquella noche no hubiera dormido. No avanzó a mi encuentro para darme la bienvenida.

—Has vuelto a casa —dijo.

—Tal como te escribí.

Permanecía de pie muy envarada, una oscura silueta contra la iluminada ventana.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—En la Costa Este —dije con seguridad.

Hizo una momentánea pausa.

—Lo sé —dijo.

Me la quedé mirando. Aquel fue el momento más sorprendente de mi vida…

—¡Por Dios! —dije al fin—. ¡Supongo que sí!

—¡Y después vuelves a casa conmigo!

Caminé hasta la alfombra delante de la chimenea y me detuve allí, estudiando aquella nueva situación.

—No estoy fantaseando —empezó—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

Pareció transcurrir un largo intervalo antes de que ninguno de los dos dijera otra palabra.

—¿Quién lo ha sabido? —dije finalmente.

—El hermano de Smithie. Estaban en Cromer.

—¡Maldita sea Cromer! ¡Sí!

—¿Cómo has podido…?

Sentí un espasmo de malhumorada irritación ante aquella inesperada catástrofe.

—Tendría que retorcerle el cuello al hermano de Smithie —dije.

Marion siguió hablando, en una sucesión de rotos fragmentos de frases:

—Tú… Siempre creí que de alguna forma no podías engañarme… Supongo que todos los hombres sois repulsivos… respecto a eso…

—A mí no me parece repulsivo. Me parece la consecuencia más normal…, y la cosa más natural del mundo.

Me pareció oír a alguien moviéndose en el pasillo, y fui a cerrar la puerta de la habitación. Luego regresé a la alfombra junto a la chimenea y me volví.

—Lo lamento por ti —dije—. No era mi intención que lo supieras. Tú nunca te has preocupado por mí. He pasado una época difícil. ¿Por qué debería importarte?

Se sentó en un sillón de brazos tapizado.

—Yo me he preocupado por ti —dijo.

Me alcé de hombros.

—Supongo —dijo— que ella se preocupa por ti.

No respondí.

—¿Dónde está ahora?

—¡Oh! ¿Te importa…? Mira, Marion. Esto… esto no fue premeditado. No pretendía que todo eso cayera de este modo sobre ti. Pero ¿sabes?, algo

tenía que ocurrir. Lo siento…, siento hasta lo más profundo de mi corazón que las cosas hayan ocurrido así entre nosotros. Pero, naturalmente, todo esto me ha tomado por sorpresa. No sé cómo ocurrió…, no sé cómo llegamos hasta ahí. Las cosas me tomaron por sorpresa. Me encontré a solas con ella el otro día. La besé. Seguí adelante. Parecía estúpido hacer marcha atrás. Y además…, ¿por qué debería hacer marcha atrás? ¿Por qué? Desde el primer momento hasta el último, no he tenido más que dificultades cada vez que he querido tocarte… ¡Maldita sea!

Escrutó mi rostro, y alisó con aire ausente el borde del tapete de la mesilla que tenía a su lado.

—Ahora que pienso en ello —dijo—, no creo… No creo que pueda volver a tocarte nunca.

Guardamos un largo silencio. Apenas empezaba a darme cuenta, de la forma más superficial, de la inmensa catástrofe que se había producido entre nosotros. Enormes consecuencias habían caído sobre nuestras vidas. No me sentía preparado para aquello y me veía incapaz de reaccionar. Una furia irracional se apoderaba de mí. Me vino a la mente una oleada de estúpidas expresiones que mi naciente sensación de la suprema importancia del momento me impidió decir. El abismo de silencio se abrió hasta que amenazó con convertirse en el enorme margen de alguna entre las miles de triviales posibilidades de decir algo que podían fijar nuestras relaciones para siempre.

Nuestra pequeña criada para todo llamó a la puerta —Marion siempre quería que llamara a la puerta antes de entrar—, y apareció.

—El té, señora —dijo… y desapareció, dejando la puerta abierta.

—Voy a ir arriba —dije, y me interrumpí—. Voy a ir arriba —repetí—, y pondré mis cosas en la habitación de los invitados.

Permanecimos en silencio e inmóviles durante unos breves segundos.

—Mamá viene hoy a tomar el té con nosotros —observó finalmente Marion, y dejó caer el extremo del tapete sobre la mesa, y se puso lentamente en pie.

Y así, con esta enorme discusión de nuestro cambio de relaciones gravitando sobre nuestras cabezas, tomamos el té con una mrs. Ramboat ignorante de lo que ocurría y con el perro de aguas. Mrs. Ramboat estaba

demasiado bien enseñada en su posición como para observar nada respecto a nuestras sombrías preocupaciones. Mantuvo un delgado hilillo de charla, y nos comunicó, recuerdo, que mr. Ramboat estaba «preocupado» por sus canáceas.

—No suben y no suben. Ha estado preguntando por ahí, y el hombre que le vendió los bulbos le ha dado una explicación…, y ahora está de lo más preocupado e irritado.

El perro de aguas era un gran fastidio, lloriqueando y haciendo sus gracias primero a uno y luego a otro. Ninguno de los dos utilizamos su nombre aquella tarde. Entiendan: le llamábamos Miggles, y en nuestro lenguaje particular formábamos una especie de trío con los tres nombres: Mutney y Miggles y Ming.

8

Luego reanudamos nuestro monstruoso, trascendental diálogo. No puedo especificar cuánto tiempo duró. Se extendió, sé, en densos fragmentos, a lo largo de tres o cuatro días. Recuerdo estar con Marion, sentados hablando en nuestra cama en su habitación, o de pie hablando en nuestro comedor, diciendo esto o aquello. Salimos dos veces para dar largos paseos. Y pasamos una larga velada juntos a solas, con agotados nervios y corazones que fluctuaban entre un duro y melancólico reconocimiento de los hechos y, por mi parte al menos, una extraña y desacostumbrada ternura. Porque de alguna extraordinaria manera esta crisis había destruido nuestra apatía mutua y nos había hecho sentir de nuevo el uno al otro.

Fue un diálogo que tenía partes discrepantes, que caía en momentos de conversación que no encajaban con los anteriores, que empezaban de nuevo a distinto nivel, más alto o más bajo, que asumían nuevos aspectos en los intervalos y asimilaban nuevas consideraciones. Discutimos el hecho de que ya no nos queríamos; nunca antes nos habíamos enfrentado a ello. Parece extraño escribirlo ahora, pero cuando miro hacia atrás, veo claramente que aquellos días fueron la época en que Marion y yo estuvimos más cerca el uno del otro, mirando leal y resueltamente a nuestras mutuas almas. Tan solo durante aquellos días no fingimos. Yo no le hice concesiones ni ella me las hizo a mí; no ocultamos nada, no exageramos nada. Habíamos terminado con los fingimientos. Nos planteamos las cosas clara y sobriamente el uno al otro. Fuimos severos con nosotros mismos.

Discutimos, por supuesto, discutimos amargamente y nos dijimos cosas…, cosas reprimidas durante mucho tiempo que escocían y estrujaban y hacían daño. Pero por encima de todo ello, en mi memoria, hay ahora una sensación de confrontación deliberada, y la figura de Marion emerge en medio de todo ello, pálida, melancólica, llorosa, dolida, implacable y digna.

—¿La quieres? —me preguntó en un momento determinado, y arrojó esta duda a mi mente.

Luché con enmarañadas ideas y emociones.

—No sé lo que es el amor. Es todo tipo de cosas… Está hecho de una docena de cabos retorcidos de un millar de formas.

—¿Pero la deseas? ¿La deseas ahora…, cuando piensas en ella?

—Sí —reflexioné—. La deseo… lo suficiente.

—¿Y yo? ¿Dónde entro yo en eso?

—Bueno, estás aquí.

—Bien, pero ¿qué es lo que vas a hacer?

—¡Hacer! —exclamé, con la exasperación de la situación desbordándome—. ¿Qué es lo que quieres que haga?

Contemplando ahora aquel momento —a través de un abismo de quince activos años—, descubro que lo veo con un juicio comprensivo. Lo veo como si se tratara del problema de alguna otra persona… De hecho de otras dos personas íntimamente conocidas pero juzgadas sin pasión. Veo ahora que este shock, esta repentina e inmensa desilusión, fue una auténtica sacudida para la mente y el alma de Marion; que por primera vez emergió de hábitos, timideces, imitaciones, frases y un más bien angosto impulso de la voluntad, y se convirtió en una personalidad.

Su reacción dominante al principio fue, creo, un orgullo indignado y herido. Aquella situación tenía que terminar. Me exigió categóricamente que dejara a Effie, y yo, lleno de recientes y vívidos recuerdos, me negué de forma absoluta.

—Es demasiado tarde, Marion —dije—. No puede hacerse así.

—Entonces no podemos seguir viviendo juntos —dijo—. ¿Podemos?

—Perfectamente —consideré—. Si tú quieres.

—Bien, ¿podemos?

—¿Puedes tú seguir en esta casa? Quiero decir, ¿si yo me marcho?

—No lo sé… No creo que pueda.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

Lentamente fuimos recorriendo nuestro camino punto tras punto, hasta que finalmente la palabra «divorcio» estuvo ante nosotros.

—Si no podemos vivir juntos, tenemos que liberarnos —dijo Marion.

—No sé nada respecto al divorcio —dije—, si eso es a lo que te refieres. No sé cómo se hace. Tendré que preguntárselo a alguien, o enterarme de algún modo. Quizá, después de todo, sea lo mejor que podamos hacer. Podemos hacerle frente.

Empezamos a hacer averiguaciones respecto a las formas en que podíamos iniciar nuestros divergentes futuros. Aquella noche volví con mis preguntas respondidas por un abogado.

—De hecho —dije— no podemos divorciarnos tal y como están las cosas ahora. Aparentemente, en lo que a la ley respecta, tienes que aguantar la situación. Es estúpido, pero así es la ley. De todos modos, es fácil arreglar un divorcio. Además de adulterio tiene que existir abandono o crueldad. Para establecer la crueldad tengo que pegarte, o algo parecido, en presencia de testigos. Eso es imposible, pero es sencillo abandonarte… legalmente. Tengo que marcharme de aquí; eso es todo. Seguiré enviándote dinero, y tú planteas un pleito, solicitando, ¿cómo se llama?… la restitución de los derechos conyugales. Los tribunales me ordenarán que regrese. Yo desobedezco. Entonces puedes solicitar el divorcio. Obtienes un decreto conminatorio contra mí, y los tribunales intentan una vez más hacerme volver. Si no lo hago en el término de seis meses y tú no te comportas escandalosamente… el decreto es confirmado. Y todo queda solucionado. Así es como se descasa uno. ¿Te das cuenta?, resulta más fácil casarse que descasarse.

—Y luego… ¿Cómo viviré? ¿Qué va a ser de mí?

—Tendrás dinero. Lo llaman una pensión. De una tercera parte a la mitad de mis actuales ingresos, más si quieres, no me importa. Trescientas al año, digamos. Tienes que mantener a tus viejos y necesitarás esa cantidad.

—Y entonces… entonces, ¿tú quedarás libre?

—Los dos quedaremos libres.

—Y toda esta vida que has odiado…

Alcé la vista a su crispado y amargado rostro.

—No la he odiado —mentí, sintiendo que mi voz se quebraba con el dolor de todo aquello—. ¿Y tú?

9

Lo que causa más perplejidad de la vida es lo irresolublemente complejo de la realidad, de las cosas y sus relaciones. Nada es simple. Cada cosa mala posee una cierta justicia en ella, y cada acto bueno tiene vestigios de maldad. Nosotros, jóvenes todavía, sin conocernos aún completamente a nosotros mismos, tocamos un centenar de notas discordantes en la dura cacofonía de aquel shock. Nos sentíamos furiosamente irritados el uno con el otro, tiernos el uno con el otro, insensiblemente egoístas, generosamente abnegados.

Recuerdo a Marion diciendo innumerables cosas dispersas que no tenían nada que ver las unas con las otras, que se contradecían entre sí, pero que sin embargo eran profundamente ciertas y sinceras una vez colocadas en su contexto. Las veo ahora como otros tantos experimentos vanos en su esfuerzo por aprehender las contraídas confusiones de nuestro complejo desmoronamiento moral. Algunas de ellas me resultaron irritantes más allá de toda medida. Respondí… a veces de forma abominable.

—Naturalmente —decía ella, una y otra y otra vez—, mi vida ha sido un fracaso.

—Te he estado insistiendo durante tres años —respondía yo—, pidiéndote que no siguieras ese camino. Has hecho lo que has querido. Si yo me he apartado finalmente…

O revivía de nuevo todas aquellas tensiones antes de nuestro matrimonio.

—¡Cómo debes odiarme! Te hice esperar. Bien, ahora, supongo que ya tienes tu venganza.

—¡Venganza! —hacía eco yo.

Luego ella intentaba adivinar los aspectos de nuestras nuevas vidas separadas.

—Tendré que ganarme mi propia vida —insistía—. Quiero ser del todo independiente. Siempre he odiado Londres. Quizá intente montar una granja avícola, con algunas abejas. A ti no te importará al principio que yo sea una carga, pero luego…

—Ya hemos arreglado todo esto —decía yo.

—Supongo que de todos modos me odias…

Había ocasiones en las que ella parecía contemplar nuestra separación con una absoluta complacencia, planteando todo tipo de libertades e intereses característicos suyos.

—Saldré mucho con Smithie —decía.

Y en una ocasión dijo algo horrible por lo que sí la odié, y por lo que ni siquiera ahora puedo perdonarla.

—Tu tía se alegrará de todo esto. A ella nunca le importé…

En mis recuerdos de esos dolores y tensiones aparece la figura de Smithie, cargada enteramente de emoción, tan jadeante en presencia del horrible villano de la obra que no podía articular ningún sonido. Tuvo largas y lacrimógenas confidencias con Marion, lo sé, en las que le ofreció toda su simpatía. Hubo momentos en los que tan solo el silencio absoluto le impedía lanzarme una prodigiosa «regañina»; podía verlo en sus ojos. ¡Las cosas que hubiera podido decir! Y recuerdo también el lento despertar de mrs. Ramboat a algo que flotaba en el aire, la creciente expresión de solicitud en sus ojos, su eterno temor por Marion que era lo único que le impedía hablar…

Y finalmente, tras toda esta confusión, como algo predestinado y completamente más allá de nuestro control, llegó el momento de la separación entre Marion y yo.

Endurecí mi corazón, o de otro modo no me hubiera ido. Porque al final Marion llegó al convencimiento de que aquella separación iba a ser para siempre. Eso dominó todas las demás cosas, y convirtió nuestra última hora en una angustia. Olvidó por un tiempo la perspectiva de trasladarse a una nueva casa, olvidó el ultraje hecho a su sentido de la propiedad y a su orgullo. Por primera vez en su vida mostró realmente intensas emociones respecto a mí, por primera vez quizá la alcanzaron realmente. Se echó a

llorar, con lentas y reluctantes lágrimas. Entré en su habitación y la encontré echada sobre la cama, llorando.

—No sé —exclamó—. ¡Oh! ¡No lo comprendo!

—He sido un estúpido. ¡Toda mi vida es un fracaso!

—¡Voy a quedarme sola…! ¡Mutney! ¡Mutney, no me abandones! ¡Oh! ¡Mutney! No lo comprendo.

Tuve que endurecer mi corazón, porque en algunos momentos de aquellas últimas horas tuve la clara impresión de que al fin, demasiado tarde quizá, pero al fin, lo que durante tanto tiempo había estado anhelando se había producido, y Marion había nacido a la vida. Una nueva hambre de mí iluminaba sus ojos.

—¡No me abandones! —dijo—. ¡No me abandones! —Y se aferró a mí, y me besó con unos labios que tenían sabor a sal.

Me prometió y me suplicó, y yo endurecí mi corazón contra aquel imposible amanecer. Sin embargo, tengo la impresión de que hubo momentos en los que hubiera sido necesario tan solo un llanto, una palabra, para unirnos de nuevo durante el resto de nuestras vidas. Pero, me pregunto ahora, ¿hubiera podido unirnos de nuevo? ¿Nos hubiera iluminado para siempre ese paso o hubiéramos vuelto a caer al cabo de una semana en el viejo distanciamiento, la vieja oposición temperamental?

En este momento no sé qué decir. Nuestra propia resolución nos arrastró a nuestro predestinado camino. Nos comportábamos cada vez más como amantes que se distancian, separándonos inexorablemente, y todos los preparativos que hicimos funcionaron como una máquina, y no hicimos ningún intento de detenerlos. Mis baúles y cajas fueron a la estación. Empaqueté mis cosas con Marion de pie delante de mí. Éramos como niños que se habían hecho mutuamente daño de una forma horrible por pura estupidez, y que no sabían cómo remediarlo. Nos pertenecíamos el uno al otro inmensamente… inmensamente. El taxi llegó a la pequeña puerta de hierro.

—Adiós —dije.

—Adiós.

Por un momento nos abrazamos y nos besamos… por increíble que parezca, sin ningún rencor. Oímos a nuestra pequeña sirvienta en el pasillo

yendo a abrir la puerta. Nos abrazamos por última vez. No éramos ni amantes ni enemigos, sino dos almas humanas en una franca comunidad de dolor. Me aparté de ella no sin esfuerzo.

—Váyase —le dije a la sirvienta, viendo que Marion me había seguido hasta la salida.

La sentí de pie detrás de mí mientras yo hablaba con el taxista.

Subí al taxi, resuelto a no mirar atrás, y luego, cuando se puso en marcha, asomé la cabeza por la ventanilla y miré hacia la puerta.

Estaba abierta de par en par, pero ella había desaparecido.

Me pregunto… Supongo que echó a correr escaleras arriba.

10

Así me separé de Marion, en un profundo estado de perturbación y arrepentimiento, y acudí, como había prometido y dispuesto, junto a Effie, que estaba aguardándome en unos apartamentos cerca de Orpington. La recuerdo en el andén de la estación, una brillante y fugaz figura aguardando la llegada del tren que me traía, y nuestro caminar por entre los campos a la luz del crepúsculo. Había esperado una inmensa sensación de alivio cuando al fin hubieran terminado las tensiones de la separación, pero ahora descubrí que me sentía desdichado y perplejo más allá de toda medida, lleno del más profundo convencimiento de un irreparable error. La oscura y melancólica Marion estaba tan cerca de mí, su pena parecía flotar a todo mi alrededor. Tenía que mantenerme firme en mis planes, recordar que debía confiar en Effie, en Effie que no había puesto condiciones, que no había pedido garantías, sino que simplemente se había arrojado a mis brazos.

Cruzamos en silencio los campos al atardecer, hacia un cielo de oro y púrpura cada vez más oscuro, y Effie estaba siempre cerca a mi lado, muy cerca, mirando constantemente mi rostro.

Por supuesto sabía que yo le había hecho daño a Marion, que la nuestra no era una reunión alegre. Pero no mostraba ni resentimientos ni celos. Extraordinariamente, no competía con Marion. Ni una sola vez durante todo el tiempo que permanecimos juntos dijo una palabra en contra de Marion.

En aquellos momentos se dedicó a apartar las sombras que flotaban sobre mí, con la misma habilidad instintiva que poseen algunas mujeres con los problemas de un hijo. Se convirtió en mi alegría, y también en mi esclava y en mi doncella; me obligó finalmente a regocijarme en ella. Sin embargo, al fondo de todo aquello estaba aún Marion, estúpida y llorosa e infinitamente angustiada, de tal modo que me sentía casi intolerablemente infeliz a causa de ella…, de ella y de los despojos de mi amor de esposo.

Todo esto, tal como lo cuento ahora, me resulta inexplicable. Vuelvo a esos remotos lugares, a esas raras veces visitadas altiplanicies y solitarios lagos montañosos de la memoria, y me siguen pareciendo un extraño país. Había creído poder alcanzar algún paraíso sensual con Effie, pero el deseo que llena el universo antes de su satisfacción se desvanece por completo —como la luz del día— una vez conseguido. Todos los hechos y formas de la vida se presentan tenebrosos y fríos. Era una altiplanicie de melancólicas cuestiones, una región desde la cual veía todo el mundo a través de nuevos ángulos y nuevos aspectos; había desbordado la pasión y el romanticismo.

Había llegado a una situación de enormes perplejidades. Por primera vez en mi vida, al menos así me lo parece ahora en esta retrospectiva, contemplaba mi existencia como un conjunto.

Puesto que esto no era nada, ¿qué estaba haciendo? ¿Hacia dónde me dirigía?

Estaba dando vueltas arriba y abajo en torno al Tono-Bungay —el negocio que había aceptado para asegurarme a Marion y que me tenía atrapado ahora pese a nuestra separación definitiva— y arrancándome fines de semana y noches de Orpington, mientras durante todo el tiempo me debatía con todos aquellos obstinados interrogantes. Solía sumirme en profundos mutismos en el tren. Empecé a mostrarme incluso un poco descuidado y olvidadizo respecto a las cosas del negocio. Tengo un recuerdo muy vívido de mí mismo sentado pensativamente a la luz del atardecer en una herbosa colina que miraba hacia Sevenoaks y mostraba una gran extensión de tierras, meditando acerca de mi destino. Casi podría escribir ahora mis pensamientos, creo, tal como se me presentaron aquella tarde. Effie, siendo como era una viva muestra de nuestra clase obrera, se agitaba inquieta de aquí para allá, en un seto de árboles que había más abajo, recogiendo flores, descubriendo flores que nunca antes había visto. Recuerdo que yo tenía una carta de Marion en mi bolsillo. Incluso había hecho algunas tentativas de volver a ella, de una reconciliación; ¡los cielos saben ahora cómo lo intenté!, pero su fría y mal escrita carta me repelió. Me di cuenta de que nunca iba a poder enfrentarme de nuevo a la poco convincente mediocridad de aquella vida, a aquella estancada decepción.

Aquello, por lo tanto, no era posible. Pero ¿qué era posible? No podía ver ante mí ninguna vida honorable o digna de ser vivida.

—¿Qué voy a hacer yo de mi vida? —Esa era la pregunta que me atormentaba.

Me pregunté si todo el mundo era igual que yo, asediado primero por un motivo y luego por otro, criaturas del azar y del impulso y de las tradiciones sin sentido. ¿Tenía que seguir guiándome por todo lo que había dicho y hecho y elegido? ¿No había nada honorable para mí excepto preocuparme por Effie, volver arrepentido junto a Marion y mantenerme en aquel negocio de basura —o buscar otro nuevo— y trabajar en él durante el resto de mis días? No aceptaba aquello ni por un momento. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Me preguntaba si mi caso sería el caso de muchos hombres, si también en épocas anteriores los hombres se habrían hallado tan perdidos, sin caminos que seguir, tan vencidos por el azar en su viaje por la vida. En la Edad Media, en los antiguos días del catolicismo, uno acudía al sacerdote, y este te decía con toda la finalidad de la ley Natural: esto eres y esto es lo que tienes que hacer. Pero me preguntaba si en la Edad Media yo hubiera aceptado esa regla sin discutir…

Recuerdo también muy claramente la vez que Effie vino y se sentó a mi lado sobre una pequeña caja que había delante de los batientes de la ventana en nuestra habitación.

—Estás triste —dijo.

Sonreí y permanecí con la cabeza apoyada en una mano, mirando a través de la ventana, olvidado de ella.

—¿Tanto querías a tu esposa? —susurró suavemente.

—¡Oh! —exclamé, y recordé de nuevo—. No lo sé. No comprendo esas cosas. La vida es algo que duele, querida. Duele sin lógica ni razón. ¡Me he equivocado! No lo comprendo. De todos modos, no hay ninguna necesidad de hacerte daño a ti, ¿no?

Y la atraje hacia mí y la abracé, y besé su oreja.

Sí, tuve una época muy mala… Aún la recuerdo. Supongo que sufrí una especie de lasitud de la imaginación. Me descubría a mí mismo sin ningún objetivo que mantuviera unida mi voluntad. Buscaba. Leía incansable y metódicamente. Probé con Ewart, y no hallé ninguna ayuda en él. Tal como

lo contemplo ahora desde esta retrospectiva, me parece como si en aquellos días de disgusto y abandono de aspiraciones me descubriera a mí mismo por primera vez. Antes de eso había visto tan solo el mundo y las cosas que había en él, las había buscado olvidándome de mí mismo y movido por un impulso. Ahora me descubría a mí mismo armonizado, con un sistema de apetitos y satisfacciones, con mucho trabajo que hacer, y sin que quedara, al parecer, ningún deseo en mí.

Hubo momentos en los que pensé en el suicidio. A veces mi vida se me aparecía delante de mí con una cortante e implacable luz, una serie de ignorancias, burdos errores, degradación y crueldad. Tenía lo que los viejos teólogos llaman una «convicción del pecado». Buscaba la salvación, no quizá en las fórmulas que un predicador metodista reconocería, pero la salvación pese a todo.

Los hombres encuentran hoy en día su salvación de muchas maneras. No creo que importen mucho los nombres y las fórmulas, la auténtica necesidad es algo que puede ser sujetado y que le sujete a uno. He conocido a un hombre que descubrió ese factor determinante en una fábrica de planchas secas, y otro escribiendo una historia de su *manor*. Mientras encaje con uno, no importa. Muchos hombres y mujeres hoy en día empiezan con algunos aspectos concretos del socialismo o la reforma social. Pero para mí el socialismo ha sido siempre un poco demasiado humano, demasiado centrado en personalidades y simplezas. No es mi línea. No me gustan las cosas tan humanas. No creo ser ciego a las diversiones, las sorpresas, a las pequeñas vulgaridades e insuficiencias de la vida, a su «humor», como dice la gente, y a su aventura, pero esas no son las raíces del asunto para mí. No hay humor en mi sangre. Soy serio de la cabeza a los pies. Tropiezo y forcejeo, pero sé que sobre todas esas cosas alegres e inmediatas hay otras cosas que son grandes y serenas, muy elevadas y hermosas… La realidad. No la he alcanzado, pero está ahí de todos modos. Soy un rufián espiritual enamorado de una diosa inimaginable. Nunca he visto a la diosa ni nunca la veré, pero extrae y toma toda la alegría del barro, y a veces temo que extraiga y tome toda la ternura también.

Pero estoy hablando de cosas que no puedo esperar que el lector comprenda, debido a que yo mismo las comprendo a medias. Hay algo que da sentido a las cosas para mí, un atardecer, un estado de ánimo, el aire de las alturas, algo en la forma y el color de Marion, algo que descubrí y perdí en las pinturas de Mantegna, algo en las líneas de esos barcos que construyo. (¡Tienen que ver ustedes el X2, mi último y mejor!).

No puedo explicarlo, simplemente lo percibo. Quizá todo se reduzca a eso, a que soy un sinvergüenza duro y moralmente limitado con una mente más allá de mis merecimientos. Naturalmente, me resisto a contemplarlo como la solución definitiva. De todos modos, tuve una sensación de inexorable necesidad, de miseria e insuficiencia, que era insoportable, y por un tiempo esa dedicación a la ingeniería aeronáutica la alivió…

Al final de esta crisis particular de la cual hablo con tanta torpeza, idealicé la ciencia. Decidí que la salvación de mi vida residía en el poder y el conocimiento, que aquel era el secreto que llenaría mi necesidad; que podía dedicarme a aquellas cosas. Emergí finalmente como un hombre que ha estado conduciendo en la oscuridad, aferrándose a una nueva resolución en busca de la cual había estado tanteando desesperadamente y durante mucho tiempo.

Llegué bruscamente a la oficina interior un día —debió ser justo antes del momento en que Marion inició los trámites para hacer efectiva nuestra separación— y me senté delante de mi tío.

—Mire —dije—, estoy harto de esto.

—¡Hey! —dijo, y dejó a un lado algunos papeles—. ¿Qué es lo que pasa, George?

—Las cosas están yendo mal.

—¿Cuáles cosas?

—Mi vida —dije— es una confusión, una infinita confusión.

—Era una chica estúpida, George —contestó—. Lo comprendo en parte. Pero ahora te has librado de ella, prácticamente, y has pescado un buen pez en medio del mar…

—¡Oh, no se trata de eso! —exclamé—. Eso es solamente la parte que se ve. Estoy harto, estoy harto de toda esta maldita truhanería.

—¿Eh? ¿Eh? —dijo mi tío—. ¿Qué… truhanería?

—Oh, ya sabe. Necesito algo. Quiero algo a lo que poder agarrarme. Me volveré loco si no lo consigo. Soy un tipo de animal distinto a usted. Usted flota en medio de toda esta insinceridad. Yo me siento como un hombre forcejeando en un universo de espuma de jabón, arriba y abajo, hacia el este y hacia el oeste. No puedo soportarlo. Debo apoyar mis pies en algo sólido o… o no sé qué ocurrirá.

Me eché a reír ante la consternación de su rostro.

—Lo digo en serio —exclamé—. He estado pensando mucho en ello. He tomado una decisión. No sirve de nada discutir. Debo buscar un trabajo, un auténtico trabajo. ¡No! Esto no es un trabajo; es solo un elaborado engaño. ¡Pero he tenido una idea! Es una vieja idea en la que pensé hace muchos años, pero que ha vuelto a mí. ¡Mire! ¿Por qué tengo que seguir batallando aquí con usted? Creo que ha llegado el momento en que volar es algo posible. ¡Volar realmente!

—¡Volar!

—Arriba, al cielo. ¡La aeronáutica! Una máquina más pesada que el aire. Puede hacerse. Y yo quiero hacerlo.

—¿Hay dinero en ello, George?

—¡No lo sé, ni me importa! Pero eso es lo que voy a hacer.

Me aferré a ello, y fue algo que me ayudó durante la peor época de mi vida. Mi tío, tras una cierta e indiferente resistencia y una charla con mi tía, se comportó como el padre de un niño malcriado. Fijó un arreglo que me proporcionaba algo de capital con el que trabajar, me liberó de parte de mis constantes obligaciones para que pudiera desarrollar mi nuevo proyecto —este fue el período al que yo más tarde llamaría Moggs en nuestras empresas—, y me dediqué inmediatamente al trabajo con una hosca intensidad.

Pero hablaré de mis máquinas voladoras en su debido momento. He estado abandonando la historia de mi tío demasiado tiempo ya. Deseaba simplemente explicar cómo había emprendido yo aquel trabajo. Inicié esos experimentos después de haber buscado algo que Marion, de alguna forma indefinible, había parecido prometer. Trabajé arduamente y me olvidé de mí mismo por un tiempo, e hice muchas cosas. La ciencia se convirtió también en una especie de amante insensible desde entonces, aunque la serví mejor

de lo que serví a Marion. Pero en aquel momento la ciencia, con su orden, su inhumano distanciamiento, sus aceradas certitudes, me salvó de la desesperación.

Bien, aún tengo que volar; pero lo cierto es que he inventado los motores más ligeros de todo el mundo…

Estoy intentando contar todas las cosas que me ocurrieron. Es bastante difícil presentarlas de una forma correcta, aunque sea en su menor grado. Pero esto es una novela, no un tratado. No imaginen que estoy llegando finalmente a una especie de solución a mis dificultades. Aquí, entre mis diseños y martilleos ahora, aún hay problemas sin resolver. Toda mi vida se ha desarrollado en el fondo, buscando, incrédulo siempre, constantemente insatisfecho con las cosas vistas y las cosas creídas, buscando algo en el trabajo, en la fuerza, en el peligro, algo cuyo nombre y naturaleza no comprendo con claridad, algo hermoso, honorable, duradero, profunda y fundamentalmente mío, que me proporcione una completa redención de mí mismo; no sé lo que es…, y puedo decir que es algo que nunca he logrado en encontrar.

11

Pero antes de que termine este capítulo y libro y me sumerja en la gran aventura de la carrera de mi tío, quizá deba contar lo que queda por decir de Marion y Effie, y luego, por un tiempo, dejar mi vida privada tras de mí.

Durante un tiempo Marion y yo intercambiamos correspondencia con una cierta regularidad, escribiéndonos cartas amistosas pero más bien carentes de información acerca de pequeñas cosas. El torpe proceso del divorcio quedó completado. Ella dejó la casa de Ealing y se fue al campo con su tía y sus padres, tras adquirir una pequeña granja cerca de Lewes, en Sussex. Instaló un invernadero para su padre, ¡hombre feliz!, y habló de higos y de melocotones. La cosa pareció ser prometedora durante una primavera y un verano, pero el invierno de Sussex, después de Londres, fue demasiado para los Ramboat. Se volvieron muy tristes y apagados; mr. Ramboat mató a una vaca con una alimentación equivocada, y aquello los descorazonó a todos. A los doce meses la empresa estaba en dificultades. Tuve que ayudarles a salirse de ello, y luego regresaron a Londres, y Marion se puso en sociedad con Smithie en Streatham, y montó un negocio que fue calificado en el membrete de las cartas como «Ropas». Los padres y la tía fueron dejados de lado en una casita en algún lugar. Después de eso las cartas empezaron a ser infrecuentes. Pero en una recuerdo una postdata que era una pequeña puñalada a nuestra antigua intimidad: «El pobre viejo Miggles ha muerto».

Pasaron casi ocho años. Yo crecí. Crecí en experiencia, en capacidad, hasta que fui un hombre completo, atareado con muchos nuevos intereses, viviendo a una mayor escala en un mundo más amplio del que hubiera llegado a soñar en mis días con Marion. Sus cartas se hicieron raras e insignificantes. Finalmente hubo un lapso de silencio que me hizo sentir curiosidad. Durante dieciocho meses o más no supe nada de Marion

excepto por los recibos trimestrales firmados que me enviaba el banco. Entonces maldije a Smithie, y escribí una tarjeta a Marion.

«Querida Marion —escribí—, ¿cómo van las cosas?».

Me sorprendió tremendamente diciéndome que se había casado de nuevo… «con mr. Wachorn, un importante agente en el negocio de cartonajes». Pero seguía escribiendo aún con el membrete de Ponderevo y Smith (Ropas), y la misma dirección de Ponderevo y Smith.

Y este, excepto una ligera diferencia de opinión acerca de la continuidad de la pensión que me produjo algunos momentos de ira, y la utilización de mi nombre en la firma, que también me irritó, es el fin de la historia de Marion para mí, y ella se desvanece, a partir de aquí, de este libro. No sé dónde está ni lo que estará haciendo. Ni siquiera sé si está viva o muerta. Me parece absolutamente grotesco que dos personas que han estado tan juntas la una de la otra como lo estuvimos nosotros se hallen separadas de este modo, pero así es.

También me separé de Effie, aunque a ella aún sigo viéndola a veces. Entre nosotros no hubo nunca ninguna intención de matrimonio ni de comunión de almas. Ella sintió una repentina, intensa y ardiente pasión por mí, y yo por ella, pero yo no fui su primer amante ni el último. Se hallaba en otro mundo completamente distinto al de Marion. Poseía una naturaleza extraña y deliciosa; no tengo ningún recuerdo de haberla visto nunca malhumorada o maliciosa. Era —y de una forma maravillosa— eupéptica. Ese, creo, era el secreto central que la hacía tan agradable, y además era infinitamente bondadosa. La ayudé finalmente a abrir un negocio que ella ansiaba desde hacía tiempo, y me sorprendió con una repentina exhibición de capacidad comercial. Ahora posee una oficina de mecanógrafas en Riffle's Inn, y la lleva con un enérgico vigor y un éxito considerable, aunque cierta gordura se haya apoderado de sus curvas. Y aún sigue amando a sus semejantes. Se casó hará un año más o menos con un muchacho de la mitad de su edad, un fracaso de poeta, un poeta fracasado abocado a las drogas, una cosa con un lacio cabello claro que siempre cuelga sobre sus ojos azules y unas piernas que apenas le sostienen. Se casó con él, dijo, porque necesitaba a alguien que lo cuidara…

Pero ya es suficiente de este desastre de mi matrimonio y de mis primeros asuntos amorosos; he dicho ya todo lo necesario para mi cuadro a fin de explicar cómo llegué a meterme en los experimentos de un aeroplano y en la ciencia de la ingeniería; déjenme volver a mi historia esencial, al Tono-Bungay y al ascenso de mi tío y a la visión del mundo que todas esas cosas me proporcionaron.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

LOS GRANDES DÍAS DEL TONO-BUNGAY

I

El hotel Hardingham, y cómo nos convertimos en gente importante

1

Pero, ahora que reanudo la línea principal de mi historia, quizá sea conveniente que describa la apariencia personal de mi tío tal como la recuerdo durante esos magníficos años que siguieron a su paso del comercio a las finanzas. El hombrecillo engordó muy considerablemente durante la creación del montaje del Tono-Bungay, pero con las crecientes excitaciones que siguieron a su primera flotación llegó la dispepsia y una cierta flojedad y enflaquecimiento. Su abdomen —si me dispensa el lector el que tome sus rasgos en orden a su importancia— mostraba al principio una hermosa redondez, pero más tarde perdió su tono, sin perder de todos modos su tamaño. Siempre había parecido estar orgulloso de él, y desear ensancharlo tanto como fuera posible. Al final sus movimientos seguían siendo rápidos y bruscos, y sus cortas y firmes piernas, cuando caminaba, parecían pestañear en vez de andar con el clásico movimiento de tijeras de la humanidad común, y nunca parecía tener rodillas, sino una dispersa flexibilidad de toda la pierna.

Hubo, creo recordar, una intensificación secular de sus rasgos, su nariz desarrolló carácter, se hizo agresiva, surgió más y más al mundo; la oblicuidad de su boca, creo, se incrementó. Del rostro que regresa a mi memoria se proyecta un largo puro que a veces se halla inclinado gallardamente hacia arriba en la comisura superior, a veces cuelga de la inferior; era algo tan elocuente como la cola de un perro, y se lo quitaba tan

solo para conferirle mayor énfasis a lo que decía. Añadió un amplio cordoncillo negro a sus gafas, que llevaba cada vez más oblicuas a medida que pasaba el tiempo. Su pelo parecía espesarse con éxito, pero hacia el clímax se hizo muy fino en la coronilla, y se lo peinaba muy hacia atrás sobre sus orejas, por encima de las cuales, sin embargo, montaba de una forma rebelde. Como también caía rebelde sobre su frente, formando una especie de flequillo.

Adoptó un estilo urbano de vestir con el comienzo del Tono-Bungay, y raras veces lo abandonó. Prefería las chisteras con ala ancha, a menudo un poco grandes para él según las ideas modernas, y las llevaba inclinadas en varios ángulos con respecto a su eje; su gusto en los pantalones se decantaba hacia las rayas agresivas, y su corte era elegante; le gustaba la levita larga y amplia, aunque esto le hacía parecer más bajo. Mostraba un cierto número de valiosos anillos, y recuerdo uno sobre su dedo meñique izquierdo con una gran piedra roja con símbolos gnósticos.

—Gente lista esos gnósticos, George —me dijo—. Saben mucho. ¡Son afortunados!

Siempre llevaba una cadena de reloj de mohair negro. En el campo llevaba siempre un traje gris y una chistera también gris, excepto cuando practicaba el automovilismo; entonces se ponía un gorra marrón con visera y un traje de pieles de corte esquimal con los pantalones metidos dentro de las botas. Por la noche llevaba chaleco blanco con botones dorados. Odiaba los diamantes.

—Ostentosos —decía que eran—. Es como llevar el recibo del pago de los impuestos. Todo eso está muy bien para Park Lane. Stock no vendido. Pero no es mi estilo. Yo soy un financiero sensato, George.

Ya es suficiente acerca de su presencia visible. Durante un tiempo fue una imagen muy familiar en el mundo, puesto que en la cresta del boom permitió que un buen número de fotografías y al menos un dibujo a lápiz fueran publicados en los periódicos de a seis peniques… Su voz declinó durante esos años de su primitivo tenor a una llana e intensa cualidad de sonido que mis conocimientos de música son inadecuados para describir. La irrupción de su Zzzz se hizo menos frecuente a medida que maduraba, aunque volvía en momentos de excitación. A lo largo de su carrera, pese a

su creciente y menos sorprendente opulencia, sus hábitos más íntimos siguieron siendo tan simples como lo habían sido en Wimblehurst. Nunca se avino a los servicios de un valet; en el clímax máximo de su grandeza, sus pantalones eran doblados por una doncella, y sus hombros cepillados cuando salía de su casa o del hotel. Se hizo circunspecto con el desayuno a medida que avanzaba en la vida, y en un momento determinado habló mucho del doctor Haigh y del ácido úrico. Pero en las demás comidas siguió siendo razonablemente omnívoro. Era en cierta medida un gastrónomo, y comía cualquier cosa que le apeteciera de un modo audible, y su frente se cubría de transpiración. Era un bebedor estudiadamente moderado, excepto cuando el espíritu de algún banquete público o de alguna gran ocasión lo atrapaba y lo llevaba más allá de su precaución, en cuyo caso bebía sin recato y se ponía rojo y hablador… sobre cualquier tema excepto sus proyectos comerciales.

Para hacer el retrato completo pretendo transmitir un efecto de bruscos y rápidos movimientos como los saltos de un triquitraque para indicar que su pose, fuera cual fuese, fue y continuaría siendo como un torbellino. Si estuviera pintándolo, seguramente le daría como fondo ese afligido e incierto cielo tan popular en el siglo XVIII, y a una distancia conveniente un vibrante automóvil, muy grande y contemporáneo, una secretaria apresurándose con unos papeles y un chófer alerta.

Esa era la figura que creó y dirigió la gran empresa del Tono-Bungay, y de la exitosa reconstrucción de esa compañía pasó a un lento *crescendo* de magníficas creaciones y promociones hasta que el mundo entero de los inversores se maravilló. He mencionado ya, creo, cómo, mucho antes de que ofreciéramos el Tono-Bungay en participaciones al público, adquirimos la representación en Inglaterra de algunas especialidades americanas. A ello se le añadió luego nuestra explotación del Jabón Doméstico Moggs, y así emprendió su Campaña de Utilidades Domésticas que, emparejada con su rotundidad ecuatorial y una cierta e innegable convexidad en su porte, le valió a mi tío su napoleónico título.

2

El hecho de que mi tío conociera al joven Moggs en una cena —creo que era de la Compañía Embotelladora—, cuando ambos se hallaban bastante más allá de la sobriedad inicial de la ocasión, ilustra el elemento romántico del comercio moderno. Se trataba del nieto del Moggs original, y un ejemplo muy típico de un educado, cultivado y degenerado plutócrata. Aquella gente lo había adoptado en su juventud como John adoptó su Ruskin, y alimentaron en él una pasión por la historia, y la dirección real de la industria de Moggs había derivado a manos de un primo y un reciente socio. Mr. Moggs, de una disposición estudiosa y refinada, acababa de decidir —tras una cuidadosa búsqueda de un tema conveniente en el cual no se le recordara constantemente el jabón— dedicarse a la Historia de la Tebaida, cuando su primo murió repentinamente, y precipitó las responsabilidades sobre él. Con la franqueza de la jovialidad, Moggs se quejó de la poco conveniente tarea que había caído entre sus manos, y mi tío le ofreció aliviar su carga con una participación allí mismo. Llegaron incluso a establecer los términos, unos términos muy confusos, pero términos al fin y al cabo.

Cada caballero escribió el nombre y la dirección del otro en el puño de su camisa, y se separaron en un talante de fraternal descuido, y a la mañana siguiente ninguno pareció pensar en rescatar su camisa de la lavandería hasta que fue demasiado tarde. Mi tío hizo una dolorosa tentativa —era una de mis mañanas en el negocio— por recordar nombre y particulares.

—Era un tipo con cara de pecera, alto y rubio, George, con gafas y un acento cortés —dijo.

Lo miré desconcertado.

—¿Con cara de pecera?

—Ya sabes cómo te parecen. Su negocio era el jabón, estoy casi seguro de ello. Y tenía un nombre. Y el asunto era de lo más claro que jamás hayas podido imaginar. Era tan claro como para reconocer que…

Finalmente salimos con el ceño fruncido y caminamos hasta Finsbury buscando una droguería buena y bien surtida. Primero entramos en una farmacia para que mi tío tomara un tónico reconstituyente, y luego encontramos la tienda que necesitábamos.

—Deseo —dijo mi tío— media libra de cada tipo de jabón que tenga usted en existencia. Quiero llevármelo ahora… Espera un momento, George… ¿Qué tipo de jabón dice usted que es ese?

A la tercera repetición de la pregunta, el otro hombre dijo:

—Ese es el Jabón Doméstico Moggs.

—Correcto —dijo mi tío—. No hace falta que siga averiguando más. Vamos, George, busquemos un teléfono y localicemos a Moggs. Oh, ¿el encargo? Sí, por supuesto, lo confirmo. Envíelos todos… Envíeselos al obispo de Londres; seguro que sabrá darles un buen uso… (Es un hombre de primera clase, George, caridad y todo eso)…, y póngalo en mi cuenta… Aquí tiene mi tarjeta… Ponderevo… Tono-Bungay.

Luego fuimos en busca de Moggs, y lo encontramos enfundado en una bata de pelo de camello en una lujosa cama, bebiendo té chino, y volvimos a darle forma a todo excepto a las cifras fijadas en la cena.

El joven Moggs amplió mucho mi mente; era un tipo de persona a la que nunca había conocido antes; parecía muy aseado y bien informado, y me aseguró que nunca leía los periódicos ni utilizaba el jabón en ninguna de sus formas.

—Una piel delicada —dijo.

—¿Ninguna objeción a que demos amplia y libre publicidad a su nombre? —quiso saber mi tío.

—Pongo reservas a las estaciones de ferrocarril —dijo Moggs—, a los farallones de la costa sur, a los programas de teatro, a los libros con mi nombre y a la poesía en general, a los anuncios en el campo… Oh, y al *Mercure de France*.

—Lo tendremos en cuenta —dijo mi tío.

—Siempre que no me molesten —dijo Moggs, encendiendo un cigarrillo—, pueden hacerme tan rico como quieran.

Ciertamente, no le hicimos más pobre. La suya fue la primera firma que fue publicitada mediante una historia circunstancial; recurrimos incluso a los artículos en las revistas ilustradas contando el pintoresco pasado de los Moggs. Ideamos Moggsiana. Apoyándonos en la preocupación de nuestro socio por los aspectos no comerciales de la vida, dotamos de interesantes historias a Moggs I, Moggs II, Moggs III y Moggs IV. Ustedes, a menos que sean muy jóvenes, recordarán algunos de ellos, y nuestra admirable reproducción del escaparate de una tienda georgiana. Mi tío compró memorias de principios del siglo XIX, se empapó de su estilo, e imaginó historias acerca del viejo Moggs I y el duque de Wellington, Jorge III y el comerciante de jabones («casi con toda seguridad el viejo Moggs»). Muy pronto le había añadido al original Moggs Primavera otras variedades perfumadas y supergrasas, una «especial niños… como la utilizada en la casa del duque de Kent y por la vieja reina en su infancia», una en escamas, «el Supremo», y una en barra. Nos hicimos cargo luego de una pequeña firma de segundo orden de grafito, y llevamos sus orígenes hasta las brumas de la antigüedad. Fue idea exclusiva de mi tío el asociar ese producto con el Príncipe Negro. Se volvió industriosamente curioso acerca del pasado del grafito. Recuerdo cómo atosigó al presidente de la Pepys Society.

—Oiga, ¿utilizan el grafito en la Pepys? Ya sabe, grafito… ¡Para las rejas! ¿O pasan de él como algo demasiado común?

Por aquellos días se convirtió en el terror de eminentes historiadores.

—No me interesa conocer su historia de bombo y platillos, no teman —acostumbraba a decir—. No me interesa saber quién era la amante de quién, ni por qué fulano devastó esa provincia; lo más probable es que todo no sean más que mentiras. No es asunto mío. Ya no es asunto de nadie, ahora. Los tipos que lo hicieron debieron tener sus motivos… Lo que me interesa saber es, ¿en la Edad Media hizo alguien algo por las rodillas de las pobres fregonas? ¿Qué ponían en sus baños calientes tras las justas? Y la armadura del Príncipe Negro, conocen ustedes al Príncipe Negro, ¿estaba esmaltada o pintada o qué? Yo creo más bien que estaba tratada con grafito, es muy posible, pero… ¿existía ya ese proceso entonces?

Así, pensando y escribiendo aquellos anuncios para el Jabón Moggs, que trajeron toda una revolución en el departamento de literatura, mi tío se dio cuenta no solo de la gran cantidad de historia perdida, sino también del enorme campo de inventos y empresas que se escondía entre los pequeños artículos, las palas para recoger la basura y los aparatos para picar la carne, las ratoneras y las escobas para barrer las alfombras que se alinean en las tiendas de los drogueros y los ferreteros. Recordó uno de los sueños de su juventud, su idea del Apartamento Patentado Ponderevo que había estado en su mente antes de que yo acudiera a servir a sus órdenes en Wimblehurst.

—El Hogar, George —dijo—, desea enderezarse. ¡Un estúpido embrollo! Siempre cosas de por medio. Hay que organizarlo.

Durante un tiempo desplegó algo parecido al celo de un genuino reformador social en relación con esos asuntos.

—¡Tenemos que Poner al Día el Hogar! Esa es mi idea, George. Tenemos que construir una máquina doméstica civilizada que ponga fin a esas reliquias de la barbarie. Voy a buscar inventores, crear una división de ideas domésticas. En todo. Ovillos de cordel que no se enreden al desenvolverlos, una goma que no se ponga dura como el cuerno. ¿Entiendes? Luego, tras las comodidades, la belleza. ¡La belleza, George! Habrá que hacer todas esas nuevas cosas de modo que encajen con la decoración, eso es idea de tu tía. ¡Hermosos botes para la mermelada! Pondré a uno de esos nuevos artistas a diseñar todas las cosas que ahora están haciendo feas. Barredoras para las alfombras ideadas por esos tipos imaginativos, arcones para las criadas sobre los que sea un placer posar los ojos… toallas de intensos colores. Zzzz. Los cubos, por ejemplo. Cuélgalos en las paredes como si fueran calientacamas. Con todos los trastos de la limpieza metidos dentro… ¡Desearás abrazarlos, George! ¿Entiendes la idea? Librémonos de todas las cosas estúpidas y feas que tenemos…

Tuvimos algunas visiones magníficas; me afectaron tanto que cuando pasaba por delante de una ferretería o una droguería me parecían tan llenas de promesas como árboles a finales del invierno, congestionados por el esfuerzo de estallar en hojas y flores… Y realmente hicimos mucho hacia ese nuevo resplandor que esas tiendas despliegan ahora. Eran cosas

miserables en los años ochenta comparadas con lo que se han convertido hoy gracias a nuestros esfuerzos, grises y tristes exposiciones…

Bien, no pretendo describir aquí la tortuosa historia financiera de Moggs' Limited, que fue nuestra primera ampliación de Moggs e Hijos; ni hablaré mucho de cómo a partir de ahí nos extendimos a conceptos cada vez más amplios a través de la ferretería doméstica, cómo nos convertimos en distribuidores de este pequeño artículo, socios en ese otro, lanzando tentáculos en torno al cuello de los fabricantes especializados, asegurándonos el abastecimiento sobre esta o aquella reserva de material en bruto, y preparando así el camino para nuestra segunda flotación. Artículos Domésticos: «Art Do», inundando la ciudad. ¡Y luego vino la reconstrucción del Tono-Bungay, y luego «Servicios Caseros», y el Boom!

Ese tipo de desarrollo no puede contarse con detalle en una novela. De hecho, ya he dicho mucho al respecto en otros lugares. Puede encontrarse explicado con minuciosidad, con dolorosa minuciosidad, en el examen de mi tío y mío en las actas de la bancarrota, y en mis propias declaraciones después de su muerte. Algunas personas lo conocen todo respecto a esa historia, algunas lo conocen demasiado bien, la mayoría no desean los detalles, es la historia de un hombre de imaginación en medio de cifras, y a menos que estén ustedes preparados para unir columnas de libras, chelines y peniques, comparar fechas y comprobar sumas, lo encontrarán todo muy desconcertante y carente de significado. Y a fin de cuentas, no encontrarán las primeras cifras tan erróneas, sino forzadas. En el asunto de Moggs y Art Do, así como en la primera promoción del Tono-Bungay y su reconstrucción, abandonamos los tribunales, según los estándares de la ciudad, sin ninguna mancha sobre nuestras personas. La gran fusión de Servicios Caseros fue la primera empresa de mi tío realmente a gran escala, y su primer despliegue de métodos más atrevidos; para ello adquirimos de nuevo Art Do, Moggs (fuerte, con un dividendo de un siete por ciento), y adquirimos Pulimentos Skinnerton, los derechos de Riffleshaw, y el negocio de la picadora de carne y el molinillo de café Runcorn. En esa fusión yo no participé realmente; se lo dejé a mi tío debido a que por aquel entonces estaba empezando a dedicarme a los experimentos de vuelo que había emprendido a partir de los resultados disponibles de Lilienthal, Pilcher y los

hermanos Wright. Estaba desarrollando un planeador para convertirlo en una máquina volante. Pretendía aplicarle un motor a este planeador tan pronto como pudiera resolver uno o dos problemas residuales relativos a la estabilidad longitudinal. Sabía que disponía de un motor lo suficientemente ligero en mi propia modificación de la turbina ligera de Bridger, pero sabía también que, hasta que hubiera curado a mi aeroplano de una tendencia que exigía de mí una alerta constante, una tendencia a alzar bruscamente su morro en los momentos más inesperados y dar una vuelta de campana encima mío, la aplicación de un motor sería un camino muy corto al suicidio.

Pero de eso hablaré más tarde. El punto al que quería llegar era que debido a ello no me di cuenta, hasta después de la caída, de cuán imprudentemente había mantenido mi tío su promesa de pagar un dividendo superior al ocho por ciento en las participaciones ordinarias de aquella enormemente sobrecapitalizada empresa, Servicios caseros.

Me salí de los negocios para meterme en mis investigaciones mucho más de lo que yo o mi tío habíamos previsto. Las finanzas eran algo mucho menos de mi gusto que la organización de la fábrica del Tono-Bungay. En el nuevo campo de la empresa había una gran cantidad de apariencias y de juego, de correr riesgos y ocultar hechos materiales…, y eso son cosas odiosas para una mente científica. No era tanto miedo como una incómoda ineptitud lo que yo sentía. No me daba cuenta de los peligros, simplemente no me gustaba la desordenada y relajada cualidad de aquel nuevo tipo de trabajo. Al menos, estaba poniendo disculpas sin cesar para no acudir junto a él a Londres. La parte final de su carrera en los negocios retrocede a partir de ahí más allá del círculo de mi vida privada. Vivía más o menos con él; hablaba, aconsejaba, lo ayudaba a veces a tratar a la gente de los domingos en Crest Hill, pero no lo seguía ni lo guiaba. De los tiempos de Art Do en adelante él se lanzó al mundo de las finanzas como una burbuja en el agua, y me dejó como un atareado animalillo acuático allá abajo en las profundidades.

De todos modos, tuvo un éxito inmenso. El público, creo, se sentía particularmente atraído por la hogareña familiaridad de su campo de trabajo —nunca perdías de vista tu inversión, con el nombre de las toallas y el

suavizador para las navajas de afeitar—, y su fidelidad quedaba asegurada por la solidez egipcia de sus resultados aparentes. Tono-Bungay, tras su reconstrucción, pagaba un trece, Moggs, un siete, Artículos Domésticos, un tranquilizador nueve; luego estaba Servicios Caseros con un ocho; en un alarde de exhibición, había tenido solamente que comprar y vender la Loción Antiséptica, el Jabón de Afeitar y los Cristales de Baño Roeburn en un período de tres semanas para obtener veinte mil libras. Creo que de hecho Roeburn era un buen valor al precio en que lo vendió, al menos hasta que fue hundido por una publicidad mal concebida. Fue un período de expansión y confianza; había mucho dinero buscando ser invertido, y las «Industrias» estaban de moda. Los precios subían por todas partes. Mi tío tenía muy poco que hacer, por lo tanto, en su ascensión a la alta e inestable cresta de la Grandeza Financiera, excepto, como él decía, «agarrar la ostra cósmica, George, mientras bosteza», lo cual debidamente traducido significa comprar confiada y valerosamente negocios respetables al precio estimado por el vendedor, añadirle a ese precio treinta o cuarenta mil, y venderlos de nuevo. Su única dificultad, por supuesto, residía en manejar con tacto los beneficios que cada una de esas transacciones ponía en sus manos. Pero yo pensaba tan poco en esto último que nunca acabé de apreciar las inconveniencias de eso hasta que fue demasiado tarde para ayudarle.

3

Cuando pienso en mi tío de los días cercanos de su Gran Boom y en conexión con la realidad de sus empresas, pienso en él como acostumbraba a verle en la suite de habitaciones que ocupaba en el hotel Hardingham, sentado en un gran y antiguo escritorio de roble, fumando, bebiendo, e incoherentemente atareado; ese era su típico aspecto financiero… Nuestras tardes, nuestras mañanas, nuestros días festivos, nuestras expediciones en automóvil, Lady Grove y Crest Hill pertenecen a un conjunto de recuerdos completamente distinto.

Esas habitaciones en el Hardingham eran una hilera de apartamentos que ocupaban todo un lado de un hermoso pasillo recubierto por una gruesa alfombra. Todas las puertas que daban a ese pasillo estaban cerradas con llave excepto la primera; y el dormitorio de mi tío, el comedor y su sanctasanctórum eran lo menos accesible y estaban servidos por una entrada desde el pasillo adyacente, que utilizaba a veces también como medio de escape ante visitantes inoportunos. La habitación más exterior era una sala de espera general y de una cualidad muy eficiente; tenía uno o dos incómodos sofás, un cierto número de sillas, una mesa con un tapete verde, y una colección de los mejores carteles de «Moggs» y «Tono»; y las lujosas alfombras del Hardingham habían sido reemplazadas por un linóleo de corcho verde gris. Allí siempre podía encontrar a una notable miscelánea de gente, presidida por un portero uniformado peculiarmente fiel y de aspecto feroz, Ropper, que guardaba la puerta que quedaba cerca de mi tío. Normalmente había algún clérigo, una o dos viudas, caballeros de mediana edad, peludos y con gafas, algunos de ellos con un singular aspecto de Edwards Ponderevo no agraciados por la fortuna, una variedad de hombres jóvenes y de aspecto juvenil más o menos atractivamente vestidos, algunos de ellos con papeles que emergían de sus bolsillos, otros con sus papeles

decentemente ocultos. Y alguna gente incidental, maravillosamente desaliñada.

Todas esas personas mantenían un asedio prácticamente desesperado…, a veces durante semanas enteras; hubiera sido mejor que se quedaran en casa. A continuación venía una habitación llena de gente que había tenido la suerte de concertar una entrevista, y allí uno encontraba a personas de aspecto elegante, brillantemente vestidas, mujeres nerviosas ocultándose tras revistas, pastores no conformistas, clérigos con borceguíes, auténticos hombres de negocios, estos últimos en su mayoría caballeros con admirables trajes de mañana que se quedaban plantados y escrutaban valientemente y a veces por una hora entera el gusto de mi tío en las acuarelas. De nuevo hombres jóvenes, de variados orígenes sociales… Jóvenes americanos, empleados traidores de otros negocios, jóvenes universitarios, perspicaces la mayor parte de ellos, resueltos, reservados pero en cierto modo impulsivos, listos en cualquier momento a ser más volubles, más persuasivos. Aquella habitación tenía también una ventana que daba al patio del hotel, con sus fuentes plantadas con helechos y su suelo de mosaico, y los jóvenes permanecían de pie contra ella y a veces incluso murmuraban. Un día, mientras pasaba, oí a uno repetir, en un ansioso susurro:

—Pero usted no se da cuenta, mr. Ponderevo, de todas las ventajas, de todas las ventajas…

Mis ojos se cruzaron con los suyos, y enrojeció.

Luego venía una habitación con un par de secretarias —no mecanógrafas, porque mi tío odiaba el tecleo—, y una o dos personas casuales sentadas allí, proyectistas cuyos proyectos estaban siendo examinados. Aquí, y en la siguiente habitación más cercana a los apartamentos privados, la correspondencia de mi tío sufría un exhaustivo proceso de poda y digestión antes de llegar a él. Luego, las dos pequeñas habitaciones en las cuales hablaba mi tío; mi mágico tío, que había conseguido que el público invirtiera…, para quien todas las cosas eran posibles.

Cuando uno entraba en ellas podía encontrarlo repantigado, con su puro enhiesto y una expresión de dudosa beatitud en su rostro, mientras alguien

lo animaba a hacerse aún más rico con esto o aquello.

—¿Eres tú, George? —solía decir—. Entra. Aquí hay algo. Explíquelo otra vez, mr… ¿Quieres beber algo, George? ¿No? ¡Chico listo! Escucha.

Yo siempre estaba dispuesto a escuchar. Todo tipo de maravillas financieras surgieron del Hardingham, muy particularmente durante la última gran racha de mi tío, pero no eran nada en comparación con los proyectos que entraban. Normalmente se sentaba en la pequeña habitación marrón y dorada. La había hecho redecorar por Bordingly, y en ella colgaban media docena de paisajes de Sussex pintados por Webster. Últimamente llevaba en aquel apartamento una chaqueta de pana de color marrón dorado que creo resaltaba su intención estética, y le había añadido también algunos grandes bronces chinos…

Fue en su conjunto un hombre muy feliz durante todos aquellos esforzados tiempos. Hizo y, como diré en su lugar correspondiente, gastó grandes sumas de dinero. Se hallaba en un violento movimiento constante, estimulado mental y físicamente sin cesar, y raramente atribulado. A su alrededor había una atmósfera de inmensa deferencia; gran parte de su vida fue tan triunfal como todos sus sueños. Dudo que alguna vez se sintiera insatisfecho consigo mismo hasta que la caída final lo desmoronó. Las cosas fueron muy rápidamente con él; creo que debió de ser muy feliz.

Mientras permanezco aquí sentado escribiendo acerca de todas estas cosas, rechazando notas y echándolas a un lado en mi intento de dar alguna forma literaria al relato de nuestro ascenso, la maravilla de todo el asunto, su suprema sinrazón, viene de nuevo a mí como si fuese la primera vez. En el clímax de su Boom, mi tío, en una estimación de lo más prudente, debió poseer, en sustancia y crédito, unos dos millones de libras depositadas bajo su vaga y colosal responsabilidad, y desde el principio hasta el fin debió haber controlado aproximadamente unos treinta millones. El irracional aturdimiento de la sociedad en que vivimos fue el que le proporcionó todo eso, le pagó unos elevadísimos intereses por permanecer sentado en una habitación y maquinar y decir mentiras. Porque no creó nada, no inventó nada, no economizó nada. No puedo afirmar que uno solo de los grandes negocios que organizamos añadiera en absoluto un valor real a la vida humana. Algunos, como el Tono-Bungay, fueron claros fraudes desde

cualquier punto de vista honesto, la oferta de nada envuelto en publicidad a cambio de dinero. Y las cosas que salieron del Hardingham, repito, no eran nada en relación con las cosas que entraban. Pienso en la larga procesión de gente que se sentaba delante de nosotros y nos proponía esto y aquello. Ahora se trataba de un dispositivo para vender pan bajo un curioso nombre y así escapar tanto a las leyes como al peso —fue lanzado más tarde como la Compañía del Pan Sano sin Corteza, y declarado ilegal—, ahora era un nuevo esquema para un anuncio aún más estridente, ahora era una historia de insospechados depósitos de minerales, ahora un barato y no muy claro sustituto para esta o aquella necesidad, ahora la traición de un empleado demasiado bien informado, ansioso por convertirse en socio nuestro. Todo se nos planteaba para tentarnos, para persuadirnos. A veces uno tenía que enfrentarse a un fanfarrón intentando entusiasmarnos con su pseudoingenua franqueza, a veces algún amarillento susurrador dispéptico, a veces algún ansioso joven vestido para la ocasión, con monóculo y una flor en el ojal, a veces algún astuto y campechano tipo de Manchester o algún escocés deseoso de ser muy claro y convincente. Muchos venían en parejas o tríos, a menudo acompañados por algún abogado. Algunos se mostraban pálidos y ansiosos, algunos se turbaban más allá de lo imaginable ante su oportunidad. Algunos de ellos suplicaban y rogaban ser atendidos. Mi tío escogía a los que quería y dejaba el resto. Se volvió muy autocrático con esos solicitantes. Tenía la sensación de que los dominaba, y ellos la tenían también. No tenía más que decir: «¡No!», y desaparecían de su existencia… Se había convertido en una especie de vórtice hacia el cual fluía la riqueza por voluntad propia. Sus posesiones se incrementaban rápidamente, y con ellas, sus participaciones, arriendos, hipotecas y obligaciones.

Tras estos asuntos de primera línea, y sancionado por todos los precedentes, consideró al fin necesario establecer tres compañías generales de comercio, la Compañía de Inversiones de Londres y África, la Compañía Británica de Préstamos para el Comercio y la Organización de Negocios Limitada. Eso fue en el momento culminante, cuando yo ya tenía poco que ver con sus asuntos. No digo esto con deseo de exculparme, admito que fui uno de los directivos de las tres, y confesaré que me mostré conscientemente descuidado en esa responsabilidad. Cada una de esas

compañías terminaba de una forma solvente su año financiero vendiendo grandes participaciones a una u otra de sus hermanas, y pagando un dividendo de esas ganancias. Yo me sentaba a la mesa y firmaba mi acuerdo. Ese era nuestro método de equilibrio en el iridiscente clímax de la burbuja…

Percibirán ahora, sin embargo, la naturaleza de los servicios para los cuales esta fantástica comunidad le entregó a mi tío una inimaginable riqueza y poder y un auténtico respeto. Todo ello fue un pago monstruoso por una valerosa ficción, una donación a cambio de la única realidad de la vida humana: la ilusión. Le entregamos una sensación de esperanza y beneficio; enviamos una marejada de agua y confianza a sus desamparados asuntos.

—Acumulamos Fe, George —me dijo mi tío un día—. Eso es lo que hacemos. ¡Y por Dios que seguiremos acumulándola! Hemos estado creando confianza humana desde el momento mismo en que puse el primer tapón a la primera botella de Tono-Bungay.

¡«Acuñando» hubiera sido un término mejor que acumulando! Y sin embargo, ¿saben?, en un cierto sentido tenía razón. La civilización tan solo es posible a través de la confianza, de modo que podamos depositar nuestro dinero en el Banco e ir desarmados por las calles. Las reservas del Banco o un policía manteniendo el orden en medio de una codeante multitud son unos bluffs tan solo ligeramente menos temerarios que los folletos de mi tío. No podrían enfrentarse ni por un instante a la situación si en un momento determinado les fuera exigida una cuarta parte de lo que garantizan. El conjunto de esta moderna civilización de inversiones mercantiles posee la misma sustancia de la que están hechos los sueños. Una masa de gente suda y se afana, crecen grandes sistemas de ferrocarriles, se erigen ciudades hacia el cielo y se extienden amplias hasta lo lejos, se abren minas, las fábricas zumban, las fundiciones rugen, los buques surcan los mares, se establecen países; y los ricos propietarios llegan a ese ajetreado y esforzado mundo, controlándolo todo, disfrutándolo todo, confiados y creando una confianza que nos reúne a todos en una reluctante y casi inconsciente hermandad. Yo me pregunto, y diseño mis motores. Las banderas ondean, las multitudes vitorean, las legislaturas se

suceden. Sin embargo, a veces me parece que toda esta actual civilización comercial no es más que la carrera de mi pobre tío a una escala mucho mayor, una burbuja de garantías cada vez más grande y cada vez más delgada; que su aritmética es igual de errónea, sus dividendos igual de falsos, su finalidad última igual de vaga y desmedida; que toda ella deriva siguiendo quizá un tremendo paralelismo hacia su mismo desastre individual…

Bien, así se produjo nuestro Boom, y durante cuatro años y medio vivimos una vida entremezclada de solidez y disparate. Hasta que nuestra particular falta de solidez nos abrumó, seguimos adelante montados en los más maravillosos automóviles sobre tangibles carreteras, nos dejamos ver públicamente en espléndidas casas, comimos suntuosamente, y un perpetuo fluir de billetes y monedas desembocaba en nuestros bolsillos; centenares de miles de hombres y mujeres nos respetaban, nos saludaban y nos otorgaban confianza y honor; pedí, y los cobertizos para mi trabajo florecieron, mis aeroplanos se alzaron de la nada para asustar a las gaviotas; mi tío agitó su mano, y Lady Grove y todas sus asociaciones de caballerosa y antigua paz fueron suyas; la agitó de nuevo, y los arquitectos se atarearon trazando los planos del gran palacio que nunca llegó a terminar en Crest Hill, y un ejército de operarios se reunió para hacer su voluntad, el mármol azul llegó del Canadá y la madera de Nueva Zelanda; y debajo de todo eso, ¿saben?, no había nada excepto valores ficticios tan evanescentes como el oro del arcoíris.

4

Paso muy a menudo frente al Hardingham y miro a través de la gran arcada las fuentes y los helechos, y pienso en aquellos ya lejanos días en que estuve tan cerca del centro de nuestro remolino de avidez y negocio. Veo de nuevo el blanco y atento rostro de mi tío y oigo su discurso, le oigo tomar conscientes decisiones napoleónicas, «agarrar» la ocasión por la cola, «poner» el dedo en la Llaga, «fanfarronear», hablar «picado». Se fue aficionando particularmente a los últimos giros del idioma. Hacia el final cada acto concebible adoptó la forma de un «trato hecho»…

¡La de tipos raros que acudieron a nosotros! Y entre otros vino Gordon-Nasmyth, esa extraña mezcla de aventura romántica e ilegalidad que estaba destinado a arrastrarme a la más absurda aventura de mi vida, el asunto de la Isla Mordet; y a dejarme, como se dice, con las manos empapadas en sangre. Es notable lo poco que trastorna mi conciencia y lo mucho que agita mi imaginación ese recuerdo particular de mi vida. La historia de la Isla Mordet ha sido contada en un informe del Gobierno y contada de una forma absolutamente errónea; hay aún excelentes razones para dejarla tal cual, pero ni siquiera las más urgentes llamadas a la discreción pueden obligarme a no contar la verdad.

Tengo aún un clarísimo recuerdo de la aparición de Gordon-Nasmyth en el sanctasanctórum, una persona delgada y bronceada, vestido de tweed, con un enjuto rostro amarillo-tostado y un ojo azul muy claro —el otro era un cerrado y hundido párpado—, y cómo nos contó con una rígida afectación de serenidad su increíble historia de aquel gran montón de quap que aguardaba abandonado o sin descubrir en la playa detrás de la Isla Mordet, entre blancos y muertos mangles y el negro rezumar del agua salina.

—¿Qué es el quap? —preguntó mi tío, a la cuarta repetición de la palabra.

—Lo llaman quap, o quab, o quabb —dijo Gordon-Nasmyth—, pero nuestras relaciones no fueron lo suficientemente amistosas como para que la pronunciación de su nombre quedara lo suficientemente clara. Sin embargo, ahí está, aguardando a que alguien lo tome. Ellos no saben de su existencia. Nadie lo sabe. Llegué al maldito lugar en una canoa, solo. Los chicos no vinieron. Fingí estar dedicándome a unas investigaciones botánicas…

Para empezar, Gordon-Nasmyth tenía una inclinación a ser dramático.

—Miren —dijo cuando entró, cerrando cuidadosamente la puerta tras él mientras hablaba—, ustedes dos, caballeros… Sí o No… ¿Desean arriesgar seis mil libras… con unas grandes posibilidades de obtener un mil quinientos por ciento de su dinero en un año?

—Siempre estamos corriendo riesgos como este —dijo mi tío, inclinando ofensivamente su puro, limpiándose las gafas y echándose hacia atrás en su sillón—. Aunque nos conformamos con un más seguro veinte por ciento.

El rápido temperamento de Gordon-Nasmyth se reflejó en un ligero envaramiento de su actitud.

—No le crea —dije, interviniendo antes de que pudiera responder—. Usted es diferente, y yo conozco sus libros. Nos sentimos muy contentos de que haya acudido a nosotros. ¡Maldita sea, tío! ¡Es Gordon-Nasmyth! Siéntese. ¿De qué se trata? ¿De un mineral?

—De quap —dijo Gordon-Nasmyth, clavando en mí su ojo—. A montones.

—A montones —dijo suavemente mi tío, con sus gafas muy oblicuas.

—Usted solo sirve para un colmado —dijo Gordon-Nasmyth desdeñosamente, sentándose y cogiendo uno de los puros de mi tío—. Lamento haber venido. Pero, ya que estoy aquí… Y en primer lugar, referente al quap; el quap, señor, es la sustancia más radiactiva en el mundo. ¡Eso es el quap! Es una supurante masa de tierra y metales pesados, polonio, radio, itorio, torio, cario, y otros nuevos también. Es una sustancia llamada Xk… provisionalmente. Se halla formando como un mantillo en

una depresión de semipodrida arena. Cómo se formó, no lo sé. Es como si algún joven creador hubiera estado jugando un poco por allí. Forma dos montones, el uno pequeño, el otro grande, y todo en kilómetros a su alrededor está marchito y descortezado y muerto. Pueden ir allí a buscarlo. Lo único que tienen que hacer es cogerlo… ¡Eso es todo!

—Parece correcto —dije yo—. ¿Tiene alguna muestra?

—Bien, ¿podría? No puede llevárselo uno tan fácilmente consigo…, más allá de los cincuenta gramos.

—¿Dónde está?

Su ojo azul me sonrió y me escrutó. Durante un rato fumó y se mostró fragmentario, evadiendo mis preguntas; luego su historia empezó a encajar pieza a pieza. Conjuró una visión de aquel extraño rincón perdido en los límites del mundo, de los largos y serpenteantes canales que se esparcían y se bifurcaban y descargaban su lodo y sedimentos en el estruendo del oleaje Atlántico, de la densa y enmarañada vegetación que crece entre las resplandecientes aguas. Dio una sensación de calor y de perpetuas emanaciones de plantas en putrefacción, y contó cómo al final se llega a un claro entre todas esas cosas, una extensión de arena con árboles muertos tan blancos como huesos, una visión de la dura línea azul del mar más allá de las perpetuas rompientes, y una amplia desolación de sucios guijarros y lodo, blanqueada y llena de cicatrices… Un poco más allá, entre una masa de quemada vegetación, se halla la estación abandonada… abandonada porque todo hombre que permanecía dos meses en ella moría, devorado por una misteriosa enfermedad parecida a la lepra…, con sus desmantelados cobertizos y su medio derrumbado muelle de pilotes y planchas torcidos y comidos por la carcoma pero quizá aún utilizable. Y en medio, dos burdos montones moldeados como el lomo de un cerdo, uno pequeño, el otro grande, emergiendo de debajo de una nervadura de piedra que parte el espacio en dos… ¡Quap!

—Ahí está —dijo Gordon-Nasmyth—, a una libra el gramo, a precio de mercado; dos grandes montones, podridos y blandos, listos para ser recogidos con una pala y traídos, ¡y debe haber una tonelada!

—¿Cómo fue a parar ahí?

—¡Dios sabe…! Está ahí… ¡Y eso es lo que importa! En un lugar donde es imposible comerciar. En un lugar donde no les importa nada, donde se dejan quitar lo que tienen sin protestar siquiera. No son más que eso: basura.

—¿No se puede hacer ningún trato con ellos?

—Son demasiado condenadamente estúpidos. Lo único que se tiene que hacer es ir allá y tomarlo. Eso es todo.

—Podrían atraparle.

—Podrían, por supuesto. Pero no son muy buenos en atrapar cosas.

Entramos en los detalles de esa dificultad.

—Y no podrían atraparme, porque antes hundiría el barco —dijo Gordon-Nasmvth—. Dénme un yate; es todo lo que necesito.

—Pero si lo atrapa… —dijo mi tío.

Yo me sentía inclinado a pensar que Gordon-Nasmyth imaginaba que íbamos a darle un cheque por seis mil libras bajo la única garantía de sus palabras. Era muy bueno hablando, he de reconocerlo, pero no lo hicimos. Estipulé que necesitábamos muestras para su análisis, y él aceptó… reluctante. Creo que hubiera preferido que yo no examinara ninguna muestra. Hizo un gesto hacia su bolsillo, que nos dio la invencible persuasión de que llevaba una muestra encima, y luego, en el último instante, decidió no sacarla prematuramente. Había a todas luces una curiosa tensión de reserva en él. No le gustaba darnos muestras y no quería indicar dentro de un radio de quinientos kilómetros la posición de aquella Isla Mordet suya. Tenía muy claro en su mente que poseía un secreto de inmenso valor, y no tenía la menor idea de hasta cuán lejos podía llegar con los financieros. Y así, a fin de ganar tiempo para cubrir aquellas vacilaciones suyas, empezó a hablar de otras cosas.

Hablaba muy bien. Habló de las Indias Orientales Holandesas y del Congo, del África Oriental Portuguesa y del Paraguay, de los mercaderes malayos y los ricos chinos, de los dayaks y los negros y la expansión del mundo mahometano en el África de hoy. Y durante todo aquel tiempo estuvo intentando juzgar si éramos lo suficientemente buenos como para confiar en nosotros en aquella aventura. Nuestra acogedora oficina interior se convirtió en un lugar muy pequeño, y todos nuestros negocios algo fríos

y carentes de vida al lado de aquellos atisbos de extrañas mezclas de hombres, de venganzas rituales y curiosas costumbres, de comercio donde nada se hace por escrito, y de las tenebrosas traiciones de los puertos orientales y los canales no reflejados en los mapas.

Ni mi tío ni yo habíamos ido más lejos al extranjero que algunas vulgares incursiones a París, nuestro mundo era Inglaterra, y los lugares de origen de la mitad de las materias primas de los productos que vendíamos nos parecían tan remotos como el país de las hadas o el bosque de Arden. Pero Gordon-Nasmyth lo hizo todo tan real y cercano a nosotros aquella tarde —para mí, al menos— que me pareció como algo visto y olvidado y ahora recordado de nuevo.

Y al final extrajo su muestra, un pequeño grumo de lodosa arcilla salpicada con gránulos amarronados, en una botella de cristal envuelta en plomo y franela, franela roja, recuerdo, un color que, tengo entendido, se supone popularmente que dobla la eficacia mística de la franela.

—No se la acerquen demasiado —dijo Gordon-Nasmyth—. Produce ulceraciones.

Le llevé la muestra a Thorold, y Thorold tuvo la exquisita agonía de descubrir dos nuevos elementos en lo que por aquel entonces fue un análisis confidencial. Luego lo bautizó y lo hizo público, pero por aquel entonces Gordon-Nasmyth no quería oír hablar ni por un momento de una publicación por nuestra parte de ningún detalle en absoluto; de hecho, se puso como una furia y me atacó despiadadamente por haberle mostrado la muestra ni que fuera a Thorold.

—Creí que iba a analizarla usted mismo —dijo, con la conmovedora persuasión del lego de que un científico conoce y practica todas las ciencias.

Hice algunas averiguaciones comerciales, y me pareció incluso entonces que había mucho de verdad en la estimación de Gordon-Nasmyth del valor de aquel material. Eran los días anteriores al descubrimiento de Capern del valor del canadio y su utilización en el filamento Capern, pero el cerio y el torio solos valían el dinero que costara extraerlos para ser utilizados para las camisas de las lámparas de gas entonces de moda. Había dudas, sin embargo. De hecho, había numerosas dudas. ¿Cuáles eran los límites del

negocio de camisas para lámparas de gas? ¿Cuánto torio, sin hablar del cerio, podían emplear como máximo? Supongamos que la cantidad fuese lo suficientemente alta como para justificar el fletar un barco; las dudas venían entonces por otro lado. ¿Eran los montones de la misma naturaleza que la muestra? ¿Eran tan grandes como él decía? ¿No sería Gordon-Nasmyth un poco… imaginativo? Y si esos valores encajaban, ¿podríamos después de todo echarle mano al material? No era nuestro. Estaba en terreno prohibido. Entiendan, había dudas de todo tipo y grado a lo largo de todo el camino de aquella aventura.

Seguimos adelante, de todos modos, con la discusión de su proyecto, aunque creo que pusimos un poco a prueba su paciencia. Luego, de repente, desapareció de Londres, y no supe nada de él durante un año y medio.

Mi tío dijo que eso era lo que había esperado, y cuando finalmente Gordon-Nasmyth reapareció, mencionando de forma incidental que había tenido que ir al Paraguay para un asunto privado (y supusimos que apasionado), el asunto de la expedición al quap tuvo que ser emprendido de nuevo desde un principio. Mi tío estaba dispuesto a ser completamente escéptico, pero yo no estaba tan decidido. Creo que me sentía atraído por sus aspectos pintorescos. Pero ninguno de los dos pensamos en tomárnoslo en serio hasta el descubrimiento de Capern.

La historia de Nasmyth permanecía en mi imaginación como un pequeño e intenso cuadro de un sol tropical colgando sobre una pared de verdor. Siguió así durante las intermitentes apariciones de Gordon-Nasmyth por Inglaterra. De tanto en tanto él y yo nos encontrábamos y charlábamos, y ese efecto quedaba reforzado. Comíamos en Londres o acudía a ver mis planeadores a Crest Hill, y hacía nuevos proyectos para ir de nuevo en busca de aquellos montones, ahora conmigo, ahora solo. A veces se convertía en una especie de cuento de hadas entre nosotros, un ejercicio imaginativo. Y entonces vino el descubrimiento de Capern de lo que él llamó el filamento ideal, y con él una cualidad absolutamente menos problemática en el lado negocio del asunto del quap. Porque el filamento ideal necesitaba un cinco por ciento de canadio, y el canadio era conocido en el mundo tan solo como un componente recientemente separado de una variedad de un mineral raro, el rutilo. Pero para Thorold era más conocido

como uno de los elementos de una misteriosa muestra que yo le había llevado, y para mí era más conocido como uno de los elementos del quap. Se lo dije a mi tío, y nos pusimos inmediatamente en marcha. Descubrimos que Gordon-Nasmyth, aún sin saber el alterado valor de su material, y pensando todavía en los precios experimentales del radio y en el valor como rareza del cerio, había recurrido a un primo llamado Pollack, había efectuado alguna extraordinaria transacción con la póliza de su seguro de vida, y estaba comprando un bergantín. Paramos todo aquello, depositamos sobre la mesa tres mil libras y el rescate de la póliza de su seguro de vida, y el lado Pollack de aquel asunto se desvaneció en el aire, dejando a Pollack, lamento decirlo, con el bergantín y con el secreto —excepto en lo que al canadio y el filamento se refería— como un residuo. Discutimos seriamente si fletar un vapor o ir con el bergantín, y finalmente decidimos que el bergantín sería un instrumento mucho menos llamativo para una empresa que iba a ser, después de todo y diciéndolo claramente, un robo.

Pero esa fue una de nuestras últimas empresas antes de nuestra gran crisis, y la referiré a su debido tiempo.

Así es como el quap entró en nuestros asuntos, llegó como un cuento de hadas, y se convirtió en una realidad. Se fue haciendo más y más real, hasta que finalmente vi con mis propios ojos los montones que mi imaginación había visto hacía tanto tiempo, y sentí de nuevo entre mis dedos la textura medio blanda, medio granulosa del quap, como azúcar humedecido mezclado con arcilla y donde se agitara algo indefinido…

Uno tiene que tocarlo para comprender.

5

Todo tipo de cosas llegaban al Hardingham y eran ofrecidas a mi tío. Gordon-Nasmyth destaca entre ellas simplemente porque finalmente jugó un papel esencial en la crisis de nuestras fortunas. Llegaba tanto hasta nosotros, que a veces me parecía como si el mundo entero estuviera listo para prostituirse ante nuestros millones, reales e imaginarios. Miro hacia atrás, y me siento aún desconcertado e incrédulo al pensar en la naturaleza de nuestras oportunidades. Hicimos las cosas más extraordinarias; cosas que me parece absurdo dejar a cualquier hombre emprendedor y con dinero para que cuide de ellas. Tengo algunos sorprendentes atisbos de cómo el pensamiento moderno y el suministro de hechos a la mente en general pueden ser controlados por el dinero. Entre otras cosas que mi tío intentó conseguir, luchó muy duramente por comprar el *British Medical Journal* y el *Lancet*, y llevarlos hacia lo que él llamaba una línea moderna, y cuando se le resistieron habló muy enérgicamente durante un tiempo de organizar una empresa rival. De hecho, se trataba de una magnífica idea, desde su punto de vista; nos hubiera dado una tremenda ventaja en el manejo de innumerables especialidades, y naturalmente ignoro hasta dónde hubiera podido llevar a la profesión médica bajo nuestro puño. Me sigue sorprendiendo —y moriré sorprendido— que algo así pueda llegar a ser posible en un Estado moderno. Si bien mi tío fracasó en conseguirlo, cualquier otro puede tener éxito en cualquier momento. Pero dudo, aunque hubiera logrado hacerse con el control de los dos semanarios, que su peculiar estilo hubiese encajado en ellos. El cambio hubiera revelado demasiado sus intenciones. Habría sido difícil para él mantener a flote su dignidad.

Ciertamente no mantuvo a flote la dignidad del *Sacred Grove*, un importante órgano crítico que adquirió un día —diciendo «trato hecho»—

por ochocientas libras. Lo compró «al completo», con director incluido. Incluso a ese precio, no fue negocio. Si son ustedes gente de letras recordarán la chillona nueva portada que le dio a ese órgano representativo de la cultura intelectual británica, y cómo sus fuertes instintos comerciales chocaron con las exaltadas pretensiones de una era que se desvanecía. El viejo número que descubrí el otro día, perteneciente a su época, llevaba una sobrecubierta que decía:

THE SACRED GROVE

Revista semanal de Arte, Filosofía, Ciencia
y Bellas Letras

¿TIENE USTED MAL SABOR DE BOCA?

ES EL HÍGADO.

NECESITA USTED UNA PÍLDORA VEINTITRÉS.

(SOLO UNA)

NO ES UNA DROGA: ES UNA AUTÉNTICA MEDICINA AMERICANA.

CONTENIDO:

Una carta de Walter Pater no publicada hasta la fecha.

La tía abuela materna de Charlotte Brontë.

Una nueva historia católica de Inglaterra.

El genio de Shakespeare.

Correspondencia: La hipótesis mendeliana; el infinitivo compuesto; «Comercio» o «Comienzo»; Claverhouse; El socialismo y el individuo; La dignidad de las letras.

Chismorreos.

La escena: la paradoja de actuar.

Viajes, biografías, versos, ficción, etc.

La mejor píldora del mundo para un hígado irregular

Supongo que hay en mí algunas huellas persistentes de la tradición de Bladesover que hacen que esta combinación de letras y píldoras me parezca tan incongruente, del mismo modo que supongo que son algunas huellas persistentes de Plutarco y mi inerradicable imaginación de que en el fondo nuestro Estado tiene que ser sabio, sano y digno, lo que me hace pensar que un país que abandona enteramente su crítica médica y literaria, o cualquier otra crítica de vital importancia, a la empresa privada y abierta a los avances de cualquier comprador, tiene que hallarse en una situación francamente desesperada. De hecho, nada puede ser enteramente más natural y representativo de las relaciones de la enseñanza, el pensamiento y la situación económica en el mundo en la actualidad que esta cubierta del *Sacred Grove*…, el tranquilo conservadurismo de un elemento encajado en la agresiva vistosidad del otro: las notas contrastadas de un atrevido experimento fisiológico y una extremada inmovilidad mental.

6

Vuelve a mí también, entre esos recuerdos de Hardingham, una impresión de un lloviznante día de noviembre, y cómo contemplé a través de las ventanas una manifestación de los desempleados de Londres.

Era como mirar hacia el fondo de un pozo a un mundo inferior momentáneamente revelado. Unos cuantos miles de necesitados e improductivos hombres se habían reunido para arrastrar su tímida miseria por el West End con una llamada que era también, a su manera, una débil e insustancial amenaza: «Lo que necesitamos es Trabajo, no Caridad».

Allí estaban, semifantasmales por entre la niebla, una silenciosa procesión, interminable, gris, de hombres arrastrando los pies. Llevaban consigo mojadas y sucias pancartas, hacían sonar sus latas pidiendo algunos peniques; esos hombres que no habían dicho «trato hecho» en el lugar adecuado, hombres que no habían sabido «saltar» con la suficiente fuerza, que nunca habían dicho «trato hecho», que jamás habían tenido la posibilidad de decir «trato hecho». Formaban como un río vacilante y vergonzoso, avanzando lentamente por la calle, los desechos de la civilización competitiva. Y mientras, nosotros contemplábamos todo aquello desde lo alto, tan arriba que parecía como si fuéramos unos dioses procedentes de otro mundo, en una habitación agradablemente iluminada y amueblada, cómodamente calientes, vestidos con costosas ropas y con la barriga llena de buenos alimentos.

—Y aquí estamos nosotros —murmuré para mí mismo—, por la gracia de Dios, George y Edward Ponderevo.

Pero los pensamientos de mi tío iban por otros derroteros, y él convirtió aquella visión en el texto de una inspirada pero poco convincente arenga sobre la Reforma de Aranceles.

II

Nuestro progreso de Camden Town a Crest Hill

1

Hasta ahora, la historia que he contado de mi tía y mi tío ha tratado principalmente de sus logros industriales y financieros. Pero en paralelo a esa historia de inflación desde lo infinitesimal hasta lo inmenso hay otra historia, el cambio año a año desde la miserable indigencia del alojamiento de Camden Town hasta la lujosa munificencia de la escalera de mármol de Crest Hill y la cama dorada de mi tía, la cama que había sido copiada de Fontainebleau. Y lo más extraño es que, a medida que me acerco a esta parte más cercana de mi relato, la encuentro mucho más difícil de contar que los claros y más insignificantes recuerdos de los primeros días. Las impresiones se amontonan las unas sobre las otras y se solapan; iba a enamorarme de nuevo, verme atrapado por una pasión a la que aún respondo débilmente, una pasión que aún nubla mi mente. Fui y vine entre Ealing y mi tía y mi tío, y luego entre Effie y el club, y luego entre los negocios y una vida de investigación que se hizo cada vez más continua, infinitamente más consecutiva y memorable que cualquiera de esas otras series de experiencias. Debido a eso no fui testigo de un progreso social regular; mi tía y mi tío subieron tanto en el mundo que en lo que a mí respecta era como si se hallaran exhibidos en uno de esos primitivos cinematógrafos, dando pequeños saltos y oscilaciones.

Cuando recuerdo este lado de nuestra vida, la figura de mi tía Susan, con sus redondos ojos, su nariz respingona y su tez rosada y blanca, tiende siempre a ocupar una posición central. Conducíamos el coche y

manteníamos el coche, ella se sentaba en él con una magnífica variedad de sombreros sobre su delicada cabeza, y —siempre con ese débil indicio de un ceceo que no puede confundirse con una mala pronunciación— comentaba e iluminaba los nuevos aspectos.

Ya he descrito el pequeño hogar detrás de la farmacia de Wimblehurst, el alojamiento cerca de la estatua de Cobden y los apartamentos en Gower Street. Luego mi tía y mi tío se trasladaron a un piso en las Redgauntlet Mansions. Allí habían vivido cuando se casaron. Era un piso compacto, con muy poco que una mujer pudiera hacer allí. En aquellos días, creo, mi tía tenía tiempo de sobra, así que tomaba algunos libros y leía, y al cabo de un cierto tiempo leía incluso por las tardes. Empecé a encontrar libros insospechados encima de su mesa; libros de sociología, viajes, obras de Shaw.

—¡Hey! —decía yo, a la vista de alguno de los más recientes.

—Estoy ocupando mi mente, George —explicaba.

—¿Eh?

—Ocupando mi mente. Nunca me han gustado los perros. De modo que lo jugué a cara o cruz: ocupar mi mente, u ocupar mi alma. Fue una suerte para Él y para ti que saliera la mente. Me he hecho socia de la Biblioteca de Londres, y voy por la Royal Institution, y pienso asistir a todas las benditas conferencias que se den el próximo invierno. Sería bueno que tú también pensaras en ello…

Y la recuerdo una noche llegando tarde a casa, con un bloc de notas en la mano.

—¿De dónde vienes, Susan? —preguntó mi tío.

—De Birkbeck… Fisiología. Estoy progresando. —Se sentó y se quitó los guantes—. Para mí es como si fueras de cristal —suspiró; y luego, con una nota de grave reproche—: ¡Viejo Paquete! ¡No tenía ni idea! ¡Las cosas que me has estado ocultando…!

Luego se instalaron en la casa en Beckenham, y mi tía alternó sus actividades intelectuales. La casa de Beckenham era como una empresa para ellos por aquel entonces, un lugar razonablemente amplio según los estándares de los primeros años del Tono-Bungay. Era una villa grande, más bien aislada, con un jardín de invierno y un bosquecillo, una pista de tenis,

un huerto bastante considerable y una pequeña cochera que no se utilizaba. Tengo algunos atisbos de las emociones que se vivieron en su inauguración, pero no muchas debido al distanciamiento entre mi tía y Marion.

Mi tía se mudó a esa casa con un considerable placer, y mi tío se distinguió por la minuciosidad con que hizo repintarla y modernizar toda su instalación sanitaria. Hizo levantar todos los desagües y el jardín con ellos, y se mantuvo atento a todo ejerciendo de administrador…, administrando whisky a los trabajadores. Lo encontré allí un día, más napoleónico que nunca, en medio de una pequeña Elba de suciedad, en una atmósfera que desafía la letra impresa. Recuerdo que eligió también lo que consideraba unos alegres contrastes de color para el repintado de las maderas. Aquello exasperó extremadamente a mi tía —lo llamó «viejo Chapoteante Pestilente», con una nota de seriedad poco habitual—, y también la irritó cuando dio a cada uno de los dormitorios el nombre de alguno de sus héroes favoritos —Clive, Napoleón, César, etc.—, que pintó en letras doradas sobre una placa negra en cada puerta. «Martín Lutero» era la reservada para mí. Solo su respeto por la disciplina doméstica, dijo mi tía, le impidió vengarse pintando «Viejo Pondo» en la puerta del armario de la doncella.

También encargó uno de los más completos juegos de útiles de jardinería. Los vi una vez…, y los había hecho pintar todos de un feo azul claro. Mi tía compró unos botes de esmalte de un color más alegre y los hizo repintar secretamente todos, y una vez hecho esto, halló una gran alegría en el jardín y se convirtió en una ardiente cultivadora de rosas y demás plantas, dejando que su mente, por supuesto, siguiera empapándose por las tardes y en los meses de invierno. Cuando la recuerdo en Beckenham, la primera imagen que acude a mi mente es la de ella vestida con aquel traje de algodón azul que tanto le gustaba, con los brazos enfundados en unos enormes guantes de jardinero, una toalla en una mano y en la otra, un pequeño plantel, sin duda resistente y prometedor, frágil y vergonzosa y con un aspecto muy joven.

Beckenham entero, en las personas del vicario, la esposa del doctor y una gruesa y orgullosa dama llamada Hogberry, acudía a «visitar» a mi tía y a mi tío, y de hecho tan a menudo que pronto el césped estuvo arruinado; y luego mi tía hizo amistad con una tranquila mujer de la casa de al lado, *à*

propos de un cerezo que colgaba de una a otra propiedad, y la necesidad de reparar la valla de separación. Así recuperó su lugar en la sociedad de la que había caído con el desastre de Wimblehurst. Hizo un estudio parcialmente jocoso de la etiqueta de su posición, mandó imprimir tarjetas de visita y devolvió vengativamente las visitas que le habían hecho. Luego recibió una invitación para una fiesta en casa de mrs. Hogberry, ella dio también una fiesta en el jardín, participó en una rifa benéfica, y se había unido ya alegremente a la sociedad de Beckenham cuando fue de pronto desarraigada de nuevo por mi tío y trasplantada a Chislehurst.

—La Vieja Mudanza, George —dijo firmemente, cuando la encontré supervisando la carga de dos grandes carromatos de muebles—. Hacia delante y hacia arriba. Sube y dile adiós a «Martín Lutero», y luego veremos qué puedes hacer para ayudarme.

2

Miro en los entremezclados compartimentos de media distancia de la memoria, y Beckenham me parece un lugar completamente transitorio. Pero en realidad estuvieron allí varios años; casi toda mi vida de casado, de hecho, y mucho más que el año y unos pocos meses que vivimos juntos en Wimblehurst. Pero la época de Wimblehurst llena mi memoria mucho más que el período de Beckenham. Vuelve a mí con una considerable cantidad de detalles el efecto de aquella fiesta en el jardín de mi tía, y un pequeño fallo de comportamiento social del que fui culpable en aquella ocasión. Es como un trozo de otra vida. Lo que más recuerdo de ella es una especie de sensación cutánea, la sensación de unas ropas de ciudad que no acaban de caer bien, una levita y unos pantalones grises y un alto cuello y una corbata a la luz del sol entre flores. Tengo aún un suave y vívido recuerdo del pequeño césped trapezoidal, de la gente reunida allí y, particularmente, de los sombreros y las plumas de los asistentes, de la doncella y de las tazas de té azules y de la magnífica presencia de mrs. Hogberry y de su clara y resonante voz. Era una voz que hubiera encajado en una fiesta en un jardín de dimensiones mucho más amplias; llegaba hasta las casas más próximas; alcanzaba al jardinero que se hallaba al otro lado en el huerto y técnicamente fuera del juego. Los únicos otros hombres eran el doctor de mi tía, dos clérigos, unos hombres contrastadamente agradables, y el imperfectamente madurado hijo de mrs. Hogberry, un joven que recién acababa de ponerse su primer cuello. El resto eran mujeres, excepto una joven o dos en un estado de mudo buen comportamiento. También estaba Marion.

Marion y yo habíamos llegado algo disgustados, y la recuerdo como una presencia silenciosa, una sombra al otro lado de aquel soleado vacío de nuestras relaciones. Nos habíamos irritado a causa de una de esas

miserables pequeñas disputas que parecían tan inevitables entre nosotros. Ella, con la ayuda de Smithie, se había vestido muy elaboradamente para la ocasión, y cuando me vio vestirme para acompañarla, creo que con un traje gris, protestó que eran imperativos la levita y la chistera. Yo me mostré recalcitrante, ella citó un periódico ilustrado mostrando una fiesta al aire libre con la presencia del rey, y finalmente capitulé…, pero según mi mala costumbre, resentidamente. ¡Oh, esas viejas peleas, qué dolorosas resultaban, qué triviales! ¡Y qué penosas son de recordar! Creo que se hacen más penosas a medida que me hago más viejo, y todas las pequeñas y apasionadas razones para nuestra mutua irritación se desvanecen y se desvanecen de mi memoria.

La impresión que ha dejado en mi mente aquella concurrencia en Beckenham es de una modesta irrealidad; todos mantenían un frente de pretensiones sociales no especificadas, y eludían el despliegue de los hechos económicos del caso. La mayoría de los maridos estaban «de negocios» fuera de escena —hubiera resultado impertinente preguntar qué tipo de negocios—, mientras las esposas dedicaban sus energías a producir, con la ayuda de novelas y revistas ilustradas, una moralizada versión de la vida vespertina de la clase aristocrática. No poseían el carácter emprendedor, ni intelectual ni moral, de las mujeres de clase alta, no tenían intereses políticos ni puntos de vista sobre nada, y en consecuencia resultaba, recuerdo, extremadamente difícil hablar con ellas. Permanecían sentadas en la glorieta y en las sillas del jardín, con sus grandes sombreros y sus trajes fruncidos y sus sombrillas. Tres damas y el asistente del párroco jugaban al croquet con una enorme gravedad rota por ocasionales gritos de fingido desánimo por parte del asistente del párroco:

—¡Oh! ¡Me han vuelto a ganar! ¡Uf!

El factor social dominante de aquella tarde era mrs. Hogberry; adquirió una cierta posición dirigiendo el croquet, y siguió en ello, como me dijo mi tía en un aparte incidental, «como un tiovivo». Habló de la forma en que la sociedad de Beckenham estaba mezclándose antes de mencionar la emocionante carta que había recibido recientemente de su antigua nodriza en Little Gossdean. Siguió un largo relato acerca de Little Gossdean y de cómo ella y sus ocho hermanas habían estado consideradas allí.

—Mi pobre madre era una pequeña reina allí —dijo—. ¡Y la gente normal era tan encantadora! Dicen que los trabajadores del campo se están volviendo muy irrespetuosos hoy en día. No tiene que ser así…, no si son bien tratados. Aquí, por supuesto, en Beckenham, es distinto. No digo que la gente que tenemos aquí sea Pobre…, no son evidentemente lo que podemos entender por Pobres. Son Masa. Siempre se lo digo a mr. Burgshoot: son Masa, y deberían ser tratados como tal…

Confusos recuerdos de mrs. Mackridge flotaban por mi mente mientras la escuchaba…

Fui arrastrado por aquel tiovivo durante un cierto tiempo, y luego tuve la fortuna de caer en un *tête-à-tête* con una dama que mi tía me presentó como mrs. Mumble, pero que luego fue presentada a todo el mundo aquella tarde como Mumble a secas, no sé si por capricho o por necesidad.

Aquel debió de ser uno de mis primeros ensayos en el arte de la conversación cortés, y recuerdo que empecé criticando el servicio local de ferrocarriles, y que a la tercera frase más o menos mrs. Mumble dijo de una forma claramente alegre y alentadora que sospechaba que yo era una persona muy «frívola».

Me pregunto ahora qué dije que fuera «frívolo».

No sé lo que puso fin a aquella conversación, o si tuvo algún fin. Recuerdo haber hablado durante un rato con uno de los clérigos, de una forma más bien torpe, y haber recibido de su parte una especie de historia topográfica de Beckenham, el cual, me aseguró una y otra vez, era «un lugar absolutamente antiguo. Absolutamente antiguo». Como si yo lo hubiera calificado de nuevo y él deseara mostrarse muy paciente pero muy convincente. Luego hubo una clara pausa, y mi tía me rescató.

—George —dijo en un susurro confidencial—, mantén hirviendo el puchero. —Y luego, audiblemente—: Me pregunto, ¿les importaría a ustedes dos, viejos trotones, encargarse un poco del té?

—Me sentiré encantado de trotar por usted todo lo que sea necesario, mrs. Ponderevo —dijo el clérigo, convirtiéndose en alguien temiblemente experto y en su elemento—; será un placer.

Me di cuenta de que nos hallábamos cerca de una mesa rústica y de que la doncella estaba detrás nuestro en una posición adecuada para pasarnos de

rebote las cosas del té.

—¡Trotones! —repitió el clérigo, dirigiéndose a mí y muy divertido—. ¡Excelente expresión! —Y estuvo a punto de volcar la bandeja del té al volverse.

Fuimos repartiendo el té durante un rato…

—Dales pastas —dijo mi tía, un poco enrojecida pero bien en su papel —. Les ayuda a hablar. Siempre hablan mejor después de masticar algo. Es como arrojar un poco de turba en un viejo géiser.

Observó la reunión con sus atentos ojos azules y luego se sirvió un poco de té.

—Siguen comportándose rígidamente —dijo en voz muy baja—. He hecho todo lo que he podido.

—Ha sido un gran éxito —respondí animosamente.

—Ese chico tiene las piernas cruzadas en esa posición y no ha hablado desde hace diez minutos. Rígido y rígido. Cada vez más. Quebradizo. Ha empezado a toser…, esto es siempre una mala señal, George… ¿Qué tengo que hacer? ¿Hacerles caminar un poco? ¿Frotar sus narices con nieve?

Afortunadamente, no lo hizo. Me encontré charlando con la señora de la casa de al lado, una mujer de pequeña estatura, pensativa y de aspecto lánguido con una voz muy baja. Nuestro tema: Gatos y Perros, y qué nos gustaba más.

—Yo siempre he tenido la impresión de que hay algo en un perro… que no tiene ningún gato —dijo la pensativa mujer.

—Sí —me sorprendí admitiendo con gran entusiasmo—. Hay algo. Y sin embargo…

—¡Oh!, ya sé que hay algo en los gatos también. Pero no es lo mismo.

—No, en absoluto lo mismo —admití—. Pero sin embargo, es algo.

—¡Ah! ¡Pero un algo muy distinto!

—Más sinuoso.

—Mucho más.

—Pero mucho más…

—Eso es lo que constituye la diferencia, ¿no cree?

—Sí —dije—. Toda.

Me miró gravemente y suspiró un prolongado y profundo:

—Sí.

Una larga pausa.

Tuve la impresión de que habíamos llegado a un punto muerto. Sentí miedo y mucha perplejidad.

—Las… esto… las rosas —dije. Tenía la sensación de ser un hombre ahogándome—. Esas rosas… ¿no cree usted que son… unas flores muy hermosas?

—¡Por supuesto! —admitió gentilmente—. Parece haber algo en las rosas… algo… que no sé cómo expresar.

—Algo —dije servicialmente.

—Sí —dijo—. Algo. ¿No cree usted?

—Tan poca gente lo ve —admití—. ¡Es una lástima!

Suspiró, y dijo de nuevo, muy suavemente:

—Sí…

Hubo otra larga pausa. La miré y vi que estaba pensando entre sueños. La sensación de estar ahogándome regresó, el miedo y la debilidad. Me di cuenta en una especie de inspiración que su taza de té estaba vacía.

—Permítame llenarle su taza —dije bruscamente, y una vez asegurado con esto, me dirigí hacia la mesa junto al cenador. En aquel momento no tenía intención de abandonar a mi tía. Pero al alcance de la mano estaban las grandes puertas vidrieras del salón, abiertas, invitadoras, sugestivas. Puedo sentir ahora todas las tentaciones y, particularmente, la provocación de mi cuello. En un instante había desaparecido. Volvería… Se trataba tan solo de un momento.

Me metí en la casa, dejé la taza sobre las teclas del gran piano y huí escaleras arriba, de puntillas, subiendo los escalones de tres en tres lo más rápido que pude, hasta el refugio del estudio de mi tío, aquel cuarto acogedor. Llegué allí sin aliento, convencido de que no había regreso para mí. Me sentía muy feliz y avergonzado de mí mismo y desesperado. Con ayuda de un cortaplumas conseguí abrir la vitrina de los puros, acerqué una silla a la ventana, me quité la chaqueta, el cuello y la corbata, y permanecí fumando, lleno de rebeldía y de culpabilidad, y espiando a través de las contraventanas la reunión en el césped hasta que todo el mundo se hubo ido…

Los clérigos, pensé, eran maravillosos.

3

Algunas imágenes parecidas de esos remotos días en Beckenham permanecen aún frescas en mi mente, y luego me encuentro de pronto entre los recuerdos de Chislehurst. La mansión de Chislehurst tenía, más que un simple jardín, «terreno», y había una casita para el jardinero y un pequeño pabellón en la verja. El movimiento ascendente era siempre mucho más evidente allí que en Beckenham. La velocidad se estaba incrementando.

Recuerdo en especial una noche, que marca a su manera una época. Yo estaba allí, si no me equivoco, debido a algún tema de publicidad, o para tratar de algún tipo de asunto profesional en cualquier caso, y mi tío y mi tía habían vuelto tras marcharse antes de la hora de una cena en casa de los Runcorn. (Incluso entonces estaba tanteando a Runcorn con la idea de nuestra gran Fusión en mente). Llegué allí, supongo, sobre las once. Los encontré a los dos sentados en el estudio, mi tía en un sillón de brazos con una extraña expresión pensativa en su rostro, contemplando a mi tío, y él, muy repantigado y muy rotundo, en el bajo sillón que miraba al guardafuego.

—Hola, George —dijo mi tío tras mis primeros saludos—. Precisamente en estos momentos estaba diciendo: «¡No estamos *alapach*!».

—¿Eh?

—¡No estamos *alapach*! ¡Socialmente!

—Quiere decir *à la page*, George… Es francés.

—¡Oh! No había pensado en el francés. Uno nunca sabe cómo cogerlo. ¿Qué es lo que no va esta noche?

—He estado pensando. No es nada en particular. Comí mucho de esa cosa de pescado al principio, eso que parecen huevas de rana saladas, y me sentí un poco confuso con las aceitunas; y… bien, no sabía qué vino iba con cada cosa. Tuvieron que decírmelo cada vez. Eso hace que no sepas de qué

hablar. Y ella no llevaba un vestido de noche, no como las demás. No podemos seguir en este estilo, George, no es buena publicidad.

—No estoy seguro de que obraras correctamente marchándote antes de la hora —dije.

—Tenemos que hacer mejor las cosas —dijo mi tío—, tenemos que hacerlas con Estilo. Negocios hábiles, hombres hábiles. Ella intenta verlo todo desde un punto de vista divertido —mi tío hizo una mueca—, ¡pero no es divertido! ¡Mira! Ahora estamos arriba, bien aposentados. Tenemos que ser Grandes. ¡No queremos que se rían de los Ponderevo!

—¡Nadie se ha reído de ti, vieja Vejiga! —exclamó mi tía.

—Y nadie va a hacerlo —dijo mi tío, mirando a su alrededor y sentándose de pronto muy erguido.

Mi tía alzó ligeramente las cejas, balanceó su pie y no dijo nada.

—No estamos manteniendo el paso de nuestro progreso, George. Y es necesario. Estamos conociendo a nueva gente, y resulta que son gente bien nacida, con etiqueta en las cenas y todo lo demás. Se dan aires, y esperan que nosotros nos comportemos como peces fuera del agua. No vamos a hacerlo. Ellos piensan que no tenemos Estilo. Bien, les damos Estilo en nuestros anuncios y se lo daremos también en todo lo demás… No necesitas haber nacido allí para bailar entre los hilos de los negocios de Bond Street. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Le tendí la caja de puros.

—Runcorn no tenía puros como estos —dijo, cortando cuidadosamente la punta de uno—. Le ganamos en los puros. Le ganaremos en todo lo demás.

Mi tía y yo lo miramos con recelo.

—Tengo ideas —le dijo hoscamente al puro, ahondando nuestros temores.

Volvió a guardarse su cortapuros en el bolsillo y continuó:

—Primero tenemos que aprender todo este putrefacto juguetito. ¿Entiendes? Por ejemplo, tenemos que conseguir muestras de todos esos benditos vinos que tienen… y aprenderlos. Stern, Smoor, Borgoña, ¡todos! Ella tomó Stern esta noche, y cuando lo probó la primera vez… Hiciste una mueca, Susan, la hiciste. Te vi. Te sorprendí. Arrugaste la nariz. Tenemos

que acostumbrarnos a los vinos y no hacer eso. Tenemos que acostumbrarnos a llevar trajes de noche… Tú también, Susan.

—Siempre he tendido a escoger mis vestidos a mi gusto —dijo mi tía—. De todos modos, ¿a quién le importa? —Alzó los hombros.

Yo nunca había visto a mi tío tan inmensamente serio.

—Tenemos que ceñirnos a la etiqueta. —Se inclinó hacia el fuego—. Equitación, incluso. Practicarlo todo. Cenar todos los días en traje de noche, comprar una berlina o algo así. Aprender a jugar al golf y al tenis y a esas cosas. Convertirnos en unos caballeros de provincias. Estar *alapach*. Es nuestra única forma de liberarnos de la *gocherí*.

—¿Eh? —dije.

—¡Oh! *Gaucherí*, si prefieres.

—Es francés, George —dijo mi tía—. Pero yo no soy ninguna vieja *gauche*. Hice esa mueca por diversión.

—No es solo liberarse de la *gocherí*. Tenemos que tener Estilo. ¿Entiendes? ¡Estilo! Todo bien, y mejor aún. Eso es lo que yo llamo Estilo. Podemos hacerlo, y lo haremos.

Mascó su puro y fumó durante un rato, inclinándose hacia delante y mirando al fuego.

—¿Y qué es eso, después de todo? —preguntó—. Detalles acerca de cómo comer. Detalles acerca de cómo beber. Vestirse. Cómo comportarse, sin hablar de esas cuantas cosas que saben seguro que están mal…, todas esas malditas cosas de ceremonia…

Guardó de nuevo silencio, y el puro trepó de la horizontal hacia el cenit a medida que aumentaba la confianza de su boca.

—Aprender todo el saco de trucos en seis meses —dijo, alegrándose por momentos—. ¿Eh, Susan? ¡Ganarles! George, tú en particular tendrías que preocuparte también de ello. Tendrías que introducirte en un buen club, y todo eso.

—Siempre dispuesto a aprender —dije—. Incluso cuando me dio usted la oportunidad del latín. Pese a que hasta ahora aún no hemos tropezado con ningún estrato de la población que hable latín.

—Tendremos que aprender francés, de todos modos —dijo mi tía.

—Es un idioma muy útil —dijo mi tío—. Pone el punto justo a las cosas. Zzzz. En cuanto al acento, ningún inglés tiene acento. Ningún inglés pronuncia adecuadamente el francés. No me lo digas a mí. Es un bluff. Todo ello es un bluff. La vida es un bluff… prácticamente. Es por eso por lo que es tan importante, Susan, que nosotros consigamos un Estilo. Es-ti-lo. El Estilo es el hombre. ¿De qué te estás riendo, Susan? George, no estás fumando. Estos puros son buenos para la mente… ¿Qué piensas de todo esto? Tenemos que adaptarnos. Tenemos que… no dejarnos ganar por esas cosas estúpidas.

4

—¿Qué piensas de ello, George? —insistió.

Lo que dije y pensaba de ello no lo recuerdo. Tan solo tengo la impresión muy clara de que en un momento determinado mis ojos se cruzaron con los impenetrables ojos de mi tía. Y sea como sea él empezó con su habitual energía a saquear los misterios de la Vida Suntuosa, y se convirtió en el más tranquilo de sus señores. En su conjunto creo que lo consiguió… completamente. He acumulado recuerdos, un poco difíciles de desenmarañar, de sus estadios experimentales, de sus avances experimentales. A veces es difícil decir qué recuerdo se sitúa por delante de qué otro. Lo recuerdo como presentando en conjunto una serie de pequeñas sorpresas, una y otra vez, inesperadamente, un poco más confiado en sí mismo en cada ocasión, un poco más pulido, un poco más educado, un poco más consciente de las posiciones y valores de las cosas y de los hombres. Hubo un momento —tuvo que ser muy pronto— en el que lo vi profundamente impresionado por los esplendores del comedor del Club Liberal Nacional. El cielo sabe ahora quién era nuestro anfitrión o las «exquisiteces» particulares de aquella comida… Todo lo que queda en mí es la impresión de nuestra dispersa entrada, una hilera de seis o siete invitados, y a mi tío mirando a su alrededor a las numerosas mesas brillantemente adornadas en rojo, a los grandes y exóticos jarrones de mayólica, a las resplandecientes columnas y pilastras de cerámica, a los impresionantes retratos de hombres de Estado y héroes liberales, y a todo lo que contribuía al conjunto de aquel espectáculo palatino. Se traicionó susurrándome:

—¡Todo esto está muy bien, George!

Aquel prosaico comentario me parece casi increíble ahora que lo escribo; muy rápidamente iba a llegar un tiempo en el que ni siquiera los

clubes de Nueva York hubieran podido asombrar a mi tío, ni siquiera cuando caminaba por entre la abrumadora magnificencia del Royal Grand Hotel hacia la mesa que tenía reservada en aquella abrumadora y exquisita galería sobre el río, con toda la tranquila calma de uno de los reyes legítimos de la tierra.

Los dos aprendieron el nuevo juego muy rápidamente y bien; experimentaban puertas afuera, experimentaban en casa. En Chislehurst, con la ayuda de un nuevo, muy costoso, pero altamente instructivo cocinero, probaron todo lo que habían oído y que había despertado su curiosidad y tenía alguna reputación por su dificultad, desde los espárragos hasta los huevos de chorlito. Luego contrataron a un jardinero que sabía servir la mesa… y aprendieron de él. Luego vino un mayordomo.

Recuerdo muy vívidamente el primer traje de noche de mi tía, y cómo se detuvo ante el fuego del comedor, revelando unos brazos de insospechada hermosura con todo el valor del que era capaz, y mirándose por encima del hombro en un espejo.

—Un jamón debe sentirse así —observó reflexivamente—. Una gargantilla, al menos…

Creo recordar que intenté un cumplido de circunstancias.

Mi tío apareció en la puerta con un chaleco blanco y con las manos en los bolsillos de sus pantalones; se detuvo y la estudió críticamente.

—Nadie te distinguiría de una duquesa, Susan —observó—. Me gustaría pintarte, de pie así ante el fuego. ¡Maravillosa! Tienes un aspecto… fogoso. ¡Señor! Desearía que alguno de esos malditos comerciantes de Wimblehurst pudiera verte…

Pasaron muchos fines de semana en hoteles, y algunas veces fui con ellos. Parecíamos caer en medio de una enorme multitud de errantes masas de cambiantes circunstancias, pero tengo la impresión de que se ha producido un desarrollo inmenso y desproporcionado en la población que frecuenta los hoteles y utiliza los restaurantes durante los últimos veinte años. No se trata solamente, creo, de que haya mucha gente que, como nosotros entonces, se halle en una fase económicamente ascendente, sino que masas enteras de la sección próspera de la población deben estar alterando sus costumbres, sustituyendo la merienda por la cena y llevando

trajes de noche, utilizando los hoteles de fin de semana como un terreno de prácticas para esas nuevas artes sociales. Se ha estado produciendo, estoy convencido de ello, una conversión rápida y sistemática hacia la nobleza por parte de toda la clase comercial media superior, desde que yo tenía veintiún años. La calidad media de la gente que uno veía en esas excursiones estaba curiosamente mezclada. Había personas conscientemente refinadas que hablaban en voz baja con orgullosa timidez; había gente agresivamente animosa que se llamaba en voz alta mediante diminutivos y buscaba nuevas ocasiones para brillantes tosquedades; había torpes maridos y mujeres peleándose furtivamente acerca de sus modales y sintiéndose incómodos bajo la mirada del camarero; alegremente afables y a menudo discrepantes parejas con una predilección hacia los rincones discretos; y las de tipo jovial, fingiendo una desenfadada serenidad; orondas y felices damas que reían demasiado alto, y caballeros en traje de tarde que en un momento determinado «sacaban sus pipas». Y nadie era nadie, ¿saben?, por caro que vistieran y las habitaciones que tomaran.

Miro ahora con una curiosa lejanía de espíritu a aquellos atestados comedores con sus dispersas mesas y sus inevitables luces rojas, y los antipáticos y torpes camareros y su inevitable pregunta: «¿Thig o Glear, señor?». Llevo sin cenar de esa forma, en ese tipo de lugares, desde hace cinco años, cinco años completos, tan angosta y especializada se ha vuelto mi vida.

El primer automóvil de mi tío aparece en todas esas asociaciones, y de ellas emerge también una pequeña y brillante viñeta del salón del Magnificent, en Bexhill-on-Sea, con la gente vestida para cenar y sentada entre los muebles de satén escarlata y las maderas esmaltadas de blanco hasta que eran reunidas por el gong; y mi tía está allí, maravillosamente vestida, envuelta en una capa y con un velo cubriendo su rostro, y los porteros y los botones del hotel están muy alerta, y hay un obsequioso director; y la alta joven de negro de la oficina se muestra admirada, y en medio del cuadro está mi tío haciendo su primera aparición con aquel traje de esquimal que ya he mencionado, una figura baja, compacta e inmensa, con unas enormes gafas que llevaban una especie de probóscide marrón de caucho, y coronadas por un gorro de motorista.

5

Así fue como reconocimos nuestras nuevas necesidades como nuevos invasores de los niveles superiores del sistema social, y nos asentamos a conciencia en la adquisición de Estilo y *Savoir Faire*. Nos convertimos en parte de lo que hoy en día es un elemento importante en la confusión de nuestro mundo, esa multitud de personas económicamente ascendentes que están aprendiendo cómo gastar el dinero. Una multitud formada por financieros, los propietarios de los negocios que se están comiendo a sus competidores, inventores de nuevas fuentes de riqueza como nosotros mismos; incluye a casi todos los americanos que uno ve en la escena europea. Es una variada multitud que tan solo tiene esto en común: todos están avanzando, y particularmente sus mujeres están avanzando, desde unas condiciones en las cuales los medios eran insistentemente finitos, las cosas, pocas y las costumbres, sencillas, hacia un consumo ilimitado y la esfera de atracción de Bond Street, la Quinta Avenida y París. Su efecto general es de progresiva revelación, de ilimitada seguridad.

De repente descubren complacencias que su código moral jamás había imaginado y para las cuales no están preparados, elaboraciones, ornamentos, posesiones más allá de sus más locos sueños. Con un inmenso y atónito placer empiezan a comprar, inician una sistemática adaptación a una nueva vida atestada y brillante con cosas adquiridas, con joyas, doncellas, mayordomos, cocheros, berlinas eléctricas, casas alquiladas en la ciudad y en el campo. Se lanzan a ello como uno se lanzaría a una carrera; como clase, hablan, piensan y sueñan posesiones. Su literatura, su prensa, gira en torno a eso; enormes semanarios ilustrados de no superada magnificencia les guían en la arquitectura doméstica, en el arte de cuidar un jardín, en el logro de la suntuosidad en automóviles, en un elaborado equipo deportivo, en la compra y control de sus propiedades, en viajes y

magníficos hoteles. Una vez empiezan a avanzar van más y más lejos y más y más aprisa. La adquisición se convierte en la sustancia de sus vidas. Descubren un mundo organizado para complacer esa pasión. En un breve año más o menos, se convierten en expertos. Se unen a la expoliación del siglo XVIII, compran viejos libros raros, espléndidas viejas pinturas, buenos muebles viejos. Su primera burda concepción de deslumbrantes suites nuevas y perfectas es reemplazada por una costosa y discrepante acumulación de cosas viejas…

Creo recordar a mi tío empezando a comprar de una forma más bien repentina. En los días de Beckenham y en los primeros días de Chislehurst se había interesado principalmente en obtener dinero, y excepto su repentino capricho por la casa Beckenham, se preocupaba muy poco de su entorno personal y de sus posesiones. He olvidado ahora cuándo se produjo el cambio y empezó a gastar. Algún accidente debió de revelarle esta nueva fuente de poder o algún cambio sutil se produjo en los tejidos de su cerebro. Empezó a gastar y a «comprar». Tan pronto como empezó a comprar, empezó a comprar con furor. Empezó comprando pinturas y luego, aunque parezca mentira, viejos relojes. Para la casa de Chislehurst compró al menos una docena de relojes de péndulo y tres calientacamas de cobre. Después de eso compró muchos muebles. Luego se sumergió en el mecenazgo del arte y empezó a encargar pinturas y a hacer regalos a iglesias e instituciones. Sus compras se incrementaron con una aceleración regular. Este desarrollo formó parte de los cambios mentales que se produjeron en él en la loca excitación de los últimos cuatro años de su ascenso. Hacia el clímax era un consumidor compulsivo; compraba en cantidad las cosas más inesperadas, compraba como una mente buscando expresarse, compraba de una forma sorprendente y consternadora; compraba *in crescendo*, compraba *fortissimo, con molto espressione*, hasta que el estruendoso derrumbamiento de Crest Hill terminó definitivamente con sus compras. Siempre era él quien compraba. Mi tía no destacó por ser una gran compradora. Era algo curioso, un rasgo propio de su forma de ser, el que mi tía nunca acaparara demasiadas posesiones. Se metía sin dudarlo en ese atestado bazar de Vanity Fair durante aquellos febriles años, gastando libre y ampliamente, pero gastando con un desprendimiento y un toque de ocurrente desdén hacia

las cosas, incluso las cosas antiguas, que el dinero podía comprar. De pronto una tarde me di cuenta de lo desprendida que era, al verla dirigirse hacia el Hardingham, sentada como siempre lo hacía, más bien envaradamente, en su berlina eléctrica, contemplando el resplandeciente mundo con unos inocentes ojos azules de mirada curiosa e irónica por debajo del ala de un sombrero que desafiaba todo comentario. «Nadie —pensé— se sentaría de una forma tan aparte si no tuviera sueños… ¿Y cuáles son sus sueños?».

Nunca lo supe.

Y recuerdo también un estallido suyo de burlona descripción tras una comida con un grupo de mujeres en el Imperial Cosmic Club. Se dirigió directamente a mi habitación con la esperanza de encontrarme allí, y le serví su té. Se confesó cansada y malhumorada, y se dejó caer en la silla…

—¡George! —exclamó—. ¡Las Cosas que son las mujeres! ¿No apesto a dinero?

—¿Ha estado comiendo? —pregunté.

Asintió.

—¿Con damas plutócratas?

—Sí.

—¿Tipo oriental?

—¡Oh! ¡Como un harén! Alardeando de sus posesiones… Te olían. ¡Olían tus ropas, George, para ver si eran buenas!

La consolé de la mejor manera que pude.

—Son Ricas, ¿no? —dije.

—Es la vieja casa de empeños que llevan en su sangre —murmuró, sorbiendo su té; y luego, con un disgusto infinito—: Pasan las manos por todas tus ropas… Te manosean.

Tuve un momento de duda acerca de si tal vez no habría sido descubierta en posesión de insospechadas adulteraciones. No lo sé. Tras lo cual mis ojos fueron más allá, y empecé a ver mentalmente a una serie de mujeres pasando sus manos por encima de las prendas de piel de otras mujeres, escrutando sus encajes, pidiendo incluso tocar sus joyas, valorando, envidiando, comparando. Tienen una especie de etiqueta. La mujer que palpa dice: «¡Qué hermosa marta cibelina!». «¡Qué encaje más precioso!». Y la mujer palpada admite orgullosamente: «Es auténtica,

¿sabes?», o niega cualquier pretensión, modesta y rápidamente: «No es auténtica». En las casas de las otras examinan las pinturas, manosean la tela de las cortinas, observan a trasluz el fondo de las tazas de porcelana china…

Me pregunto si es la vieja casa de empeños que llevan en la sangre.

Dudo que lady Drew y los Divinos hicieran ese tipo de cosas, pero puede que tan solo esté aferrándome a otra de mis antiguas ilusiones acerca de la aristocracia y el Estado. Quizá las posesiones siempre hayan sido Botín y nunca, en ningún lugar, haya habido algo como una casa y unos muebles propios y naturales de las mujeres y hombres que los hayan utilizado…

6

Para mí, al menos, marcó una época en la carrera de mi tío cuando supe un día que había «comprado» Lady Grove. Me di cuenta de que acababa de dar un nuevo paso, amplio y sin precedentes. Me tomó por sorpresa con el repentino cambio de escala de unas posesiones tan llevables como joyas y automóviles a toda una porción de campiña. La transacción fue napoleónica; le hablaron del lugar; dijo «trato hecho»; no hubo inspecciones preliminares ni regateos. Luego vino a casa y dijo lo que había hecho. Incluso mi tía estuvo durante un día más o menos completamente alucinada por la compra, y los dos fuimos con él a ver la casa con un estado de ánimo cercano a la consternación. Nos sorprendió como un lugar más bien señorial. Vuelvo a vernos a los tres de pie en la terraza que miraba al oeste, contemplando las ventanas de la casa que reflejaban el cielo, y de nuevo regresa a mí la insostenible sensación de ser unos intrusos.

Lady Grove, ¿saben?, es una casa realmente muy hermosa, un lugar tranquilo y agradable, cuyo aislamiento secular se ha visto roto solamente por los bocinazos de la llegada del automóvil. Una vieja familia católica había ido muriendo allí, siglo tras siglo, y ahora estaba definitivamente muerta. Partes de la construcción son del siglo XIII, y su última revisión arquitectónica fue en la época de los Tudor; dentro es, en su mayor parte, fría y oscura, excepto dos o tres habitaciones favorecidas y el salón de altas ventanas con una galería de roble. La terraza es su rasgo más noble, en realidad se trata de un amplio césped bordeado por un bajo muro de piedra, y hay un gran cedro en una esquina bajo cuyas regulares ramas uno puede mirar hacia la azul distancia del Weald… una azul distancia de una cualidad extraordinariamente italiana en virtud de la oscura masa de ese único árbol. Es una terraza muy alta; hacia el sur la vista desciende por encima de los viburnos y los abetos, y hacia el oeste a una empinada ladera de hayas por

donde discurre la carretera. Uno se vuelve hacia la vieja y tranquila casa y ve una gris y musgosa fachada con una entrada que forma un elegante arco, calentada por el sol de la tarde y salpicada por el color de unas cuantas descuidadas rosas y majuelos. Tuve la impresión de que el propietario más moderno concebible para aquel sereno y espléndido lugar tenía que ser un hombre barbudo e intelectual vestido con una sotana negra, de manos blancas y voz suave, o alguna mujer elegante de discretas ropas y cabello cano. Y ahí estaba mi tío, sujetando sus gafas de conducir con una mano enguantada en piel de foca, limpiando los cristales con un pañuelo, y preguntándole a mi tía si no le parecía que Lady Grove no estaba «nada mal». Mi tía no respondió.

—El hombre que construyó esto —especulé— llevaba armadura y una espada.

—Todavía queda algo de eso dentro —dijo mi tío.

Entramos. Una mujer muy vieja con el pelo muy blanco estaba a cargo del lugar y se inclinó con obvio servilismo ante el nuevo amo. Evidentemente lo consideró una aparición muy extraña y temible, y mostró un recelo absoluto hacia él. Pero si bien el presente que aún sobrevivía se inclinó ante nosotros, el pasado no lo hizo. Nos detuvimos delante de los oscuros y largos retratos de la extinguida raza —uno de ellos era un Holbein—, y contemplamos sus ojos que parecían mirar de soslayo. Nos devolvieron la mirada. Sé que todos captamos la enigmática naturaleza que había en ellos. Creo que incluso mi tío se sintió momentáneamente cohibido por aquellas invencibles y autocomplacientes expresiones. Era como si, después de todo, él no los hubiera comprado y reemplazado, como si, secretamente, estuvieran mejor enterados y pudieran sonreírle…

El espíritu del lugar era parecido al de Bladesover, pero tocado por algo más antiguo y remoto. Aquella armadura que se erguía allí había servido una vez en campos de justas, si no había servido en batalla, y aquella familia había donado su sangre y sus tesoros, una vez tras otra, para la cruzada más romántica de la historia: Palestina. Sueños, lealtades, lugar y honor, todo se había evaporado completamente, dejando al final la última expresión de su espíritu, esas peculiares sonrisas pintadas, esas sonrisas de triunfante consumación. De hecho, se había evaporado mucho antes de que

el último Durgan muriera, y en su vejez había atiborrado el lugar con almohadones victorianos primitivos y alfombras y manteles de tapicería y objetos inútiles de un tipo aún más extinto, nos pareció, que las cruzadas… Sí, era distinto de Bladesover.

—Un tanto sofocante, George —dijo mi tío—. No tenían mucha idea de la ventilación cuando la construyeron.

Una de las habitaciones artesonadas estaba medio llena de trastos, y tenía una cama imperial con cuatro columnas.

—Debe de ser la habitación del fantasma —dijo mi tío; pero no me pareció que una familia tan reservada como los Durgan, una familia tan antigua y terminal y agotada como los Durgan, fuera capaz de perturbar a nadie. ¿Qué persona viva se preocupaba ahora de su honor y de sus juicios y del bien y del mal? Los fantasmas y la brujería eran una reciente innovación, una moda que había venido de Escocia con los Estuardo…

Más tarde, buscando epitafios, encontramos a un cruzado de mármol con la nariz rota, bajo un maltratado dosel de corroída piedra, fuera de los restringidos límites de la iglesia de Duffield, y medio cubierta por las ortigas.

—Sugestivo, ¿eh? —dijo mi tío—. Algún día seremos así también, Susan… Voy a hacerlo limpiar y a rodearlo con una valla para que no se le acerquen los niños.

—El viejo remedio de las once —dijo mi tía, citando uno de los anuncios del Tono-Bungay que menos éxito había tenido.

Pero no creo que mi tío la oyera.

Fue junto a nuestro cruzado recién capturado donde nos encontró el vicario. Apareció doblando una esquina, un poco jadeante, y avanzó hacia nosotros. Tenía el aspecto de haber estado corriendo detrás nuestro desde que el primer sonido de la bocina del coche había alertado al pueblo de nuestra presencia. Era un hombre de Oxford, pulcramente afeitado, con una tez cadavérica y unos modales cuidadosamente respetuosos, una entonación cultivada en la voz y un aspecto general de haberse acomodado al nuevo orden de las cosas. Esos hombres de Oxford son los griegos de nuestro imperio plutocrático. En espíritu era un Conservador, y lo que uno podría llamar un Conservador adaptado a las tensiones de las circunstancias, lo

cual es lo mismo que decir que ya no era un legitimista, estaba preparado para la sustitución de los viejos señores por los nuevos. Sabía que éramos vendedores de píldoras, y sin duda con unas almas horriblemente vulgares; pero también hubiese podido tratarse de algún polígamo rajá indio, lo cual hubiera representado una gran tensión para el tacto de un buen hombre, o algún judío con una heredada expresión de desdén. De todos modos, éramos ingleses, y no éramos ni Inconformistas ni Socialistas, y estaba alegremente preparado para hacer todo lo que fuera necesario para convertirnos en unos caballeros. Tal vez hubiera preferido que fuéramos americanos por algunas razones; no forman de manera tan obvia una parte del sistema social que ha ido a parar a otra, y es más fácil enseñarles; pero en este mundo no siempre podemos elegir. De modo que se mostró muy atento y complaciente con nosotros, nos enseñó la iglesia, chismorreó informativamente acerca de nuestros vecinos de los alrededores, Tux el banquero, lord Boom el propietario de periódicos y revistas, lord Carnaby el gran deportista, y la anciana lady Osprey. Y finalmente nos llevó por un sendero que cruzaba el pueblo —tres niños hicieron compulsivas reverencias a mi tío, con ojos llenos de terror— y a través de un jardín cuidado meticulosamente hasta una enorme y descuidada vicaría con deslucidos muebles victorianos y una deslucida esposa victoriana, que nos sirvió el té y nos presentó a una confusa familia dispersa en un montón de desvencijadas sillas de mimbre en un ángulo de una estropeada pista de tenis.

Aquellas personas me interesaron. Eran gente común, sin duda, pero eran nuevos para mí. Había dos flacos hijos que habían estado jugando un partido de individuales, jóvenes de orejas enrojecidas y bigotes en pleno crecimiento, vestidos con concienzudamente desaliñados tweeds y flojas y desabrochadas chaquetas Norfolk. Había un cierto número de hijas de aspecto mal alimentado, discretas y frugales en sus ropas, la más joven aún con las piernas enfundadas en largos calcetines marrones, y la mayor de las presentes —había, descubrimos, otras dos que estaban fuera en aquellos momentos— exhibiendo una enorme cruz de oro y otros agresivos símbolos eclesiásticos; había dos o tres foxterrier, un perdiguero cruzado y un viejo san bernardo de ojos inyectados en sangre y un aliento horrible. Había también una corneja. Había, además, una ambigua dama silenciosa que mi

tía decidió finalmente que debía de ser una huésped de pago muy sorda. Otras dos o tres personas se habían ocultado a nuestra llegada, dejando tras ellas el té sin terminar. Por entre las sillas había alfombras y almohadones, y dos de estos últimos, observé, estaban cubiertos con la bandera nacional.

El vicario nos presentó superficialmente, y la deslucida esposa victoriana contempló a mi tía con una mezcla de convencional desdén y abyecto respeto, y habló con ella en una lánguida y persistente voz acerca de gente de la vecindad que mi tía evidentemente no podía conocer. Mi tía recibió alegremente aquellas confidencias, con sus azules ojos yendo de un lado para otro, y volviendo una y otra vez a los fruncidos rostros de las hijas y a la cruz sobre el pecho de la mayor. Animada por la actitud de mi tía, la esposa del vicario empezó a mostrarse más amable y condescendiente, y dejó bien claro que podía hacer mucho por tender un puente sobre el abismo social que se abría entre nosotros y la gente que había a nuestro alrededor.

Yo no capté más que retazos de aquella conversación.

—Mrs. Merridew aportó al matrimonio un montón de dinero. Su padre, tengo entendido, se había dedicado al comercio de vinos con España…, pero ella era una auténtica dama. Y después él se cayó del caballo y se partió el cráneo y empezó a pescar y a cultivar la tierra. Estoy segura de que le encantará conocerles. Él es de lo más divertido… La hija sufrió una decepción amorosa y se fue a China como misionera y se vio metida en medio de una masacre…

—Se trajo de vuelta las más hermosas sedas y cosas… ¡No podrá ni creerlo!

—Sí, la devolvieron aquí para que se tranquilizara. Entienda, ellos no comprendían la diferencia y pensaban que cuando estaban masacrando a gente, es porque esa gente había de ser masacrada. No comprendían la diferencia que establece el cristianismo…

—¡Siete obispos han tenido en la familia…!

—Se casó con un papista, y fue como si se hubiera muerto para ellos…

—Fracasó en unos terribles exámenes y tuvo que dedicarse a la milicia…

—De modo que mordió sus piernas tan fuerte como pudo, y él tuvo que soltarla y dejarla que se fuera…

—Tuvieron que extirparle cuatro costillas…

—Atrapó la meningitis, y no duró ni una semana.

—Tuvieron que meterle un largo tubo de plata por su garganta, y si quiere hablar apoya su dedo en él. Creo que esto lo hace tan interesante. Te da la sensación de que es sincero. Un hombre de lo más encantador, en todos los sentidos.

—Los tiene conservados en alcohol, y los guarda en su estudio, aunque por supuesto no se los enseña a todo el mundo.

La silenciosa dama, imperturbada por aquellos al parecer excitantes temas, escrutaba el atuendo de mi tía con una singular intensidad, y se mostró visiblemente emocionada cuando esta se desabrochó la capa y se la quitó. Mientras tanto, los hombres conversaban, una de las hijas más animosas escuchaba atentamente y los más jóvenes permanecían tendidos en la hierba a nuestros pies. Mi tío ofreció puros, pero los dos hijos los rechazaron… por timidez, me pareció, mientras que el vicario lo aceptó por una cuestión de tacto. Cuando no los estaban mirando directamente, los dos jóvenes se dedicaban a darse pequeñas y furtivas patadas.

Bajo la influencia del cigarro de mi tío, la mente del vicario se había remontado más allá de los límites del distrito.

—Este Socialismo —dijo— parece estar actuando con mucho ímpetu.

Mi tío agitó la cabeza.

—Somos demasiado individualistas en este país para ese tipo de tonterías —dictaminó—. Los negocios de todo el mundo son los negocios de nadie. Ahí es donde se equivocan.

—Tienen a una serie de personas inteligentes en sus filas, me han dicho —murmuró el vicario—, escritores y cosas así. Incluso un distinguido dramaturgo, me dijo mi hijo mayor… He olvidado su nombre. ¡Milly, querida! Oh, no está aquí. También tienen pintores. Este Socialismo, me parece, forma parte de la Inquietud de la Época… Pero, como dice usted, el espíritu del pueblo está contra él. En el campo, al menos. La gente de aquí es demasiado independiente, a su limitada manera, y demasiado sensible también…

»Es una gran cosa para Duffield que Lady Grove esté ocupado de nuevo —estaba diciendo cuando mi errante atención volvió de nuevo a él, tras

haber sido atraída momentáneamente por algo que estaba contando su esposa—. La gente siempre ha estado alzando la vista hacia la casa… Y considerándolo todo, el viejo mr. Durgan era en realidad extraordinariamente bueno, extraordinariamente bueno. Espero que pasen ustedes una buena parte de su tiempo aquí.

—Tengo intención de cumplir con mis deberes en la parroquia —dijo mi tío.

—Me alegra sinceramente oírle, sinceramente. Hemos echado en falta… la influencia de la casa. Un pueblo inglés no está completo… La gente se escapa de las manos. La vida se vuelve mustia. La gente joven se marcha a Londres.

Por un momento saboreó delicadamente su puro.

—Esperamos que usted ilumine un poco las cosas —dijo… ¡Pobre hombre!

Mi tío enderezó su puro y se lo sacó de la boca.

—¿Qué es lo que cree que desea este lugar? —preguntó.

No aguardó a una respuesta.

—He estado pensando mientras usted estaba hablando… cosas que se podrían hacer. Cricket (un buen juego inglés), deportes. Construir a los jóvenes un pabellón, quizá. Luego, cada pueblo debería tener un campo de tiro en miniatura.

—Ssssí —dijo el vicario—. Siempre, claro, que no se pasen todo el tiempo disparando…

—Habría que manejarlo bien —dijo mi tío—. Tendría que ser como una especie de cobertizo largo. Pintado de rojo. El color británico. Luego una bandera para la iglesia y otra para la escuela del pueblo. Pintar la escuela también de rojo, quizá. No hay bastante color aquí. Demasiado gris todo. Luego una cucaña.

—Tan pronto como nuestra gente pueda ocuparse de ese tipo de cosas… —empezó el vicario.

—Haré que vuelva de nuevo ese buen viejo espíritu inglés —dijo mi tío —. Fiestas. Chicos y chicas bailando en los prados del pueblo. La fiesta de los segadores. Ferias. Las fogatas de Navidad. Todo eso.

—¿Qué tal quedaría la vieja Sally Glue como Reina de Mayo? —preguntó uno de los hijos en la breve pausa que siguió.

—¿O Annie Glassbound? —dijo el otro, con la enorme y viril risotada de un joven cuya voz adulta recién acaba de brotar.

—Sally Glue tiene ochenta y cinco años —explicó el vicario—, y Annie Glassbound es, bueno, una joven dama de proporciones extremadamente generosas. Y que no funciona muy bien, ya sabe. No funciona muy bien… de aquí. —Se dio unos golpecitos en la frente.

—¡Proporciones generosas! —exclamó el hijo mayor, y reanudó sus carcajadas.

—Entienda —dijo el vicario—, todas las chicas más listas han ido a servir a o cerca de Londres. Aquella vida de excitación las atrae. Y sin duda los salarios más altos también tienen algo que ver. Y la libertad de llevar adornos y galas. Y generalmente… la ausencia de restricciones. De modo que aquí quizá sea un poco difícil encontrar una Reina de Mayo en estos momentos que sea realmente joven y, esto, hermosa… Por supuesto, no puedo pensar en ninguna de mis chicas… ni en nada parecido.

—Las atraeremos de vuelta —dijo mi tío—. Así es como lo veo. Vamos a animar la campiña. La campiña inglesa sigue siendo una preocupación, del mismo modo que la Iglesia Oficial, discúlpeme por decirlo, es una preocupación. Del mismo modo que lo es Oxford… o Cambridge. O cualquier otra de esas antiguas y espléndidas cosas. Sólo se necesita capital fresco, ideas frescas y métodos frescos. Ferrocarriles ligeros, por ejemplo, uso científico del alcantarillado. Cercas de alambre, maquinaria… Todo eso.

Por un momento el rostro del vicario traicionó su decepción. Quizá estuviera pensando en su región caminando entre espinos y madreselvas.

—Pueden hacerse grandes cosas —dijo mi tío—, de una forma moderna, con las mermeladas y los encurtidos caseros…, preparados en el mismo pueblo.

Creo que fue la reverberación de esta última frase en mi mente la que agudizó mi simpatía sentimental mientras caminábamos por entre las calles del pueblo y luego cruzando los bien cuidados campos en nuestro regreso a Londres. Aquella tarde me pareció la más tranquila e idílica colección de

casas amigablemente apiñadas que uno pueda imaginar; algunas aún tenían techo de paja sobre sus blanqueadas paredes, abundaba el majuelo, el alhelí amarillo y el narciso atrompetado, y de tanto en tanto algún huerto se veía blanco de flores arriba y gris de bulbos abajo. Observé una hilera de colmenas de paja, con la forma típica, colmenas del tipo condenado hace mucho como ineficientes por todas las mentes progresistas, y en la media hectárea de pastos del doctor había un grupo o dos de ovejas pastando…, sin duda recibidas como pago de sus servicios. Dos hombres y una vieja mujer hicieron ademanes de abyecto vasallaje, y mi tío respondió con un gesto señorial de su gran guante de motorista…

—Inglaterra está llena de Rincones como este —dijo mi tío, volviéndose en el asiento delantero y mirando hacia atrás con gran satisfacción.

El oscuro destello de sus gafas de conducir se enfocó por unos momentos en las cada vez más lejanas torrecillas de Lady Grove, que apenas se asomaban por encima de los árboles.

—Creo que tendré que comprar un asta de bandera —consideró—. Uno tiene que indicar dónde está su residencia. A los del pueblo les gustará saberlo…

Mi tía había permanecido más silenciosa que de costumbre. De pronto exclamó:

—Él dice: «Trato hecho», y compra este lugar. ¡Y vaya trabajo de ama de casa que echa sobre mis espaldas! Se pasea por todo el pueblo hinchado como un viejo pavo. ¿Y quién tiene que despedir al mayordomo? ¡Yo! ¿Quién tiene que olvidar todo lo que ha aprendido hasta ahora y empezar de nuevo? ¡Yo! ¿Quién tiene que encargarse de la mudanza de Chislehurst y ser una gran dama? ¡Yo! ¡Viejo Engorro…! ¿Cuándo voy a poder instalarme en un lugar y empezar a sentirme en casa?

Mi tío volvió hacia ella sus gafas de conducir.

—¡Ah!, esta vez esto es el hogar, Susan… Nos quedaremos aquí.

7

Me parece ahora que solo hay un paso desde la compra de Lady Grove hasta los inicios de Crest Hill, desde los días en que lo primero era un magnífico logro hasta los días en que era algo demasiado pequeño y lóbrego y completamente inadecuado para ser utilizado por un gran financiero. Para mí fue un período de creciente distanciamiento de nuestros negocios y del gran mundo de Londres. Acudía a él cada vez más de tarde en tarde, y a veces me pasaba trabajando en mi pequeño pabellón encima de Lady Grove durante toda una quincena seguida; incluso cuando acudía a la ciudad lo hacía a menudo solamente para asistir a una reunión de la Sociedad Aeronáutica o alguna sociedad cultural o para consultar literatura o contratar investigadores o alguno de estos asuntos concretos. Para mi tío fue un período de magnífica inflación. Cada vez que me veía con él lo encontraba más confiado, abarcando más, sintiéndose de una forma cada vez más consciente un factor en los grandes negocios. Pronto ya no era un socio de simples hombres de negocios, era lo suficientemente fuerte como para ser objeto de la atención de las grandes potencias económicas.

Fui acostumbrándome a descubrir alguna noticia sobre él en el periódico de la tarde o a ver una imagen suya a página entera en alguna de las revistas de seis peniques. Normalmente la noticia se refería a algún espléndido acto, alguna espectacular compraventa o algún rumor fresco de reconstrucción. Salvó, recordarán ustedes, el Parbury Reynolds para el país. O a veces se trataba de una entrevista o de la contribución de mi tío a algún simposio sobre «El secreto del éxito» o algún tema semejante. O maravillosos relatos sobre su capacidad de trabajo, su maravillosa organización para hacer que las cosas funcionaran, o sus decisiones instantáneas y su notable habilidad para juzgar a las personas. Entonces repetía su gran lema: «Ocho horas al día de trabajo… ¡Necesito ochenta!».

Se volvió modesta pero decididamente «público». Su caricatura salió en *Vanity Fair*. Un año, mi tía, luciendo realmente como una dama muy graciosa y esbelta, posó frente al retrato del rey en el gran salón de Burlington House, y al año siguiente un medallón de mi tío pintado por Ewart, mirando por encima del mundo, orgulloso e imperial, aunque de cierta prominencia convexa, fue colgado en las paredes de la New Gallery.

Compartí solo intermitentemente sus experiencias sociales. La gente sabía de mí, eso es cierto, y muchas personas buscaban conseguir a través de mí un ataque de flanco a mi tío, y había una leyenda, originada en parte, de una forma muy poco razonable, por mi creciente reputación científica, y en parte por un elemento de reserva en mis actitudes, de que yo jugaba un papel mucho más importante en la planificación de sus operaciones de lo que era realmente el caso. Esto condujo a una o dos cenas privadas muy íntimas, a mi inclusión en una o dos fiestas, y a varias sorprendentes propuestas de presentaciones y servicios que en su mayor parte no acepté. Entre otras personas que me buscaron de esta forma estaba Archie Garvell, ahora un listo e indigente soldado sin ninguna distinción en particular, que había estado de lo más preparado, creo, para desarrollar todos los instintos deportivos que yo poseía, y que era totalmente inconsciente de nuestro anterior contacto. Siempre estaba ofreciéndome grandes cosas, sin duda con un espíritu de previsor intercambio por alguna otra cosa realmente buena de nuestro método más científico y seguro de conseguir algo por nada…

Pese a mis preocupaciones con mi trabajo experimental, vi, me doy cuenta ahora que reviso mis impresiones, una gran cantidad del gran mundo durante esos años llenos de acontecimientos; tuve una visión cercana de la maquinaria que mueve a nuestro sorprendente Imperio, me codeé e intercambié experiencias con obispos y hombres de Estado, mujeres políticas y mujeres que no eran políticas, médicos y soldados, artistas y autores, los directores de grandes periódicos, filántropos y todo tipo de gente eminente y significativa. Vi a los hombres de Estado sin sus oropeles y a los obispos sin nada más que un poco de seda púrpura sobre sus ropas canónicas, inhalando no incienso sino humo de cigarro. Pude contemplarles mucho mejor debido a que en su mayor parte no me estaban mirando a mí sino a mi tío, y calculando consciente o inconscientemente cómo podían

utilizarlo y encajarlo en su sistema, la más impremeditada, sutil, coronada por el éxito y carente de objetivos plutocracia que jamás haya impedido los destinos de la Humanidad. Ninguno de ellos, por todo lo que pude ver, hasta que el desastre lo abrumó, captó sus mentiras, la casi desnuda deshonestidad de sus métodos, la desordenada marcha de sus negocios, todo ello causado por sus espasmódicas operaciones. Puedo verlos ahora junto a él, puedo verlos educados, atentos, mudables; su rígida y compacta figurilla era siempre el centro de la atención, su recio pelo, su breve nariz, su labio inferior, con una eléctrica confianza en sí mismo. Vagando marginalmente entre aquellas distinguidas asambleas de personas, podía captar los susurros:

—¡Es mr. Ponderevo!

—¿Ese hombrecillo?

—Sí, el tipo ese pequeñito con gafas.

—Dicen que ha conseguido…

O podía verle desde algún parterre sobre una tribuna al lado del llamativo sombrero de mi tía, entre títulos y trajes elegantes, «cumpliendo con su papel», como solía decir, colaborando con grandes cantidades a obvias caridades, incluso a veces lanzando breves y convulsivos discursos sobre alguna buena causa ante las audiencias más exaltadas. «Señor Presidente, Su Alteza Real, Milords, Damas y Caballeros», empezaba entre los amainantes aplausos y, ajustándose aquellas obstinadas gafas mientras echaba hacia atrás los faldones de su levita y descansaba sus manos sobre los muslos, lanzaba su discurso con algún ocasional Zzzz de tanto en tanto. Sus manos se agitaban a su alrededor mientras hablaba, se aseguraba sus gafas, rebuscaba algo inexistente en los bolsillos de su chaleco; de tanto en tanto se empinaba ligeramente sobre las puntas de los pies mientras desenrollaba a trompicones una frase, como si fuera el muelle de un reloj, y volvía a caer sobre sus talones al final. Eran exactamente los mismos gestos de nuestro primer encuentro, cuando permaneció de pie ante la vacía chimenea en aquel minúsculo saloncito tapizado y habló de mi futuro con mi madre.

En aquellas desmesuradamente largas y cálidas tardes en la pequeña tienda en Wimblehurst había hablado y soñado con la Aventura Romántica

del Comercio Moderno. Allí estaba desde luego de lleno en su aventura romántica hecha realidad.

8

La gente dice que mi tío perdió la cabeza en la cresta de su fortuna, pero si he de decir la verdad acerca de un hombre al que en cierto modo he querido, nunca tuvo demasiada cabeza que perder. Siempre fue imaginativo, errático, inconsistente, imprudentemente inexacto, y esa inundación de riqueza simplemente dio amplitud a esas cualidades. Es cierto por supuesto que hacia el clímax se volvió a veces intensamente irritable e impaciente y contradictorio, pero pienso que eso era más bien el royente desasosiego de la cordura antes que un trastorno mental. Pero me resulta difícil juzgarlo o hacer ver todo el desarrollo de su proceso al lector. También vi demasiado respecto a él; mi memoria se ve ahogada por desordenados aspectos y estados de ánimo. Tan pronto está distendido por la megalomanía, como deprimido, como pendenciero, como impenetrablemente satisfecho consigo mismo, pero siempre es brusco, repentino, fragmentario, enérgico y —de algún modo sutil y fundamental que encuentro difícil definir— absurdo.

Aparece en mis recuerdos de una forma preeminente —quizá debido a la tranquila belleza del lugar donde se produjo— una charla que tuvimos en el mirador del pequeño pabellón cercano a mi lugar de trabajo detrás de Crest Hill, donde se guardaban mis aeroplanos y globos dirigibles. Fue una más de muchas conversaciones similares, y no sé por qué esta en particular debería sobrevivir al resto. Pero así es. Había venido a verme, tras el café, para consultarme acerca de un cierto cáliz que en un momento de esplendor y bajo la inoportunidad de una condesa había decidido regalar a una meritoria iglesia del East End. En un momento de aún más grande generosidad había sugerido a Ewart como un posible artista. Ewart había producido inmediatamente un admirable diseño para el sagrado vaso, rodeándolo con una especie de corona de Millies con brazos y alas abiertos, y había cobrado cincuenta libras a cuenta del trabajo completo. Tras lo cual

se habían sucedido una serie de irritantes retrasos. El cáliz se fue convirtiendo cada vez menos en el cáliz de un hombre de negocios y fue adquiriendo cada vez más la elusiva cualidad del Sagrado Grial, y finalmente hasta el boceto quedó como una cosa lejana.

Mi tío empezó a intranquilizarse.

—¿Sabes, George?, ¡están empezando a querer esa maldita cosa!

—¿Qué maldita cosa?

—¡Ese cáliz, maldita sea! Están empezando a hacer preguntas. Esto no es Negocio, George.

—No, es Arte —protesté—. Y Religión.

—Todo eso está muy bien. Pero no es buena publicidad para nosotros, George, hacer una promesa y no entregar lo prometido… He tenido que descartar a tu amigo Ewart por mal cumplidor, lo cual ha demostrado ser, y acudir a una firma decente.

Estábamos sentados fuera, en unas hamacas, en el mirador del pabellón, fumando y bebiendo whisky, y decidimos acerca del cáliz, y meditamos sobre ello. Su irritación temporal pasó. Era una noche de verano absolutamente espléndida, tras un día luminoso e indolente. La luna llena hacía destacar débilmente la silueta de las lejanas colinas, una cresta tras otra; muy lejos estaban las parpadeantes luces de Leatherhead, y delante de nosotros la pequeña explanada desde la cual acostumbraba a lanzar mis planeadores resplandecía como acero mojado. La época debía de ser a mediados de junio, porque recuerdo que en los bosques que ocultaban las luces de las ventanas de Lady Grove los ruiseñores trinaban y revoloteaban…

—Hemos llegado hasta aquí, George —dijo mi tío, poniendo fin a una larga pausa—. ¿No te lo dije?

—¿Me dijo… cuándo? —pregunté.

—En aquel agujero en Tottenham Court Road, ¿eh? Ha sido un buen vuelo… ¡Y aquí estamos!

Asentí.

—Recuerdo haberte hablado… ¿del Tono-Bungay? Bien… ¡Precisamente aquella tarde pensé por primera vez en él!

—Me he preguntado a veces… —admití.

—Es un gran mundo, George, este que tenemos hoy, con todas las posibilidades que le corresponden por derecho a cualquiera que sepa agarrar bien las cosas. La carrera *ouverte* a la Cima…, ¿eh? Tono-Bungay. ¡Piensa en ello! Es un gran mundo y un mundo en constante expansión, y me siento feliz de que estemos en él… y sacándole provecho. Nos estamos convirtiendo en gente importante, George. Las cosas vienen a nosotros, ¿eh? Esa cosa de Palestina…

Meditó durante un tiempo, y Zzzzeó suavemente. Luego se envaró.

Su atención fue cautivada por un grillo en la hierba, hasta que se sintió dispuesto a continuar. El grillo pareció llegar a la conclusión de que, en su esquema de las cosas, él también podía proseguir, y lo hizo: «Chirrrrrup, chirrrrrup…».

—¡Dios, qué lugar era aquel, en Wimblehurst! —estalló—. Si alguna vez tengo tiempo, me acercaré en automóvil allí, George, y pasaré por encima de ese perro que siempre está durmiendo en medio de la High Street. Siempre había un perro durmiendo allí, siempre. Siempre. Me gustaría ver de nuevo la vieja tienda. Apostaría a que el viejo Ruck sigue aún tras el mostrador atendiendo a los papanatas que entran por la puerta, sonriendo con todos sus dientes, y Marbel, ¡el estúpido pordiosero!, debe de salir con su delantal blanco puesto y un lápiz en la oreja, intentando parecer que está despierto… Me pregunto si me reconocerían. Me gustaría que supieran de alguna forma que soy yo.

—Han tenido a la Compañía Internacional del Té y a todo tipo de gente metiéndose por ahí —dije—. Y ese perro que estaba en medio de la calle hace seis años: no podría dormir ahora, pobre animal, con todas las bocinas, tendría los nervios destrozados.

—Sí, los coches están por todas partes —admitió mi tío—. Espero que tengas razón… Ha sido una gran época desde que nos fuimos de allí, George. Ha sido una gran Época Imperial Progresiva de Esplendor. Este asunto de Palestina…, es algo atrevido… Es… es un Progreso, George. Y tenemos que meter nuestras manos en él. Aquí estamos, sentados… con nuestras manos metidas en él, George. Metidas.

»Parece todo muy tranquilo esta noche. Pero si pudiéramos ver y oír…

Hizo un amplio gesto con su puro hacia Leatherhead y Londres.

—Ahí están, George, millones. Piensa en lo que han estado haciendo hoy, esos diez millones, cada uno realizando su trabajo particular. No puedes aprehenderlo. Es como dice el viejo Whitman… ¿Qué es lo que dice? Bien, de todos modos, es como lo que dice el viejo Whitman. ¡Un tipo estupendo, ese Whitman! ¡Un tipo realmente estupendo! ¡Es extraño que no se lo pueda citar! Y esos millones… no son nada. Hay muchos más millones al otro lado del mar, centenares de millones de chinos, marroquíes, africanos en general, americanos… Bien, aquí estamos nosotros, con poder, con comodidades, entre los elegidos, porque hemos sido enérgicos, porque hemos atrapado las oportunidades, porque hemos estado haciendo que las cosas zumbaran mientras el resto de la gente esperaba a que empezaran a zumbar. ¿Entiendes? Aquí estamos… con nuestras manos metidas en ello. Gente importante. Gente importante haciéndose cada vez más importante. En un cierto sentido… Fuerzas.

Hizo una pausa.

—Es maravilloso, George —dijo.

—La energía anglosajona —murmuré quedamente a la noche.

—Eso es, George: la energía. Es poner las cosas al alcance de nuestra mano… Hilos, cables, tendiéndose más y más, George, desde esta pequeña oficina nuestra, hasta el África Occidental, hasta Egipto, hacia el este, hacia el oeste, hacia el norte y hacia el sur. Recorriendo prácticamente todo el mundo. Yendo cada vez más rápidos. ¡Una idea maravillosa! Supón que la adoptamos, supón que nos metemos en ella, nosotros y los demás, y llevamos esos cauces de agua desde el Mediterráneo hasta el valle del mar Muerto… ¡Piensa en las diferencias que producirá! Todo el desierto floreciendo como una rosa, Jericó perdida para siempre, todos los Santos Lugares cubiertos por el agua… Será algo muy parecido a destruir el cristianismo…

Rumió durante un rato.

—Abrir canales —murmuró—. Hacer túneles… Nuevas regiones… Nuevos centros… Zzzz… Finanzas… No solo Palestina.

»Me pregunto dónde llegaremos una vez hayamos conseguido esto, George. Tenemos un montón de grandes cosas en marcha. Hemos estado invirtiendo el dinero del público firme y seguro. No sé por qué al final no

debamos ser realmente grandes. Hay dificultades, pero yo soy igual que ellos. Nuestros huesos aún son un poco blandos, pero se endurecerán sin remedio… Supongo que, después de todo, valgo algo así como un millón, George, una vez todo en orden y liquidado. Y si sigo haciendo cosas… Es una gran época, George, ¡una maravillosa época!

Contemplé su convexidad a la luz del atardecer, y debo confesar que me sorprendió que en su conjunto no pareciera nada extraordinario.

—Tenemos las manos metidas en las cosas, George, somos gente importante. George: dirige el espectáculo… Aplasta el viejo orden como esa rueda de molino de Kipling. (Excelentes cosas las que escribió ese hombre, George; he estado leyéndolo de nuevo. Él me hizo comprar Lady Grove). Bien, tenemos el control del país, George. Es nuestro. Conviértelo en una empresa científica… Organizada… Comercial. Pon ideas en él. Electrifícalo. Dirige la prensa. Dirige todo tipo de progresos. Todo tipo de progresos. He hablado con lord Boom. He estado hablando con todo tipo de gente. Grandes cosas. Avances. El mundo enfocado como un negocio. Eso es solo el principio…

Se sumió en una profunda meditación.

Zzzzeó por un tiempo, y luego se interrumpió.

—Sí —dijo al fin, con el tono de un hombre que emerge finalmente con la solución a los más profundos problemas.

—¿Qué? —pregunté, tras una decorosa pausa.

Mi tío despidió fuego por unos instantes, y tuve la impresión de que el destino de las naciones temblaba en la balanza. Luego habló como alguien que habla desde lo más profundo de su corazón…, y creo que era desde lo más profundo de su corazón.

—Tengo ganas de dejarme caer en las dependencias de Eastry, dejarme caer cuando todos aquellos miserables estén sentados en el salón para jugar al *whist*, Ruck y Marbel y todos los demás, y dedicarles diez minutos de lo que pienso, George. Soltárselo directamente a la cara. Decirles exactamente lo que pienso de ellos. Es una tontería, pero me gustaría hacerlo… antes de morir.

Guardó silencio durante un cierto rato… Zzzzeando.

Luego cambió a otro tema con un tono de despreocupada crítica.

—Tomemos a Boom —reflexionó.

Otra pausa.

—Es un maravilloso sistema, George, este viejo sistema británico. Es juicioso y estable, y sin embargo tiene un lugar para los nuevos hombres. Venimos y ocupamos nuestros lugares. Es algo casi esperado. Tomamos las riendas. En eso difiere nuestra democracia de la americana. Allí un hombre tiene éxito; todo lo que consigue es dinero. Aquí hay un sistema, abierto a todo el mundo, prácticamente… Tipos como Boom… vienen de la nada.

Su voz se interrumpió. Reflexionó sobre el espíritu de sus palabras. De pronto di una patada al aire, me volví de lado y me senté erguido en mi hamaca, con los pies apoyados en el suelo.

—¡Usted no pretenderá eso! —dije.

—¿Pretender qué, George?

—Suscribir fondos para el partido. Ventajas recíprocas. ¿A eso hemos llegado?

—¿Adónde quieres ir a parar, George?

—Usted lo sabe muy bien. ¡Nunca lo harán!

—¿Harán qué? —dijo débilmente; y luego—: ¿Por qué no deberían hacerlo?

—Ni siquiera le concederán un rango de baronet. ¡No! Y sin embargo, por supuesto, está Boom. Y Collingshead… y Gorver. ¡Fabrican cerveza, fabrican cosas sin importancia! Y después de todo, el Tono-Bungay… ¡no es como un vulgar agente comisionista ni nada parecido! Claro que ha habido algunos agentes comisionistas que eran verdaderos caballeros. ¡No es como un estúpido científico que no puede hacer dinero!

Mi tío gruñó; habíamos diferido anteriormente en nuestros puntos de vista respecto a eso.

Un humor perverso se apoderó de mí.

—¿Qué título le darían? —especulé—. Al vicario le gustaría Duffield. Pero eso es atarse demasiado al pueblo. Es algo difícil elegir un título. —Recorrí mentalmente varias posibilidades—. ¿Por qué no acogerse a lo que decía un folleto socialista que leí ayer? Los tipos dicen que estamos desarraigándonos de nuestros lugares de origen. Una hermosa palabra… desarraigados. ¿Por qué no ser el primer par desarraigado? Eso nos lleva…

al Tono-Bungay. Existe un Bungay, ¿sabe? Lord Tono de Bungay… en botellas, por todas partes. ¿Eh?

Mi tío me sorprendió perdiendo la calma.

—¡Maldita sea, George, no parece que me estés tomando en serio! ¡Siempre estás burlándote del Tono-Bungay! Como si fuera alguna especie de timo. Fue un negocio perfectamente legítimo, perfectamente legítimo. Un buen artículo que se vendió muy bien… Cuando vengo aquí y te cuento mis planes e intercambiamos ideas, siempre te burlas de mí. Lo haces. No te das cuenta… Se trata de algo grande. Algo grande. Tienes que acostumbrarte a las nuevas circunstancias. Tienes que enfrentarte a lo que se abre delante de nosotros. Deja a un lado ese tono…

9

Mi tío no fue engullido completamente por los negocios y la ambición. Se mantuvo en contacto con el pensamiento moderno. Por ejemplo, sé que se sentía enormemente atraído por lo que él llamaba «esa idea del Superhombre, Nietzsche…, todo eso».

Mezclaba esas reconfortantes sugerencias de un poderoso y excepcional ser humano emancipado de las mezquinas limitaciones de la integridad con la leyenda napoleónica. Esto daba a su imaginación un considerable desfogue. ¡Esa leyenda napoleónica! El auténtico daño de la inmensamente desastrosa y accidental carrera de Napoleón empezó en realidad cuando él estuvo muerto y las mentes románticas quedaron en libertad para elaborar su carácter. Creo que la caída de mi tío hubiera sido mucho menos espectacular si no hubiese habido una leyenda napoleónica para guiarle por caminos equivocados. Él era en muchos sentidos mejor e infinitivamente más afectuoso que su carrera. Pero cuando dudaba entre una conducta decente y una ventaja de base, ese culto le influía cada vez más y más; «piensa en Napoleón; piensa en lo que hubiera hecho el inflexible y voluntarioso Napoleón con tus escrúpulos»; esa era la regla, y el final, invariablemente, un nuevo paso hacia el deshonor.

Mi tío era en cierta medida un coleccionista poco sistemático de reliquias de Napoleón; la mayor, la que compró más fácilmente, un libro acerca de su héroe; compró también cartas y condecoraciones y armas que solo de forma muy remota pudieron haber estado en contacto con el Hombre Predestinado, e incluso consiguió en Génova, aunque nunca lo trajo a casa, un viejo carruaje en el cual pudo haber ido una vez Bonaparte; cubrió las tranquilas paredes de Lady Grove con grabados y figuras suyas, prefiriendo, observaba mi tía, los retratos más convexos con uniformes blancos y las estatuas con las manos a la espalda que echaban la figura

hacia delante. Los Durgan le contemplaban en medio de todo aquello, sardónicos.

Y permanecía a veces, tras el desayuno, a la luz de la ventana de Lady Grove, con dos dedos de una mano metidos entre los botones de su chaleco y la barbilla hundida, pensando; el hombrecillo más gordo y ridículo de todo el mundo. Hacía que mi tía exclamara:

—Como un viejo Mariscal de Campo… ¡Ponle un tricornio, George!

Quizá aquella inclinación napoleónica le hiciera fumar menos puros de los que de otro modo hubiera fumado, pero no puedo estar seguro de ello, y de todos modos vejó considerablemente a mi tía después de que leyera *Napoleón y el bello sexo*, porque durante un tiempo aquello lo llevó a un aspecto secundario de la vida que en sus preocupaciones comerciales había olvidado hacía mucho. La sugestión juega un papel muy importante en estos asuntos. ¡Mi tío aprovechó la segunda oportunidad y tuvo una «aventura»!

No fue una aventura muy apasionada, y sus exactos particulares nunca llegaron por supuesto hasta mí. Si sé algo al respecto es por pura casualidad. Una tarde me sorprendió tropezarme con mi tío en medio de un grupo de gente intelectual y bohemia en una reunión en el piso de Robbert, el R. A. que pintó a mi tía, y descubrirle un poco apartado de los demás, en un rincón, hablando o mejor escuchando los susurros de una mujer menuda más bien rellena y rubia, vestida de azul pálido, una tal Helen Scrymgeour que escribía novelas y estaba organizando una revista semanal. Yo me hallaba al lado de una voluminosa dama que estaba diciendo algo referente a ellos, pero no necesité oír lo que hablaba para darme cuenta de la relación que los unía. Fue como si hubiera visto un llamativo anuncio en una cartelera. Me sorprendió que los reunidos no se dieran cuenta de ello. Quizá sí se dieran cuenta. Ella llevaba una elegantísima gargantilla de diamantes, demasiado elegante para el mundo del periodismo, y lo estaba mirando a él con ese aire de cuestionable propiedad, de dominante intimidad, que parece algo inseparable a ese tipo de aventuras. Es algo mucho más palpable que el matrimonio. Si se necesitaba algo para confirmar mi convicción, ahí estaban los ojos de mi tío cuando finalmente se dio cuenta de mi presencia, un cierto embarazo unido a un cierto orgullo y desafío. Y al día siguiente

aprovechó la primera oportunidad para alabarme concisamente la inteligencia de aquella mujer, antes de que yo tuviera la oportunidad —cosa que no pensaba hacer— de sacar a colación el asunto.

Tras lo cual oí algunos rumores… de boca de un amigo de la dama. Resultaba de lo más curioso no hacer nada excepto escuchar. Nunca en toda mi vida había imaginado a mi tío en una actitud amorosa. Al parecer ella le llamaba su «Dios en el carro», según el héroe de una novela de Anthony Hope. Resultaba esencial para sus relaciones que él tuviera que ir incansablemente allá donde le llamaban sus negocios, y por lo general arreglaba las cosas de modo que le llamaran con frecuencia. Para él las mujeres eran un incidente, eso había quedado muy claro entre ellos; la ambición era su pasión dominante. Lo que lo atraía era el gran mundo y el noble apetito del Poder. Nunca he sido capaz de descubrir hasta qué punto fue honesta mrs. Scrymgeour en todo aquello, pero es muy posible que el inmenso atractivo de su largueza financiera prevaleciera en ella, y que no experimentara en sus encuentros unos sentimientos exclusivamente románticos. Tuvieron que producirse entre ellos algunos momentos extraordinarios…

Me sentí lleno de inquietud y preocupación por mi tía cuando me di cuenta de lo que se estaba avecinando. Pensé que aquello iba a ser una terrible humillación para ella. La imaginé manteniendo unas valerosas apariencias ante la pérdida del afecto de mi tío mientras su corazón se partía, pero ahí simplemente la subestimé. Ella no supo nada del asunto durante un cierto tiempo, y cuando lo supo se mostró en extremo irritada y enérgica. La situación sentimental no la turbó ni por un momento. Decidió que mi tío «deseaba un vigorizante». Se adornó con un nuevo e inesperadamente llamativo sombrero, fue al Hardingham y lo abrumó con una inconcebible y severa reprimenda, y luego acudió a mí y «estalló» en reproches contra mí por no haberle dicho lo que ocurría…

Intenté hacerle comprender todas las consideraciones y convencionalismos que intervenían en aquel asunto, pero la originalidad de los puntos de vista de mi tía nunca fueron tan invencibles como en aquel momento.

—Los hombres no van contando los asuntos amorosos de otros hombres —protesté, entre otras disculpas parecidas.

—¡Mujeres y hombres! —estalló en airada indignación—. ¡No se trata de mujeres y hombres… Se trata de él y de mí, George! ¿Por qué no hablas con un poco de sentido común? Las viejas pasiones están muy bien, George, en cierto modo, y yo soy la última persona en ser celosa. Pero esto es una vieja tontería… No voy a dejar que se muestre como la estúpida y vieja langosta que es ante ninguna otra mujer… Voy a marcar hasta la última prenda de su ropa interior con letras rojas: «Ponderevo: propiedad privada». Hasta la última prenda…

»¡Hacer el amor, por supuesto… con braguero… a estas alturas de su vida!

No puedo imaginar lo que pasó entre ella y mi tío. Pero no tengo la menor duda de que por una vez sus acostumbradas bromas fueron dejadas de lado. No sé lo que hablaron, pues aunque los conocía muy bien nunca me entrometí en sus asuntos íntimos. Sea como sea, fue con un inquieto y preocupado «Dios en el carro» con quien tuve que tratar durante los siguientes días, Zzzzeando mucho más que de costumbre y haciendo gestos ligeramente impacientes que no tenían nada que ver con la conversación que mantenía. Y era evidente que estaba encontrando en todas direcciones cosas más difíciles de explicar que de costumbre.

Todos los momentos íntimos de este asunto quedaron ocultos para mí, pero al final mi tía triunfó. No hizo falta mucho para suponer que no arremetió contra mrs. Scrymgeour, y no hizo del asunto una gran novela de mujer trastornada y dolida y afligida por el adulterio. Mi tía no era de esa clase, ni siquiera remotamente. De modo que es dudoso que la dama en cuestión llegara a conocer las auténticas causas de su abandono. El héroe napoleónico no tenía prácticamente ningún compromiso, y echó a un lado a su dama del mismo modo que Napoleón echó a un lado a Josefina, en aras de una mayor alianza.

Fue un triunfo para mi tía, pero pagó su precio. Durante algún tiempo se hizo evidente que las cosas estaban tensas entre ellos. Él había abandonado a su dama, pero lamentaba haber tenido que hacerlo, profundamente. Ella había achacado a la imaginación de él mucho más de lo que uno podía

haber imaginado. Durante largo tiempo las cosas no fueron «redondas» en lo que a él se refiere. Se mostraba susceptible e impaciente y reservado hacia mi tía, y ella, observé, tras uno o dos sorprendentes intentos, abandonó aquel fluir de cariñosas invectivas que habían salido durante tanto tiempo de su boca y que habían dado un gran frescor a sus vidas. Ambos acusaron ese cese, ambos se volvieron más infelices. Ella se dedicó más que nunca a Lady Grove y a las tareas y complicaciones de su dirección. Los sirvientes dejaron —como dirían luego— que ella se convirtiera en las Tres Susanas durante aquel período: cochera, jardinera y guardabosques de Up Hill. Compró una biblioteca entera de antiguos libros que encajaban con el lugar. Revivió la bodega, y se convirtió en una gran artista en jaleas y en vinos añejos.

10

Y mientras yo descuidaba el desarrollo de las finanzas de mi tío —y las mías propias, con mi trabajo científico y mi absorbente conflicto con las dificultades de volar—, sus esquemas fueron haciéndose cada vez más amplios y arriesgados, y sus gastos más locos y sin control. Creo que una mortificante sensación de la creciente inexactitud de su posición tiene mucho que ver con su creciente irritabilidad y su creciente reserva con mi tía y conmigo durante esos años de coronamiento. Temía, creo, tener que explicar, temía que nuestras bromas pudieran penetrar inadvertidamente hasta la verdad. Incluso en la intimidad de su mente no quería hacer frente a la verdad. Iba acumulando irrealizables seguridades en sus cajas fuertes, hasta que formaron una avalancha potencial sobre el mundo económico. Pero su ansia compradora se convirtió en una fiebre, y su inquieto deseo de mantenerse en la línea que se había trazado de un progreso triunfal hacia una ilimitada riqueza lo roía más y más profundamente. Un rasgo curioso de esta época con él es su compra, una y otra vez, de cosas similares. Sus ideas parecían funcionar en serie. En el término de doce meses compró cinco automóviles nuevos, cada uno de ellos más rápido y potente que su predecesor, y tan solo la repetida e inmediata renuncia de su principal chófer a cada momento de peligro le impedía conducir él mismo. Los usaba cada vez más. Desarrolló una pasión invencible hacia la locomoción.

Luego empezó a irritarse contra Lady Grove, molesto por una broma que había oído por casualidad en una cena.

—Esta casa, George —dijo—, no sirve. No hay espacio en ella; se ahoga en viejos recuerdos… ¡Y no puedo soportar a todos esos malditos Durgan!

»Ese tipo en el rincón, George. ¡No! ¡El otro rincón! Ese hombre con una chaqueta color cereza. ¡Me observa! ¡Mira estúpidamente cómo hundo

mi tenedor en este pollo!

—Parece como si así fuera —reflexioné, tras observar unos instantes—. Como si le divirtiera.

Volvió a colocarse las gafas, que se le habían caído con la emoción, y miró fijamente a sus antagonistas.

—¿Qué es lo que son? ¿Qué son todos ellos? ¡Están completamente muertos! Nunca salieron del barro. Ni siquiera se alzaron durante la Reforma. ¡La vieja y pasada de moda Reforma! ¡Hay que avanzar con el tiempo! Ellos avanzaban contra el tiempo… Una Familia de Fracasados, eso es lo que son… ¡Nunca lo intentaron siquiera!

»Son unos fracasados, George, exactamente lo que yo no soy. Exactamente. Esto no nos conviene…, todo este vivir en el Pasado.

»Y también quiero un lugar más grande, George. Quiero aire y luz solar y espacio para moverme y más servicio. ¡Una casa donde yo pueda ver moverse las cosas! Zzzz. Esto es discordante, inadecuado, aunque dispusiéramos de teléfono… No hay nada, nada excepto la terraza, que no vale un pimiento. Todo es oscuro y viejo y seco y lleno de cosas antiguas, ideas mohosas… más adecuado para un pez de colores que para un hombre moderno… No sé qué hago aquí.

Estalló con otra queja:

—Y ese maldito vicario —se lamentó—. ¡Piensa que debo considerarme afortunado por haber conseguido este lugar! Cada vez que me encuentro con él puedo verle pensarlo… ¡Uno de esos días, George, le mostraré lo que es una casa moderna!

Y lo hizo.

Recuerdo el día que anunció, como dicen los americanos, Crest Hill. Había venido a ver mi nueva instalación de gas, pues por aquel entonces yo había empezado a experimentar con globos auxiliares plegables, y durante todo el tiempo el brillo de sus gafas no dejó de dirigirse hacia la ladera que había más allá.

—Volvamos a Lady Grove por encima de la colina —dijo—. Hay algo que quiero que veas. ¡Algo magnífico!

Era un lugar vacío y soleado aquella tarde de verano, con el cielo y la tierra calentados por el poniente sol, y una o dos gaviotas acentuando la

pacífica quietud que remata un largo y claro día. Era una hermosa paz, que iba a verse rota para siempre. Y allí estaba mi tío, el moderno hombre poderoso, con su chistera gris y su traje gris y sus gafas con el cordoncillo negro, piernicorto, barrigudo, señalando y gesticulando, amenazando toda aquella calma.

Empezó con un amplio gesto de su brazo.

—Este es el lugar, George —dijo—. ¿Lo ves?

—¿Eh? —exclamé, porque había estado pensando en cosas remotas.

—Lo tengo —dijo.

—¿Tiene qué?

—¡El lugar para una casa, una casa del siglo XX! ¡Este es el lugar para ella!

Una de sus frases características brotó de él.

—¡Directamente hacia los vientos del cielo, George! —dijo—. ¿Eh? ¡Directamente hacia los vientos del cielo!

—Ciertamente, aquí arriba hace viento —afirmé.

—Será una casa gigantesca, George… para que encaje con estas colinas.

—Tiene que serlo mucho —dije.

—Grandes galerías y cosas, yendo por aquí, y por aquí… ¿Ves? ¡He estado pensando en ello, George! Buscando por todas partes, a lo largo de campos y bosques. Dando la espalda a Lady Grove.

—Y con el sol de la mañana en los ojos.

—Como un águila, George… ¡Como un águila!

Y así me contó lo que rápidamente se convertiría en la ocupación principal de sus años culminantes, Crest Hill. Pero todo el mundo ha oído hablar de ese extravagante lugar que creció y cambió sus planos a medida que crecía, y burbujeaba como un caracol al que se le echa sal, y crecía, y se hacía más y más grande, y seguía creciendo. Desconozco qué delirio de pináculos y terrazas y arcadas y corredores rutilaron finalmente sobre las altiplanicies de su mente; el lugar, y toda su expansión, terminó bruscamente con nuestro hundimiento, pero es lo suficientemente maravilloso tal como está ahora: un vacío e instintivo edificio de una mente infantil. Su arquitecto en jefe era un joven llamado Westminster, cuyo trabajo ha sido expuesto en la sala de arquitectura de la Real Academia

debido a su grandioso atrevimiento, aunque se le asociaron de tanto en tanto un cierto número de colegas profesionales, maestros de obras, ingenieros sanitarios, pintores, escultores, delineantes, metalistas, tallistas, diseñadores de muebles, especialistas en cerámica, jardineros proyectistas, y el hombre que diseña la disposición y ventilación de los nuevos alojamientos en los Jardines Zoológicos de Londres. Además, él tenía sus propias ideas. Todo aquello ocupaba su mente a todas horas, pero lo absorbía por completo desde el viernes por la noche hasta el lunes por la mañana. Regresaba a Lady Grove el viernes por la noche en un atestado automóvil que parecía vomitar arquitectos. Sin embargo, no se limitaba a los arquitectos; cualquiera era susceptible de recibir una invitación a pasar el fin de semana y ver Crest Hill, y más de un ansioso promotor, sin saber la forma tan napoleónica y completa en que mi tío había compartimentado su mente, intentaba llegar hasta él con tejas y ventiladores y nuevos dispositivos eléctricos. Los domingos por la mañana, siempre, a menos que hiciera muy mal tiempo, y tan pronto como había terminado con su desayuno y sus secretarias, visitaba el lugar con un considerable séquito, y alteraba y desarrollaba planos, haciendo modificaciones. Zzzzeando, dando verbalmente grandes cantidades de nuevas órdenes… de una forma totalmente insatisfactoria, como Westminster y los contratistas descubrían más tarde.

Así está presente en mi memoria, el símbolo de su era para mí, el hombre de la fortuna y la publicidad, el dueño del mundo más popular. Allí se yergue, sobre la enorme extensión de la terraza ante la majestuosa entrada principal, una figura pequeña, ridículamente desproporcionada ante aquel arco de doce metros, con la pared de granito tras él… y la esfera astronómica, de latón cobreado, que representaba el mundo, con un pequeño tubo ajustable de lentes sobre un brazo de bronce enfocado al sol sobre el punto exacto de la tierra donde brilla verticalmente. Allí se yergue, reunido napoleónicamente con su séquito, hombres con trajes de tweed y de golf, un abogado bajito, cuyo nombre he olvidado, con unos pantalones grises y una chaqueta negra, y Westminster, con ropa interior larga de lana, una corbata floreada y el peculiar traje marrón característico suyo. La brisa que asciende por la colina agita los faldones de la levita de mi tío, revuelve

su recio pelo, y resalta la evidencia de sus indisciplinados apetitos en rostro y forma, mientras señala esto o aquello a su atento colaborador.

Debajo hay centenares de metros de tablones, carretillas, zanjas, excavaciones, montones de tierra, pilas de piedras para el jardín procedentes de los riscos de los alrededores. A ambos lados se alzan las paredes de su irrelevante palacio sin sentido. Hubo momentos en que tuvo trabajando en aquel lugar —alterando el equilibrio económico de toda la región con su presencia— a más de tres mil hombres…

Así posa para mi cuadro entre los toscos inicios de algo que nunca iba a verse completado. Hizo las cosas más extrañas en aquel lugar, cosas cada vez más independientes de cualquier concepto de escala financiera, cosas cada vez más distintas de la más sobria humanidad. Parecía creer que finalmente se había liberado de toda restricción. Arrancó una considerable colina, y casi sesenta árboles adultos fueron extirpados con ella, a fin de abrir su perspectiva al este, echando todas sus tierras unos sesenta metros más al sur. En otro momento captó una sugerencia en algún restaurante de la ciudad, y construyó una sala de billar techada con cristales debajo de las aguas de su lago ornamental. Amuebló un ala cuando aún faltaba completar el techo. Construyó un baño-piscina de nueve metros cuadrados junto a su dormitorio de arriba, y para coronarlo todo empezó un gran muro para cercar todos sus dominios, librándolos así de la invasión de la gente común. Era un muro de tres metros de alto, con cristales en su parte superior, y si hubiera sido terminado tal como él lo quería, habría tenido una longitud total de dieciocho kilómetros. Parte de él, hacia el final, fue tan mal construido que al cabo de un año se derrumbó sobre sus cimientos, pero aún se mantienen en pie algunos kilómetros. Nunca he pensado en ello, pero ¿qué hay que decir de los centenares de ansiosos pequeños inversores que siguieron a su «estrella», cuyas esperanzas y vidas, cuya seguridad de sus esposas y perspectivas de sus hijos se hallan ahora mezclados más allá de toda redención en todo ese mortero que va desprendiéndose poco a poco…?

Es curioso cuántos de esos modernos financieros de la oportunidad y el bluff han terminado sus carreras construyendo. No fue solamente mi tío. Más pronto o más tarde todos ellos parecen someter su suerte a la prueba de la realización, intentan conseguir que su fluida opulencia se coagule en

ladrillos y mortero, hacen surgir el disparate de todo su tinglado con las hojas semanales de salarios. Entonces todo el andamiaje de confianza e imaginación se tambalea… y se derrumba…

Cuando pienso en esa expoliada colina, ese colosal revoltijo de ladrillos y mortero, y caminos y senderos por terminar, y andamiajes y tinglados, el aspecto general de inesperado ultraje a la paz de la naturaleza, recuerdo una charla que tuve con el vicario un frío día después de que acudiera a presenciar el vuelo de uno de mis planeadores. Me habló de aeronáutica mientras yo permanecía en jersey y pantalones cortos junto a mi máquina, recién acabada de aterrizar, y su cadavérico rostro no pudo ocultar la peculiar desolación que lo invadía.

—Casi me convence usted en contra de mi voluntad… —dijo, acercándose—. ¡Un maravilloso invento! Pero le tomará mucho tiempo, señor, antes de que pueda emular usted el mecanismo perfecto: el ala de un pájaro.

Contempló mis cobertizos.

—También ha cambiado usted el aspecto de este valle —dijo.

—Es un cambio temporal —respondí, sospechando lo que bullía por su mente.

—Por supuesto. Las cosas vienen y van. Vienen y van. Pero… Hummm. Acabo de subir a la colina para contemplar la nueva casa de mr. Edward Ponderevo. Eso… eso es algo más permanente. ¡Un lugar magnífico…!, en muchos aspectos. Impresionante. Nunca había pensado en todo ello antes… Las cosas están muy adelantadas… Encontramos que el gran número de desconocidos que han penetrado en los pueblos de por aquí debido a estas operaciones, peones principalmente, resulta algo un tanto embarazoso… Nos desconcierta. Traen al lugar un nuevo espíritu; apuestas…, ideas…, todo tipo de nociones extrañas. A nuestros taberneros les gusta, por supuesto. Y vienen y duermen en las dependencias de la casa de uno…, y hacen el lugar un poco inseguro por las noches. La otra mañana no podía dormir, una ligera dispepsia, y me asomé y miré por la ventana. Me quedé sorprendido al ver a gente yendo en bicicleta. Una silenciosa procesión. Conté noventa y siete…, al amanecer. Todos dirigiéndose a la nueva

carretera que sube hasta Crest Hill. Notable, pensé. Así que he subido a ver lo que estaban haciendo.

—Hubiera sido algo mucho más que notable hace treinta años —dije.

—Sí, por supuesto. Las cosas cambian. Ahora no pensamos en nada raro al respecto… en comparación. Y esa gran casa…

Alzó las cejas.

—¡Asombrosa, realmente! Asombrosa…

Dudó.

—Toda la colina…, la vieja tierra…, ¡rasgada a jirones!

Sus ojos buscaron mi rostro.

—Hemos crecido tan acostumbrados a alzar los ojos hacia Lady Grove —dijo, y sonrió en busca de simpatía—. Eso hace oscilar nuestro centro de gravedad.

—Las cosas se reajustarán por sí mismas —mentí.

Se aferró a aquella frase.

—Por supuesto —dijo—. Se reajustarán por sí mismas…, volverán a sus cauces. Deben hacerlo. A la antigua manera. Todo volverá a ser de nuevo como siempre… Es un pensamiento reconfortante. Sí. Después de todo, la propia Lady Grove tuvo que ser construida alguna vez, en su tiempo… Fue… al principio…, algo artificial.

Sus ojos se volvieron hacia mi aeroplano. Intentó echar a un lado sus graves preocupaciones.

—Tendría que pensármelo dos veces —observó— antes de confiar en uno de estos aparatos. Pero supongo que uno acaba acostumbrándose al movimiento.

Me dio los buenos días y siguió su camino, con la cabeza inclinada, pensativo…

Había mantenido la verdad apartada de su mente durante mucho tiempo, pero aquella mañana se había abierto camino hasta él, señalándole que esta vez no se trataba solamente de que estuvieran ocurriendo algunos cambios en su mundo, sino que todo su mundo se abría impotente e indefenso, conquistado y vencido, condenado hasta donde podía ver, ramas y raíces, escamas y brotes, al cambio.

III

Planeando

1

Durante casi todo el tiempo que mi tío estuvo incubando y maquinando Crest Hill, yo estaba atareado en un pequeño valle transversal entre ese gran comienzo y Lady Grove, con cada vez más costosos y ambiciosos experimentos en navegación aérea. Este trabajo fue de hecho el alimento principal de mi vida a lo largo de toda la gran época de la sinfonía del Tono-Bungay.

He dicho ya cómo llegué a dedicarme a esas investigaciones, cómo en una especie de disgusto hacia la vulgar aventura de la vida recogí los extremos caídos de mis estudios universitarios, reemprendiéndolos con la resolución de un hombre en vez de con la ambición de un muchacho. Desde un principio me desenvolví bien en esa tarea. Creo que se trató principalmente de un asunto de aptitud especial, de una peculiar e irrelevante vena de facultades que recorría mi mente. Es una de esas cosas que al parecer los hombres tienen por casualidad, que tiene poco o nada que ver con sus méritos generales, y sobre la que es ridículo mostrarse orgulloso o modesto. Realicé una gran cantidad de trabajo durante aquellos años, trabajando por un tiempo con una concentrada furia que me dejaba con muy pocas de las energías o capacidades que poseo. Resolví una serie de problemas relacionados con la estabilidad de los cuerpos observando el aire y los movimientos internos del viento, y revolucioné también al menos una parte importante de la teoría de los motores de explosión. Todo ello puede hallarse en las *Philosophical Transactions*, el *Mathematical Journal*, y con

menor detalle en una o dos otras publicaciones similares, y no necesitan ser aclaradas en este libro. De hecho, dudo que pudiera hablar de ellas aquí. Uno adquiere una especie de taquigrafía para sus notas mentales en relación con un trabajo tan especial como ese. Nunca he enseñado ni dado conferencias, lo cual es lo mismo que decir que nunca he tenido que expresar mis pensamientos relativos a las cosas mecánicas en un lenguaje cotidiano, y dudo mucho que pudiera hacerlo ahora sin causar un terrible tedio…

Mi trabajo fue en un principio, en su mayor parte, teórico. Era capaz de enfrentarme a mis primitivas necesidades de verificación a medida que iban surgiendo con modelos más bien pequeños, utilizando un soporte giratorio para crear el movimiento a través del aire, y cañas, barbas de ballena y seda, como material de construcción. Pero llegó un momento en el que intervenían incalculables factores, factores de capacidad humana y factores de insuficiente conocimiento experimental, cuando uno necesita suponer y probar. Entonces tuve que ampliar la escala de mis operaciones, y muy pronto las había ampliado enormemente. Me puse a trabajar casi al mismo tiempo en el equilibrio y en la estabilidad de planeadores y en la dirección de globos aerostáticos, esta última una rama de trabajo particularmente costosa. Sin duda me sentía impulsado en estos asuntos por parte del mismo espíritu de gastos desenfrenados que se había apoderado de mi tío. Por aquel entonces mis dependencias encima de Lady Grove habían crecido hasta convertirse en un chalet de madera pintada lo suficientemente grande como para acomodar a seis personas, y en el cual vivía a veces durante tres semanas consecutivas; un gasómetro; una casa motorizada; tres cobertizos con techo de plancha ondulada; una plataforma desde la cual lanzar los deslizadores; un taller; y algunas dependencias auxiliares parecidas. Se construyó una carretera de tierra apisonada. Trajimos el gas de Cheaping y la electricidad de Woking, donde descubrí también un amistoso comerciante que podía suministrarme lo que me hiciera falta para algunas de las operaciones a mayor escala que yo manejaba. Tuve la suerte también de descubrir a un hombre que parecía mi segundo al mando enviado por los cielos… Cothope era su nombre. Era un hombre que se había educado a sí mismo; anteriormente había sido zapador, y era uno de los mejores y más

hábiles ingenieros prácticos sobre la tierra. Sin él no creo que hubiera podido conseguir ni la mitad de lo que he hecho. A veces no era tanto mi ayudante como mi colaborador, y ha seguido mis éxitos hasta hoy. Otros hombres venían y se iban cuando más los necesitaba.

No sé hasta qué punto es posible transmitir a alguien que no lo ha experimentado el peculiar interés, la peculiar satisfacción, que se halla en la investigación prolongada cuando uno no se siente agobiado por la necesidad de dinero. Es algo completamente distinto a cualquier otro tipo de esfuerzo humano. Quedas completamente libre de los exasperantes conflictos con tus semejantes —al menos en lo que al trabajo esencial se refiere—, lo cual constituye para mí su mérito más peculiar. La verdad científica es la más remota de las amantes, se oculta en extraños lugares, a lo largo de tortuosas y laboriosas sendas, pero ¡siempre está ahí! Véncela, y no te fallará; será tuya y de la Humanidad para siempre. Es la realidad, la única realidad que he descubierto en este extraño desorden de la existencia. No se enfurruñará contigo ni te comprenderá mal ni te robará tu recompensa sobre alguna mezquina duda. No puedes cambiarla mediante la publicidad o las vociferaciones, ni asfixiarla en vulgaridades. Las cosas crecen bajo tus manos cuando la sirves, cosas que son permanentes como ninguna otra cosa es permanente en toda la vida del hombre. Esa, creo, es la peculiar satisfacción de la Ciencia y su permanente recompensa…

La iniciación del trabajo experimental produjo un gran cambio en mis hábitos personales. He dicho ya cómo una vez en mi vida en Wimblehurst tuve un período de disciplina y esfuerzo continuado, y cómo cuando fui a South Kensington me vi desmoralizado por el inmenso efecto de Londres, por sus innumerables demandas imperativas sobre mi atención y curiosidad. Y renuncié a mucha parte de mi orgullo personal cuando abandoné la Ciencia por el desarrollo del Tono-Bungay. Pero mi pobreza me mantuvo abstinente y mi joven romanticismo casto hasta que inicié mi vida matrimonial. Entonces me relajé en todas direcciones. Efectué una gran cantidad de trabajo, pero nunca me paré a pensar dónde estaba mi cota máxima ni si los cambios de humor y las indolencias que me invadían a veces eran cosas evitables. Con la llegada de la abundancia comí mucho y desordenadamente, bebí con libertad y seguí mis impulsos cada vez más

descuidadamente. No sentía ninguna razón por la que tuviera que hacer ninguna otra cosa. Nunca, en ningún momento, me empleé al límite de mis capacidades. La crisis emocional de mi divorcio no produjo ningún cambio inmediato en esos asuntos de disciplina personal. Encontré al principio alguna dificultad en concentrar mi mente en el trabajo científico, era mucho más exigente que los negocios, pero superé esa dificultad fumando. Me convertí en un inmoderado fumador de puros; eso me proporcionó momentos de profunda depresión, pero los traté como suele hacerse con el método homeopático: encendiendo otro puro. No me di cuenta en absoluto de lo flojas que se habían vuelto mi moral y mis fibras nerviosas hasta que alcancé el lado práctico de mis investigaciones y me encontré frente a frente con la necesidad de descubrir cómo se sentía uno utilizando un planeador y qué era exactamente lo que un hombre podía hacer con uno.

Me sumergí en este relajado hábito de vivir pese a las tendencias reales de mi naturaleza enfocada a la disciplina. Nunca me he sentido inclinado a la autoindulgencia. Esta filosofía del labio fácil y la barriga laxa es una de las filosofías hacia las que siempre he sentido una desconfianza instintiva. Me gustan las cosas desnudas, tal cual, austeras y moderadas, líneas finas y colores fríos. Pero en estos tiempos pletóricos donde hay demasiado para todo el mundo y la lucha por la vida toma la forma de publicidad competitiva y del esfuerzo por llenar los ojos del vecino, donde no hay una urgente demanda ni de esfuerzo personal, ni de nervios sanos, ni de una rigurosa belleza, nos encontramos a nosotros mismos por accidente. Siempre, antes de esta época, el grueso de la población no comía más de la cuenta porque no podía, lo deseara o no, y todos excepto unos pocos eran mantenidos «aptos» a través de un inevitable ejercicio y de un peligro personal. Ahora, si mantenemos ese estándar lo suficientemente bajo y nos libramos del orgullo, casi cualquiera puede realizar todo tipo de excesos. Puedes pasar por la vida actual eludiendo y evadiendo, descuidado y complaciente contigo mismo, sin sentir nunca realmente hambre ni miedo ni pasión, con tu máximo momento reflejado en un mero orgasmo sentimental y tu primer y auténtico contacto con las necesidades primarias y elementales en el sudor de tu lecho de muerte. Así creo que fue con mi tío; así, muy aproximadamente, fue conmigo.

Pero el planeador me hizo pensar de otra manera. Tenía que descubrir cómo se movían esas cosas en el aire, y la única forma de averiguarlo era ir con una de ellas. Y durante un tiempo no me atreví a enfrentarme a ello.

Hay algo impersonal en un libro, supongo. En cualquier caso me siento capaz de escribir ahora aquí la confesión que nunca he sido capaz de hacerle a nadie cara a cara, el pavoroso trastorno que representaba para mí el obligarme a hacer algo que supongo que cualquier otro chico de color de las Indias Occidentales podría hacer sin siquiera pestañear: lanzarme a mi primer vuelo planeando con el viento. La primera prueba resultó ser la peor, fue un experimento que hice con mi vida, y las posibilidades de morir o resultar herido supongo que eran más o menos iguales a las posibilidades de éxito. Creía eso con una naciente lucidez. Había empezado con un planeador que imaginaba estaba en la línea del aeroplano de los hermanos Wright, pero no podía estar seguro. Podía darse la vuelta. Yo podía hacerlo capotar. Podía simplemente caer y estrellarse conmigo dentro. Las condiciones del vuelo necesitaban una enorme atención; no era algo que pudiera hacerse simplemente saltando y cerrando los ojos o en un arranque de decisión o emborrachándose para reunir el valor necesario. Uno tenía que utilizar su peso para equilibrar. Y cuando finalmente lo hice, fue horrible… durante diez segundos. Durante diez segundos más o menos, mientras descendía por el aire tendido boca abajo en mi construcción infernal y con el viento en los ojos, el movimiento del suelo debajo de mí me llenó de un mareante e invencible terror; sentí como si alguna violenta corriente oscilatoria estuviera golpeándome cerebro y espina dorsal, y gruñí fuerte. Encajé los dientes y gruñí. Fue un gruñido que brotó de mí pese a mi voluntad. Mis sensaciones de terror alcanzaron un clímax.

¡Y luego, ¿saben?, desaparecieron!

De pronto mi terror estuvo dominado. Estaba flotando en el aire en línea ascendente, equilibrado, y no había ocurrido ningún percance. Me sentí intensamente libre y con los nervios tensos como un arco. Alcé una pierna, me ladeé y grité entre el miedo y el triunfo mientras me recuperaba del ladeo y me inclinaba hacia el otro lado para estabilizarme de nuevo.

Pensé que iba a chocar contra un grajo que volaba oblicuamente con respecto a mí…, un silencioso proyectil que había aparecido de pronto

procedente de la nada, y grité desesperadamente: «¡Apártate del camino!». El pájaro escoró como una V parcialmente invertida, aleteó, giró bruscamente hacia la derecha y desapareció de mi campo de maniobra. Luego vi la sombra de mi aeroplano deslizándose por el suelo a una distancia fija delante de mí y de una forma muy regular, y el césped parecía huir hacia atrás. ¡El césped…! Después de todo, pensé, no estaba deslizándome tan aprisa…

Cuando planeé descendiendo hacia la segura extensión de llano verdor que había elegido, me sentía preparado y tranquilo como un oficinista de la City que se dispone a bajar de un ómnibus en marcha, y había aprendido mucho más que a planear. Alcé el morro del aparato en el momento correcto, lo nivelé de nuevo y aterricé como un copo de nieve en un día sin viento. Permanecí inmóvil barriga al suelo durante un instante, y luego me arrodillé y me puse en pie, notando que me temblaban las piernas pero enormemente satisfecho conmigo mismo. Cothope corría colina abajo en mi dirección…

A partir de aquel día no dejé de entrenarme, y seguí entrenándome durante varios meses. Había demorado mis experimentos a lo largo de casi seis semanas con varias excusas debido a mi miedo a aquel primer vuelo, debido a la flojedad de cuerpo y espíritu que se había apoderado de mí con la vida de los negocios. La vergüenza de aquella cobardía no lo era menos por el hecho de que fuera con toda probabilidad un secreto exclusivamente mío. Tenía la sensación de que Cothope, al menos, estaba en situación de sospechar. Bien, no podría sospechar de nuevo.

Es curioso que recuerde esa vergüenza y esa autoacusación y sus consecuencias mucho más claramente de lo que recuerdo las semanas de vacilación antes de mi primer planeo. Por un tiempo me abstuve del alcohol, dejé de fumar por completo, y comí muy frugalmente, y cada día hacía algo que templaba un poco más mis nervios y músculos. Planeaba con tanta frecuencia como me era posible. Sustituí el tren de Londres por una motocicleta y me aventuré por el tráfico del sur de la ciudad, e incluso probé qué emociones se conseguían encima de un caballo. Pero me tocaron unos caballos más bien locos, y concebí un quizá inmerecido desdén hacia las seguridades del ejercicio ecuestre en comparación con las aventuras del

mecanismo. También caminé por encima de la alta pared de la parte de atrás del jardín de Lady Grove, y finalmente me dediqué a saltar el corte donde se halla encajada la puerta. Si bien no conseguí librarme completamente de un cierto instinto al mareo con tales ejercicios, al menos entrené mi voluntad hasta que no importó. Y pronto ya no temí volar sino que me sentí ansioso por ir cada vez más arriba en el aire, y empecé a considerar que deslizarse en un planeador que a su máxima altura del suelo tenía apenas doce metros de caída era una mera burla de lo que tenía que ser el auténtico vuelo. Empecé a soñar en la penetrante frescura del aire muy arriba de las hayas, y fue más bien para satisfacer ese deseo en busca de algún legítimo desarrollo de mi auténtico trabajo por lo que desvié parte de mis energías y la totalidad de mis ingresos particulares al problema del globo dirigible.

2

Había ido mucho más allá que aquel estadio inicial; me había estrellado dos veces y me había roto una costilla que mi tía curó con gran energía, y estaba consiguiendo una cierta reputación en el mundo de la aeronáutica, cuando de repente, como si nunca la hubiera abandonado realmente, la Honorable Beatrice Normandy, con sus ojos oscuros y el viejo y rebelde mechón de pelo cayéndole sobre su frente, volvió a mi vida. Llegó cabalgando por un herboso sendero entre las espesuras, más abajo de Lady Grove, montada en un enorme caballo negro, y el viejo conde de Carnaby y Archie Garvell, su medio hermano, iban con ella. Mi tío había estado incordiándome con las tuberías del agua caliente de Crest Hill, y regresábamos por un sendero transversal al suyo, y nos encontramos repentinamente con ellos. El viejo Carnaby estaba cruzando nuestros terrenos, de modo que le hice detenerse con un amistoso gesto para charlar un poco.

Al principio no reparé en absoluto en Beatrice. Estaba interesado en lord Carnaby, ese notable vestigio de su propia y brillante juventud. Había oído hablar de él pero nunca lo había visto. Para un hombre de sesenta y cinco años que había cometido todos los pecados, según se decía, y malgastado el más magnífico debut político de cualquier hombre de su generación, me pareció notablemente saludable y en forma. Era un hombrecillo delgado con unos ojos grises azulados en un rostro bronceado, y su voz cascada era lo peor de todo el efecto de conjunto.

—¡Espero que no le importe que crucemos por aquí, Ponderevo! —exclamó.

Y mi tío, que en algunas ocasiones era un poco demasiado general y generoso con los títulos, respondió:

—¡En absoluto, milord, en absoluto! ¡Encantado de que lo utilice!

—Está construyendo usted un gran palacio sobre la colina —dijo Carnaby.

—Pensé que se lo había enseñado alguna vez —exclamó mi tío—. Parece grande porque está muy extendido, para aprovechar el sol.

—Aire y luz del sol —dijo el conde—. No puede disponer usted demasiado de ellos. Pero antes de nuestro tiempo se construía para dar cobijo y agua, y el camino principal…

Entonces descubrí que la silenciosa figura detrás del conde era Beatrice.

La había olvidado lo suficiente como para pensar por un momento que no había cambiado en absoluto desde que me observara desde detrás de las faldas de lady Drew. Ahora me miraba, y su delicada frente bajo su sombrero de ala ancha —llevaba un gran sombrero gris y una chaquetilla suelta, desabrochada— estaba fruncida con perplejidad, intentando recordar, supongo, dónde me había visto antes. Bajo la sombra del ala de su sombrero, sus ojos se cruzaron un instante con los míos con aquella muda pregunta.

Me pareció increíble que no me recordara.

—Bien —dijo el conde, y espoleó su caballo.

Garvell estaba palmeando el cuello de su caballo, que parecía inquieto, sin prestarme la menor atención. Hizo una seña por encima de su hombro y lo siguió. Su movimiento pareció despertar un tren de recuerdos en ella. Lo miró bruscamente, y luego volvió a mirarme a mí con un relámpago de reconocimiento que se convirtió al instante en una cálida y débil sonrisa. Vaciló como a punto de decirme algo, volvió a sonreír, ahora con una amplia sonrisa de comprensión, y se volvió para seguir a los otros. Los tres se lanzaron al galope, y ella no miró hacia atrás. Permanecí durante un segundo más o menos en el cruce de caminos, observando cómo se alejaba, y luego me di cuenta de que mi tío estaba ya algunos pasos más adelante y hablando por encima de su hombro convencido de que yo estaba cerca de él.

Me di la vuelta y eché a andar a largas zancadas para alcanzarle.

Mi mente estaba llena de Beatrice y de su sorpresa. La recordaba simplemente como una Normandy. Había olvidado claramente que el hijo era Garvell y ella la hijastra de nuestra vecina, lady Osprey. Por supuesto.

Probablemente había olvidado por aquel entonces que teníamos a lady Osprey como vecina. No había ninguna razón en absoluto para recordarlo. Era sorprendente descubrirla en aquella región de Surrey, cuando nunca había pensado en ella como viviendo en ningún lugar del mundo que no fuera Bladesover Park, a unos sesenta kilómetros y unos veinte años de distancia. Estaba tan viva, ¡tan igual! La misma rápida y cálida sangre afluía a sus mejillas. Parecía que tan solo fuera ayer cuando me besó entre los helechos…

—¿Eh? —dije.

—Digo que es de buena pasta —repitió mi tío—. Puedes decir lo que quieras contra la aristocracia, George; lord Carnaby es de una excelente buena pasta. Tiene una especie de *savoir faire*, algo… Es una frase chapada a la antigua, George, pero certera: es de buena pasta. Es como el césped de Oxford, George: no puedes hacerlo crecer en un año. Me pregunto cómo lo hacen. Nunca se muere, George. Está ahí desde el principio…

—Podría ser como unas pintura de Romney nacida a la vida —contesté como para mí mismo.

—Cuentan todas esas historias acerca de él —dijo mi tío—, pero ¿qué significan?

—¡Dioses! —me dije a mí mismo—, ¿pero por qué la habré olvidado durante tanto tiempo? Esas sorprendentes cejas suyas, el toque travieso en sus ojos, ¡la forma como sonríe!

—No le culpo —dijo mi tío—. Casi todo es imaginación. Eso y mucho tiempo libre, George. Cuando yo era joven estaba más bien ocupado. Y tú también. Sin embargo…

Lo que más me desconcertaba era el extraño truco de mi memoria que nunca había recordado nada vital de Beatrice hasta que vi de nuevo a Garvell, del cual, por supuesto, no había recordado nada excepto nuestro antagonismo de muchachos y nuestra pelea. Ahora, cuando mis sentidos estaban de nuevo llenos de ella, me parecía increíble que hubiera podido olvidar alguna vez…

3

—¡Oh, vaya! —dijo mi tía, leyendo una carta detrás de su máquina de café—. ¡Es de una joven, George!

Estábamos tomando el desayuno juntos en la gran cristalera de Lady Grove que mira a los lechos de lirios; mi tío se hallaba en Londres.

Emití una nota interrogativa y decapité un huevo.

—¿Quién es Beatrice Normandy? —preguntó mi tía—. Nunca había oído ese nombre antes.

—¿Es ella la joven?

—Sí. Dice que te conoce. No estoy muy familiarizada con la vieja etiqueta, George, pero su forma de actuar me parece un tanto insólita. Prácticamente dice que va a hacer que su madre…

—¿Eh? Será madrastra, ¿no?

—Pareces saber mucho respecto a ella. Dice «madre»… lady Osprey. Sea como sea, van a venir a visitarme el miércoles de la semana próxima, a las cuatro, y espera que tú asistas también para tomar el té.

—¿Eh?

—Tú…, para el té.

—Hummm. Tenía… un carácter fuerte, cuando la conocí.

Me di cuenta de que mi tía inclinaba oblicuamente la cabeza desde detrás de la máquina de café y me miraba con una azul curiosidad. Sostuve por un momento su mirada, me di por vencido, enrojecí, y me eché a reír.

—La conozco desde mucho antes de conocerla a usted —dije, y se lo expliqué todo.

Mi tía mantuvo sus ojos fijos en mí y rodeó la máquina de café mientras escuchaba. Parecía enormemente interesada, e hizo varias preguntas aclaratorias.

—¿Por qué no me lo dijiste el día que la viste? La has tenido metida en la cabeza durante toda una semana.

—Es extraño que no se lo dijera —admití.

—Pensaste que iba a caerme mal —dijo mi tía de forma concluyente—. Eso es lo que pensaste. —Y abrió el resto de sus cartas.

Las dos damas llegaron en un coche de caballos con una llamativa puntualidad, y yo gocé de la inusual experiencia de ver a mi tía recibiendo visitas. Había preparado el té en la terraza, bajo el cedro, pero como la vieja lady Osprey, una exacerbada protestante, no había visto nunca antes el interior de la casa, efectuamos una especie de visita de inspección que me recordó mi primera visita al lugar. Pese a mi suma atención por Beatrice, guardé un pequeño y extraño recuerdo del contraste entre las otras dos mujeres; mi tía, alta, esbelta y desgarbada, con un sencillo vestido de casa azul, una lectora omnívora y un auténtico genio, y la dama de pedigree, baja y rolliza, vestida con un remilgo victoriano, viviendo al nivel intelectual de la quiromancia y las novelas galantes, de rostro sonrosado y generalmente enrojecido por la sensación que le producían las peculiaridades sociales de mi tía, y dispuesta bajo las circunstancias a comportarse más bien como una imitación de los momentos más majestuosos de su cocinera. Una de ellas parecía hecha de barbas de ballena, la otra de masa de pan. Mi tía estaba nerviosa, en parte por la intrínseca dificultad de manejar a la otra dama y en parte también debido a su apasionado deseo de observarnos a Beatrice y a mí, y su nerviosismo tomó una forma habitual en ella, una ampulosa torpeza de gestos y una exacerbación de la singularidad de sus frases que contribuyó en gran medida a subir el tono de la rosada perplejidad de la otra dama. Por ejemplo, oí a mi tía admitir que una de las damas Stuart Durgan parecía como si «tuviera buñuelos en la cabeza», describió a los caballeros de la edad de las caballerías como «buscando siempre la oportunidad de no encontrarse con ningún dragón», explicó que a todas horas andaba «terroneando por el jardín», y en vez de ofrecerme un bizcocho garibaldino, me pidió, con aquel casi imperceptible ceceo suyo, que le pasara «algunas moscas despachurradas, George». Quedé convencido de que lady Osprey iba a describirla como «una persona de lo más excéntrico» a la primera

oportunidad que tuviera… «Sí, una persona de lo más excéntrico». Podía ya verla «preparándose» para ello.

Beatrice iba vestida muy discretamente, de marrón, con un sencillo pero atrevido sombrero de ala ancha, y una inesperada expresión de adulta y responsable. Condujo a su madrastra a lo largo de todo el primer encuentro, escrutó a mi tía y nos siguió atentamente por toda la casa, y luego volvió su atención a mí con una rápida y semiconfiada sonrisa.

—No nos habíamos visto —dijo— desde…

—Fue en la Conejera.

—Por supuesto —dijo—. ¡La Conejera! Lo recordaba todo excepto el nombre… Yo tenía ocho años entonces.

Sus sonrientes ojos insistían en la evocación de todos mis recuerdos. Alcé los míos y cruzamos nuestras miradas, y no encontré palabras para decir nada.

—Te traicioné completamente —continuó, meditando acerca de mi expresión—. Y luego traicioné a Archie.

Apartó su rostro de los demás, y su voz se hizo aún un poco más baja.

—¡Le dieron una paliza por decir mentiras! —exclamó, como si aquel fuera un recuerdo agradable—. Y cuando todo terminó fui a nuestra tienda india. ¿Recuerdas la tienda india?

—¿Allá en el Bosque del Oeste?

—Sí; y lloré…, por todo el daño que te había hecho, supongo… He pensado mucho en ello desde entonces…

Lady Osprey nos interrumpió llamando la atención de Beatrice.

—¡Querida! —exclamó—. ¡Qué maravillosa galería! —Luego me miró a mí muy severamente, desconcertada en lo más profundo al comprender quién era yo.

—La gente dice que las escaleras de roble son las mejores —dijo mi tía, y abrió camino.

Lady Osprey, con las faldas recogidas para el ascenso a la galería y la mano en la barandilla, se volvió y dirigió una mirada muy significativa —de hecho, rebosante de significados— a su protegida. El principal significado, sin duda, era que tuviera precaución conmigo, pero había muchos más significados y muy amplios. Tuve oportunidad de captar la

respuesta en un espejo, y sorprendí a Beatrice con la nariz fruncida y un gesto rápido y enteramente diabólico. Lady Osprey adquirió un tono rosado mucho más intenso y quedó muda de indignación… y evidentemente se desentendió por completo de toda futura responsabilidad mientras seguía a mi tía escaleras arriba.

—Es un poco oscuro, pero tiene una especie de dignidad —dijo Beatrice con una voz muy clara, mirando a su alrededor con serena tranquilidad y demorando sus pies en los escalones para aumentar su distancia de nosotros. Caminaba unos peldaños por delante de mí, de modo que me miraba un poco desde arriba, dominando detrás mío todo el viejo salón.

Se volvió bruscamente hacia mí cuando consideró que nuestras voces estaban fuera del alcance de los oídos de su madrastra.

—¿Pero cómo has conseguido todo esto? —preguntó.

—¿El qué?

—Todo esto. —Señaló ocio y espacio con un gesto de la mano hacia las altas ventanas y la soleada terraza—. ¿No eras tú el hijo del ama de llaves?

—Me aventuré. Mi tío se ha convertido en… un gran financiero. Era un pequeño farmacéutico a unos treinta kilómetros de Bladesover. Ahora somos promotores, fusionadores, gente importante de nuevo cuño.

—Comprendo. —Me miró con ojos interesados, evaluándome visiblemente.

—¿Y me reconociste? —pregunté.

—Al cabo de uno o dos segundos. Me di cuenta de que tú me habías reconocido. No podía situarte, pero sabía que te conocía de algo. Luego la presencia de Archie allí me ayudó a recordar.

—Me alegra que nos hayamos encontrado de nuevo —aventuré—. Yo nunca te he olvidado.

—Uno no olvida esas cosas de la infancia.

Nos miramos el uno al otro por un momento, con una satisfacción curiosamente relajada y confiada por estar juntos de nuevo. No puedo explicar nuestro mutuo placer. La cosa era así. Nos gustábamos el uno al otro, en nuestras mentes no había la menor duda de que nos gustábamos el uno al otro. Desde un principio nos sentíamos bien el uno con el otro.

—Tan pintoresco, realmente tan pintoresco —nos llegó una voz desde arriba; y luego—: ¡Beaaaa-trice!

—Hay un centenar de cosas que quiero saber acerca de ti —dijo Beatrice con una casual intimidad, y terminamos de subir los escalones…

Mientras los cuatro tomábamos el té sentados bajo el cedro en la terraza, hizo preguntas acerca de mi aeronáutica. Mi tía ayudó con una o dos palabras acerca de mis costillas rotas. Lady Osprey consideraba evidentemente el volar como un asunto de lo más indeseable e impropio…, una blasfema intrusión en el reino de los ángeles.

—No se trata de volar —expliqué—. Todavía no volamos.

—Nunca lo harán —dijo firmemente—. Nunca lo harán.

—Bueno —contesté—, haremos lo que podamos.

La pequeña y rechoncha dama alzó una pequeña mano enguantada y señaló una altura de un poco más de un metro desde el suelo.

—Hasta aquí —dijo—. Hasta aquí…, ¡y no más! ¡No!

Se puso enfáticamente colorada.

—No —dijo de nuevo, de una forma concluyente, y lanzó una pequeña tos—. Gracias —continuó, aceptando su noveno o décimo pastelillo.

Beatrice estalló en una alegre carcajada con sus ojos clavados en mí. Yo estaba tendido en el césped, y esto quizá causó una ligera confusión acerca de la principal forma de actuar en la mente de lady Osprey.

—Sobre vuestra barriga os arrastraréis —dijo con lenta claridad— por todos los días de vuestras vidas.

Tras lo cual no volvimos a hablar de aeronáutica.

Beatrice permanecía sentada en una silla y me contemplaba exactamente con el mismo escrutinio, creo, la misma osada agresión, a la que había tenido que enfrentarme hacía tanto tiempo, tomando también el té, en la mesa de la habitación de mi madre. Era sorprendentemente parecida a aquella pequeña princesa de mis recuerdos de Bladesover, el rebelde mechón de pelo parecía el mismo, su voz; cosas que uno esperaría que cambiaran por completo. Formaba sus planes de la misma manera rápida, y actuaba con la misma irresponsable decisión.

De repente se puso en pie.

—¿Qué es lo que hay más allá de la terraza? —preguntó, y me encontró inmediatamente de pie a su lado.

Inventé una vista para ella.

En el rincón más alejado del cedro, se sentó en el parapeto y buscó una postura cómoda entre las musgosas piedras.

—Ahora cuéntamelo todo acerca de ti —dijo—. Háblame de tu vida; ¡conozco a tantos hombres estúpidos! Todos hacen las mismas cosas. ¿Cómo llegaste… hasta aquí? Todos mis hombres estaban ya aquí. No hubieran podido llegar si no hubiesen estado desde siempre. No eran capaces de tener un pensamiento a derechas. Tú has trepado.

—Si se le puede llamar trepar —dije.

Se salió por la tangente.

—Es, no sé si lo entenderás, interesante encontrarte de nuevo. Te he recordado muchas veces. No sé por qué, pero te he recordado, te he utilizado como una especie de maniquí…, cuando me contaba a mí misma historias. Pero siempre has sido un maniquí más bien rígido y difícil en mis historias, con tus trajes de confección; un Miembro Laborista o un Reformista o algo así. Pero tú no eres así. ¡Y sin embargo, lo eres!

Me miró.

—¿Hubo que luchar mucho? Suelen ponerlo muy difícil. No comprendo por qué.

—Fui catapultado hasta aquí arriba por accidente —dije—. No hubo ninguna lucha. Excepto por mantenerme honesto, quizá… y no quedé muy bien en eso. Mi tío y yo mezclamos una medicina, y estalló a la fama. ¡No hay ningún mérito en ello! Pero tú has estado aquí arriba todo el tiempo. Dime primero lo que has hecho.

—Una cosa que nosotros no hicimos. —Meditó unos instantes.

—¿Qué? —pregunté.

—Producir un pequeño hermanastro para Bladesover. Que fue a parar al clan de los Phillbrick. ¡Y lo aceptaron! Y mi madrastra y yo… lo aceptamos también. Y vivir en una casita.

Inclinó vagamente la cabeza por encima de su hombro, y se volvió de nuevo hacia mí.

—Bueno, supongo que fue un accidente. ¡Y aquí estás tú! Y ahora que estás aquí, ¿qué es lo que piensas hacer? Eres joven. ¿Piensas acudir al Parlamento? Oí a algunos hombres el otro día hablando de ti. Antes de saber que eras tú. Decían que eso es lo que tendrías que hacer…

Me sonsacó mis intenciones con una férrea y vital curiosidad. Era exactamente igual a cuando había intentado imaginarme como soldado y situarme, años atrás. Me hizo sentir más desprovisto de planes concretos y más incidental que nunca.

—Deseas construir una máquina volante —prosiguió—. ¿Y cuando vueles? ¿Qué, entonces? ¿La emplearás para la guerra…?

Le hablé un poco de mi trabajo experimental. Nunca había oído hablar de los aeroplanos planeadores, y se mostró excitada ante la idea, y ansiosa por saber más al respecto. Había creído que hasta entonces todo el trabajo se había limitado simplemente a proyectar máquinas imposibles. Para ella, Pilcher y Lilienthal habían muerto en vano. Ni siquiera sabía que esos hombres hubieran existido en el mundo.

—¡Pero es peligroso! —dijo, con una nota de asombro.

—¡Oh! Es peligroso…

—¡Beaaa-trice! —llamó lady Osprey.

Beatrice saltó del muro.

—¿Dónde efectúas esos planeos?

—Más allá del Gran Montículo. Al este de Crest Hill y del bosque.

—¿Te importa que acuda gente a verte?

—Puedes venir cuando quieras. Pero házmelo saber…

—Correré el riesgo cualquier día. Cualquier día… Pronto. —Me miró pensativamente, sonrió, y nuestra charla terminó.

4

Todo mi trabajo posterior en aeronáutica está asociado en mis recuerdos con la personalidad de Beatrice, con su presencia incidental, con cosas que ella dijo e hizo y cosas que creo hacían referencia a ella.

En la primavera de aquel año conseguí una máquina voladora a la que no le faltaba nada excepto estabilidad longitudinal. Mi modelo volaba como un pájaro durante cincuenta o cien metros, y luego o bien picaba y se clavaba de morro, o, lo que era más común, se encabritaba, volcaba hacia atrás y destrozaba su hélice. El ritmo de inclinación de la hélice me desconcertaba. Tenía la sensación de que debía obedecer a algunas leyes aún no formuladas claramente. En consecuencia, me convertí durante un tiempo en un estudioso de la teoría y la literatura sobre el tema y hallé la sucesión de consideraciones que me llevaron a lo que es llamado el Principio Ponderevo y a mi titulación en Física, y que desarrollé en tres largos informes. Mientras tanto, hice un montón de plataformas y modelos de planeadores, y me dediqué a la idea de combinar planeadores y globos de gas. El trabajo con globos era algo nuevo para mí. Había efectuado una o dos ascensiones en el globo del Aeroclub antes de empezar mi gasómetro y el cobertizo para los globos y de que enviara a Cothope durante un par de meses con sir Peter Rumchase. Mi tío encontró parte del dinero para esos desarrollos; se estaba mostrando cada vez más interesado y competitivo en este asunto debido al premio ofrecido por lord Boom y a la importancia del *réclame* implicado, y fue a petición suya por lo que di a mi primer globo dirigible el nombre de *Lord Roberts Alpha*.

El *Lord Roberts α* estuvo a punto de terminar con todas mis investigaciones. Mi idea, tanto en él como en su hermano menor, que gozó de una mayor fama y éxito, el *Lord Roberts β*, era utilizar la idea de un globo contráctil con una base plana rígida, un globo con una forma más

bien parecida a la de un bote vuelto boca abajo que casi sostuviera el aparato pero no completamente. El globo de gas era del tipo con cámaras utilizado para esas formas largas, y no con un globo compensador interno. El problema era hacer todo el conjunto contráctil. Pensé conseguir esto fijando una larga red de seda de malla fina sobre él, atada de modo que pudiera ser enrollada en torno a dos varillas longitudinales. Prácticamente, contraía mi globo salchicha comprimiéndolo bajo la red. Los detalles son demasiado complejos para describirlos aquí, pero pensé elaboradamente en ellos y fueron planeados con mucho cuidado. El *Lord Roberts α* estaba equipado con una sola gran hélice delante y un timón a popa. El motor era el primero, por decirlo así, que se hallaba exactamente en el plano del globo de gas. Yo me encontraba situado justo debajo del globo en una especie de armazón de planeador, muy lejos tanto del motor como del timón, controlándolos mediante cables construidos según el principio del conocido freno para bicicletas Bowden.

Pero el *Lord Roberts α* ha sido ya exhaustivamente explicado y descrito en varias publicaciones aeronáuticas. El defecto no previsto era el fallo en el funcionamiento de la red de seda. Se rasgó por la parte de popa tan pronto como empecé a contraer el globo, y los últimos dos segmentos comenzaron a hincharse inmediatamente por el agujero, exactamente de la misma forma en que una cámara empieza a sobresalir por un neumático roto, y entonces el afilado borde de la rasgada red cortó la seda aceitada del último y distendido segmento a lo largo de una débil costura y lo hizo estallar con un fuerte ruido.

Hasta aquel momento todo el conjunto había funcionado extraordinariamente bien. Como un globo dirigible, y antes de que lo contrajera, el *Lord Roberts α* fue un éxito sin precedentes. Había salido del cobertizo de una forma admirable, a unos catorce o dieciséis kilómetros por hora o quizá más, y pese a que soplaba un suave viento del sudoeste, se había elevado y maniobrado y enfrentado a él tan bien como cualquier otro aparato del mismo tipo que nunca haya visto.

Yo me hallaba en mi habitual posición de planeo, horizontal y mirando hacia abajo, y la invisibilidad de toda la maquinaria me proporcionaba un extraordinario efecto de levitación independiente. Tan solo mirando hacia

arriba y volviendo la cabeza hacia atrás podía ver el plano fondo de aeroplano del globo y los rápidos y sucesivos pasos, zum, zum, de las palas de la hélice. Tracé un amplio círculo por encima de Lady Grove y Duffield y hacia Effingham, y regresé con un éxito absoluto a mi punto de partida.

Allá abajo, a la luz del sol de octubre, se extendían mis cobertizos y el pequeño grupo que había sido convocado para ser testigo de la prueba, con los rostros vueltos hacia arriba y la mayor parte de ellos escrutando mi expresión a través de unos prismáticos. Pude ver a Carnaby y a Beatrice a caballo, y con ellos a dos chicas que no conocía, a Cothope y a tres o cuatro de mis operarios, a mi tía y a mrs. Levinstein, que estaba pasando unos días con ella, a pie, y a Dimmock, el cirujano veterinario, y a uno o dos más. Mi sombra se movía un poco hacia el norte de ellos como la sombra de un pez. En Lady Grove, los sirvientes habían salido al césped, y el patio de la escuela de Duffield hormigueaba con niños demasiado indiferentes a la aeronáutica como para interrumpir sus juegos. Pero en dirección a Crest Hill —el lugar tenía un aspecto extraordinariamente achaparrado y feo desde arriba— había grupos e hileras de trabajadores mirando por todas partes, ninguno de ellos trabajando pero sí todos boquiabiertos. (Aunque ahora que lo escribo, se me ocurre que quizá fuera su hora de comer; realmente, eran cerca de las doce). Floté allí por un momento, gozando del planeo, luego giré para enfilar una zona despejada de la colina, puse el motor a toda potencia y accioné el mecanismo que enrollaría la red, apretando así las cámaras de gas. Instantáneamente aumentó la velocidad al disminuir la resistencia…

En aquel momento, antes del estallido, creo que estuve realmente volando. Antes de que la red se rasgara, justo en el instante en que mi globo se hallaba en su sístole, el conjunto del aparato fue, estoy convencido de ello, más pesado que el aire. Esa, sin embargo, es una afirmación que ha sido discutida, y en cualquier caso este tipo de prioridad es una cosa muy trivial.

Entonces se produjo un repentino retardo, seguido inmediatamente de una desconcertante oscilación hacia abajo de la máquina que no sé cómo explicar. Aún la recuerdo con horror. No podía ver en absoluto lo que estaba ocurriendo y no podía imaginarlo tampoco. Era un picado misterioso e

inexplicable. El aparato, al parecer, estaba pateando el aire, sin ritmo ni razón, con sus talones. El bang se produjo de repente, y me di cuenta de que caía muy rápido.

Había sido cogido demasiado por sorpresa como para pensar en la causa exacta de lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera recuerdo lo que hice. Supongo que estaba obsesionado por ese perpetuo temor del aeronauta moderno, una chispa entre motor y globo. Sin embargo, y obviamente, no estaba envuelto en llamas. Hubiera debido darme cuenta inmediatamente de que no se trataba de eso. Hubiese debido, fueran cuales fuesen mis otras impresiones, soltar el enrollado de la red exterior y dejar que el globo se expandiera de nuevo, lo cual sin duda habría frenado un poco mi caída. No recuerdo haberlo hecho. En realidad, todo lo que recuerdo es el vertiginoso efecto que produce el paisaje cuando uno está cayendo rápidamente en una espiral plana, el veloz deslizarse de los campos y los árboles y las casas por encima de mi hombro izquierdo, y la abrumadora sensación de que todo el aparato estaba haciendo presión sobre mi cabeza. No detuve ni intenté detener la hélice. Esta siguió girando, zum, zum, zum, todo el tiempo.

Cothope sabe en realidad mucho más acerca de la caída que yo. Describe la perfecta partida, la inclinación y la aparición y el estallido de una especie de vejiga en la parte de popa. Luego la caída, muy rápida pero no tan en picado como yo imaginaba. «Quince o veinte grados, para ser exactos», dice Cothope. Según él, mi adiestramiento instintivo me hizo soltar de nuevo las redes, y eso frenó mi caída. Cree que yo tenía más control sobre mí mismo del que recuerdo. Pero no veo por qué debería haber olvidado yo una tan excelente decisión. Su impresión es que yo estaba realmente controlando el aparato e intentando caer en las hayas de Farthing Down. «Golpeó usted los árboles —dice—, y el aparato se clavó de morro entre ellos, y entonces, muy lentamente, acabó de deshincharse. Vi que usted había sido arrojado fuera de él, y no me quedé a mirar más. Corrí en busca de mi bicicleta».

De hecho, fue pura casualidad el que yo cayera entre los árboles. Estoy razonablemente seguro de que no tenía el menor control del aparato. «¡Ahí vamos!», pensé mientras los árboles se precipitaban hacia mí. Si recuerdo eso debería recordar haber maniobrado el aeroplano. Luego la hélice se

rompió, todo se detuvo con una sacudida, y yo estaba cayendo entre una masa de amarillentas hojas, y me pareció que el *Lord Roberts α* volvía a emprender su camino hacia el cielo.

Noté que las ramas y otras cosas golpeaban mi rostro, pero no me sentí herido en aquel momento; me aferré a cosas que se rompían, me hundí por entre una espuma de verde y amarillo a un mundo sombrío de grandes brazos cortezudos e, intentando agarrarme desesperadamente, conseguí aferrar una rama redonda y resistente, y quedé colgando.

Mi mente volvió entonces a aclararse, y me sentí intensamente alerta. Permanecí agarrado a aquella rama por un momento, y miré a mi alrededor, y me sujeté a otra, y entonces me encontré colgando de una bifurcación practicable en forma de horquilla. Oscilé hacia delante en dirección a ella y alcancé otra rama un poco más abajo de la bifurcación, y al cabo de un momento me vi en situación de iniciar mi descenso, cosa que hice muy fría y deliberadamente. Me dejé caer tres metros más o menos desde la rama más baja, y me encontré en el suelo de pie.

—Lo he conseguido —dije, y miré hacia arriba a través del árbol para ver lo que fuera posible de los deshinchados y retorcidos restos de lo que había sido el *Lord Roberts α* encajado entre las ramas que había roto—. ¡Dios! —exclamé—. ¡Menuda voltereta!

Me limpié algo que goteaba de mi rostro, y me impresioné al ver mi mano cubierta de sangre. Me miré a mí mismo y vi lo que me pareció una sorprendente cantidad de sangre deslizándose por mi hombro y brazo. Me di cuenta de que mi boca estaba llena de sangre. Es un momento extraño aquel en que uno se da cuenta de que está herido y quizá gravemente herido, y aún no ha conseguido descubrir hasta qué punto. Exploré cuidadosamente mi rostro y hallé contornos poco familiares en el lado izquierdo. La punta rota de una rama había rasgado mi mejilla, dañando mejilla y dientes y encías, y dejado una astilla clavada como un estandarte de victoria en el maxilar superior. Eso y una muñeca dislocada eran todos mis daños. Pero sangraba como si hubiera sido cortado a pedazos, y tuve la impresión de que mi rostro había sido arrancado. No puedo descubrir la horrible impresión que sentí ante aquello.

—De alguna manera, esta sangre tiene que ser restañada —me dije, sintiendo la cabeza pesada—. Me pregunto dónde habrá alguna tela de araña… —Un extraño giro el que dio mi mente. Pero fue el único remedio que se me ocurrió.

Debió ocurrírseme alguna idea de ir hasta casa por mis propios medios, porque estaba a unos treinta metros del árbol cuando me derrumbé.

Luego una especie de disco negro apareció en mitad del mundo y avanzó hacia el borde de las cosas y las difuminó. No recuerdo haber caído. Me desvanecí a causa de la excitación, de la impresión y de mi herida, y de la pérdida de sangre, y permanecí allí tendido hasta que Cothope me encontró.

Fue el primero en encontrarme, tras descender a toda velocidad la herbosa colina y cruzar un amplio arroyo para alcanzar la plantación de Carnaby en el menor tiempo posible. Luego, mientras estaba intentando aplicar las metódicas enseñanzas que había aprendido en los cursos de Primeros Auxilios de St. John a un caso más bien anormal, llegó Beatrice a todo galope por entre los árboles, con lord Carnaby detrás intentando alcanzarla, y había perdido su sombrero, iba enlodada por una caída y estaba tan blanca como la muerte.

—Y fría como un pepino también —dijo Cothope al recordarlo, cuando me lo contó luego todo—. (Nunca parecen tener completamente la cabeza encima de los hombros, y nunca parecen perderla completamente tampoco —dijo Cothope, generalizando sobre el sexo).

Fue testigo también de cómo ella actuó con una notable decisión. El problema era decidir si debía ser llevado a la casa que ocupaba su madrastra en Bedley Corner, la casa que Carnaby les había cedido, o a la casa de Carnaby en Easting. Beatrice no tenía dudas al respecto, porque pensaba cuidarme ella personalmente. Carnaby no parecía desear que aquello ocurriera.

—Ella hubiera deseado que su casa no estuviera ni la mitad de lejos que la otra —dijo Cothope—. Nos miró a los dos…

Dudó.

—Odio que me discutan mis opiniones, así que luego tomé un podómetro. Está exactamente treinta y nueve metros más lejos.

Finalmente, remató su retrato de la escena:

—Lord Carnaby la miró fijamente por unos instantes —dijo—, y luego cedió.

5

Pero mi historia ha dado un salto de junio a octubre, y durante ese tiempo mis relaciones con Beatrice y con el lugar donde residía se desarrollaron en muchas direcciones. Ella fue y vino, moviéndose en una órbita de la que no poseo datos, yendo a Londres y a París, a Gales y a Northampton, mientras su madrastra, siguiendo algún sistema propio e independiente, desaparecía y aparecía de forma intermitente. En casa obedecían las reglas de una inflexible y vieja doncella, Charlotte, y Beatrice ejercía todos los derechos de propiedad sobre las extensas caballerizas de Carnaby. Su interés en mí se hizo evidente sin disimulos desde un principio. Enseguida halló el camino hacia mis cobertizos de trabajo, y se convirtió rápidamente, pese a los sinceros intentos de Cothope por desanimarla, en una vehemente aficionada a la aeronáutica. Algunas veces llegaba por la mañana, otras, por la tarde, algunas a pie con un terrier irlandés y otras, a caballo. Acudía para pasar tres o cuatro horas cada día; desaparecía durante una quincena o tres semanas, y luego regresaba.

No pasó mucho tiempo antes de que yo empezara a buscarla. Desde un principio la encontré de lo más interesante. Para mí era un nuevo tipo femenino completamente distinto… Creo haber dejado bien sentado ya lo limitado que era mi conocimiento de las mujeres. Pero ella hizo que me interesara no simplemente en ella, sino también en mí mismo. Se convirtió para mí en algo que cambia enormemente el mundo de un hombre. ¿Cómo expresarlo? Se convirtió en mi audiencia. Desde que emergí de la evolución emocional del asunto he pensado en él desde un centenar de aspectos, y me parece que esta forma en la que un hombre y una mujer se convierten en la audiencia el uno del otro es una fuerza curiosamente influyente en sus vidas. Para algunos parece que una audiencia es una necesidad vital, buscan la audiencia como los animales buscan la comida; otros, mi tío entre ellos,

pueden actuar ante una audiencia imaginaria. Yo creo haber vivido y poder vivir sin ninguna. En mi adolescencia, yo fui mi propia audiencia y mi propia corte de honor. Y tener una audiencia en tu propia mente es actuar aparte, volverte tímido y dramático. Durante muchos años me he descuidado de mí mismo para dedicarme a la ciencia. Viví para el trabajo y para los intereses impersonales hasta que descubrí el escrutinio, el aplauso y la expectación en los ojos de Beatrice. Luego empecé a vivir para el efecto que imaginaba causaba en ella, hasta que eso se convirtió muy pronto en el valor principal de mi vida. Actuaba para ella. Hacía cosas por su apariencia. Empecé a soñar cada vez más en hermosas situaciones y en poses y grupos con ella y para ella.

Digo estas cosas porque me desconciertan. Creo que estaba enamorado de Beatrice, tal como se comprende normalmente el amor, pero era un estado completamente distinto de mi apasionada hambre por Marion, o mi anhelante deseo sensual y mi placer con Effie. Esas eran cosas sinceras y egoístas, fundamentales e instintivas, tan sinceras como el salto de un tigre. Pero hasta que las cosas condujeron a una crisis con Beatrice, fue una inmensa insurrección de una calidad completamente distinta. Afirmo desde aquí, de una forma seria y quizá absurda, que sin duda todo esto no son más que elementales lugares comunes para mucha gente. Este amor que creció entre Beatrice y yo era, creo —lo digo de una forma vacilante y más bien curiosa—, un amor romántico. Esa desafortunada y truncada aventura de mi tío y la dama Scrymgeour era realmente del mismo corte, si bien de naturaleza algo distinta. Tengo que admitirlo. El factor de la audiencia era de importancia primordial en ambos casos.

Sus efectos sobre mí fueron convertirme de nuevo, en muchos aspectos, en un adolescente. Me hizo más sensible al pundonor y más ansioso por realizar grandes y espléndidas cosas y, en particular, cosas atrevidas. Eso me ennobleció y me elevó. Pero también me empujó hacia cosas vulgares y ostentosas. Pero en el fondo era falso; daba a mi vida la apariencia de un escenario teatral, con la audiencia a un lado, otro lado que no tenía intención de mostrarse, y una economía de bienes. Ciertamente robó a mi trabajo mucha paciencia y calidad. Cercenó los afanes investigadores en mi

ansiedad y en su ansiedad, convirtiéndolos en elegantes floreos en el aire, vuelos que podían ser contados. Eludí el camino largo.

Y me robó también toda aguzada percepción de lo absurdo…

Sin embargo, eso no fue todo en nuestras relaciones. Lo más elemental estaba también ahí. Ocurrió muy de repente.

Fue un día de verano, aunque no recuerdo ahora sin tener que acudir a las notas de mis experimentos si fue en julio o en agosto. Yo estaba trabajando con un nuevo aeroplano más parecido a un pájaro, con curvaturas en las alas estudiadas de Lilienthal, Pilcher y Phillips, que creía podían dar un ritmo distinto a las cabeceantes oscilaciones que había sufrido antes en varias ocasiones. Realizaba mi largo planeo desde el punto de despegue en el viejo montículo junto a mis cobertizos hasta Tinker's Corner. Es una zona de terreno despejada, excepto dos o tres setos de boj y espino a la derecha de mi trayectoria; sin embargo, hay una hondonada con algunos matorrales y una pequeña conejera que lo cruza desde el este. Hacía un día claro, y estaba muy atento a las características de la peculiarmente larga trayectoria por la que me llevaba mi nuevo modelo. Entonces, sin ningún tipo de advertencia, directamente frente a mí, apareció Beatrice cabalgando hacia Tinker's Corner para esperarme y charlar conmigo. Miró por encima de su hombro, me vio acercarme, impulsó el caballo al galope, y entonces el bruto se asustó, dio un salto, y se colocó directamente en el camino de mi máquina.

Hubo un extraño momento de duda acerca de qué hacer para no chocar. Tuve que decidir muy rápido entre dejarme caer bruscamente en picado con la esperanza de no sufrir ningún daño, una esperanza muy remota, a fin de evitar cualquier riesgo para ella, o elevarme contra el viento y planear directamente por encima de Beatrice. Hice esto último. Ella ya había conseguido dominar su caballo cuando pasé por encima. Inclinó su cuerpo sobre el cuello de la montura, y alzó la vista mientras yo, con las alas completamente extendidas y todos los nervios en estado de tensión, planeaba sobre ella.

Luego aterricé, y me dirigí hacia donde se hallaba su caballo, inmóvil y temblando.

No intercambiamos ningún saludo. Ella se deslizó de la silla a mis brazos, y por un instante la apreté fuertemente contra mí.

—Esas grandes alas —dijo ella, y eso fue todo.

La noté fláccida en mis brazos, y por un momento pensé que se había desmayado.

—Ha estado muy cerca de producirse un desagradable accidente —dijo Cothope, tras llegar corriendo junto a nosotros y mirándonos con desaprobación—. Es muy peligroso cruzar así.

Beatrice se apartó de mí, se quedó allá temblorosa por un momento, y luego se sentó en la hierba.

—Solo necesito sentarme un momento —dijo. Y tras unos instantes—: ¡Oh!

Se cubrió el rostro con las manos, mientras Cothope la contemplaba con una expresión entre suspicaz e impaciente.

Durante unos momentos nadie se movió. Luego Cothope observó que quizá fuera conveniente darle un poco de agua.

En cuanto a mí, me sentí lleno por una nueva y extravagante idea, nacida no sé exactamente cómo de aquel incidente, con el momentáneo contacto y las intensas emociones, de que tenía que hacer el amor con Beatrice. No veo ninguna razón en particular por la cual ese pensamiento tuviera que presentárseme en aquel momento, pero así fue. No creo que antes de aquello hubiera pensado en absoluto en nuestras relaciones en tales términos. De pronto, recuerdo ahora, surgió el factor de la pasión. Ella permanecía sentada allí en el suelo, mientras yo estaba de pie junto a ella, y ninguno de los dos dijo una palabra. Pero fue como si algo nos hubiera sido gritado desde el cielo.

Cothope había dado veinte pasos, quizá, cuando ella apartó las manos de su rostro.

—No necesito agua —dijo—. Grítale que vuelva.

6

Después de eso, la naturaleza de nuestras relaciones cambió. La vieja camaradería había desaparecido. Acudió a verme con menos frecuencia, y cuando lo hacía traía a alguien con ella, normalmente el viejo Carnaby, y era él quien llevaba casi todo el peso de la conversación. Durante todo setiembre ella estuvo fuera. Cuando nos hallábamos juntos, a solas, había entre nosotros una curiosa reserva. Nos convertíamos en nubes de inexpresables sentimientos el uno hacia el otro; no podíamos pensar en nada que no fuera demasiado trascendental para expresarlo en palabras.

Entonces se produjo el accidente del *Lord Roberts α*, y me encontré con el rostro vendado en un dormitorio de Bedley Corner, con Beatrice presidiendo por encima de una ineficiente enfermera, lady Osprey muy colorada e impresionada al fondo, y mi tía interviniendo, celosa.

Mis heridas eran mucho más aparatosas que serias, y hubiera podido ser llevado a Lady Grove al día siguiente, pero Beatrice no lo permitió, y me mantuvo en Bedley Corner durante tres días completos. Por la tarde del segundo día se volvió extremadamente solícita hacia la enfermera, diciéndole que necesitaba tomar un poco el aire, la envió fuera durante una hora en medio de una persistente lluvia, y se sentó a mi lado a solas.

Le pedí que se casara conmigo.

En su conjunto, tengo que admitir que no era una situación que se prestara a la elocuencia. Yo estaba tendido de espaldas y hablaba entre vendajes y con una cierta dificultad, porque mi lengua y boca estaban hinchadas. Pero me sentía dolorido y febril, y el suspense emotivo que se había establecido desde hacía tanto tiempo entre nosotros se había convertido ahora en una impaciencia insoportable.

—¿Estás cómodo? —preguntó.

—Sí.

—¿Quieres que te lea algo?

—No. Quiero hablar.

—No puedes. Es mejor que hable yo.

—No —dije—. Quiero hablarte yo.

Se acercó y se detuvo a mi lado, y me miró directamente a los ojos.

—No… No quiero que hables —dijo—. Tengo entendido que no puedes hablar.

—Había concebido algunas esperanzas… sobre ti.

—Será mejor que no hables. No hables ahora. Déjame charlar a mí. No deberías hablar.

—No es mucho lo que tengo que decir —murmuré.

—Será mejor que no lo hagas.

—No voy a quedar desfigurado —dije—. Solo una cicatriz.

—¡Oh! —exclamó, como si hubiera esperado algo completamente distinto—. ¿Pensabas que ibas a quedar como una especie de gárgola?

—*L'homme qui rit!* No sé… Pero no te preocupes, todo está bien. ¡Qué hermosas flores!

—Asteres silvestres —dijo—. Me alegra que no quedes desfigurado. Y esas son girasoles perennes. ¿No sabes nada de flores? Cuando te vi en el suelo pensé que estabas muerto. Tenías que estarlo, según todas las reglas del juego.

Dijo algunas otras cosas, pero yo estaba pensando en mi siguiente movimiento.

—¿Somos socialmente iguales? —pregunté de pronto.

Se me quedó mirando.

—Extraña pregunta —dijo.

—¿Pero lo somos?

—Hummm. Es difícil de decir. ¿Pero por qué lo preguntas? Oh, está bien, olvídalo. ¿Importa mucho?

—No. Mi mente está confusa. Quiero saber si te casarás conmigo.

Palideció y no dijo nada. De pronto me di cuenta de que iba a tener que argumentar con ella.

—¡Malditos sean estos vendajes! —exclamé, sumiéndome en una inútil rabia febril.

Se entregó afanosamente a sus deberes de enfermera.

—¿Qué haces? ¿Por qué estás intentando sentarte? ¡Échate! No te toques las vendas. Te dije que no hablaras.

Permaneció allí de pie por un momento, sin saber qué hacer, luego me sujetó firmemente por los hombros y me empujó con suavidad contra la almohada. Sujetó la muñeca de la mano que había alzado hacia mi rostro.

—Te dije que no hablaras —susurró muy cerca de mi rostro—. Te dije que no hablaras. ¿Por qué no me obedeciste?

—Has estado evitándome durante todo un mes —dije.

—Lo sé. Hubieras podido comprenderlo. Baja tu mano… Ponla aquí, a tu lado.

Obedecí. Ella se sentó en el borde de la cama. Un ligero enrojecimiento se había aposentado en sus mejillas, y sus ojos eran muy brillantes.

—Te dije —repitió— que no hablaras.

Mis ojos la interrogaron con sigilo.

Apoyó una mano sobre mi pecho. Sus ojos tenían una expresión atormentada.

—¿Cómo puedo responderte ahora? —dijo—. ¿Cómo puedo decir nada ahora?

—No te comprendo —murmuré.

No respondió.

—¿Quieres decir que tiene que ser No?

Asintió.

—Pero… —dije, y toda mi alma estuvo llena de acusaciones.

—Lo sé —murmuró—. No puedo explicarlo. No puedo. Pero tiene que ser: ¡No! Es imposible. Es absolutamente, definitivamente, eternamente, imposible… ¡Mantén tus manos quietas!

—Pero —dije—, cuando nos encontramos de nuevo…

—No puedo casarme. No puedo y no lo haré.

Se puso en pie.

—¿Por qué has hablado? —gritó—. ¿Es que no puedes ver?

Parecía haber algo que le resultaba imposible decir.

Se dirigió a la mesilla que había al lado de mi cama y se abalanzó sobre los asteres silvestres, desarreglándolos más que arreglándolos.

—¿Por qué has hablado de esto? —dijo, en un tono de infinita amargura —. ¡Empezar así…!

—¿Pero de qué se trata? —quise saber—. ¿Es alguna circunstancia…, mi posición social?

—¡Oh, al diablo tu posición social! —gritó.

Se dirigió hacia la ventana más alejada, y se quedó allí contemplando la lluvia. Durante largo rato permanecimos en un completo silencio. El viento y la lluvia lanzaban pequeñas rachas de gotas contra el cristal. Se volvió bruscamente hacia mí.

—No me has preguntado si te amaba —dijo.

—¡Oh, si es eso! —contesté.

—No es eso. Pero si quieres saberlo…

Hizo una pausa.

—Te amo —dijo finalmente.

Nos miramos el uno al otro.

—Te amo… con todo mi corazón, si es eso lo que quieres saber.

—Entonces, ¿por qué demonios…? —pregunté.

No respondió. Cruzó la habitación hasta el piano y empezó a tocar, demasiado ruidosa y rápidamente, con extraños arranques de énfasis, la melodía pastoral para flauta del último acto de *Tristán e Isolda*. Falló una nota, falló de nuevo, pasó furiosamente un dedo por toda la escala, golpeó apasionadamente el piano con el puño, haciendo resonar débilmente los bajos, se puso en pie de un salto, y salió de la habitación…

La enfermera me encontró llevando todavía mi casco de vendajes, parcialmente vestido, y rebuscando por toda la habitación para encontrar el resto de mis ropas. Me hallaba en un estado de exasperado apetito por Beatrice, y me sentía demasiado inflamado y debilitado como para ocultar el estado de mi mente. Me sentía débilmente furioso debido a la irritación de vestirme y sobre todo por el esfuerzo de ponerme mis pantalones sin ser capaz de ver mis piernas. Iba tambaleándome de un lado para otro, hasta que caí sobre una silla y derribé el jarrón de asteres silvestres.

Debió de ser un espectáculo detestable.

—Volveré a la cama —dije— si antes puedo tener unas palabras con miss Beatrice. Tengo algo importante que decirle. Por eso es por lo que me

estoy vistiendo.

Se me concedió eso, pero hubo largos retrasos. Si mi ultimátum fue transmitido a las altas estancias de la casa o si la enfermera se lo dijo directamente a Beatrice es algo que no llegué a saber nunca, y no puedo imaginar lo que lady Osprey pudo llegar a hacer en el primer caso…

Finalmente, Beatrice entró y se detuvo al lado de mi cama.

—¿Y bien? —preguntó.

—Todo lo que quiero decir —murmuré, con el quejumbroso tono de un niño incomprendido— es que no puedo tomar esto como algo definitivo. Quiero verte y hablarte cuando me encuentre mejor…, y escribirte. No puedo hacer nada de eso ahora. No puedo razonar.

Me vi abrumado por la autocompasión y empecé a lloriquear.

—No puedo descansar. ¿Entiendes? No puedo hacer nada.

Se sentó de nuevo a mi lado y dijo suavemente:

—Prometo que hablaré de nuevo contigo de todo esto. Cuando estés bien. Te prometo que nos encontraremos en algún lugar donde podamos hablar. No puedes hablar ahora. Te pedí que no hablaras. Todo lo que querías saber ya lo sabes… ¿Te basta?

—Me gustaría saber…

Volvió la mirada para ver si la puerta estaba cerrada, se levantó y se dirigió hasta ella para comprobarlo.

Luego se inclinó a mi lado y empezó a susurrar muy suave y rápidamente, con su rostro muy cerca del mío.

—Querido —dijo—, te quiero. Si eso te hace feliz me casaré contigo. Hace un momento me sentía con un estado de ánimo…, estúpido y desconsiderado. Por supuesto que me casaré contigo. Eres mi príncipe, mi rey. Las mujeres sufrimos a veces unos estados de ánimo… que actuamos de una forma extraña. Decimos «No» cuando queremos decir «Sí»… y nos hundimos en la crisis. De modo que Sí… sí… sí. Yo… ni siquiera puedo besarte. Dame tu mano para que la bese. Entiende que soy tuya. ¿Lo entiendes? Soy tuya como si lleváramos casados cincuenta años. Tu esposa… Beatrice. ¿Es eso suficiente? Ahora…, ¿descansarás?

—Sí —contesté—. Pero ¿por qué…?

—Hay complicaciones. Hay dificultades. Cuando estés mejor serás capaz de… comprenderlas. Pero ahora no importan. Ahora sabes que este tiene que ser nuestro secreto… por un tiempo. Un secreto absoluto entre nosotros dos. ¿Me lo prometes?

—Sí —dije—. Comprendo. Me gustaría poder besarte.

Ella apoyó su cabeza al lado de la mía por un momento, y luego besó mi mano.

—¡No me importan las dificultades que haya! —exclamé, y cerré los ojos.

7

Pero apenas estaba empezando a calibrar los incontables elementos en Beatrice. Durante una semana después de mi regreso a Lady Grove no supe nada de ella, y luego vino a visitarme con lady Osprey y trajo un enorme ramillete de girasoles perennes y asteres silvestres, «exactamente las mismas flores que había en tu habitación», dijo mi tía con los ojos clavados en mí. No hablé ni un segundo a solas con ella entonces, y ella aprovechó la ocasión para decirnos que iba a ir a Londres por un número indefinido de semanas. Ni siquiera pude suplicarle que me escribiera, y cuando lo hizo fue con una breve, enigmática y amistosa carta que no contenía ni una sola palabra de la realidad que había entre nosotros.

Le escribí en respuesta una extensa carta de amor —mi primera carta de amor—, y no recibí ninguna contestación durante ocho días. Luego llegó una nota garabateada: «No puedo escribir cartas. Espera hasta que podamos hablar. ¿Te encuentras mejor…?».

Pienso que el lector se sentiría divertido si pudiera ver los papeles que tengo sobre mi escritorio mientras escribo todo esto, las páginas mezcladas y corregidas, la ordenación experimental de notas, las hojas de sugerencias, los campos de batalla intelectuales llenos de tachaduras en los cuales he estado luchando. Encuentro que este relato de mis relaciones con Beatrice es la parte más difícil de escribir de mi historia. Creo que soy una persona muy objetiva. He olvidado los estados de ánimo, y esto fue en buena parte un asunto de estados de ánimo. Y esos estados de ánimo y emociones, tal como los recuerdo, resultan muy difíciles de trasladar al papel. Para mí es algo tan difícil como describir un sabor o un olor.

Además, la historia objetiva está hecha de pequeñas cosas que son difíciles de establecer en su orden adecuado. Y el amor es una pasión histérica, ahora alta, ahora baja, ahora exaltada, y ahora intensamente física.

Nadie se ha atrevido nunca todavía a contar completamente una historia de amor, sus alternancias, sus idas y venidas, sus momentos de deterioro, sus odios. En las historias de amor que contamos únicamente contamos las consecuencias, los efectos principales…

¿Cómo puedo rescatar ahora del pasado las cualidades místicas de Beatrice; mi intenso anhelo por ella; mi abrumador, irracional, informe deseo? ¿Cómo puedo explicar lo íntimamente que esa adoración se mezcló con una muy impaciente resolución de hacerla mía, de tomarla por la fuerza y el valor, de amarla de una forma violenta y heroica? ¿Y luego las dudas, el desconcertante freno ante el hecho de sus fluctuaciones, de su negativa a casarse conmigo, y el hecho de que incluso cuando finalmente regresó a Bedley Corner pareció eludirme?

Eso me exasperó y me dejó perplejo más allá de toda medida. Sentí que se trataba de una traición. Pensé en todas las explicaciones concebibles, y la más exaltada y romántica confidencia suya no solo se alternaba sino que se mezclaba con los más bajos recelos.

Y entre toda esta maraña de recuerdos aparece la figura de Carnaby, surgiendo lentamente desde el fondo hasta adquirir una posición de importancia, como una influencia, como un hilo predominante en las redes que nos mantienen aparte, como un rival. ¿Cuáles fueron las fuerzas que la apartaban de mí cuando tan claramente había manifestado que me amaba? ¿Pensaba casarse con él? ¿Había invadido yo algún esquema planeado desde hacía mucho tiempo? Resultaba evidente que yo no le caía bien, que en alguna medida había alterado su mundo. Ella volvió a Bedley Corner, y durante algunas semanas estuvo rehuyéndome, y ni una vez pudimos hablar con ella a solas. Cuando venía a mis cobertizos, Carnaby iba siempre con ella, celosamente observador. (¿Por qué diablos no podía enviarle ella a que se ocupara de sus propios asuntos?). Los días fueron pasando, mientras mi ira se acumulaba.

Había resuelto ya todos los problemas de la construcción del *Lord Roberts β* aquella noche que había permanecido despierto en Bedley Corner. Lo tuve todo planeado antes de que fueran retirados los vendajes de mi rostro. Concebí ese segundo globo dirigible de una manera grandiosa. Tenía que ser un segundo *Lord Roberts α*, solo que más; tenía que ser tres

veces más grande, lo suficientemente amplio como para transportar a tres hombres, y tenía que ser una triunfante reivindicación de mis derechos sobre el aire. La estructura tenía que ser hueca como los huesos de un pájaro, estanca, y el aire bombeado dentro o fuera a medida que cambiaba el peso del combustible que llevaba. Hablé y alardeé mucho con Cothope —del que sospechaba un cierto escepticismo acerca de aquel nuevo tipo— sobre lo que pensaba hacer, y fui progresando… lentamente. Progresé lentamente debido a que me sentía inseguro e intranquilo. A veces iba a Londres para aprovechar cualquier posibilidad de ver a Beatrice allí, a veces dedicaba un día entero simplemente a planear, y aquel duro y peligroso ejercicio me llenaba. Y por aquel entonces, en los periódicos, en las conversaciones, en todas partes a mi alrededor, estaba surgiendo un nuevo invasor a mi estado mental. Algo les estaba ocurriendo a los grandes esquemas de los negocios de mi tío; la gente estaba empezando a dudar, a preguntar. Era el primer estremecimiento de aquella tremenda inseguridad, el primer tambaleo de aquel gigantesco crédito que había mantenido girando durante tanto tiempo.

Hubo idas y venidas. Noviembre y diciembre pasaron. Tuve dos encuentros insatisfactorios con Beatrice, encuentros sin la menor intimidad, en los cuales nos dijimos cosas que necesitaban una atmósfera especial, de mala manera y furtivamente. Le escribí varias veces y ella me respondió con notas que a veces no se correspondían con lo que yo le había dicho, y otras veces condenaba con insinceras evasivas. «No lo comprendes. Todavía no puedo explicártelo. Sé paciente conmigo. Deja las cosas en mis manos un poco más de tiempo». Eso me escribía.

Hablaba en voz alta de esas notas y discutía acerca de ellas en mi sala de trabajo… mientras los planos del *Lord Roberts β* aguardaban.

—¡No me das ninguna oportunidad! —decía—. ¿Por qué no me dejas conocer el secreto? Para eso estoy yo aquí… ¡Para que me cuentes tus dificultades! ¡Para allanar esas dificultades!

Y finalmente ya no pude seguir enfrentándome a esas acumulantes presiones.

Adopté una postura arrogante y violenta que no le dejaba ninguna salida; me comporté como si estuviéramos viviendo en el seno de un

melodrama.

«Tienes que venir y hablar conmigo —le escribí—, o vendré a buscarte y te llevaré por la fuerza. Te deseo, y el tiempo avanza inexorablemente».

Nos encontramos para dar un paseo en las plantaciones superiores. Debió de ser a primeros de enero, porque había nieve en el suelo y en las ramas de los árboles. Caminamos arriba y abajo durante una hora o más, y desde el principio situé un tono demasiado alto en el lado romántico e hice el entendimiento imposible. Fue nuestro peor momento juntos. Yo alardeaba como un actor, y ella, no sé por qué, estaba cansada y como cohibida.

Ahora que vuelvo a pensar en aquella charla a la luz de todo lo ocurrido desde entonces, puedo imaginar que vino a mí llena de una atracción humana que yo fui lo suficientemente estúpido como para dejarle mostrar. No sé. Confieso que nunca he comprendido enteramente a Beatrice. Confieso que aún me siento perplejo ante muchas cosas que ella dijo e hizo. Aquella tarde, sin embargo, fue imposible. Yo planteé y regañé. Estaba, dije, «¡dispuesto a agarrar el Universo por la garganta!».

—Si tan solo se tratara de eso —dijo ella, pero aunque la oí no la escuché.

Al final renunció y no habló más. En vez de ello se me quedó mirando… como una cosa más allá de su control pero no por ello menos interesante, del mismo modo que me había mirado desde detrás de la falda de lady Drew en la Conejera cuando los dos éramos unos niños. Una vez incluso creo que sonrió débilmente.

—¿Cuáles son las dificultades? —grité—. ¡No hay ninguna dificultad que yo no pueda superar por ti! ¿Cree tu gente que no soy un igual para ti? ¿Quién dice eso? ¡Querida, dime que consiga un título! ¡Lo haré en cinco años!

»Aquí me tienes, un hombre adulto, ante ti. Deseo algo por lo que luchar. ¡Déjame luchar por ti!

»Soy rico sin desearlo. Déjame desearlo, dame una excusa honorable para ello, ¡y pondré toda esa podrida y vieja conejera de Inglaterra a tus pies!

Dije muchas cosas como estas. Las escribo ahora con todo su resonante orgullo de base. Dije todas estas vacías y estúpidas cosas, y forman parte de

mí. ¿Por qué debería seguir refrenando el orgullo y avergonzarme de ellas? Le grité.

Pasé de esa megalomanía a las más mezquinas acusaciones.

—¿Crees que Carnaby es un hombre mejor que yo? —dije.

—¡No! —exclamó, rompiendo a hablar—. ¡No!

—Crees que somos insustanciales. Has escuchado todos esos rumores que ha esparcido Boom porque hablamos de lanzar un periódico propio. Cuando estás conmigo sabes que soy un hombre; cuando te marchas piensas que soy un fraude y un chiquillo… No hay ni una palabra de verdad en todas las cosas que dicen de nosotros. He sido indolente. He abandonado cosas. Pero solo tienes que probarnos. No sabes lo amplio y lejos que hemos extendido nuestras redes. Ahora mismo tenemos un golpe maestro, una expedición, entre manos. Nos pondrá en órbita…

Sus ojos pidieron mudamente, y pidieron en vano, que dejara de alardear de las auténticas cualidades que ella admiraba en mí.

Por la noche no pude dormir pensando en aquella conversación y en las vulgares cosas que yo había dicho. No podía comprender los retorcidos senderos que había tomado mi mente. Me sentía profundamente disgustado. Y las indeseadas dudas acerca de mí mismo se extendieron del descontento simplemente personal a nuestra posición financiera. Estaba muy bien hablar como lo había hecho de riqueza y poder y títulos nobiliarios, pero ¿qué sabía actualmente de la posición de mi tío? ¡Supongamos que en medio de todos aquellos alardes y toda aquella confianza se producía algún imprevisto que yo no había sospechado, alguna podredumbre que él me había ocultado cuidadosamente! Decidí que ya había estado jugueteando bastante con la aeronáutica, que a la mañana siguiente iría a verle y dejaría bien claras las cosas entre nosotros.

Tomé el primer tren y me presenté en el Hardingham.

Llegué al Hardingham atravesando una densa niebla londinense para ver cómo estaban realmente las cosas. Antes de haber hablado diez minutos con mi tío me sentía como un hombre que acaba de despertarse de un grandioso sueño en una desolada e inhóspita habitación.

IV

Cómo robé los montones de quap de la Isla Mordet

1

—Vamos a tener que luchar por ello —dijo mi tío—. ¡Tenemos que enfrentarnos a la música!

Recuerdo que apenas lo vi tuve una sensación de inminente calamidad. Estaba sentado bajo la luz eléctrica, con la sombra de su pelo trazando líneas en su rostro. Parecía como arrugado, como si su piel se hubiera vuelto de pronto fláccida y amarillenta. La decoración de la estancia parecía haber perdido su frescura, y fuera —las persianas estaban alzadas— no había tanto niebla como una parda oscuridad. Uno veía los contornos de las deslustradas chimeneas opuestas la una a la otra de una forma muy definida, y luego ese cielo amarronado que tan solo Londres puede exhibir.

—Vi un cartel —dije—. «Más Ponderividad».

—Ese es Boom —gruñó mi tío—. Boom y sus malditos periódicos. Está intentando hacerme caer. Desde que le ofrecí comprarle el *Daily Decorator* ha estado tras de mí. Y piensa que fusionando Art Do bajará la publicidad. ¡Lo quiere todo, maldito sea! No tiene el sentido de los negocios. ¡Me gustaría abofetearle!

—Bien —dije—, ¿qué hay que hacer?

—Seguir adelante —contestó mi tío.

Mordisqueó su puro.

—Aún aplastaré a Boom —añadió, con una repentina violencia.

—¿Nada más? —pregunté.

—Vamos a seguir adelante. Esto es una alarma pasajera. ¿Has visto las habitaciones? La mitad de la gente que hay ahí afuera esta mañana son periodistas. ¡Y si hablo lo interpretarán como quieran…! ¡No sirve de nada hacer declaraciones! No hacen nada más que poner titulares… insultándote. No sé por qué vienen los periodistas. Todo es obra de Boom.

Maldijo a lord Boom con un vigor considerablemente imaginativo.

—Bien —dije—, ¿qué puede hacer?

—Empujarnos contra el tiempo, George; hacer que el dinero se ponga difícil para nosotros. Estamos manejando un montón de dinero… y se está poniendo difícil.

—¿Somos solventes?

—Oh, somos solventes, George. ¡Créeme en eso! Pero de todos modos… Hay mucha parte de imaginación en esas cosas… No somos lo bastante solventes. No del todo.

Estalló.

—¡Maldito Boom! —dijo, y sus ojos se clavaron desafiantes en los míos por encima de sus gafas.

—¿No podemos, supongo, frenar un poco…, detener los gastos?

—¿Dónde?

—Bueno… Crest Hill.

—¡Eso! —estalló—. ¡Yo parar Crest Hill a causa de Boom! —Agitó un puño como si fuera a golpear su tintero, y se controló con dificultad. Finalmente habló con una voz razonable—: Si lo hiciera —dijo—, eso le daría algo sobre lo que lanzarse. No es bueno hacerlo, aunque yo lo quisiera. Todo el mundo tiene los ojos fijos en ese lugar. Si parara de edificar, todo se vendría abajo en una semana.

Tuvo una idea.

—Me gustaría poder hacer algo para iniciar una huelga o algo así. Pero no hay ninguna posibilidad. Trato a esos trabajadores un poco demasiado bien. No, pase lo que pase, Crest Hill sigue adelante hasta que nos hallemos bajo el agua.

Empecé a hacer preguntas e inmediatamente se irritó.

—¡Oh, echa a un lado esas explicaciones, George! —exclamó—; solo haces que las cosas parezcan peores de lo que son. Ahora es todo asunto

suyo. No se trata de cifras. Estamos bien…, solo hay una cosa que tenemos que hacer.

—¿Sí?

—Mostrar que aún valemos, George. Ahí es donde entra este quap; eso es lo que vi enseguida cuando me trajiste la noticia hace dos semanas. Todo está preparado, tenemos nuestra opción sobre el filamento perfecto, y todo lo que necesitamos es el canadio. Nadie sabe que hay más canadio en el mundo del que cabe en el borde de una moneda de seis peniques excepto tú y yo. Nadie piensa en el filamento perfecto excepto como una hermosa teoría. Cincuenta toneladas de quap, y convertiremos esta hermosa teoría en algo tangible… Haremos que el negocio de las bombillas se siente sobre su cola y se ponga a aullar. Pondremos a Edison y a todos ellos en un campo con nuestros pantalones del año pasado y un sombrero de paja, y les haremos que vigilen que los pájaros no se acerquen a una maceta de geranios. ¿Entiendes? ¡Lo haremos a través de Organizaciones Empresariales, y ya está! ¿Entiendes? ¡El Filamento Patentado Capern! ¡El Ideal y el Auténtico! ¡Lo haremos, George! ¡Haremos saltar la banca! Y entonces iremos a darle la bofetada a Boom: se acordará de ella durante cincuenta años. Está aguardando la reunión Londres-África. Dejemos que aguarde. Podemos hacer que todo su periódico se vuelva contra él. Dice que las acciones de Organizaciones Empresariales no valen ni cincuenta y dos, y que nosotros las hinchamos a ochenta y cuatro. Bien, veremos. Estamos preparados para responderle… cargando nuestras pistolas.

Su pose era triunfal.

—Sí —dije—, todo esto está muy bien. Pero no puedo evitar pensar qué hubiera ocurrido si no llegamos a saber por accidente lo del Filamento Perfecto Capern. Porque ya sabe que se trató de un accidente…, el que yo me enterara de ello.

Arrugó su nariz en una expresión de impaciente desagrado ante mi poca razonabilidad.

—Y después de todo, la reunión es en junio, ¡y usted aún no ha empezado a recoger el quap! A fin de cuentas, aún tenemos que cargar nuestras armas…

—Empiezan el jueves.

—¿Tienen el bergantín?

—Tienen un bergantín.

—¡Gordon-Nasmyth! —dudé.

—Seguro como un Banco —dijo—. Cuanto más veo de ese hombre, más me gusta. Lo único que desearía sería poder disponer de un vapor en vez de un barco de vela…

—Y —proseguí— parece olvidar usted que acostumbraba a desaparecer de tanto en tanto sin dar explicaciones. Este asunto del canadio y del Filamento Capern parece que le ha hecho precipitarse. Después de todo…, se trata de un robo, y en cierto modo de una violación internacional. Tienen dos cañoneras en la costa.

Me puse en pie y me dirigí a la ventana, y me quedé contemplando la niebla.

—¡Y, por Dios, es como quien dice nuestra única posibilidad…! No es un sueño.

Me volví hacia él.

—He estado en las nubes —dije—. Los cielos saben que lo he estado. Y aquí tenemos nuestra única oportunidad…, y usted se la entrega a ese lunático aventurero para que lo haga a su manera… ¡En un bergantín!

—Bien, podías haber dicho algo…

—Me hubiera gustado haberme metido antes en esto. Hubiéramos podido ir en un vapor hasta Lagos o a uno de esos lugares de la Costa Occidental, y partir desde allí. ¡Imagine a un bergantín en el Canal en esta época del año, si el viento sopla del sudoeste!

—A mí también me habría gustado que te hubieras metido antes, George. De todos modos, ¿sabes, George…?, confío en él.

—Sí —dije—. Sí, yo también confío en él. En cierto modo. Pero…

Tomó un telegrama que tenía encima de su escritorio y lo abrió. Su rostro se puso pálido amarillento. Depositó el fino papel color rosa sobre la mesa con un lento y reluctante movimiento y se quitó las gafas.

—George —dijo—, la suerte está en contra nuestra.

—¿Qué?

Hizo una extraña mueca con la boca hacia el telegrama.

—Esto.

Lo tomé y leí: «Accidente coche fractura múltiple pierna Gordon Nasmyth qué hacemos con Mordet ahora».

Por un momento ninguno de los dos habló.

—Todo está bien —dije finalmente.

—¿Eh? —murmuró mi tío.

—Yo iré. Traeré ese quap o reventaré.

2

Tuve la ridícula certeza de que estaba «salvando la situación».

—Yo voy a ir —dije dramáticamente, con plena convicción. Veía todo el asunto— ¿cómo podría expresarlo?— con colores americanos.

Me senté a su lado.

—Deme todos los datos que tenga —dije—, y yo me encargaré de todo.

—Pero nadie sabe exactamente dónde…

—Nasmyth lo sabe, y él me lo dirá.

—Nunca lo ha hecho —dijo mi tío, y se me quedó mirando.

—Ahora que no puede ir personalmente, me lo dirá.

Se lo pensó unos instantes.

—Sí, creo que lo hará.

Chupó furiosamente su puro.

—George —dijo—, si consigues sacar esto adelante… Una o dos veces antes te metiste en el momento oportuno… Con esa especie de Zooom tuyo…

Dejó la frase sin terminar.

—Deme ese bloc de notas —pedí— y cuénteme todo lo que sepa. ¿Dónde está el barco? ¿Dónde está Pollack? ¿Y de dónde viene ese telegrama? Si puede echársele la mano encima a ese quap, lo conseguiré o reventaré. Si usted se queda aquí aguantando las cosas hasta que regrese con él…

Y así fue como me metí en la más loca aventura de mi vida.

Requisé inmediatamente el mejor automóvil de mi tío. Aquella noche llegué al lugar que se citaba en el telegrama como el despacho de Nasmyth, Bampton S. O. Oxon, lo localicé tras algunos problemas en aquel centro, planteé las cosas claras con él y obtuve sus referencias explícitas; y estaba inspeccionando el *Maud Mary* con el joven Pollack, su primo y ayudante, a

la tarde siguiente. Fue más bien un shock para mí, algo absolutamente fuera de mi estilo, un monstruo de bergantín endurecido en el comercio de la patata, e inundado de punta a punta con el débil y sutil olor de la patata cruda, que había perdurado por encima del olor temporal de la nueva pintura. Era un monstruo de bergantín, sucio y gastado, y lo habían lastrado con hierro viejo y viejos raíles y traviesas de hierro, mezclados con un heterogéneo surtido de palas y carretillas para cargar el quap. Le di un vistazo junto con Pollack, uno de esos jóvenes altos y rubios que fuman en pipa y no ayudan mucho, y luego otro por mí mismo, y como resultado de ello hice todo lo que pude por dejar a Gravesend sin tablones de todas clases y medidas, y conseguí tanta cuerda como me fue posible para atarlos entre sí. Tenía intuición de que podíamos necesitar construir un muelle. Además de todo aquel lastre tenía remotamente oculta de una forma más o menos discreta un cierto número de ambiguas cajas que no examiné, pero que supuse podían ser una previsión ante la necesidad de un posible trato.

El capitán era un ser de lo más extraordinario, que creía que íbamos en busca de mena de cobre; era un judío rumano, de violentos tics en el rostro, que había conseguido su título tras algunas experiencias náuticas preliminares en el mar Negro. El contramaestre era un hombre de Essex de impenetrable reserva. La tripulación era sorprendentemente variopinta, indigente y sucia; la mayoría eran jóvenes y tan llenos de mugre que parecían salidos de una mina de carbón. Uno de ellos, el cocinero, era mulato; y otro, el más fornido de todos, bretón. Hubo algunas discusiones acerca de nuestra posición a bordo —no recuerdo ahora los particulares—, y finalmente yo fui nombrado supercargo y Pollack se convirtió en camarero. Esto aumentó el sabor piratesco que los insuficientes fondos y el genio original de Gordon-Nasmyth habían dado ya a la empresa.

Esos dos días de prisas en Gravesend, bajo empañados cielos, por estrechas y sucias calles, fueron una nueva experiencia para mí. Me di cuenta de que era un hombre moderno y civilizado. Encontré la comida asquerosa y el café horrible; toda la ciudad hedía en mis narices, el dueño de Las Buenas Intenciones, junto al muelle, tuvo una buena pelea con nosotros antes de que yo pudiera conseguir siquiera un baño caliente, y la habitación donde dormí estaba infestada de una gran cantidad de exóticos

pero voraces parásitos planos, que los del lugar llamaban «bichos», en las paredes, en las maderas y por todas partes. Luché contra ellos con polvos insecticidas, y los descubrí moribundos por la mañana. Estaba sumergiéndome en el miserable submundo del estado contemporáneo, y no me gustó más que cuando hice mi primera incursión en él durante el tiempo que permanecí con mi tío Nicodemus Frapp en la panadería en Chatham, donde, incidentalmente, teníamos que luchar con unas cucarachas de una variedad más pequeña y oscura, y también con bichos de todas clases.

Déjenme confesar que durante todo aquel tiempo, antes de que nos pusiéramos en camino, me sentí inmensamente retraído, y que Beatrice ocupó completamente la parte de la audiencia en mi mente. Estaba, como he dicho, «salvando la situación», y era plenamente consciente de ello. La mañana anterior a que leváramos anclas, en vez de revisar nuestro botiquín como tenía previsto, tomé el automóvil, y me trasladé a Lady Grove para contarle a mi tía el viaje que iba a emprender, vestirme y sorprender a lady Osprey con una visita después de cenar.

Las dos damas estaban en casa y solas delante de un gran fuego que parecía maravillosamente alegre tras la noche invernal. Recuerdo el efecto del pequeño saloncito donde se hallaban como algo muy brillante y doméstico. Lady Osprey, con un traje malva y encajes, estaba sentada en su sofá tapizado en calicó jugando un elaborado solitario a la luz de una alta lámpara cubierta por una pantalla; Beatrice, con un traje blanco que dejaba al descubierto su garganta, fumaba un cigarrillo en un sillón de brazos y leía con una lámpara junto a su codo. La habitación tenía paredes blancas y cortinas de calicó. En torno a esos dos brillantes centros de luz había unas cálidas y penumbrosas sombras en las cuales un espejo circular se reflejaba como un estanque de agua amarronada. Lancé mi incursión comportándome como un esclavo de la etiqueta. Hubo momentos en los cuales creo que realmente conseguí que lady Osprey creyera que mi visita era una inevitable necesidad, que hubiera sido una negligencia por mi parte el no acudir a visitarlas exactamente cómo y cuándo lo hice. Pero como máximo, esos fueron momentos transitorios.

Me recibieron con una disciplinada sorpresa. Lady Osprey se interesó por mi rostro y escrutó la cicatriz. Beatrice se mantuvo detrás de su

solicitud. Nuestros ojos se cruzaron, y en los suyos pude ver sorprendidos interrogantes.

—Me marcho —dije— a la costa oeste de África.

Hicieron preguntas, pero le convenía a mi estado de ánimo mostrarme vago.

—Tenemos intereses allí. Es urgente que vaya. No sé cuándo podré volver.

Tras lo cual me di cuenta de que Beatrice me observaba fijamente.

La conversación fue más bien difícil. Me lancé a dar profusas gracias por su amabilidad conmigo después de mi accidente. Intenté comprender el solitario de lady Osprey, pero no pareció que lady Osprey se sintiera muy ansiosa de que yo rompiera aquella soledad. Estuvo a punto de pedirme que me fuera.

—No necesitas irte todavía —dijo Beatrice bruscamente.

Se dirigió al piano, tomó un montón de partituras de un armarito cercano, observó las espaldas de lady Osprey, y haciéndome un gesto las dejó caer deliberadamente todas al suelo.

—Tenemos que hablar —susurró, arrodillándose cerca de mí mientras yo la ayudaba a recogerlas—. Vuelve mis páginas. En el piano.

—No sé leer música.

—Vuelve mis páginas.

Nos sentamos al piano, y Beatrice se puso a tocar con ruidosa inexactitud. Miró por encima de su hombro: lady Osprey había reanudado su solitario. La vieja dama tenía un color muy rosado, y parecía absorta en algún intento de engañarse a sí misma sin que nosotros lo observáramos.

—El clima de África Occidental, ¿no es horrible? ¿Vas a ir a vivir allí? ¿Por qué vas?

Beatrice hizo aquellas preguntas en voz baja, sin darme tiempo a responder. Luego, siguiendo el ritmo de la música que interpretaba, dijo:

—Detrás de la casa hay un jardín…, una puerta en el muro… que da al sendero. ¿Entiendes?

Volví un par de páginas sin ningún efecto en su interpretación.

—¿Cuándo? —pregunté.

Luchó con los acordes.

—¡Me gustaría poder interpretar esto! —dijo—. A medianoche.

Dedicó por un tiempo su atención a la música.

—Puede que tengas que esperar.

—Esperaré.

Como dicen los escolares, «desistió» de seguir tocando.

—No puedo interpretar nada esta noche —dijo, poniéndose en pie y cruzando sus ojos con los míos—. Deseaba que te fueras un poco más alegre.

—¿Eso era Wagner, Beatrice? —preguntó lady Osprey, alzando la vista de sus cartas—. Sonaba muy confuso…

Me despedí. Sentí un curioso remordimiento de conciencia cuando le dije adiós a lady Osprey. Quizá deba echarle la culpa a una primera insinuación de la mediana edad o a mi inexperiencia en asuntos románticos, pero sentí una clara objeción a la perspectiva de invadir las propiedades de aquella buena dama por la puerta del jardín. Subí con el coche hasta el pabellón, encontré a Cothope leyendo en la cama, le conté por primera vez lo de África Occidental, pasé una hora con él arreglando todos los detalles más importantes del *Lord Roberts β*, y dejé su remate en sus manos hasta mi regreso. Volví con el automóvil a Lady Grove, y llevando aún mi chaquetón de piel —porque la noche de enero era húmeda y muy fría— regresé caminando a Bedley Corner. Encontré el camino que conducía a la parte de atrás de la casa sin ninguna dificultad, y me hallé junto a la puerta en el muro con diez minutos de adelanto. Encendí un cigarrillo y empecé a pasear arriba y abajo. Aquel extraño aroma de intriga, aquella aventura nocturna junto a la puerta del jardín, me había tomado por sorpresa y cambiado mis actitudes mentales. Estaba sorprendido ante mi postura egoísta, y pensando intensamente en Beatrice, en aquella cualidad mágica que siempre me había gustado en ella, que siempre me tomaba por sorpresa, que la había hecho, por ejemplo, concebir instantáneamente aquel encuentro.

Llegó un minuto después de medianoche; la puerta se abrió suavemente y ella apareció, una pequeña figura gris con una pelliza de piel de cordero, sin sombrero pese al frío relente. Avanzó rápidamente hacia mí, y sus ojos eran sombras en su melancólico rostro.

—¿Por qué vas a África Occidental? —preguntó inmediatamente.

—Crisis comerciales. Tengo que ir.

—¿No estás yendo a…? ¿Volverás?

—Dentro de tres o cuatro meses —dije—. Como máximo.

—Entonces, ¿no tiene nada que ver conmigo?

—Nada —contesté—. ¿Por qué tendría?

—Oh, está bien. Una nunca sabe lo que la gente piensa o lo que la gente imagina. —Me tomó del brazo—. Vamos a dar un paseo.

Miré a mi alrededor, a la oscuridad y la llovizna.

Se echó a reír.

—Oh, vamos. Podemos seguir el sendero y meternos en la Old Woking Road. ¿Te importa? Por supuesto que no te importa. Mi cabeza. Tanto da. Nunca pasa nadie a estas horas.

—¿Cómo lo sabes?

—He paseado así antes… ¡Por supuesto! ¿Acaso piensas —hizo un gesto con la cabeza hacia su casa— que eso es todo?

—¡No, por Dios! —exclamé—. Es evidente que no.

Se sujetó a mi brazo y echamos a andar por el sendero.

—La noche es mi momento preferido —dijo a mi lado—. Hay un toque de licantropía en mi sangre. Una nunca sabe en esas viejas familias… A menudo me he preguntado… Aquí estoy, sola en el mundo. Únicamente oscuridad y frío y un cielo de nubes y humedad. Y nosotros… juntos. Me gusta la humedad en mi rostro y pelo, ¿sabes? ¿Cuándo embarcas?

Le dije que mañana.

—Oh, bueno, hoy no es mañana. ¡Tú y yo!

Se detuvo y me miró de frente.

—¡No digas una palabra excepto para responder!

—No —dije.

—La última vez hablaste tú todo el tiempo.

—Como un estúpido. Ahora…

Nos miramos mutuamente, dos rostros apenas entrevistos.

—¿Estás contento de estar aquí?

—Estoy contento… Estoy empezando a estar… más que contento.

Apoyó sus manos en mis hombros y me hizo agachar para que la besara.

—¡Ah! —dijo, y por un momento permanecimos unidos el uno al otro.

Luego se separó.

—Eso es todo —dijo—. Qué lío de ropas somos hoy. Tenía la sensación de que algún día teníamos que besarnos. Siempre. La última vez fue hace años.

—Entre los helechos.

—Entre los helechos, sí. Lo recuerdas. Y tus labios eran fríos. ¿Lo eran también los míos? Los mismos labios… después de tanto… ¡Después de tanto! Y ahora caminemos juntos por un tiempo a través de este empañado mundo. Sí, déjame coger tu brazo. Solo caminar, ¿ves? Sujétate fuerte a mí porque yo conozco el camino…, y no hables…, no hables. A menos que quieras hablar… ¡Déjame decirte cosas! ¿Ves, querido?, el mundo entero está como empañado, muerto y desaparecido, y nosotros estamos aquí en este lugar. Este oscuro y selvático lugar… Estamos muertos. O todo el mundo está muerto. ¡No! Nosotros estamos muertos. Nadie puede vernos. Somos sombras. Hemos salido fuera de nuestras posiciones, fuera de nuestros cuerpos… y juntos. Eso es lo bueno de ello: juntos. Pero es por eso por lo que el mundo no puede vernos y nosotros apenas podemos ver el mundo. ¡Chist! ¿Todo va bien?

—Todo va bien —dije.

Seguimos caminando torpemente durante un tiempo, en un completo silencio. Pasamos una ventana débilmente iluminada, velada por la llovizna.

—Este estúpido mundo —dijo—. ¡Este estúpido mundo! Come y duerme. Si la llovizna no murmurara así entre los árboles lo oiríamos roncar. Está soñando cosas estúpidas, juicios estúpidos. No sabe que aquí estamos nosotros dos, libres de él, liberados de él. ¡Tú y yo!

Nos apretamos de nuevo el uno contra el otro, tranquilizadoramente.

—Me alegra que estemos muertos —susurró—. Me alegra que estemos muertos. Estaba tan cansada de esto, querido, todo estaba tan embrollado.

Calló bruscamente.

Chapoteamos por entre una hilera de charcos. Empecé a recordar cosas que había querido decir.

—¡Mira! —exclamé—. Quiero ayudarte, por encima de todas las cosas. Dices que todo está embrollado. ¿Cuál es el problema? Te pedí que te

casaras conmigo. Dijiste que lo harías. Pero hay algo.

Mis pensamientos sonaron torpes mientras los traducía a palabras.

—¿Es algo acerca de mi posición? ¿O es algo, quizá, acerca de otro hombre?

Hubo un inmenso silencio de asentimiento.

—Me has desconcertado tanto. Al principio, quiero decir en los primeros momentos, pensé que tú querías que me casara contigo.

—Es cierto.

—Y luego…

—Esta noche —dijo tras una larga pausa— no puedo explicártelo. ¡No! No puedo. ¡Te quiero! Pero… ¡Explicaciones! Esta noche… Querido, aquí estamos, en medio del mundo, solos… y el mundo no importa. Nada importa. Aquí estoy yo en el frío contigo… y mi cama allá en la casa, abandonada. Te lo explicaré…, te lo explicaré cuando las circunstancias me lo permitan, y esto será muy pronto. Pero esta noche… no puedo. No puedo.

Abandonó mi lado y se situó frente a mí.

—Mira —dijo—. Insisto en que tú estás muerto. ¿Comprendes? No estoy bromeando. Esta noche tú y yo nos hallamos fuera de la vida. Es nuestro momento juntos. Puede que haya otros momentos, pero no podemos desperdiciar este. Nos hallamos… en el Hades, si lo prefieres. No tenemos nada que ocultar y nada que decir. Ni siquiera cuerpos. Ninguna preocupación. Nos amamos el uno al otro, ahí abajo, y nos mantienen separados, pero ahora no importa. Ha sido superado… Si no puedes aceptar esto…, me iré a casa.

—Yo deseaba… —empecé.

—Lo sé. ¡Oh, querido, si tan solo comprendieras que yo comprendo! Si tan solo no te importara… y me amaras esta noche.

—Te amo —dije.

—Entonces ámame —respondió—, y echa a un lado todas esas cosas que te preocupan. ¡Ámame! ¡Aquí estoy!

—Pero…

—¡No! —dijo.

—Bien, hagamos como tú quieres.

De modo que hicimos como ella quería, y vagamos por la noche juntos, y Beatrice me habló de amor…

Nunca antes en toda mi vida había oído a una mujer que pudiera hablar de amor, que pudiera yacer desnuda y desarrollar y tocar con imaginación toda esa masa de refinadas emociones que es probable que toda mujer oculte. Había leído de amor, había pensado en el amor, un millar de poemas líricos habían resonado en su cerebro y dejado finos fragmentos en su memoria; lo sacó fuera, todo ello, sin ningún pudor, hábilmente, para mí. No puedo transmitir ninguna sensación de aquella charla, ni siquiera puedo decir cuánto de su deleite residía en la magia de su voz, el resplandor de su cercana presencia. Y siempre caminamos cálidamente envueltos en medio del frío aire, a lo largo de imprecisos, interminables y sucios caminos…, sin ningún alma a nuestro alrededor, al parecer, excepto nosotros, ni un solo animal entre los campos.

—¿Por qué la gente se ama entre sí? —pregunté.

—¿Por qué no?

—¿Pero por qué te amo yo a ti? ¿Por qué tu voz es mejor que ninguna otra voz, tu rostro más dulce que ningún otro rostro?

—¿Y por qué te amo yo a ti? —preguntó ella—. ¿No solo lo que hay de bueno en ti, sino también lo otro? ¿Por qué amo tu torpeza, tu arrogancia? Porque es así. ¡Esta noche amo incluso las gotas de lluvia que quedan prendidas entre los pelos de tu chaquetón…!

Así hablamos; y al final, muy mojados, aún radiantes pero un poco cansados, nos separamos en la puerta del jardín. Habíamos estado vagando durante dos horas en nuestra extraña e irracional comunidad de felicidad, y todo el mundo a nuestro alrededor, y particularmente lady Osprey y su casa, habían seguido durmiendo… y soñando en todo antes que en Beatrice en medio de la noche y la lluvia.

Se detuvo junto a la puerta, una figura embozada con unos ojos resplandecientes.

—Vuelve —susurró—. Te estaré esperando.

Dudó. Tocó la solapa de mi chaquetón.

—Te quiero ahora —dijo, y alzó su rostro hacia el mío.

Me incliné hacia ella, y estaba temblando de la cabeza a los pies.

—¡Oh, Dios! —exclamé—. ¡Y yo tengo que irme!

Ella se deslizó de entre mis brazos e hizo una pausa para mirarme. Por un instante el mundo pareció lleno de fantásticas posibilidades.

—¡Sí, ve! —dijo, y desapareció, y cerró la puerta ante mí, dejándome solo como un hombre recién caído del país de las hadas a la negra oscuridad de la noche.

3

Esa expedición a la Isla Mordet es algo que permanece completamente aparte del resto de mi vida, desprendido de ella, un asunto independiente con una atmósfera propia. Supongo que en sí misma podría constituir un libro —ha dado origen a un informe oficial más bien voluminoso—, pero en lo que a esta novela mía se refiere representa meramente un episodio, una experiencia contributoria, y mi intención es presentarla como tal.

Mal tiempo, una impaciente irritación contra una insoportable lentitud y retrasos, mareo, incomodidad general y descubrimientos sobre uno mismo, son los puntos principales de esos recuerdos.

Estuve mareado durante todo el viaje. No sé por qué. Fue la única vez en mi vida en que me he mareado, y he visto todo tipo de mal tiempo desde que empecé a construir aeronaves. Pero ese fantasmal olor a patatas era particularmente horrible para mí. A la vuelta, en el bergantín todos estábamos enfermos, hasta el último hombre, envenenados apenas hacernos a la mar, creo firmemente, por el quap. En alta mar los otros se recuperaron en unos cuantos días, pero la mala ventilación de abajo, la horrible comida, lo confinado y sucio de los alojamientos, me mantuvieron, si no realmente mareado, sí al menos en un estado de aguda debilidad física durante todo el tiempo. La nave estaba infestada de cucarachas y más íntimas sabandijas. Estuve resfriado todo el tiempo hasta que pasamos Cabo Verde, luego me subió la fiebre; había estado demasiado preocupado por Beatrice y mi vivo deseo de llevar al *Maud Mary* a su destino lo más pronto posible como para pensar en el equipaje adecuado, y en particular no me había traído ningún abrigo. ¡Cielos, cómo eché en falta ese abrigo! Y lo que es más, estaba asediado por dos de los peores elementos de la cristiandad, Pollack y el capitán. Pollack, tras llevar su mareo con un estilo adaptado mejor a la capacidad de un teatro de ópera que de un pequeño compartimento, se puso

de pronto insoportablemente bien y animado, y extrajo una animosa pipa en la que fumaba un tabaco tan rubio como él mismo, y dividía su tiempo casi igualmente entre fumarla e intentar limpiarla.

—Hay solo tres cosas con las que puedes limpiar una pipa —acostumbraba a observar, con un trozo de papel arrugado en la mano—. La mejor es una pluma, la segunda, una brizna de paja y la tercera, la horquilla para el pelo de una muchacha. Nunca he visto un barco como este. No puedes encontrar ninguna de las tres cosas por mucho que las busques. La última vez que vine para aquí, sin embargo, encontré horquillas para el pelo, y las encontré en el suelo de la cabina del capitán. Bonito lugar para almacenarlas, ¿eh? ¿Se siente mejor…?

A lo cual yo normalmente lanzaba una maldición.

—Oh, estará bien de nuevo dentro de muy poco. ¿Le importa que dé algunas chupadas a mi pipa, eh?

Nunca se cansaba de decirme que echara una cabezada siempre que pudiera. «Es un buen truco. Hace que olvide eso del mareo, y con ello tiene ganada la mitad de la batalla».

Se sentaba balanceándose con los movimientos de la nave y chupaba su pipa de tabaco rubio y contemplaba con unos inexpresablemente sabios pero soñolientos ojos azules al capitán siempre que estaban juntos.

—El capitán es un tipo gracioso —decía una y otra vez como resultado de esas meditaciones—. Le gustaría saber detrás de lo que vamos. Le gustaría saberlo… más que nada en el mundo.

Esa parecía ser la idea principal del capitán. Pero también deseaba impresionarme con la noción de que él era un caballero de buena familia y airear un cierto número de puntos de vista contrarios a los ingleses, la literatura inglesa, la Constitución inglesa, y cosas así. Había aprendido navegación en la marina rumana e inglés, en un libro; se notaba por su horrible acento. Se había nacionalizado inglés, y me conducía constantemente a un reluctante y forzado patriotismo con sus constantes críticas y ataques a las cosas inglesas. Pollack había decidido «dejarlo correr». Solo los cielos pueden decir lo cerca que estuve del asesinato.

Cincuenta y tres días llevaba en alta mar, atosigado por aquellos dos hombres y un tímido y profundamente deprimido contramaestre que leía la

Biblia los domingos y pasaba el resto de su tiempo libre en un letargo; cincuenta y tres días atosigado por el perpetuo olor, por unas persistentes arcadas que aparecían a la simple vista de la comida, por la oscuridad, el frío y la lluvia, en una nave ligeramente lastrada que saltaba y se bamboleaba y subía y bajaba. Y durante todo aquel tiempo las arenas del reloj de la fortuna de mi tío iban deslizándose a la redoma inferior. ¡La miseria! Entre todo aquello tan solo hay una cosa que recuerdo muy claramente, una mañana de sol en el golfo de Vizcaya y la visión de las espumosas olas color verde zafiro, un pájaro siguiendo nuestra estela y nuestros mástiles oscilando en el cielo. Luego el viento y la lluvia cayeron de nuevo sobre nosotros.

No deben imaginar ustedes que fueron días ordinarios, días de una longitud media normal; en realidad no eran días, sino largas y húmedas losas de tiempo que se extendían cada una hasta el horizonte, y buena parte de esta longitud era noche. Uno recorría la bamboleante cubierta bajo un capote prestado, hora tras hora, en la helada, ventosa, chapoteante y escupiente oscuridad, o se sentaba en su cabina, aburrido y mareado, y contemplaba los rostros de aquellos inseparables compañeros con ayuda de una lámpara que producía más olor que luz. Y uno notaba que el barco subía, subía, y luego bajaba, bajaba. Pollack, apagado, con la pipa en la boca, jocosamente observador, llevando con lentitud su mente a la septuagésima séptima decisión de que el capitán era un tipo gracioso, mientras las palabras fluían de este último en un flujo ágil e incesante:

—*Echa* Inglaterra no *ech* un *paích arichtocrático*. ¡No! ¡*Ech* una glorificada *burguechía! Ech* una *plutocrachia*. En Inglaterra no *jay arichtrocrachia dechde* la Guerra de las *Rochach*. En el *rechto* de la Europa del *echte* de *loch latinoch chí*; en Inglaterra no.

»Toda *ech* una *clache* media, *chu* Inglaterra. Todo a lo que *mirech, clache* media. ¡*Rechpetable*! Todo bueno… ¿*chaben?, ech imprechionante*. ¡Madame Grundy! Todo *ech* limitado y calculador y *egoichta*. Por *echo chu* arte *ech* tan limitado, *chu ficchión, chu filoch…chofía*, por *echo chon uchtedech* tan poco *artích… artíchticos*. ¡No quieren nada *exchepto benefichioch! ¡Cha encontrarán lach conchecuenchiach!* ¿Qué *echperan*…?

Lanzaba todos esos violentos aditamentos para decir que nosotros los europeos occidentales habíamos renunciado, y lo hacía agitando los hombros, moviendo mucho los brazos, adelantando el rostro, haciendo asombrosas muecas y engarfiando las manos bajo nuestras narices hasta que sentías el deseo de apartarlas de un manotazo. Y aquello seguía día tras día, y tenía que guardarme mi ira para mí mismo, reservarme para lo que me esperaba allá delante cuando fuera necesario cuidar de que el quap fuera subido a bordo y almacenado… ante la enorme sorpresa de aquel hombre. Sabía que iba a poner un millar de objeciones a todo lo que nos aguardaba delante. Hablaba como si estuviera drogado. Su lengua no conocía la reflexión. Y durante todo el tiempo uno podía verlo luchando con sus conocimientos náuticos, roído por la responsabilidad, continuamente intranquilo acerca de la posición del barco, imaginando continuamente peligros. Si el mar nos golpeaba de una forma excepcionalmente fuerte, él salía de su cabina al instante inquiriendo a gritos, siempre acometido por un temor centrado en la bodega de carga, un deslizamiento del lastre, insidiosas vías de agua. Cuando nos acercamos a las costas africanas su temor a las rocas y a los bajíos se volvió infeccioso.

—No *conochco echta cochta* —acostumbraba a decir—. *Achepté* porque Gordon-*Naichmit* venía también. ¡Y *ajora* él no viene!

—Gajes de la guerra —le decía yo, e intentaba pensar en vano qué motivo excepto el más puro azar podía haber guiado a Gordon-Nasmyth a la elección de aquellos dos hombres. Pienso que tal vez Gordon-Nasmyth tuviera un temperamento artístico y le atrajeran los contrastes, y que el capitán le ayudara también a expresar su propio y malévolo antibritanismo. Era por supuesto un capitán excepcionalmente ineficaz. En su conjunto me alegraba de haber llegado aunque hubiera sido en el último momento para ver cómo iban las cosas.

(El capitán, por cierto, consiguió al fin, entre mucho nerviosismo, dar la vuelta al extremo de la Isla Mordet, pero necesitamos para ello una hora más o menos, con marejada y un poco de dificultades en manejar el barco).

Sospeché la opinión que el contramaestre tenía del capitán mucho antes de que la expresara. Era, he dicho ya, un hombre taciturno, pero un día rompió a hablar. Había permanecido sentado a la mesa con los brazos

cruzados sobre ella, meditando soñadoramente, con la pipa en la boca, y la voz del capitán llegó flotando desde arriba.

El contramaestre alzó sus pesados ojos hacia mí y me miró por un momento. Luego empezó a esforzarse con los inicios de una conversación. Se quitó la pipa de la boca. Me preparé, expectante. Sus palabras iban a brotar al fin. Antes de hablar, agitó tranquilizadoramente la cabeza una o dos veces.

—Es…

Agitó su mano extraña y misteriosamente, pero hasta un niño hubiera comprendido que hablaba del capitán.

—Es un extranjero.

Me miró dudoso por un rato, y finalmente decidió, en aras de la lucidez, aclarar el concepto.

—Eso es lo que es… ¡Un gitano!

Asintió como un hombre que acaba de darle el último martillazo a un clavo, y pude ver que consideraba su observación como algo definitivo. Su rostro, firme aún, se volvió tan tranquilo e inexpresivo como un enorme salón después de que todo el público se ha dispersado fuera de él, y finalmente lo cerró y echó el candado con su pipa.

—Un judío rumano, ¿no? —dije.

Asintió lúgubre y casi ominosamente.

Decir más hubiera sido demasiado. Lo importante había sido dicho. Pero desde aquel momento en adelante supe que podía confiar en él y que nos habíamos hecho amigos. Al final resultó que nunca tuve que confiar en él, pero eso no afectó nuestras relaciones.

El resto de la tripulación vivía vidas mucho más atrasadas que las nuestras, más apiñadas, más abarrotadas y sucias, húmedas, activas, más llenas de bichos. La mala comida que recibían no era tan mala para ellos, pero no por eso pensaban que estaban viviendo «como gallos de pelea». Por todo lo que pude saber de ellos, eran todos hombres desamparados, casi ninguno poseía una adecuada preparación marinera, y las escasas posesiones que tenían eran una constante fuente de desconfianza mutua. Y mientras cabeceábamos y nos bamboleábamos hacia el sur, no paraban de jugar y pelearse, eran brutales los unos con los otros, discutían y se

insultaban a gritos, vociferando constantemente hasta que protestábamos por el estrépito…

No hay nada de romanticismo en el mar en un pequeño barco de vela, tal como yo lo vi. El romanticismo se halla en la mente del soñador que se queda en tierra. Esos bergantines y goletas que aún parten de los pequeños puertos son reliquias de una era de comercio insignificante, tan podridas y obsoletas como una casa georgiana que se ha visto sumergida en un arrabal pobre. Son de hecho trozos flotantes de barrios pobres, del mismo modo que los icebergs son fragmentos flotantes de un glaciar. El hombre civilizado que ha aprendido a lavarse, que ha desarrollado un sentido del honor físico, de temperancia en el comer, del tiempo, ya no puede soportarlos. Están desapareciendo, y los resonantes vapores, engullendo constantemente carbón, les seguirán también, dejando paso a otras cosas más limpias y elegantes…

Pero así es como hice mi viaje a África, y llegué finalmente a un mundo de humeantes fogatas y un cálido olor a vegetación en descomposición, y a la vista y oído de la resaca, y a distantes e intermitentes atisbos de la costa. Durante todo aquel tiempo viví una extraña y concentrada vida, como la vida que debe vivir cualquier animal que cae en un pozo. Todas mis actitudes anteriores ante la vida cesaron, todos mis antiguos puntos de vista se convirtieron en recuerdos.

La situación que estaba salvando era ahora muy pequeña y distante; ya no sentía su urgencia. Beatrice y Lady Grove, mi tío y el Hardingham, mis planeos en el aire y mi habitual visión amplia de las cosas rápidas y efectivas, se convirtió en algo tan remoto como si perteneciera a algún mundo que había abandonado para siempre…

4

Todos estos recuerdos africanos aparecen con una fuerza propia. Para mí se trató de una expedición a los reinos de la naturaleza indisciplinada fuera del mundo gobernado por los hombres, mi primer encuentro con ese caliente lado materno de nuestra naturaleza que nos conduce de vuelta a la jungla…, haciéndome olvidar ese otro lado frío que había empezado a conocer y que te conduce a las corrientes ascendentes de aire. Son recuerdos entretejidos sobre una tela de luz solar y calor y un constante y cálido olor a descomposición. Terminan con una lluvia, una lluvia como nunca antes había visto ninguna, un chorrear de agua vehemente y frenético, pero nuestro primer y lento paso a través de los canales detrás de la Isla Mordet fue bajo un incandescente sol.

En mi memoria nos veo aún avanzando, una sucia nave de pelada pintura con velas remendadas y una deteriorada sirena representando a *Maud Mary* como mascarón de proa, cruzando aquel brazo de mar entre altas orillas boscosas cuyos árboles, en su parte final, se hundían en el agua casi hasta la altura de la rodilla. Ahí vamos, con una ligera brisa de popa, la Isla Mordet a nuestro alrededor, y el quap quizá a un día de nosotros.

Aquí y allí, extraños grupos de flores rompían la empapada intensidad de verde con una trompeteante llamada de color. Cosas innominadas reptaban entre la jungla y atisbaban y retrocedían rápidamente o se clavaban en una absoluta inmovilidad. En el opaco y perezoso deslizar del agua siempre había agitaciones y remolinos; pequeñas ristras de burbujas ascendían y estallaban alegremente, procedentes de este o aquel conflicto o tragedia sumergidos; de tanto en tanto veíamos cocodrilos, como un tendido grupo de troncos calentándose al sol. Todo estaba tranquilo durante el día, una melancólica tranquilidad rota tan solo por el sonido de los insectos y el crujir y agitar de nuestro avance, por las cifras de los sondeos y por los

confusos gritos del capitán; pero por la noche, mientras permanecíamos amarrados a un grupo de árboles, la oscuridad nos traía un millar de cosas chapoteantes que surgían a la vida, y desde el bosque nos llegaban gritos y aullidos, gritos y aullidos que nos hacían sentirnos contentos de hallarnos a flote. Y en una ocasión vimos entre los troncos de los árboles grandes y resplandecientes fuegos. Pasamos junto a dos o tres poblados cerca de la orilla, y mujeres y niños de piel negroamarronada acudieron y nos miraron y gesticularon, y una vez un hombre avanzó hacia nosotros desde una pequeña cala y nos saludó en una lengua desconocida; y así llegamos al final a un gran espacio abierto, un amplio lago bordeado por una desolación de lodo y blanqueados restos arrastrados por el mar y árboles muertos, libre de cocodrilos o pájaros acuáticos o vista o sonido de ninguna cosa viviente, y vi a lo lejos, tal como Nasmyth había descrito, las ruinas de la abandonada estación, y a su lado dos pequeños montones de una masa de color oscuro bajo un gran costillar de roca, ¡el quap! El bosque retrocedía allí. La tierra a nuestra derecha era también desértica, y más a lo lejos, a través de un paso, podíamos ver la espuma del mar al otro lado.

Hicimos avanzar el barco hacia aquellos montones y el muelle medio derruido, lenta y cuidadosamente. El capitán acudió a mi lado y dijo:

—¿*Ech echto*?

—Sí —respondí.

—¿*Ech* para *comerchiar* con *echto* que *jemoch* venido?

Su tono era irónico.

—No —dije yo…

—Gordon-*Naichmit* me *jabló jace* mucho que *veníamoch* por *echto*.

—Se lo explicaré —dije—. Vamos a acercarnos tanto como podamos a esos dos montones, ¿los ve?, bajo las rocas. Entonces vamos a tirar todo nuestro lastre por la borda y cargar eso. Luego volveremos a casa.

—¿Puedo preguntar… *ech echto* oro?

—No —dije secamente—, no lo es.

—*Entonchech*, ¿qué *ech*?

—Es algo… de un cierto valor comercial.

—No *podemoch* cogerlo —dijo.

—Podemos —respondí tranquilizadoramente.

—No *podemoch* —dijo, en un tono casi confidencial—. No lo dirá en *cherio. Uchted* no *chabe* nada… Pero… *echte ech* un *paích projibido*.

Me volví hacia él, bruscamente furioso, y me encontré con unos brillantes y excitados ojos. Durante un minuto nos escrutamos mutuamente. Luego dije:

—Este es nuestro riesgo. El comercio está prohibido. Pero esto no es comercio… Es algo que hay que hacer.

Sus ojos lanzaron chispas, y agitó la cabeza…

El bergantín avanzó lentamente, en el atardecer, hacia aquel extraño trozo de playa despellejado y ampollado, y el hombre al timón tendió sus oídos para escuchar la furiosa discusión que se inició en voz baja entre el capitán y yo, y a la que luego se unió Pollack. Atracamos finalmente a un centenar de metros de nuestro objetivo, y durante toda la cena y hasta altas horas de la madrugada discutimos intermitente y ferozmente con el capitán acerca de nuestro derecho a cargar todo lo que quisiéramos.

—Yo no quiero *chaber* nada de *echo* —insistió—. Yo me lavo *lach manoch*. —Aquella noche pareció que estábamos discutiendo en vano—. *Echto* no *ech comerchio* —dijo—, *ech prochpecchión* y minería, que *ech* peor. Cualquiera que *chepa* algo, fuera de Inglaterra, *chabe* que *ech* peor.

Discutimos, y perdí la compostura y lo insulté. Pollack se mantuvo más frío y no dejó de mascar su pipa mientras observaba con aquellos ojos azules suyos los gestos del capitán. Finalmente subí a cubierta para calmarme un poco. El cielo estaba encapotado. Descubrí a todos los hombres apiñados a proa, contemplando la débil y parpadeante luminosidad que se había esparcido sobre los montones de quap, una fosforescencia como la que uno puede ver a veces sobre la madera podrida. Y sobre la playa, al este y al oeste, había manchas y franjas de algo parecido a diluida luz lunar…

A altas horas de la madrugada aún estaba despierto y dando vueltas en mi mente a plan tras plan para eludir la oposición del capitán. Tenía intención de subir aquel quap a bordo aunque tuviera que matar a alguien para conseguirlo. ¡Nunca en mi vida me había sentido tan contrariado! ¡Después de aquel intolerable viaje! Alguien llamó con discrección a la puerta de mi cabina, y luego esta se abrió y me hallé ante un barbudo rostro.

—Pase —dije, y una negra y verbosa figura que apenas podía ver indistintamente entró para hablar en privado conmigo y llenar mi cabina con susurros y gestos. Era el capitán. Él también había permanecido despierto y pensando. Había venido a explicar su postura… más de lo necesario. Permanecí tendido allí, odiándole y preguntándome si Pollack y yo podríamos encerrarlo en su cabina y gobernar la nave sin él.

—No quiero *echtropear echta echpedichión* —deduje entre una nube de protestas, y luego fui capaz de desentrañar «una *comichión*… una pequeña *comichión*… ¡por *loch riechgoch echpechialech*!». Esas dos palabras, «*riechgoch echpechialech*», se hicieron frecuentes. Dejé que se explicara. Pareció que también estaba exigiendo disculpas por algo que yo había dicho. Sin duda lo había insultado más que generosamente. Al final llegó a ofertas definidas. Rompí mi silencio y decidí pactar.

—¡Pollack! —llamé, y golpeé la partición.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pollack.

Le expliqué concisamente el caso.

Hubo un silencio.

—Es un tipo gracioso —dijo Pollack—. Démosle su comisión. No importa.

—¿Cómo? —exclamé.

—Dije que era un tipo gracioso, eso es todo —dijo Pollack—. Espere, ahora voy.

Apareció en mi puerta, una figura lánguida y blanca, y se unió a nuestros vehementes susurros…

Tuvimos que comprar al capitán; tuvimos que prometerle un diez por ciento de nuestros problemáticos beneficios. Tendríamos que darle el diez por ciento del precio por el que vendiéramos la carga, además de su legítima paga, y en mi desordenado estado mental hallé poco consuelo en el pensamiento de que yo, como expedición Gordon-Nasmyth, iba a venderme la carga a mí mismo, como Organizaciones Empresariales. Y lo que más me exasperó fue el que insistiera en que nuestro trato fuera puesto por escrito.

—En forma de carta —insistió.

—De acuerdo —acepté—, en forma de carta. ¡Aquí está! ¡Ahora lárguese!

—Y *lach dichculpach* —dijo, doblando la carta.

—De acuerdo —dije—. Mis disculpas.

Mi mano temblaba de furia cuando redacté la carta, y después no pude dormir a causa de mi odio hacia él. Finalmente me levanté. Descubrí que sufría de una torpeza poco usual. Me di un golpe en el dedo gordo del pie contra la puerta de la cabina y me corté mientras me afeitaba. Finalmente me hallé recorriendo de aquí para allá la cubierta bajo la luz del amanecer con una exasperación terrible. El sol surgió bruscamente y derramó de forma cegadora su luz sobre mis ojos, y maldije al sol. Me descubrí imaginando nuevos obstáculos con los hombres y hablando en voz alta en un ensayo anticipado de la confrontación.

La malaria del quap estaba ya en mi sangre.

5

Más pronto o más tarde el ridículo embargo que afecta ahora a toda la costa este de la Isla Mordet será levantado, y la realidad de los depósitos de quap comprobada. Estoy seguro de que nosotros simplemente tomamos el afloramiento de un estrato de depósitos modulares que se hunden directamente hacia el mar. Esos montones eran simplemente el contenido desmenuzado de dos cavidades irregulares en la roca, eran tan naturales como cualquier talud o montón de esa clase, y el barro del borde del agua está mezclado a lo largo de kilómetros con quap, por lo que brilla con su débil, muerta y radiactiva fosforescencia por la noche. Pero el lector encontrará todos los particulares de mis impresiones sobre todo esto en el *Geological Magazine* de octubre de 1905, y a él le remito. Allí encontrará también mis no confirmadas teorías sobre su naturaleza. Si estoy en lo cierto se trata de algo mucho más significativo desde el punto de vista científico que esos incidentales constituyentes de varios metales raros, pechblenda, rutilo, entre otros, sobre los cuales se basan los revolucionarios descubrimientos de la última década. Se trata exactamente de pequeños centros moleculares de desintegración, de esa misteriosa podredumbre y descomposición de esos elementos que durante un tiempo fueron considerados como las cosas más estables de la naturaleza. Pero hay algo — la única palabra que se me ocurre es cancerígeno, y no es muy aproximada — en el quap, algo que se arrastra y vive de la misma forma que vive una enfermedad: destruyendo; un desarreglo y una agitación elementales, incalculablemente maléficos y extraños.

Esto no es una comparación imaginativa mía. Para mi mente, la radiactividad es una auténtica enfermedad de la naturaleza. Es más, se trata de una enfermedad contagiosa. Se extiende. Depositas esos degradados y desmoronantes átomos cerca de otros, y empiezan a empujarlos lentamente

pero sin dilación fuera de la existencia. Es en cierto modo algo muy parecido a la descomposición de nuestra vieja cultura en la sociedad, una pérdida de tradiciones y distinciones y seguras reacciones. Cuando pienso en esos inexplicables centros disolventes que han surgido en nuestro globo —estoy seguro de que esos montones de quap son hasta ahora los más grandes que existen en el mundo; el resto son todavía meras motas en granos y cristales—, me siento asaltado por una grotesca visión de todo nuestro mundo carcomiéndose y pudriéndose y dispersándose de una forma definitiva. De tal modo que mientras el hombre lucha y sueña, toda la sustancia de la que ha nacido cambiará y se desmoronará a sus pies. Menciono esto como una extraña y recurrente visión que me asalta a menudo. Supongo, por supuesto, que este será el fin de nuestro planeta; no un espléndido clímax, no un gran final, ninguna grandiosa acumulación de logros humanos, sino simplemente… ¡la descomposición atómica! Añado eso a las ideas del sofocante cometa, el cuerpo oscuro surgido del espacio, el agotamiento del Sol, la distorsión de la órbita, como un nuevo y mucho más posible fin —tal como la Ciencia ve el fin— de esta extraña pieza escénica de la naturaleza a la que llamamos vida humana. No creo que este pueda ser el final; ningún alma humana puede creer en un tal final y seguir viviendo, pero la Ciencia lo señala como algo posible, la Ciencia y la razón juntas. Si los seres humanos —si un simple y tambaleante niño— puede nacer como si fuera por accidente y morir fútilmente, ¿por qué no toda la raza? Se trata de preguntas que nunca me he respondido, a las que no intentaré responder ni ahora ni nunca, pero que acuden a mi mente ante el pensamiento del quap y sus misterios.

Puedo atestiguar que la playa y el lodo a lo largo de tres kilómetros o más a cada lado era una playa desprovista de vida…, desprovista de vida de una forma como jamás hubiera podido imaginar que pudiera estar ningún lodo tropical, y todas las ramas muertas y hojas y podridos peces muertos y demás cosas que habían derivado a la playa se mostraban ahora arrugadas y blancas. De tanto en tanto los cocodrilos salían del agua y tomaban el sol, y de tanto en tanto los pájaros acuáticos exploraban el lodo y los rocosos costillares que emergían de él con un aire de transitoria especulación. Esa era la máxima animación. Y el aire parecía a la vez caliente y austero, seco

y sofocante, y completamente distinto del cálido y húmedo abrazo que nos había recibido en nuestro primer desembarco africano y al que ya nos habíamos acostumbrado.

Creo que la influencia primaria del quap sobre nosotros fue incrementar la conductividad de nuestros nervios, pero eso es una mera e injustificable especulación por mi parte. En cualquier caso dio a la vida el efecto de una especie de viento del este. Todos nos volvimos irritables, torpes, lánguidos y dispuestos a ser impacientes con nuestra languidez. Amarramos el bergantín a las rocas con dificultad y bajamos a tierra sobre el lodo y decidimos quedarnos allí y traer la carga desde donde estaba…, el suelo era tan graso como mantequilla. Nuestros esfuerzos por fijar planchas y pasarelas a fin de subir el quap a bordo estuvieron tan mal concebidos como pueden estarlo este tipo de trabajos… y este tipo de trabajos pueden estar a veces realmente muy mal concebidos. El capitán tenía un miedo supersticioso a su bodega; empezaba a gesticular como un loco y a hablar sin tregua ante el solo pensamiento de ella. Sus gritos aún resuenan en mi memoria, aproximándose cada vez más, a cada crisis, a algo totalmente irreconocible como nuestro idioma.

Pero no puedo escribir la historia de esos días de equivocaciones y esforzado trabajo, de cómo Milton, uno de los muchachos, cayó de una plancha a la playa, diez metros quizá, con su carretilla, y se rompió el brazo y creo que una costilla, de cómo Pollack y yo curamos sus heridas y lo cuidamos durante la fiebre que se apoderó de él a continuación, de cómo uno tras otro los hombres sucumbieron a una malaria febril, y de cómo yo —en virtud de mi reputación científica— me vi obligado a representar el papel de doctor y dosificar su quinina, y luego, peor que nada, ron y pequeñas dosis de jarabe de Easton, del cual resultó que había una caja de botellas a bordo…, los cielos y Gordon-Nasmyth saben por qué. Durante tres días permanecimos en la más absoluta miseria y sin embarcar ni una sola carretilla. Luego, cuando reanudaron su trabajo, las manos de los hombres se abrieron en múltiples llagas. No había guantes disponibles; de modo que intenté, mientras seguían apaleando y llevando carretillas, cubrir sus manos con calcetines o paños untados en grasa. Al principio echaron la culpa de todo aquello al calor y a la incomodidad. Aquel intento mío, sin

embargo, dirigió su atención hacia el quap como fuente de sus dolencias y precipitó lo que al final terminó con nuestra carga, una huelga informal.

—Ya hemos tenido bastante de eso —dijeron, y tenían razón. Fueron a popa a discutir el asunto. Intimidaron al capitán.

A lo largo de todos aquellos días el tiempo fue variablemente horrible, primero un horno de calor bajo un cielo de una intensidad de azul que obligaba a fruncir el ceño; luego una ardiente niebla que se aferraba a la garganta de uno como lana y convertía a los hombres en las planchas en incoloras siluetas de gigantes; luego un violento estallido de truenos, un alocado y elemental rugir, y lluvia. A través de todo esto, contra la enfermedad, el calor, la confusión mental, un ímpetu dominante prevalecía en mí, mantener de forma ininterrumpida el embarque, mantener al menos una motivación, fuera lo que fuese todo lo demás que ocurriera: el chuf de las palas hundiéndose en la masa, el chirriar y crujir de las carretillas, el plop, plop, plop cuando los hombres avanzaban trotando a lo largo de las altas y oscilantes planchas, y luego al fin el dolop, dolop cuando el quap era arrojado a la bodega. «¡Otra carretilla, gracias a Dios! ¡Otras mil quinientas, o quizá dos mil libras, para la salvación de Ponderevo…!».

Descubrí muchas cosas acerca de mí mismo y de la Humanidad en aquellas semanas de esfuerzo en la Isla Mordet. Comprendo ahora el corazón del explotador, del duro empresario, del negrero. Había arrastrado a aquellos hombres a un peligro que no comprendían, estaba ferozmente decidido a pasar por encima de sus oposiciones y doblegarlos y utilizarlos para mi propósito, y los odiaba. Pero odiaba a toda la Humanidad durante el tiempo en que el quap estuvo cerca de mí…

Y mi mente estaba saturada también por una sensación de urgencia y por el temor de que pudiéramos ser descubiertos y nuestras operaciones detenidas. Deseaba salir a mar abierto de nuevo…, enfilar otra vez hacia el norte con el producto de nuestra rapiña. Temía que nuestros mástiles se vieran desde alta mar y pudieran traicionarnos ante cualquier otro barco que pasara. Y una tarde, cerca del final, vi una canoa con tres nativos, muy lejos, en el lago; tomé los prismáticos del capitán y los observé, y pude ver que estaban mirando hacia nosotros. Uno de ellos podía ser un mestizo e iba

vestido de blanco. Nos observaron durante un rato muy tranquilamente, y luego remaron hacia algún canal, entre las sombras del bosque.

Y durante tres noches consecutivas, hasta el punto de llegar a aferrarse dolorosamente a mi inflamada imaginación, soñé con el rostro de mi tío, solo que era espectralmente blanco como el de un payaso, y tenía la garganta abierta de oreja a oreja…, con un largo y espantoso corte.

—Demasiado tarde —decía—; demasiado tarde…

6

Más o menos un día después de habernos puesto a trabajar en el quap me descubrí tan insomne y miserable que el barco se me hizo insoportable. Poco antes del amanecer tomé prestado el rifle de Pollack, bajé las planchas, trepé por los montones de quap y seguí playa adelante. Caminé quizá un par de kilómetros y medio aquel día, yendo bastante más lejos que las ruinas de la vieja estación, me interesé un poco por la desolación que me rodeaba, y cuando regresé descubrí que era capaz de dormir durante casi una hora entera. Había sido delicioso haber permanecido solo durante tanto tiempo…, ni capitán, ni Pollack, ni nadie. En consecuencia repetí la misma expedición a la mañana siguiente, y a la siguiente, hasta que se convirtió en una costumbre en mí. Había muy poco que yo pudiera hacer una vez organizado el apaleo y transporte del material, y así aquellas exploraciones mías fueron haciéndose cada vez más largas y, finalmente, empecé a llevarme algo de comida conmigo.

Llevé esos paseos mucho más allá del área desolada por el quap. En sus bordes había primero una zona de atrofiada vegetación, luego una especie de jungla pantanosa que resultaba difícil de penetrar, y luego los inicios del bosque, una escena de enormes troncos de árboles y enmarañadas lianas rezumando lodo. Acostumbraba a vagar por allí en un estado entre la curiosidad por la botánica y la ensoñación —siempre muy ansioso de saber qué había arriba en la luz del sol—, y fue allí donde maté a un hombre.

Fue el asesinato más carente de motivos y significado que pueda imaginarse. Mientras escribo sus bien recordados detalles, acude de nuevo a mí la sensación de extrañeza, de incongruidad, de incompatibilidad con cualquiera de las claras y definidas teorías que sostiene la gente acerca de la vida y del significado del mundo. Hice aquello y deseo decir que lo hice,

pero por qué lo hice y particularmente por qué debería ser considerado responsable de ello es algo que no puedo explicar.

Aquella mañana había seguido un sendero a lo largo del bosque y me vino a la mente la desagradable idea de que se trataba de un sendero hecho por el hombre. No deseaba tropezarme con ningún ser humano. Cuanto menos supiera nuestra expedición de la población africana mejor para sus propósitos. Hasta entonces habíamos estado singularmente libres de interferencias nativas. De modo que volví sobre mis pasos. Mientras retrocedía sobre barro y raíces y hojas muertas y pétalos esparcidos por el mundo verde, de repente, vi a mi víctima.

Fui consciente de su presencia quizá a unos doce metros, completamente inmóvil y mirándome.

No era en absoluto ninguna figura hermosa. Era muy negro e iba desnudo salvo por un sucio taparrabo, sus piernas estaban mal formadas y los dedos de sus pies muy abiertos, y el borde superior de su trozo de tela y un cinturón de cuerda cortaban su mal formado abdomen en pliegues. Su cabeza era hundida, su nariz, muy aplastada y su labio inferior tenía un aspecto hinchado y rojo púrpura. Su pelo era corto y ensortijado, y en torno a su cuello llevaba una cuerda de la que colgaba una bolsita de piel. Sujetaba un mosquete en la mano y a la cuerda de su barriga llevaba atado un cuerno de pólvora. Era una curiosa confrontación. Allí, frente a él, estaba yo, un poco sucio quizá, pero aún un ser humano más bien elaboradamente civilizado, nacido, criado y educado en una vaga tradición. En mi mano sostenía un rifle al que no estaba acostumbrado. Y cada uno de nosotros era esencialmente un prolífico y activo cerebro, tensamente excitado por el encuentro, sin saber nada del contenido mental del otro ni qué hacer con él.

Retrocedió uno o dos pasos. Tropezó, y se dio la vuelta para echar a correr.

—¡Alto! —grité—. ¡Párate, estúpido! —Y eché a correr tras él, gritando todo aquello en inglés. Pero no era un contrincante a su altura entre todas aquellas raíces y lodo.

Tuve una idea absurda. «¡No puede escapar y decírselo a los demás!».

Y con aquello, junté instantáneamente los pies, alcé mi fusil, apunté muy fríamente, apoyé el dedo en el gatillo con todo cuidado y le disparé

limpiamente a la espalda.

Vi, y lo vi con un brinco de pura exaltación, el impacto de mi bala entre sus omoplatos.

—¡Le di! —exclamé, bajando mi rifle y contemplando cómo caía y moría sin un gruñido—. Por Dios —musité, con una nota de sorpresa—. Lo he matado. —Y miré a mi alrededor, y luego avancé cautelosamente, entre curioso y sorprendido, para mirar a aquel hombre cuya alma había arrancado tan poco ceremoniosamente de nuestro mundo mortal. Me acerqué a él no como alguien que se acerca a algo que ha hecho, sino como alguien que se acerca a algo que ha encontrado.

Había caído boca abajo; debió de morir al instante. Me incliné y lo alcé por un hombro y lo comprobé. Lo dejé caer de nuevo, volví a ponerme en pie y escruté los árboles a mi alrededor.

—¡Dios mío! —dije.

Era el segundo ser humano muerto —aparte por supuesto los de las prácticas quirúrgicas, las momias y este tipo de cadáveres— que veía en mi vida. Permanecí de pie a su lado, pensando, pensando más allá de todos los límites.

Se me ocurrió una idea práctica en medio de toda aquella confusión. ¿Habría oído alguien el disparo?

Volví a cargar el arma. Al cabo de un rato me sentí más seguro y dediqué de nuevo mis pensamientos al hombre que había matado. ¿Qué debía hacer?

Se me ocurrió que quizá debiera enterrarlo. De cualquier forma, tenía que esconderlo. Reflexioné fríamente y luego dejé mi rifle al alcance de la mano y lo arrastré por un brazo hacia un lugar donde el barro parecía blando, y lo arrojé ahí. Su cuerno de pólvora escapó de su asidero, junto a su taparrabo, y me incliné para recogerlo y arrojarlo con el cuerpo. Luego lo apreté hacia abajo con la culata de mi rifle.

Más tarde, todo aquello me pareció de lo más horrible, pero en aquel momento se trataba de una simple transacción. Miré a mi alrededor en busca de alguna otra evidencia visible de su destino, lo hice del mismo modo con que miraría uno en busca de alguna prenda olvidada cuando hace sus maletas en la habitación de un hotel.

Luego recogí mis pertenencias y regresé cuidadosamente hacia el barco. Mi estado de ánimo tenía la misma grave concentración que el de un muchacho que ha sido descubierto robando en propiedad ajena. Y el asunto solo empezó a adquirir las proporciones adecuadas para mí cuando llegué cerca de la nave, dejando de parecer como si hubiera matado a un pájaro o a un conejo.

Por la noche, sin embargo, adquirió formas enormes y portentosas.

—¡Dios mío! —exclamé de pronto, despertándome con ojos muy abiertos—. ¡Fue un asesinato!

Tras eso permanecí completamente despierto, contemplando mis propios recuerdos. De alguna extraña manera esas visiones se mezclaban con mis sueños de mi tío en su desesperación. El cuerpo negro que ahora veía, herido y parcialmente hundido en el lodo, no estaba muerto, sino vivo y bien vivo y despierto, y su imagen se mezclaba con la horrible herida en el cuello de mi tío. Intenté apartar de mí aquella horrible obsesión, pero prevaleció pese a todos mis esfuerzos.

El día siguiente estuvo completamente teñido por mi recuerdo del cuerpo de aquella fea criatura. Soy el menos supersticioso de los hombres, pero me arrastró. Me arrastró de vuelta a aquella espesura y hasta el lugar donde lo había ocultado.

Algún horrible y detestable animal lo había descubierto, y ahora yacía desenterrado.

Metódicamente enterré de nuevo su hinchado y mutilado cuerpo, y regresé al barco para otra noche de pesadillas. Al día siguiente, durante toda la mañana, resistí el impulso de volver a él, y jugué al nap con Pollack con mi secreto royéndome, y por la tarde empecé a ir, y estaba ya cerca cuando comenzó a anochecer. Nunca le dije a nadie nada de lo que había hecho.

Al día siguiente acudí temprano y había desaparecido, y se veían huellas de pies humanos y horribles manchas en torno al lodoso agujero de donde había sido extraído.

Regresé al barco, desconcertado y perplejo. Aquel fue el día en que los hombres fueron a popa, con manos y rostros llagados y los ojos hinchados. Cuando me comunicaron, a través de Edwards, su portavoz, que ya tenían bastante de aquello y que no pensaban seguir, les respondí rápidamente:

—Yo también. Vámonos.

7

No fue demasiado pronto. Había mandado a gente de reconocimiento, el telégrafo se había puesto en marcha, y no hacía cuatro horas que estábamos en mar abierto cuando nos tropezamos con la cañonera que había sido enviada siguiendo la costa para buscarnos y que de haber aguardado un poco más nos hubiera atrapado detrás de la isla como un animal en una jaula. Era una noche de rápidas nubes que proporcionaban intermitentes resplandores de luz lunar, el viento y el mar estaban agitados, y avanzábamos entre una cortina de lluvia y niebla. De pronto el mundo se volvió blanco con la luz de la luna. La cañonera apareció como una larga y oscura forma tragando el agua por el este. Divisó inmediatamente al *Maud Mary* y disparó alguna especie de salva para detenernos.

El contramaestre se volvió hacia mí.

—¿Debo avisar al capitán?

—¡Que se vaya al infierno el capitán! —exclamé, y le dejamos dormir a lo largo de las dos horas de caza, hasta que una tormenta se nos tragó. Entonces cambiamos nuestro rumbo y navegamos en diagonal con respecto a ellos, y por la mañana solamente pudimos ver su humo.

Nos habíamos librado de África… y con el botín a bordo. No sabía aún lo que nos aguardaba entre nosotros y casa.

Por primera vez desde que me había mareado en el Támesis mi espíritu se elevó. Estaba mareado y físicamente alterado, por supuesto, pero me sentía bien pese a mis remordimientos. Por todo lo que podía calcular en aquellos momentos, la situación estaba salvada. Me vi a mí mismo regresando triunfante al Támesis, sin nada en la tierra que impidiera al viejo Perfecto Filamento Capern hacerse dueño del mercado en quince días. Tenía bajo mis pies el monopolio de las bombillas eléctricas.

Me había librado de la maldición de aquel cuerpo oscuro manchado de sangre mezclado con lodo gris negruzco. Estaba regresando a los baños y a la comida decente y a la aeronáutica y a Beatrice. Estaba volviendo a Beatrice y a mi auténtica vida de nuevo…, saliendo de aquel pozo dentro del cual había caído. Se necesitaba algo más que el mareo y la fiebre del quap para impedir que mi espíritu se elevara.

Le dije al capitán que estaba de acuerdo con él en que los británicos eran la escoria de Europa, los restos occidentales a la deriva de todos los pueblos, el más disgustante populacho, y perdí alegremente tres libras dejándome ganar al nap por las trampas de Pollack.

Y luego, ya saben, mientras subíamos por el Atlántico a este lado de Cabo Verde, el barco empezó a hacerse pedazos. No pretendo ni por un momento comprender lo que ocurrió. Pero creo que los recientes trabajos de Greiffenhagen sobre los efectos del radio sobre los tejidos leñosos sostienen mi idea de que las emanaciones del quap tuvieron un rápido efecto de podredumbre sobre las fibras de la madera.

Desde el principio de nuestro viaje de regreso, el barco había empezado a comportarse de una forma distinta, y a medida que los grandes vientos y las olas lo sacudían comenzaron a abrirse vías de agua. El agua no tardó en empezar a filtrarse…, no en un punto en particular, sino por todas partes. Quiero decir que no se abrió ninguna vía de agua propiamente dicha, sino que el agua empezó a rezumar primero por los podridos bordes de las planchas del barco y luego a través de ellas.

Creo firmemente que el agua entró a través de la madera. Primero tan solo caló, luego fueron gotas. Era como intentar llevar azúcar mojado en una delgada bolsa de papel. Pronto estaba entrando agua como si hubiéramos abierto una puerta en su fondo.

Una vez empezó, la cosa siguió adelante más allá de toda posibilidad de detenerla. Durante un día o dos hicimos lo mejor que pudimos, y aún puedo recordar en mis miembros los esfuerzos del bombeo…, el cansancio en mis brazos y el recuerdo de un pequeño pero claro chorrear de agua que entraba a medida que uno iba bombeando, y el arrastrarse hasta la cama, y el ser despertado de nuevo para el siguiente turno, y el cansancio acumulándose sobre el cansancio. Finalmente dejamos de pensar en nada excepto en

bombear; se convirtió en una mágica tortura, en una condena a bombear eternamente. Aún recuerdo como un puro alivio cuando finalmente apareció Pollack con la pipa en la boca.

—El capitán dice que esta maldita cosa se está hundiendo irremediablemente —observó, mordisqueando la boquilla—. ¿Eh?

—¡Buena idea! —exclamé—. Uno no puede seguir bombeando siempre.

Y sin ninguna prisa ni alacridad, hosca y cansadamente, subimos a los botes y nos alejamos del *Maud Mary* hasta que estuvimos a una distancia suficiente, y entonces nos quedamos allá, apoyados sobre nuestros remos, inmóviles sobre un mar que parecía un espejo, contemplándolo mientras se hundía. Permanecimos todos en silencio, incluso el capitán permaneció en silencio hasta que desapareció bajo las aguas. Y entonces habló muy suavemente, con una voz casi inaudible.

—*Hachta* hoy *echte ech* el primer barco que pierdo… ¡y no me *guchta*! No era una carga que ningún hombre debiera llevar. ¡No!

Contemplé los lentos círculos que iban formándose en el agua a partir del lugar donde se había hundido el *Maud Mary* y, con él, las últimas esperanzas de Organizaciones Empresariales. Me sentía débil más allá de todas las emociones. Pensé en mis heroicidades ante Beatrice y mi tío, en mi pronto «Yo iré», y en todos los meses inútiles que había perdido tras mi precipitada decisión. Me sentí impulsado a reírme de mí mismo y del destino.

Pero ni el capitán ni los hombres se reían. Los hombres me miraban con el ceño fruncido y se frotaban sus llagadas y doloridas manos, y se pusieron a remar…

Como todo el mundo sabe, fuimos recogidos por el transatlántico de la Union Castle *Portland Castle*.

El peluquero de a bordo era un hombre maravilloso, e incluso me improvisó un traje de etiqueta y me proporcionó una camisa limpia y ropa interior suave y no irritante. Gocé de un baño caliente y me vestí y cené, y bebí una botella de Borgoña.

—Ahora —dije—, ¿tienen aquí algunos periódicos? Me gustaría saber qué ha estado ocurriendo en el mundo.

El camarero me trajo los que tenían, pero desembarqué en Plymouth aún ignorante en su mayor parte del giro de los acontecimientos. Me despedí de Pollack y dejé al capitán y al contramaestre en un hotel y a los hombres, en un albergue para marineros hasta que pudiera pagarles a todos, y me dirigí a la estación.

Los periódicos que compré, las carteleras que vi, toda Inglaterra de hecho, resonaban con la bancarrota de mi tío.

FIN DEL LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

LAS SECUELAS DEL TONO-BUNGAY

I

La extinción del cohete

1

Aquella tarde hablé con mi tío en el Hardingham por última vez. La atmósfera del lugar se había transformado de una forma impresionante. En lugar de la multitud de importunos aduladores había tan solo media docena de poco atrayentes hombres, periodistas aguardando una entrevista. Ropper, el gran portero uniformado, estaba todavía allí, pero ahora estaba evidentemente defendiendo a mi tío de algo más que las intrusiones que podían hacerle perder el tiempo. Encontré al hombrecillo solo en la oficina interior, fingiendo trabajar pero en realidad rumiando. Tenía un aspecto amarillento y deshinchado.

—¡Señor! —dijo al verme—. Estás delgado, George. Hace que se te vea más esa cicatriz tuya.

Nos miramos gravemente el uno al otro por un tiempo.

—El quap —dije— está en el fondo del Atlántico. Hay algunas facturas… Tenemos que pagar a los hombres…

—¿Has visto los periódicos?

—Los leí todos en el tren.

—A raya —dijo—. Los he mantenido a raya durante toda una semana… Aullando en torno mío… Y yo haciendo frente a la música. Estoy empezando a sentirme un poco cansado.

Resopló y se limpió las gafas.

—Mi estómago ya no es lo que era —explicó—. Uno lo descubre… en estas ocasiones. ¿Cómo ocurrió, George? Tu marconigrama… Me hizo

concebir esperanzas durante un tiempo.

Se lo conté concisamente. Fue asintiendo a los distintos párrafos de mi narración, y al final echó algo de una botella de medicina a un pequeño y pegajoso vaso de vino y lo bebió. Me di cuenta de la presencia de medicamentos, de tres o cuatro pequeñas botellas ante él entre sus desordenados papeles, de un débil y elusivamente familiar olor en la habitación.

—Sí —dijo, secándose los labios y volviendo a tapar la botella con el corcho—. Has hecho todo lo que has podido, George. La suerte ha estado contra nosotros.

Reflexionó, con la botella en la mano.

—Algunas veces la suerte viene contigo y algunas veces, no. Algunas veces no. Y entonces ¿dónde te encuentras? Como la paja en el horno. Luches o no luches.

Me hizo algunas preguntas, y luego sus pensamientos volvieron a sus propios y urgentes asuntos. Intenté conseguir de él alguna visión general de la situación, pero no parecía dispuesto a dármela.

—Oh, hubiera deseado que estuvieras aquí. Hubiera deseado que estuvieras aquí, George. He tenido montones de cosas en mis manos. Tú ves las cosas tan claras algunas veces.

—¿Qué ocurrió?

—¡Oh! ¡Boom! Cosas horribles…

—Sí, pero… ¿cómo? Yo estaba en medio del mar, recuérdelo.

—Me costaría mucho explicártelo ahora. Está todo liado como una madeja.

Murmuró algo para sí mismo y se enfrascó en sus hoscos pensamientos, y se agitó ligeramente para decir:

—Además… será mejor que tú te mantengas fuera. Se está poniendo difícil. Déjales que hablen. Vete a Crest Hill y vuela. Ese es tu asunto.

Por unos momentos su actitud despertó de nuevo extrañas ansiedades en mi cerebro. Confesaré que aquella pesadilla mía de la Isla Mordet volvió con toda su fuerza, y mientras lo miraba su mano se tendió de nuevo hacia la medicina.

—El estómago, George —dijo—. He estado luchando contra eso. Todos los hombres luchan contra algo… Tienen algo que no les funciona bien, la cabeza, el corazón, el hígado…, algo. Zzzz. Algo les falla. A Napoleón también le ocurrió, al final. Durante toda la campaña de Waterloo, su estómago… ¡no era un estómago! Peor que el mío, sin duda.

Su aire deprimido pasó cuando la medicina empezó a trabajar dentro de él. Sus ojos se hicieron un poco más brillantes. Empezó a hablar más animado. Empezó a vestir la situación ante mis ojos, a admitir que aún había posibilidades. Lo planteó como una retirada de Rusia. Aún había la posibilidad de un Leipzig.

—Es una batalla, George, una gran lucha. Estamos luchando en nombre de millones. Aún tengo esperanzas. Quedan todavía por jugar una o dos cartas. No puedo contar todos mis planes…, sería arriesgado.

—Pero debería… —empecé.

—No puedo, George. Es como pedir mirar un embrión. Hay que esperar a que nazca. Lo sé. En cierto modo, lo sé. Pero decirlo… ¡No! Has estado tanto tiempo fuera. Y todo se ha puesto tan complicado.

Mi percepción de una desastrosa maraña se iba haciendo más profunda a medida que sus ánimos iban alzándose. Era evidente que lo único que podía hacer yo era ayudarle a anudar los hilos de cualquiera que fuese la red que estaba tejiendo en torno a su mente forzando en él preguntas y explicaciones. Mis pensamientos derivaron de pronto hacia otro ángulo.

—¿Cómo está tía Susan? —pregunté.

Tuve que repetir la pregunta. Sus labios cesaron por un momento en su silenciosa agitación, y respondió en el tono de alguien que repite una fórmula:

—Le hubiera gustado estar en la batalla conmigo. Le hubiese gustado estar aquí en Londres. Pero hay cosas que he de resolver yo solo. —Sus ojos se posaron por un momento en la pequeña botella a su lado—. Y han ocurrido cosas.

Me miró.

—Deberías ir ahora y hablar con ella —dijo, con una voz de director—. Yo iré mañana por la noche, creo.

Pareció como si esperara que aquello terminase nuestra conversación.

—¿Para el fin de semana? —pregunté.

—Para el fin de semana. ¡Demos gracias a Dios por los fines de semana, George!

2

Mi regreso a Lady Grove fue una cosa muy distinta de la que había anticipado cuando salí a mar abierto con mi carga de quap e imaginé que el Filamento Perfecto estaba bien seguro en mi mano. Mientras caminaba a la luz del atardecer por entre los campos, la quietud del verano parecía como la quietud de algo recién muerto. Ya no había operarios por todas partes, ya no había ciclistas por la carretera.

El paro de las obras era manifiesto por doquier. Había habido, supe por mi tía, una emocionante y completamente voluntaria manifestación cuando los trabajos en Crest Hill fueron paralizados y los hombres recibieron su última paga; habían vitoreado a mi tío y abucheado a los contratistas y a lord Boom.

Ahora no puedo recordar la forma en que mi tía y yo nos saludamos. Debió haber sido algo muy tenso, pero fuera cual fuese la impresión que tuve en aquel momento, se ha borrado de mi memoria. Pero recuerdo muy claramente que nos sentamos ante la pequeña mesa redonda cerca de la gran ventana que daba a la terraza y cenamos y hablamos. La recuerdo a ella hablando de mi tío.

Preguntó por él y si parecía encontrarse bien.

—Me gustaría poder ayudar —dijo—. Pero nunca le ayudé mucho, nunca. Su forma de hacer las cosas nunca fue la mía. Y desde… desde… Desde que empezó a hacerse tan rico, mantuvo las cosas alejadas de mí. En los viejos días… era diferente…

»Y aquí estamos… y yo no sé lo que está haciendo. Debería tenerme cerca de él…

»Pero me mantiene más alejada que nunca. Ni siquiera los sirvientes me dejan saberlo. Intentan retener los periódicos que dicen las peores cosas…

Lo que escribe Boom… No permiten que suban las escaleras. Supongo que lo tienen acorralado, George.

»¡Pobre viejo Teddy! ¡Qué pobres viejos Adán y Eva somos! ¡Administradores Judiciales con espadas llameantes para expulsarnos de nuestro jardín! Esperaba que no tuviéramos nunca más ninguna otra Mudanza. Bien, de todos modos, no será a Crest Hill… Pero es duro para Teddy. Debe hallarse ahora en una confusión tan grande. Pobre viejo tipo. Supongo que no podemos ayudarle. Supongo que lo único que podemos hacer es preocuparnos por él. Toma un poco más de sopa, George, mientras queda.

El día siguiente fue uno de esos días de fuerte impacto que quedan claramente en la memoria de uno cuando el transcurrir habitual de los días se hace borroso. Puedo recordar ahora que cuando desperté en la amplia habitación familiar que siempre estaba reservada para mí, permanecí tendido mirando a sus sillas tapizadas de calicó, sus espaciados y finos muebles, el atisbo de los cedros fuera, y pensar que todo aquello tenía que terminar.

Nunca he sentido ansias de dinero. Nunca he deseado hacerme rico, pero entonces noté una inmensa sensación de pérdida. Leí los periódicos después del desayuno —mi tía y yo juntos—, y luego me dirigí a pie a ver lo que Cothope había hecho en el asunto del *Lord Roberts β*. Nunca antes había apreciado tan agudamente el amplio esplendor de los jardines de Lady Grove, la dignidad y amplia paz de todo lo que me rodeaba. Era una de esas cálidas mañanas de finales de mayo que han ganado toda la gloria del verano sin perder la alegre delicadeza de la primavera. Los matorrales resplandecían con laburnos y lilas, los lechos de flores estaban repletos de narcisos y de lilas del valle en los lugares umbríos.

Recorrí los bien cuidados senderos entre los rododendros y penetré por la puerta privada a los bosques donde las campánulas y las orquídeas comunes abundaban en profusión. Nunca antes había saboreado tan completamente la espléndida sensación de privilegio y propiedad. Y todo esto tiene que terminar, me dije a mí mismo, todo esto tiene que terminar.

Ni mi tío ni yo habíamos hecho ninguna previsión para un desastre, todo lo que teníamos estaba metido en el juego, y me quedaban muy pocas dudas

ahora de lo absoluto de nuestra ruina. Por primera vez en mi vida desde que me había enviado aquel maravilloso telegrama tuve que considerar aquella ansiedad común de toda la humanidad… el Empleo. Tenía que bajarme de mi alfombra mágica y entrar una vez más en el mundo.

Y de repente me encontré en el cruce de caminos donde había visto a Beatrice por primera vez después de tantos años. Es extraño, pero por todo lo que puedo recordar, no había vuelto a pensar en ella desde que había desembarcado en Plymouth. Sin duda había llenado todo el trasfondo de atrás de mi mente, pero no recuerdo ningún pensamiento claro y definido. Me había dedicado por completo a mi tío y al desastre financiero.

Ahora me llegó de pronto, como un bofetón en pleno rostro. ¡Y todo aquello tenía que terminar también!

De golpe, me vi inundado por el pensamiento de ella y de una gran sensación de pérdida. ¿Qué haría cuando se diera cuenta de la magnitud de nuestro inmenso desastre? ¿Qué haría? ¿Cómo lo tomaría? Me llenó de un gran asombro darme cuenta de lo poco que podía decir al respecto…

¿Debía ir ahora a su encuentro?

Crucé las plantaciones y entonces vi a Cothope con un nuevo planeador diseñado por él descendiendo con el viento hacia mi viejo y familiar lugar de «aterrizaje». A juzgar por su largo ritmo era un muy buen planeador. «Como el propio descaro de Cothope —pensé—, de seguir adelante con las investigaciones. Me pregunto si habrá tomado notas… Pero todo esto tendrá que parar también».

Se mostró sinceramente contento de verme.

—Han sido unos días extraños —dijo.

Había permanecido allí sin cobrar durante un mes, un hombre olvidado en la sucesión de los acontecimientos.

—Simplemente me quedé e hice lo que pude con lo que tenía a mano. Disponía de algo de dinero propio… y me dije a mí mismo: «Bien, aquí estás con todo el equipo y sin nadie que te mire. No vas a tener otra oportunidad igual, muchacho, no en todos los días que te quedan de vida. ¿Por qué no haces lo que puedes con todo ello?».

—¿Cómo está el *Lord Roberts β*?

Cothope alzó las cejas.

—He tenido que parar —dijo—. Pero tiene un aspecto de lo más espléndido.

—¡Dios! —dije—. Me gustaría hacerlo volar al menos una vez antes de que todo se hunda. ¿Has leído los periódicos? ¿Sabes que vamos a hundirnos?

—¡Oh!, he leído los periódicos. Es escandaloso, señor, que un trabajo como el nuestro tenga que depender de cosas como esa. Usted y yo deberíamos ser financiados por el Estado, señor, si me disculpa el atrevimiento…

—No hay nada que disculpar —dije—. Yo siempre he sido socialista, en cierta medida… y en teoría. Vayamos a echarle un vistazo. ¿Cómo está? ¿Deshinchado?

—Aproximadamente un cuarto lleno. Ese último aceite sellante suyo mantiene el gas de una manera estupenda. No ha perdido ni un metro cúbico en una semana…

Cothope volvió al Socialismo mientras nos dirigíamos a los cobertizos.

—Me alegra saber que es usted socialista, señor —dijo—. Es el único Estado civilizado. Yo he sido socialista algunos años…, de los del *Clarion*. Este mundo es un podrido revoltijo. Toma las cosas que hacemos e inventamos y juega estúpidamente con ellas. Nosotros, la gente científica, tendremos que hacernos cargo del control y detener todo este embrollo financiero y publicitario y todo eso. Es demasiado estúpido. Es un engorro. ¡Mírenos a nosotros!

El *Lord Roberts β*, incluso en su estado parcialmente deshinchado en su cobertizo, era algo digno de admirar. Me detuve al lado de Cothope contemplándolo y me dolió más que nunca pensar que todo aquello tenía que terminar también. Tuve la misma sensación que sentiría un muchacho que desea hacer una travesura, la de que podía seguir usándolo hasta que llegaran los acreedores. Recuerdo que también se me ocurrió que si lo lanzaba al aire advertiría así de mi regreso a Beatrice.

—Lo acabaremos de llenar —dije concisamente.

—Todo está listo —contestó Cothope, y añadió como si se le ocurriera de pronto—: A menos que hayan cortado el gas…

Estuve trabajando con Cothope durante toda la mañana y por un tiempo olvidé mis demás problemas. Pero el pensamiento de Beatrice me inundaba lenta y firmemente. Se convirtió en un enfermizo y poco inteligente anhelo de verla. Me di cuenta de que no podía aguardar a que se llenara completamente el *Lord Roberts β*, que tenía que ir a su encuentro y verla lo antes posible. Seguimos adelante y comí con Cothope, y luego lo dejé con la más pobre de las excusas para merodear hacia los bosques en dirección a Bedley Corner. Me sentí presa de lastimosas vacilaciones y desconfianzas. ¿Tenía que acercarme a ella ahora?, me pregunté a mí mismo, pasando revista a todas las humillaciones sociales de mis primeros años. Finalmente, hacia las cinco, llamé a la casa. Fui recibido por su Charlotte… con ojos ominosos y una fría sorpresa.

Tanto Beatrice como lady Osprey estaban fuera.

Soñé con alguna acechante forma de reunirme con ella. Caminé por el sendero en dirección a Woking, el sendero por el que habíamos paseado hacía cinco meses en medio del viento y la lluvia.

Fantaseé durante un rato siguiendo nuestros pasos de la otra vez, luego maldije y regresé por entre los campos y luego sentí una repentina aversión hacia Cothope y desvié mi camino. Finalmente me encontré mirando hacia abajo, al enorme y abandonado bulto de Crest Hill.

Aquello hizo dar a mi mente un giro hacia nuevos canales. Mi tío ocupó de nuevo un primer plano. ¡Qué extraña y melancólicamente vacía de intenciones parecía aquella loca empresa a la uniforme luz del sol del atardecer, qué vulgar magnificencia y crudeza y total absurdo! Era algo tan idiota como las pirámides. Me senté en un portillo con escalones en el muro, contemplándola tal como si nunca antes hubiera visto aquel bosque de andamios, aquel malgasto de paredes y ladrillos y yeso y piedras labradas, aquel desierto de tierra desgarrada y roderas y montones de escombros. Me impresionó de pronto como la más sólida imagen y ejemplo de todo lo que pasa por Progreso, de todo el gasto hinchado por la publicidad, la construcción y el derribo sin motivos, los negocios y las promesas de mi Era. Este era nuestro fruto, esto era lo que habíamos hecho, mi tío y yo, a la moda de nuestro tiempo. Éramos sus líderes y exponentes, éramos lo más floreciente que había producido. Para esta futilidad en su

final, para una época de tamaña futilidad, era para lo que se había desenrollado el solemne pergamino de la historia…

—¡Gran Dios! —exclamé— ¿Pero es esto la Vida?

¡Para esto se habían adiestrado los ejércitos, para esto era administrada la Ley y las prisiones cumplían con su deber, para esto los millones se afanaban trabajando y perecían en el sufrimiento, a fin de que unos pocos de nosotros pudiéramos edificar palacios que nunca terminábamos, construyéramos salas de billar debajo de piscinas, erigiéramos imbéciles muros rodeando irracionales propiedades, fuéramos arriba y abajo del mundo en automóviles, diseñáramos máquinas voladoras, jugáramos al golf y a una docena de otros juegos de pelota tan estúpidos como este, nos apiñáramos en concurridas y charlatanas cenas, jugáramos e hiciéramos de nuestras vidas un enorme y deprimente espectáculo de necio desperdicio! Así me impresionó entonces, y durante un tiempo no pude pensar en otra interpretación. ¡Esto era la Vida! Acudió a mí como una revelación, una revelación a la vez increíble e innegable de la abismal locura de nuestro existir.

3

Fui despertado de tales pensamientos por el sonido de unos pasos detrás de mí.

Me volví con cierta esperanza, tan estúpida es la imaginación de los enamorados… y me detuve lleno de asombro. Era mi tío. Su rostro estaba blanco, blanco como lo había visto en mi sueño.

—Hola —dije, y le miré—. ¿Por qué no está usted en Londres?

—Todo ha terminado —dijo…

—¿Ya ha salido la sentencia…?

—¡No…!

Lo miré fijamente por unos momentos, y luego bajé del portillo.

Permaneció inerte, vacilante, y luego avanzó con un débil movimiento de sus brazos, como un hombre que no puede ver claramente, y se sujetó al portillo y se reclinó en él. Por un momento nos quedamos completamente inmóviles. Hizo un torpe gesto hacia la gran futilidad que había debajo y pareció ahogarse. Descubrí que su rostro estaba bañado en lágrimas, que sus húmedas gafas lo cegaban. Alzó su pequeña y regordeta mano y la adelantó temblando, rebuscó su pañuelo sin encontrarlo, y luego, ante mi horror, mientras se sujetaba a mí, empezó a llorar intensamente, aquel pequeño y viejo y cansado timador. No estaba simplemente sollozando o derramando lágrimas, estaba llorando como un niño. Era… ¡oh, horrible!

—Ha sido cruel —borbotó al fin—. Me hicieron preguntas. No dejaron de hacerme preguntas, George…

Buscó cómo continuar y empezó a tartamudear.

—¡Los malditos fanfarrones! —gritó—. Los mal… di… tos fanfarrones.

Dejó de llorar. Se volvió de pronto rápido y explicativo.

—No ha sido justo, George. Te agotan. Y yo no estoy bien. Mi estómago me hace sufrir. Y me he resfriado. Siempre he sido resistente a los resfriados, y ahora aquí lo tengo, metido entre pecho y espalda. Y luego vienen y te piden que hables. Te ponen trampas… y trampas… y trampas. Es una tortura. Agotador. No puedes recordar lo que has dicho. Te expones a contradecirte. Es como en Rusia, George… No es juego limpio… con un hombre prominente. He estado al lado de ese tipo, Neal, en cenas, le he contado historias… ¡y se ha mostrado duro! Dispuesto a arruinarme. No hacía preguntas civilizadas…, gritaba.

Se interrumpió de nuevo.

—Me han gritado, sí, me han gritado. He sido tratado como un perro. ¡Sucios tramposos, eso es lo que son! ¡Sucios tramposos! Preferiría ser un tahúr que un abogado; antes vendería comida para gatos en las calles.

»Me inundaron de preguntas esta mañana, preguntas que no me esperaba. ¡Me avasallaron! Lo tenía todo en mis manos, y lo hicieron saltar. ¡Neal lo hizo saltar! ¡Neal, a cuyos pies puse toda la ciudad! ¡Neal! Yo había ayudado a Neal…

»No pude tragar ni un bocado… no a la hora de comer. No podía enfrentarme a ello. Es cierto, George, no podía enfrentarme a ello. Dije, voy a tomar un poco el aire, y me deslicé al Embankment, y allí tomé un bote hasta Richmond. Una idea. Cuando llegué allí tomé un bote de remos y remé por el río durante un rato. Un montón de chicos y chicas en la orilla se rieron al verme en mangas de camisa y con chistera. Supongo que pensaron que estaba de viaje de placer. ¡Vaya placer! Remé durante un rato y luego regresé a tierra. Entonces vine para aquí. Por el camino de Windsor. Y ellos están en Londres haciendo lo que quieran conmigo… ¡No me importa!

—Pero… —dije, mirándole perplejo.

—Es una huida. Conseguirán una orden judicial.

—No comprendo —dije.

—Todo ha terminado, George, todo ha terminado definitivamente.

Miró hacia abajo.

—Y yo pensé que iba a vivir en este lugar, George… ¡y morir siendo un lord! Es un gran lugar, realmente, un lugar imperial… si alguien tiene el buen sentido de comprarlo y terminarlo. Esa terraza…

Guardó silencio de nuevo, pensativo.

—Mire —dije—. ¿Qué es eso acerca de una orden judicial? ¿Está seguro de que conseguirán una orden judicial? Lo siento, tío, pero ¿qué es lo que ha hecho?

—¿No te lo he dicho?

—Sí, pero no van a poder hacer mucho contra usted por eso. Lo único que podrán conseguir es hacer que se presente para terminar su interrogatorio.

Permaneció en silencio por un rato. Finalmente habló, expresándose con dificultad;

—Es peor que eso. Hice algo… No tardarán en sacarlo a la luz. Prácticamente ya lo tienen.

—¿Qué?

—Cosas escritas… Hice algo.

Por primera vez en su vida, creo, se sentía y parecía avergonzado. Me llenó de remordimientos el verlo sufrir así.

—Todos hemos hecho cosas —dije—. Es parte del juego que el mundo nos obliga a jugar. Si desean arrestarlo… y usted no tiene cartas en su mano… No deben arrestarlo.

—No. En parte por eso fui a Richmond. Pero nunca pensé…

Sus ojillos inyectados en sangre se clavaron en Crest Hill.

—Ese tipo, Wittaker Wright —dijo—, lo llevaba todo preparado. Yo no. Ahora ya lo sabes, George. Ese es el tipo de agujero en el que estoy metido.

4

Ese recuerdo de mi tío junto a la puerta es muy claro e intenso. Soy capaz de recordar incluso la resaca de mis pensamientos mientras él estaba hablando. Recuerdo mi piedad y mi afecto por él en su miseria creciendo y agitándose dentro de mí, mi convencimiento de que tenía que ayudarle a todo riesgo. Pero luego vuelve a aparecer la falta de claridad. Yo había empezado a actuar. Recuerdo que lo persuadí de que se pusiera en mis manos y empecé inmediatamente a planear y actuar. Creo que cuanto más actuamos menos recordamos, que precisamente en la medida en que el impulso de nuestras impresiones se traduce en esquemas y movimientos, deja de grabarse en los recuerdos. Sé que decidí sacarlo de aquel lugar inmediatamente, y utilizar el *Lord Roberts β* para ello. Resultaba claro que pronto iba a convertirse en un hombre perseguido, y me parecía poco seguro para él intentar las rutas continentales ordinarias para su huida. Tenía que elaborar algún plan, y elaborarlo rápidamente, por el cual pudiera llegar de la forma más discreta posible al mundo que había al otro lado del agua. Mi resolución de efectuar al menos un vuelo en mi aeronave encajaba con aquello como un guante en una mano. Tuve la impresión de que podíamos ser capaces de cruzar por encima del agua durante la noche, dejar nuestra aeronave a la deriva, y presentarnos como simples turistas llegados a pie en Normandía o Bretaña, y así escapar. Esa, en cualquier caso, era mi idea dominante. Envié a Cothope a Woking con una nota falsa porque no deseaba implicarle, y llevé a mi tío al pabellón. Fui a ver a mi tía y le expuse sin reservas la situación. Se convirtió en una persona admirablemente competente. Fuimos al cuarto de mi tío, e hice saltar sin miramientos todas sus cerraduras. Recogí un par de fuertes botas marrones, un traje de tweed y un sombrero a juego, y por supuesto un equipo plausible de caminata, y una pequeña mochila de cazador para ese equipo pedestre; y,

además, un gran sobretodo de automovilista, y algunas mantas para añadir a aquellas que tenía en el pabellón. También cogí una botella de coñac, y mi tía preparó bocadillos. No recuerdo que apareciera ningún sirviente, y he olvidado de dónde sacó aquellos bocadillos. Mientras, hablamos. Más tarde creí recordar que lo hicimos con una tranquila seguridad.

—¿Qué es lo que hizo? —preguntó.

—¿No le importa saberlo?

—¡Ya no quedan consideraciones al respecto, gracias a Dios!

—Creo… que falsificó documentos.

Hubo una ligera pausa.

—¿Puedes cargar con este peso? —preguntó.

Lo levanté.

—Ninguna mujer ha respetado nunca la ley… ninguna —dijo ella—. Es demasiado estúpida… ¡las cosas que te deja hacer! Y luego te pide cuentas. Como una niñera loca cuidando a un niño.

Me ayudó a cargar algunas mantas por entre los arbustos, en la creciente oscuridad.

—Pensarán que vamos de caza a la luz de la luna —dijo, volviendo su rostro hacia la casa—. Me pregunto en qué nos convierten… criminales… —Una enorme nota retumbante llegó a nuestros oídos, como en respuesta a aquello. Nos sorprendió por un momento—. ¡El gong de la cena! —exclamó—. Me gustaría poder ayudar al pequeño Teddy, George. Es horrible pensar en él ahí con los ojos hinchados, rojos y secos. Pero sé… Mi presencia le hará sentirse más dolido todavía. Las cosas que le dije, George. Si hubiera podido saberlo, le hubiese dejado que se lanzara definitivamente en brazos de esa Scrymgeours. Yo lo corté. Él nunca pensó que me importara, antes… De todos modos, ayudaré si puedo.

Me volví al notar algo en su voz, y a la luz de la luna capté el brillo de lágrimas en su rostro.

—¿Hubiera podido ayudar ella? —preguntó de pronto.

—¿Ella?

—Esa mujer.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Ayudado! ¡Esas… cosas no ayudan!

—Dime de nuevo lo que tengo que hacer —murmuró tras un silencio.

Volvimos a repasar los planes que había trazado para comunicarnos y las cosas que creía que ella podía hacer. Le había dado la dirección de un abogado en el que creía que podía confiar.

—Pero tiene que actuar por usted misma —insistí—. En líneas generales, todo es un lío. Tiene que hacer todo lo que pueda por nosotros, y luego seguirnos tan pronto como le sea posible.

Asintió.

Llegó junto al pabellón y dudó tímidamente durante un momento, y luego se marchó.

Encontré a mi tío en mi saloncito, sentado en un sillón, con los pies sobre el guardafuego de la estufa de gas, que había encendido, y estaba ligeramente borracho de mi whisky, y muy débil en cuerpo y espíritu, e inclinado a la cobardía.

—Me dejé mis gotas —dijo.

Se cambió de ropas despacio y de mala gana. Tuve que pelearme con él, casi me vi obligado a arrastrarlo a la aeronave y meterlo en su plataforma de mimbre. Sin nadie que me ayudara, efectué un torpe despegue; rozamos el techo del cobertizo y doblamos una pala de la hélice; y durante cierto tiempo me mantuve bajo el aparato sin que él me ofreciera una mano para ayudarme a acabar de subir. De no haber sido por un dispositivo de anclaje ideado por Cothope, una especie de ancla deslizante montada sobre un raíl, jamás lo hubiéramos conseguido.

5

Los incidentes de nuestro vuelo en el *Lord Roberts β* no se alinean en un orden consecutivo. Pensar en esa aventura es como hojear al azar un álbum de fotos. Uno recuerda primero esto y luego aquello. Permanecíamos ambos tendidos boca abajo en una plataforma horizontal de mimbre trenzado; porque el *Lord Roberts β* no tenía ninguna de las elegantes comodidades de un globo. Yo estaba tendido delante, y mi tío, detrás en una posición en la que difícilmente podía ver nada de nuestro vuelo. Estábamos protegidos de caer simplemente por las redes colocadas entre los tirantes de acero. Nos resultaba imposible ponernos en pie; teníamos que permanecer tendidos o arrastrarnos a cuatro patas sobre la plataforma de mimbre. En medio del aparato había unos armarios para guardar las cosas hechos con ese material de Watson, la aulita, y entre ellos había situado a mi tío, envuelto en mantas. Yo llevaba botas y guantes de automovilista de piel de foca, y un chaquetón de pelo sobre mi traje de tweed, y controlaba el aparato mediante cables Bowden y palancas situadas delante.

La primera parte de la experiencia de aquella noche estuvo compuesta de entusiasmo, de paisaje de Surrey y Sussex iluminados por la luz de la luna, y de un rápido y feliz vuelo, ascendiendo y picando, y luego ascendiendo de nuevo hacia el sur. No podía observar las nubes debido a que la aeronave colgaba encima mío; no podía ver las estrellas ni medir la meteorología, pero resultaba muy claro para mí que el viento, que soplaba entre el norte y el nordeste, estaba dándonos fuerza, y después de sentirme satisfecho conmigo mismo tras una serie de expansiones y contracciones de las cámaras de gas del *Lord Roberts β*, coronadas con un éxito completo, detuve el motor para ahorrar combustible, y dejé que el monstruo planeara, comprobando sus progresos a través del difuminado paisaje a nuestros pies. Mi tío permanecía tendido completamente inmóvil detrás de mí, hablando

muy poco y mirando directo al frente, dejándome con mis propios pensamientos y sensaciones.

Mis pensamientos, fueran los que fuesen, se han desvanecido hace tiempo de mi memoria, y mis sensaciones se han mezclado en un recuerdo continuo de una campiña extendiéndose, que aparecía, bajo una capa de nieve, con manchas cuadradas más oscuras, blancos fantasmas de carreteras, grietas y pozos de aterciopelada negrura, y casas iluminadas. Recuerdo un tren abriéndose camino como un apresurado ciempiés de fuego entre el paisaje, y cómo oí muy claramente su traqueteo. Cada pueblo y calle estaba salpicado con farolas. Llegué muy cerca de los suburbios del sur de Lewes, y todas las luces estaban apagadas en las casas, y la gente se había ido a la cama. Abandonamos tierra un poco al este de Brighton, y a aquellas horas Brighton estaba sumido en el sueño, y el brillantemente iluminado paseo frente al mar completamente desierto. Luego dejé que las cámaras de gas se hincharan en toda su extensión y ascendimos. Me gusta ir alto por encima del agua.

No recuerdo claramente lo que ocurrió durante toda la noche. Pienso que debí dormitar un poco, y probablemente mi tío durmió. Recuerdo que en una o dos ocasiones lo oí hablar consigo mismo, o con alguna corte imaginaria, con una voz ansiosa y ahogada. Pero no puede haber ninguna duda de que el viento cambió en redondo al este, y que fuimos arrastrados muy adentro al Canal sin sospechar en absoluto la inmensa deriva que estábamos tomando. Recuerdo la estúpida perplejidad con la que vi despuntar el alba sobre una gris extensión de agua debajo, y me di cuenta de que algo iba mal. Era tan estúpido que hasta después de salir el sol no me di cuenta realmente de la dirección que llevaban las olas debajo, y comprendí que estábamos bajo los efectos de un fuerte viento oriental. Incluso entonces, en vez de enfilar hacia el sudeste, mantuve el motor en marcha, me orienté al sur, y así proseguí un rumbo que necesariamente iba a hacernos llegar a Ushant, o arrastrarnos por encima del golfo de Vizcaya. Pensé que estábamos a la altura del este de Cherbourg, cuando en realidad me hallaba mucho más al oeste, y detuve mi motor con esa creencia, y luego volví a ponerlo en marcha. Finalmente vi la costa de Bretaña en el sudeste a última hora de la tarde, y fue eso lo que me hizo darme cuenta de

la gravedad de nuestra posición. La descubrí por accidente en el sudeste, cuando yo la estaba buscando en el sudoeste. Giré hacia el este y me puse cara al viento por algún tiempo, y descubriendo que no tenía ninguna posibilidad de contrarrestarlo, subí más alto, donde parecía menos violento, e intenté situarme con rumbo al sudeste. No fue hasta entonces que me di cuenta de la fuerza del viento. Había estado yendo hacia el este, y quizá a veces incluso a ráfagas hacia el norte o el oeste, a la velocidad de ochenta o noventa kilómetros por hora.

Entonces inicié lo que supongo que podría ser llamado una Batalla contra el viento del este. Lo llamo una Batalla, pero en realidad fue algo tan distinto a una batalla como el coser a máquina. El viento intentaba empujarme hacia el oeste, y yo intentaba ir tanto como podía hacia el este, con el viento golpeándonos y agitándonos irregularmente, aunque no intolerablemente, durante casi doce horas. Mis esperanzas residían en que el viento disminuyera, y nosotros siguiéramos manteniéndonos en el aire y dirigiéndonos hacia el este de Finisterre hasta alcanzar tierra firme, y nuestro principal peligro era que se agotara el combustible. Fueron unos momentos largos y ansiosos a la expectativa; estábamos bastante abrigados, y tan solo empezábamos a sentir un poco de hambre, y excepto por los gruñidos de mi tío, las reflexiones filosóficas que hacía de vez en cuando y su insistencia en que tenía fiebre, hablábamos muy poco. Yo me sentía cansado y taciturno, y preocupado principalmente por el motor. Tuve que resistir la tentación de arrastrarme hacia atrás y comprobarlo. No me atrevía a contraer nuestras cámaras por miedo a perder gas. Nada era menos parecido a una batalla. Sé que en las revistas populares y en los sitios así tales ocasiones son pintadas en términos de histeria. Los capitanes salvan sus naves, los ingenieros completan sus puentes, los generales dirigen sus batallas, en un estado de danzante excitación, espumeando recónditos tecnicismos por las comisuras de sus labios. Supongo que ese tipo de cosas funciona para el lector, pero en lo que a mí respecta no representan la realidad. Estoy convencido de que son estupideces infantiles. Los estudiantes de quince años, las chicas de dieciocho y los literatos durante todas sus vidas, es probable que sufran esos chillones accesos, pero mi propia experiencia es que las escenas más excitantes no son excitantes, y la

mayor parte de los más urgentes momentos de la vida son confrontados por hombres de mentes firmes.

Ni mi tío ni yo pasamos la noche en exclamaciones ni en ocurrentes alusiones ni en ninguna de esas cosas. Permanecimos como abotagados. Mi tío no se movía de su lugar y se quejaba de su estómago, y ocasionalmente divagaba haciendo exposiciones de su situación financiera y denuncias contra Neal —lanzó una o dos frases realmente buenas relativas a Neal—, y se agitaba de tanto en tanto de una forma más bien vaga y gruñía, y nuestra plataforma de mimbre crujía constantemente, y el viento en nuestro costado hacía agitarse de una forma sordamente palmeante las paredes de las cámaras de gas. Pese a todas nuestras prendas de abrigo, empezamos a sentir un terrible frío con la llegada de la noche.

Debí de quedarme dormido, y era aún oscuro cuando me di cuenta con un sobresalto de que nos hallábamos un poco al sur, y a una cierta distancia, de una luz que llameaba regularmente, girando en el resplandor general de la parte superior de una gran torre, y de que lo que me había despertado era el silencio de nuestro motor, y que estábamos derivando hacia el oeste.

Entonces, por supuesto, sí sentí en todo mi ser la excitación de la supervivencia. Me arrastré hacia delante hasta las cuerdas de las válvulas de alivio, hice que mi tío se arrastrara también hacia delante, y solté gas hasta que estuvimos cayendo a través del aire como un torpe planeador hacia el vago gris que era la tierra firme.

Algo que he olvidado debió de intervenir entonces. Vi las luces de Burdeos en medio de una completa oscuridad; de eso estoy razonablemente seguro. Pero evidentemente nuestra caída se produjo a la fría e incierta luz del amanecer. Al menos, también estoy seguro de esto. Y Mimizan, cerca de donde caímos, se halla a ochenta kilómetros de Burdeos, las luces de cuyo puerto debimos de haber visto.

Recuerdo nuestro descenso final con una curiosa indiferencia, y que dirigí el aparato durante todo el proceso. Pero nuestra auténtica toma de tierra fue a todas luces excitante. Recuerdo nuestra prolongada aproximación al suelo y la dificultad que tuve para hallar un lugar despejado donde posarnos, y cómo una ráfaga de viento atrapó al *Lord Roberts β*, mientras mi tío rodaba fuera del alcance de las cuerdas y me

golpeaba fuertemente, arrojándome junto con él fuera de la plataforma y haciéndome caer de rodillas. Luego tuve la sensación de que el monstruo estaba casi a propósito liberándose de nosotros para escapar, y después noté el suave salto de su rebote. La cuerda escapó fuera del alcance de mi mano. Recuerdo haber corrido hundido hasta las rodillas en una salada charca en una impotente persecución de la aeronave mientras esta se liberaba y derivaba en dirección al mar, y cómo, hasta después de que hubiera escapado a todos mis desesperados esfuerzos por recuperarla, no me di cuenta de que era sin duda lo mejor que podía haber ocurrido. Avanzó rápidamente por encima de las arenosas dunas, alzándose y cayendo, y se ocultó tras un bosquecillo de árboles azotados por el viento. Luego reapareció mucho más lejos, y alejándose todavía. Se remontó por un momento, y volvió a hundirse lentamente, y después de eso ya no volví a verlo. Supongo que cayó al mar, y que su tela se mojó de agua salada y se hizo más pesada, y que se deshinchó y se hundió.

Nunca fue encontrado, y jamás hubo un informe de alguien que lo hubiera visto después que escapó de mí.

6

Pero si bien me resulta difícil contar la historia de nuestro largo vuelo a través del aire y por encima del mar, al menos aquel amanecer en Francia permanece frío y claro y completo en mi memoria. Veo de nuevo, casi como si los estuviera viendo otra vez con mis propios ojos, crestas arenosas alzándose tras crestas arenosas, grises y frías y orladas por una escuálida hierba. Siento de nuevo el penetrante y frío aire del amanecer, y oigo el distante ladrido de un perro. Me oigo a mí mismo preguntando: «¿Y ahora qué hacemos?», e intentando trazar planes con un cerebro agotado más allá de toda medida.

Al principio mi tío ocupó toda mi atención. Estaba temblando mucho, y tuve que hacer un tremendo esfuerzo por resistir mis deseos de llevarlo a una cama confortable inmediatamente. Pero deseaba aparecer de una forma plausible en aquella parte del mundo. Me daba cuenta de que presentarnos a aquellas horas en algún sitio buscando cama y cobijo sería algo bastante sospechoso; teníamos que descansar allí hasta que el día estuviera más avanzado, y entonces aparecer como unos caminantes sucios de la carretera buscando un poco de comida. Le di a mi tío casi todo lo que quedaba de nuestras galletas, vacié nuestras cantimploras, y le aconsejé que durmiera, pero al principio tenía demasiado frío, pese a que lo envolví con la gruesa manta de pelo largo.

Me sorprendió entonces la enrojecida debilidad de su rostro y el aspecto de viejo que le daba la corta barba gris de su barbilla sin afeitar. Se sentó encogido sobre sí mismo, temblando y tosiendo, masticando de mala gana, pero bebiendo con ansiedad, y lloriqueando un poco, una figura horriblemente lamentable para mí. Pero teníamos que pasar por todo aquello, no había otra salida para nosotros.

Finalmente el sol ascendió sobre los pinos, y la arena se calentó rápidamente. Mi tío había comido y permanecía sentado con sus muñecas apoyadas sobre sus rodillas, con el aspecto de la más desamparada de las almas.

—Estoy enfermo —dijo—. ¡Estoy condenadamente enfermo! ¡Puedo notarlo en mi piel!

Luego —y resultó algo horrible para mí— exclamó:

—Tendría que estar en la cama; tendría que haber permanecido en la cama… en vez de estar volando por ahí.

Y de pronto estalló en lágrimas.

Me puse en pie.

—¡Duerma un poco, hombre! —dije, y le quité la manta, la extendí en el suelo, y lo envolví con ella.

—Todo esto está muy bien —protestó—, pero yo ya no soy tan joven…

—Levante la cabeza —Lo interrumpí, y puse su mochila debajo de ella.

—Nos atraparán de todas formas, tanto aquí, como en un hotel —gruñó, y luego se quedó quieto.

Finalmente, al cabo de largo rato, observé que se había dormido. Su respiración adquirió su peculiar ronquido asmático, y de tanto en tanto tosía. Me sentía muy envarado y cansado también, y quizá eché una cabezada. No lo recuerdo. Recuerdo solamente permanecer sentado, en lo que parecía una noche interminable, a su lado, demasiado débil incluso para pensar en aquella arenosa desolación.

Nadie se acercó a nosotros, ningún animal, ni siquiera un perro. Finalmente me levanté, dándome cuenta de que era en vano intentar aparentar otra cosa excepto anormalidad, y con un esfuerzo que era como levantar todo un horizonte de plomo, emprendimos el camino a través de la fatigosa arena hacia una granja. Allá fingí un francés aún más insuficiente del que poseo naturalmente, y di a entender que éramos caminantes de Biarritz que habíamos extraviado nuestro camino a lo largo de la orilla y nos había sorprendido la noche. Aquello explicó nuestra presencia y aspecto más o menos bien, creo, y obtuvimos un reconfortante café y un mapa hasta una pequeña estación de ómnibus en la carretera. Mi tío empezó a mostrarse cada vez más enfermo a cada nueva etapa de nuestro viaje. Lo llevé hasta

Bayona, donde al principio se negó a comer, y entonces lo llevé, temblando y casi sin sentido, utilizando una pequeña línea local, hasta un lugar fronterizo llamado Luzon.

Encontramos una acogedora posada con dos pequeñas habitaciones, regentada por una amable mujer vasca. Lo metí en la cama, y aquella noche compartí su habitación, y al cabo de una hora de sueño más o menos despertó con mucha fiebre y desvariando, maldiciendo a Neal y repitiendo largas e inexactas listas de números. Tenía que verlo un médico, y por la mañana hicimos venir a uno. Era un hombre joven de Montpellier, que apenas empezaba su carrera, y muy misterioso y técnico y moderno y poco eficiente. Habló de un resfriado y de un acceso de frío y de *la grippe* y de pulmonía. Dio una serie de indicaciones muy explícitas y difíciles… Me di cuenta de que depositaba en mí la tarea de hacer de enfermero junto al lecho del enfermo. Instalé a una *religieuse* en la segunda habitación de la posada, y tomé otra habitación para mí en la posada del Puerto de Luzon, a cuatrocientos metros de distancia.

7

Y ahora mi historia converge en lo que, en aquel refugio en un extraño rincón del mundo, estaba destinado a ser el lecho de muerte de mi tío. Hay un fondo de Pirineos, de colinas azules y casas iluminadas por el sol, del viejo castillo de Luzon y de un rumoroso río lleno de pequeñas cascadas, y en primer plano la oscura y sofocante habitación cuyas ventanas tanto la *religieuse* como la posadera conspiraban en mantener cerradas, con su suelo encerado, su cama con cuatro columnas sosteniendo un ajado dosel, su sillas característicamente francesas y su chimenea, sus botellas de *champagne* y sus lavabos sucios y sus toallas usadas y sus paquetes de *Somatosé* sobre la mesa. Y en el insalubre aire de aquel confinado espacio tras las cortinas de la cama yacía mi pequeño tío, con el aspecto de haber sido entronizado y aislado, o sentado, o retorcido y echado allí en sus últimos debates con la vida. Uno se acercaba y descorría el borde de las cortinas si deseaba hablar con él o mirarle.

Normalmente estaba recostado en una pila de almohadones, porque así respiraba más fácilmente. Le costaba dormir.

Tengo unos confusos recuerdos de vigilias y mañanas y tardes pasadas junto a la cabecera de aquella cama, y cómo la *religieuse* parecía flotar a mi alrededor, y lo sufrida, buena e ineficiente que era, y lo horriblemente negras que llevaba las uñas. Otras figuras entraban y salían, y particularmente el doctor, un hombre joven rollizamente rococó, con traje de ciclista, con unos rasgos finos y cerúleos, una barbita en punta y un largo y negro pelo ensortijado y una enorme corbata de lazo de poeta menor. Claros y precisos e irrelevantes son los recuerdos de la posadera vasca de la posada de mi tío y de la familia de gente española que me cuidaba a mí y me preparaba las más sorprendentes y elaboradas comidas, con sopa y ensalada y pollo y notables dulces. Todos eran gente muy amable y

simpática, muy metódicos. Y yo, de una forma constante y sin llamar la atención, intentaba obtener todos los periódicos posibles de mi país.

Mi tío ocupa un lugar central en todas estas impresiones.

He intentado presentarles su retrato, época tras época, como el hombre joven en la farmacia de Wimblehurst, como el miserable ayudante en la Tottenham Court Road, como el aventurero en los primeros días del Tono-Bungay, como el confiado y descabellado plutócrata. Y ahora tengo que describirlo extrañamente cambiado bajo las sombras de la aproximante muerte, con la piel fláccida y amarillenta y reluciente por el sudor, los ojos muy abiertos y vidriados, su semblante poco familiar a través de la creciente barba, su nariz fruncida y afilada. Nunca había parecido tan pequeño como ahora. Y me hablaba con una susurrante y cansada voz de grandes salidas a su situación, de lo que había sido su vida y de lo que sería en adelante. ¡Pobre hombrecillo! Esa última fase se halla completamente desconectada de todas las demás fases. Era como si se arrastrase fuera de las ruinas de su carrera y se mirara a sí mismo antes de morir. Porque pasaba por estados de completa lucidez en los intervalos de su delirio.

Casi con toda seguridad sabía que estaba muriéndose. En una cierta medida esto quitó el peso de sus preocupaciones de su mente. Ya no había más Neal al que enfrentarse, no más batallas ni evasiones, no más castigos.

—Fue una gran carrera, George —dijo—, pero me alegra poder descansar un poco. ¡Me alegra poder descansar…! Me alegra poder descansar.

Su mente se detenía a menudo en su carrera pasada, y normalmente, me satisface recordarlo, con una nota de orgullo y aprobación. En sus fases delirantes exageraba la satisfacción que sentía hacia sí mismo y hablaba de sus esplendores. Se alzaba entre las sábanas y miraba ante sí, y susurraba semiaudibles fragmentos de frases.

—¿Qué era ese gran lugar, esas torres envueltas en nubes, esos aéreos pináculos…? Ilión. Apuntando al cielo. La casa Ilión, la residencia de uno de nuestros grandes príncipes mercaderes… Terraza sobre terraza. Alcanzando los cielos… Reinos que el César nunca conoció… Un gran poeta, George. Zzzz. Reinos que el César nunca conoció… Bajo una dirección enteramente nueva.

»Grandeza… Millones… Universidades… Ahí está, de pie en la terraza… en la terraza superior… dirigiendo… dirigiendo…, todo el globo…, dirigiendo… el… comercio…

Es difícil decir a veces dónde cesaba su cordura y empezaba su delirio. Las fuentes secretas de su vida, las vanas imaginaciones, fueron reveladas. A veces pienso que toda la vida de un hombre se extiende en su lecho de muerte, descuidada y desaseada, hasta que exige ser lavada y arropada para poder ser presentada de una forma decente en actos y palabras a fin de salir al encuentro de sus semejantes. Sospecho que todas las cosas que se hallan en nuestras almas sin haber sido dichas nunca comparten algo de la lasitud del delirio y la demencia. Ciertamente, de aquellos babeantes y atormentados labios encima de la hirsuta barba gris no brotó nada excepto sueños y fantasías inconexas…

A veces despotricaba contra Neal, amenazaba a Neal:

—¿De qué poder está investido? —decía—. ¿Cree que puede escapar de mí…? Si le persigo… será su ruina. Su ruina… Cualquiera creería que yo he tomado su dinero.

Y a veces volvía a nuestro vuelo.

—Ha sido demasiado largo, George, demasiado largo y demasiado frío. Soy un hombre demasiado viejo… demasiado viejo… para ese tipo de cosas… Sabes que no me estás salvando… me estás matando.

Hacia el final, se hizo evidente que nuestra identidad había sido descubierta. Observé que la prensa, y especialmente la sección Boom de ella, había creado una especie de clamor en torno a nosotros, había lanzado enviados especiales en nuestra persecución, y aunque ninguno de estos emisarios nos alcanzó hasta que mi tío estuvo muerto, uno podía sentir las avanzadillas de todo aquel despliegue. El asunto apareció en la Prensa popular francesa. La gente se volvió curiosa en su actitud hacia nosotros, y un cierto número de rostros desconocidos aparecieron en torno al débil debatir que se producía tras las cortinas de aquella cama. El joven doctor insistió en convocar consultas, y llegó un automóvil procedente de Biarritz, y de pronto grupos extraños de gente con ojos inquisitivos empezaron a asomarse con preguntas y ayuda. Aunque no se dijo nada, podía darme cuenta de que ya no éramos considerados como simples turistas de clase

media; a mi alrededor percibía que se iba arrastrando visiblemente el prestigio de las Finanzas y de la notoriedad criminal. Personajes locales de naturaleza rolliza y próspera aparecieron por la posada haciendo preguntas, el sacerdote de Luzon se volvió solícito, la gente observaba nuestra ventana y me miraba mientras yo iba arriba y abajo; y luego hubo una incursión de un pequeño clérigo inglés y su amable y eficiente mujer con severos atuendos anglicanos, que se abalanzaron sobre nosotros como virtuosos pero resueltos buitres desde el pueblo contiguo de Saint Jean de Pollack.

El clérigo era uno de esos extraños tipos que oscilan entre remotas ciudades provincianas en Inglaterra y la gestión de los servicios de la Iglesia inglesa en términos de reciprocidad en esforzados hoteles de ultramar, un trémulo y obstinado hombrecillo con esporádicos pelos en su rostro, gafas, una rojiza nariz respingona y una vieja indumentaria negra. Se sintió evidentemente muy impresionado por la grandeza monetaria de mi tío y por sus propias sospechas acerca de nuestra identidad, y se abocó a una desbordante ayuda llena de tacto y remilgos. Se mostró ansioso por compartir las guardias conmigo junto a la cabecera de la cama, brindó sus servicios sin reservas, y mientras yo entraba de nuevo en contacto con los asuntos de Londres, intentando desentrañar los gigantescos detalles de la caída en los periódicos que había conseguido en Biarritz, acepté generosamente sus ofrecimientos y me dediqué al estudio de las finanzas modernas que se abrían ante mí. Había permanecido tan fuera de contacto con las viejas tradiciones de la religión, sin embargo, que olvidé la manifiesta posibilidad de que el hombre estuviera atacando los pobres y desfallecientes vestigios de mi tío con solicitudes teológicas. Llamó mi atención hacia ello, sin embargo, muy rápidamente, con una educada pero intensa disputa entre él y la posadera vasca respecto a la necesidad de que colgara un crucifijo barato, en las sombras, encima de la cama, donde mi tío pudiera verlo, y donde pude darme cuenta de que, evidentemente, lo vio.

—¡Buen Dios! —exclamé—. ¡De nuevo esa ocurrencia!

Aquella noche el pequeño clérigo se quedó de guardia y a altas horas de la madrugada lanzó la falsa alarma de que mi tío se estaba muriendo, y organizó un tremendo jaleo. Puso en pie a toda la casa. Nunca olvidaré,

estoy convencido de ello, aquella escena, que empezó con una llamada a la puerta de mi dormitorio justo cuando acababa de dormirme, y con su voz…

—Si desea ver usted a su tío antes de que se vaya definitivamente, será mejor que venga ahora.

La asfixiante y pequeña habitación estaba atestada cuando llegué a ella, e iluminada por tres parpadeantes velas. Tuve la sensación de hallarme de vuelta en el siglo XVIII. Allí yacía mi pobre tío, entre ropas indescriptiblemente revueltas, luchando por la vida más allá de toda medida, débil y agitado, y el pequeño clérigo intentando aferrar su mano y su atención, y repitiendo una y otra y otra vez:

—Mr. Ponderevo, mr. Ponderevo, todo va bien. Todo va bien. ¡Simplemente Crea! «¡Creed en Mí, y seréis salvados!».

Cerca de él estaba el doctor con una de esas crueles e idiotas inyecciones que la moderna ciencia pone en manos de esos semieducados jóvenes, manteniendo a mi tío vacilantemente vivo sin ninguna razón. La *religieuse* permanecía medio dormida al fondo con una olvidada e innecesaria medicina. Además, la posadera se había levantado, no solo ella, sino que también había levantado a la bruja de su vieja madre y a su marido medio tonto, y había también un hombre gordo e impasible con un traje de alpaca gris y un aire de importancia que no sé quién era ni por qué estaba allí. No comprendí lo que me explicó el doctor en francés respecto a él. Y allí estábamos todos, cansados en medio de la noche, vestidos de cualquier manera por la premura, atentos a aquella vida que vacilaba y se hundía, convirtiendo el acto en algo público y curioso, extrañas formas de seres humanos iluminadas por oscilantes velas, contemplando todos ansiosamente y dispuestos a presenciar con avidez aquella muerte. El doctor estaba de pie, los demás permanecían sentados en sillas que la posadera había traído y dispuesto para ellos.

Y mi tío estropeó aquel clímax, y no murió.

Reemplacé al pequeño clérigo en la silla al lado de la cama, y él empezó a dar vueltas por la habitación.

—Creo —me susurró misteriosamente, mientras me cedía su lugar— que lo hemos conseguido.

Le oí intentando traducir las trilladas frases de la Iglesia no Ritualista al francés en beneficio del impasible hombre del traje de alpaca gris. Luego volcó un vaso de encima de la mesa, y se arrodilló para recoger los trozos. Desde el principio dudé de la teoría de una muerte inmediata. Consulté al doctor con urgentes susurros. Me di la vuelta para servirme un poco de champán y casi tropecé con las piernas del clérigo. Estaba de rodillas junto a la silla adicional que la posadera vasca había traído a mi llegada, y rezaba en voz alta:

—Oh, Padre Altísimo, ten piedad de este hijo tuyo…

Le hice ponerse en pie y lo aparté del camino, y al minuto siguiente estaba de nuevo de rodillas junto a otra silla, rezando, y cortándole el paso a la *religieuse* que me tendía el sacacorchos. Algo puso en mi cabeza aquella tremenda blasfemia de Carlyle acerca de «el último maullido de un gatito ahogándose». Finalmente encontró una tercera silla vacante; parecía como si estuviera jugando a algún juego.

—Cielos —dije—, tenemos que sacar a toda esta gente de aquí. —Y, con una cierta urgencia, lo hice.

Tuve un lapso de memoria temporal, y olvidé todo mi francés. Los eché principalmente con gestos, y abrí la ventana al horror universal. Sugerí que la escena de muerte había sido pospuesta, y de hecho mi tío no murió hasta la noche siguiente.

No permití que el pequeño clérigo se le acercara de nuevo, y permanecí atento a cualquier señal de que su mente había sido turbada. Pero no observé ninguna. Habló una vez de «aquel tipo cura».

—¿No le ha molestado? —pregunté.

—Quería algo —dijo.

Guardé silencio, escuchando atentamente sus murmullos. Lo entendí decir: «querían demasiado». Su rostro se contrajo como el de un niño a punto de hacer pucheros.

—No puede conseguir un seis por ciento seguro —dijo.

Tuve por un momento la alocada sospecha de que aquellas urgentes charlas no habían sido en absoluto espirituales, pero esa, creo, es una sospecha más bien injusta y gratuita. El pequeño clérigo era tan simple y

honesto como el día. Mi tío estaba solamente generalizando acerca de su clase.

Pero es posible que esas charlas despertaran alguna larga sucesión de durmientes ideas en el cerebro de mi tío, ideas que las cosas de este mundo no habían conseguido suprimir y ocultar por completo. Cerca del final se mostró de pronto atento y lúcido, aunque muy débil, y su voz fue baja pero clara.

—George —dijo.

—Estoy aquí —respondí—, a tu lado.

—George. Siempre has sido responsable en lo que a la ciencia se refiere. George. Tú tienes que saberlo mucho mejor que yo. ¿Está… está comprobado?

—¿Comprobado el qué?

—¿De alguna de las dos maneras?

—No le comprendo.

—Si la muerte acaba con todo. Después de… después de esos espléndidos comienzos. ¿Hay algo? ¿En alguna parte?

Lo miré desconcertado. Sus hundidos ojos eran muy graves.

—¿Qué es lo que espera? —dije, maravillado.

No respondió hasta al cabo de un momento.

—Aspiraciones —susurró.

Se sumió en un entrecortado monólogo, sin mirarme.

—Arrastrando nubes de gloria —dijo; y—: Poeta de primera clase, de primera clase… George, siempre fue duro. Siempre.

Durante largo rato hubo silencio.

Luego hizo un gesto indicando que deseaba hablar.

—Me parece, George…

Incliné la cabeza hacia él, e intentó alzar su mano hasta mi hombro. Lo levanté un poco en sus almohadas, y escuché.

—Me parece, George, siempre me ha parecido… que ha de haber algo en mí… que no morirá.

Me miró como si la decisión dependiera de mí.

—Pienso —dijo—… algo.

Luego, por un momento, su mente desvarió.

—Solo un pequeño vínculo —susurró, casi suplicando, y se quedó muy quieto, pero volvía a estar intranquilo de nuevo.

—Algún otro mundo…

—Quizá —dije—. ¿Quién sabe?

—Algún otro mundo.

—No con la misma oportunidad para la aventura —dije—. No.

Guardó silencio. Permanecí sentado inclinado hacia él, siguiendo mis propios pensamientos, y entonces la *religieuse* reanudó su periódico conflicto con el cierre de la ventana. Por un tiempo se debatió buscando su respiración… Parecía un contrasentido tan grande que tuviera que sufrir así…, pobre y ridículo hombrecillo.

—George —susurró, y alzó su pequeña y débil mano—. Quizá…

No dijo nada más, pero noté por la expresión de sus ojos que pensaba que la pregunta había sido formulada.

—Sí, creo que sí —dije resueltamente.

—¿No estás seguro?

—Oh…, prácticamente seguro —dije, y creo que él intentó apretar mi mano. Y allí permanecí sentado, sujetando su mano firmemente e intentando pensar qué semillas de inmortalidad podían hallarse en todo aquel ser, qué tipo de fantasma había en él que pudiera vagar por las desoladas inmensidades. Se me ocurrieron cosas extrañas… Permaneció inmóvil durante largo tiempo, excepto algún que otro breve debatirse para respirar, y de tanto en tanto yo humedecía su boca y labios.

Me sumergí en un pozo de ensimismamiento. No noté al principio el cambio que estaba reptando sobre su rostro. Permanecía tendido sobre sus almohadas, murmurando de tanto en tanto algún débil Zzzz, y al fin murió muy suavemente…, enormemente reconfortado por mi seguridad. No sé exactamente cuándo murió. Su mano se relajó de forma insensible. De pronto, con un sobresalto, con un shock, observé que tenía la boca abierta, y que estaba muerto…

8

Era noche cerrada cuando me aparté de su lecho de muerte y regresé a mi propia posada por la dispersa calle de Luzon.

Este regreso a mi propio alojamiento permanece también en mi memoria como algo completamente distinto, como una experiencia aparte. Dentro había un apagado bullicio de mujeres, un revoloteo de luces, y la celebración de insignificantes oficios sobre aquella extraña y consumida cosa que en un tiempo había sido mi activo y apremiante tío. Para mí aquellos oficios eran molestos e inoportunos. Cerré la puerta tras de mí de un portazo y me hundí en la reconfortante y neblinosa incertidumbre de la calle del pueblo iluminada por imprecisas motas de luz entre grandes vacíos de oscuridad, y ningún alma a la vista. Aquel reconfortante velo de niebla producía un efecto de enorme aislamiento. Las casas a ambos lados de la calle parecían observar a través de ella como si lo hicieran desde otro mundo. La quietud de la noche estaba marcada por el ocasional y remoto ladrido de algún perro; toda aquella gente tenía perros debido a la proximidad de la frontera.

¡La muerte!

Era uno de esos extraños momentos de alivio, cuando por un corto tiempo uno camina un poco fuera y al lado de la vida. Tuve la misma sensación que noto a veces tras el final de un juego. Vi todo el asunto de la vida de mi tío como algo familiar y completo. Había terminado, como el juego que uno abandona, como el libro que cierra. Pensé en la propaganda y en las promociones, el ruido de Londres, la compañía atestada de gente junto a la cual habían transcurrido nuestras vidas, las reuniones públicas, las emociones, las cenas y controversias, y de pronto me pareció que ninguna de aquellas cosas existía. Vino a mi mente como un descubrimiento el hecho de que ninguna de aquellas cosas existía. Antes y después he pensado

en la vida y la he llamado una fantasmagoría, pero nunca he sentido esa verdad tanto como la sentí aquella noche… Nos habíamos separado; nos habíamos hecho compañía durante mucho tiempo y nos habíamos separado. Pero sabía que aquello no era un final ni para él ni para mí. Había muerto la muerte de un sueño, y había terminado un sueño, su sueño de dolor había terminado. Me parecía casi como si yo hubiera muerto también. ¿Qué importaba, puesto que todo era irrealidad, el dolor y el deseo, el principio y el final? No había ninguna realidad excepto aquella calle solitaria, aquella calle completamente solitaria, a lo largo de la cual uno avanzaba más bien desconcertado, más bien cansado…

Parte de la niebla se convirtió en un enorme mastín que vino hacia mí y se detuvo y se escabulló hacia un lado gruñendo, me ladró áspera y secamente y se convirtió de nuevo en niebla.

Mi mente retrocedió hacia las antiguas creencias y miedos de nuestra raza. Mis dudas e incredulidades se deslizaron por mi cuerpo como un traje demasiado ancho. Me pregunté llanamente qué perros ladraban en el sendero de ese otro caminante en la oscuridad, qué formas, qué luces, podía haber acechándole mientras seguía su camino a partir de nuestro último encuentro en la tierra…, a lo largo de senderos que son reales, siguiendo un camino que es eterno.

9

La última figura que aparece en este grupo en torno al lecho de muerte de mi tío es mi tía. Cuando ya estaba más allá de toda esperanza el que mi tío pudiera vivir, eché a un lado cualquier ocultación que pudiera persistir sobre nosotros y le telegrafié directamente. Pero llegó demasiado tarde para verle con vida. Lo vio tranquilo y quieto, extrañamente distinto a su habitual parlanchina animación, una rigidez poco familiar.

—No se parece a él —susurró, maravillada por su desconocida dignidad.

La recuerdo principalmente mientras hablaba conmigo y lloraba en el puente debajo del viejo castillo. Nos habíamos librado de algunos periodistas aficionados de Biarritz, y caminábamos juntos bajo el cálido sol matutino hasta Puerto Luzon. Allá, por un rato, permanecimos reclinados en el parapeto del puente contemplando los distantes picos, las intensamente azules masas de los Pirineos. Durante largo rato no dijimos nada, y luego ella comenzó a hablar.

—La vida es una cosa extraña, George —empezó—. ¿Quién hubiera pensado, cuando zurcía tus calcetines en el viejo Wimblehurst, que este iba a ser el final de la historia? Ahora me parece algo muy lejano… Aquella pequeña tienda, nuestro primer hogar. ¡El brillo de las botellas, las multicolores botellas! ¿Recuerdas cómo se reflejaba la luz en los cajones de caoba? ¡Las pequeñas letras doradas! ¡*Ol Amjig*, y *S'nap*! Puedo recordarlo todo, claro y resplandeciente, como una pintura holandesa. ¡Real! Y ayer. Y aquí estamos hoy, en un sueño. Tú un hombre… y yo una vieja, George. Y el pobre pequeño Teddy, que acostumbraba a ir siempre de un lado para otro y a hablar sin parar, haciendo ese terrible ruido que hacía… ¡Oh!

Se ahogó con sus propias palabras, y las lágrimas fluyeron sin restricción. Lloró, y me alegró verla llorar…

Permaneció inclinada sobre el puente; mantenía el pañuelo empapado en lágrimas firmemente sujeto en su puño.

—Solo una hora en la vieja tienda de nuevo… y él hablando. Antes de que pasaran las cosas. Antes de que se apoderaran de él. Y le embaucaran.

»Los hombres no deberían verse tentados de esa manera por los negocios y esas cosas…

»¿Le hicieron daño, George? —preguntó de pronto.

Por un momento me sentí desconcertado.

—Aquí, quiero decir —aclaró.

—No —mentí firmemente, suprimiendo el recuerdo de aquella estúpida inyección que había visto utilizar al doctor.

—Me pregunto, George: ¿le dejarán hablar en el cielo…?

Me miró de frente.

—Oh, George, querido, me duele el corazón, y no sé lo que digo y hago. Préstame tu brazo para que me apoye en él… Es bueno tenerte a mi lado, querido, y poder apoyarme en ti… Sí, sé que tú cuidarás de mí. Por eso estoy hablando. Siempre nos hemos querido el uno al otro, y nunca hemos dicho nada al respecto, y tú has comprendido y yo he comprendido. Pero mi corazón se hace pedazos ante esto, se hace jirones, y aparecen las cosas que he mantenido en él. Es cierto que no fue mucho un marido para mí al final. Pero era mi niño, George, era mi niño y todos mis niños, mi niño tonto, y la vida lo ha golpeado, y yo no he podido decir nunca nada al respecto; nunca nada; lo ha golpeado y lo ha aplastado, como un viejo odre… ante mis ojos. Fui lo bastante lista para verlo, pero no lo bastante lista para impedirlo, y todo lo que supe hacer fue bromear. Tuve que limitarme a hacer lo que pude. Como la mayoría de la gente. Como la mayoría de nosotros… Pero no fue justo, George. No fue justo. La Vida y la Muerte… cosas grandes y serias… ¿Por qué no lo dejaron tranquilo, con sus mentiras y su forma de hacer las cosas? Si hubiéramos podido ver la inestabilidad de todo aquello…

»¿Por qué no lo dejaron solo? —repitió en un susurro, mientras regresábamos hacia la posada.

II

Amor entre los restos del naufragio

1

Cuando volví, descubrí que mi participación en la escapatoria y en la muerte de mi tío me habían convertido por un tiempo en un personaje célebre e incluso popular. Durante dos semanas fui retenido en Londres «haciendo frente a la música», como él hubiera dicho, y haciendo que las cosas fueran más fáciles para mi tía, y aún me maravillo de la consideración con la que el mundo me trató. Porque ahora había quedado claro y manifiesto que mi tío y yo no éramos más que especímenes de una moderna especie de bandoleros que malgastaban los ahorros del público en el desenfreno del mundo empresarial. Creo que, en un cierto sentido, su muerte produjo una reacción en mi favor, y mi vuelo, del que fueron divulgados ahora algunos pormenores, encajó en la imaginación popular. Parecía una hazaña más atrevida y difícil de lo que fue, y no me hubiera servido de nada escribir a los periódicos sosteniendo mi particular punto de vista. Parece haber pocas dudas de que los hombres prefieren infinitamente las apariencias de riesgo y aventura a la simple honestidad. Nadie creía que yo no formara parte de sus maquinaciones financieras. De todos modos, me otorgaron un trato de favor. Incluso obtuve permiso de los interventores para ocupar mi chalet durante quince días mientras ordenaba la masa de papeles, cálculos, notas de trabajo, diseños y todo lo demás, que había dejado en desorden cuando me lancé a aquella impulsiva incursión sobre los montones de quap de la Isla Mordet. Estuve solo allí. Le conseguí a Cothope trabajo con los Ilchester, para quienes construyo ahora esos

destructores. Lo querían inmediatamente, y él andaba corto de dinero, así que lo dejé ir, y me las arreglé muy filosóficamente por mis propios medios.

Pero encontré difícil fijar mi atención en la aeronáutica. Había estado separado del trabajo durante medio año y más, medio año repleto de intensas y desconcertantes cosas. Durante un tiempo mi cerebro se negó por completo a dedicarse a esos delicados problemas de equilibrio y ajuste; deseaba pensar en la mandíbula caída de mi tío, en las reluctantes lágrimas de mi tía, en negros muertos y pestilentes pantanos, en las evidentes realidades de crueldad y dolor, en vida y muerte. Más aún, me sentí abrumado por el aterrador montón de cifras y documentos del Hardingham, una tarea ante la cual esta incursión a Lady Grove era simplemente un interludio. Y estaba Beatrice.

La segunda mañana, mientras permanecía sentado en el porche, ensimismado en mis recuerdos e intentando en vano prestar atención a algunas notas a lápiz demasiado sucintas de Cothope, Beatriz apareció de pronto cabalgando desde detrás del pabellón y tiró de las riendas y se inmovilizó; Beatrice, un poco enrojecida por la cabalgata y montando un enorme caballo negro.

No me levanté instantáneamente. Me la quedé mirando.

—¡Tú! —dije.

Me miró fijamente.

—Yo —dijo.

No me preocupé por las reglas de la cortesía. Me puse en pie y formulé a quemarropa la pregunta que ardía en mi cabeza.

—¿De quién es este caballo? —quise saber.

Me miró directamente a los ojos.

—De Carnaby —respondió.

—¿Cómo has llegado hasta aquí… por este lado?

—El muro está caído.

—¿Caído? ¿Ya?

—Un gran trozo de él, entre las plantaciones.

—¿Lo has cruzado cabalgando, y has llegado hasta aquí por casualidad?

—Te vi ayer. Y cabalgué hasta aquí para verte.

Me había acercado más a ella y alcé la vista hasta su rostro.

—Ahora soy un mero vestigio —dije.

No respondió, pero siguió mirándome fijamente, con un curioso aire de propiedad.

—Sabes que soy el superviviente de una gran catástrofe. Estoy rodando y cayendo a través de todo el andamiaje del sistema social… Será una suerte si consigo verme libre cuando llegue al fondo, y lo más probable es que me hunda en la oscuridad, fuera de la vista de todo el mundo, durante un año o dos.

—El sol —observó irrelevantemente— te ha bronceado mucho… Voy a bajar.

Se deslizó de la montura a mis brazos, y se detuvo junto a mí, frente a frente.

—¿Dónde está Cothope? —preguntó.

—Se ha ido.

Sus ojos se desviaron hacia el pabellón, y luego volvieron a fijarse en mí. Permanecimos muy cerca el uno del otro, extraordinariamente íntimos y extraordinariamente separados.

—Nunca he visto este pabellón tuyo —dijo—, y me gustaría verlo. Echó las riendas de su caballo en torno al poste del porche, y la ayudé a atarlas.

—¿Conseguiste lo que fuiste a buscar a África? —preguntó.

—No —dije—. Perdí mi barco.

—¿Y con él se perdió todo?

—Todo.

Caminó delante de mí al saloncito del chalet, y observé que sujetaba la fusta muy fuertemente en su mano. Miró por un momento a su alrededor, y luego a mí.

—Es confortable —observó.

Nuestros ojos se cruzaron en una conversación muy distinta a la de nuestros labios. Una sombría luminosidad nos rodeaba, empujándonos el uno al otro; una indeseada reserva nos mantenía apartados. Tras un instante de pausa, se dedicó a recorrer la habitación, examinando mis muebles.

—Tienes cortinas de calicó. Pensé que los hombres eran demasiado incompetentes como para tener cortinas sin ayuda de una mujer… Pero, por

supuesto, tu tía te ayudó. Y un diván y un guardafuego de cobre, y… ¿Es eso una pianola? Este es tu escritorio. Suponía que los escritorios de los hombres estaban siempre sucios, y cubiertos de polvo y cenizas de tabaco.

Observó las láminas de las paredes y mi pequeña estantería de libros. Luego se dirigió a la pianola. La observé intensamente.

—¿Funciona? —preguntó.

Me arranqué de mis preocupaciones.

—Como un gorila musical con dedos por todas partes. Y un poco de alma… Es todo el mundo de la música para mí.

—¿Qué es lo que pones?

—Beethoven, cuando quiero aclarar mi mente mientras estoy trabajando. Es… como a alguien le gustaría siempre trabajar. A veces Chopin y los demás, pero principalmente Beethoven. Principalmente Beethoven. Sí.

Un nuevo silencio entre los dos. Habló con un esfuerzo.

—Pon algo para mí.

Se volvió y exploró los cilindros de música, se mostró interesada y tomó uno, la primera parte de la *Sonata a Kreutzer*, dudó.

—No —dijo—. ¡Esta!

Me alargó el *Segundo Concierto* de Brahms, *Opus 58*, y se enroscó en el sofá observándome mientras yo colocaba lentamente el cilindro…

—Suena bien —dijo cuando empezaron a surgir las primeras notas—. No creía que esas cosas pudieran tocar así. Me siento activa…

Se levantó y se detuvo a mi lado, mirándome fijamente.

—Voy a tener todo un concierto —dijo bruscamente, y rió inquieta, y volvió a mirar en el casillero—. Ahora…, ¿qué pondremos a continuación?

Eligió más Brahms. Luego se decidió por la *Sonata a Kreutzer*. Es extraño cómo Tolstoi la había cargado de sugerencias, la había corrompido, la había convertido en un símbolo íntimo y escandaloso. Cuando hube pasado la primera parte, ella se acercó a la pianola y vaciló a mi lado. Yo permanecí rígidamente sentado… esperando.

De pronto sujetó mi inclinada cabeza y besó mi pelo. Tomó mi rostro entre sus manos y besó mis labios. Yo la rodeé con mis brazos y nos besamos de nuevo. Me puse en pie de un salto y la abracé.

—¡Beatrice! —exclamé—. ¡Beatrice!

—Querido —susurró, casi sin aliento, con sus brazos rodeándome—. ¡Oh, querido!

2

El amor, como todo lo demás en el inmenso proceso de la desorganización social en que vivimos, es algo a la deriva, algo infructuoso aislado de sus conexiones. Hablo aquí de esta aventura amorosa debido a su irrelevancia, debido a que es tan notable que no debería significar nada, y no ser nada excepto lo que es. Resplandece en mi memoria como una brillante flor casual brotando entre los restos de una catástrofe. Durante casi dos semanas nos vimos e hicimos el amor. Una vez más esta poderosa pasión, que nuestra civilización sin rumbo ha trabado y lisiado y esterilizado y envilecido, me aferró y me llenó con apasionados deleites y solemnes alegrías…, todas las cuales eran, ya saben, fútiles y sin propósito. Una vez más tuve la persuasión de que: «Esto importa. Ninguna otra cosa importa tanto como esto». Ambos nos sentíamos infinitamente graves en tal felicidad. No recuerdo ninguna risa en absoluto entre nosotros.

Doce días transcurrieron entre ese encuentro en mi chalet hasta nuestra despedida.

Excepto al final, fueron días de supremo verano, algo así como una luna de cera. Nos reuníamos incansablemente, día tras día. Nos sentíamos tan interesados el uno en el otro al principio, tan interesados en expresarnos mutuamente y conseguirnos el uno al otro, que nos preocupamos muy poco de las apariencias de nuestra relación. Nos encontrábamos casi abiertamente… Hablábamos de diez mil cosas y de nosotros mismos. Nos amábamos. Hacíamos el amor. No dispongo de ninguna prosa que pueda contar nuestras transfiguradas horas. Los hechos no son nada. Cada cosa que tocábamos, la más insignificante, se volvía gloriosa. ¿Cómo puedo reflejar aquí la desnuda ternura y deleite y posesión mutua?

Estoy sentado aquí, en mi escritorio, pensando en cosas que no pueden expresarse.

He llegado a saber tanto del amor que ahora sé lo que puede ser. Nos amamos, manchados y cubiertos de cicatrices; nos separamos… fundamental e inevitablemente, pero al menos nos amamos.

Recuerdo que nos sentamos en una canoa canadiense, en un remanso cubierto de cañas y protegido por los arbustos que habíamos descubierto en un rincón de aquel canal de Woking sombreado por los pinos, y que ella empezó a hablarme de las cosas que le habían ocurrido antes de que nos encontráramos de nuevo…

Me contó cosas, y se unieron e integraron a otras cosas que permanecían desconectadas en mi memoria, que tenía la impresión de haber sabido siempre. Y sin embargo, de hecho, no las había sabido ni sospechado, salvo quizá por alguna que otra iluminada y transitoria sospecha de tanto en tanto.

Me hizo ver cómo la había moldeado la vida. Me habló de su adolescencia después de que la hubiera conocido.

—Éramos pobres, con pretensiones y orgullosos. Nos alquilábamos para visitas y cosas así. Yo tenía que casarme. Las posibilidades que estaban a mi alcance no eran particularmente buenas. No me gustaban.

Hizo una pausa.

—Entonces apareció Carnaby.

Permanecí completamente inmóvil. Ella hablaba ahora con los ojos bajos, y un dedo apenas rozando el agua.

—Te sientes hastiada, hastiada más allá de toda redención. Paseas por esas enormes y suntuosas casas. Supongo… la escala es inmensa. Te haces útil a las demás mujeres y agradable a los hombres. Tienes que vestirte… Tienes comida y ejercicio y tiempo libre. Es el tiempo libre, y el espacio, y la rotunda oportunidad que parece un pecado no llenar. Carnaby no es como los demás hombres. Es más grande… Ellos van a hacer el amor. Todo el mundo hace el amor. Yo lo hice… y no hago las cosas a medias.

Se detuvo.

—¿Lo sabías? —preguntó, alzando la vista, mirándome fijamente.

Asentí con la cabeza.

—¿Desde cuándo?

—Estos últimos días… No parecía importar realmente. Me sentí un poco sorprendido…

Me miró serenamente.

—Cothope lo sabía —dijo—. Por instinto. Pude darme cuenta.

—Supongo —empecé— que hubo un tiempo en que hubiera importado inmensamente. Ahora…

—Nada importa —dijo ella, completando mi frase—. Sentía que tenía que decírtelo. Deseaba que comprendieras por qué no puedo casarme contigo… enteramente. Te he amado… —hizo una pausa—, te he amado desde aquel día que te besé entre los helechos. Solo que… lo olvidé.

Y de repente hundió su rostro entre las manos, y sollozó apasionadamente…

—Lo olvidé… lo olvidé —exclamó, y permaneció inmóvil…

Di una palada en el agua con mi remo.

—¡Mírame! —dije—. ¡Olvida de nuevo! Aquí estoy…, un hombre arruinado. Cásate conmigo.

Agitó negativamente la cabeza, sin alzar la vista.

Permanecimos inmóviles durante largo rato.

—Cásate conmigo —susurré.

Alzó la vista, echó hacia atrás un mechón de pelo y respondió con ardor:

—Lo haría si pudiera. De todos modos, hemos tenido este tiempo. Ha sido un tiempo maravilloso… ¿Lo ha sido también para ti? Aunque no te he dado todo lo que te podía dar. Ha sido un pobre regalo… excepto por lo que significa y pudo haber sido. Pero ahora estamos acercándonos a su final.

—¿Por qué? —pregunté—. ¡Cásate conmigo! ¿Por qué deberíamos nosotros dos…?

—¿Crees —dijo— que tendría el valor de venir a ti y ser tu esposa todos los días… mientras tú trabajas y eres pobre?

—¿Por qué no? —dije.

Me miró gravemente, con un dedo extendido.

—¿Crees realmente eso… de mí? ¿Aún no me has visto… del todo?

Vacilé.

—Ni una sola vez he tenido realmente la intención de casarme contigo —insistió—. Ni una sola vez. Me enamoré de ti desde el principio. Pero cuando parecías un hombre de éxito, me dije a mí misma que no podía

hacerlo. Estaba loca de amor por ti, y tú eras tan estúpido, que estuve a punto de decir sí. Pero sabía que no era suficientemente buena. ¿Qué hubiera sido para ti? Una mujer con malas costumbres y malas asociaciones, una mujer mancillada. ¿Y qué hubiera podido hacer por ti o ser para ti? Si no era lo bastante buena para ser la esposa de un hombre rico, no soy ciertamente lo bastante buena tampoco como para serlo de uno pobre. Discúlpame por hablar sensatamente contigo ahora, pero deseaba decirte esto en algún momento…

Se detuvo ante mi gesto. Me senté erguido, y la canoa osciló con mi movimiento.

—No me importa —dije—. ¡Quiero casarme contigo y hacerte mi esposa!

—No —dijo—. No estropees las cosas. ¡Eso es imposible!

—¡Imposible!

—¡Piensa! ¡No sé ni peinarme yo misma! ¿Quieres convertirme en una criada?

—¡Buen Dios! —exclamé, desconcertado más allá de toda medida—. ¿No aprenderías a peinarte, por mí? Has dicho que puedes amar a un hombre…

Tendió sus manos hacia mí.

—No lo estropees —exclamó—. Te he dado todo lo que tengo, te he dado todo lo que puedo. Si pudiera hacerlo, si fuera lo suficientemente buena como para hacerlo, lo haría. Pero soy una mujer echada a perder y arruinada, querido, y tú eres un hombre arruinado. Cuando estamos haciendo el amor somos amantes…, pero piensa en el abismo entre nosotros en costumbres y formas de pensar, en voluntad y educación, cuando no estamos haciendo el amor. Piensa en ello… ¡y no pienses en ello! No pienses en ello todavía. Todavía nos quedan algunas horas. ¡Aún podemos disponer de algunas horas!

De pronto se inclinó hacia delante, acercándose a mí, con una resplandeciente oscuridad en sus ojos.

—¿A quién le importa si eso trastorna? —exclamó—. Si dices otra palabra te besaré. Y me tiraré al fondo abrazándote. No tengo miedo a eso. No tengo miedo en absoluto a eso. Moriré contigo. Elige una muerte, y yo

moriré contigo… bien dispuesta. ¡Ahora escúchame! Te quiero. Siempre te querré. Y es debido a que te quiero por lo que no puedo rebajarme a verme convertida en una cosa sucia y familiar contigo en medio de la miseria. He dado todo lo que he podido. He dado todo lo que he podido… Dime —y se arrastró más cerca—, ¿he sido como el crepúsculo para ti, como el cálido crepúsculo? ¿Queda aún magia? Escucha las ondas que tu remo crea en el agua. Mira la hermosa luz del atardecer en el cielo. ¿A quién le importa si la canoa vuelca? Acércate más a mí. ¡Oh, amor mío! ¡Acércate más! Así.

Me atrajo hacia ella, y nuestros labios se juntaron.

3

Le pedí de nuevo que se casara conmigo. Era nuestra última mañana juntos, y nos habíamos encontrado muy temprano, casi al amanecer, sabiendo que teníamos que separarnos. El sol no brillaba aquel día. El cielo estaba cubierto, la mañana era fría e iluminada por una luz clara, helada e insípida. Una pesada humedad en el aire presagiaba lluvia. Cuando pienso en aquella mañana, siempre tiene la esencia de cenizas grises mezcladas con lluvia.

Beatrice también había cambiado. La primavera había desaparecido de sus movimientos; se acercó a mí, por primera vez, como si hubiera envejecido en un día. Se había convertido en una sola carne con el resto de la humanidad; de su voz habían desaparecido la suavidad y el porte, la melancólica magia de su presencia había desaparecido. Vi todas aquellas cosas con una perfecta claridad, y me hicieron sentir lástima por ellas y por ella. Pero no alteraron en absoluto mi amor, no mitigaron nada. Y cuando hubimos hablado torpemente media docena de frases, ataqué hoscamente mi tema.

—Y ahora —exclamé—, ¿te casarás conmigo?

—No —dijo ella—. Debo permanecer toda mi vida aquí.

Le pedí que se casara conmigo en un año de plazo. Agitó la cabeza.

—Este es un mundo benévolo, pese a mis actuales desastres —dije—. Ahora sé cómo hacer las cosas. Si te tuviera trabajaría por ti… En un año podría ser un hombre próspero…

—No —cortó—. Te lo diré claramente: tengo que volver con Carnaby.

—Pero…

No me sentí furioso. No tenía ese tipo de celos, nada de orgullo herido, ninguna sensación de agravio. Mi único sentimiento era una gris desolación, de incomprensión.

—Mira —dijo—. He estado despierta toda la noche y todas las noches. He estado pensando en esto… a cada momento cuando no estábamos juntos. No estoy respondiendo a un impulso. Te quiero. Te quiero. Te lo diré más de diez mil veces. Pero así son las cosas…

—El resto de nuestras vidas juntos —dije.

—No podría ser juntos. Ahora estamos juntos. Ahora hemos estado juntos. Estamos llenos de recuerdos. No creo que pueda olvidar nunca ni uno solo de ellos.

—Ni yo.

—Y deseo cerrar el asunto y dejarlo tal como está ahora. Entiéndelo, querido, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Volvió hacia mí su pálido rostro.

—Todo lo que sé del amor, todo lo que he soñado o aprendido nunca del amor, lo he condensado en estos días para ti. Crees que podríamos vivir juntos y seguir amándonos. ¡No! Para ti no tendré vanas repeticiones. Has sido el mejor y todo para mí. ¿Podríamos volver a encontrarnos, después de esto, en Londres o en París o en algún otro lugar, vernos en alguna destartalada modista, reunirnos en un *cabinet particulier*?

—No —dije—. Quiero que te cases conmigo. Quiero que juegues al juego de la vida conmigo como haría cualquier mujer honesta. Ven y vive conmigo. Sé mi esposa y compañera. Dame hijos.

Contemplé su pálido y tenso rostro, y me pareció que aún podía convencerla. Busqué más palabras.

—¡Dios mío, Beatrice! —exclamé—. ¡Todo esto es cobardía y estupidez! ¿Le tienes miedo a la vida? ¡Tú, entre todo el mundo! ¿Qué importa lo que ha ocurrido o lo que fuimos? ¡Estamos aquí, con el mundo ante nosotros! Empieza de nuevo conmigo a partir de cero. ¡Lucharemos y venceremos! No soy un amante tan simple que no pueda decirte claramente cuando actúes mal, y dirimir nuestras diferencias contigo. Es lo único que deseo, lo único que necesito: tenerte, y más de ti, ¡y más aún! El acto del amor… es simplemente el acto del amor. Es solo una parte de nosotros, un incidente.

Agitó la cabeza y me interrumpió con brusquedad.

—Esto es todo —dijo.

—¡Todo! —protesté.

—Soy más juiciosa que tú. Juiciosa más allá de las palabras.

Clavó sus ojos en mí, y brillaban con lágrimas.

—No desearía tener que decirte nada… excepto lo mismo que tú estás diciendo —murmuró—. Pero es inútil, querido. Sabes que es inútil todo lo que digas.

Intenté mantener el tono heroico, pero no me escuchó.

—No es bueno —exclamó, casi con malhumor—. Este pequeño mundo nos ha hecho… nos ha hecho lo que somos. ¿No ves… no ves lo que soy? Puedo hacer el amor. Puedo hacer el amor y ser amada, y muy bien. ¡Querido, no me culpes por ello! Te he dado todo lo que tengo. Si tuviera algo más… He vuelto una y otra vez sobre lo mismo…, he pensado mucho en ello. Esta mañana me duele la cabeza, me duelen los ojos. La luz se ha ido de mí y me siento una mujer enferma y cansada. Pero estoy hablando de una forma juiciosa… de una forma muy amargamente juiciosa. No puedo ser de ninguna manera una ayuda para ti, una esposa, una madre. He sido malcriada por esa forma rica y ociosa de vivir, hasta que todas mis costumbres son censurables, todos mis gustos son censurables. El mundo es censurable. La gente puede verse arruinada tanto por la riqueza como por la pobreza. ¿Piensas que no me enfrentaría a la vida contigo si pudiera, si no estuviera absolutamente segura de que me derrumbaría al primer kilómetro del viaje? ¡Aquí estoy… condenada! ¡Condenada! Pero no quiero condenarte a ti. ¡Sabes lo que soy! Lo sabes. Eres demasiado claro y simple como para no saber la verdad. Intentas fanfarronear románticamente, pero sabes la verdad. Soy como un gatito… vendido y entregado. Eso es lo que soy… Querido, piensas que me he comportado mal, pero que puesto que todos estos últimos días me he comportado absolutamente bien… Tú no lo comprendes, porque eres un hombre. Una mujer, cuando se pierde, está perdida. Es como una carcoma en medio del grano. No puede remediarlo.

Echó a andar, llorando.

—Eres un ingenuo deseándome —dijo—. Eres un ingenuo deseándome… por mi bien tanto como por el tuyo. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Lo demás es solo romanticismo…

Se secó de un manotazo las lágrimas de sus ojos y se volvió hacia mí.

—¿No lo comprendes? —me desafió—. ¿No te das cuenta?

Nos miramos fijamente en silencio por un momento.

—Sí —dije—. Me doy cuenta.

Durante largo rato no hablamos ni una palabra, sino que caminamos juntos, despacio y melancólicos, reluctantes de enfrentarnos a nuestra separación. Cuando finalmente lo hicimos, ella rompió de nuevo el silencio.

—Te he tenido —dijo.

—Ni los cielos ni el infierno pueden alterar eso —respondí.

—He deseado… —prosiguió—. He hablado contigo por las noches y he imaginado nuestra conversación. Pero cuando quiero expresar ahora todo lo que he pensado parece como si tuviera la lengua atada. Pero para mí es como si los momentos que hemos tenido hayan durado toda una eternidad. Las cosas vienen y van. Hoy toda mi alegría ha desaparecido…

Hasta hoy no he conseguido determinar en ningún momento si dijo o yo imaginé que decía «cloral». Quizá un diagnóstico semiconsciente llameó en mi cerebro. Quizá soy víctima de alguna perversa e imaginativa jugarreta de la memoria, alguna insinuada posibilidad que rascaba y llagaba. Aquí está la palabra en mi memoria, como escrita al fuego.

Llegamos finalmente a la puerta del jardín de lady Osprey, y estaba empezando a lloviznar.

Adelantó sus manos, y las tomé.

—Todo lo que tenía ha sido tuyo… —dijo con una voz débil y desapasionada—. ¿Lo olvidarás?

—Nunca —respondí.

—¿Ni un contacto, ni una palabra?

—No.

—Lo harás —dijo.

Nos miramos el uno al otro en silencio, y su rostro estaba lleno de cansancio y miseria.

¿Qué podía hacer yo? ¿Podía hacerse realmente algo?

—Desearía… —dije, y me detuve.

—Adiós.

4

Esto debería ser lo último que dijera de ella, pero de hecho estaba destinado a verla de nuevo. Dos días más tarde había ido a Lady Grove, he olvidado completamente por qué motivo, y mientras caminaba de vuelta a la estación creyendo que ella ya se había marchado, vino hacia mí, y cabalgaba junto con Carnaby, del mismo modo que cuando la viera por primera vez. El encuentro nos cogió a ambos por sorpresa. Al principio sus ojos, muy oscuros en un rostro muy pálido, apenas me vieron. Se sobresaltó y se envaró al darse cuenta de mi presencia, e hizo una ligera inclinación de cabeza. Pero Carnaby, que pensaba en mí como en un hombre hundido y derrotado, me saludó con una casual amistad, y me lanzó una banalidad amable.

Pasaron por mi lado y se perdieron de vista y me dejaron a un lado del camino…

Y entonces saboreé la definitiva amargura de la vida. Por primera vez me sentí absolutamente fútil, torturado por una emoción que no podía ser trasladada a acciones, por una vergüenza y una lástima más allá de las palabras. Me había apartado de ella melancólicamente y había visto el derrumbamiento y la muerte de mi tío con ojos secos y mente firme, pero aquel encuentro casual con mi perdida Beatrice me hizo estallar en lágrimas. Mi rostro se crispó, y las lágrimas rodaron por mis mejillas. Toda la magia que ella había tenido para mí se transformó en un insoportable dolor.

—¡Oh, Dios! —exclamé—, esto es demasiado. —Y volví mi rostro hacia ella, e hice gestos implorantes hacia las hayas, y maldije al destino. Sentí deseos de hacer cosas descabelladas, de perseguirla, de salvarla, de hacer que la vida retrocediera de modo que ella volviese de nuevo a mi lado. Me pregunto qué habría ocurrido si hubiera emprendido su

persecución, sin aliento a causa de mi carrera, murmurando palabras incoherentes, sollozando, recriminador. Estuve a punto de hacerlo.

No había nada en la tierra o en los cielos que respondiera a mis maldiciones o a mi llanto. En las brumas de todo aquello, un hombre que había estado podando los árboles al otro lado apareció y se me quedó mirando.

Bruscamente, ridículamente, disimulé ante él y seguí mi camino…

Pero el dolor que sentí en aquellos momentos lo he sentido otro centenar de veces; está conmigo mientras escribo. Flota por todo este libro, me doy cuenta de ello, flota por todo él, de extremo a extremo…

III

Noche y alta mar

1

He intentado a lo largo de toda esta historia contar las cosas tal como me ocurrieron a mí. Al principio —las hojas están aún aquí sobre la mesa, sucias y viejas y con las puntas dobladas— dije que deseaba hablar de mí mismo *y* del mundo en el que me había visto metido, y a este respecto he hecho lo mejor que he podido. Pero no puedo imaginar si lo he conseguido o no. Todas estas hojas escritas son ahora para mí algo gris y muerto y trivial y carente de sentido; o al menos me lo parecen. Yo soy la última persona para juzgarlo.

Mientras reviso el grueso montón del manuscrito ante mí, algunas cosas se me hacen más claras, y particularmente la enorme inconsecuencia de mis experiencias. Se trata, me doy cuenta ahora que la tengo toda ante mí, de una historia de actividad y premura y esterilidad. La he titulado *Tono-Bungay*, pero hubiera sido mucho mejor titularla *Desperdicio*. He hablado de la yerma Marion, de mi yerma tía, de Beatrice, desperdiciada y pródiga y fútil. ¿Qué esperanza hay para un pueblo cuyas mujeres se vuelven estériles? Pienso en todas las energías que he dedicado a cosas vanas. Pienso en mis industriosos planes con mi tío, en la enorme inutilidad de Crest Hill, en su resonante y tenaz carrera. Diez mil hombres lo envidiaron y desearon vivir como él vivió. Es todo un espectáculo de fuerzas corriendo hacia el desperdicio, de gente que se gasta y no es reemplazada, la historia de un país turbulento con una desordenada fiebre de comercio sin ningún

objetivo y de dinero y de búsqueda del placer. ¡Y ahora construyo destructores!

Otra gente puede que vea este país bajo otros términos; así es como lo veo yo. En algún capítulo anterior en este montón de hojas he comparado todo nuestro actual color y abundancia al follaje de octubre antes de que las heladas hagan caer las hojas. Sigo creyendo que es una buena imagen. Quizá esté equivocado en mi punto de vista. Quizá vea decadencia a mi alrededor debido a que yo me hallo, en un cierto sentido, en plena decadencia. Para otros puede que sea una escena de logro y construcción, radiante de esperanza. Yo también tengo una especie de esperanza, pero es una remota esperanza, una esperanza que no halla promesa en este Imperio ni en ninguna de las grandes cosas de nuestro tiempo. No sé cómo lo verán con una perspectiva histórica, no puedo imaginar cómo el tiempo y el azar lo probarán o lo desmentirán; así es como se han reflejado en el espejo de una mente contemporánea.

2

Mientras escribía el último capítulo de este libro, me he visto muy ocupado con los asuntos de un nuevo destructor que hemos completado. Ha sido una alternancia de ocupaciones extrañamente complementaria. Hace unas tres semanas más o menos esta novela tuvo que ser puesta de lado a fin de poder dedicar todo mi tiempo, día y noche, al ultimado y montaje de los motores. El último jueves el *X2*, pues así es como lo llamamos, quedó terminado, y lo conduje Támesis abajo y fuimos hasta las proximidades de Texel en una prueba de velocidad.

Es curioso como a veces las impresiones de uno se funden y avanzan juntas en una especie de unidad y se convierten en un continuo con cosas que hasta la fecha han sido completamente extrañas y remotas. Aquella carrera río abajo se conectó misteriosamente con este libro. Mientras avanzábamos Támesis abajo me pareció que de una forma nueva y paralela estaba pasando revista a toda Inglaterra. La vi entonces como he deseado que la vieran mis lectores. Se me ocurrió lentamente mientras seguía mi camino a través del Pool; se me presentó tan clara como si estuviera soñando de nuevo en la noche sobre el mar del Norte…

No se trataba, esta vez, tanto de pensar como de una especie de pensamiento fotográfico que apareció claro desde un principio. El *X2* avanzaba rasgando la sucia y oleosa agua del mismo modo que unas tijeras rasgan una lona, y la parte frontal de mi mente estaba intensamente fija en hacerlo pasar por debajo de los puentes y sortear los buques de vapor y las barcazas y los botes de remo y los muelles. Vivía con mis manos y mis ojos fijos hacia delante. En aquellos momentos no pensaba en apariencias sino en obstáculos, pero durante todo el proceso la parte de atrás de mi mente tomó una memoria fotográfica de todo aquello, completa y vívida…

—Esto —se me ocurrió— es Inglaterra. Esto es lo que deseaba transmitir en mi libro. ¡Esto!

Partimos a última hora de la tarde. Desamarramos de nuestro muelle sobre el Hammersmith Bridge, maniobramos un momento y enfilamos corriente abajo. Avanzamos a una discreta velocidad bajando Craven Reach, pasando Fulham y Hurlingham, pasando las largas extensiones de sombrías praderas y sombríos suburbios hasta Battersea y Chelsea, rodeando el cabo de limpia perspectiva que es Grosvenor Road y por debajo del Vauxhall Bridge, y Westminster se abrió ante nosotros. Pasamos junto a una hilera de barcazas de carbón, y allá a la izquierda, bajo el sol de octubre, se irguieron las casas del Parlamento, y la bandera ondeaba y el Parlamento estaba en sesión…

En aquel momento lo vi sin verlo; después volvió a mi mente como el centro de toda la amplia panorámica de aquella tarde. El rígido y cuadrado encaje del gótico victoriano con su reloj holandés en una torre vino hacia mí bruscamente y me miró y pasó en una lenta semipirueta y se quedó inmóvil, lo sé, detrás de mí, como observándome mientras me alejaba. «Entonces, ¿vais a respetarme?», parecía decir.

¡No yo! Allá en aquel gran montón de arquitectura victoriana los señores y los leguleyos, los obispos, los hombres de los ferrocarriles y los magnates del comercio van arriba y abajo… en su incurable tradición de comercializada bladestovería, de engañosa dignidad y nobleza vendidas al dinero. He estado lo suficientemente cerca como para saberlo. Los irlandeses y los laboristas corren por entre sus pies, quejándose, haciendo muy poco; no tienen mejores planes que los que yo puedo ver. ¡Pero hay que respetarlos, por supuesto! Hay una cierta parafernalia de dignidad, pero ¿a quién engaña? El rey llega allí en una carroza dorada para abrir el espectáculo y lleva largos atuendos y una corona; y hay un despliegue de firmes y esbeltas piernas enfundadas en pantalones blancos y de firmes y esbeltas piernas enfundadas en pantalones negros y de hábiles y viejos caballeros entogados. Recordé una congestionada tarde que pasé con mi tío entre un montón de agitados sombreros femeninos en la Galería Real de la Cámara de los Lores, y cómo vi al rey abriendo el Parlamento, y al duque de Devonshire con el aspecto de un espléndido buhonero y terriblemente

aburrido, con el tocado ceremonial en una gaveta ante él, colgando de sus hombros por unos elásticos. ¡Un maravilloso espectáculo…!

Es pintoresca, sin duda, esta Inglaterra —dignificada incluso en algunos lugares—, y llena de blandas asociaciones. Pero eso no altera la naturaleza de las realidades que esos ropajes ocultan. Las realidades son el codicioso comercio, la búsqueda del beneficio, la publicidad directa… Y la majestad y la caballerosidad, pese a revestirse con preciosos ropajes, están tan muertas entre todo esto como ese cruzado que mi tío descubrió entre las ortigas en la parte de fuera de la iglesia de Duffield…

He pensado mucho en el panorama de aquella brillante tarde.

Bajar por el Támesis es pasar también una mano por las páginas del libro de Inglaterra de principio a fin. Uno empieza en Craven Reach, y es como si estuviera en el corazón de la vieja Inglaterra. Detrás de nosotros se hallan Kew y Hampton Court con sus recuerdos de reyes y cardenales, y uno avanza al principio entre los jardines episcopales de Fulham y los terrenos de juego de Hurlingham que dominan el instinto deportivo de nuestra raza. El efecto de conjunto es inglés. Hay espacio, hay viejos árboles y todas las mejores cualidades de la tierra natal en sus mejores aspectos. Putney, también, parece anglicana a una escala menor. Y luego, durante un rato, aparecen los nuevos desarrollos, uno olvida Bladesover, y aquí llegan las primeras escuálidas extensiones de casas baratas a derecha e izquierda y luego el miserable industrialismo del lado sur, y en la orilla norte el cuidado y largo frente de hermosas casas, las residencias de la gente artística, literaria, administrativa, que se extiende desde Cheyne Walk hasta casi Westminster y oculta una jungla de barrios pobres. ¡Qué largo y lento descenso representa esto, kilómetro tras kilómetro, con las casas amontonándose cada vez más juntas, la multiplicada sucesión de torres de iglesias, los monumentos arquitectónicos, los sucesivos puentes, hasta que llegas al segundo movimiento de la pieza con el viejo palacio de Lambeth a tu lado y las casas del Parlamento a tu proa! El Westminster Bridge está entonces delante de ti, y pasas por debajo de él, y en un momento el redondo rostro del reloj de la torre parece inclinarse para mirarte de nuevo, y el New Scotland Yard se sitúa en ángulo recto con respecto a ti, un gordo policía alabardero disfrazado milagrosamente como una Bastilla.

Por un tiempo tienes lo esencial de Londres; tienes la estación de ferrocarril de Charing Cross, el corazón del mundo, y el Enbankment al norte, con sus nuevos hoteles dominando su arquitectura georgiana y victoriana, y lodosos y grandes almacenes y fábricas, chimeneas, salidas de humos, anuncios, al sur. La línea del horizonte al norte se hace más intrincada y placentera, y uno da cada vez más gracias a Dios por Wren. La Somerset House es tan pintoresca como la guerra civil, a uno le recuerda de nuevo la Inglaterra original, uno siente en el dentado cielo la cualidad del encaje de la Restauración.

Y luego viene la caja fuerte de Astor y los Inns de los licenciados…

(Tengo un recuerdo fugaz de haber estado allí, cómo en una ocasión paseé a lo largo del Embankment hacia el oeste, sopesando la oferta de mi tío de trescientas libras al año…).

Pasé a través de ese esencial Londres central, y el *X2* clavó su proa en la espumeante agua, indiferente de todo aquello como un negro sabueso entre las cañas… siguiendo un rastro que ni siquiera yo que lo había construido podía decir.

Y a esta altura, también, aparecen las primeras gaviotas que recuerdan el mar. Luego vienen los Blackfriars —justo debajo de esos dos puentes y justo entre ellos uno disfruta del más espléndido momento entre puentes del mundo— y se avista, elevándose en el cielo por encima de un tosco tumulto de almacenes de depósito, sobre una forcejeante competición de comercios, irrelevantemente hermosa y absolutamente remota, ¡Saint Paul's! «¡Por supuesto!», exclama uno, «¡Saint Paul's!». Es el ejemplo de todo lo más espléndido que ha conseguido la vieja cultura anglicana, con mucho, una Saint Peter's más digna y depurada, más fría, más gris, pero aún ornamentada; nunca ha sido vencida, nunca repudiada, pero los altos almacenes y todo el rugir del tráfico la han olvidado, todo el mundo la ha olvidado; los barcos de vapor, las barcazas, pasan descuidadamente y prescinden por completo de ella, las intrincadas marañas de los postes e hilos telefónicos han ensombrecido sus diáfanos misterios y ahora, cuando en algún momento el tráfico lo permite y miras a tu alrededor buscándola, se ha disuelto como una nube en los grisáceos azules del cielo de Londres.

Y entonces el Londres tradicional y ostensible cae por completo. Empieza el tercer movimiento, el último gran movimiento en la sinfonía de Londres, en el cual el ordenado esquema del viejo orden se ve completamente empequeñecido y tragado. Llega el Puente de Londres, y las grandes torres se yerguen a tus lados con sus enormes cadenas, las gaviotas trazan círculos y chillan en tus oídos, grandes barcos se alinean entre las gabarras, y te sientes en el puerto del mundo. Una y otra vez he descrito en este libro Inglaterra como un esquema feudal abrumado por una gorda degeneración y espectaculares accidentes de hipertrofia. Por última vez debo apelar a esta nota cuando el recuerdo de la querida y antigua Torre de Londres, iluminada por el sol, encajada en un hueco entre los almacenes, vuelve a mí, esa pequeña acumulación de edificios tan provincianamente agradables y dignificados, ensombrecidos por el más vulgar y típico utilitarismo de la Inglaterra moderna, el revoque de imitación gótica de los hierros del Puente de la Torre. Ese Puente de la Torre es el equilibrio y la confirmación de los torpes pináculos y torres de Westminster. Ese puente gótico de imitación, en las mismas puertas de nuestra madre del cambio, ¡el Mar!

Pero después de eso uno penetra en un mundo de accidentes y naturaleza. Porque la tercera parte del panorama de Londres que se halla más allá de toda ley, orden y precedente, es el puerto marítimo y el mar. Uno desciende por ese cada vez más amplio tramo entre una monstruosa variedad de barcos, grandes vapores, grandes buques de vela, que llevan las banderas de todo el mundo, una monstruosa confusión de gabarras, conferencias de brujas de barcazas de amarronadas velas, destartalados remolcadores, una tumultuosa multitud y apiñamiento de grúas y mástiles, y desembarcaderos y tinglados, y agresivas inscripciones. Enormes vistas de muelles se abren a derecha e izquierda, y aquí y allá y en medio de todo aquello hay torres de iglesias, pequeños grupos de casas indescriptiblemente antiguas y deterioradas, tabernas portuarias y cosas así, vestigios de municipios que hace mucho tiempo se vieron desgarrados en fragmentos y sumergidos en ese nuevo crecimiento. Y en medio de todo eso no aparece ningún plan, ninguna intención, ningún deseo global. Esa es la auténtica llave de todo ello. Cada día uno siente que la presión del comercio

y del tráfico crece, crece insensiblemente monstruosa, y primero este hombre construyó un muelle y ese erigió una grúa, y luego esta compañía se puso a trabajar y luego esa otra, y así fueron uniéndose para levantar esa inasimilable enormidad de tráfico. Pasamos a través de todo aquello y seguimos adelante, ansiosos de mar abierto.

Recuerdo cómo me reí en voz alta ante la visión del nombre de un municipio londinense en un vapor que se cruzó con nosotros. Se llamaba *Caxton*, y otro *Pepys*, y otro *Shakespeare*. Parecían tan absurdamente fuera de lugar, surcando el agua en medio de toda aquella confusión. Uno deseaba tomarlos y borrarlos, devolverlos a alguna biblioteca de algún caballero inglés. Todo estaba vivo a su alrededor, chapoteando, resplandeciendo y pasando, naves avanzando, remolcadores jadeando, cables tensándose, barcazas yendo río abajo con hombres barriendo sus cubiertas, el agua agitándose con las estelas y fragmentándose en millones de pequeñas olas, retorciéndose y espumeando bajo el azote de un incesante viento. Pasamos a través de todo ello. Y en Greenwich, al sur, ya saben, se yergue un espléndido frontispicio de piedra donde se hallan registradas todas las victorias en el Painted Hall, y a su lado está la «Nave» donde hubo un tiempo en que todos esos caballeros de Westminster acostumbraban a celebrar una cena anual… antes de que el puerto de Londres fuera demasiado para ellos. La vieja fachada del Hospital apenas empezaba a calentarse a la luz del atardecer cuando pasamos por su lado, y después de eso, a derecha e izquierda, el río se abría, la sensación de mar se incrementaba y prevalecía tramo tras tramo desde Northfleet hasta el Nore.

Y sales finalmente con el sol detrás tuyo al mar oriental. Aceleras y rasgas la aceitosa agua cada vez más aprisa, ras, ras… zas… ras, y las colinas de Kent —por las que huí en una ocasión de las enseñanzas cristianas de Nicodemus Frapp— se alejan a la derecha y Essex a la izquierda. Se alejan y se desvanecen en una bruma azul, y los altos y lentos barcos detrás de los remolcadores, barcos que apenas se mueven y sólidos remolcadores con sus gruesos cables, se ven bañados de un suave color oro mientras uno pasa espumeando por su lado. Salen y entran llevando extrañas misiones de vida y muerte, al asesinato de un hombre en tierras incógnitas. Y ahora detrás de nosotros hay el azul misterio y el fantasmal

resplandor de invisibles luces, y luego incluso esas han desaparecido, y yo y mi destructor partimos hacia lo desconocido cruzando un gran espacio gris. Partimos hacia los grandes horizontes del futuro, y las turbinas empiezan a hablar en desconocidas lenguas. Avanzamos hacia alta mar, hacia la ventosa libertad y los senderos no marcados. Luz tras luz desaparecen. Inglaterra y el Reino, Gran Bretaña y el Imperio, los viejos orgullos y las viejas devociones, se hunden bajo la quilla, a popa, se hunden en el horizonte, pasan… pasan. El río pasa, Londres pasa, Inglaterra pasa…

3

Esta es la nota que he intentado enfatizar, la nota que resuena con claridad en mi mente cuando pienso en todo más allá de los aspectos puramente personales de mi historia.

Es una nota de desmoronamiento y confusión, de cambio e hinchazón aparentemente sin objetivo, de un burbujear y una mezcolanza de fútiles amores y penas. Pero a través de la confusión suena otra nota. A través de la confusión hay algo que avanza, algo que es a la vez un logro humano y la más inhumana de todas las cosas existentes. Algo surge de todo ello… ¿Cómo puedo expresar los valores de algo a la vez tan esencial y tan inmaterial? Es algo que atrae a los hombres con una irresistible llamada.

Le he dado forma en mis últimos párrafos con el símbolo de mi destructor, severo y rápido, irrelevante para la mayoría de los intereses humanos. A veces llamo a esta realidad Ciencia, a veces la llamo Verdad. Pero es algo que extraemos con esfuerzos y dolor del corazón de la vida, que desenmarañamos y ponemos en claro. Otros hombres la sirven, lo sé, en el arte, en la literatura, en las invenciones sociales, y la veo en un millar de formas distintas, bajo un centenar de nombres. La veo siempre como austeridad, como belleza. Esta cosa que ponemos en claro es el corazón de la vida. Es lo que perdura. Hombres y naciones, épocas y civilizaciones, pasan, cada cual haciendo su contribución. No sé lo que es, es algo, excepto que es suprema. Es un algo, una cualidad, un elemento, uno puede hallarla ahora en colores, ahora en formas, ahora en sonidos, ahora en pensamientos. Emerge de la vida con cada año que uno vive y siente, y generación tras generación y era tras era, pero el cómo y el porqué de ella se hallan más allá de la brújula de mi mente…

Sin embargo, todo su sentido estuvo conmigo aquella noche mientras conducía mi destructor, solo encima del zumbido y el murmullo de mis

motores, hacia alta mar…

Muy lejos, en el nordeste, nos cruzamos con una escuadra de barcos de guerra, agitando blancas espadas de luz en el cielo. Los dejé pronto atrás, y muy pronto no fueron más que meros relámpagos veraniegos sobre el acuoso borde del mundo… Me hundí en pensamientos que eran casi informes, en dudas y sueños que no tienen palabras para expresarlos, y me pareció bueno seguir adelante cada vez más bajo el viento y la luz de las estrellas, sobre las largas olas negras.

4

Era por la mañana y de día antes de que regresara con los cuatro mareados y hambrientos periodistas que habían obtenido permiso para venir conmigo, ascendiendo de nuevo el resplandeciente río, y pasara junto a la vieja Torre gris…

Recuerdo muy claramente a los cuatro periodistas alejándose, con una cierta abatida debilidad de movimientos, por una calle lateral que partía del río. Eran buenos hombres y no sentían ningún encono hacia mí, y me servían ante el público, de un modo kiplingescamente ampuloso y degenerado, como un modesto botón en el complaciente estómago del Imperio. Sin embargo, de hecho, el *X2* no está destinado al Imperio, ni tampoco a las manos de ninguna potencia europea. Los ofrecimos primero a nuestra propia gente, pero ellos no quisieron tener nada que ver conmigo, y desde hace mucho he dejado ya de preocuparme por tales cuestiones. He empezado a verme a mí mismo desde el exterior, a mi país desde el exterior… sin ilusiones. Construimos y pasamos.

Todos somos cosas que construimos y pasamos, esforzándonos en una oculta misión, avanzando hacia alta mar.

FIN DEL LIBRO CUARTO

Herbert George Wells (1866-1946) nació en Bromley, Reino Unido. Una beca le permitió estudiar en el Royal College of Science de Londres. Trabajó de contable, maestro de escuela y periodista hasta 1895, año en el que salió a la venta su primera novela, *La máquina del tiempo*, donde ya aparecía la explosiva mezcla de ciencia, política y aventura que haría de sus libros un éxito. Desde su publicación pudo dedicarse en exclusiva a la escritura. Wells produjo más de ochenta libros a lo largo de su vida, entre los que destacan aquellas obras que contribuyeron a crear un género, la ciencia ficción: *El hombre invisible* (1897), *La guerra de los mundos* (1898) y *La vida futura* (1933), todas llevadas al cine en varias ocasiones. Además Wells escribió *Kipps: la historia de un hombre sencillo* (1905) o *La historia del señor Polly* (1910), profundos retratos de su época; y novelas sociales como *Tono-Bungay* (1909) o *Mr. Britling Sees it Through* (1916). Tras la Primera Guerra Mundial publicó un ensayo histórico que se haría muy popular en el Reino Unido, *Esquema de la historia* (1920), así como la celebrada *Breve historia del mundo* (1922). El pesimismo y las dudas

acerca de la supervivencia del ser humano en una sociedad que la tecnología no había sido capaz de mejorar impregnan sus últimas obras, por ejemplo, *El destino del homo sapiens* (1939) o *42 to 44* (1944).

Notas

[1] «Mordet» recuerda a los vocablos «murder» en inglés y «morden» en alemán. Ambos significan «asesinar» y provienen de la misma raíz indoeuropea que la palabra «muerte». *(N. de la T.)* <<

[2] *hacer el amor*: hasta cerca de 1950 esta expresión significaba «demostrar intenciones eróticas a alguien». <<

[3] H. G. Wells, Tono-Bungay, John Hammond, ed., Londres, Dent, 1994, p. XXXIII. <<

[4] Se puede encontrar una selección de críticas en P. Parrinder, ed., *H. G. Wells: The Critical Heritage*, Routledge, Londres, 1972. <<

[5] C. F. G. Masterman, *The Condition of England*, J. T. Boulton, ed., Londres, Faber & Faber, 1960, p. 1. El fragmento citado de *Tono-Bungay* corresponde a la p. 264. <<

[6] *Weh mir*: «Ay de mí». *(N. de la T.)* <<

[7] *The Letters of D. H. Lawrence*, James T. Boulton, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1979, vol. 1, p. 119. <<

[8] *Ibid*., p. 127. <<

[9] *Ibid*., James y George Zytaruk, eds., Cambridge, Cambridge University Press, 1982, vol. 3, pp. 25-26. Lawrence se mostró menos entusiasta por la última novela de Wells. En algunas cartas de 1916 y 1917 colocó a Wells en el mismo saco que John Galsworthy y otros novelistas de su generación, de quienes afirmó que estaban en decadencia y que todos ellos le aburrían. <<

[10] Trad. de Andrés Bosch Vilalta, en D. H. Lawrence, *Mujeres enamoradas*, Debosillo, Barcelona, 2006, p. 227. <<

[11] *Ibid*., p. 130. <<

[12] *Ibid*., p. 130. <<

[13] *Ibid*., p. 250. <<

[14] *Ibid*., p. 443. <<

[15] *Ibid*., p. 305. <<

[16] H. G. Wells, *Experiment in Autobiography*, Londres, 1934, vol. 2, p. 639. <<

[17] Mr. Grundy es un popular personaje de ficción creado en 1798 por el dramaturgo Thomas Morton para su obra *Empujad el arado*, y que representa, en Inglaterra, la personificación del culto burgués a los convencionalismos. *(N. del T.)* <<

Document Outline

- Cubierta
- Tono-Bungay
- Introducción
- Libro primero. Los días anteriores al invento del Tono-Bungay
  - I. De la Casa Bladesover, y de mi madre; y de la constitución de la sociedad
  - II. De mi lanzamiento al mundo, y de lo último que vi de Bladesover
  - III. El aprendizaje en Wimblehurst
- Libro segundo. La ascensión del Tono-Bungay
  - I. De cómo me convertí en un estudiante en Londres, y erré mi camino
  - II. Amanece, y aparece mi tío con una nueva chistera
  - III. Cómo conseguimos hacer zumbar al Tono-Bungay
  - IV. Marion
- Libro tercero. Los grandes días del Tono-Bungay
  - I. El hotel Hardingham, y cómo nos convertimos en gente importante
  - II. Nuestro progreso de Camden Town a Crest Hill
  - III. Planeando
  - IV. Cómo robé los montones de quap de la Isla Mordet
- Libro cuarto. Las secuelas del Tono-Bungay
  - I. La extinción del cohete
  - II. Amor entre los restos del naufragio
  - III. Noche y alta mar
- Autor
- Notas